OBRAS SELECTAS

DE

DON FRANCISCO VILLAMARTIN

COMANDANTE DE INFANTERÍA

Franco Villamartinez

OBRAS SELECTAS

DE

DON FRANCISCO VILLAMARTIN

COMANDANTE DE INFANTERÍA

CON LA BIOGRAFÍA DEL AUTOR

POR

DON LUIS VIDART

y un apéndice á las

NOCIONES DEL ARTE MILITAR

POR

DON ARTURO COTARELO

PUBLÍCANSE Á EXPENSAS DEL MINISTERIO DE LA GUERRA

SEGUN REAL ÓRDEN DE 10 DE MARZO DE 1882

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIP. DE LOS SUCESORES DE RIVADENEYRA

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, 20

1883

E. DUQUE, ESCUL.

B. MAURA, Gº 1883.

DON FRANCISCO VILLAMARTIN.

APUNTAMIENTOS ACERCA DE SU VIDA Y SUS ESCRITOS.

PRELIMINAR.

La Comision encargada de llevar á cabo el pensamiento de erigir un sepulcro monumental que guarde los restos mortales de D. Francisco Villamartin, nos ha honrado con el cargo de redactor de los apuntamientos biográficos de aquel eminente tratadista de milicia, cuyos apuntamientos han de preceder á la coleccion de sus obras selectas. En el mes de Junio de 1876 publicamos nosotros en *La Ilustracion Española y Americana* la primera biografía que se ha escrito del ilustre Villamartin; biografía que, despues de corregida y aumentada, volvimos á publicar en la *Revista Europea* y en nuestro libro, *Noticias biográficas del comandante Villamartin*. En todos estos escritos hemos podido exponer con entera libertad nuestro individual criterio en cuestiones militares que tocan muy de cerca á la historia política de nuestra patria; pero al frente de la edicion de las obras selectas del autor de las *Nociones del Arte Militar*, que se costea con fondos del Estado, y llevando la voz — si se permite esta frase — de la Comision de que tenemos la honra de formar parte, debemos de guardar miramientos que nos obligarán á ser

muy parcos al tratar de ciertos hechos históricos relacionados con la vida militar de Villamartin.

En la tarea que vamos á emprender parece que debiéramos proponernos demostrar que los merecimientos científico-literarios del autor de las *Nociones del Arte Militar* y del folleto *Napoleon III y la Academia de Ciencias* le hacen digno de las honras que se le tributan en la presente edicion de sus obras selectas; pero aunque realmente no olvidarémos este fin, entendemos que la mejor demostracion que cabe hacer del mérito intelectual de Villamartin se encontrará en la meditada lectura de las páginas de este volúmen, donde se hallan consignados sus altos pensamientos en la forma grandilocuente de su peculiar estilo.

Procurarémos, pues, ocupar el menor espacio que nos sea posible con las noticias biográficas y apuntamientos críticos que aquí hemos de consignar, para que los lectores que comiencen este libro *por el principio* puedan llegar prontamente á saborear los sazonados frutos del soberano ingenio del insigne escritor D. Francisco Villamartin.

*
* *

Cuando en el año de 1876 publicamos en *La Ilustracion Española y Americana* los artículos biográficos anteriormente mencionados, nos vimos en la precision de titular el primer capítulo en la forma siguiente: *El autor explica los motivos que le han impulsado á escribir estos apuntes crítico-biográficos.* Y cumpliendo lo que en este título se prometia, deciamos lo siguiente:

« Cuenta el docto comentarista de la legislacion militar espa-
» ñola, D. Antonio Vallecillo (1), que á la fama de la nueva
» táctica inventada por el rey de Prusia Federico II, con la
» que consiguió tan señaladas victorias en sus gloriosas cam-
» pañas de mediados del pasado siglo, se apresuraron todas las

(1) Véanse los artículos de este escritor que insertó *El Espíritu Público*, diario político, en los dias 29 y 30 de Setiembre de 1864.

» naciones de Europa á mandar comisionados á Berlin para que
» del mejor modo que les fuera posible se enterasen de los prin-
» cipios en que dicha táctica se fundaba y de las aplicaciones
» que de ella podian hacerse en los varios trances de la guerra.
» Comisionado, pues, por el gobierno español, presentóse al mo-
» narca prusiano el general D. Juan Martin Álvarez de Soto-
» mayor, y al manifestarle el encargo que se le habia conferido,
» le contestó el Rey que extrañaba hubiese hecho un viaje á
» Prusia para aprender una táctica que él habia aprendido en Es-
» paña. Al oir estas palabras, quedóse confuso Álvarez de Soto-
» mayor, no acertando á explicarse su verdadero sentido, y com-
» prendiendo el Monarca la causa de su silencio, se apresuró á
» preguntarle si conocia las *Reflexiones Militares* del Marqués de
» Santa Cruz de Marcenado, á lo cual contestó el general con vi-
» sible disgusto que, aunque tenía alguna idea de la existencia de
» esa obra, *no la habia leido*. El Rey de Prusia le dijo entónces,
» quizá con exagerada modestia, que la táctica de que le juzga-
» ban autor estaba deducida de los principios que se hallan esta-
» blecidos en las dichas *Reflexiones Militares*, y que por esto decia
» haberla aprendido en España, pues si bien nunca habia estado
» en la Península, debia su conocimiento á un autor español.

» Si un general de nuestro ejército, que acaso gozaria fama de
» entendido en su profesion, cuando se le comisionaba para estu-
» diar los adelantamientos tácticos de las tropas prusianas, *no*
» *habia leido* la obra española de ciencia militar que mayor re-
» nombre ha alcanzado en las naciones extranjeras, no sería de
» extrañar, ántes bien parécenos naturalísimo, que la mayor par-
» te de los que lean estas líneas, ignorando la existencia de cier-
» tas *Nociones del Arte Militar* que vieron la luz pública á prin-
» cipios del año de 1863, se habrán preguntado con curiosidad:
» ¿Quién es el comandante Villamartin? ¿Qué mérito pueden te-
» ner sus escritos militares cuando su nombre no se halla rodea-
» do por la esplendente aureola de la gloria, ni siquiera ha al-
» canzado celebridad notoria entre sus mismos contemporáneos?

» Contestar á las anteriores preguntas, demostrando con in-

» negable evidencia que el nombre de D. Francisco Villamartin
» debe ocupar un puesto entre los de nuestros más ilustres escri-
» tores didácticos del siglo XIX, tal es el fin que nos propone-
» mos realizar al escribir estos apuntes biográficos y bibliográfi-
» cos. Tiempo es ya de que, mediante el progreso de la cultura
» patria, comience á negarse la triste verdad que encierran las
» palabras del insigne Feijóo, cuando afirmaba que no conocia
» ningun autor español que no hubiese sido más alabado por los
» extranjeros que por sus compatriotas. Este hecho tiene una ex-
» plicacion poco favorable para el carácter nacional; explicacion
» que es cuestion de honra, que procuremos invalidar todos los
» que nos preciamos de patriotas, en el sentido elevado que debe
» darse á esta palabra. »

Hoy ya son ociosas la mayor parte de las consideraciones que de copiar acabamos; pero en 1876 áun no estaban bien estimados los merecimientos científicos de D. Francisco Villamartin; merecimientos científicos que pública y solemnemente se reconocen en la presente edicion de sus obras selectas, que el Estado costea como rindiendo tributo al mérito sobresaliente del autor de las *Nociones del Arte Militar* (1).

I.

Tendencia filosófica del pensamiento del comandante Villamartin.

Hay una ciencia considerada como inútil, y quizá como perjudicial, por todos los que jamas la han estudiado. Esta ciencia se llama filosofía.

---

(1) Como formando parte de la introduccion de estos apuntamientos crítico-biográficos, cúmplenos consignar aquí el testimonio de nuestro agradecimiento á nuestros buenos amigos el ilustre poeta D. Gaspar Nuñez de Arce y los distinguidos publicistas militares D. Arturo Cotarelo y D. Rodrigo Bruno, los cuales nos han proporcionado noticias importantes acerca de la vida y escritos de D. Francisco Villamartin. Tambien debemos consignar aquí

Los que ignoran las ciencias físico-naturales saben respetar la memoria de esos sabios que se llaman Newton y Buffon, Laplace y Humboldt. Los que ignoran hasta las más elementales nociones de la metafísica, condenan como absurdos los sistemas científicos de Platon y de Santo Tomás, de Kant y de Krause.

¡La filosofía no sirve para nada! — exclaman á coro todos los que no saben qué cosa es filosofía. Imitando las palabras evangélicas, sólo debia contestarse á tales exclamaciones, diciendo en són de súplica: — ¡Perdonadlos, Dios de la verdad, porque no saben lo que dicen!

No saben lo que dicen, pues el valor de toda obra humana sólo puede apreciarse en relacion á la primera verdad racionalmente conocida, que es la verdad filosófica.

No saben lo que dicen, pues si la razon humana no sirve para encontrar una primera verdad, fundamento de todo juicio racional, imposible sería encontrar la certeza en ninguna ciencia segunda.

No saben lo que dicen, pues los que niegan la verdad de la ciencia filosófica siguen tambien un sistema filosófico há mucho tiempo conocido. Siguen las banderas del escepticismo, pero son escépticos *inconscientes*, y por esto hemos dicho: ¡Perdonadlos, Dios de la verdad, porque no saben lo que dicen!

Y no se juzguen inoportunas las reflexiones que anteceden en la ocasion presente, en que vamos á tratar de un libro en cuya portada se lee: *Nociones del Arte Militar*, por el capitan don Francisco Villamartin. El primer mérito que avalora el tratado didáctico cuyo modesto título acabamos de trascribir, es su tendencia filosófica, la intuicion científica de su autor, que al traves de las várias manifestaciones de esa lucha entre las colectivida-

---

un cariñoso recuerdo á nuestro ya difunto amigo el coronel D. Antonio Vallecillo, que nos proporcionó el retrato de tarjeta de Villamartin, que fué reproducido por el acreditado fotógrafo D. Eusebio Juliá, y sirvió para hacer el grabado que apareció en el número de *La Ilustracion Española y Americana*, correspondiente al 15 de Junio de 1876, y ahora ha servido para que el Sr. Maura grabe el retrato que se halla en este libro.

des humanas, que lleva el nombre de guerra, buscaba siempre la afirmacion de principios permanentes y eternos, superiores al contínuo mudar de los hechos históricos.

Esa tendencia filosófica del poderoso ingenio de Villamartin, se revela desde las primeras páginas de su notable libro, donde comienza señalando, con gran tino, la suma dificultad que existe para definir exactamente, pues «toda la ciencia humana no se reduce á otra cosa sino á definir», y al terminar su obra escribe estas notables consideraciones: «Más que el estudio concreto del arte militar, hemos querido hacer el de sus relaciones con la política y las ciencias del siglo. Estamos muy léjos de sospechar siquiera que nuestro deseo se ha realizado; pero abrigamos el convencimiento de que éste es el único medio de analizar la guerra, que no puede ser en historia un hecho fortuito, ni en filosofía un principio aislado, sino el término de una serie lógica, natural y precisa, que recorre toda idea social en su desarrollo complejo, desde que brota en la mente de un hombre, hasta que se encarna en las leyes, en la educacion, en los cultos, en las ciencias, en todos los principios de la vida de un pueblo.»

II.

Fragmentos del juicio apologético de D. Antonio Vallecillo acerca de las *Nociones del Arte Militar* de Villamartin.

El ilustrado jurisconsulto militar, D. Antonio Vallecillo, en un artículo que se insertó en los números de *El Espíritu Público*, correspondientes á los dias 29 y 30 de Setiembre de 1864, tributó grandes elogios al libro de Villamartin, exclamando en un momento de generoso entusiasmo:

«¡Saludemos hoy, comenzando así á honrar en vida á nuestros ingenios esclarecidos, el nombre de Villamartin, que pronto será contado, y sin temor de equivocarme lo digo, entre los más ilus-

tres pensadores! ¡Saludemos al autor originalísimo cuya obra, única en su género, tan necesaria ha de ser al militar como provechosa al político, porque así éste como aquél, igual utilidad han de sacar de ella para la patria y áun para sí mismos!

»No desdeñemos, pues, perseverando en nuestros hábitos de abandono, al primero que en metódico y ordenado cuerpo de doctrina dice á la sociedad en general que «Napoleon I, militar»mente considerado, fué la última individualidad de otros siglos »(ó como si dijéramos, los del feudalismo), y que, en consecuen»cia, la guerra ya no la hacen, en esta nueva era que alcanza»mos, los príncipes, sino los pueblos.»

»No al que nos advierte que la primera exigencia estratégica que hay que satisfacer *es la sancion para la guerra de la opinion publica.*»

»No al que anunciando, por tales antecedentes, una nueva forma de guerra, añade, «porque los pueblos de hoy, tomando »parte en la cosa pública, discuten el derecho de las causas, y »dan su apoyo ó interponen su veto; y para satisfacer estas nue»vas necesidades de la guerra moderna, se hace preciso estudiar »y aliar las instituciones militares con las políticas, referir á »un solo principio el esfuerzo comun de las fuerzas del ejército »y los poderes de la sociedad, y fijar la armonía entre el sistema »militar de un país y el social de su ejército.»

»No al que hablando del espíritu público, de ese señor del mundo, se expresa de este modo: «Examinemos los movimien»tos y maniobras que precedieron á Bailén, Albuera, Talavera »y Vitoria; examinemos los del grande ejército ántes de Mos»cow, Dresde y Waterlóo: con estos mismos medios se habia »vencido cuatro años ántes á ejércitos mejores: ¿por qué entón»ces no se venció? Porque un elemento nuevo tomaba parte en »las batallas y cambiaba la esencia y forma de la guerra, el es»píritu público dentro de las filas y el pueblo fuera de ellas. »Abrámosle paso, que él es bueno en el ataque, porque va con »el ejército, y magnífico en la defensa, porque está en el terri»torio; y si no le queremos abrir paso, él penetrará y conmoverá

»todo; y si nos obstinamos en buscar nuestros modelos en los »tiempos de Federico, en hacer la guerra sin cuidarnos de ese »elemento nuevo, en organizar nuestros batallones sin darle »participacion, no extrañemos el ser magníficamente derrotados »con toda nuestra ciencia y nuestros soberbios métodos á la fran- »cesa, austriaca ó prusiana.»

»No desdeñemos al que, describiendo esta presente época y filosofando sobre ella, dice con tanto sentimiento como verdad y novedad:

«Pues bien; la guerra, que de todas las artes se sirve y cam- »bia de sér con los tiempos y las naciones, lleva hoy tambien »el sello de ese espíritu del siglo (la celeridad). En las armas »han querido suprimir el espacio, y en los movimientos el tiem- »po; ya la pólvora es lenta y torpe, y se quiere hallar una cosa »que la aventaje: la marcha de los proyectiles es corta y poco »precisa; es necesario que la bala llegue mucho más léjos y »dé en el blanco exactamente: el tiempo de la carga es un tiem- »po precioso perdido para la muerte, y se necesitan fusiles que »disparen al compas que oscila la péndola del reloj. Ya no se le »dice al general *vence*, sino *vence hoy mismo;* ni al soldado *mar- »cha*, sino *llega*, *lucha*, que tu pueblo impaciente espera, y des- »de la prensa y la tribuna te dice con enojo que tardas.»

»No al que nos demuestra y enseña que «la lentitud táctica »(segun el sentido en que de ella se ocupa) trae la estratégi- »ca, tan en oposicion con el espíritu del siglo, con las necesi- »dades políticas de los pueblos modernos y con la moral de la »guerra en nuestro tiempo, que exigen victorias prontas y de- »cisivas, ó la paz á cualquier precio, porque el crédito, esa ca- »dena de oro que une á todas las naciones, se rompe, y porque »nuestra generacion quiere resolver en un dia el problema de »muchas edades.» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

»Al contrario, pues; saludemos al que, fundando el nuevo *Arte* en hechos significativos y repetidos, inapreciados hasta el

presente por unos y atribuidos á la casualidad por otros, nos los da á conocer como necesarios resultados de la aplicacion á la guerra del espíritu del siglo, para que, puesto en armonía el pueblo con el ejército, pueda aquél, como único motor, y sea esto dicho en el mejor sentido de la palabra, dar el impulso proporcionado á sus deseos y á sus medios, y operar éste desembarazadamente con la eficacia adecuada al impulso que para su accion de su motor único reciba.»

III.

Indicacion de los dos procedimientos que existen para avalorar el méiito de las obras científicas.

Despues de leidos los párrafos del artículo del Sr. Vallecillo que acabamos de trascribir, cabe preguntar: ¿Son hijos de irreflexivo entusiasmo ó de la meditada reflexion los elogios que hace del libro de Villamartin el ilustrado autor de los *Comentarios históricos y eruditos á las Ordenanzas militares?* Para responder á esta pregunta se podrian seguir dos métodos. Sería el uno exponer los principios generales, *el plan* á que debe sujetarse un tratado del arte militar en esta segunda mitad del siglo XIX, y ver hasta qué punto el libro del comandante Villamartin se ajusta á las exigencias de las teorías didácticas, que hoy la ciencia acepta como verdaderas.

Este sistema de crítica tiene el grave inconveniente de que las teorías, *el criterio* á que se somete el exámen del libro, quizá pueda estar más ó ménos influido por las opiniones personales del crítico; opiniones personales que acaso no siempre estarán de acuerdo con la última palabra de la verdad científica.

Cabe tambien examinar el valor de una obra didáctica en relacion á las que mayor fama gozan en el género á que ella pertenece; y este segundo sistema es el que vamos á seguir en la ocasion presente.

Nosotros hemos leido con asídua atencion las *Memoires militaires et politiques* (París, 1801), del general inglés Lloyd; las *Consideraciones sobre el arte de la guerra* (Madrid, 1827), del Baron de Rogniat, traducidas y anotadas por D. Juan de la Carte; el *Compendio del arte de la guerra* (Madrid, 1840), del célebre Jomini, traducido al castellano por una seccion de jefes del cuerpo de E. M.; el *Esprit des institutions militaires* (París, 1845), del mariscal Marmont; la *Teoría de la gran guerra* (Barcelona, 1850), del aleman Willisen, traducida por el teniente coronel D. Ambrosio Garces de Marcilla; los *Elementos da Arte Militar* (Lisboa, 1864), del portugues D. Luis da Camara Leme; y los tratados de Jacquinot de Presle, La-Pierre y Rocquancourt; nosotros hemos leido estos y algunos otros libros, en todos los cuales se trata de resumir en breve espacio los principios y teorías fundamentales del arte de la guerra, y segun nuestro juicio, que no pretendemos que sea infalible pero sí maduramente meditado, las *Nociones del Arte Militar*, del comandante D. Francisco Villamartin, aventajan á todos los tratados que acabamos de indicar, tanto por la profundidad de las ideas que en sus páginas se desenvuelven, cuanto por el espíritu ámpliamente progresivo de la mayor parte de las apreciaciones que allí se formulan acerca de la política y de la vida de la sociedad contemporánea.

No conocemos más que por extractos y artículos críticos la célebre obra póstuma del general Clausewitz, titulada *De la guerra*, y por lo tanto no podemos examinar su valor científico en relacion con el libro de que ahora tratamos; pero sabida es la tendencia escéptica del autor prusiano, que comienza afirmando: «que la guerra no es, hablando con propiedad, ni un arte, ni una ciencia, sino tan solo un *hecho* de la actividad humana»: deduce lógicamente de esta premisa: «que la enseñanza de la guerra es imposible», y sin embargo escribe un libro para *enseñar* el arte de la guerra.

Esta contradiccion fundamental basta para comprender la falsa direccion del pensamiento de Clausewitz, y teniendo ade-

más en cuenta la circunstancia de que la muerte sorprendió á este autor en el cólera en 1831 sin que pudiese terminar su tratado de arte militar, por lo cual sólo han visto la luz pública los seis primeros libros de que se habia de componer su estrategia y un fragmento de su *Guía para los combates*, no nos parece aventurado afirmar que el exámen comparativo entre las *Nociones del Arte Militar*, de Villamartin, y la parte publicada de la obra de Clausewitz no podria dar desfavorable resultado para el escritor español.

En resúmen, sin dejarnos llevar por las exageraciones del amor propio nacional, creemos que fria y desapasionadamente podemos decir que entre los tratados del arte de la guerra que han visto la luz pública en lo que va corrido del siglo XIX, sin excluir los que llevan en su portada los preclaros nombres de Lloyd, Jomini, Willisen, Marmont y Clausewitz, debe ocupar un puesto de preferencia las *Nociones del Arte Militar* de nuestro compatriota el comandante de infantería D. Francisco Villamartin.

IV.

El comandante D. Francisco Villamartin considerado como historiador de la milicia española.

Despues de todo lo dicho hasta aquí, áun nos resta por examinar, bajo un aspecto importantísimo, las *Nociones del Arte Militar* del Comandante Villamartin. Sabido es que mediante la influencia de los estudios filosóficos en el cultivo de la historia, lo que ántes sólo fué crónica, ó á lo más anales exornados con reflexiones políticas y morales, hoy ha adquirido la dignidad de verdadera ciencia, que busca su fundamento en la fisiología, en la geología y en la lingüística, y trata de resolver en sus últimas conclusiones hasta los más árduos problemas de la religion y de

la metafísica. Este aspecto novísimo de los estudios históricos, estas exigencias que hoy presenta lo que ya se llama con exactitud *la ciencia de la historia*, han dado orígen al desenvolvimiento de aquella doctrina que vislumbró el genio de Vico, la filosofía de la historia; y como contrapeso de los extravíos á que pudieron conducir los idealismos filosóficos, han nacido los estudios de la erudicion al pormenor, y ademas las historias particulares de las ciencias y de las artes, en las cuales pueda aquilatarse la exactitud de hechos y circunstancias, cuya importancia desaparece, ó queda como velada, en los relatos de las historias generales.

Ciertamente que entre estas historias particulares, la historia militar es la que tiene más glorioso abolengo. Tucídides, Xenofonte, Polibio y César en la antigüedad greco-romana, han relatado algunos hechos militares con verdadero conocimiento técnico de la materia de que trataban. Y si en la Edad Media se olvidó el arte de escribir la historia militar, desde la época del Renacimiento hasta nuestros dias se suceden sin cesar los historiadores militares dignos de memoria; y en nuestra patria los nombres de Hurtado de Mendoza y Moncada, Melo y Coloma, D. Bernardino de Mendoza y D. Antonio de Solís, han llegado á ser populares, si bien es justo decir que algunas de las historias de guerras que estos autores escribieron, más se distinguen por su mérito literario, que por la enseñanza militar que en sus páginas pudiera adquirirse.

Tenemos, pues, historiadores que relatan las épicas hazañas llevadas á cabo por los españoles en aquella expedicion á Levante, que coloca el nombre de Roger de Flor al par de los héroes semifabulosos de la antigua Grecia; tenemos cronistas verídicos y entusiastas apologistas de los conquistadores del Nuevo Mundo; tenemos relatos históricos de aquella serie de glorias militares que comienza en la vega de Granada, realizando la unidad de la patria española, y termina en los campos de Rocroy, donde los famosos tercios castellanos supieron morir, ya que no pudieron vencer, pues la mano de Dios habia abandonado al

pueblo, que torpemente pretendia iluminar la conciencia religiosa con las hogueras del fanatismo inquisitorial.

En resúmen: el hecho es que existen historias de las guerras y de las instituciones militares de España; pero hasta ahora carecemos de una historia general de la milicia española (1). El general de artillería D. Ramon de Salas se limitó á escribir su notable *Memorial histórico de la Artillería española*, y lo mismo cabe decir del brigadier D. Manuel Varela y Limia, autor de un *Resúmen histórico del arma de Ingenieros*. El Conde de Clonard, en su voluminosa *Historia orgánica de las armas de Infantería y Caballería españolas*, se conserva dentro de los límites que indica el título de su obra, y áun pudiera decirse que se queda muy léjos de ellos. La *Historia de la Milicia Española*, de D. Joaquin Marin y Mendoza, no pasó del primer tomo, y el *Compendio de la historia militar española*, cuyo autor encubrió su nombre bajo las iniciales V. G., es un trabajo de muy pequeñas dimensiones, en que apénas se bosquejan los rasgos principales de los hechos que allí se relatan. Los *Comentarios históricos y eruditos á las Ordenanzas militares* (Madrid, 1861), de D. Antonio Vallecillo, es una obra histórica que, áun cuando no está terminada, presenta gran número de datos que debe tener muy en cuenta el autor que trate de relatar las vicisitudes de la organizacion de la milicia española, pero que poco ó nada dice respecto á los demas aspectos de la historia militar de nuestra patria. Y del mismo modo, el libro de D. Manuel Juan Diana, *Capitanes ilustres* (Madrid, 1851), sólo presenta datos biográficos acerca de algunos de nuestros más insignes militares, y curiosas noticias acerca de nuestra literatura militar de los siglos XVI y XVII.

Tal era el estado que alcanzaban en España los estudios histó-

---

(1) El autor de estas líneas explicó hace cuatro ó cinco años, en la cátedra pública del Ateneo de Madrid, una serie de conferencias, que se publicaron en la *Revista Europea*, á las que dió el nombre de *Estudios sobre la historia militar de España;* y en estas conferencias procuró indicar lo que debe ser una historia militar de España, si en esta obra se han de cumplir las condiciones que exigen los modernos adelantamientos de la crítica histórica.

rico-militares cuando Villamartin publicó sus *Nociones del Arte Militar*. El segundo *Estudio*, de los cinco en que se halla dividida dicha obra, está consagrado á reseñar la historia del arte militar; y el poderoso talento del autor consigue sintetizar en breves palabras ideas y juicios, que ocuparian muchas páginas si hubiesen de ser formulados por pluma ménos experta. *Decir mucho en poco*, éste es el secreto de los grandes escritores, y Villamartin lo poseia cuando lograba dominar los impulsos de su fogosa imaginacion, lo cual, preciso es decirlo, no siempre acontecia.

De todos modos, el capítulo que consagra Villamartin á la reseña de las campañas del gran capitan Gonzalo de Córdova, siempre será digno de singular aplauso, pues en aquellas páginas aparece puesto en claro la iniciativa que tomaron los españoles de los siglos XV y XVI en el renacimiento del arte de la guerra; arte que casi habia desaparecido en la Edad Media, y que al reaparecer en los comienzos de la Edad Moderna, tuvo que buscar sus fundamentos en las gloriosas tradiciones científico-militares de griegos y de romanos.

Siguiendo la ancha senda abierta por el ingenio del comandante Villamartin, nuestros escritores militares contemporáneos procuran ya reivindicar el puesto que de derecho corresponde á nuestra patria en la historia militar de los dos primeros siglos de la Edad Moderna; y á más de esto tratan de poner en punto de evidencia muchos gloriosos timbres de la milicia española, injustamente olvidados por nuestra censurable incuria nacional. En esta loable aplicacion al estudio de la historia militar de España se han distinguido, hasta ahora, como autores de notables ó curiosas monografias, el Sr. Cánovas del Castillo, los generales Sres. Gomez de Arteche y Almirante, el brigadier Sr. Bernaldez, los coroneles D. Eduardo de Mariátegui, D. Federico Fernandez San Roman y D. Adolfo Carrasco; el teniente coronel D. Miguel A. Espina; los comandantes de infantería D. Francisco Martin Arrué y D. Manuel Seco y Shelly; el capitan de la Guardia civil D. Eugenio de la Iglesia, y los ilustrados mari-

nos militares D. Francisco Javier de Salas, D. Cesáreo Fernandez Duro y D. Pedro de Novo y Colson.

Villamartin habia escrito al comenzar su libro las siguientes palabras :

«En el arte de la guerra, tan necesario para la independencia y la fuerza material de las naciones, sin la que no es posible el triunfo de la razon, como no es posible la inteligencia del hombre sin la salud física; en el arte de la guerra, no tenemos otra escuela que la de alemanes y franceses ; sus obras aparecen por todas partes, en la maleta de campaña del oficial, en las bibliotecas y en los colegios. Estas obras, donde se nos deprime muchas veces y se nos olvida otras, plagadas de errores de escuela y de errores hijos del espíritu patrio, basadas en principios y reglas aplicables á esos países y á esos ejércitos, pero de ningun modo á los nuestros, han traido á España, en cambio de algunos bienes, dos grandes males : uno, el exagerar nuestra debilidad y tener en mucho más de lo que vale la fuerza de otros países; otro, el hallarnos en una punible ignorancia, bajo el punto de vista del arte, de nuestros hechos de armas. El vulgo de nuestros militares sabe con todos sus detalles las campañas de Francia, y cree, bajo la palabra de los autores franceses, que Waterloo no debió haberse perdido, que la campaña de Rusia no debió terminar con aquel horrible desastre, que los ataques en revuelto monton de turbas jadeantes de fatiga es el último progreso del arte, el único medio de victoria, á la vez que desconoce el paso del Garellano y niega el mérito de las operaciones que precedieron á la capitulacion de Bailén.»

« Por estas razones se hace sentir más cada dia, desde que se ha iniciado nuestro renacimiento, un curso completo de arte militar, pero escrito para España, con la historia de nuestras guerras gloriosas en la mano, con presencia de las cualidades físicas y morales de nuestro soldado, el carácter general de nuestra raza, la forma política y las necesidades de nuestra sociedad.»

Españolizar en España—permítasenos la frase—los estudios histórico-militares, tal era el propósito que Villamartin conci-

bió al escribir sus *Nociones del Arte Militar*, segun aparece claramente consignado en las palabras que de trascribir acabamos. Dilucidar hasta qué punto consiguió realizar sus aspiraciones alargaria demasiadamente este capítulo; pero creemos que lo dicho basta para indicar la beneficiosa influencia que ha ejercido el libro de Villamartin en la direccion que hoy domina en el estudio de la historia militar de nuestra patria.

V.

Exposicion de las principales ideas contenidas en el folleto de D. Francisco Villamartin, titulado: *Napoleon III y la Academia de Ciencias*.

En el año de 1864 se publicó en Madrid un folleto en cuya portada se leia : *Napoleon III y la Academia de Ciencias*, por el capitan de infantería D. Francisco Villamartin, cuyo folleto comenzaba de esta suerte: «Hace pocos dias que el telégrafo nos ha trasmitido la noticia de un extraño suceso, cuya verdadera causa no podemos conocer, pues la que por tal se da, carece, á nuestro juicio, de fuerza de razon, ó ha sido mal interpretada por las correspondencias de París. La Academia de Francia, por una mayoría de 34 votos contra 14, se ha negado al establecimiento de una sala de ciencia militar, fundándose en que tal ciencia no existe, y se ha privado de contar entre sus miembros al Emperador, que, segun se dice, hubiera ingresado en esa sala. Desconocemos la estructura que tiene la Academia..... y los intereses y preocupaciones que alberga en su seno; intereses y preocupaciones que, forzoso es decirlo, influyen en toda corporacion, por ilustre y por independiente que sea..... Aun prescindiendo de esto, puede ser que la Academia de Francia tenga poderosos motivos para no acceder á lo propuesto por Napoleon III : sin duda la ciencia militar no debe contarse en el grupo de los conocimientos de ese instituto, ó tal vez no se considere la sabiduría

del Emperador, y esto sería extraño, á la altura de la de un académico. No nos toca discurrir acerca de estos motivos, ni pretendemos ser medidores de talentos ajenos; pero si es cierto que el dictámen de los 34 se funda en que no existe la ciencia militar, á riesgo de que se nos tache de pretenciosos y atrevidos y se nos considere como rebeldes á la autoridad de que reviste sus juicios una Asamblea de sabios, queremos decidir por nosotros mismos, si hay en el saber humano algun órden de ideas, alguna serie de principios fijos que pueda y deba llamarse ciencia militar.»

Despues de algunas otras consideraciones, para resolver el problema propuesto, Villamartin discurria en la forma siguiente:

«La causa primera de todo lo que existe no se halla sometida á la inspeccion del hombre. La segunda causa, el *alfa*, el axioma de la razon ó del sentimiento, y permítase este consorcio de ideas, cada fenómeno físico ó psicológico, cada rayo de luz que atraviesa el cáos del saber humano, eso es un *principio*. ¿Y qué es la ciencia? Es el movimiento de las cosas por principios, dicen unos; el desarrollo de un principio, dicen otros; la investigacion de las propiedades de todo lo que existe; la fórmula de una ley de la creacion, una de las irradiaciones de la inteligencia infinita, decimos nosotros. Allí donde aparece un hecho primitivo que no sea producto de las fuerzas del hombre; allí donde se verifica un fenómeno natural ó moral cuyo génesis no ven la inteligencia y la voluntad humana, allí está el principio, de allí parte una ciencia, faceta de ese inmenso brillante que se llama *Filosofía*. Si se desciende algo más..... si se quieren satisfacer las necesidades humanas valiéndose del movimiento de un principio ó de la ley de un fenómeno natural, ése es el *arte;* porque el hombre primero ve con asombro, luégo contempla con análisis, despues compone por la síntesis, y, por último, imita y utiliza en beneficio suyo las fuerzas de la naturaleza.»

Pasa despues Villamartin á indicar la division fundamental de la Ciencia, que, segun su juicio, se divide en *Teología*, cien-

cia de las causas creadoras; *Cosmología*, ciencia del mundo, y *Antropología*, ciencia del hombre. Presenta despues várias de las subdivisiones necesarias de estas ciencias fundamentales, y llegando al grupo que forman las ciencias morales y políticas, dice: «Y aquí es donde nos debemos detener, porque en este grupo es donde se hallan la *legislacion* y la *guerra*»; y para aclarar este concepto, así como el de la relacion entre la ciencia y el arte, despues de algunas consideraciones generales, escribe lo siguiente:

«Cuando el jurisperito se eleva al derecho constituyente, está en plena ciencia; si desciende al derecho constituido, á la aplicacion de la legalidad ya proclamada, pasa de la ciencia al arte. Cuando discute acerca de la pena de muerte, discute un principio científico; cuando, dado el Código de enjuiciamiento y el penal, quiere aplicarlo á un caso concreto, está en el arte.»

Tratando despues Villamartin de explicar el concepto de la Ciencia política (para llegar por este camino á la ciencia de la guerra), señala la relacion con la jurisprudencia, diciendo lo siguiente:

«Semejante es en su fundamento á la Política, y muy enlazada con esta ciencia (la Jurisprudencia). Su principio determinante es la sociedad, como hecho preexistente y necesario: su desarrollo es el estudio de las relaciones sociales en su manifestacion pública, y su fin es investigar lo útil y lo justo en la armonía de esas relaciones, y de acuerdo con la legislaeion..... Pues bien: en este grupo nebuloso; en ese oscuro fondo del saber humano; ahí donde se amasan las ciencias naturales con las morales y políticas, lo que más se destaca, aquello cuyo contorno aparente es más distinto, es la *Ciencia militar*. Veamos si corresponde esta palabra á lo que por ciencia han entendido todos los filósofos.

. . . . . .

. . . . . .

»La guerra es un fenómeno natural á la vez que social: aparece con el hombre, germina en la familia, crece con la tribu, y

llega á su apogeo en la nacion ; continuando así la marcha misma de la sociedad, sometida á la indiclinable ley del progreso. Está en la naturaleza, porque está en el modo de ser de los pueblos ; es un hecho absoluto, el efecto de una causa superior al hombre; es la consecuencia de un principio del *Cosmos*. Por lo que afecta á la materia, es una ley de la creacion, uno de los modos que tiene esa misma materia para cambiar de forma; suprimidla, y el equilibrio desaparece, porque habréis suprimido uno de los medios de eso que se llama *destruccion*, y todos están contados para compensarlos con las fuerzas creadoras. Por lo que afecta á la sociedad, es una ley moral ; suprimidla, y el equilibrio en las fuerzas sociales desaparece, porque habréis suprimido el flujo y reflujo del océano político, la compensacion de principios opuestos, las transacciones entre los intereses humanos, y esto es lo que constituye la sociedad..... Los que creen en la paz perpétua no han querido contemplar la armonía que existe entre todos los principios constitutivos del universo por la compensacion y la lucha de ellos..... La guerra es ruda, es violenta, es superior al hombre; ¿y qué no lo es? Suprimid los tormentos, las enfermedades, el calor del estío y los hielos del invierno; suprimid la muerte misma, porque todo esto es superior al hombre, y habréis levantado otro mundo con otra síntesis..... El conocimiento de la ley á que obedece ese fenómeno material y social, sino es ciencia, ¿qué es? Y por otra parte, el estudio del agente visible de esa fuerza..... el ejército considerado en sí mismo como hecho coexistente con la guerra; la ley de su composicion y el análisis de su poder, ¿no es tambien una parte de esa ciencia? ¿No es el desarrollo de un principio, la observacion de un fenómeno, una eslabonada serie de verdades filosóficas? Por eso no hay profundo pensador que de guerra haya escrito que no use las palabras de *Filosofia de la guerra*, *Metafísica de la guerra*, *Principios de la guerra*, *Ciencia militar*, y otras que alejan de sí la idea de arte.

«Cuando se hace funcionar al ejército segun su organizacion accidental ; cuando se da la batalla, se verifica la conquista ó se

lleva á cabo la expedicion, esto es arte, un arte sublime que vive de todos los conocimientos humanos, pero al fin arte; mas cuando se legisla para el ejército ó para la guerra; cuando se aprecia filosóficamente este fenómeno y se le sigue paso á paso, con la historia por guía, y se estudia la relacion entre los efectos y las causas, esto es ciencia, porque es una serie de principios fijos, unos observados y otros presentidos por la razon humana. »

VI.

Razonamientos en demostracion de la existencia de la ciencia de la guerra é intuicion filosófica que aparece como rasgo característico del talento de Villamartin.

Hemos extractado con bastante extension los argumentos fundamentales que presenta Villamartin para probar la existencia de la ciencia de la guerra, trascribiendo largos párrafos de su folleto, y de este modo se podrá juzgar al propio tiempo de su estilo como escritor y de sus ideas como pensador filosófico. Por no pecar de prolijos, renunciamos á seguir extractando la serie de razonamientos en que Villamartin confirma y ratifica la tésis que mantiene, ya mostrando los enlaces de los conocimientos militares con las ciencias morales y políticas, ya recordando los pensadores que se han ocupado del estado de guerra como fundamento del estado social, tal como hizo Hobbes, y de los filántropos que han buscado los medios de llegar al ideal de la paz perpétua, como el abate Saint-Pierre, ya indicando las teorías de los escritores científico-militares, como Flavio Vegecio, el italiano Luis Blanch y nuestro Marqués de Santa Cruz de Marcenado, razonamientos y citas en que se halla de manifiesto la erudicion de buena ley que poseia el autor del folleto *Napoleon III y la Academia de Ciencias.*

La afirmacion de que el conocimiento de la ley de la guerra,

de que el conocimiento del *hecho* de la guerra, considerado en su fundamento permanente y en sus transitorias manifestaciones históricas, constituye una verdadera ciencia, que pertenece al grupo de las llamadas generalmente ciencias morales y políticas, es aún en España, en 1883, diez y nueve años despues de la publicacion del folleto de Villamartin, una novedad *alemanesca*, que apénas halla defensores entre los pocos militares que en nuestra patria se ocupan de la parte teórica de la profesion de las armas. Así vemos que el general de Ingenieros D. José Almirante, en su notabilísimo *Diccionario Militar*, al llegar al artículo *Guerra*, desoyendo las opiniones de los *alemanes* Willisen y Rustow, que afirman la existencia simultánea de la ciencia y del arte de la guerra, escribe lo siguiente, con la firme conviccion del que cree formular una proposicion axiomática: «Resueltamente la guerra no es ciencia exacta ni tampoco inexacta. No es *ciencia*, y puesto que autores prusianos son los que nos han metido en este atolladero de *ciencia* y de *arte*, agarrémonos para salir de él á otro del mismo país, hoy tan en moda, y que, no por parecer ya algo viejo, deja de ser respetable.» Y á seguida de estas palabras, el Sr. Almirante trascribe algunos párrafos de la *Táctica de las tres armas* del coronel Cárlos de Decker, donde aparece que el escritor prusiano, preguntándose si la direccion de la guerra y la táctica son artes ó ciencias, se contesta diciendo que son *artes;* pero á renglon seguido afirma que cada arte se compone de tres elementos, una parte *científica*, que puede aprenderse, otra parte *técnica*, que tambien se puede aprender, y una tercera parte propiamente *artística* (que nosotros llamariamos *intuitiva*), que es un dón de la divinidad, y es la que constituye los grandes artistas, cuyo genio individual es la norma infalible de sus inmortales acciones.

Se ve, pues, que el *prusiano* Decker no niega la existencia de la ciencia de la guerra, puesto que el arte de la guerra tiene una parte científica, que sería imposible si no existiese una ciencia en que se fundase; y que lo único que se limita á afirmar es una verdad universalmente reconocida, á saber: que no basta el co-

nocimiento de la ciencia de la guerra para ser un gran general, como no basta el conocimiento de las reglas de la versificacion para ser un gran poeta.

Ponemos aquí término á estas consideraciones acerca de la existencia de la ciencia de la guerra, pues como dice el comentador de Polibio, el caballero Folard, *se oscurece la evidencia cuando se emplea el tiempo en defender lo innegable;* y ademas, porque lo dicho basta para hacer patente que Villamartin, por *intuicion filosófica*, y ya explicarémos esta frase, se adelantó á sus contemporáneos, viendo con maravillosa claridad lo que áun hoy mismo, más de tres lustros despues de publicado su folleto, *Napoleon III y la Academia de Ciencias*, aparece velado por las nubes de lo imposible á inteligencias tan perspicaces como la del autor del *Diccionario Militar* y de la *Guía del oficial en campaña*, el eruditísimo tratadista de milicia D. José Almirante.

Hemos hablado de la *intuicion filosófica* de Villamartin, queriendo significar en esta frase que no se busque en el folleto, *Napoleon III y la Academia de Ciencias*, ni tampoco en las *Nociones del Arte Militar*, un sistema filosófico por la reflexion ordenado, ni una serie de principios fundamentales sistemáticamente enlazados; no: Villamartin *adivina* mucho más de lo que *sabe;* Villamartin tiene la *intuicion* del artista; pero esta intuicion es tan poderosa, que se remonta hasta las más encumbradas regiones de la metafísica, y allí, negando la posibilidad del conocimiento de la *primera causa*, coincide con la *Crítica de la razon pura* de Kant y con la teoría de lo *incognoscible* de Herbert-Spencer, y afirmando que la guerra es un hecho natural y permanente, que la ley de la lucha es la ley de la vida, llega á su pensamiento, á la síntesis formulada por Hegel, la eterna lucha de oposiciones, la tésis y la antítesis, cuyo desenvolvimiento constituye la creacion universal.

Adivinar intuitivamente lo que no se sabe por meditada reflexion; presentir la verdad del porvenir: éste es el privilegio del genio artístico; y hoy que el pensamiento neo-kantiano aparece como la última manifestacion de la ciencia europea, el espíritu

científico de los libros militares de Villamartin, que puede calificarse como un hegelianismo kantiano, muestra con innegable evidencia la poderosa intuicion filosófica de su autor, las adivinaciones, las verdaderas adivinaciones del inspirado entendimiento que concibió aquellos libros.

VII.

Algunas consideraciones sobre la introduccion del *Compendio del arte de la guerra*, de Jomini, referentes al asunto de que se trata en estos apuntes crítico-bibliográficos.

Al leer la introduccion que puso al frente de su *Compendio del arte de la guerra* el baron de Jomini, sentirá sin duda alguna todo militar español profundo y verdadero disgusto. Allí verá juzgadas las obras de los más ilustres escritores militares del primer tercio del siglo presente, y mencionados los nombres de Lloyd, Bulow, La-Roche-Aymon, Tenpelhoff, el archiduque Cárlos de Austria, Carrion-Nisas, Xilander, Muller, Gay-Vermon, Jacquinot de Presle, Bismarck, Decker, Luis Blanch, Clausewitz, Okounef, Rocquancourt y algunos otros; y notará desde luégo que ni un libro, ni un nombre español ha conseguido venir á ocupar un puesto en aquella reseña de la literatura militar contemporánea.

¿Habria cometido una injusticia el general Jomini omitiendo los nombres de los tratadistas españoles del arte de la guerra del primer tercio del siglo XIX? No en verdad; pues, triste es confesarlo, la patria de los primeros escritores militares de los siglos XVI y XVII, en el comienzo de la presente centuria carecia casi por completo de literatura militar. Un erudito hubiese podido recordar al general Jomini tal ó cual libro de milicia publicado en España en aquella época, como, por ejemplo, el *Diccionario Militar*, del conde D. Federico Moretti (Madrid, 1828), ó *El soldado católico en guerra de religion*, del P. Fr. Diego José de

Cádiz (Madrid, 1814); pero ciertamente que estos libros y algunos otros que citar pudiéramos, sólo constituyen la prueba, y de ningun modo la negacion, del aserto que ántes hicimos. Quizá una sola obra militar española, publicada en 1829, tenía suficiente mérito para que su exámen debiera ocupar un sitio en la reseña bibliográfica de que estamos tratando. Nos referimos á los *Elementos del arte de la guerra*, que publicó durante su emigracion en Lóndres el general D. Evaristo San Miguel.

Acaso se podrá preguntar qué relacion guarda con el asunto orígen del presente escrito el recuerdo que acabamos de hacer de la introduccion con que comienza el *Compendio del arte de la guerra* del baron de Jomini, y la contestacion será muy sencilla. Nosotros hemos querido hacer constar el estado de decadencia en que se hallaba la literatura militar española en el primer tercio del siglo presente; decadencia que continuó aún por algunos años más, y que áun hoy mismo puede decirse que apénas si existen algunas señales del renacimiento de aquel espíritu, á la vez científico y militar, que constituyó la gloria de nuestras armas en los siglos XVI y XVII; nosotros hemos querido consignar aquí todos estos hechos para poner en punto de evidencia el gran mérito de las *Nociones del Arte Militar* del comandante Villamartin, las cuales forman un tratado didáctico de milicia que sin duda alguna puede compararse, y segun nuestro juicio, que ya en otro lugar dejamos razonado, es superior á los mejores que han aparecido en el extranjero en la presente centuria; y la valía de este tratado didáctico es debida únicamente al singular ingenio de su autor, pues siendo superior al nivel intelectual del pueblo y tiempo en que apareció, se halló privado del apoyo que presta á toda concepcion del entendimiento individual el estado de la cultura histórica de la sociedad en que se produce.

Es un hecho innegable que al lado de las obras militares de primer órden que en este siglo han aparecido en Alemania y en Inglaterra, en Francia y en Italia, la patria del Marqués de Santa Cruz no podia colocar ni un libro, ni un nombre, hasta el dia en que vió la luz pública las *Nociones del Arte Militar*, del

entónces capitan D. Francisco Villamartin. Con razon decia el autor de las biografías de los *Capitanes ilustres*, D. Manuel Juan Diana, *que si en la bella literatura hubiese aparecido una obra cuyo mérito fuese tan grande como el que en su género avaloraba á las «Nociones del Arte Militar» de Villamartin, se hubiera producido una explosion de entusiasmo nacional;* y con razon tambien el coronel D. Fernando Casamayor sostenia que á Villamartin se le debia conceder un ascenso en su carrera militar como débil recompensa del sobresaliente mérito del libro que en aquel entónces acababa de dar á la estampa.

Una señal, ya que no una prueba, de la importancia científica del libro de Villamartin es el aprecio que ha alcanzado entre los escritores militares de allende el Pirineo. En efecto, véase el *Spectateur Militaire*, en su número correspondiente al mes de Marzo de 1864, donde aparece un juicio crítico de las *Nociones del Arte Militar*, firmado por Mr. de Larclause, en el cual, despues de calificar de notable la obra de Villamartin y de exponer detenidamente sus principales teorías, termina diciendo: «Seria de desear que este tratado de arte militar fuese traducido al frances para que estuviesen al alcance de nuestros oficiales sus valiosas enseñanzas» (1).

El general Cluseret, en su conocida obra *Ejército y Democracia*, cita con respeto el nombre de Villamartin, si bien combate algunas de sus apreciaciones acerca de la existencia de los ejércitos permanentes. Y por último, no há mucho tiempo, en el mes de Julio ó Agosto del año 1876, el *Boletin de la reunion de oficiales*, que se publica en París, se ocupaba con elogio de la parte histórica del libro de Villamartin.

---

(1) Corre como verdadera una anécdota en la cual se relata que cuando en el año 1864 estuvo en Francia el rey D. Francisco de Asis, los generales que le acompañaban en calidad de ayudantes de campo, al hablar de asuntos militares con el emperador Napoleon III, le oyeron elogiar tanto las *Nociones del Arte Militar*, que estos elogios fueron los que mayormente influyeron para que al poco tiempo de regresar á Madrid el esposo de la reina Doña Isabel II, se concediese al capitan Villamartin el empleo de comandante.

VIII.

Noticias biográficas del comandante Villamartin, segun aparecen consignadas en su hoja de servicios.

Mostrado ya por el exámen de los dos principales escritos del comandante Villamartin cuán altos son sus merecimientos como tratadista del arte de la guerra, vamos ahora á dar aquí algunas breves noticias acerca de su nacimiento y vida militar, valiéndonos principalmente de los datos que aparecen consignados en su hoja de servicios, los cuales hemos procurado completar con toda la exactitud que nos ha sido posible.

Nació D. Francisco Villamartin en Cartagena el dia 23 de Julio de 1833. Fueron sus padres el capitan de infantería D. Bruno Villamartin y la Sra. D.ª Segunda Ruiz. Ingresó de cadete en el Colegio general militar en 24 de Enero de 1848, y despues de aprobado en los exámenes reglamentarios, ascendió á subteniente de Infantería en 4 de Julio de 1850.

Fué destinado el subteniente Villamartin al regimiento de Gerona, que se hallaba de guarnicion en Vitoria; despues pasó al de Saboya, y al poco tiempo volvió al de Gerona, donde se hallaba cuando tuvo lugar el alzamiento nacional de 1854, prestando el servicio de guarnicion en Madrid, y al ascender á teniente por la gracia general en aquella ocasion concedida, continuó en el mismo regimiento. Destinado este regimiento de guarnicion á Barcelona, se halló Villamartin en los hechos de armas que tuvieron lugar en dicha ciudad desde el 18 al 22 de Julio de 1856; y despues de haber defendido valerosamente el cuartel de San Pablo con 20 soldados que á sus órdenes tenía, recibió una herida de bala en la pierna derecha, por todo lo cual fué recompensado con el empleo de capitan.

El capitan Villamartin solicitó y obtuvo pase al ejército de la isla de Cuba; se embarcó en la fragata española *Margarita*,

que salió del puerto de Barcelona el 19 de Abril de 1857, y desembarcó en la Habana el 21 de Mayo del dicho año.

Tres años residió Villamartin en la isla de Cuba, prestando el servicio de guarnicion en la ciudad de Santiago de las Vegas, hasta que regresó á España, y fué destinado al ejército de la Península, á causa de serle dañoso para su salud el clima de la gran Antilla.

En los primeros meses del año 1861 fué destinado el capitan Villamartin al regimiento infantería de Toledo, núm. 35, que se hallaba de guarnicion en Madrid; y en medio de las fatigas del servicio de tropa, fué cuando halló tiempo de escribir y publicar las *Nociones del Arte Militar*. Poco despues de la publicacion de este libro, en Marzo de 1863, fué destinado Villamartin al batallon cazadores de Arapíles, y en Enero de 1864 pasó á desempeñar la plaza de oficial de negociado en el Consejo de Redencion y Enganches. Por estos tiempos creemos que fué cuando Villamartin estuvo á las órdenes, aunque sin carácter oficial, del Marqués del Duero, empleado en los trabajos militares que tanto ocupaban y tanto renombre han dado al ilustre tratadista de la táctica de las tres armas.

Durante el tiempo que desempeñó el destino ántes mencionado en el Consejo de Redencion y Enganches, publicó Villamartin su notable folleto *Napoleon III y la Academia de Ciencias*, y la *Historia de la órden militar de San Fernando*, que vió la luz pública formando parte de la lujosa *Historia de las Órdenes de caballería*, que dió á la estampa, por los años de 1864, el editor señor Dorregaray (1).

---

(1) Ademas de las *Nociones del Arte Militar*, del folleto *Napoleon III y la Academia de Ciencias*, y de la *Historia de la Orden militar de San Fernando*, ha publicado Villamartin un libro que se titula *San Lorenzo del Escorial* (Madrid, imprenta de D. Anselmo Santa Coloma, 1866), donde se describe este célebre monasterio; cuyo libro ha sido traducido al frances, conservando en la portada, como nombre del autor, las iniciales F. V. Aun cuando esta obra sólo está escrita con el fin, más comercial que literario, de que sirva de guía del viajero en el Escorial, de contínuo se hallan en sus páginas rasgos que demuestran el talento y la instruccion general de su autor.

Hasta el mes de Mayo de 1865, la única recompensa que habia obtenido el capitan Villamartin, por virtud de sus merecimientos como escritor militar, habia sido el nombramiento de caballero de la órden de Cárlos III. En el dicho mes y año se le concedió el ascenso á comandante, como premio al autor de las *Nociones del Arte Militar*, quedando en situacion de reemplazo, en la cual permaneció hasta el mes de Febrero de 1866, en que fué nombrado jefe del detall de la Escuela de Tiro, cuyo cargo desempeñó hasta Mayo de 1868, en que fué destinado de ayudante de órdenes del capitan general D. Manuel Pavía, marqués de Novaliches.

Al llegar los acontecimientos del mes de Setiembre de 1868, sabido es que el Marqués de Novaliches fué nombrado general en jefe del ejército destinado á combatir á las tropas que habian levantado la bandera de la revolucion, y á cuya cabeza se hallaba el capitan general Duque de la Torre. Libróse entre los dos ejército la famosa batalla de Alcolea, cuyo éxito decidió el inme-

---

Pondrémos un solo ejemplo en apoyo de nuestras palabras. Tratando de los versos que se leen en la habitacion de Felipe II y en otros lugares del monasterio escurialense, dice Villamartin que *no son obra de nuestros primeros ingenios*. En efecto, los versos ántes indicados dicen así:

«En este estrecho recinto
Murió Felipe segundo,
Cuando era pequeño el mundo
Al hijo de Cárlos quinto.
Fué tan alto su vivir
Que sólo el alma vivia,
Pues *aun* (?) cuerpo no tenia
Cuando acabó de morir.»

Bien puede afirmarse que estos versos no son obra de nuestros primeros ingenios. Por honra de las letras españolas sería conveniente que se mandase quitar del cuarto de Felipe II el carton donde se hallan escritas las dos infelices redondillas que de copiar acabamos.

Segun nos ha dicho nuestro ilustre amigo el Sr. Nuñez de Arce, dejó Villamartin una obra inédita de gran mérito; era á modo de una sátira social, que se titulaba: *El Tuerto Rey*. Por último, Villamartin publicó gran número de artículos en periódicos militares y políticos, *El Correo Militar*, *La Discusion* y otros, y en un periódico que dirigió el mismo Villamartin, que se titulaba, si mal no recordamos, *La Fuerza Pública*.

diato triunfo de la revolucion, y en la cual quedó gravemente herido el general Marqués de Novaliches.

El comportamiento del comandante Villamartin en este hecho de armas sin duda alguna debió ser tan notable, que el general en jefe le concedió el empleo de teniente coronel sobre el campo de batalla; empleo que no llegó á ser revalidado por el partido que habia obtenido la victoria, pues en las luchas civiles la razon y el derecho parece que están á merced del mudable viento de la fortuna, y así ha dicho con triste verdad el autor de *La Vida es sueño:*

«.....En batallas tales,
Los que vencen son leales,
Los vencidos, los traidores.»

Durante los largos meses en que el Marqués de Novaliches estuvo retirado en un pueblo y ocupándose del cuidado que exigia la curacion de su grave herida, Villamartin permaneció constantemente al lado suyo, continuando en el desempeño de su destino de ayudante, hasta que, privado el Marqués de Novaliches de su categoría de capitan general por haberse negado á prestar el juramento político que decretaron las Córtes Constituyentes, quedó en situacion de reemplazo, en la cual permaneció hasta el dia de su muerte, acaecida en Madrid, en la casa número 47 de la calle de San Vicente Alta, á las ocho de la mañana del 16 de Julio de 1872.

El comandante D. Francisco Villamartin estuvo casado con la Sra. D.ª Clotilde Lagoanere, en cuyo matrimonio tuvo una hija, que murió en los primeros años de su niñez. La viuda de Villamartin tambien murió al poco tiempo de haber acaecido el fallecimiento de su esposo.

Para terminar estos ligeros apuntes biográficos del comandante Villamartin, trascribirémos aquí las brillantes notas de concepto que aparecen en su hoja de servicios, las cuales ponen de manifiesto la alta estimacion que merecia de sus inmediatos jefes superiores. Dicen así: *Valor*, acreditado; *Aplicacion*, mucha;

Capacidad, mucha; *Conducta*, buena; *Puntualidad en el servicio*, mucha; *Instruccion en táctica*, sobresaliente; *En ordenanzas*, sobresaliente; *En procedimientos militares*, sobresaliente; *En detall y contabilidad*, sobresaliente.

IX.

Algunos datos para que se pueda formar concepto del carácter individual de D. Francisco Villamartin.

Se ha dicho que la vida humana es una tragedia si nos dejamos dominar por nuestros sentimientos, y una comedia si con nuestro pensamiento friamente la analizamos; pero nosotros creemos que estos conceptos son de todo punto inexactos. Quizá el sentimiento es lo único que nos lleva algunas veces á reir..... por no llorar; el pensamiento, el análisis nos convence de que en el placer presente se halla el gérmen del dolor futuro.

«*¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!*» dijo el gran Quintana; desdichado es, puede decirse, todo mortal que nace con virtudes superiores á las que exige la moral histórica de su época; desdichado es todo escritor cuyo mérito sobrepasa el nivel intelectual del pueblo y tiempo en que vive; toda superioridad física, moral ó intelectual parece un dón de la Providencia; pero frecuentemente se convierte en el señuelo que atrae las calumnias de la envidia, en la cicuta de Sócrates y el Calvario de Jesus, en la pobreza en que vivieron y el olvido en que murieron Cervántes y Camoens.

Si se quisiera confirmar con un ejemplo, á más de los ya citados, la verdad de las desconsoladoras consideraciones que de escribir acabamos, bastaria que relatásemos aquí las profundas tristezas que amargaron la no larga vida de D. Francisco Villamartin. No ha de pasar mucho tiempo sin que publiquemos una coleccion de cartas de Villamartin dirigidas á nuestro amigo el

coronel D. Fernando Casamayor, el cual generosamente nos las cedió con objeto de que pudiésemos servirnos de ellas en nuestros estudios acerca de la vida y de los escritos del autor de las *Nociones del Arte Militar*, y en los breves comentarios que acompañarán á las dichas cartas aparecerá puesto en punto de evidencia la exactitud de las indicaciones que en este capítulo dejamos consignadas.

Sólo como muestra de la importancia auto-biográfica de las cartas de Villamartin copiarémos ahora un párrafo de una de ellas; párrafo en el cual para explicar Villamartin la causa de su tardanza en contestar á una carta del coronel Casamayor, comienza la suya diciendo lo siguiente:

«Mi querido amigo: No le olvido á V. Por correspondencia, entre personas ilustradas, se conoce no sólo la inteligencia, sino tambien el corazon, y ambas cosas valen mucho en V. para que yo pueda olvidar su amistad. Es que me ha sucedido una gran desgracia: he perdido á mi hija única, y este golpe, por razones especiales, ha sido para mí mucho más cruel, que lo que hubiera sido para otros padres. No era feliz, pero yo creia serlo, porque toda mi vida se concentraba en los afectos de mi familia; y el vacío de hoy ha descubierto otros, pues lo que ántes no me dejaba ver mi niña con sus juegos, ahora lo veo. Veo mi pobreza, mis apuros, los atrasos que me ha proporcionado mi obra, la escasísima proteccion que se me ha dado, pues si bien, por un rasgo espontáneo y noble del general Lemery, á quien yo no conocia, se me dió la cruz de Carlos III por influencia Real, el Gobierno nada ha hecho; bien es verdad que yo valgo poco para solicitar.»

La impía mano del destino, hiriendo en sus más caros afectos al eminente escritor que sólo en el seno de la familia encontraba la paz del alma y el olvido de sus desventuras; el más ilustre de los tratadistas de milicia nacidos en España, agradeciendo como señalada merced el que se recompensase su mérito con la concesion de una cruz *sencilla* de la Órden de Cárlos III; *el hecho* de que los gastos de la impresion de las *Nociones del Arte Militar*,

tratado didáctico tan bueno, si no mejor, que los mejores que en el extranjero se han publicado durante la presente centuria, ocasionase á su autor *atrasos*, digámoslo más claro, deudas, de las cuales jamás pudo verse libre; todo lo que aparece consignado en el párrafo de la carta de Villamartin, que aquí acabamos de copiar, es á modo de cifra ó somera indicacion de ese drama interno que se desenvuelve en la existencia del sér humano, cuando este sér individual pertenece al número de los privilegiados de la Providencia, por la grandeza de su corazon y la profundidad de su pensamiento.

Y justo es decirlo : el corazon, hablando con más exactitud, el *carácter* de Villamartin valia tanto ó más que su clarísima inteligencia. Como una prueba de las altas dotes morales del autor de las *Nociones del Arte Militar* recordarémos aquí su conducta militar en los turbados tiempos que alcanzó durante su no larga vida.

Las ideas políticas de Villamartin eran por extremo avanzadas. Republicano por conviccion, y algun tanto socialista, por ese sentimiento que excita en todo corazon generoso la contínua contemplacion de la miseria en que viven los desheredados de la fortuna, sus ideas y sus sentimientos parece que le llevaban á figurar entre esos militares revolucionarios, que en algunas épocas, no lejanas, han sido proclamados como héroes populares y libertadores de su patria. Bien es cierto que muchos de estos héroes y libertadores han sido despues el más fuerte dique contra los excesos de la demagogia, que, segun dicen, amenaza destruir, hasta en sus cimientos, la inmejorable sociedad que hoy constituimos los felices hijos del siglo XIX.

Villamartin no fué nunca ni libertador de su patria, ni salvador de la sociedad, pues creyó que si bien tenía libertad para poder discurrir acerca de la organizacion que debia tener el Estado y las instituciones sociales, su deber militar consistia en obedecer al Gobierno constituido, cualquiera que fuese su significacion y su tendencia política. Por esta causa, el pensamiento de Villamartin estaba del *lado de allá*, y su persona del *lado de*

acá.del puente de Alcolea, en la batalla que decidió el triunfo inmediato de la revolucion de Setiembre. Nosotros mismos hemos leido una carta de Villamartin, dirigida á su prima hermana Doña Isabel de Villamartin, donde, despues de hacer alguna breve consideracion sobre la batalla de Alcolea y de manifestar que el general Marqués de Novaliches le habia concedido el ascenso á teniente coronel, indicaba las dudas que tenía de que el gobierno revolucionario le confirmase dicho ascenso, y á pesar de esto, terminaba expresando la satisfaccion que sentia por el triunfo de la idea liberal, que en aquel entónces se hallaba simbolizada en la revolucion de Setiembre.

Acertadamente procedia el autor de las *Nociones del Arte Militar*, cuando, á pesar de sus avanzadas ideas politicas, prestaba siempre su obediencia al Gobierno que *de hecho* existia en su patria, pues si bien así no alcanzaba medros personales y murió sin pasar del modesto empleo de comandante, en cambio jamas podrá ser incluido en aquella acerba censura que dirigia D. Antonio Benavides, desde la cátedra del Ateneo de Madrid, á ciertes militares españoles, diciendo que en la España contemporánea la libertad la traia y la llevaba el éjército, *pronunciándose* ó *despronunciándose*, segun lo tenía por conveniente.

Villamartin, felicitándose del triunfo de sus ideas políticas, cuyo triunfo le ocasionaba la pérdida de un ascenso en su carrera por haber cumplido fielmente lo que, segun su juicio, constituye el deber militar, es un ejemplo de abnegacion, digno de loa en toda época y más aún en la presente, donde el desapoderado afan de medros personales suele ser la constante norma que rige la conducta de muchos de nuestros héroes y celebridades contemporáneas.

X.

Orígen y desenvolvimiento de la idea de costear por medio de suscricion pública un sepulcro monumental, que guarde los restos del insigne escritor militar D. Francisco Villamartin.

En el número de *El Correo Militar* correspondiente al sábado 24 de Junio de 1876 (1) apareció un artículo que decia asi:

«Con sumo gusto publicamos la siguiente carta:

«Madrid 23 de Junio de 1876.

»Sr. D. Melchor Pardo, director de *El Correo Militar*:

»Mi distinguido amigo: Acabo de publicar en los dos últimos »números de *La Ilustracion Española y Americana* unos apun-

(1) En *La Correspondencia de España* de la noche ántes (23 de Junio) habia aparecido el siguiente suelto: «El ex-diputado á Córtes don Luis Vidart ha publicado en *La Ilustracion Española y Americana* un artículo biográfico acerca del autor de las notabilísimas *Nociones del Arte Militar*, el comandante D. Francisco Villamartin, que falleció en Madrid el 16 de Julio de 1872. Desde esta fecha hasta el dia de hoy han corrido cerca de cuatro años; está, por lo tanto, próximo á cumplirse el plazo de duracion señalado á la sepultura que ocupa en el cementerio de la Patriarcal el comandante Villamartin, y para que los restos mortales de tan ilustre escritor no vayan á perderse en la fosa comun, propone el Sr. Vidart que se promueva una suscricion, á la cual podrán contribuir todos los amantes de nuestras glorias literarias, pero singularmente deberán hacerlo los que visten ó han vestido el honroso uniforme del ejército español, para costear una sepultura monumental, en cuya lápida podrían escribirse estas ó parecidas palabras: «A la »memoria del insigne tratadista militar español del siglo XIX, D. Fran»cisco Villamartin, sus compañeros de armas.»

Como consecuencia del anterior suelto, en *La Correspondencia* del 25 de Junio apareció otro que decia así: «Nuestro buen amigo el Sr. D. Luis Vidart nos ha dirigido una carta, en la cual nos da las gracias por lo que hemos contribuido á la publicidad del pensamiento de hacer una suscricion para que los restos mortales del insigne escritor militar don Francisco Villamartin no vayan á perderse en la fosa comun de un cementerio, y al propio tiempo nos manifiesta el Sr. Vidart que ha quedado ya abierta dicha suscricion en las oficinas de *El Correo Militar*, calle de San Gregorio, número 5, donde se admiten los donativos, desde la más pequeña cantidad hasta el tipo máximo de 20 reales, habiéndose fijado este límite por razones de conveniencia fácilmente explicables.»

Fco de Seballos

José Zorrilla

Fermín M.z de Campos

MINISTROS DE LA GUERRA QUE HAN FAVORECIDO EL PENSAMIENTO
DE ERIGIR UN MONUMENTO SEPULCRAL Á VILLAMARTIN.

»tes biográficos acerca del malogrado autor de las *Nociones del* »*Arte Militar*, nuestro inolvidable amigo D. Francisco Villa- »martin. Al terminar de escribir dichos apuntes, observé que sólo »faltan ya algunas semanas para que llegue el dia 16 de Julio »de 1876, en el cual se cumplirá el cuarto aniversario del fa- »llecimiento de Villamartin, y temí que, al cumplirse este plazo, »sus restos mortales fuesen á perderse en la fosa comun de un »cementerio, pues, quizá la sepultura que hoy los guarda no sería »perpétua. No teniendo tiempo para averiguar si mi sospecha era »ó no fundada, la expresé al final del segundo artículo publicado »en *La Ilustracion*, en forma hipotética, y propuse, en caso de »que fuesen exactas mis conjeturas, que se promoviese una sus- »cricion entre los que visten ó hemos vestido el uniforme militar »(sin que esto sea negar á nadie el derecho de contribuir á la »dicha suscricion) para costear una sepultura perpétua, en cuya »lápida se leyesen estas ó parecidas palabras : *A la memoria del* »*insigne tratadista del arte de la guerra, honra y gloria de la li-* »*teratura militar española del siglo XIX, el comandante D. Fran-* »*cisco Villamartin, sus compañeros de armas.*»

»Escrito y publicado ya lo que acabo de referir, he averi- »guado que mis conjeturas eran de todo punto exactas, pues Vi- »llamartin se halla enterrado, en el cementerio de la Patriarcal, »en una sepultura cuyo plazo de duracion termina á mediados »del próximo mes de Julio (1).

---

(1) Cuatro dias ántes de que se cumpliese el cuarto aniversario de la muerte del insigne Villamartin, en el dia 12 de Julio de 1876, visitamos la modesta sepultura donde yacian sus restos mortales, y al poco tiempo de haber terminado esta visita, al llegar á nuestra casa, de vuelta del cementerio de la Patriarcal, escribimos algunas cuartillas, que decian así:

UNA VISITA AL SEPULCRO DE VILLAMARTIN.

Allí está: en un muro que forman simétricas líneas de mortuorios nichos, se ve una sencillísima lápida de mármol negro, y en ella, bajo el signo de la cruz cristiana, se leen estas palabras:

DON FRANCISCO VILLAMARTIN.
16 DE JULIO DE 1872.
R. I. P.

Una corona negra, atada con un lazo de cinta negra tambien; una corona

»Sería hacer una grave ofensa á la cultura del ejército espa»ñol suponer, ni por un momento, que, llegando á su noticia los »hechos que acabo de referir, pudiese dejar que fueran á per»derse en la fosa comun de un cementerio los restos mortales »del esclarecido autor de las *Nociones del Arte Militar*, libro que, »segun mi juicio, aventaja, por varios conceptos, á esos conoci»dos tratados en cuyas portadas se leen los célebres nombres »de Lloyd, Jomini, Willisen y Marmont.

»¿Tendrá inconveniente *El Correo Militar* en recibir en su »redaccion los donativos que se hagan para costear una sepul-

---

negra, en cuyo centro se halla puesta una flor marchita, deshojada, destruida casi del todo por los rigores y el trascurso del tiempo, sombrea el mármol de su tumba. Quizá aquella corona es la última prueba de la ternura de una mujer; quizás la amistad le ha consagrado aquel recuerdo: de todos modos, aquella corona simboliza en su color la oscuridad de la muerte, y aquella flor, aquella *siempreviva*, marchita y deshojada, parece decir que tambien muere el sentimiento, que hasta el recuerdo tambien desaparece.

Cerca del modestísimo nicho de segunda clase—señalado con el núm. 221, en la segunda galería del segundo recinto del cementerio de la Patriarcal—que guarda los restos mortales del insigne Villamartin, se hallan soberbios panteones familiares, decorados con blasones nobiliarios, en cuyas fastuosas lápidas se leen esos tratamientos oficiales de *ilustrísimo* y *excelentísimo*, que vanamente pretenden sustituir á las calificaciones de *ilustre* y *excelente*, que en la tierra sólo puede conceder el tribunal de la historia, que en otro mundo mejor sólo podrán ser sancionadas por la justicia de Dios.

En el mismo muro donde está el nicho de Villamartin, se halla otro, el señalado con el núm. 157, que guarda los restos mortales de un escritor contemporáneo, no exento de cierto mérito, en cuya lápida se lee una inscripcion en un todo semejante por su sencillez á la que anteriormente dejamos copiada. Dice así: «D. Antonio Ribot y Fontseré.—24 de Octubre de 1871.—R. I. P.»

En el centro del cementerio de la Patriarcal se alza un monumento sepulcral, que se ha construido allegando fondos por medio de una suscricion pública, destinado á guardar en su seno los restos mortales del primero de nuestros poetas líricos contemporáneos, del inmortal cantor de *La Imprenta*. Si la España del siglo XVII dejó perder las cenizas del autor de *El Quijote*, la España del siglo XIX, honrando por medio de una suscricion nacional la memoria de Quintana, prueba que, al traves de sus desventuras, sabe contribuir á la obra del progreso de la humanidad, rindiendo tributo de entusiasmo á los reconocidos merecimientos literarios del gran cantor de la libertad y de las más gloriosas conquistas de la civilizacion contemporánea.

»tura perpétua para el malogrado Villamartin y una lápida »donde se grabe la inscripcion que se crea más conveniente? Se- »gun la cantidad que esta suscricion produzca, podrá limitarse »el gasto á comprar un nicho perptéuo y cubrirlo con una sen- »cilla losa de mármol, ó bien á hacer construir un verdadero »sarcófago, que sea un monumento de arte consagrado á la im- »perecedera gloria del insigne Villamartin.

»Dicho ya lo que, en mi sentir, debe hacerse para honrar »como merece la memoria del comandante D. Francisco Villa- »martin, usted, como director de *El Correo Militar*, y los ilus-

---

Semejante á la idea que inspiró á los que iniciaron la suscricion para costear el sepulcro monumental del laureado Quintana, fué la que nosotros concebimos para que el ejército español pueda mostrar, honrando los inanimados restos del ilustre escritor militar D. Francisco Villamartin, *que la tumba es el trono del genio y su reino la memoria de los siglos.*

Indicamos en la carta que vió la luz pública en *El Correo Militar* la conveniencia de salvar del olvido los restos mortales del comandante Villamartin por medio de una suscricion que sirviese para costearle una sepultura, en cuya lápida se consignase el tributo de admiracion que le rendian sus compañeros de armas, porque todo lo que nosotros hubiésemos podido hacer personalmente y áun contando con la valiosa cooperacion del ilustrado director de dicho periódico, nunca hubiese llegado á alcanzar la significacion colectiva del ejército español, que es en lo que consiste el verdadero honor que corresponde á la imperecedera memoria del autor de las *Nociones del Arte Militar*.

. . . . . .

Hoy, 12 de Julio de 1876, al recorrer el cementerio en que se halla enterrado el comandante Villamartin, al apuntar en nuestra cartera la breve inscripcion que señala su sepulcro, ¡cuántas y cuántas ideas se agolpaban á nuestra mente! Sonaban las doce del mediodia: un sol abrasador alumbraba aquella ciudad de muertos; la luz, el calor, la vida en el espacio; la corrupcion, la oscuridad, la muerte en la tierra. El cielo azul y el canto de las aves que se guarecian del sol entre los árboles del cementerio, parecia como una apoteósis de la Naturaleza, fria é indiferente siempre ante todas las perturbaciones y ante todos los cataclismos del mundo moral.

Sí; el naturalista nos dirá, y quizá nos probará, que la muerte no es más que la vida que se trasforma; pero esa trasformacion rompe los lazos del cariño, separa á los seres que se aman, y en el mundo moral la muerte no engendra la vida; cuando el sentimiento destruye la razon, aparece la locura, que es la muerte de la racionalidad en el sér humano.

¡La muerte! Si la vida del sér humano es eterna, ¿para qué morir y cambiar de formas? Si la vida del sér humano es limitada, si sólo dura el breve espacio que cruza por la tierra, ¿para qué nacer? ¿Para qué soñar en lo

titulada *Nociones del Arte Militar*, cuyo libro es tan reputado en España como en el extranjero.

»Deseando S. M. contribuir por su parte á rendir un tributo de consideracion á tan esclarecido jefe, y creyendo á la vez que honran al valiente y sufrido ejército español las distinciones de que son objeto sus individuos cuando á ellas se hacen acreedores por su talento, esfuerzo, subordinacion y relevantes prendas, me ha mandado entregue en su Real nombre, en la Administracion de *El Correo Militar*, la cantidad de 1.000 pesetas, para coadyuvar así á la realizacion de aquel pensamiento y dar un testimonio de simpatía á quien tanto se distinguió en la noble profesion de las armas.

»De Real órden lo digo á V. para su inteligencia y efectos consiguientes. Dios guarde á V. muchos años. Palacio, 14 de Julio de 1876.—*F. Goicoerrotea.*—Señor Director del periódico *El Correo Militar.*»

La distinguida poetisa doña Isabel de Villamartin, al tomar parte en la suscricion para costear el sepulcro monumental de su primo hermano, el autor de las *Nociones del Arte Militar*, remitió á *El Correo Militar* la siguiente carta, que apareció en el número de este periódico del juéves 6 de Julio de 1876:

«Madrid, 30 de Junio de 1876.

»Señor Director de *El Correo Militar.*

»Muy señor mio y de mi consideracion distinguida: Profunda pena sentí cuando llegó á mi noticia, por medio de los periódicos, que estaban próximos á desaparecer en la fosa comun de un cementerio los restos mortales del comandante de infantería don Francisco Villamartin, pues á pesar de mi cercano parentesco con el autor de las *Nociones del Arte Militar*, yo ignoraba que careciese de una sepultura perpétua, á causa de no haberme hallado en Madrid en la época que acaeció su fallecimiento. Desde luégo me ocurrió la idea de pagar los mil y tantos reales que cuesta y perpetuar el nicho que hoy ocupa mi malogrado primo; pero tan modesto tributo á su memoria me pareció algo tardío é

inoportuno, despues de inaugurada la suscricion pública que aparece en las columnas del periódico que usted dignamente dirige.

»Por otra parte, yo no podria costear un sepulcro que fuese á la vez un verdadero monumento de arte, segun ha propuesto el Sr. D. Luis Vidart en la carta que ha visto la luz pública en *El Correo Militar;* y áun cuando me fuese posible, no lo haria, pues acaso se pudiera pensar que yo intentaba presuntuosamente sustituir y anular con mi personal iniciativa el alto y generoso pensamiento de reunir á todos los que han vestido y visten el uniforme del ejército español, para que honren la memoria del que fué su compañero de armas, por medio de una suscricion corporativa.

»Desechadas, pues, las dos ideas que acabo de exponer, sólo puedo mostrar el cariño que conservo á la memoria del que fué tan próximo pariente mio, asociándome con toda mi alma al generoso propósito que ha guiado á los iniciadores de la suscricion para honrar la memoria del escritor militar D. Francisco Villamartin, y expresarles en estas líneas el público testimonio de mi sincero y eterno agradecimiento.

»Gloria será del ejército español contribuir á que en nuestra querida patria comience á tributarse el culto que de derecho corresponde á la imperecedera memoria de sus hijos ilustres. Este verdadero *culto al talento*, que raya en la exageracion en los países más civilizados de Europa, en España, desgraciadamente, apénas es conocido. ¿Cómo, de otro modo, Calderon, el más grande de nuestros dramáticos y uno de los más grandes genios poéticos que ha producido la humanidad, no tendria una estatua en la poblacion que le vió nacer, en la villa y córte de Madrid? ¿Cómo el descubridor del Nuevo Mundo, que representa una de las más altas glorias de nuestra patria, no tiene ni un mármol, ni un bronce, que recuerde su memoria en la capital de la nacion española?

»Dispense usted, Sr. Director, estas desviaciones del objeto que me he propuesto al escribir la presente carta, la cual desearia tuviese la bondad de insertar en su apreciable periódico.

»Aprovecha este motivo de ofrecerle el testimonio de su consideracion distinguida su S. S., Q. B. S. M. — *Isabel de Villamartin.*»

Alguna relacion se podria hallar entre la anterior carta y un suelto que se publicó en *La Correspondencia de España* del dia 13 de Julio de 1876, en el cual se decia lo siguiente:

«El Sr. Marqués de Novaliches, al saber por los periódicos que estaban próximos á desaparecer en la fosa comun del cementerio de la Patriarcal los restos mortales del que fué su ayudante de campo, el comandante de infantería D. Francisco Villamartin, ha comprado á perpetuidad el nicho, abonando en el acto su importe. Este hecho en nada perjudica al elevado pensamiento, de que hemos hablado, de levantar un modesto mausoleo al honrado soldado y escritor insigne, tan apreciado por el Marqués de Novaliches, que sobre haberle distinguido desde que le conoció, le tuvo más tarde en su compañía y fué uno de sus ayudantes en la batalla de Alcolea.»

La órden firmada por el Sr. Intendente de Palacio, anteriormente aquí trascrita; la carta de la Sra. D.ª Isabel de Villamartin, y el suelto de *La Correspondencia* que acabamos de copiar, hechos y escritos diferentes bajo muchos conceptos, vienen á coincidir en un punto: considerar como un acto de justicia y de patriotismo las honras que deben tributarse á la imperecedera memoria del insigne tratadista militar D. Francisco Villamartin.

XI.

Nombramiento de la Comision encargada de llevar á cabo el proyecto de erigir un mausoleo que guarde los restos mortales de Villamartin, y estado en que se halla dicho proyecto.

Los que ántes del 15 de Setiembre de 1877 han contribuido como suscritores á la edificacion del sepulcro de Villamartin, nom-

Luis Vidart

José de Reyna

Melchor Pardo

P. Gonzalez Quijano

Gaspar Nuñez de Arce

Arturo Cotarelo

Enrique Vicente del Rey

Luis Bonafoux

Enrique Perojo

Julio Segui

COMISION ELEGIDA PARA ERIGIR EL MONUMENTO SEPULCRAL Á VILLAMARTIN.

braron una Comision, encargada de llevar á cabo el pensamiento de dicha construccion, compuesta del teniente general D. José de Reina y Frias, del director de *El Correo Militar*, D. Melchor Pardo, de los brigadieres Sres. Puig y Clos y del autor de las presentes líneas. Esta primitiva Comision se aumentó despues con los Sres. D. Gaspar Nuñez de Arce y D. Joaquin Gonzalez Fiori, en representacion del elemento civil, si vale el calificativo, que ha tomado parte en la suscricion del monumento sepulcral de Villamartin; con los redactores de *El Correo Militar*, señores Cotarelo (D. Arturo), Bonafós, Bruno (D. Rodrigo), Vicente del Rey (D. Enrique) y Vercruysse, y con el teniente coronel D. Julio Seguí. Por muerte de algunas de las personas citadas; por ausencia de Madrid de algunas otras, y con arreglo á un acuerdo de la misma Comision, que considera que renuncian tácitamente á formar parte de ella los individuos que no asistan á cierto número de sus reuniones: la *Comision-Villamartin* se halla en la actualidad (Junio de 1883) constituida en esta forma: *Presidente*, el teniente general D. José de Reina; *Vocales*, Don Gaspar Nuñez de Arce, D. Joaquin Gonzalez Fiori, D. Melchor Pardo, D. Arturo Cotarelo, D. Julio Seguí y el autor de estas líneas; *Secretario*, D. Luis Bonafós.

La *Comision-Villamartin* (nombrémosla así en gracia de la brevedad) designó un Jurado que eligiese, entre los proyectos de mausoleo que se presentasen en público certámen, el que le pareciese más artístico, y este Jurado concedió sus votos al proyecto presentado por el joven escultor D. Eugenio Duque.

Á las ocho de la mañana del miércoles, 23 de Junio de 1880 fueron exhumados los restos mortales de D. Francisco Villamartin que existian en el cementerio de la Patriarcal, á presencia de los Sres. D. Melchor Pardo, D. Arturo Cotarelo, D. Enrique Vercruysse y del autor del presente escrito, y puestos en una caja de zinc herméticamente cerrada. En la tarde del mismo dia fueron trasladados estos restos mortales al cementerio de San Justo, donde préviamente se habia edificado la bóveda en la cual quedaron enterrados. *El Correo Militar*, periódico

del cual habia sido colaborador el insigne Villamartin, describió esta fúnebre solemnidad en la forma siguiente:

«En la tarde de ayer pagó el ejército la deuda de admiracion y de cariño que tenía contraida con uno de sus más preclaros compañeros.

»Villamartin, el escritor insigne, el profundo tratadista militar, yace por fin en la bóveda del sepulcro que por suscricion se está erigiendo en el cementerio de San Justo, donde las generaciones venideras podrán hallar un eterno testimonio de que en este siglo de positivismo y de pasiones egoistas áun quedaba quien supiese otorgar recompensa merecida á un hombre cuya modestia estaba en perfecta consonancia con su privilegiado talento.

»Ocho años han trascurrido apénas desde que el autor de las *Nociones del Arte Militar*, rodeado de su corta familia y de algunos amigos, exhalaba el suspiro postrero en una humilde casa de la calle de San Vicente. Entónces era pobre, muy pobre; hoy le da su libro fortuna más valiosa que la representada por el oro y por los blasones: la fortuna del talento.

»Distinguidos generales como los Sres. Zapatero, Duque de Vistahermosa, Ruiz Dana, Búrgos, Echagüe y Cotoner, confundíanse entre escritores como La Sala, Bremon, Pirala, Varona, La Iglesia, Sebastian, Llacayo, Becerra y tantos otros, honra de las letras y de las armas. Los brigadieres Moltó y Ruiz de Alcalá, el diputado Sr. Crestar, muchos representantes de la prensa periódica, en una palabra, todos los hombres conocidos por su amor á las glorias intelectuales de nuestra patria, allí estaban congregados para rendir el último homenaje que los vivos tributan á los muertos.

»Los restos de Villamartin fueron depositados en la bóveda construida al efecto (1), á presencia del señor general Reina y demas vocales de la Comision, así como de gran número de los in-

(1) En esta misma bóveda se guardó tambien la lápida de mármol que estaba puesta en el nicho del cementerio de la Patriarcal, donde primeramente fué enterrado D. Francisco Villamartin.

vitados que no quisieron abandonar el féretro hasta cumplir las últimas formalidades.

»Si álguien notó la ausencia de algunos, si hubo quien echó de ménos á los diputados del país donde nació y pasó los primeros años de la vida el infortunado Villamartin, nosotros, lo consignamos con franqueza, no nos fijamos siquiera en estes detalles insignificantes y que no afectaron, segun puede suponerse, á la solemnidad del acto fúnebre.

»Réstanos añadir que en las primeras horas de la mañana fué exhumado el cadáver en el cementerio de la Patriarcal, á presencia de los individuos de la Comision, Sres. Vidart, Pardo, Cotarelo y Vercruysse, habiéndoles acompañado un escritor de verdadero ingenio, el Sr. D. José Fernandez Bremon, el cual probó de nuevo su entusiasmo por los hombres de talento como Villamartin, y su amor al ejército.»

Hasta aquí la reseña de *El Correo Militar*. Poco nos resta que añadir; sobre la bóveda en que se hallan enterrados los restos mortales de D. Francisco Villamartin se alza ya la urna cineraria y el pedestal que ha de sostener la estatua del preclaro historiador de la Orden militar de San Fernando (1). En el lado delantero de este pedestal se leen las siguientes palabras: *Á Villamartin sus admiradores;* y en el lado opuesto se halla una inscripcion que dice así: *Se costeó este mausoleo con los fondos recaudados mediante la iniciativa de los compañeros de armas del autor de las Nociones del Arte Militar.*

Justo es consignar aquí para terminar este capítulo, que, mediante las gestiones de la *Comision-Villamartin*, pero principalmente por la poderosa iniciativa de su presidente el Excmo. se-

---

(1) Se dice que la carta que dirigió el Duque de la Torre al Marqués de Novaliches poco ántes de la batalla de Alcolea estaba redactada por el insigne poeta D. Adelardo Lopez de Ayala, y que la contestacion á esta carta estaba escrita, conforme con las indicaciones y órdenes del general Marqués de Novaliches, por su ayudante de campo D. Francisco Villamartin. Y es coincidencia notable que el sepulcro monumental del autor de *El Tejado de vidrio* se halle en el mismo patio del cementerio de San Justo donde se está erigiendo el sepulcro monumental del autor de las *Nociones del Arte Militar.*

ñor teniente general D. José de Reina y Frias, los señores ministros de la Guerra D. Francisco de Cevallos, D. José Ignacio de Echevarría y D. Arsenio Martinez de Campos han prestado su valiosa proteccion al pensamiento de honrar pública y solemnemente la memoria imperecedera del insigne Villamartin. Siendo ministro de la Guerra D. Francisco de Cevallos ofreció al señor general Reina que se darian las órdenes para que de cañones inutilizados para el servicio se facilitase el bronce necesario para la fundicion de la estatua de Villamartin, que ha de colocarse en su monumento sepulcral.

Agotados los fondos que produjo la suscricion voluntaria en la compra del terreno que ocupa en el cementerio de San Justo el mausoleo proyectado, y ya comenzado á construir, y en los gastos que ocasionó la solemne traslacion de los restos mortales de Villamartin, desde el cementerio de la Patriarcal al que acabamos de nombrar, la *Comision-Villamartin* concibió la idea de que el Estado podia costear una edicion de las obras selectas de Villamartin, y que el producto de la venta de esta edicion sería lo suficiente para terminar el comenzado monumento sepulcral. Este pensamiento de la *Comision-Villamartin* fué aceptado y sucesivamente favorecido por los tres señores Ministros de la Guerra anteriormente citados, y cabe la honra al capitan general que actualmente desempeña el cargo de Ministro de la Guerra, cabe la honra al Excmo. Sr. D. Arsenio Martinez de Campos, de haber puesto su firma en la Real órden concediendo aún más de la cantidad que se habia presupuestado para costear la edicion de las obras selectas de Villamartin (1). Tócale, pues, á la *Comision-Villamartin* rendir aquí público tributo de agradecimiento á la memoria del Sr. Marqués de Torrelavega, al teniente general Marqués de Fuentefiel y al capitan general D. Arsenio Martinez de Campos.

---

(1) La *Comision-Villamartin* tiene acordado que si despues de costear el sepulcro que se está erigiendo, sobrase alguna cantidad, se entregue á la anciana madre del autor de las *Nociones del Arte Militar*, que vive retirada en una pequeña poblacion y muy escasa de bienes de fortuna.

CONCLUSION.

Lo hemos dicho en muchas ocasiones, pero aquí debemos volver á decirlo: si la Política es la ciencia del *Estado en paz*, la Milicia (1) es la ciencia del *Estado en guerra;* y, por lo tanto, la total ciencia del Estado reconoce como parte suya el conocimiento de la Milicia, la ciencia de la guerra. Dedúcese de aquí que el conocimiento de las cuestiones militares en lo que tienen de fundamental, en lo que tienen de científico, no debe ser patrimonio exclusivo de los militares; al contrario, todo hombre político que aspire al noble dictado de verdadero estadista, debe conocer el estrecho enlace de las cuestiones militares, consideradas en su parte científica, con las cuestiones políticas; debe saber que la ciencia del Estado en paz necesita como auxiliar indispensable el conocimiento de la ciencia del Estado en guerra.

Desconocidas durante largo tiempo las verdades que de consignar acabamos, hoy comienza á comprenderse el estrecho enlace de las cuestiones de gobierno con la forma de la organizacion militar de las naciones; hoy los que se precian de hombres de Estado procuran entender de milicia, y hoy es cuando debemos recordar al ilustre pensador que, adelantándose siempre y en todo á la época en que vivia, terminó sus *Nociones del Arte Militar* escribiendo lo siguiente:

«En una época en que las cuestiones militares son las únicas que nada importan al público, y con un ejército, si se quiere, de gran amor á la práctica, pero de muy poco á la teoría, no hemos titubeado en dar á luz estas incorrectas páginas, áun previendo que el único éxito de ellas sería recibir un elogio de buena socie-

---

(1) *Milicia*, el arte de hacer la guerra ofensiva y defensiva y de disciplinar los soldados para ella. — *Diccionario de la Academia Española* (Madrid, 1803.)

dad en un círculo de amigos, ó alguna benévola frase de algun jefe del ejército.»

. . . . . .

«Europa se halla en un período de penosa gestacion; hay poderosos intereses de pueblo á pueblo y dentro de cada uno, que no rompen la lucha porque se temen; pero ella por sí misma estallará más ó ménos pronto; una chispa fugaz promoverá el incendio, y el incendio, arreciado por el huracan de las pasiones públicas y alimentado por cuanto á mano hallen los pueblos y los gobiernos, arrasará los campos, preparándolos para el nuevo cultivo. Hoy, al calor de la discusion, en todos los tonos, fermentan cuestiones políticas, económicas y religiosas, y por todas partes, en la calle, en el templo, en el mercado, en el parlamento, en la córte, en el foro y en las escuelas, se ve una sociedad vieja que se rehace, una nueva que avanza, y una media que fluctúa al violento vaiven de las otras dos. Véase si esto no es un abundante semillero de guerras. Por muy remoto que esté el dia del peligro, y cualquiera que entónces sea la suerte de nuestra patria, no podemos hoy adormecernos á la suave brisa de la paz que disfrutamos; que cada operario trabaje su parte de tarea con la vista fija en lo porvenir y el oido alebrestado, porque la guerra vendrá, y entónces, ¡ay del pueblo que no esté apercibido! Que se posean de esta idea nuestros oficiales, que despierten su espíritu militar adormecido por el espíritu mercantil del siglo, y purifiquen su inteligencia estragada por frivolidades literarias. Si este libro y otros mucho mejor escritos no bastan para conseguir este resultado, si todos reunidos no sirven para formar escuela, servirán al ménos para inspirar amor á esa ciencia en que descansa la salud de los pueblos.»

¡Gloria al pensador militar que supo que, donde muchos sólo ven un oficio y algunos un arte, existe una verdadera ciencia, muy semejante á la política: la ciencia de la guerra! ¡Gloria al pensador patriota, que comprendió la alta conveniencia de informar en el espíritu nacional los estudios de nuestra historia militar! ¡Gloria al pensador filosófico, que adivinó el carácter de ge-

neralidad que en esta época debian de revestir las cuestiones militares, cuando nadie se interesaba por semejantes asuntos, cuando un torpe individualismo pretendia hacer del ejército una clase cerrada y ajena al movimiento progresivo de la sociedad en que vive! ¡Gloria al preclaro autor del libro *Nociones del Arte Militar*, del folleto *Napoleon III y la Academia de Ciencias* y de la *Historia de la órden militar de San Fernando!*

LUIS VIDART.

Madrid, 27 de Junio de 1883.

NOCIONES

DEL

ARTE MILITAR

AL EXCMO. SR. D. MANUEL GUTIERREZ DE LA CONCHA,

MARQUÉS DEL DUERO, GRANDE DE ESPAÑA DE PRIMERA CLASE, CAPITAN GENERAL DE EJÉRCITO, PRESIDENTE DEL SENADO, CABALLERO DE LA INSIGNE ÓRDEN DEL TOISON DE ORO, ETC., ETC.

Excmo. Señor:

Yo quisiera que el mérito de esta obra fuera tan elevado como es ilustre el nombre del General que honra la primera página; pero si el valor de toda ofrenda no consiste en sí mismo, sino en la intencion y los medios de la persona que la ofrenda presenta, este libro tiene derecho á reclamar el primer puesto, porque su autor, para hacerle digno de V. E., hubiera deseado la pluma de los eminentes literatos y la ciencia de los grandes capitanes. A pesar de todo, tal como es, acéptele V. E., que á falta de otro mérito, tiene el haber sido inspirado por el amor al estudio y el amor á la patria, dos virtudes que por sí solas dan sér á todas las virtudes sociales.

Hoy que renace España á la vida de las naciones, y restañada la sangre de sus gloriosas heridas, se dispone á seguir su marcha de otros tiempos á la cabeza de la civilizacion de los pueblos; hoy que nuestra política, nuestra literatura, nuestro comercio, nuestra industria recobran su vida propia, nacional é independiente; hoy que en todos los ramos del saber humano sacudimos la tutela extranjera, ese criterio prestado, esa civilizacion que nos han vendido á gran precio los pueblos que de nosotros la recibieron ántes, esa tiranía literaria, la más dura de todas las tiranías, aparece en todas las clases del Estado el deseo de estudiar su deber segun las necesidades y el carácter de nuestra raza, y de dar á las artes españolas el sello de nacionalidad que perdieron.

Aun falta mucho, sin embargo. En el arte sublime de la guerra, tan necesario para la independencia y la fuerza material de las naciones, sin

la que no es posible el triunfo de la razon, como no es posible la inteligencia del hombre sin la salud física, no tenemos otra escuela que la de alemanes y franceses; sus obras aparecen por todas partes, en la maleta de campaña del oficial, en las bibliotecas, en los colegios. Estas obras, donde se nos deprime muchas veces y se nos olvida otras, plagadas de errores de escuela y de errores hijos del espíritu patrio, basadas en principios y reglas aplicables á esos países y esos ejércitos, pero de ningun modo á los nuestros, han traido á España en cambio de algunos bienes dos grandes males: uno, el exagerar nuestra debilidad y tener en mucho más de lo que vale la fuerza de otros países; otro, el hallarnos en una punible ignorancia bajo el punto de vista del arte de nuestros hechos de armas. El vulgo de nuestros militares sabe con todos sus detalles las campañas de Francia, y cree, bajo la palabra de los autores franceses, que Waterloo no debió haberse perdido, que la campaña de Rusia no debió terminar con aquel horrible desastre, que los ataques en revuelto monton de turbas jadeantes de fatiga es el último progreso del arte, el único medio de victoria, á la vez que desconoce el paso del Garellano y niega el mérito de las operaciones que precedieron á la capitulacion de Bailén.

Por estas razones se hace sentir más cada dia, desde que se ha iniciado nuestro renacimiento, un curso completo de arte militar, pero escrito para España, con la historia de nuestras guerras gloriosas en la mano, con presencia de las cualidades físicas y morales de nuestro soldado, el carácter general de nuestra raza, la forma política y las necesidades de nuestra sociedad. Aunque sin fuerzas ni talento para ello, me propuse emprender tan árdua tarea, y de mis incompletas apuntaciones resulta un libro que está muy léjos de ser el que mi presuncion habia soñado, pero que, tal como es, tengo el honor de ofrecer á V. E.

Abrigo la confianza, Excmo. señor, que un general que tanto interes toma en el estudio de la ciencia de la guerra, mirará con bondad este trabajo, siquiera no tenga otro mérito que el de los sentimientos que le han inspirado.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR.

B. L. M. DE V. E.

FRANCISCO VILLAMARTIN.

PRÓLOGO.

Para todos los ramos del saber humano hay dos métodos de enseñanza que se disputan sin cesar la silla de la cátedra : el teórico y el práctico.

En esta cuestion, como en todas, situarse en los extremos es abdicar de la razon, y los partidarios de la teoría absoluta como los de la práctica exclusiva, caen en errores iguales, partiendo de causas distintas ; pero en nada se hacen sentir tanto los efectos de esta lucha como en las artes, y más que en otro cualquiera, en el arte militar.

Efectivamente, al recorrer la historia del mundo, escrita con la sangre de tantas generaciones y de tantas razas, no vemos otra cosa que la oposicion de intereses y el choque material de los elementos de daño y defensa de que disponen los poderes que representan esos intereses. Esta variedad infinita de intereses, de razas, de épocas, de climas, de elementos de daño y defensa, ha dado al choque de ellos, á la lucha, á la guerra, en fin, una variedad tambien infinita de modos de ser en su esencia, de manifestaciones en su forma, de combinaciones en sus accidentes,

que constituyen una desigualdad constante en los hechos ocurridos, y exigen la misma desigualdad para los hechos del porvenir.

Concedido esto, debemos convenir en que la práctica por sí sola, que no es ni puede ser otra cosa que la experiencia de un hombre, es insuficiente para ejercer el arte. Ademas, la experiencia nos da las lecciones *à posteriori*, despues del error; la práctica de veinte batallas perdidas, por ejemplo, nos podria dar las veinte razones de la derrota; pero en la batalla veintiuna nos hallariamos en condiciones distintas, y ninguna de las veinte lecciones serian aplicables al nuevo caso, á pesar de haberlas comprado á tan alto precio.

Siendo insuficiente la experiencia de uno solo, se tiene que apelar á la de toda la humanidad, estudiar en la historia la causa de todas las victorias, y clasificando, metodizando esas causas, ordenarlas en cuerpo de doctrina: esto es la teoría.

Sólo la desaplicacion, la indolencia y la presuncion, que tambien la experiencia es presuntuosa, puede pronunciarse contra la teoría, declarándola inútil, cuando ella es la práctica de toda la humanidad ante la de un hombre.

Si tan necesaria es la teoría, se nos dice, ¿cómo se comprende la existencia de ilustres guerreros sin ella? ¿En qué libros aprendieron á vencer Aníbal, Scipion, Viriato, el gran maestro de la guerra moderna, Gonzalo de Córdoba? Nosotros contestamos á esto que en todas las artes entra como primer elemento la inspiracion, el génio del artista; sin él, nada es el estudio; con él, la teoría regulariza el talento, le dirige, dando más horizonte á las concepciones. Viriato, con estudio, hubiera valido más; un general mediano, malo tal vez, sin teoría, sería peor aún.

Por otra parte, esta razon está batida en sí misma, porque si se nos presentan ejemplos en que de nada ha servido la ciencia, ¡cuántos no se pueden presentar en que la práctica ha sido inútil! ¡Cuántos generales encanecidos en los campos de batalla han sido derrotados por jóvenes imberbes! ¿Tanta experiencia tenía Scipion á los veinticuatro años, Condé á los veinte, Napoleon á los veintiseis?

Si en las artes de imitacion la práctica de un solo hombre puede servir de mucho, porque son infinitos los modelos que halla en su vida; si el escultor, destrozando una piedra y otra, consigue, por fin, reproducir el busto de un hombre, en el arte militar no sucede lo mismo; no hay museo para sus obras; el museo es el gran libro de la historia; áun presenciándolas, áun tomando parte en ellas, no siempre conocemos los misterios de su composicion, y cuando se nos encarga una, tenemos que darla acabada y perfecta con los materiales limitados, sin que se nos permitan ensayos; no podemos buscar la verdad procediendo de error en error; se nos obliga desde luégo á hallarla; nuestros colores, nuestro lienzo, son los ejércitos, y no podemos consumirlos en cuadros de ensayo. Véase cómo los defensores de la práctica no conocen que exigen desde el primer dia practicar bien, y nada nos dan ántes de ese primer dia para saber practicar.

Queda demostrado, por lo tanto, la necesidad de la teoría, que es la experiencia de los siglos, y guiándose por ella, la práctica descubrirá vastos horizontes, y deducirá más consecuencias haciendo aplicaciones á los hechos que vaya presenciando.

Ahora bien; la dificultad que debemos vencer es la de dar á la teoría virtud para conseguir infinita variedad de fines por medios finitos y limitados. Si descendemos al

análisis detenido, de uno, de otro, de todos los casos que se pueden presentar, dictando para cada uno la aplicacion de los medios, la teoría sería infinita, el estudio eterno, y sólo la inteligencia de Dios podria realizarle; si, por el contrario, analizando los medios de ejecucion deducimos los resultados, la teoría sería incompleta y falsa, tan pronto como la relacion entre los medios y los fines se alterase por la razon histórica.

No alcanzando la inteligencia ni la vida del hombre para seguir estos dos métodos, debemos limitarnos á una teoría incompleta, que por la misma razon no sea absoluta en sus reglas, ni decisiva en sus conclusiones. Mas para ello no se debe intentar ni el uno ni el otro de los dos caminos, porque nos quedaríamos muy á principio de la jornada, sino confundir los métodos en uno, estudiar sus armonías, y deducir de aquí la marcha que seguirian si fuera dable terminarlos.

El archiduque Cárlos, el coronel Willisen, han tratado de seguir el primero; Jomini, Jacquinot de Presle, Rogniat, el segundo; el Marqués de Santa Cruz, el tercero; hé aquí por qué su obra, escrita en otro siglo para otros ejércitos y otra forma social, es nueva siempre, al paso que las otras, de incomparable mérito, escritas con estudio profundo, no tienen otra vida que la del país y la del siglo en que son escritas.

Efectivamente, al intentar seguir el primer método, no podemos hacer otra cosa que tomar de la historia una, dos, cien guerras, analizarlas, y deducir por el estudio de casos determinados las reglas que han prevalecido en ellos; mas tan penoso trabajo, ¿nos podrá ser útil cuando los hombres, los países y los grados de civilizacion sean otros?

Del otro modo, tomamos los elementos materiales que

constituyen un ejército, las armas, los institutos, la organizacion; los pesamos en su fuerza, estudiamos físicamente su funcion, movemos en el mapa los batallones, viendo en todas partes geometría, y creyendo que los hombres no son otra cosa que números en la fila, los impulsamos al choque, sujetando su fuerza á leyes de mecánica. Entónces, pretenciosamente decidimos que la mejor carga es con tal velocidad, las líneas con tal extension, las masas con tal fondo, y luégo vienen turbas sin órden ni táctica que arrollan estos principios, y nos arrebatan la victoria, y con ella la fe en la ciencia.

Hé aquí la razon del descrédito de la teoría del arte militar; con el texto en la mano se ven derrotas nacidas del respeto á una regla; victorias alcanzadas por un movimiento contrario á los preceptos, y los talentos poco analíticos arrojan el libro con desden, diciendo: «¡La guerra es hija de la fortuna y del valor!»

No; la guerra, como todo, es el desarrollo de un principio sujeto á leyes inmutables que el hombre no conoce sino á medias, y allí donde su talento no llega, ha inventado la palabra FORTUNA para explicar el efecto legítimo y natural de una causa que desconoce. Cuanto más el hombre avanza por los horizontes del saber, el dato CASUALIDAD tiene ménos importancia en sus problemas, y al llegar á la sabiduría infinita, el dato ya no existe; sólo la ciencia es la ley de los hechos y las cosas.

Por eso es imposible una teoría completa del arte militar, y será más peligrosa y falsa aquella que más concreta y absoluta pretenda ser. El estudio, no de los elementos materiales que constituyen los ejércitos, no de los ejemplos prácticos de los hechos de armas, sino de todo esto con relacion á la forma moral de las guerras, al modo de

ser de los hombres modificado sin cesar por el modo de ser de los pueblos; el estudio de las relaciones entre las causas filosóficas y los efectos prácticos, entre la esencia y la forma, entre los elementos morales y materiales que constituyen la sociedad y el ejército, es el único que puede dar la verdadera ciencia de la guerra. Ante consideraciones así elevadas y abstractas, la columna, la batalla, la bayoneta, el fuego, el movimiento, son segundas causas que se pueden manejar de un modo contrario á su naturaleza, y desconoce la guerra el que ve en ellas el único medio de victoria, el que da por única razon de los triunfos de algun ilustre guerrero una maniobra favorita, el uso material de un arma, la aplicacion de un descubrimiento. No hay capitan ilustre ni pueblo guerrero que no haya sido vencido por seguir la misma táctica con que habia logrado ántes la victoria; la muerte y el poder militar de las naciones es hijo de otras causas más elevadas que el establecimiento de una batería ó la voladura de un puente, y para determinar estos hechos no bastan reglas tácticas, es preciso conocer la guerra en su espíritu, los ejércitos en su esencia, y el siglo en sus creencias y en sus pasiones.

La pronta solucion que á todos los problemas sociales ha querido dar la revolucion francesa; el movimiento intelectual tan vehemente de nuestra época; la trabazon íntima que une la política y los intereses de los Estados unos con otros; las nuevas relaciones de los pueblos con los gobiernos, de los inferiores con los superiores; los descubrimientos del siglo llevando todos el sello de rapidez y multiplicacion; la publicidad en todos los asuntos del Estado, y mil otras causas, han dado á la guerra moderna un carácter únicamente suyo, una forma que exige nuevos estudios y nuevas reglas, y los resultados, por lo impre-

vistos, han fijado la atencion de los génios observadores. Los primeros ejércitos de Europa han sido derrotados por un jóven al frente de bandas desorganizadas; los hábitos consagrados por el tiempo como principios militares, las reglas de los maestros, han sido holladas, y á despecho de ellas se ha vencido, se han conquistado naciones en ocho dias, se han destruido ejércitos en dos horas, y el arte ha sufrido la misma revolucion que la política, la literatura, las ciencias y las costumbres.

Estos hechos, al principio del siglo, iniciaron un gran movimiento impulsivo en la literatura militar, se quiso saber la razon de las victorias; interesantes debates, polémicas doctrinales se entablaron sujetando á discusion todos los principios, poniendo en nuevo juicio todos los hechos anteriores. La columna, la batalla, el órden profundo ó el abierto, la falange ó la legion, la marcha de frente ó de flanco, la bayoneta ó el fuego, dieron lugar á discusiones animadas, que sostenidas por el espíritu del siglo, discutidor por excelencia, sirvieron de un estudio profundo de los elementos materiales constitutivos del ejército. La Francia primero, con sus talentos sintéticos, su gran práctica de guerra, esa gran expansion literaria que da á todas las ideas y que es su primer vicio y su primera virtud; luégo Alemania, con sus talentos analíticos, su espíritu filosófico, investigador, profundo hasta perderse, y por último, España, á pesar de su pereza literararia, con el carácter observador y especialista de sus hijos, con ese talento inventivo á veces, pero siempre organizador, práctico, de aplicacion, han dado de mano la obra y han fijado las reglas que se deben seguir para la composicion de los ejércitos, la funcion de sus fuerzas y la marcha de la guerra. Sin embargo, por las razones que arriba he-

mos demostrado, las reglas vuelven á falsear, al paso que los hombres y los tiempos cambian, y los preceptos fijados por las campañas del Imperio ya no son aplicables á los pueblos y á las tropas de hoy. Napoleon decia: «Con buenos cuadros se tienen buenas tropas, sin que influya para nada en sus hechos la causa que se discute.» Hoy ya no es cierto eso; la vida moral de las tropas ha sufrido iguales modificaciones que la vida de la sociedad; existen instituciones nuevas y poderes extraños á la milicia, de mucha fuerza, para que la guerra, en su esencia y en su forma, no se vea influida por ellos.

En el órden material los descubrimientos obedecen á esas nuevas necesidades sociales; el tiempo y el espacio se limitan para todo, y la guerra, para su desarrollo, no puede contar con más tiempo y espacio que el que la impaciencia de nuestra generacion le da, impaciencia que crece de dia en dia. El general moderno, para cumplir su mision, necesita satisfacer esa impaciencia, estudiar la más corta aplicacion de esos descubrimientos y seguir el impulso á que obedecen hoy los elementos de la sociedad.

Estas consideraciones nos hubieran hecho retroceder ántes de escribir este libro; pero á pesar del convencimiento de nuestra debilidad para tratar cuestion tan difícil, el despecho que nos ha causado las apreciaciones que autores extranjeros hacen sobre nuestro país y nuestro ejército, nos ha impulsado á tomar la pluma. Otras mejores les han probado la falsedad de sus asertos, y otras todavía seguirán demostrándola; sin embargo de eso, nosotros, arrastrados por un noble amor patrio, hemos querido contribuir á la tarea y lanzar en este debate el ligero peso de nuestro libro, por más que no sea digno de figurar entre los de ilustres militares españoles que han consagrado su

vida al estudio como descanso, á los combates como trabajo.

Cuando hemos visto olvidada la nacion clásica de la artillería; cuando en obras que se pronuncian contra el azar no se da más razon que el azar para nuestro engrandecimiento durante los siglos XV y XVI; cuando nada se dice de nuestros mosqueteros; cuando ninguna razon se da para explicar esas victorias constantes de pocos contra muchos, esos catafractas vencidos, esos caballeros sin miedo ni tacha, estrellados contra nuestras líneas de piqueros; cuando se olvida el nombre del que supo ser buena lanza, caballero de proeza en Granada, táctico en Tarento, estratégico en el Garellano; cuando historiando el progreso del arte por el progreso en otras naciones, se deja un vacío de tres siglos, que no se quiere llenar; cuando se ha vulgarizado la opinion de que no servimos para la gran guerra, y hasta se nos niega por alguno aptitud para la de montaña; en una palabra, cuando se nos deprime, se niegan nuestras glorias y se olvida nuestro progreso, y vemos que las obras que esto dicen corren de mano en mano, se ven por todas partes, y son nuestro único texto, nos hemos condolido temiendo las consecuencias que esta torcida marcha en la instruccion militar puede producir en el espíritu de la juventud del ejército, y nos hemos condolido tanto más cuanto que ni nuestro aliento, ni nuestra instruccion, ni nuestra experiencia, nos dan fuerzas para corregir ese mal. Por esa razon, este libro es más bien un proyecto que un hecho consumado, es el índice, por decirlo así, de los estudios del autor, y por consiguiente, ni las ideas tienen todo el desarrollo, ni los ejemplos históricos son tan numerosos como debieran ser.

Tres pensamientos capitales le han inspirado, y para su

desarrollo se necesitaba otro autor; primero, señalar la influencia que en el arte tiene la forma de nuestra sociedad; segundo, ver la utilidad que ofrecen para la guerra los últimos adelantos de la industria; tercero, descubrir las buenas ó malas condiciones de nuestro carácter nacional para dictar las leyes á que debe sujetarse la guerra española.

Aunque convencidos de que no hemos dado al plan la extension que necesita, esperamos que sólo el haberlo intentado hará este libro digno de la benevolencia del público, que sabrá dispensar sus defectos.

F. V.

NOCIONES DEL ARTE MILITAR.

DEFINICIONES.

Reconocemos la imposibilidad de dar definiciones exactas. Toda la ciencia humana no se reduce á otra cosa sino á definir. Para nosotros llena el objeto una definicion, si se limita á esclarecer el discurso condicionalmente, segun el giro que éste lleve; así una definicion que en unos casos nos pareceria buena, en otros la rechazaríamos. Sirva esto de disculpa para las definiciones siguientes.

Ciencia es el conocimiento de las propiedades y funciones de todas y cada una de las cosas que existen, material ó espiritualmente.

Por ejemplo: *Física* es el conocimiento de las propiedades y funciones de los cuerpos en general; *Metafísica*, la de los espíritus; *Astronomía*, la de los astros, etc.

La ciencia descansa sobre los principios inmutables á que Dios sujetó la creacion; por lo tanto, es perfecta, es verdad absoluta; mas como estos principios no son todos conocidos por el hombre, aparece la ciencia incompleta y á veces falsa á nuestra vista.

Arte es la aplicacion material á un fin práctico de las propiedades y funciones descubiertas por la ciencia en todo lo que

existe, ó simplificando: *Arte* es la aplicacion práctica de las ciencias á un fin deseado por el hombre.

Por ejemplo: *Pintura* es la aplicacion práctica de ciertos conocimientos científicos, con el objeto de imitar las formas y los colores de los cuerpos: *Política*, la aplicacion de otros conocimientos al fin práctico de gobernar los pueblos, etc.

El *Arte* procede directamente del hombre, por consiguiente es imperfecto; se sustenta de las ciencias, no tales como ellas son, sino tales como el hombre las conoce, y funciona segun las reglas mutables é inexactas dictadas por la experiencia de la humanidad, despues de errores y ensayos constantes.

Es á la ciencia lo que el hecho á la idea, lo que la palabra al pensamiento; es la ciencia humanizada, es su materializacion; por eso existe un lazo tan íntimo entre ambos, que se confunden en su esencia y combinan su accion, la primera investigando, el segundo ejecutando.

Teoría del arte, que algunos llaman *Ciencia del arte*, es la coleccion en cuerpo de doctrina de las reglas, segun las épocas, los países y los medios de ejecucion.

Historia del arte es el estudio de los ensayos hechos por la humanidad en el trascurso de los siglos, y la comparacion de las reglas de unos tiempos con las de otros.

Nos ha parecido conveniente dar estas definiciones para dirimir la contienda tantas veces suscitada sobre si es ciencia ó arte el estudio de la guerra.

Guerra es el choque material de las fuerzas destructoras de que disponen dos poderes sociales que se hallan en oposicion de intereses.

Arte de la guerra ó *arte militar* es la aplicacion práctica de los conocimientos humanos, con el objeto de vencer á las fuerzas destructoras de un poder social enemigo.

Ejército es la reunion de hombres, animales y máquinas organizada con el fin de hacer una guerra determinada ó cualquiera de las guerras en que se pueda ver envuelta una nacion. En el primer caso, se llama ejército de operaciones de tal ó cual

parte, segun el país donde va á guerrear; en el segundo, se dice sencillamente ejército de España, de Francia, etc., queriendo significar todas las fuerzas militares de tierra de esas naciones.

Teoría del arte militar es la coleccion de reglas para crear, organizar, gobernar, sustentar, mover y batirse los ejércitos de modo que se consiga la destruccion del enemigo.

Muchas ciencias y artes, mediata ó inmediatamente, influyen con su accion en esta teoría, constituyéndola, pero las más principales son las siguientes:

1.ª *Política militar*, que trata de constituir y gobernar los ejércitos considerados en absoluto como asociacion humana, y en sus relaciones con el pueblo, con el enemigo y con la clase de guerra que se hace.

Consta de un estudio sobre la guerra considerada en abstracto; de estudios sobre guerras de distinta naturaleza y forma política; del análisis de las virtudes necesarias á la vida de los ejércitos; de la teoría del mando militar; del conocimiento de las leyes militares; del exámen de las relaciones que deben existir entre el ejército y el enemigo, el pueblo y el pueblo enemigo; de las condiciones que deben satisfacer los hombres y las clases escogidas para la milicia; de la organizacion política de los ejércitos y militar del país; en una palabra, de todo aquello que influya moralmente como principio constitutivo ó como elemento de muerte y descomposicion de la fuerza material de las naciones.

2.ª *La Organizacion*, que estudia, clasifica, ordena y agrupa, segun sus propiedades, los diferentes elementos que componen la fuerza pública.

3.ª *La Logística*, que es el arte de mover las tropas y situarlas, y se vale para ello de los *Reconocimientos*, arte de investigar todo lo que, relativo al enemigo, al territorio ó al pueblo, pueda convenir saber para el mejor éxito de las operaciones; de la *Castramentacion*, arte de campar, segun las posiciones militares y las exigencias de la estrategia y la táctica; de la *Administracion*, que sustenta y provee al ejército, en todos los puntos que

recorre y en todos los casos en que se halle, de lo necesario para la vida y para hacer la guerra.

4.ª *La Estrategia*, que escoge las direcciones que se deben seguir, los puntos que se deben ocupar, las masas que se deben emplear para obtener la victoria, auxiliándose con la geografía, la estadística, la política, la organizacion, etc.

5.ª *La Táctica*, arte de combatir, de combinar en un momento dado, segun estrategia, organizacion y política militar, la accion de las armas, de los hombres y de los animales en el choque, ó preparándose para él ó rehuyéndole.

Consta de una táctica para cada una de las armas ó institutos; de la *Poliorcética* ó táctica de sitios, de la *Táctica general*. Analiza las condiciones de daño y defensa, las facultades militares que tienen cada uno, y todos los medios que pone en juego, *la infantería*, *la caballería*, *la artillería*, *las obras*, *el terreno*, *sus accidentes*, *la direccion estratégica*, *etc.*

Ademas hay otros muchos conocimientos de una influencia directa en el arte, que sería prolijo enumerar. Concluyamos diciendo que el uso que hace el hombre de toda su inteligencia y sabiduría es dirigido á la conservacion y perfeccionamiento de su vida, y para ello, á la destruccion de todo lo que se opone al desarrollo de esa vida, bajo cualquier punto de vista que se la considere.

Ya definido el *Arte militar*, pasemos á estudiarle, y en el curso de la obra volverémos á explicar algunas de las definiciones que acabamos de hacer.

NOCIONES DEL ARTE MILITAR.

ESTUDIO PRIMERO.

POLÍTICA MILITAR.

ESTUDIO PRIMERO.

POLÍTICA MILITAR.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA GUERRA EN GENERAL.

I.

Razon de ser de la guerra.

En el mundo moral, como en el mundo físico, es la lucha el principio constitutivo de todo lo creado. Al observar la vida sustentada por la muerte, al comtemplar en los reinos de la Naturaleza el inmenso poder destructor que tiene todo en sí mismo, el cuerpo inerte con su inercia, el cuerpo en movimiento con su fuerza, el sér animado con su vida, sin que exista ninguna facultad creadora que no proceda inmediata y directamente de Dios, se despierta en la mente una tempestad de ideas, que hace abatir la soberbia razon humana cuando considera, á pesar de esa destruccion incesante, ó mejor tal vez á causa de esa misma destruccion, el equilibrio de tantos poderes en perpétua lucha.

El hombre, la criatura más perfecta, físicamente débil, de lento desarrollo, de necesidades tanto más imperiosas, cuanto que su inteligencia se halla más cerca de la del Creador y comprende la felicidad, necesita tambien, para satisfacer sus deseos,

de la lucha como único medio de vida. Corta los árboles, despedaza las rocas, mata los animales; así se proporciona albergue, vestidos, alimento; y de dia en dia más altivo señor de la creacion, cumple esa ley de progreso sin fin, que le distingue de los demas séres siempre estacionados.

Pero sus aspiraciones no puede desarrollarlas por sí solo como individuo; impulsado por los afectos naturales, forma la tribu, principio de sociedad, y acomete colectivamente empresas gigantescas á la vez que sus deseos van siendo más imperiosos y aparecen nuevas necesidades. Para satisfacerlas, la tribu no se basta á sí misma; se une á otras, y se forman los Estados, que relativamente se hallan sujetos á la misma ley que el individuo y necesitan luchar para vivir. Es preciso resolver profundas cuestiones para el desarrollo de los intereses intelectuales, morales y materiales de la gran masa social, y en la solucion de problemas tan difíciles se hallan en pugna altos poderes, que hay que debilitar y vencer, arrebatándoles por una destruccion organizada sus medios destructores: hé aquí la guerra.

De modo que dirémos: *la guerra es el choque material de los elementos de daño y defensa de que disponen dos poderes sociales que se hallan en oposicion de intereses.*

La guerra, por consiguiente, es una de las manifestaciones de esa ley á que está sujeta la Creacion. Cuanto más elevado es un sér, mayor es su poder destructor y su necesidad de destruir para vivir; el aire que respiramos, el agua que bebemos, cada paso que damos en el mundo cuesta la vida á multitud de séres; si fuera posible que existiera uno solo indestructible, el equilibrio de la naturaleza se perderia, porque ese sér acabaria por absorber en sí todas las moléculas del Universo; para sostener ese equilibrio están las tempestades del cielo, las luchas de todos los séres, y las guerras de los hombres.

Véase, pues, cómo la guerra no es un hecho social, sino natural, condicion fisiológica del hombre.

II.

La guerra impulsa el progreso.

Si consideramos que esta fuerza destructora ejerce su poder sobre el hombre y todo lo que al hombre es necesario, volvemos la vista con horror al ver que el incendio tala feracísimas campiñas y asola soberbias ciudades; que la muerte siega jóvenes y enérgicas cabezas destinadas á largos años de vigorosa vida. A pesar de esto, será impío suponer que la guerra, la destruccion, erigida en sistema, no reconoce otra causa que los odios de raza ó de nacion, ni da otro resultado que el exterminio y la muerte. ¿Será posible que tan ciega, tan insensata corra la humanidad la tempestuosa jornada de los siglos sin una mano benéfica que la señale rumbo? Si así fuera, el progreso humano no existiria; mas, al contrario, la historia del mundo, escrita con la sangre de todas las generaciones y de todos los pueblos, es tambien la historia de un desarrollo rápido é incesante, desarrollo que reconocemos incompleto si rasgamos del libro una página cualquiera.

Pueblos y razas han desaparecido para dar paso á nuevos pueblos y razas que se han abierto camino con los arietes y catapultas; las ideas no han dominado en el mundo de los hechos hasta recibir sancion de sangre, y no de otro modo que á punta de bayoneta se ha rasgado el velo de las tinieblas de siglo en siglo. No presentamos una teoría; señalamos un hecho constante, universal, que no puede desaparecer, porque su causa no está en la sociedad, sino en la Naturaleza, y lo que está en la naturaleza del hombre se modifica, tiene distinta fisonomía, cambia de forma segun las épocas, y las costumbres, y las leyes, pero nunca muere; más aunque así no fuera, miéntras el hecho exista, deber es del hombre estudiarle, legislarle, dirigirle con

sabiduría, de modo que el sufrimiento sea el estrictamente necesario para conseguir el bien que se busca.

III.

La inteligencia se hace dueña por último de la fuerza.

Parece á primera vista que la guerra es una rémora para los adelantos, porque su primer efecto es un desenfreno terrible de las malas pasiones del hombre, porque es un período donde impera la fuerza material sobre la inteligencia y el derecho; pero si, prescindiendo de detalles de lugar y época, abarcamos en un solo cuadro la historia del mundo y estudiamos los efectos definitivos de cada lucha, hallarémos más ó ménos tarde las bellas consecuencias para muchos siglos de uno ó dos años de sangre y devastacion. El verdadero poder del hombre es la inteligencia, y con ella se crea la fuerza material; por eso, allí donde está la victoria definitiva, allí está la justicia y el derecho. ¿Qué importa que por un período de veinte, treinta ó cien años no lo esté? Al fin de la jornada triunfa siempre, con tanto más esplendor cuanto más penoso ha sido el combate; si así no fuera, el mundo retrocederia, y vemos que avanza sin cesar; en la última batalla, el salvaje es vencido por el bárbaro; el bárbaro, por el civilizado; las tinieblas, por la luz. Los que creen que en el mundo la sencilla exposicion de la verdad basta para que la verdad se crea; los que creen que la luz de la razon, como la luz física, basta encenderla para que ilumine; los que no comprenden que sin la fuerza material el triunfo de la inteligencia es imposible, hacen de las naciones lo que son aquellos hombres profundamente sabios, pero que, por el exceso en el estudio, postrados físicamente, mueren sin llevar al terreno de los hechos las profundas concepciones de sus ciencias. No; los pueblos, como los individuos, necesitan del vigor físico para el vigor in-

telectual; en el mundo de las ideas, para que la luz ilumine, es preciso que incendie.

Acaso se dirá: ¿por qué entregar á los azares de la lucha la imposicion de una doctrina? ¿Por qué para llegar al bien ha de ser preciso pasar por tantos dolores? Y qué, ¿existe algo donde no se halle el mal como medio, el bien como resultado? ¿No es una ley de la humanidad obtener el sustento por el trabajo, el goce por el sufrimiento, la ciencia por el estudio, la salud por el dolor, la riqueza por las privaciones? Pues ¿cómo las reformas sociales, que sucesivamente aproximan el mundo á la perfeccion, han de plantearse sin la lucha, sin el choque de las fuerzas, sin lágrimas para el hombre? Hé aquí por qué, sin amar la guerra, la creemos necesaria, como las tormentas para la vegetacion, las epidemias para la salud de las razas, la muerte de los séres para la vida de los séres.

IV.

La guerra en sí misma es civilizadora.

Todavía vamos más adelante; pretendemos probar que la guerra en sí misma, prescindiendo de la causa que se cuestiona, es civilizadora é influye de un modo directo en los adelantamientos del saber humano.

Dice Cormenin que el mejor medio de ilustrar á los hombres no es el matarlos; ésta es una bella frase, que honra los sentimientos del ilustre literato, verdadera tal como está escrita, falsa en el sentido de su intencion. En la guerra, grandes masas de hombres, formando un todo compacto y terrible, gobernado por leyes de efecto rápido y poderoso, invaden países de otra religion, otras costumbres, otras leyes, otros climas, otras producciones que las que se quedan á retaguardia; y en este contacto rudo de los pueblos, en medio de los odios del combate, se verifica un cambio recíproco de ideas y costumbres, y se

echan así las bases de un efecto que precisamente ha de llegar, terminada la lucha, como reaccion del ódio satisfecho. Este lazo nunca puede formarse tan íntimo por los esfuerzos individuales é inarmónicos de los sabios y viajeros que dejan su nacion al pasar la frontera, y que no recorren más que las ciudades importantes, como por los ejércitos que llevan la nacion en sí mismos, en los colores de la bandera, y que recorren todo el país palmo á palmo. De este contacto brusco, el primer efecto es generalizarse el conocimiento de los idiomas, y por consecuencia, la reciprocidad de las literaturas, el cambio de libros, que tanto acerca los pueblos los unos á los otros. Así las naciones, áun en medio de sus peleas, se asocian, sin saberlo, para su desarrollo y perfeccion, y en su choque sangriento llegan á respetarse porque se temen, llegan á amarse porque sacian su ira, aprenden las unas de las otras, y en esos dias de prueba conocen todos los vicios de su forma política y se afanan por corregirlos; sufren, y el sufrimiento purifica y eleva el espíritu de los pueblos, como el espíritu del hombre.

No de otro modo, al hundirse el podrido imperio de los Césares al violento empuje de la avalancha del Norte, conservó el conquistador todo lo que debia sobrevivir para gérmen de otra civilizacion más avanzada y potente; así las cruzadas prepararon la muerte del feudalismo, crearon las nacionalidades acercando los siervos á los señores, é impulsaron el comercio de Europa en el raudo vuelo que luego tomó, desarrollando el lujo de Oriente y con él las ciencias y las artes; así con las guerras de la República francesa se purificó la Francia de sus extravíos, y el resto de Europa, de sus preocupaciones; así las del Imperio araron la semilla demasiado fuerte y mal esparcida del siglo XVIII.

Por otra parte, la guerra ha necesitado siempre de todos los conocimientos humanos; exigente y poco satisfecha de los medios que la ciencia da para vencer, impulsa la ciencia; quiere conocer exactamente el pueblo con quien ha de luchar para distinguir el lado vulnerable; quiere ser fuerte y decisiva; quiere

poderosa y rica su nacion; quiere rapidez en las comunicaciones; quiere máquinas, inventos sorprendentes, razas robustas, animales fuertes y veloces, y las ciencias morales, y las ciencias de la cantidad, y las bellas artes, y la cabeza del génio, y el brazo del peon, y toda la inteligencia y el poder del hombre le parece pequeño, torpe, insuficiente; por eso los impulsa, por eso la mayor parte de los grandes descubrimientos han sido indicados por la guerra, y los que no lo son, bien pronto los coge, los revuelve, los examina hasta conseguir una aplicacion útil.

De tal manera, de una en otra de esas grandes convulsiones, los pueblos se presentan más sabios, más humanos, más justos, y las luchas son más caballerescas á la vez que prontas y decisivas.

CAPÍTULO II.

CLASIFICACION DE LAS GUERRAS.

I.

De conquista.

Guerra de conquista es la que hace un pueblo sin motivo de queja, ó con motivos fútiles, á otro, con objeto de establecer en él su raza, pasando el territorio conquistado, cuando pierde su soberanía, á ser parte componente del conquistador.

Esta guerra, injusta en la forma, es en realidad muchas veces justa. Cuando feraces terrenos se hallan habitados por tribus salvajes ó bárbaras, que no desarrollan la riqueza de su suelo, que viven en las tinieblas y se devoran con guerras instintivas, sin política ni resultado, es deber de las naciones cultas imponer á esas tribus la civilizacion de grado ó por fuerza.

Un exceso de poblacion que no se puede alimentar, se desborda en grandes masas armadas para esparcirse por otros campos más fértiles: ésta es la ley de la necesidad.

La historia de las sociedades jóvenes ofrece muchos ejemplos de esta clase de guerras; pero entre pueblos civilizados, aunque el deseo de conquista, hijo de esa misteriosa tendencia del mundo á la unidad, domina tambien en ellos, no aparece franco, y cuando una nacion quiere arrebatar á otra un territorio que le conviene por su topografía, por sus producciones ó por su po-

blacion, provoca la guerra pretextando otros motivos; sin embargo, las demas invocan ese soñado equilibrio, que siempre es distinto segun quien le quiera plantear, y entónces, ó el conquistador suelta la presa, ó la reparte entre los fuertes.

Hoy los intereses políticos de todos los pueblos están enlazados con tal arte, que no se puede suscitar la cuestion más insignificante en el último confin de Europa sin que más ó ménos deje de influir en las demas naciones. La deseada igualdad de poder político que se busca entre ellas es imposible, porque, á falta de otra cosa, el talento de un solo hombre haria inclinar la balanza; eso hace que las conquistas de estos tiempos aparezcan con formas variadas, hijas de difíciles combinaciones diplomáticas, que es preciso analizar para que el general en jefe conozca, no sólo los planes de su gobierno, sino la intencion de estos planes, y pueda distinguir el motivo real por que la guerra se hace, del motivo aparente.

En la guerra de conquista, más que en otra cualquiera, es preciso hacer á los pueblos el daño ménos posible, seguir una política halagadora, respetar las preocupaciones nacionales, administrar lo conquistado con una estricta justicia, afianzar el órden público, garantir la tranquilidad y la propiedad del ciudadano; porque teniendo presente que hay en todos los países una inmensa mayoría extraña á la política, que no quiere otra cosa sino que la dejen trabajar en paz, el conquistador ha de buscar su apoyo moral en las simpatías de esta clase. Para ello celará con esmero la buena disciplina de sus tropas, evitando vejaciones y persecuciones, que no dan otro resultado sino fomentar los odios, mostrándose siempre humano y generoso, y estudiando los desaciertos del Gobierno vencido para contrastar con la conducta de éste su conducta.

Esto es de mucho más interes cuando son dos los conquistadores rivales entre sí, como en las campañas del siglo XVI en Italia, entre españoles y franceses. Nunca podrá la fama celebrar bastante la gloria que alcanzó Gonzalo de Córdoba como capitan y como político. Un conquistador odiado inutiliza la

victoria, y el que consigue hacerse amar de los pueblos, ó por lo ménos tolerar, hasta de las derrotas saca partido. Hernan Córtés en Méjico, Scipion en España, y tantos otros, han debido á su tacto, como gobierno, su victoria como generales, al paso que los desaciertos de los mariscales del Imperio provocaron en nuestro país una guerra nacional, que se encrudeció más y más cada dia, siendo derrotados aunque vencieran, porque ante el ódio de un pueblo no importa ganar batallas. Un país desorganizado políticamente, donde el ciudadano, temeroso de ser víctima de la brutalidad del conquistador, huye ó se oculta; donde los capitales se entierran, el trabajo muere, el comercio se paraliza, la administracion es un saqueo, acaba por no poder prestar recursos al ejército que le ocupa, haciendo insostenible la guerra, aunque le sonria la victoria.

Para dirigir estas guerras es preciso un gran conocimiento de la historia del país, de las condiciones peculiares de su raza, de su estado moral, político y administrativo, de toda su organizacion militar y civil, de la naturaleza de su suelo, de su riqueza, de la fuerza de los partidos políticos, sus deseos, hasta sus preocupaciones; de las intrigas que existen entre los hombres de alta posicion, las buenas ó malas cualidades de cada uno de ellos, sus vicios, sus virtudes, sus talentos; todo esto fijará la norma de conducta que se debe seguir.

II.

Guerras de propaganda.

Bajo este nombre comprendemos las guerras que se provocan por el antagonismo de dos escuelas filosóficas.

Cuando una filosofía nueva ha llegado á conmover el cuerpo social, y pasando del campo de las ideas al de los hechos, pugna por organizar el Estado segun las consecuencias prácticas que

en religion y política se desprenden de ella, se rompe la lucha material por la oposicion de intereses entre los elementos que constituyen la sociedad que muere y la que nace. Esta lucha se expresa en el interior por las revoluciones y guerras civiles; en el exterior, por las intervenciones y las guerras de propaganda.

Si hubiera guerras donde ambos adversarios tuviesen la justicia de su parte, ninguna como las de propaganda. La nueva doctrina empieza por conmoverlo todo de un modo súbito y violento, clases, intereses, creencias, leyes, costumbres; y aunque sea verdad en la esencia de sus ideas, en la aplicacion práctica lo escolástico y vago de toda teoría nueva por una parte, por otra los daños de persona y clase producidos por la impaciencia de los innovadores, que quieren en una sola generacion recorrer el camino trazado para muchas, hace inevitable el uso de la fuerza, en unos para imponer su sistema purificándole de las exageraciones, hijas de la fogosa imaginacion de los maestros; en otros, para admitirle despues de purificado.

Rotos los lazos internacionales, cuando un pueblo que ha conseguido en sí la aplicacion práctica de la nueva filosofía influye en la política de los otros de un modo contrario á los viejos intereses, se provoca la guerra para favocecer los nuevos, apoyándose cada partido en los adeptos que su escuela tenga en el pueblo enemigo, ya intérviniendo en favor del Gobierno, si es el representante de la nueva idea, ya en favor del partido que lucha con el Gobierno. En estas guerras el ódio es de las escuelas y no de las nacionalidades: así los emigrados y vandeanos eran más enemigos de los revolucionarios franceses que los mismos austriacos y prusianos.

En estas guerras, que así pueden ser de religion como de política, hay medios para impulsar á las masas con fuerza y despertar el fanatismo; pero es peligroso abusar de ellos, porque los odios son tan vivos, que oscurecen los sentimientos de humanidad y justicia. Es preciso constituirse en rígido observador del derecho de gentes, á la vez que en escrupuloso discípulo de la

fe que se discute; es preciso que no exista contradiccion entre las ideas y los hechos, entre las creencias y las prácticas.

Una filosofía no es nunca admitida de un mismo modo por todo un pueblo, ni por todos los hombres que siguen una bandera; unos son apasionados; otros, frios; otros en el fondo de su conciencia opuestos á ella, por más que sus intereses personales les hayan obligado á defenderla; esto es un precioso elemento para el adversario, si sabe desunir hábilmente y si consigue armonizar con los intereses de su causa los personales de esos hombres.

Si en toda guerra es justo y conveniente no hacer más daño que el estrictamente necesario para conseguir el éxito, en ninguna como en éstas, y sin embargo, son siempre las que más sangre cuestan á la humanidad. Toda la energía y el fino tacto político de los jefes será insuficiente á veces para evitar los cruentos males, que pesando sobre el pueblo ocupado, le hacen odiosa la doctrina que se le trata de imponer, y retardan así el triunfo de ideas tal vez justas y civilizadoras.

III.

Intervenciones.

Dejamos á los políticos el deber de discutir sobre el derecho de intervencion; el hecho no ha desaparecido, ni se puede asegurar si está destinado á desaparecer ahora que una cuestion interior de un pueblo, un sencillo cambio de gabinete influye en la política general de Europa y conmueve los intereses de todas las naciones. Apreciando el hecho bajo el punto de vista militar, debemos emitir algunos ligeros juicios. Una intervencion oportuna en una lucha ya empezada, y escogiendo con tino las líneas que deben seguir los ejércitos, da tales probabilidades de triunfo y ofrece tales consecuencias para el engrandecimiento del país,

que si nos detenemos ante la historia de muchos pueblos, veré-mos en esto el secreto de su grandeza. Es el único medio de que los estados débiles venzan y se sobrepongan á los fuertes. Sin descender á un detenido análisis, se comprende que con ménos sacrificios de hombres y dinero es mayor el resultado al presentarse de repente ante un enemigo, que empeñado en otra lucha, ni está organizado para oponerse á nuestra marcha, ni ocupa las líneas estratégicas que debiera ocupar; mas si se equivoca el momento de intervenir lanzando un peso insuficiente sobre una balanza ya vencida, las consecuencias son funestas; el enemigo victorioso será tanto más duro cuanto más expuesto haya estado su triunfo, y la derrota será tanto mayor cuanto más débil sea el pueblo que ha tenido la osadía de aprovechar las circunstancias para imponer la ley á una gran nacion.

En las intervenciones es preciso no olvidar que para el partido en contra del que se interviene se presenta el que invade, con toda la odiosidad de conquistador, y que para el partido que se favorece es, por lo ménos, sospechoso, si no odiado; partiendo de este dato, todos los actos políticos y militares son encaminados á destruir esta idea, apareciendo como verdadero amigo para los unos, demostrando pesar en hacer la guerra á los otros, y para todos haciendo alarde de un afecto grande á los usos, costumbres y preocupaciones nacionales.

IV.

Guerra por intereses comerciales.

Las naciones interesadas en el acrecentamiento de sus respectiva riqueza chocan entre sí por oposicion de intereses; ya es un fruto de una perjudicado en los mercados de otra, ya un estrecho cuyo paso está vedado, ya una vía que se pretende abrir, y otras mil causas que es ajeno á nuestro propósito enumerar,

y no bastando convenios ni tratados para resolver tales cuestiones, se necesita apelar á la fuerza.

Toda la dificultad de estas guerras consiste en saber presentar tan en relieve la conveniencia pública de obtener el fin que se desea, á los ojos de la masa poco ilustrada del pueblo y del ejército, que se consiga asociarle con entusiasmo al pensamiento del Gobierno.

V.

Guerras dinásticas.

A pesar de todo lo que queda dicho, será difícil que una guerra esté caracterizada exclusivamente como de conquista, ó religiosa, ó de propaganda, ó por intereses comerciales; casi siempre es algo de todo esto; es un sistema completo que quiere predominar sobre otro sistema, y los antagonismos están á la vez en la fe religiosa, en las teorías políticas, en los intereses morales y materiales; pero siempre descuella sobre todos los puntos del debate uno que da fisonomía á la guerra, que aparece franco y sin máscara unas veces, y otras se oculta en segunda línea, como accidental, cuando es realmente la verdadera causa del rompimiento.

Esto se ve más claro en las guerras dinásticas; no se comprende que una nacion provoque una guerra á sangre y fuego por sentar en el trono á uno de dos pretendientes, cuyos talentos y virtudes tal vez sean desconocidos, si no sucediera siempre que cada uno de ellos, por su orígen, su nacionalidad y su familia, representa un sistema distinto. En este concepto, una guerra dinástica es una variada combinacion de todas las clases de guerras, y por eso los odios que despierta son más vehementes que en ninguna, tanto más cuanto que se juegan intereses individuales muy vivos, pasiones de persona, intrigas de séquito y de bandería.

Estas guerras son muchas veces civiles á la vez que internacionales, y reunen, por lo tanto, los males de ambas. Para mandarlas es preciso una grande elevacion de pensamiento, sobreponerse á todas las bastardas pasiones personales, gran habilidad política para saber desvirtuar las concesiones que haga el partido enemigo á los pueblos con otras más seductoras, y aprovecharse del cansancio que siempre producen estas luchas; es preciso tambien un profundo conocimiento de la opinion pública para estudiar en qué estriba la fuerza moral del adversario, y dejarle así reducido exclusivamente á la fuerza de sus bayonetas, porque el que consigue arrastrar en pos de sí la opinion pública, tiene seguro el éxito. Por esa razon al ejército enemigo y al pueblo se les halaga suavizando los males de la guerra todo lo posible, á la vez que se sienta con dureza la mano sobre las tropas extranjeras que intervienen en contra.

VI.

Guerras por cuestion de honra.

Para sostener tan elevados y multiplicados intereses como son los de una nacion, se necesitan en todas las demas delegados que representen al país, promuevan y vigilen estos intereses bajo la salvaguardia de una inviolable inmunidad. Cualquiera insulto, cualquier atropello á un ciudadano, menosprecio al embajador ó cónsul, profanacion de la bandera, blasones, armas que simbolicen la nacionalidad, se considera como un ultraje lanzado á todo el pueblo, y exige pronta satisfaccion. Si esto no sucede intencionalmente, la satisfaccion no se niega, á no tener motivos anteriores de odio, en cuyo caso el insulto á la bandera no es otra cosa que la gota de agua que hace rebosar el vaso, el guante de desafío que determina el momento de una ruptura ya prevista, y la guerra será en realidad motivada por una de las causas que hemos expresado en los párrafos anteriores.

VII.

Guerras civiles.

Nada existe en el mundo absolutamente bueno ó absolutamente malo; la verdad y el error se hallan en revuelta mezcla en todos los principios; el bien y el mal, en todos los hechos. El progreso de los tiempos se desarrolla como una série algebráica convergente; nunca se puede llegar al límite, pero sí aproximarse á él cuanto se quiera; así, de término en término, el principio malo pierde algo de su fuerza, sin desaparecer del todo, porque la perfeccion absoluta es imposible.

En nada descuella tanto esta verdad como en los sistemas políticos de los pueblos, por lo mucho que esto afecta á la vida de relacion, que es el único modo de ser del hombre. Cualquiera que sea el orígen, historia y naturaleza de un país, siempre hay en su forma política algo de contradictorio al resto del sistema, algo que obedece al principio malo si predomina el bueno. Unas veces es importado de otras naciones; otras, residuo de métodos de gobierno ya caducos; otras, efecto de la violencia con que fué constituido el vigente; algunas está en el antagonismo de las razas que contribuyeron á la poblacion; muchas, en la desarmonía entre leyes y costumbres; de cualquier modo, la cohesion entre todas las partes del sistema no puede ser íntima y constante miéntras exista la causa que determina esta desarmonía.

Sostenido por lazos débiles este consorcio entre dos principios opuestos, apuntalado artificiosamente todo el edificio social por apoyos que se quitan de un lado para fijarlos en otro, pasan tal vez muchos años; pero llega un momento en que la marcha natural de los sucesos, la mayor extension de las relaciones da más valor á las consecuencias desprendidas de los dos principios, y la vida social se ve rudamente combatida por ellos, im-

pulsada alternativamente hácia dos caminos por fuerzas que proceden de distinto orígen. Entónces los intereses creados por las causas opuestas se ven robustecidos por el desarrollo natural de ellas en el curso de los tiempos, y con fuerzas para la lucha; un accidente que ántes hubiera pasado desapercibido, una torpeza política, una intriga de cancillería, determina el choque, y la rebelion de un puñado de hombres, el grito lanzado tal vez en una miserable aldea, inaugura una guerra civil, de la que el primer mes apénas el telégrafo se ocupa, y al poco tiempo crece, ruge, destroza, conmoviendo todos los Estados y viéndose las dos mitades de una nacion luchar á muerte á brazo partido.

Si no estudiásemos el arte de la guerra más que bajo el punto de vista de la organizacion material de las tropas sujeta á las reglas de los maestros, ¿cómo se puede explicar este hecho? ¿Cómo un Gobierno poderoso, con un ejército formidable en su mano, no ahoga en la cuna esa rebelion, ese poder que todavía tiene que crearse? ¿Cómo se verifica esa organizacion de fuerzas rebeldes, para la que primero faltan hombres y luégo armas, táctica, órden, material de guerra y tesoro? Tan cierto es que en toda guerra, miéntras no estudiemos su razon de sér, su esencia, las causas morales de la fuerza del enemigo, la influencia de la opinion, el espíritu que anima al país y á la época, de nada nos sirve la clásica aplicacion de las reglas, el arte de mover las columnas, la superioridad numérica en hombres y cañones.

Si nos fijamos con reflexion en el estudio de las leyes de un pueblo, se puede señalar qué artículo encierra en sí el gérmen de una guerra civil; será aquel que se destaque del conjunto como rechazado por los otros, y que sólo por medios ingeniosos y violentos, aplicados un dia y otro sin cesar, sostiene su fuerza. Unas veces este artículo representa la aspiracion del progreso en un grado distinto que los demas; otras se opone á él en lucha con las otras leyes; si la fuerza del estado consiste en la riqueza, él será contrario á ella; si consiste en la organizacion guerrera, en él se ve debilitada; si la forma política es represiva, él entrañará tolerancia; si el sistema de gobierno está ba-

sado en la tolerancia, en él se establecerá algun privilegio en lucha con el derecho. De todos modos, la institucion, base de la sociedad, aquella á que las otras se refieran, lleva en sí el gérmen de la muerte inoculado por esa ley, por esa costumbre, por esa otra institucion en contacto con ella.

Todo esto procede de una causa fundamental. Obedeciendo el hombre por un lado á lo que en sí tiene de divino, y por otro á lo que hay en él de efímero y perecedero, se obstina en dar á todas sus creaciones un carácter de eterno é inmutable, que se halla en oposicion con su naturaleza esencialmente móvil y con su corta vida. En las obras del arte se vale para ello de medios materiales; la memoria de una familia pasa; sus cenizas el tiempo las esparce, y áun quedan en pié los monumentos de granito que levantó para su morada ó para su tumba. Del mismo modo, las instituciones que se crean para la vida de las sociedades se revisten, por pactos y juramentos, de formas que se oponen á la naturaleza fugitiva y pasajera que precisamente ha de tener toda creacion humana; luégo, ante la evolucion de los tiempos, estas instituciones, combatidas en su esencia y respetadas en su forma, pierden su naturaleza primitiva, y se rompe la armonía del conjunto; es verdad que de esta lucha brota el progreso, que, sin obstáculo para su desarrollo, dejaria de ser progreso.

Hé aquí, en nuestro concepto, el orígen de las guerras civiles.

Considerada una en sí misma, es inevitable por las causas morales que la determinan, que en todo su desarrollo hasta su desenlace deje de obedecer á esas causas. Aquí el arte táctico es un accidente; el partido rebelde, á pesar de cuantos obstáculos materiales se le quieran oponer, desplegará toda su fuerza, miéntras reciba el impulso moral de la causa, y por lo mismo que se debate una cuestion de la vida íntima del estado en que se juega todo el porvenir, y en que luchan intereses que se han de ver en contacto siempre, habrá más odio, sangre y devastacion que en una guerra extranjera en que no se trata sino de poner en armonía intereses no tan enlazados.

Más llega un momento en que esta ebullicion en un msimo

hornillo de todos los elementos sociales encontrados, y la ruptura accidental entre intereses destinados á ser armónicos, modifica en cada uno de los bandos la influencia de la causa moral que les impulsa. Entónces el desenlace se aproxima; el primer síntoma es debilitarse la ira de ambos partidos; las operaciones militares aparecen con más negligencia dirigidas; relaciones misteriosas se establecen entre ambos campos; los hechos de armas se verifican de un modo inesperado; comienza á pronunciarse la palabra traicion, venta, y en medio de todo esto, los partidos acaban por entenderse, y sin victoria material definitiva, la guerra termina extinguiéndose lentamente, recobrando su equilibrio el cuerpo social.

Este es, con ligeras variantes, el orígen, curso y desenlace de toda guerra civil. Si los caudillos que dirigen las masas no tienen en cuenta esas consideraciones; si se figuran que la sola aplicacion de las armas es la que determina la victoria, serán víctimas de un cruel desengaño. Hé aquí por qué en estas guerras sucumben, una en pos de otra, las más eminentes reputaciones militares, al paso que un hombre tal vez oscuro, del que se duda si podrá dirigir un par de batallones, se eleva hasta la categoría de héroe, si sabe apreciar y servirse de estas causas morales, encarnándolas en sí mismo y considerando como secundario las armas, los órdenes, la superioridad numérica.

Ademos de esto, el conocimiento profundo de las relaciones de cada uno de los partidos con los pueblos y los gobiernos extranjeros, mucho más si hay fuerzas que intervienen, debe ser el estudio del general. Ya por intereses comerciales, ya por intereses políticos, unos gobiernos simpatizan de buena fe con uno de los bandos beligerantes; otros desean que la guerra termine; otros, que continúe, temerosos de que, conservando aquel estado libre su accion, pueda influir de un modo contrario á su deseo en alguna grave contienda extraña.

Teniendo esto presente, recordando que en todas estas luchas hay siempre el mismo vencido, la patria, cada partido debe procurar en lo posible aminorar los males de la guerra, sentar con

dureza la mano sobre las tropas extranjeras, con preferencia á las nacionales; concitar todos los odios, mas que sobre el partido enemigo, sobre los extranjeros que influyan en la cuestion; no apelar nunca por su parte al auxilio material de extraños, pero sí al apoyo moral de las simpatías; dirigir las operaciones, no tanto cumpliendo las reglas de la estrategia y la táctica, como satisfaciendo las razones morales de la guerra, considerada en su esencia, procurar terminarla pronto, fomentando esas relaciones que deben establecerse entre ambos campos, dejando siempre á salvo el honor militar.

En medio de tantos males como las guerras civiles arrastran consigo, purifican, sin embargo, la atmósfera política, y dan á las revoluciones una marcha lenta, pero decisiva, haciendo estables las reformas y creando principios de honor entre los enemigos. Entre una revolucion significada por guerras civiles como la inglesa y la española, y otra por cambios frecuentes y turbulentos en el Estado como la francesa, hay la diferencia que entre una calentura franca y una maligna: la primera aparece más intensa, pero la curacion es más completa, y la convalecencia, corta.

VIII.

Neutralidad, auxilios, alianzas.

Una nacion procura interesar á otras en su favor.

Las que dan la promesa de no tomar parte en pro ni en contra, impidiendo el paso de tropas por su territorio, prohibiendo á los ciudadanos que proporcionen municiones de guerra á los partidos beligerantes, y tomando otras medidas encaminadas á no mezclarse en la cuestion directamente, se llaman neutrales.

Si dentro de sus fronteras hacen armamentos, se fortifican, aumentan su marina, mueven sus ejércitos, dispuestos á romper hostilidades, si llega un caso ya previsto y fijado de antemano

en las notas diplomáticas, se dice que tienen neutralidad activa ó armada.

Cuando dos ó más naciones asocian sus fuerzas contra un enemigo comun, llevando un mismo interes y arrostrando los mismos peligros, están aliadas.

Se llama auxiliar la nacion que toma una parte secundaria en la causa de otra, poniendo á sus órdenes un número determinado de hombres, dinero ó material de guerra, que la auxiliada emplea á su arbitrio.

Por último, cuando várias naciones combinan sus fuerzas entre sí contra otra, aliándose ó auxiliándose, y desempeñando cada una un papel más ó ménos importante en la guerra, forman una coalicion.

La diplomacia dicta la forma en que ha de ser la neutralidad ó el auxilio; por nuestra parte, nos limitarémos á estudiar la influencia que esto tiene en la guerra bajo el punto de vista militar.

Los tratados señalan los deberes mútuos que contraen las naciones como aliadas ó como auxiliares; la extension que se ha de dar á la guerra; número de tropas con que cada una ha de contribuir; quién ha de ser el jefe; cuál el punto objetivo; qué puesto ha de ocupar cada ejército en las operaciones; en una palabra, todo lo que pueda ser causa de entorpecimiento en la marcha política y militar de los sucesos. A pesar de esto, la guerra es más difícil para un ejército aliado que para otro único; la influencia de cada Gobierno se deja sentir en el ejército; á veces, no siempre, y durante toda la lucha, es igual el interes que tienen los Estados; se debe presumir que cada uno de ellos trata de elevarse á costa del otro, y por consiguiente, que no hay la mejor buena fe; las rivalidades nacionales se despiertan en las clases inferiores; el método de guerra, la organizacion de las tropas, la administracion, el armamento, los hábitos de raza son distintos; la nacion más débil gastará su último escudo y su última gota de sangre en provecho de la más rica; contrastará la penuria de unas tropas con la abundancia de las otras, y por

todo esto se obedece murmurando, los caudillos acaban por no entenderse, se pierde la unidad en los movimientos, y de tal desunion, de tal principio de desórden, no puede resultar otra cosa que la derrota ó las victorias muy caras, y la enemistad de los pueblos aliados. Esta es una de las causas, si no la principal, de la facilidad con que la Francia deshizo las coaliciones.

Con mayor razon sucede todo esto en las naciones auxiliares; el auxilio es un freno que se tasca sin poderle romper; es un tributo impuesto por derrotas anteriores, ó miedo por victorias que se temen, cuando no es hijo de la traicion ó la torpeza de los gobernantes. El ejército principal no puede contar con la adhesion de estas tropas, dispuestas á rebelarse ó desertarse en medio de una batalla. ¿Cuándo podrá olvidar España los funestos auxilios dados á Napoleon I? Mas aunque todo sea escollos y dificultades, no se puede prescindir contra una gran nacion de apelar á las alianzas y auxilios; en este caso, la habilidad de los hombres de Estado es la que únicamente puede conjurar la desunion de las potencias aliadas, haciendo que la guerra se lleve por varios puntos á la vez, y evitando en lo posible la reunion de ambos ejércitos, si las maniobras no lo exigen.

Conviene mucho más hacer sentir á la potencia enemiga los males de una guerra doble, esto es, que las dos naciones, en vez de unir sus tropas, hagan la guerra cada una por su lado; el enemigo se ve precisado á distraer su atencion; necesita dos bases, dos ejércitos, dos generales en jefe, y dividir en dos, por decirlo así, toda la fuerza, toda la vida de su nacion. De aquí se deduce la proposicion recíproca; toda nacion debe evitar hacer dos guerras á la vez; pero si se ve forzada á ello, como tantas veces le ha sucedido á la Francia, por la imprudencia de los gobiernos, debe procurar reconcentrarlas en una sola frontera.

En los ejércitos aliados los jefes militares cifrarán todo su deseo en estrechar la buena amistad de las tropas; pero en el fondo de su conciencia, y sin provocar desconfianza, deben estar siempre alerta y en acecho de su conducta respectiva, porque tambien los gobiernos saben aliarse para mejor humillar á un

amigo humillando sus tropas, ó destruirle dejándole comprometido en medio de la guerra.

Nada tenemos que decir de la política de neutralidad, sino que los ejércitos deben creer siempre que de un dia á otro va á llegar el rompimiento, y por lo tanto, estar dispuestos á la guerra, afianzando la buena moral, dándose movilidad y energía guerrera, situándose en las líneas y puntos estratégicos más convenientes para romper las hostilidades.

IX.

Opinion pública.—Guerras nacionales.

La opinion pública ejerce una influencia decisiva en el éxito de la guerra; al decir opinion pública, queremos distinguir la verdadera, la sentida por los más, de la aparente; la que se manifiesta con vehemencia por determinadas clases y personas, y que, por la misma fuerza con que se declara, alucina al hombre poco observador, haciéndole ver desfigurado el espíritu del país, tomando por legítimo deseo suyo lo que sólo es aspiracion ruidosa de hombres turbulentos.

Si un Gobierno, por torpeza diplomática, por injustas ambiciones ó por defender intereses que nada importan á la honra y á la vida de su nacion, se lanza en los azares de la lucha impopular, tropieza con obstáculos insuperables. Prescindiendo de la dificultad de conseguir del país el dinero y los hombres necesarios, dificultad que suponemos vencida por la punible docilidad de las Cámaras, hay otro peligro mayor: el espíritu de la verdadera opinion se refleja directamente en el ejército cuando se compone de tropas nacionales; sujeto á sus banderas tan sólo por el débil lazo de una disciplina dudosa, se bate sin entusiasmo; sus jefes, divididos entre sí, morosos y torpes en secundar la marcha del Gobierno, relevados de los altos puestos con fre-

cuencia, rompen la unidad de accion, pierden su prestigio y no saben vencer, aunque de buena voluntad lo quieran, y aunque estén dotados de eminentes talentos militares. Un enemigo astuto y fuerte, que fomente estos elementos de discordia, que halague los prisioneros y las poblaciones, como demostrando toda la pena que le causa ver gobernado tan ilustrado pueblo por un Gobierno tan malo, precisamente ha de conseguir fáciles conquistas.

Es necesario, por lo tanto, dirigir, educar la opinion pública en sentido favorable á la guerra, y para esto, que la diplomacia hábilmente provoque la primera injusticia, la primera agresion de parte del enemigo, y que la primera victoria sea ruidosa, para despertar así de un modo brusco el amor á la gloria y la ira contra la nacion rival.

Pero si ni áun con tales artes se consigue asociar el país al pensamiento del Gobierno, la causa es perdida, porque la opinion pública es hoy un poder inmenso, y miéntras conserve los medios de manifestarse y propagarse legalmente en la tribuna y en la prensa, ha de ser el obstáculo que por su sola virtud destruya, cuando las fuerzas públicas se le opongan, los elementos materiales de estas fuerzas, conmoviendo ántes los morales.

El general que desconozca este principio, que ignore las relaciones íntimas que existen hoy entre los ejércitos y los pueblos, no sabe apreciar los grados de fuerza que mide el suyo, y en su mano será un arma inútil, que acaba de romperse si se la exige más de lo que su temple permita, ó por enmohecerse si se la esgrime ménos de lo que puede y debe ser esgrimida.

Teniendo esto presente, el general moderno no debe jamas olvidar que es un hombre donde se fijan las miradas de todo un pueblo; que sus actos son examinados, analizados escrupulosamente, y el juicio que de ellos se forma es en el mismo dia publicado por las mil bocas de la prensa, por todos los ámbitos del mundo, en todos los idiomas, á todas las clases de la sociedad; él debe prestarse espontáneamente á este juicio; y sin temerle ni menospreciarle, sin oponerse á las excitaciones de la opinion,

pero sin dejarse arrastrar imprudentemente por ella, satisfacer, y si es posible, hasta prevenir sus exigencias.

Las operaciones lentas, y ese antiguo y celebrado misterio de la guerra, se oponen al espíritu impaciente y curioso que domina en nuestros tiempos para los asuntos de Estado, hoy bajo el dominio público; por eso el arte del general consiste en poner en armonía lo que la estrategia y la táctica dictan con lo que la opinion exija, y entre dos operaciones para conseguir el mismo resultado, preferir aquella que, aunque no tan clásica segun las reglas militares, satisfaga más el espíritu de la opinion. Del mismo modo, es verdad que el secreto es el alma de la guerra; pero se trata con pueblos poco afectos á que les guarden secretos, y por eso un general debe huir de todos aquellos movimientos misteriosos, que hacen formar al público mil extraños comentarios, y emplear con preferencia los que aparecen francos y á la descubierta, procurando luégo darles un desenlace inesperado.

Cuando el espíritu del país está por la guerra, en contradiccion con el Gobierno, es indudable que la guerra se hace, por que habrá provocaciones á despecho del mismo Gobierno, que se verá precisado á ceder, con tanto ménos trabajo, cuanto que toda clase de recursos, todos los elementos de victoria que necesita, los obtiene sin pedirlos.

A veces tal es la fuerza de la opinion pública, tal la ira contra el enemigo, que todo un país se levanta contra el odioso conquistador, todos coadyuvan con su riqueza, su valor, su talento, siendo declarado traidor, perseguido y muerto, el que se opone á esta terrible sacudida; hé aquí las guerras nacionales. En ellas, hombres, mujeres, niños, ancianos, todos se revuelven contra el enemigo; los niños matan, los viejos espian, los jóvenes se baten, las mujeres hacen cartuchos y curan las heridas; si no hay ejércitos, se levantan partidas; si no hay cañones, se hacen de troncos; si no hay fusiles, hierros aguzados; si no hay baluartes, barricadas; cada cerca, cada barranco es una plaza de guerra; si no hay pan, se comen carnes inmundas, y luégo se

muere de hambre con la huesosa mano aferrada al arma. ¿Quién puede vencer al pueblo que así expresa el solemne sentimiento de su ódio? El enemigo gana batallas, toma escombros de ciudades, fusila, incendia, todo lo ocupa, pero nada domina, mata, pero no vence, y sin espionaje, sin líneas de comunicacion, sin recursos, sin base, á la ventura, es cortado y fatigado; sorprendido todos los dias, siempre envuelto; las patrullas que destaca á cien pasos del campo no vuelven jamás á él; pierde los convoyes, y desesperado, acosado como el jabalí por las jaurías, halla en una desastrosa retirada la ignominia y la muerte.

No de otro modo este gran pueblo español pudo vencer al primer ejército del mundo, ejército que ya ocupaba todas las plazas, la córte, las vías de comunicacion, todo el país, y que capituló con vergüenza en rasa campaña, ante soldados reclutados quince dias ántes, armados y vestidos cada dos con las prendas de uno.

Una guerra nacional tiene que ser á muerte; es muy triste sentar esto como principio teórico; pero si no se hace al conquistador todo el daño que quepa dentro de los límites de la justicia humana, el espíritu público decae, la lucha se hace más larga y arrastra mayores perjuicios al país, por el tiempo de más que dura, que por la intensidad de los males en un tiempo limitado. Esto quita al enemigo toda esperanza de victoria; pierde su fuerza moral, es batido una vez, y en las guerras nacionales ser una vez batido es la muerte. Regularizar, comprimir la fuerza del ódio del pueblo, es limitar el sentimiento de independencia, sentimiento que debe ser impetuoso, rudo, porque así sólo puede constituir sociedad. Por otra parte, las guerras nacionales no son provocadas sino por grandes injusticias y felonías del Estado enemigo, y un castigo duro por estos crímenes hace que las naciones se respeten. ¿Quién duda que esa gran explosion de ira al principio de nuestro siglo, nos ha presentado ante los demas pueblos como una nacion de imposible conquista? Así, aunque luégo débiles por nuestras luchas civiles y por el abuso, la fatiga, el cansancio de nuestro antiguo poderío, nin-

guna nacion fuerte ha osado atacar la integridad de nuestro territorio, por más que haya colonias y comarcas tentadoras para la rapacidad de los Estados, y por más que les hubiera sido fácil ponerse de acuerdo en el despojo.

X.

Guerra exterior é interior.

Teatro de la guerra es la comarca ó comarcas comprendidas en el círculo de movimientos de los ejércitos beligerantes.

Si estas comarcas pertenecen á país extranjero, la guerra se llama *exterior;* si pertenecen al propio, *interior*.

No se puede fijar preferencia sobre ninguna de las dos, porque cada una de ellas tiene, segun el carácter nacional, ventajas y contras que es preciso analicemos detenidamente.

Hay pueblos de tendencia conquistadora que guerrean de un modo admirable léjos de su patria, y se abaten y tiemblan cuando ven forzada su frontera. Hay otros tenaces é indómitos, que se irritan y crecen cuando es violado su territorio, y no cejan un punto hasta la expulsion del enemigo, apelando en último extremo á la guerra nacional.

La guerra exterior exige tropa sufrida, sóbria, de carácter aventurero, orgullosa de su nacionalidad y amante de su patria, con ese amor que no da la nostalgia, enfermedad de las almas débiles. Para la interior se necesita tenacidad, obstinacion, un elevado sentimiento de independencia, un gran afecto al Gobierno constituido.

En la primera el país sufre ménos, pero toma por eso mismo ménos interes en la campaña, y necesita más pronto la victoria para convencerse de que no ha gastado sin fruto su dinero. Un cambio de la opinion pública es muy fácil en esta guerra; una derrota, unos cuantos dias de inaccion en las operaciones, un

nuevo sacrificio de hombres y dinero, hacen levantar un insoportable clamoreo de los mismos que ántes se pronunciaban abiertamente en favor de las hostilidades. Entre tanto, el ejército sufre léjos de su patria, en apartados climas, enfermedades, privaciones y peligros que el pueblo no ve; cercado de asechanzas, desconociendo las condiciones topográficas, políticas y militares de la nacion que ocupa, adquiriendo recursos con trabajo, recibiendo refuerzos tardíos, maniobra penosamente ante un enemigo que tiene mejor espionaje. Mas como compensacion de tantos males, tiene en su abono la superioridad moral, aunque se halle á la defensiva, que da por sí solo el hecho de ocupar el territorio enemigo. Por el contrario, en la guerra interior, el país soporta el peso de ambos ejércitos, sufre las vejaciones del uno, los pacíficos ciudadanos exponen la vida y la fortuna á los horrores de la guerra, el trabajo, el comercio y la agricultura mueren, y en pos de esto, la carestía y la peste asoman su horrible faz; pero por esta misma razon el pueblo toma un vivo interes en la contienda, y exacerbadas sus pasiones políticas, en vez de abatirse con las derrotas, crece el encono, y brotan de los desiertos hombres y dinero; de tal modo, que aunque al principio la opinion pública condenase la guerra, irritada contra el invasor, la guerra se hace popular; el ejército se ve rodeado de amigos; refuerzos, víveres, noticias, todo lo tiene; los accidentes del terreno le son conocidos; á donde quiera que dirige sus maniobras se halla entre los suyos; sus glorias y fatigas son celebradas allí mismo, á su vista, por el país que le mira y le rodea, y le anima á la lucha sin cesar; mas, á pesar de todo, tiene debilitada su fuerza moral ante un enemigo á cuyo paso no ha sabido oponerse.

A los franceses, imaginaciones vivas é impresionables, el humo de la gloria les desvanece en la buena fortuna, y les falta energía para luchar con la mala. Tanto enseñan al militar estudioso sus victorias, como sus mortales derrotas; en la guerra exterior saben vencer, pero no saben sufrir reveses; miéntras la fortuna les sonrie, se sostienen en países extranjeros; cuando su

estrella se nubla, es muy difícil sostener la fuerza moral en sus filas ; así se les ha visto en todas sus campañas algo imprudentes en la ofensiva, débiles en la defensiva. Los españoles tienen el ímpetu de la raza latina, y la obstinacion heredada de los árabes, un amor apasionado de independencia, y á la vez un carácter aventurero, ménos entusiasmo por los hombres y por las ideas, pero más frialdad de corazon, más estoicismo, más indiferencia fatalista por los sucesos; esto les ha dado para la guerra una condicion especial, que les distingue de los demas pueblos; ésta es, que se baten mejor en difíciles empresas que en las fáciles; que se pierde más su moral en la abundancia y la victoria, que en el sufrimiento, que pueden sostener una defensiva activa muy larga, y una ofensiva impetuosa. Las campañas del Garellano y de Pavía, y la de 1808, prueban la verdad de este aserto.

Así nuestros ilustres capitanes del siglo XVI batieron á los ejércitos de Francia, quebrantando primero su ímpetu con pequeños choques, y fatigando su moral con una obstinada defensiva; entre tanto, el español, más tenaz y resignado, esperaba pacientemente el dia del cansancio en el ejército frances, y entónces se lanzaba bruscamente, áun con fuerzas inferiores, en la ofensiva, decidiendo en una sola victoria la campaña. Eso hace, y sentiríamos que nos cegase el orgullo nacional, que á la vez que el soldado español tiene brillantes glorias en remotos climas, en la guerra interior se sabe batir hasta el delirio, y del mismo modo se mantiene en la defensa de un puesto de una plaza, tenaz hasta el heroismo, como se lanza al asalto con osadía; mas para ello es preciso que conozca toda la magnitud del peligro; al contrario que en los demas ejércitos, en nuestra humilde opinion, es peligroso que el soldado español desconozca lo difícil de la empresa para que se le destina; su amor propio se crece con los grandes obstáculos, y su indolencia le hace retroceder ante los pequeños.

XI.

Ofensiva y defensiva.

No se debe confundir la guerra ofensiva con la exterior, ni la defensiva con la interior; un ejército puede verse en un país que ha invadido sujeto á la defensiva, como el de Gonzalo de Córdoba en Nápoles, el de Pescara en Lombardía, el de Masséna en Portugal, en 1809, el de Soult, en Castilla, en 1813, y por el contrario, en su propio país toma la ofensiva tan pronto como conquista superioridad. No es ahora nuestro propósito entrar en detalles militares sobre las condiciones de una buena ofensiva ó defensiva; más adelante tendrémos lugar de estudiar esta cuestion bajo ese aspecto; por ahora nos circunscribirémos á señalar en política militar la influencia que estas fases de la guerra ejercen sobre los ejércitos.

Dos pensamientos constantes dirigen la marcha de todo ejército: 1.°, la propia conservacion; 2.°, la destruccion del enemigo.

Se dice que la guerra es ofensiva, cuando estando bien asegurada la propia conservacion, se maniobra con el objeto de destruir al enemigo; y defensiva, cuando estando en peligro la propia conservacion, se maniobra con el objeto de sostenerla, compensando las fuerzas, hasta poder tomar la ofensiva.

Del mismo modo que en una lucha individual se combina simultáneamente el ataque y la defensa, sin que sea nunca absoluto el uno ni la otra, así la ofensiva y la defensiva combinan su accion á la vez para destruir y conservarse; la una será tanto peor, cuanto más imprudente deje en riesgo la propia conservacion, como la otra si, demasiado tímida, desaprovecha el momento de dañar con ventaja. Concentrando la idea, dirémos que la ofensiva debe ser enérgica y prudente, y la defensiva, audaz y astuta.

Da la primera el valor moral, que siempre tiene el que pri-

mero daña; la ciega confianza en esta superioridad hace inesperados los reveses, y por lo mismo, más decisivos; para evitarlo, se supondrá al enemigo siempre con más condiciones para vencer que las que realmente tenga.

Para conseguir en la segunda ese valor moral, es preciso vigorizarle por medios ingeniosos, promoviendo y aprovechando toda oportunidad de batir en detalle, con ventaja, desuniendo las masas del enemigo; y para tener equilibrio en la fuerza material, suplir la inferioridad numérica con el arte, los accidentes del terreno, y el movimiento. Es preciso mantener en perpétua actividad las tropas, excitar por el ejemplo la confianza y la resignacion, halagar la esperanza, fomentar todas las virtudes militares, celar la pureza de la administracion, más difícil en la defensiva, porque tiene que hacer frente á mayores penalidades.

CAPITULO III.

MORAL MILITAR.

I.

Derecho de gentes.

Antes que las naciones hayan conseguido formular el derecho de gentes tal como hoy se ve, ha sido preciso pasar por un trabajo penoso y lento de elaboracion, despues de rios de sangre y lágrimas para el hombre. Antes del cristianismo, este derecho, desconocido como ciencia, no obedecia en su aplicacion á otra regla que al violento antagonismo que separaba las razas y los pueblos. En el estado de hostilidad perpétua era considerado enemigo natural todo el que no hubiera nacido en el mismo país; sin otra causa era lícita la guerra, y en ella hacer el mayor daño posible; así la esclavitud, la ignominia, la muerte, la mutilacion para el vencido, era para los griegos y romanos un legítimo derecho. Lo absurdo de sus religiones y la torcida marcha de su civilizacion hacian que estos pueblos, en el auge de su grandeza y cultura, envanecidos, considerándose ciegamente los únicos depositarios de la luz y de la verdad, despreciasen á los demas como si fueran de una especie inferior; por eso Aristóteles sentaba como principio incuestionable que los bárbaros habian nacido para ser esclavos de los griegos y era justo emplear para conseguirlo toda clase de medios. Este es un hecho en perfecta

armonía con la forma social de aquellos pueblos, que no podian sostenerse sino por el despotismo brutal de una clase sobre otra privada de todos los derechos naturales.

Es verdad que existia en el Estado una especie de Junta suprema para atender á los negocios de la guerra y á la celebracion de las paces; pero se puede afirmar desde luégo que no se discutia en ella la justicia ó la injusticia de las hostilidades, sino la conveniencia ante la política feroz de aquellos tiempos; así, que el consejo de los Anfictiones, en Grecia, y el colegio de los Feciales, en Roma, no tenian en realidad otra mision que dar aparato ostentoso por medio de ceremonias religiosas al rompimiento de la guerra y á la celebracion de la paz.

Ciceron quiso crear la fuente de un derecho público internacional, y emitió algunas ideas incompletas, aceptando como legítima la guerra en el sólo caso de verse obligado á castigar á los pueblos criminales, pero no disponiendo de la vida de los individuos sino cuando no hubiera otro medio para reducir á la razon al estado enemigo. La voz de Ciceron fué desoida, y la civilizada Roma era el pueblo más injusto y más desleal en el cumplimiento de sus tratados, por más que se haya querido lavarle de esta mancha arrojándola sobre Cartago.

Apareció la luz en la cumbre del Gólgota, luz que la degenerada ramera no estaba preparada á recibir, y fué preciso que del Norte se arrojáran como un torrente razas vírgenes para dar nuevo cauce á la torcida marcha de la civilizacion. Dos elementos empezaron á constituir la sociedad: el cristianismo y el derecho romano, legado por el vencido; el vigor guerrero y la sencillez bárbara impuesta por los vencedores; dos piedras fundamentales, representando estos dos elementos, sirvieron de base al edificio que se levantaba: la Iglesia y el castillo; en la primera se encerró la ciencia y la justicia; en el segundo, la fuerza; preciso era, por lo tanto, que la Iglesia dictase leyes al castillo. Así fué; una religion que decia: «Amaos como hijos de un mismo padre» creó en la fuerza el sentimiento caballeresco, la santidad de la promesa. En medio de los abusos de los fuertes,

rota la sociedad, armados los hombres todos contra todos, encerrados en sus castillos, como fieras en su guarida, la defensa de los débiles, la lealtad del juramento, la galantería eran, por decirlo así, la base del carácter de aquellos siglos, y consecuencia legítima del progreso en este sentido, el reconocimiento del derecho de gentes por los siglos que habian de venir.

No puede ser nuestro propósito hacer una historia del derecho, para lo que nos creemos incompetentes; pero abrazando en una sola frase todo este período de la historia del mundo, diremos que los teólogos primero, y luégo los juristas, partiendo de la idea cristiana, sentaron las bases de las leyes de la guerra.

En 1557, Francisco Victoria, dominico español, puso la primera piedra del edificio en una obra, si no recordamos mal, teológica. En ella se inicia la cuestion, demostrando que la guerra, necesaria, sin duda, para que las naciones se hagan justicia por su mano, puesto que no hay un poder en la tierra superior á ellas donde remitir sus quejas, debe, por eso mismo, no hacerse sino en defensa de legítimos intereses ó en demanda de satisfaccion por injurias graves. Despues aprecia la legitimidad de las causas, y rechaza que se haga la guerra para imponer el Evangelio; cree justo apropiarse lo que pertenece al enemigo, y condena la muerte de los inofensivos que no toman parte en la contienda.

Poco despues, Francisco Suarez, jesuita, esclarece más la teoría, distinguiendo los derechos de la ley natural de los provenientes de pactos y convenios. En Baltasar Ayala, jurisconsulto célebre, va tomando más cuerpo la doctrina; metodiza más sus ideas, y en su obra *De jure et officii belli*, da las leyes generales de la guerra, condena la de religion, apoya la idea de apropiarse lo que al enemigo pertenece, dicta los deberes de los beligerantes, insiste en la buena fe de los tratados, y se pronuncia por la inviolabilidad de los representantes, hasta entónces puesta en cuestion.

Así iniciada por la España guerrera la ciencia del derecho internacional, Italia siguió el movimiento, y muchas obras y mu-

chos autores, de más ó ménos mérito, continuaron esclareciendo esta materia. Alberico Gentilis, en Ancona, en 1583, publicó su obra *De jure belli*, explicando en ella los derechos de los embajadores. Este libro sirvió de base para el del holandés Hugo Grocio, en 1625, *De jure belli et pacis*, donde ya se prueba la teoría completa. Consta su obra de tres partes: en la primera considera la guerra en abstracto y en sus especies; en la segunda examina los medios de adquirir de las naciones, y estudia las causas que pueden obligar á hacer la guerra; en la tercera marca los deberes y derechos recíprocos de los enemigos, y hasta dónde pueden llevarse las hostilidades contra las personas y las cosas.

La obra de Hugo Grocio es ya el edificio levantado; despues no se ha hecho sino perfeccionarle hasta Emero Vastell, suizo, que, en 1714, le dió la última mano, sin que desde entónces haya recibido grandes adelantamientos la ciencia del derecho. Bentham, Saint-Pierre y Rousseau, bajo distintos puntos de vista, han tratado de dar al derecho otra nueva fuente para conseguir la paz perpétua por medio de un consejo supremo de todas las naciones, árbitro de cada una. Si han sido sueños de poeta ó verdades filosóficas que se realizarán en el porvenir, los siglos decidirán; por lo que á nuestra generacion toca, cumple con su deber con apelar á la guerra en último extremo, suavizando sus males cuanto sea dado, más bien cediendo algo del derecho que traspasándole.

Queda, pues, sentado como principio absoluto, del que jamás deben separarse los gobiernos ni los ejércitos, principio que cuando se le desconoce es causa de grandes males para los mismos que le falsean, que no se debe hacer más daño que el estrictamente necesario para conseguir la victoria.

Es preciso desarrollar en el vulgo de los ejércitos la idea de que la guerra no tiene por objeto incendiar ni matar para satisfacer un bárbaro placer; se incendia y se mata, sí, cuando es justo y conveniente; pero una gota de sangre derramada de más es un crímen.

En esta ley descansan todos los deberes y derechos de los ejércitos. La obligacion que contraen los partidos beligerantes de aplacar en lo posible la intensidad de los males de la guerra reviste la lucha de ciertas formas caballerescas, que se deben respetar rigorosamente si no se quiere ser víctima de su misma infraccion. Fijados así los deberes que han de guardar las naciones, y basadas las relaciones internacionales en el mútuo respeto de los derechos de cada uno, se pueden dar á la conducta de los Estados por norma las reglas siguientes:

1.ª No se debe apelar á la fuerza sino despues de haber apurado todos los medios persuasivos.

2.ª Llegado este caso, no se deben romper las hostilidades sin que proceda declaracion.

3.ª Rotas las hostilidades no se debe hacer más daño que el preciso para conseguir el resultado.

4.ª La santidad de la promesa, el respeto á los tratados, convenios ó pactos, la humanidad, la nobleza de sentimientos, ha de guiar siempre á los ejércitos beligerantes.

Así entre ambos enemigos se establecen, en medio de la pelea, relaciones sustentadas exclusivamente en el honor militar. Honrando la desgracia del valor vencido, protegiendo los débiles, no dañando á los no combatientes que no vuelven mal por mal, considerando como una infame cobardía toda injuria hecha á los prisioneros y á los heridos del enemigo, respetando siempre la propiedad del pacífico ciudadano, la honra de las mujeres, el culto, los usos y costumbres, es como un ejército cristiano y civilizado puede estar á la altura de su mision. A pesar de todo, no se debe llevar la generosidad hasta el extremo de ser débil; es preciso castigar con dureza la mala fe; es preciso volver daño por daño; una infraccion del derecho de gentes no autoriza otra, pero sí una enérgica represalia; al tránsfuga, al espía, al partidario, á todo el que hace la guerra sin que sea el deber de su profesion, se le puede dar muerte; este será el único medio de hacer contener en sus hogares á los ciudadanos turbulentos. Sin embargo, cuando tal es el número de partidarios que demues-

tran la exasperacion de la opinion pública, debe considerárseles como ejército regular y darles cuartel, si ellos no se hacen indignos de está consideracion.

El derecho de represalias, que autoriza á contestar á una infraccion del derecho de la guerra con otra, casi nunca consigue el objeto apetecido, que es volver á impulsar al enemigo por la senda del honor; al contrario, de represalia en represalia la lucha se encona y se retrocede á la barbarie; á pesar de eso, si en algun caso se debe usar de este derecho, jamas la represalia será mayor que la ofensa; la mejor represalia es la victoria honrada.

Una suspension de armas violada sin prévio aviso, una capitulacion que se falsea, un parlamentario atropellado, un hospital de sangre arrollado, son verdaderos actos de barbarie, y el ejército que así degrada su noble mision sufrirá pronto el castigo de su culpa. Del mismo modo, los pueblos que así desconocen esa ley suprema de las naciones, sentenciados ante el tribunal de la historia, son más ó ménos víctimas de la venganza de los pueblos ultrajados.

Mas el olvido del derecho de gentes no trae sólo estos males, sino que tambien demuestra la falta de otras virtudes militares necesarias á la vida de los ejércitos, y que son el solo dique que puede contener la guerra en los límites de lo justo; así se observa que las tropas cobardes, insubordinadas, sin organizacion, son las más crueles y las que más abusan de unas armas que no saben esgrimir en el campo de batalla. Por lo tanto, vamos á presentar esas virtudes señalando los medios de inspirarlas y robustecerlas en el espíritu del soldado.

II.

Subordinacion.—Obediencia.

Ademas de las virtudes del ciudadano, necesita el soldado otras que den vigor á la organizacion moral de los ejércitos; unas y

otras, basadas en la fe religiosa, fe que debe ser tanto más ardiente, cuanto que la vida del soldado se halla erizada de constantes peligros, de amargas privaciones, de fatigas superiores á las fuerzas humanas, y es preciso robustecer el espíritu para disponer la materia al sufrimiento.

Al hombre que se le dice: «Debes morir, porque así conviene á los que sobrevivan; debes marchar hasta perecer ahogado por el sol ó enterrado en la nieve; es preciso dormir sobre el lodo, extenuarse por falta de alimento, espirar abandonado de todos, atropellado en tu agonía por los carros de batalla miéntras surca tus mejillas la última lágrima, consagrada al recuerdo de una tierna madre que en este momento llora por tí», á este hombre hay que sujetarle á leyes muy severas, que, sin humillar ni abatir su dignidad, desarrollen en su corazon cuanto de grande y divino tiene el espíritu humano; hay que fomentar en él todas las virtudes, imponiéndole costumbres especiales, premiando sus bellas acciones con honores que le ensalcen sobre sus semejantes, corrigiendo sus faltas y delitos con castigos prontos, inmediatos y severos. Para el ejercicio de tales leyes es preciso revestir el mando militar de un poder y un fausto que le haga respetable, castigando gravemente todo delito que ataque á este mando. De aquí brotan dos grandes virtudes: *subordinacion*, *obediencia;* no vergonzosa y baja, como el vulgo cree, sino digna, austera, encerrada en los límites que la ley señala, porque todo, hasta el Océano, tiene sus límites.

La miserable vanidad del corazon humano es el escollo en que chocan estas virtudes; ella nos impulsa, si obedecemos, á oponer resistencia; si mandamos, al abuso de poder; de un modo ó de otro, la consecuencia es la misma: la anarquía militar, la insubordinacion, el desquiciamiento de las piedras fundamentales del edificio.

III.

Carácter de mando.—Disciplina.

Si el abuso de mando desorganiza la gran máquina de un ejército por el ódio del inferior al superior, la debilidad la desorganiza por el desprecio; mueren los grados, se extingue el espíritu militar y se rompe el dique á todos los vicios y á los males de las tropas abandonadas sin freno á sí mismas. El justo medio entre estos dos extremos es el *carácter de mando*, que consiste en ser justo, en premiar con placer y castigar con sentimiento, pero castigar siempre que sea necesario: no humillar jamás la dignidad humana, tan respetable en el último como en el primero; pero exigir del inferior el cumplimiento por quilates de su deber, asegurándole todos sus derechos; protegerle en sus desgracias; disputar en su beneficio todo lo que le pertenece; en una palabra, no tener otra norma de conducta que la justicia.

El carácter de mando nos da la *disciplina*, virtud que en sí sola circunscribe todas las otras, que es el complemento de todas ellas, y la manifestacion visible y constante, en todos los actos, de la buena educacion militar de las tropas. La disciplina es el respeto al ciudadano, á la propiedad; es el aprecio de sí mismo, el aseo, los buenos modales, la aversion á los vicios, la puntualidad en el servicio, la exactitud en la obediencia, el escrupuloso respeto á las leyes y reglamentos, la austera dignidad en la subordinacion; sin ella el ejército es odiado en su mismo país; con ella es amado hasta del enemigo; ella conserva en toda su fuerza las demas virtudes; al relajarse, se relajan todas; por consiguiente, celando y fomentando ésta se asegura el imperio de las demas.

La disciplina no se crea en un solo dia; es efecto de las costumbres y de la educacion moral del ejército; es el resultado de

la accion lenta é incesante del mando justo, y esta educacion moral no se consigue tanto por los grandes castigos de los delitos notables, cuanto por la acertada aplicacion de los correctivos á pequeñas faltas.

Estos correctivos, sin ser humillantes ni hacer odiosa la autoridad que los impone, deben ser inmediatos á la culpa, economizados con prudencia, útiles al servicio, y de gradual gravedad segun las circunstancias de persona, de lugar y tiempo, hasta llegar á los que necesitan formacion de proceso. Así se crean las costumbres y las buenas prácticas militares, evitándose la perpetracion de graves delitos y la necesidad de castigos judiciales; así la celebracion de un consejo de guerra llega á ser un acontecimiento raro y solemne, que inspira un saludable temor á las tropas. Y si recorremos con detencion la historia de todas las grandes insubordinaciones militares, y si buscamos antecedentes en todos los casos en que se ha visto el desbordamiento de los ejércitos, hacer necesarios y frecuentes los graves castigos de muerte y cadena, se verá que habia precedido á ello un progresivo abandono en la correccion de faltas, insignificantes primero y de dia en dia más graves. De tal modo, no hay freno que pueda contener á una juventud unida en grandes masas, vigorosa, armada, de vida aventurera y azarosa, y léjos de la autoridad de la familia para contener sus malas pasiones.

IV.

Valor.

Difícil es dar la definicion del valor; mucho se discute sobre él, y muy contrarios pareceres se han emitido sobre sus causas y efectos. Sin seguir las sinuosidades de estas teorías, dirémos sencillamente que valor es una elacion del ánimo, que nos hace amar las emociones producidas por el peligro y arrostrarle con firmeza.

Segun la educacion, los hábitos de vida y las condiciones físicas y morales del individuo, esta cualidad presenta diferentes fases y se manifiesta por actos distintos; así el valor del duelista no es á veces el valor militar; el mártir que sufre la muerte sonriendo es tambien un valiente; acaso el osado marino que surca los mares del Polo no se prestaria al asalto de la brecha de un fuerte; el soldado que se arroja sobre los cañones del enemigo, tal vez tuviera miedo viéndose asaltado en las revueltas de una callejuela por un miserable asesino. Pero ademas de estas diferencias, hijas del hábito y de las tendencias personales, el valor se expresa de distinto modo segun las infinitas combinaciones de los temperamentos humanos. Existe ese valor, que podemos llamar sanguíneo; ese valor alegre, impetuoso, turbulento, aturdido, que se lanza adelante sin mirar atras, pero que, rechazado por una violenta reaccion, degenera tal vez en terror pánico; existe ese valor tenaz, el valor de posicion, que si no avanza con ímpetu, tampoco hay poder humano que le haga retroceder; existe el valor que necesita prepararse para el peligro con emociones graduales y que ante un peligro imprevisto se pierde; hay tambien el valor hijo del amor propio, ese valor que necesita teatro y espectadores; hay, por último, ese valor frio, severo, del que se presenta en medio del peligro como extraño; parece que la muerte no figura como dato en sus cálculos: es el valor del general que tiene toda su atencion en el despacho que lee, en el mapa que examina, sin ver el polvo que levantan á sus piés las balas; es el valor del oficial que observa minuciosamente los materiales y dimensiones de la brecha, la situacion del hornillo, la direccion de la trinchera, como si se hallase en un campo de instruccion; es el valor sin ira, filosófico, estóico, de los grandes hombres. Se ha repetido hasta la saciedad que este es el valor que conviene al general en jefe; en nuestro juicio, conviene al general como al soldado; quizá la ira es el disfraz del miedo; tal vez la tenacidad es desesperacion; pero la impasible serenidad del que siente sus pulsaciones tranquilas, del que piensa y resuelve allí dónde las demas inteligen-

cias se hallan fuera de su centro, ha de valer siempre más que el valor ciego, por irresistible que sea, lo mismo que vale más una inteligencia clara que una perturbada, cualquiera que sea la pasion que la perturbe. Si todo un ejército se compusiera de hombres así, y éste es el bello ideal, y á su aproximacion es á lo que debemos aspirar, las sorpresas no serian posibles ó no darian resultado; dada la órden de avanzar, se lanzarian los batallones con la misma obstinacion con que defenderian un puesto fijo; resuelta la retirada, jamás habria terrores ni alarmas infundadas que la hicieran precipitar y convertir en derrota; en una palabra, no habria nunca esas reacciones que presenta toda pasion cuando se expresa con formas exageradas. Y no se crea que esos espíritus superiores se hallan desprovistos de entusiasmo; acaso está más infiltrado, más encarnado en su sér, sin que se necesite excitarle con himnos ni proclamas.

Debemos estudiar otra clasificacion del valor, por lo mucho que de ella se habla: el valor colectivo y el valor individual. A nuestros ojos esta distincion no tiene la importancia que se la quiere dar; la base del valor colectivo es el individual: sin el uno no puede existir el otro; creer que el militar se ve forzado en la fila á marchar adelante por el miedo al ridículo ó al castigo si vuelve atras, es desconocer el corazon humano; el cobarde volverá la espalda aunque supiera que á tres pasos está el cadalso, porque el miedo es otra pasion que ciega lo bastante para no poder apreciar en el momento del peligro las ventajas que resultan de no tenerle. Que el hombre, criatura nacida para vivir en sociedad, asocie siempre sus sentimientos á los de sus semejantes y los vigorice de este modo, es indudable, y en tal concepto, el valor colectivo, como valor de asociacion, como valor que se aumenta por el contagio, porque las pasiones se contagian, es más fácil de obtener; mas téngase en cuenta que tambien el peligro colectivo, por el aparato y el estruendo solemne que le adorna, hiere de un modo más violento la imaginacion del hombre, y por consiguiente, necesita de ese suplemento de valor que da la masa. En más peligro de muerte

estamos si un asesino nos asalta en la calle, que si con doscientos compañeros nos lanzamos á una batería; sin embargo, el primer peligro le arrostra cualquiera sin ser un héroe, al paso que el segundo excita de tal modo la imaginacion por el lujo de destruccion que le rodea, que no todos llegan á saberlo arrostrar de frente. Por otra parte, del mismo modo que se forma el valor colectivo, se contagia el miedo, y nace ese terror pánico que entrega al hombre con manos atadas á la muerte, y aquí se necesita de una gran fortaleza de espíritu para saber contrarestar ese terror; fortaleza de espíritu que á muy pocos es dado tener, y que sólo se halla entre los hombres de guerra. Sirva esto de réplica á los que menosprecian el valor militar llamándole desdeñosamente valor de fila; á los que dicen que el soldado ataca por miedo á sus jefes.

Nosotros, y esto no pasa de ser una opinion aventurada, á la que no pretendemos aferrarnos, no creemos en el valor innato; el valor se vicia ó se conduce bien desde la primera educacion, segun el método de vida; recibe modificaciones segun las diferencias físicas y morales, y por esto el mismo hombre no se presenta de la misma manera valiente en todos los momentos de su vida; hay circunstancias de lugar, tiempo y modo, que aminoran ó exigen el valor; el estudio de estas circunstancias, para dominarlas y manejarlas libremente, debe ser la mision del jefe militar, que debe estar convencido de que el valor es una cualidad que se infunde si se sabe infundir. La oscuridad, la fatiga, la sorpresa, la falta de alimento, el efecto producido por un grito de terror, hace cundir el desórden de fila en fila, invadiendo súbitamente toda la masa; aquí de los friamente bravos para volver la confianza á las filas, aquí de la disciplina; aquí debe oirse la enérgica voz del jefe, que despierte bruscamente la vergüenza del miedo y haga renacer el entusiasmo; aquí, á una palabra dictada por el terror, oponer otra frase feliz, de esas que se repiten de boca en boca, dilatando el pecho del soldado y haciéndose respirar con fuerza el aire que viene del enemigo. El amor propio, el sentimiento de la dignidad humana, todos le tienen; la

dificultad está en saber herir sus fibras, en despertarle. Una tropa que abandona cobarde su puesto, castigada en su amor propio, privada de su bandera, presentada al resto del ejército como una tropa que se ha deshonrado, y lanzada al dia siguiente en lo más rudo de la batalla, es casi seguro que reconquistará su honor y su bandera, excediendo en proezas á los mejores batallones.

V.

Espíritu de cuerpo.

Otra de las cualidades que fomentan el valor y todas las virtudes militares es el espíritu de cuerpo bien entendido. La confianza en el arrojo de los compañeros y en la pericia del jefe; la satisfaccion de formar en las filas de un cuerpo glorioso; el placer de compartir peligros y fatigas con hombres unidos por los lazos del afecto que crea este espíritu de cuerpo; la resignacion en las privaciones; la alegría en los dias felices, sostenida por este mismo compañerismo, son una garantía de victoria. Mas el espíritu de cuerpo extraviado y exagerado ensoberbece las tropas, rompe los lazos de regimiento á regimiento, quebranta la buena disciplina, y degenera en insubordinacion, que primero se manifiesta con los superiores, extraños al cuerpo, y acaba por los jefes naturales. Que el soldado sin desden á los otros cuerpos se crea honrado con pertenecer al suyo; que tenga un convencimiento íntimo de la moralidad con que se le administra, de la justicia con que se le gobierna, y del acierto con que se le manda en el campo; que se excite su amor á la bandera con himnos y cantares que se popularicen en las filas, y que sean peculiares del cuerpo como recuerdo de sus hechos gloriosos; que se den de tiempo en tiempo, y con algun motivo, fiestas militares, comidas de corporacion, simulacros, etc., en los que se invite á los particulares y á comisiones de otros cuerpos, como una familia

invita en sus fiestas á las demas; que se tenga tacto para celebrar la fama de las buenas acciones y corregir sin publicidad las malas; que en las órdenes diarias, en los campos de instruccion, etc., se aplauda lo bien hecho, promoviendo así el entusiasmo, y sobre todo, que se tenga una severa y digna disciplina, sin rebajar la dignidad de cada uno, y el espíritu de cuerpo dará brillantes resultados en los dias de peligro.

CAPÍTULO IV.

CONSIDERACIONES SOBRE EL MANDO.

I.

Conducta con las tropas.

La primera máquina de guerra que debe estar bajo la mano del jefe, como lo está su espada, es la imaginacion del soldado; es decir, que no se deben tomar los hombres tales como son, sino formarles tales como deben ser. Educando, modificando, conduciendo su valor, excitando su entusiasmo, fomentando el espíritu de cuerpo, desarrollando la buena disciplina, creando hábitos y costumbres de guerra, corrigiendo y celando las faltas ligeras para precaver los delitos, se consigue tener sobre las tropas una inmensa fuerza moral, y se influye de tal modo en momentos dados sobre el corazon del hombre, que se hace un héroe del último de los soldados.

II.

Conducta con los pueblos.

Mas la mision del general en jefe no gira exclusivamente dentro de la esfera del ejército; no basta conducir con sabiduría esas

grandes masas y desarrollar en ellas virtudes consistentes, que multipliquen su fuerza robusteciendo el espíritu de los hombres; ademas del ejército está el país, que, amigo ó enemigo, es preciso administrarle ó gobernarle, segun las leyes de la guerra. Con una severa disciplina consigue el ejército granjearse el afecto del pueblo; el general en jefe debe captarse tambien, con su afable trato, sin aparecer débil y sin mendigar una efímera y á veces funesta popularidad, las simpatías de las personas influyentes en la opinion pública. Ni débil ni despótico, será siempre justo y sumamente probo, porque la probidad es la virtud que más aprecian las masas y la que da más prestigio de mando.

En los pueblos enemigos se procurará efectuar el cambio de Gobierno con la menor sacudida posible, conservando las autoridades antiguas, en tanto que sean compatibles con el nuevo órden, respetando el culto, las costumbres y hasta las preocupaciones nacionales, garantizando los derechos, protegiendo el trabajo, la propiedad, el domicilio, economizando castigos y persecuciones inútiles, pero castigando severamente toda resistencia, todo ultraje á los nuevos señores, y premiando con esplendidez todo servicio hecho á la causa que se defiende. Los bandos no deben ser terribles, pero se cumplirán exactamente; el incendio y la tala no deben existir sino como amenaza para las comarcas más hostiles, ó cuando las operaciones lo exijan, para privar así de recursos al enemigo, y áun en estos casos se indemnizará lo que se pueda á los particulares. El saqueo debe considerarse como un acto de barbarie, desmoraliza el ejército extraviándole de su elevada mision y despertando en él sentimientos de pillaje y vandalismo; es para el pueblo un castigo cruel, por el que los inocentes sufren daños enormes, y que casi siempre los culpables eluden, poniendo ántes á buen recado su hacienda y sus personas. El saco, ademas, es improductivo: fuertes exacciones á los pueblos rebeldes, un sistema equitativo y prudente de impuestos y forrajes oportunamente realizado en comarcas á propósito, hacen ménos odiosa la dominacion y crean la abundancia en el ejército.

Cárlos XII daba doble paga á sus tropas con las contribuciones de los países ocupados, y era tan celoso de la buena disciplina, que hacía su ejército amado de los pueblos enemigos, hasta el punto de acudir los paisanos á vender artículos á su campo, con preferencia al propio ejército, como sucedió, entre otras ocasiones, en Copenhague, que se hallaba por esta razon exhausta de recursos, miéntras el ejército sueco nadaba en la abundancia.

Siguiendo tal conducta, se consigue que esa inmensa mayoría que en todos los países vive extraña á la política, y que cifra su único deseo en trabajar tranquilamente, sin molestias ni vejaciones, llegue á ser el más fuerte apoyo del nuevo sistema. A pesar de lo odiada que era la dominacion francesa en toda España, la conducta de Suchet, en Valencia, le hizo si no simpático á los valencianos, porque esto no era posible, al ménos tolerado, y los talleres y los comercios abiertos, el trabajo sin interrumpirse, por la confianza que el paisano tenía de no ser atropellado por el soldado, proporcionaron al mariscal elementos para poder consolidar su autoridad, tanto como podia consolidarse entónces una autoridad francesa.

III.

Conducta con el enemigo.

Valor en el combate, humanidad en la victoria, nobleza y religiosidad en el cumplimiento de los pactos, deben ser la norma de conducta que se debe seguir con el enemigo. Honrarle y enzalzarle á él es honrarse á sí mismo; la ira que se gasta cobardemente con heridos y prisioneros se necesita en los dias de batalla; los ultrajes al débil no rebajan sino al fuerte que los infiere; vencer al enemigo en cortesía y nobleza es una garantía para vencer en el combate; que la sinrazon, las infracciones

del derecho de gentes, aparezcan siempre en su campo y no en el nuestro.

Hemos dicho ya la conducta que se debe seguir con las guerrillas de partidarios, y en general con todo el que hace la guerra sin ser su profesion ni su deber; rigor, pero dignidad. Cuando son numerosas, bien organizadas y hacen la guerra cumpliendo las prescripciones del derecho de gentes, es preciso considerarlas como tropas regulares, porque no se contraria impunemente de un modo feroz la exaltacion de todo un país; mas cuando verdaderas hordas vandálicas se levantan deshonrando una bandera, atropellando, saqueando los pueblos y ejerciendo actos de barbarie con las tropas que caen en su poder, se las debe declarar públicamente fuera de la ley de la guerra y perseguirlas con ardor, manifestando al país y al resto de los enemigos que se las castiga, no por la causa que dicen defender, sino por sus hechos deshonrosos.

IV.

Elocuencia militar.

Así como la inteligencia es el primer atributo y la primera fuerza del espíritu humano, la palabra, que es la manifestacion material de este atributo, y el único medio de poner en contacto las inteligencias, ha de ser, por lo mismo, el principal elemento de dominio del hombre sobre el hombre. Único intermediario entre el espíritu de un hombre y el espíritu de otro, es por eso el único agente que puede agitar, conmover y dirigir las pasiones, los sentimientos, el pensamiento de unos hombres segun la voluntad de otro. Y si esto es así en tésis general, si por eso la elocuencia es la primera palanca que mueve el sacerdote para inflamar en santo fervor las almas, el tribuno para imponer sus teorías políticas, el juez para hacer brillar la justicia, ¿cómo no

acudirémos á la elocuencia tambien para fanatizar esas masas y vigorizarlas de modo que afronten el peligro, que corran á la muerte, que soporten amargas privaciones y duras fatigas?

La simple enunciacion de esta idea nos hace comprender qué dificultades no tiene que dominar el orador de guerra para conseguir que el hombre posponga todas sus afecciones, todos sus intereses, hasta la vida, al amor de la gloria. ¡Qué formas tan caprichosas, qué reglas tan especiales, qué giros tan extraños ha de tener el discurso pronunciado sobre un monton de ruinas por tribuna, con un suelo alfombrado de cadáveres, ante un auditorio armado, agitado por las pasiones más opuestas, y que reune en sí todas las jerarquías sociales, todos los grados de inteligencia!

Si para toda oratoria se necesita actitud física, para ésta mucho más; una ridícula figura, una voz pobre y desagradable, necesita la lira de Tirteo para fanatizar á una multitud que debe ser conducida á la muerte. La oratoria militar ha de ser clara, lacónica, vehemente desde la primera palabra; se debe usar el idioma de las pasiones y no el de la fria razon; se debe conmover y no aspirar á convencer; hablar con cierto fatalismo, porque la multitud es siempre fatalista; ser más poeta que filósofo, sin lógica á veces y sin verdad, pero con metáforas brillantes que hieran con fuerza la imaginacion, que despierten el orgullo, el amor patrio, la sed de gloria; y todo esto en un estilo que nada tenga que tachar de los hombres de vasta instruccion que forman en los primeros puestos, siendo á la vez claro, sencillo y comprensible para el rústico pastor que dejó el dia ántes el cayado por el fusil.

¡Y qué asuntos tan bellos! Ahora es el anuncio de una gran batalla. ¡Qué confianza en la victoria! ¡Qué recuerdos tan gloriosos se despiertan! ¡Qué ventajas va á reportar al ejército y á la patria! ¡Qué faustos agüeros aparecen como mensajeros del triunfo! Otras veces son las gracias por la batalla ganada, por la campaña terminada, y el recuerdo de todo lo que se ha hecho, de todo lo que se ha sufrido, se presenta de tal modo, que se

siente en las filas el deseo de volver á demostrar el ardiente amor patrio, la sed de gloria que las exalta. Otro dia es la reprension por una derrota, por una sorpresa, por una infraccion de la disciplina, acaso por una grave insubordinacion, que se necesita calmar y castigar en el momento; el discurso está impregnado de una digna y elevada cólera; la mirada del jefe chispea, y colorea su faz el rubor de haber vestido el mismo uniforme que el cuerpo deshonrado.

En muchas ocasiones no es más que una palabra feliz que en el calor de la pelea se pronuncia y circula de boca en boca conmoviendo los corazones; otras es una frase dirigida á los prisioneros, á los heridos, á un soldado cualquiera, á un cuerpo ó en contestacion á un parlamento: «Guerra á cuchillo», contestó Palafox por toda respuesta á la intimacion que le hizo Lannes para que entregase á Zaragoza.

—¿Y la retirada?—preguntaba un oficial á D. Mariano Alvarez, que le estaba dando instrucciones para hacer una salida de la plaza de Gerona.—Al cementerio—contestó secamente aquel héroe.

—Me miran los franceses, me bato con los ingleses, y yo soy español—contestó el gobernador de Irun al parlamento que le intimaba la rendicion.

—Son españoles, y españoles valientes como vosotros; ¡batallones, presenten las armas!—decia Espartero á sus tropas, que presenciaban el desfile, á caja batiente, de un puñado de carlistas que habian hecho una resistencia desesperada en una casa.

—Aun me queda esta mano para tocar ataque—decia un tambor de Federico, en el momento que una bala de cañon le habia arrebatado el brazo derecho.

—Compañero, mándasela á los ingleses; es el último daño que les puedo hacer—exclamó un artillero frances arrojando en Waterlóo su pierna mutilada á los compañeros de su batería, que la atacaron en la pieza. ¡Qué frases tan elocuentes ante la fosa que espera el cadáver del que las pronuncia!

Es imposible sentar reglas fijas para la oratoria militar; diré-

mos únicamente, que se necesita laconismo, sencillez y vehemencia. Al romperse la campaña, se recuerda en una proclama al ejército, sus deberes, sus glorias, los ultrajes del enemigo, las veces que se le ha derrotado en otras campañas; se despierta el amor patrio, se encarecen las ventajas que dará el triunfo; pero todo esto sin menospreciar al enemigo, ni pintar tan fácil y cómoda la guerra que se inaugura que las tropas no hallen glorioso el vencer.

Antes de cada batalla se recuerdan los laureles de otros dias; se ponen de manifiesto todas las seguridades que hay de obtener la victoria; los grandes resultados que va á reportar, y se apela á los más delicados resortes de la elocuencia para inflamar las tropas; este entusiasmo se sostiene durante la batalla con rasgos y palabras de ésas que fascinan á la multitud; al terminar, se admiran las dificultades que se han vencido, se exagera el valor de lo conquistado, y se dan las gracias con efusion. Si la batalla se perdiese quedando puro el honor de las armas, se enumeran todos los esfuerzos desesperados que el enemigo ha hecho para conquistar una posicion que al fin se le ha cedido por inútil y costosa; se celebra la heróica resistencia que han hecho los batallones, y las proezas que han tenido lugar.

En las ejércitos antiguos todo era verbal, hasta la órden; en los modernos se toca el extremo opuesto, y se escribe tal vez más de lo que conviene. De todos modos, los boletines, las órdenes del dia y los partes son inevitables.

Los boletines deben ser veraces en el fondo de los hechos, pero la forma debe modificarse siempre que lo contrario produjera desconfianza en el país ó temores en el ejército.

Las órdenes del dia, concisas, terminantes y elocuentes; las de mucho interes serán leidas por los capitanes, que ántes las habrán oido de los jefes, para trasladar, en lo posible, hasta la intencion y la fuerza de las frases de efecto.

Los partes, claros y veraces; se debe tener presente la multitud de atenciones que pesan sobre el mando para descender á detalles, que si son de mucho interes para cada inferior en su

puesto, son de muy poco para el éxito general de las operaciones. Cuando los partes se han de dar al público, no se le debe engañar, porque esto, al fin, es en desprestigio de las armas y de la autoridad; pero si los hechos fueran de tal gravedad que, presentándolos en toda su desnudez, padeciese la confianza pública, es conveniente, sin mentir, ocultar tristes detalles, hasta que gradualmente se vaya descubriendo en partes sucesivos toda la verdad, pero al mismo tiempo se mandarán partes reservados que esclarezcan á los ojos del Gobierno todo el suceso, por desgraciado que sea. En una palabra, en el ejército, como en el pueblo, se debe sostener por todos medios la confianza en las armas, pero sin apelar á falsedades, que luégo rectificadas, como precisamente tiene que suceder, desprestigien la autoridad y causen más terror en el país que el que causaria la franca declaracion de los males.

Al principio de la campaña de Rusia se quiso ocultar á la Francia los desastres del grande ejército, y luégo, de repente, el célebre boletin 29.° hizo saber al mundo todo lo horrible de la catástrofe; el país recibió con frialdad al déspota que le habia engañado, y el águila imperial quedó herida de muerte, no tanto por el hierro enemigo, cuanto por el desvío de la opinion pública en Francia.

Las órdenes orgánicas y administrativas no deben dejar la más ligera duda ni dar lugar á consultas posteriores; serán claras, concisas y detalladas, sin descender puerilmente á explicaciones áridas é interminables, en que, por el deseo de abrazarlo todo, se limita la accion del inferior, privándole de la facultad de dirigir por sí mismo el cumplimiento de la órden, y dejándole sin saber qué partido tomar en un caso no previsto por el jefe.

En los grandes planes de campaña ó de batalla, el general debe dar á cada uno la explicacion clara de la parte que le corresponde desempeñar, dictándole várias reglas de conducta segun las eventualidades probables, y dejándole entrever la idea del plan general lo suficiente sólo para comprender bien el papel

que le toca. Estas instrucciones no deben ser absolutas; ántes al contrario, se debe hacer un cargo por haberlas cumplido al pié de la letra, si por un accidente imprevisto dejasen de convenir. Unas veces son verbales, y otras por escrito ó en cifra, segun convenga; pero de un modo ó de otro, deben ser lo bastante claras y concisas para no dar lugar á interpretaciones peligrosas. Los detalles de ejecucion y las modificaciones á que haya lugar estarán siempre dentro de la esfera de mando y responsabilidad del jefe encargado de su cumplimiento, que debe tener presente que, como parte de un gran todo, ha de subordinar su accion á la accion combinada de las demas fracciones, sin dejarse guiar por simpatías personales ó rivalidades peligrosas, que siempre influyen perjudicialmente en la marcha que debe seguir.

V.

Consejos de guerra.

La unidad de accion exige la unidad de mando; por consiguiente, los ejércitos serán conducidos exclusivamente bajo la responsabilidad de un solo hombre. Sus planes serán concepcion suya, y tendrán sobre ellos la reserva más absoluta, disfrazándoles de manera que se realicen de un modo inesperado. Para su desarrollo, se ilustrará por los medios que crea convenientes, oirá con agrado el parecer de todos, ocultando el suyo; pero nunca resignará su responsabilidad ciegamente en un consejo de las altas jerarquías del ejército. Esto presenta dificultades insuperables. Las operaciones más audaces y de más glorioso resultado que la historia presenta, propuestas en cualquiera consejo, hubieran sido rechazadas. Por otra parte, estas discusiones dividen los ánimos, ponen demasiado en relieve lo que se ha de ejecutar, y falta el misterio, que es el alma de la guerra. Si el general obra en contra de lo que el consejo ha votado, es considerado como

presuntuoso, imprudente ó tímido, y es obedecido con tibieza; si obra en contra de us convicciones y segun el dictámen del consejo, nunca podrá dar á la idea el desarrollo que la daria el mismo vocal que la concibió. El paso de los Andes por San Martin, el paso de los Alpes por Napoleon, el de los Alpes Rheticos por Macdonald, la diversion de Scipion en el mismo corazon de África, la expedicion de Aníbal hasta las puertas de Roma, y tantas otras operaciones atrevidas y homéricas, que la historia presenta, jamas hubieran sido realizadas sino por el mismo que las proyectó.

Los Consejos ademas promueven rivalidades; hacen brotar pequeñas y bastardas pasiones, que rompen la buena armonía entre los caudillos, y, por consiguiente, la cohesion entre los cuerpos del ejército.

En resúmen; el jefe, para ilustrar su juicio y formar un criterio exacto, pedirá todos los informes y noticias que le convengan, y asequible al trato social de sus subalternos, oirá el parecer de todos ellos confidencialmente, uno á uno, sin permitirles censurar los actos consumados, y sin dar él una manifestacion clara ni decisiva de lo que piensa.

Hay, á pesar de todo, tres casos, en que los consejos son inevitables y en que su dictámen debe ser preferido al voto del jefe. Primero, cuando se trata de asuntos administrativos. El manejo de los fondos debe ser una cosa tan clara y trasparente, que todos los militares, segun su grado, se han de prestar de buena voluntad al exámen de su conducta en este punto. Segundo, la administracion de justicia; solamente las faltas leves pueden corregirse por medidas gubernativas; pero cuando se discute la muerte, la infamia, ó una larga prision para el último soldado del ejército, es preciso seguir el voto de las mayorías. Tercero, cuando los reveses sufridos han puesto al ejército en tan apurado trance, que, encerrado, perseguido, falto de medios para restablecer el combate, trata únicamente de salvar la vida, si puede, salvando el honor. Entónces la rendicion al enemigo, votada por unanimidad, ó cualquiera otro arbitrio que dé alguna

esperanza, debe seguirse con fe por todos. Las Córtes de Cádiz expidieron un decreto autorizando á cualquier oficial que no diera su voto para la rendicion de una plaza, para encargarse del mando de ella, siempre que se comprometiera á prolongar la defensa veinte y cuatro horas, y aunque este oficial se halláre en oposicion con todo el Consejo y su graduacion fuera la última.

En rasa campaña no hay capitulacion; es preciso batirse hasta el último extremo, y si la retirada no es posible, no deshonra el caer prisionero. Napoleon, al saber la capitulacion de Bailén, dijo mesándose los cabellos: «El oficial que capitula en campo raso, merece la muerte.» Los ejércitos del Norte han dado algunos ejemplos de estas capitulaciones autorizadas en sus hábitos militares; pero en el dia no hay ejército que no se creyera infamado por un hecho de esta especie.

CAPÍTULO V.

BASES DE LA ORGANIZACION.

I.

Definiciones.

Hemos dicho que se llama ejército la reunion organizada de hombres, animales y máquinas, destinados á hacer la guerra.

Por excelencia se da este nombre á todas las fuerzas militares de un país.

Dos grandes elementos constituyen un ejército : primero, los hombres, ó sea el *personal*; segundo, armas y máquinas, etc., ó sea el *material.*

Considerando en abstracto las diferentes agrupaciones de hombres, se las llama *tropas.*

Concretándose á las de una misma especie, toman el nombre de *armas* ó *institutos.*

Dentro de una misma arma ó instituto se llama cuerpo á una agrupacion que forma unidad orgánica permanente.

De aquí nace la necesidad de dar á los ejércitos dos distintas subdivisiones: primera, la orgánico-administrativa permanente, fijada en los reglamentos en armas, cuerpos y compañías, y la subdivision táctica accidental y modificada, segun las circunstancias y los azares de la guerra. Cuanto más en armonía se hallan ambas subdivisiones, cuanto más uniforme sea la clasifi-

cacion, es indudable que tendrá el ejército más aptitud guerrera; pero como la subdivision táctica no puede sujetarse sino á las reglas de combate, es la orgánica, que recibe bases permanentes, la que se ha de constituir de modo que satisfaga las exigencias de la táctica en sus variados accidentes.

La unidad táctica es el batallon, el escuadron ó la batería. De la reunion de várias unidades de la misma ó de diferentes armas, segun la mision para que se destina, se forma la *brigada;* de la de várias brigadas la *division*, y de várias divisiones, el *cuerpo de ejército.*

Nos detendrémos más en esta subdivision táctica cuando pasemos á *La teoría de las fuezas.*

Columna es un nombre genérico que se da á la reunion de tropas, más ó ménos numerosa, de la misma ó de distintas armas, que está desempeñando, con cierta independencia del resto del ejército, un fin táctico. Tambien se da este nombre á todas las tropas que siguen unidas una misma direccion; y por último, á un órden de formacion que presenta más fondo que frente.

Sentadas estas definiciones, para evitar dudas, en la inteligencia de las palabras que vamos á usar, pasemos á considerar en abstracto la organizacion de los ejércitos bajo el punto de vista de la política militar.

II.

Necesidad de los ejércitos permanentes.

El amor patrio, más ó ménos extraviado, legítimo ó violento, no es patrimonio exclusivo de ningun pueblo, sino de todos y en todas las épocas. Que unos le expresen con una insoportable intolerancia; que otros, como el español, aparezcan escépticos y frios en dias de ventura, hallando siempre faltas en su país, para lanzarse á las armas con entusiasmo si la patria es insultada,

esto no es otra cosa que diferentes manifestaciones del mismo afecto, segun el carácter nacional.

Todos de acuerdo en que la patria sea fuerte y respetada, no todos lo están en el modo de conseguirlo. El exclusivismo de las diferentes clases sociales desarmoniza sus intereses, cuando en la armonía de ellos es donde únicamente estriba la fuerza de las naciones y la vida de estas mismas clases. Desde el momento que una, predominando más de lo que debe, y traspasando su esfera de accion, influye en los destinos del Estado imprimiéndoles el sello de su carácter, las demas clases deprimidas, menospreciadas y limitadas en su accion, se postran y se degradan, ó se irritan, y la sociedad queda herida de muerte.

Un pueblo no debe estar sometido á la espada, es verdad; mas tampoco á la toga, ni á la banca, ni al clero, ni á nada de lo que constituye el cuerpo social; la armonía entre los intereses de estas clases, la libre funcion en sus límites naturales de cada una de ellas, y la disciplina de todas al Gobierno, que no es militar, ni magistrado, ni banquero, ni sacerdote, y no debe simpatizar más con unas clases que con otras, es lo único que puede dar condiciones de fuerza al Estado, que de otro modo decae y muere, como muere el hombre que desarrolla por el abuso de su funcion un aparato cualquiera de su organismo en perjuicio de los otros; y como la salud de las naciones no está en la sabiduría sino en la fuerza material, el primer deber del Estado es organizar esa fuerza, de modo que satisfaga cumplidamente la mision de defender la patria de ataques exteriores y de perturbaciones en el interior; esta consideracion nos hace aceptar desde luégo los ejércitos permanentes.

Muy fácil sería rebatir los débiles argumentos de los que por espíritu de escuela claman contra ellos. Si la cuestion se redujera á suprimir ó no los ejércitos en general, nosotros indudablemente nos decidiríamos por lo primero; pero ántes sería preciso suprimir las guerras: por más que se diga no se trata de eso, lo que se debe decidir es si, supuesto que las guerras, á despecho del hombre, existen, y su consecuencia inmediata, los ejércitos,

han de existir tambien, cuáles son los ménos malos, los ménos caros, los que ménos quebrantan la sociedad civil, si los temporales ó los permanentes. Ni bajo el análisis filosófico, ni ante el estudio práctico de los hechos, podemos titubear un momento en resolver la cuestion. Si á un enfermo que con frecuencia padece en su mal ciertos accesos para los que no hay más que un solo remedio, le viéramos todos los dias romper las redomas del medicamento al sentirse aliviado, para tener el dia siguiente á toda prisa que recoger las hierbas esparcidas y secas, extraer su ya perdido jugo, y confeccionar mal y precipitadamente la medicina, diríamos que estaba loco; y sin embargo, no es otra cosa lo que hacen los pueblos que fian su salvacion á ejércitos temporales.

Para fijar más el debate, consignemos en tésis general qué condiciones, una por una, deben satisfacer los ejércitos, y establezcamos, partiendo de esta base, un paralelo entre los temporales y los permanentes.

La organizacion política y el sistema militar de un país debe ser tal, que se puedan repentinamente oponer fuerzas nacionales en el momento que la sociedad peligre. Si en medio del conflicto, perturbada la vida del país, desencadenadas las pasiones políticas, luchando con crecientes dificultades en el gobierno y administracion, acudimos á las armas y formamos nuestros batallones bajo el fuego del cañon enemigo, que ya derriba las puertas de la patria, ¿cómo nos hallarémos con vigor para afrontar la lucha? ¿Qué condiciones de fuerza tendrá esa revuelta é informe multitud, embrion de ejército? Si el entusiasmo y la fe animan los corazones; si la ira y la desesperacion engendran una guerra nacional, la victoria será nuestra; pero ¡á qué precio! Inmensos sacrificios, tesoros arrojados al mar, torrentes de sangre vertida nos darán, á la vez que el laurel de la victoria, la palma del martirio; el suelo de la patria será una vasta tumba no profanada, pero tumba al fin.

Y si áun á pesar de tanto heroismo la victoria no nos sonrie, ¿qué elementos nos quedan para rehacernos? Ninguno; humillar

la frente ante el destino y llorar como llora la infeliz Polonia, ó desgarrarse en una lucha eterna y salvaje, como la Union Americana. Hé aquí dos pueblos desgraciados por su desprecio á los ejércitos permanentes; el uno sucumbió ante un peligro exterior; el otro no sabe resolver una cuestion interior, y no la resolverá, como no ha resuelto otras, para las que no necesitaba sino un solo batallon que no se sublevase.

Y no de otro modo tiene que suceder; un país donde no hay durante la paz una base estable y fuerte donde sustentar la pronta creacion de un ejército en campaña; un país donde no hay hábitos de guerra, costumbres y leyes militares siempre conocidas y siempre en vigor; hombres que hayan consagrado á las armas su vida y su inteligencia, si se ve precisado á levantar un ejército, ademas de luchar con las dificultades que brotan del peligro mismo, que crece de momento en momento, sin obstáculos en su camino, se halla con elementos heterogéneos y extraños á la milicia, y únicos con los que ha de crear las fuerzas públicas. Allá van en tropel hombres valientes tal vez, buenos ciudadanos, conocedores de las armas; pero acostumbrados en su moral y hasta en su naturaleza física á la independencia y la libertad civil, se amoldan difícil y penosamente á deberes militares; las fatigas y privaciones de la guerra, la austeridad en la obediencia y subordinacion no pueden ser aceptadas de buen grado por estos hombres, que ven un ejército como un incidente extraño en la historia de su país, como una institucion transitoria y que contrasta rudamente con la vida normal de las otras instituciones. De aquí la indisciplina; y cuando nos proponemos matar la indisciplina, cuando hacemos un llamamiento á todas las virtudes militares para dar fuerza moral á esa masa, las virtudes no contestan, porque las operaciones se han complicado, la guerra desarrolla toda su fuerza, la vida material del ejército está en peligro, y no es este el momento más oportuno de conseguir virtudes, cuando hasta los ejércitos permanentes las pierden.

Así, de dia en dia, sin conseguir la organizacion moral de la masa, el mal crece, y en el revuelto torbellino de encontrados

afectos y costumbres, ante los sucesos que se precipitan, naufraga la moral de cada uno de aquellos jóvenes que al agruparse en tumulto han roto el dique de sus malas pasiones; porque si algo se desarrolla más lenta y difícilmente que el gérmen del bien, ninguna semilla da más pronto abundantes frutos que la semilla del mal.

Así pervertido el ejército, las filas se nutren de aventureros; la hez de los ciudadanos toma las armas para buscar en los disturbios de la guerra lo que la paz no puede darles; así conseguimos tener una fuerza pública la más cara, la más desmoralizada, la que más veja y abruma al país, la más débil ante el enemigo, la que ménos cumple con el derecho de gentes, y, lo que es peor de todo, nutrida de hombres que á toda costa quieren que la guerra siga, y se hallan decididos, si termina, á lanzarse en bandas criminales. Hé aquí un país envuelto por muchos años en guerras crueles, sin objeto ni razon; héle aquí víctima del brutal militarismo de los ejércitos temporales; hé aquí desparramadas por el suelo las economías de muchos años, heridas de muerte las ciencias, las artes, las industrias, acumulados en una sola generacion todos los sacrificios, todos los males, que repartidos entre várias generaciones hubieran sido insensibles, y todo esto en un pueblo que, por ódio á las armas, se ve arrastrado por muchos años á la azarosa vida de las mismas.

Se acusa á los ejércitos permanentes de ser causa de guerras injustificadas é inútiles; no sabemos en qué puede fundarse tal acusacion. En el apogeo de cultura de Grecia y Roma, y en nuestra moderna Europa, es cuando el mundo ha visto ejércitos permanentes, y en esas épocas ha sido tambien cuando ménos la guerra ha afligido á la humanidad. En los tiempos bárbaros y en la Edad Media, cuando la guerra era eterna y la hostilidad perpétua, la vida normal de la sociedad, el Estado, si es que Estado habia, no contaba con otra fuerza que con la de turbas que se agrupaban la víspera de una batalla ó de una expedicion para disolverse al dia siguiente. Por otra parte, los ejércitos permanentes se componen de hombres que sin la guerra ven satisfechas sus

aspiraciones y necesidades, y no la desean, la aceptan como un deber; si algunos jóvenes de diez y ocho años, que sueñan con la faja, no piensan del mismo modo, no tienen bastante fuerza sobre el resto de la sociedad para imponer su voluntad; pero aunque todo el ejército se hallase animado del mismo sentimiento, la union íntima que le liga con el resto de la sociedad, union que los ejércitos temporales, por la violencia con que son constituidos, no pueden tener, y la sumision del ejército como brazo al Estado, sumision sostenida por leyes vigorosas, robustecidas durante la paz, hace que la guerra jamás pueda ser impuesta por el ejército á despecho del Estado. Y esto lo vemos confirmado por la experiencia; siempre la noticia de la paz es recibida por los ejércitos permanentes con más placer que el rompimiento de hostilidades; su historia no presenta un hecho como el de la guerra de los tránsfugas en Cartago, como los de las bandas negras y blancas de Italia en la Edad Media, porque saben aquellos hombres que, cuando cesen las batallas, volverán á su país tranquilamente; porque caben dentro de la vida civil de la nacion; lo que no sucede á los ejércitos temporales, que despues de la guerra son una mala espuma que la sociedad no sabe cómo deshacer.

No porque se abuse de una institucion se debe suprimir completamente. Si, á consecuencia de las guerras del Imperio, y ante los difíciles problemas sociales que ellas plantearon, algunos Estados han abusado de las fuerzas públicas, haciendo del país un inmenso campamento, consumiendo estérilmente tesoros, robando cabezas á las ciencias y brazos á las artes, absorbiendo toda la savia, toda la riqueza, dando á la accion política del elemento militar más esfera de la que debe tener, con peligro de la vida civil de los pueblos, no por eso debemos anatematizar los ejércitos permanentes y arrojar las armas en la paz, para tomarlas enmohecidas y melladas cuando la guerra llame á las puertas. No es más fuerte la nacion que más presupuesto de guerra consume, que más soldados cuenta en la paz, sino la que sabe levantar á poca costa, sobre una base permanente bien constituida,

ejércitos formidables el dia del peligro. Pocas tropas de todas armas y bien organizadas; cuadros instruidos, leyes militares en armonía con los tiempos y con la forma política; fácil y económica administracion; equitativo sistema de reemplazos; depósitos, establecimientos y plazas bien provistas y situadas; material de guerra abundante; educacion belicosa del pueblo, sostenida, sin abuso, por el armamento y el tiro nacional subordinado á leyes que sean un obstáculo al desarrollo de las malas pasiones políticas, y sobre todo, prestigio al elemento militar, para que, sin sobreponerse al civil, no sea por él menospreciado, son los medios por los que se consigue levantar sobre un pequeño ejército permanente uno formidable en pié de guerra.

Un estado que cuenta con tales bases en su sistema militar, sin menoscabo de su riqueza, sin perturbacion en su marcha política, sin entorpecimiento en su progreso, tiene sobrada fuerza material para sucumbir ante la insolente audacia de uno de esos pueblos que se creen fuertes porque son ricos, que todo lo compran para venderlo todo, hasta la fuerza que les ha de defender, ó esos otros colosos militares donde todo decae por un exagerado espíritu guerrero, donde el país no es otra cosa que un inmenso cuartel. Los unos, como Cartago, mueren á mano armada sin haber sabido defenderse; son casas de comercio que se declaran en quiebra; los otros, como Roma, desfallecen fatigados de sus victorias, empachados de dominio, encenagados en el lujo y en la molicie, que compran con el hierro, porque este metal, tan precioso como el oro, hace degenerar lo mismo á los pueblos que de él abusan.

Las razones expuestas bastan para convencernos del deber en que se hallan los Estados de dar al elemento militar el prestigio y la fuerza moral, sin abuso, que necesita para desempeñar su mision. ¡Desgraciado país aquel que hace odiosa la carrera de las armas, aquel que alquila los ejércitos en los dias de peligro, aquel que los degrada nutriendo sus filas de hombres sin virtudes ni patriotismo, aquel que con su menosprecio mata el honor militar y ahoga las nobles ambiciones! Repasad la caida de to-

dos los grandes imperios, y veréis que el primer síntoma de ella ha sido la desorganizacion moral de las tropas, el rompimiento del lazo que debe unir al ejército y al país, el desprecio ó el ódio del ciudadano al soldado.

III.

Tropas nacionales y mercenarias.

Las tropas pueden ser nacionales ó mercenarias extranjeras.

Las mercenarias, que no están inflamadas por el amor á la patria y no tienen otro lazo con el país que el interes, sirven bien en la buena fortuna y miéntras se las paga; pero indiferentes al movimiento de la opinion pública, y sin afecto al ciudadano, pueden servir de instrumento para abusos del poder en las cuestiones interiores, y en las luchas exteriores son más fácilmente minadas por la traicion.

Cuando llegan los grandes dias de prueba para un pueblo, cuando se ve ya el erario exhausto y los ejércitos batidos, cuando el enemigo comienza á sentar las bases de su dominio, ningun sacrificio, nada glorioso y heróico se puede esperar de estas tropas, que se sublevarán indignamente la víspera del combate pidiendo la paga; frios espectadores de la caida y la muerte de una nacionalidad, pronto venden su espada en otra parte.

Por estas razones, y por otras de un órden político más elevado, los ejércitos se constituyen hoy con tropas nacionales, que siempre se hallan unidas y fuertes para luchar con el extranjero; y aunque en las revueltas civiles se reflejan en ellas las inflexiones de la opinion pública, por el hecho de ser reflejadas, y por la influencia directa que todo Gobierno tiene sobre el ejército, pierden mucho de su exageracion las ideas, y sólo cuando estalla una verdadera y noble explosion en el pueblo, se ve á las tropas seguirla y á veces iniciarla. De modo que el mal no es tan grave

como á primera vista parece, y para conjurarle basta dar movilidad y organizacion guerrera permanente, y evitar el ocio y el fastidio en las filas con trabajos útiles y variados. Así, para toda causa verdaderamente patriótica y digna que no sea una pequeña cuestion de tribuna, debemos confiar en que las tropas nacionales cumplirán su deber, como lo cumplieron los soldados que en 1808 daban las armas al pueblo.

Resumiendo: los ejércitos deben ser permanentes y componerse de tropas nacionales reclutadas, si no escogiendo lo mejor del país, porque las necesidades de nuestra sociedad no lo permiten, al ménos tampoco barriendo con levas la hez de la poblacion, haciendo digno de llevar las armas al que no es digno ciudadano, imponiendo el servicio militar como un castigo, y el uniforme como un padron de ignominia.

IV.

Reemplazos.

No es nuestro ánimo entrar en estudios históricos, ni aglomerar citas sobre el sistema de reemplazos de las diferentes naciones de Europa. Cuestion es ésta manoseada y apurada con exceso en casi todas las obras militares, y, por consiguiente, nos limitarémos á estudiarla en general.

De varios modos, segun el carácter, necesidades y forma política de un pueblo, pueden nutrirse las filas de su ejército:

1.° Designándose para tomar las armas los mejores ciudadanos. Una tropa de esta naturaleza debe elegir sus jefes por pública votacion. Así se hallaban constituidos los ejércitos de las repúblicas de Grecia y Roma; mas por seductor que sea tal sistema, debemos confesar que es inaplicable á nuestros tiempos, porque si bien es verdad que por ese medio se obtiene el mejor de los ejércitos posibles, formado con la más escogida juventud,

hoy el desarrollo de nuestra potente civilizacion exige consagrar á las ciencias, á las artes, á las inmensas y complicadas necesidades de la vida civil de los pueblos modernos, buenos ciudadanos que puedan prestar á la patria servicios en la paz, tan respetables como los prestados en la guerra. Pero tambien, si queremos dar á un pueblo digno un ejército digno, es preciso, ya que es imposible escoger la flor del país, que tampoco se arrastre con la escoria, sino llamar indistintamente á todas las clases y personas, y tomar el número necesario de soldados sin privilegios ni exenciones injustas.

2.° Imponiendo sobre la propiedad territorial la obligacion de levantar tropas. Este método es el del feudalismo, y el único á propósito para tal forma social. Constituidas las nacionalidades, tomando el Estado cuerpo y vida material bajo el símbolo de la monarquía pura del siglo XV, este sistema debia precisamente morir y ser sustituido por otros que se perfeccionasen gradualmente hasta llegar al que debe ser la más genuina manifestacion de la fuerza que necesita cada uno y todos, el individuo y el Estado, para su defensa, segun los intereses que haya que proteger, los elementos de que se compone esa misma fuerza, y la proporcion en que cada ciudadano contribuye á su desarrollo.

Desgraciadamente, áun no ha llegado á tal grado de perfeccion el sistema de reemplazos; el principio inmutable de justicia de que el hombre debe á la sociedad servicios proporcionales á los beneficios que de ella recibe, tiene ya cumplido desarrollo con relacion al impuesto; pero no así con relacion al reemplazo, porque el legislador lucha con dificultades inmensas al querer analizar y sujetar á reglas generales un sacrificio que ni moral ni materialmente puede ser el mismo en una familia que en otra.

3.° Imponiendo como pena para determinados delitos el servicio de las armas. Esto está rechazado en todas las naciones cultas; para deshonrar un pueblo basta que tenga un ejército sin honra, basta que caiga en la aberracion de dar la noble mision de defender la patria á los hombres ménos interesados en su de-

fensa, y convertir el cumplimiento de un santo deber en un castigo infamante.

4.° Por sorteo entre determinadas clases de la sociedad ú obligando á determinados individuos de las mismas clases. Afortunadamente este método tan injusto, que condena á unas clases á sacrificarse en defensa de otras, no puede aceptarse en los pueblos donde no existen en la ley otros privilegios ni desigualdades que las de persona á persona segun sus méritos.

5.° Constituyendo militarmente todo el país, eligiendo los jóvenes para el servicio activo y formando reservas con los hombres de más edad, organizadas de modo que puedan los individuos estar en sus hogares dedicados al trabajo, prontos á acudir á las armas á la voz del Gobierno.

Esta organizacion, que es la prusiana, conviene á las naciones que tienen dilatadas y peligrosas fronteras y una difícil política exterior; pero se necesita para plantearla un carácter nacional á propósito, una historia de contínuos azares y una forma de Gobierno restrictiva. En nuestro concepto, tan complicado sistema militar no puede admitirse para siempre en la vida de una nacion; debe ser accidental y pasajero, hijo de hechos verificados en un período más ó ménos largo de años, y por los que aquella nacion se ve obligada á representar en la asamblea de las demas un papel prestado más importante del que por su naturaleza le corresponde. Solamente los hombres que no viven más allá de la limitada esfera de su profesion pueden extasiarse ante un sistema que sujeta á todo un pueblo á toques de corneta; este es el abuso, en toda su extension, de los ejércitos permanentes, y por tales medios se ha conseguido desprestigiarlos. La guerra debe considerarse como un accidente en la vida de los pueblos, y por consiguiente, la organizacion militar de un país debe estar en armonía con la civil y política, que es la constante y normal, sin avasallarla ni entorpecerla.

Este método, como el de las colonias militares, es de muy difícil realizacion en pueblos de algun adelantamiento, donde los hábitos de independencia individual están muy arraigados, y

donde el progreso en la paz necesita para su desarrollo de todas las dulzuras de la paz, sin sobresaltos ni alarmas que obliguen al ciudadano á suspender su trabajo, y que le sujeten por largos años de su vida á una disciplina militar más ó ménos austera, y á reconocer las jerarquías militares como únicas jerarquías sociales.

6.° Por alistamientos voluntarios premiados con dinero. Este método es aplicable á todos tiempos y países, y sería un gran bien que él sólo bastase para cubrir las bajas de un ejército; así se evitaria arrancar un hijo á sus padres y obligarle á seguir la vida azarosa de la guerra; mas para llegar á este resultado se lucha con dificultades hasta hoy insuperables. Prescindiendo de lo costoso que es tal sistema, hay otras razones que le hacen, cuando bien se examina, ser ménos conveniente de lo que á primera vista parece. En las épocas de peligros y privaciones no se presentan los voluntarios que se necesitan, y en las de paz y abundancia sientan plaza hombres que, si muchos lo hacen por amor á las armas, otros son conducidos á ello por los azares de una vida desordenada, y el ejército se nutre de elementos disolventes que le desmoralizan. Sin embargo, no rechazamos en principio este método; más todavía, creemos que será el único de los ejércitos del porvenir; pero ántes ha de ser preciso que los pueblos tengan otro espíritu militar que el que hoy tienen, y el ejército una organizacion que permita al soldado consagrar una gran parte de su vida al servicio, haciendo de él una profesion, halagado por la perspectiva de una vejez tranquila, honrada y con pan. Pero ántes que llegue ese dia, se han de hacer muchos ensayos infructuosos, porque en el estado actual de la sociedad, siendo este medio el más justo en principio, es el de resultados más insuficientes.

En Inglaterra se sigue este método de recluta, y á pesar de que las fábricas se cierran en tiempo de guerra y los obreros se ven por ello precisados á tomar las armas, á pesar de la pobreza de Irlanda que tantos enganches proporciona, Inglaterra se ha visto precisada á comprar negros en Africa para llenar sus filas,

y sus ejércitos, excesivamente caros y organizados con tal pena, carecen de las virtudes militares que un país tan ilustrado tiene derecho á exigir de sus tropas.

Hay ademas en los enganches voluntarios, cuando un Estado se esfuerza en fomentarlos por dinero, un gérmen de injusticia que más ó ménos tarde debe producir desunion entre los soldados. La sociedad queda más reconocida al hombre á quien obliga á tomar las armas que al que las toma por que así conviene á sus intereses personales, y, sin embargo, para fomentar los enganches, se halaga al voluntario con premios y privilegios que le hacen superior hasta cierto punto y que crean diferencias que lastiman el amor propio del quinto, ofenden la justicia y rompen la unidad militar.

7.° Por sorteo entre todos los jóvenes del país, cualquiera que sea su clase y condicion.

En nuestros dias el sorteo entre todos los jóvenes, sin distincion de clases, ó sea la quinta ó conscripcion como base del reemplazo, y el enganche voluntario como auxilio, es el único método que se sigue, y aunque hasta ahora ha sido el más perfecto planteado, está todavía muy léjos de satisfacer la conveniencia del país, las necesidades del ejército y los principios inmutables de justicia; pero tan profundo estudio se está haciendo de esta cuestion por los hombres de Estado, que hay derecho á esperar desaparezcan los males inevitables que trae consigo la desigualdad de este tributo.

Es verdad que por medio de él se ha conseguido hacer del ejército una institucion que vive dentro del país con la misma vida, con los mismos amores y con los mismos ódios; es verdad que se han nutrido las filas de jóvenes honrados y no de aventureros sin patria ni familia; es verdad que se ha conseguido realizar en la práctica el principio de que la vida de todo ciudadano pertenece á la patria; pero queda, sin embargo, en pié una injusticia, hasta ahora tristemente necesaria, sentida por todos, y que para que cese son precisos adelantamientos en el órden político á que todavía no se ha llegado. Esta injusticia es la des-

igualdad forzosa que hay en el sacrificio que hace una familia pobre entregando su hijo al Estado y el que hace una familia numerosa y rica que le redime fácilmente por dinero. Del mismo modo que la capitacion ha sido el primer ensayo en los tributos, la quinta es tambien el primer ensayo en su género; la verdadera justicia se conseguirá el dia que, del mismo modo que hoy se reparten las cargas públicas segun la riqueza de cada uno, se imponga á las familias, segun sus diferencias, diferencias tambien en el sacrificio que cada una haga para acudir á la defensa del país.

Para resolver esta interesante cuestion, apénas hay estadista, militar ó legislador ilustre que no haya emitido una opinion más ó ménos aventurada. Vamos, por nuestra parte, á pesar de conocer las inmensas dificultades que por las tradiciones históricas, las preocupaciones de escuela política, las diferencias de clase y de personas, existen para plantear un justo sistema de reemplazo, á presentar, si no un proyecto, porque esto es muy superior á nuestra fuerza, al ménos las bases sobre que debe descansar una ley de esta naturaleza, señalando el mal existente, ya que no sepamos aplicar el remedio.

En la defensa del Estado están interesados todos los ciudadanos, pero no todos del mismo modo; el bracero no necesita sino que le protejan sus garantías individuales, y las de cada uno de los individuos de su familia; el capitalista tiene intereses más complicados y de más difícil defensa; si para la proteccion de los intereses de diez pobres familias, por ejemplo, basta un sólo soldado, para la de una sola opulenta se necesitan acaso ciento; es lógico, por consiguiente, que estas diez familias no estén obligadas sino á presentar un sólo hombre, y la otra los ciento que necesita. Eso por lo que respecta á la riqueza; pero si tenemos en cuenta la poblacion, la proteccion de las garantías individuales de diez personas, exige diez veces más fuerza que la de una sola; luego si nos proponemos levantar una fuerza pública para proteccion de la sociedad, debemos combinar estos dos extremos: riqueza y poblacion; intereses creadores de la fuerza

pública proporcionales á los intereses que se deben proteger; personas que han de constituir esa fuerza, en número tambien proporcional al de las personas que se deben defender, así para el Estado, así para la provincia, para la ciudad y para la familia en particular. En una palabra, si el impuesto se halla en proporcion simple directa de la riqueza, el reemplazo debe hallarse en proporcion compuesta de la riqueza y del número de personas que la representan. Pero aquí nos hallamos con una complicacion difícil: si la unidad de dinero puede ser tan pequeña como se quiera y exigirle al pobre una y al rico ciento, la unidad de sangre es el hombre, y nosotros no podemos distribuirla entre diez familias sin que una sea más lastimada que las otras, y no tenemos otro remedio que remitir al azar quién ha de hacer el sacrificio de sangre, y obligar á las otras nueve familias al sacrificio de dinero en beneficio de la señalada por la suerte ó en beneficio de la que, sin entrar en suerte, aceptára la indemnizacion. Es posible que por tal medio llegase un dia en que desapareciese el terrible sorteo, porque hubiera siempre voluntarios bastantes; pero aunque así no fuera, al ménos se habria conseguido interesar á todos proporcionalmente en la defensa del Estado, y hacer tan fácil al pobre la redencion como al rico. Por no haberlo hecho así, por haberse limitado exclusivamente á fundar el reemplazo en razon de la poblacion, prescindiendo de todo otro dato, es por lo que pesa casi exclusivamente este tributo sobre las clases pobres, haciéndole odioso. No nos detendrémos á analizar los males que esta desigualdad traerá en el porvenir; hasta hoy los ha presentado de inmensa gravedad en todas las naciones de Europa, y no es el ménos terrible el que reconocemos haciendo la siguiente observacion. Todo gobierno tiene más medios para abusar de la sangre del país que de su dinero, y la razon es muy sencilla; gravando los impuestos, se ataca directamente á todos y á cada uno de los quince, veinte ó treinta millones de ciudadanos, y la causa es defendida enérgicamente; gravando las quintas se ataca en sus intereses y afecciones á cien mil familias que el azar señala, y el resto hasta los treinta millones se encogen de

hombros. Hé aquí por qué un Napoleon I puede abusar de la conscripcion tanto como quiera, miéntras haya quien le pague las guerras; no hay ningun poder que pueda abusar en el mismo grado de la riqueza de todos y de cada uno. Pues bien; hágase que proporcionalmente estén todos interesados en el reemplazo, y sobre tal base de justicia se podrá levantar un ejército que sea la única y legítima manifestacion de la fuerza material del país, desarrollada por iguales partes en la armonía de todos los elementos de que germina esa fuerza.

No es de la competencia de este libro señalar el modo de conseguirlo; los estadistas resolverán la cuestion, y aquel dia se habrá consumado el progreso de la organizacion de los ejércitos; por ahora sólo nos toca decir que la quinta, con todos sus males, es la última expresion de ese progreso, el único medio conocido para hacer que el país tenga á ménos costa ejércitos fuertes, moralizados y verdaderamente nacionales.

Recogido el guante audaz que la revolucion francesa arrojó á la faz de las naciones, la Francia se empeñó en una lucha desesperada con toda Europa. Sociedad que nacia sobre las ruinas de otra con la vista fija en las repúblicas de Grecia y Roma, y con el pensamiento en un porvenir completamente desconocido, si algunas veces en su extravío plagió hasta el ridículo ó el crímen las costumbres de aquellas muertas civilizaciones, tambien halló algunas virtudes que imitar. El amor patrio, llevado hasta lo sublime, fué, entre tantas pasiones encontradas, la única comun á todos los franceses, la única base de la sociedad naciente. «La vida del ciudadano pertenece á la patria», dijeron, y la conscripcion fué establecida. Bien pronto, en cien campañas brillantes, se vieron los efectos de esta ley, que hacía al ejército una emanacion directa y pura del pueblo, y le daba el espíritu de unidad que no tenía; así aquellas tropas, sin pan, sin zapatos y hasta sin organizacion, consiguieron triunfar de los primeros ejércitos del mundo.

Indudablemente la sangre del ciudadano es de la patria; la realizacion práctica de este principio es la única fuerza posible

de las naciones. ¿Qué sociedad es aquella que desconociéndole compra hombres mercenarios para su defensa ó espera tranquilamente cruzada de brazos que se presente el voluntario que quiera defenderla? ¿Cómo es posible desoir tanto la voz de la historia, olvidar así las grandes caidas de los imperios, la muerte ignominiosa de los pueblos que degradaron sus ejércitos con esclavos, alejando de las filas al buen ciudadano? Nada importan las victorias de Graco, ni la táctica de Mario, si el verdadero romano desdeña ya pelear por Roma.

Se dice que un conquistador, un déspota, un ambicioso puede abusar de esta institucion: ¿y de qué no abusa el espíritu de conquista y de ambicion? Si la facultad de las cámaras de votar los impuestos de mar y tierra no limitan el abuso, ¿qué obstáculo mayor se puede oponer? ¿Acaso los conquistadores no disponen de otros medios más violentos y vejatorios para engrosar sus filas? Hasta ahora un solo tirano ha conseguido abusar de esta ley: Napoleon I; que se confiese ingénuamente que el poder y el ingenio de este hombre hubieran creado ejércitos á despecho de las leyes ó por medio de las leyes.

V.

Tiempo de servicio.

Aceptada la quinta ó conscripcion, que en el fondo es lo mismo, ó cualquiera otra ley de igual naturaleza que imponga el servicio como forzoso deber á los ciudadanos, pasemos á estudiar en sus detalles las cuestiones siguientes:

1.ª Qué hombres y á qué edad deben ingresar en el ejército.

2.ª Cuánto tiempo y en qué forma han de servir.

3.ª Qué derechos se les asegura para el porvenir si continúan y qué derechos si se licencian.

Desde luégo se comprende que dando á la sustitucion mucha

latitud, las familias acomodadas, cuyos hijos han podido recibir una educacion más escogida, se libran del servicio, y el ejército se priva en ellos de buenas clases, y más tarde de buenos oficiales; pero tambien si se limitára excesivamente la sustitucion, el país se veria precisado á mandar á las filas hombres que en otras carreras y en puestos más elevados pudieran prestar servicios de más interes; por lo tanto, el justo medio entre estos dos extremos debe ser lo más útil para el país. Y para conseguirlo, la ley debiera señalar qué clase de personas quedaba facultada para sustituirse, así como señala todas las exenciones.

Respecto á éstas, ancho campo de intrigas de aldea, deben ser limitadas, justificadas, analizadas muy escrupulosamente, y todo lo que se haga será poco para evitar las injusticias de esta índole y los amaños de los tiranuelos de aldea.

La edad para ingresar, ni debe ser tan tierna que haga muy penosas las fatigas militares, ni tan madura que los hombres reciban difícilmente la impresion de nuevos hábitos, y que además se les exija el sacrificio de sus mejores años, haciéndoles regresar tarde á la vista laboriosa y tranquila del padre de familia.

El Gran Capitan, el hombre que más profundo estudio ha hecho de las cuestiones militares, resuelve la cuestion decidiendo que para levantar un ejército se necesitan hombres de diez y nueve á cuarenta años, con su desarrollo físico y moral completado, con sus pasiones ya en vigor, con hábitos de mundo y experiencia; más para cubrir las bajas de un ejército ya constituido, son mejores los jóvenes de diez y siete años, porque se amoldan á la vida militar más fácilmente, y guiados por los veteranos, se hacen en poco tiempo bravos y dóciles soldados.

¿Cuánto tiempo ha de durar el servicio? Si esta pregunta se hace á un militar, y con mayor razon si es de caballería ó artillería, contestará diciendo que hoy cuando el soldado empieza á ser soldado, cumple su tiempo. Este mal es inevitable, porque el país necesita estos hombres para el trabajo, y por otra parte, debe hacer lo más suave posible la obligacion de defender la pa-

tria, y repartir esta carga entre el mayor número de personas, disminuyendo el tiempo.

Allí dónde más adelantada esté la instruccion militar y el espíritu belicoso de la juventud es dónde se puede limitar el tiempo de servicio, porque siempre se tienen buenos soldados. Si este espíritu belicoso se desarrollára en los pueblos por medio de veteranos instructores, escuelas de tiro, etc., sin ser forzoso, nada, sino más bien instituido como placer y juego en los dias de huelga; si á la vez se diera la promesa de que el recluta que á su entrada en el servicio supiese leer y escribir, demostrase conocer el manejo de una arma, las marchas y evoluciones de peloton, serviria algun tiempo ménos, ménos aún el que conociese las reglas del tiro y diera hábilmente un tanto por ciento señalado de blancos; del mismo modo el que se presentára sabiendo cuidar y montar un caballo, etc., es probable que los padres de familia, convencidos de que este desarrollo del espíritu militar, bien dirigido, hacía que sus hijos regresáran más pronto al hogar, habiendo sufrido ménos en el servicio, serian de los primeros en fomentar estas escuelas ó asambleas, y podria llegar un dia que quedase limitado de tal modo el tiempo de servicio, que nadie pensára en sustituirse; así un reemplazo frecuente repartiria la carga entre todos los ciudadanos, si tenian la íntima persuasion de que recibirian sus licencias en el mismo dia de cumplir sus servicios, que serian remunerados con justicia y á proporcion de sus méritos, y que aseguraban el pan del porvenir los que quisieran continuar en las armas.

VI.

Garantías para el soldado.

Todo cambio repentino de costumbres, toda brusca transicion en la vida del hombre sacude y altera su naturaleza física y sus

condiciones morales. Cuando el recluta, abandonando el hogar paterno y dejando el arado por el fusil, ingresa en las filas, se efectúa en su vida una transicion tan rápida, un cambio tan radical, tan súbito, en alimentos, en traje, en habitacion, en clima, en deberes, en costumbres, en leyes, en todo, por decirlo de una vez, que aturde, aflige y casi perturba las facultades de un hombre que se ve de repente léjos de todo lo que él ha querido desde su infancia, inaugurando una vida de la que no sabe otra cosa sino que está expuesta á mil azares y sujeta á leyes y obligaciones muy severas. Esta transicion afecta de tal modo á ciertos carácteres, que, minados por la nostalgia, llegan á sucumbir. Hasta tanto, y bajo tan desagradables impresiones, recibe el recluta los primeros elementos de una enseñanza monótoma y árida, tanto más difícil para él, cuanto que obliga su cuerpo, con un traje incómodo y que no sabe llevar, á movimientos molestos y nuevos para los que su musculatura viciada en trabajos de otra índole no se halla preparada. Entónces tambien se le intimida y se le cansa con la lectura de unas leyes y de unas obligaciones que no entiende, pero que le asustan; entónces tambien el hombre que en sus montañas habia descuidado mucho su aseo personal, es molestado con revistas minuciosas y contínuas, y todo simultánea y precipitadamente, porque el servicio exige que termine pronto su educacion militar.

Por todo esto es preciso tener con los reclutas un trato bondadoso, que podria casi calificarse de débil si se tratase con soldados veteranos; dispensarles muchas faltas hijas de la ignorancia, pero comentárselas explicando su gravedad; proporcionarles algunos goces que atenúen en lo posible el recuerdo de su país, de su familia, de sus compañeros de infancia, y de todo lo que tanto han amado desde sus primeros años. Es necesario tambien que la instruccion práctica, que tanto les molesta, sea por lecciones cortas y variadas, exigiendo la precision lenta y progresivamente; que la teórica se amenice con ejemplos y explicaciones agradables á su imaginacion, que puedan servir de semilla al entusiasmo que se les ha de infundir; que para conseguir el aseo se

estimule el amor propio sin herirles ni humillarles, despertando con prudencia la emulacion de provincias. Concédaseles los pequeños favores que soliciten, manifiéstese por los enfermos un vivo interes, y por todos medios hágase que comprendan que no se verán abandonados á sí mismos en el mundo extraño y nuevo donde acaban de entrar.

A primera vista se ve lo difícil que es todo esto en la vida agitada del ejército activo. En nuestro concepto se debe inaugurar la vida militar de un modo gradual y suave, que se conseguiria creando en cada provincia batallones de milicia jóven donde los reclutas, sujetos á leyes y disciplina ménos severa, conservando cierta dependencia de sus familias, recibiesen su primera educacion progresivamente, guiados por cuadros de veteranos respetables por sus canas y por sus servicios. Estos batallones serian, por decirlo así, el embrion del ejército, y con sus filas se cubririan las bajas de los regimientos activos; no harian ninguna clase de servicio, dedicados siempre á su instruccion de un modo agradable, sin fatiga, por medio de ensayos simulando servicio de guarnicion ó de campaña, tomando de dia en dia, segun el tiempo que cada uno llevase, las prendas y las armas, aprendiendo su aseo y su manejo, todo sin esfuerzo, lentamente, y prolongándose esta situacion por un tiempo ilimitado hasta que el Gobierno los necesitase en los batallones activos y fuera preciso abandonar ya los trabajos y las costumbres de la vida civil.

Si recordamos el precioso tiempo que pasa desde que el país obligado á pedir una quinta precipitada expide el decreto hasta que los hombres se hallan en estado de batirse, reconocerémos otra de las ventajas de la milicia jóven, que acabamos de bosquejar; en un dia dado podrian incorporarse á los batallones todos estos soldados nuevos, y llenarse los cuadros de la milicia con la nueva quinta.

Así educado el hombre para la vida militar, le serian fáciles las fatigas de la carrera, y si llegase á tener el convencimiento de que cuanto más tiempo continuase en las filas, más seguro estaba su porvenir, el ejército se nutriria de buenos voluntarios.

Indicarémos ligeramente algunas ideas que creemos á propósito. En primer lugar, es esencial que al ser licenciado cada individuo cuente con algunos fondos no expuestos á las contingencias que hoy tiene la masita por la falta de salud del interesado ó por el mucho servicio de sus prendas. Para ello sería forzoso que todas las clases militares impusiesen, á interes mensual, en una caja ó sociedad, una economía obligada, que nunca podria ser ménos, y si más, á voluntad de sus dueños. A la salida del servicio ó despues, pero no ántes, sino á los que por su tiempo, por su grado ó por su edad les fuera permitido, se realizarian el capital y los intereses ó se comenzarian á percibir éstos; de los fondos de esta caja se destinaria un tanto de los réditos de cada sócio para el sostenimiento de cuarteles de inválidos, donde cada uno se dedicaria al trabajo que le permitiese su aptitud física, asociándose al trabajo de los compañeros. Del mismo modo, al bienestar de los ancianos que hubieran consagrado largos años á la carrera y á la educacion de los hijos de militares se consagrarian los esfuerzos del ejército como asociacion, teniendo en cuenta que, en nuestro juicio, el ejército, en cuanto sea compatible con su mision principal, debe dedicarse á trabajos de utilidad pública y productivos para sus individuos.

No descenderémos á más detalles; pero sí debemos significar, como base de estas ideas, que, segun el espíritu de asociacion que domina á nuestra época, es preciso dar á los ejércitos permanentes la fuerza y las condiciones de vida de una sociedad de capitales y trabajos, y no olvidemos que si los romanos ocupaban sus tropas, tanto en pelear como en erigir monumentos de utilidad pública, en un siglo como el nuestro daria resultados más brillantes unir el arma del soldado con la herramienta del obrero.

Debemos advertir que para estos trabajos es preciso que el ejército conserve sus filas, su organizacion y sus unidades completas, y por lo tanto rechazamos el rebaje á individuos aislados, que no produce otro resultado que segregar hombres de la fila, con grave perjuicio de los otros, hombres que acaban por

perder todo espíritu de cuerpo, toda instruccion y disciplina, y que odian todo acto que les obligue á presentarse en su cuartel. La creacion de talleres militares, y las obras de utilidad pública, darian más economía á los fondos y más bienestar al soldado, y á estos trabajos pueden dedicarse cuerpos enteros sin romper y fraccionar sus unidades, sin separar al soldado de sus jefes y sin provocar distinciones y peligrosas rivalidades de soldado á soldado.

VII.

Cuadros.

Cuadro es la reunion de clases y jerarquías de una unidad orgánica militar, prescindiendo de los soldados. Por ejemplo: cuadro de una compañía es la reunion de oficiales, sargentos y cabos de la misma.

Las clases afectas á la composicion de várias unidades orgánicas sin pertenecer á cuadro determinado forman lo que se llama *Plana Mayor*.

Las clases afectas á la composicion de una gran subdivision táctica, como brigada, division, etc., sin pertenecer á unidad determinada, constituyen el Estado Mayor de aquella brigada ó division, y las clases afectas del mismo modo á la composicion de todo un ejército son el *Estado Mayor General* de aquel ejército, que por corruptela tambien se llama *Cuartel General*, ó Real, ó Imperial, si fuera el mismo soberano el jefe inmediato de las tropas; y decimos por corruptela, porque la verdadera significacion de Cuartel General es todo lo que está bajo el mando directo ó inmediato del general en jefe y tambien el vivac, canton ó campo donde se halla.

Es evidente que los buenos cuadros han de dar buena tropa, puesto que ésta se halla bajo la direccion de ellos, y recíprocamente, la buena tropa ha de dar buenos cuadros, puesto que éstos

se forman de ella en su mayor parte; por lo tanto, la creacion de buenos cuadros es el elemento principal para constituir un buen ejército.

Para crear buenos cuadros se necesita una buena y bien cumplida ley de ascensos y una esmerada instruccion militar. En cuanto á la primera, nos ocuparémos muy ligeramente de esta cuestion tan espinosa y difícil y que tanto preocupa á militares y legisladores ilustres; sólo indicarémos algunas ideas fundamentales.

Si la forma de ser de los ejércitos ha de tener las mayores analogías posibles con la forma de la sociedad segun las épocas, hoy es preciso que el último soldado pueda tener aspiraciones á los puestos más elevados de la carrera; así, el convencimiento de que su mérito le ha de alzar sobre sus compañeros será un poderoso estímulo para su conducta. Mas para conseguir este convencimiento convendria que todo ascenso, si no se hallaba comprendido como caso no dudoso de una ley ó Real decreto, obtuviera la sancion del voto de los compañeros del agraciado, á la manera que sucede para la cruz laureada, que tan pura se conserva. Ademas, por grande que sea el génio militar de un hombre, es preciso para revelarlo tiempo y circunstancias, y se debiera exigir un mínimun señalado de años de práctica en cada empleo ántes de pasar al superior. Nos parece conveniente, para dar más condiciones de energía al mando, que nadie pueda ascender para su mismo cuerpo, y en las clases de tropas, para su mismo batallon. Para que en las categorías elevadas se conocieran prácticamente los detalles de las diferentes armas é institutos por oficiales de buenos conceptos y que revelasen porvenir, se les debiera conceder y áun promover su pase de arma á arma, si no definitiva, al ménos temporalmente y conservando su puesto en el escalafon de la suya natural.

Parecerá frívolo lo que vamos á decir. Uno de los males más insignificantes, al parecer, y, sin embargo, de más graves consecuencias, es el dar sin reflexion los empleos inferiores de la milicia. Nadie ve un gran daño en hacer cabo á un soldado tal vez

poco digno de serlo; pero si reflexionamos primero que de ellos depende directamente la buena educacion militar del soldado; segundo, que, como empleo que inaugura la carrera y abre el porvenir, es una garantía para conseguir los ascensos superiores, porque los empleos son, cuanto más elevados, más difíciles de quitar, y porque todo jefe titubea en despojar á nadie de una gracia que él no ha otorgado, no podemos ménos de conceder que el descuido en la eleccion de cabos trae al ejército malos elementos. En mayor escala, sucede lo mismo con el empleo de subteniente, y no se debe desdeñar medio de asegurarse de la aptitud del propuesto.

En los ejércitos modernos se pasa rápidamente de soldado á oficial, y por esa razon en el ascenso á cabo se debe exigir más que exige nuestra antigua Ordenanza.

Para el ascenso á subteniente, cualquiera que sea la procedencia del interesado, debe preceder un exámen ante junta de generales, de todas las materias que la ley fijase que un oficial debe saber, porque es anómalo que se exija diferente aptitud y se sujete á distintas pruebas á unos que á otros para servir el mismo empleo. Aquí entramos de lleno en las consideraciones sobre la instruccion militar.

Dentro del mismo ejército esta instruccion se recibiria en escuelas para cabos y sargentos montadas con más latitud que ahora lo están; la asistencia á ellas no sería forzosa para los que se prestasen al exámen de las mismas materias. Exento de todo servicio, se prepararia para el exámen final, por espacio de un mes, el propuesto para cabo, dos el sargento y seis el oficial; estos seis en la capital de la capitanía general, en escuela á propósito ó en los colegios del arma. La junta examinadora de un oficial sería la misma y exigiria los mismos conocimientos que la ley señalase, cualquiera que fuera la procedencia del oficial. Para llegar á la altura de conocimientos que la ley debe exigir, la instruccion en las escuelas anteriores de los primeros ascensos debiera irse cimentando y desarrollando gradualmente, si fuera preciso, hasta en colegios instituidos á propósito en cada distrito militar.

Las academias de oficiales versarian sobre estas materias más bien en forma de conferencias que en el de academias, procurando siempre tratar asuntos de alguna elevacion y dar al debate las formas exigidas á una pequeña asamblea.

No queremos concluir sin exponer nuestro deseo de ver en España una escuela central preparatoria, que sería el primer paso de union de todas las armas é institutos del ejército, y la muerte de esas pequeñas rivalidades de cuerpo. De su seno saldrian jóvenes para acabar en prácticas y en el colegio de cada arma ó en las escuelas de las especiales sus estudios, siendo condicion forzosa para entrar en ellas haber pertenecido á la central. Esta sería, respecto á la clase de oficiales, lo que los batallones de milicia jóven respecto á la de soldados.

VIII.

Justicia militar.

La justicia militar debe ser pronta y severa. La subordinacion es una virtud que debe mantenerse vírgen, y no solamente relaja los lazos de la disciplina y quebranta la subordinacion el inferior que falta al superior, sino tambien el superior que se humilla y humilla la institucion al humillar á sus subordinados; por consiguiente, esas reglas marcadas en nuestras leyes y reglamentos, que forman, por decirlo así, la etiqueta militar, deben conservarse siempre puras, porque las cuestiones de forma son en todo de tanto interes como la cuestion de esencia. Nada más expuesto que verse precisado á recurrir á alardes de carácter y autoridad aquel jefe que se ha familiarizado anteriormente, y nada más desorganizador que este vaiven violento entre la debilidad y el abuso de mando. No se debe dispensar nada de lo pequeño, para no verse precisado á castigar lo grave: hé aquí en qué estriba la buena educacion de las clases. Siempre aprobarémos en el ejér-

cito frances esa diferencia marcada que existe de empleo á empleo, diferencia que nosotros no tenemos, en razon al carácter nacional, altivo sin vanidad, y en razon á la existencia de los grados. Nuestros tenientes y subtenientes no tienen línea divisoria, y en los demas empleos, si existe, es muy poco marcada entre clases inmediatas. Vigílese, repréndase, castíguese en secreto toda falta de tacto en el mando, toda familiaridad, todo lo que sea mendigar humildemente un poco de aura popular de las clases inferiores; exíjase que cada uno ocupe el puesto de su jerarquía militar sin rebajarle jamas, pero sin permitirle que se eleve; no se confunda nunca la falta de intencion con la falta de torpeza; que se respete siempre la personalidad; que se tengan presente las formas de buena sociedad, justicia y prontitud en los castigos, sin ser jamas humillantes ni violentas las reprensiones, y la organizacion moral de los ejércitos será una roca irresistible.

De tres modos, segun la gravedad de las faltas ó delitos, se imponen las penas: gubernativamente, por informe verbal, para faltas leves; gubernativamente, por informe escrito, es decir, prévia sumaria, para faltas más graves; judicialmente, por vista y fallo de proceso, para los delitos.

El ejército es una sociedad que tiene una organizacion muy expuesta á sufrir las influencias del momento. La vida de los ejércitos, más azarosa que la vida de los pueblos, exige una legislacion distinta y un modo de aplicar las leyes tambien distinto: la falta leve de un militar ataca más á los elementos de vida de la sociedad militar que el delito grave del ciudadano á la sociedad civil. En el órden civil, lo bueno y lo justo es absoluto hoy como ayer, y una gran convulsion social nunca es tan momentánea que no permita sentar la base de nuevas leyes; en el órden militar, lo que es bueno y justo en un momento puede ser malo un momento despues; un castigo la víspera de una batalla sería tiránico ó insuficiente el dia de la derrota; una sencilla falta de respeto en un cuerpo subordinado debe considerarse de otro modo en un cuerpo desmoralizado; no se gobierna lo mismo la

tropa en marcha que la tropa en guarnicion, los regimientos en combate que los regimientos en parada. En una palabra, todos los incidentes de lugar, de tiempo, de modo, afectan bien ó mal al órden militar, y para sostenerle se deben tener en cuenta estas circunstancias y estar bajo su impresion lo mismo el dia que se impone el castigo que el dia que se cometió la culpa, por cuya razon hay que apresurarse á imponerle pronto. De otro modo, ¿qué efecto saludable ha de esperarse si por dilatar la pena se llega á imponer cuando las condiciones morales de la tropa son distintas? Y por otra parte, los castigos tardíos llevan en sí algo de cruel, una frialdad que hiela el corazon del que los presencia y le hace odiosa la justicia.

Por estas razones es imprescindible dar á la justicia militar un carácter muy distinto que el de la justicia civil, y ha de administrarse por jueces nacidos de su seno, influidos por la misma vida, sujetos á la misma ley, bajo la presion de las mismas costumbres del hombre que van á juzgar y del ejército en general; lo contrario sería anómalo, sería llamar á un extranjero á ser juez bajo leyes que no son de su país.

Nunca son tan respetables los tribunales como cuando se hallan dentro de su esfera de accion de un modo incuestionable; así nos parece tan peligroso un tribunal civil juzgando á un soldado, como un consejo de guerra ante cuya barra se presenta un paisano, porque el delito del soldado, cualquiera que sea, ha de influir más en la vida de la sociedad militar y en la moral del ejército, que el delito del paisano por mucho que haya penetrado dentro de la constitucion militar. Pero dejemos resolver esta cuestion á hombres más competentes; entre tanto, nos limitarémos á consignar que la invasion de un fuero en otro no puede traer sino males, y, por consiguiente, que los lindes deben ser precisos y claros para evitar esta invasion.

Hay una escala gradual, desde la falta más leve al crímen más atroz, que no se halla en armonía nunca con la escala de penas.

La primera es contínua, imperceptible en sus grados, y la se-

gunda es interrumpida bruscamente. Desde suspender al hombre, por un tiempo limitado, de algunos derechos hasta privarle de ellos para siempre con una cadena, y desde la cadena hasta la muerte, hay dos abismos que el legislador no sabe como llenar y que han sido siempre el motivo de la imperfeccion de la justicia humana. Este mal se hace sentir en el ejército más que en la sociedad civil, por lo que tiene de delicado é impresionable (si se nos permite la frase) la organizacion militar.

Hemos dicho ántes que donde más se debe fijar la atencion del que manda es en las faltas leves, porque la acertada correccion de ellas evita los delitos, y ahora no podemos ménos de notar lo difícil que es oponer con acierto una escala gradual de penas leves á la ilimitada escala de faltas leves que se pueden cometer en la vida de las armas, en relacion con los grados de la milicia. Lastimar el amor propio, sobre que todos no tienen el mismo, esto, dígase lo que se quiera, envilece tanto como el antiguo palo; es el palo sin el dolor y sin el recuerdo del dolor; privar de la libertad es asociar al malo con los malos y darle fuerza; es ademas privarse de su utilidad; imponer facciones como castigo es deshonrar al servicio, exponer el buen desempeño de él y provocar tal vez un delito como consecuencia de una falta leve. Estas dificultades, en las primeras clases y en la inexperiencia de los primeros años, dan por resultado una gran falta de tacto en la administracion de justicia cuando es gubernativa, y de este mal ha nacido otro de inmensa trascendencia: ha sido preciso limitar más las facultades de las clases inferiores en perjuicio de su autoridad, y para sostenerse tienen que apelar al parte por escrito y la formacion de sumaria. Del abuso de sumarias resulta: primero, retardo en los castigos; segundo, revestir de formas imponentes castigos y faltas muy leves; tercero, acostumbrarse al aparato judicial y desprestigiarle; cuarto, distraer del servicio hombres con detenciones y arrestos largos; quinto, desmoralizarse las tropas en campaña, porque entónces no se pueden formar tantas sumarias, y un ejército acostumbrado á ellas toma como arbitrario y despótico todo lo que no procede

de su formacion; sexto y último, desprestigiar mucho á las clases inferiores sujetando sus atribuciones, á la menor cosa, á tela de juicio y promoviendo quejas sin fundamento.

Nosotros creemos que se conjuraria este mal con un reglamento que sirviera, por decirlo así, de código para faltas; pero no cumplido á la letra, sino en espíritu, porque claro es que la ley no debe ni puede descender á detalles insignificantes.

La escala de castigos empezaria, por ejemplo: 1.°, por privaciones de paseo, dedicando la hora de él á un objeto de instruccion ó de utilidad; 2.°, funciones de servicio mecánico, sin perjuicio nunca del de armas; 3.°, suspension por algun tiempo limitado del uso de algunos derechos ó privilegios; 4.°, cualquiera de estas cosas con publicidad en la órden de la compañía; 5.°, cualquiera de estas cosas combinada con otra de las nombradas y publicidad; 6.°, lo mismo con solemnidad ante compañía formada dentro de cuarteles ó en un campo sin testigos; 7.°, publicidad en la órden del cuerpo; 8.°, pasar por un tiempo limitado á una escuadra de disciplina que se formaria en cada batallon; 9.°, pasar á la misma por tiempo ilimitado; 10.°, una reprension ante regimiento formado con armas; 11.°, una órden de castigo leida ante bandera desplegada; 12.°, aislamiento absoluto por uno, dos, etc., hasta treinta dias. De aquí para adelante, formacion de sumaria ó de proceso.

Estos castigos, ó cualquiera otros más meditados, porque nosotros no hacemos más que iniciar una idea, debian ser economizados, tanto más, cuanto más graves, y del mismo modo que por las muchas deserciones se forma causa en averiguacion de los motivos, tambien cuando el número de estos castigos llegase á cierto límite, se abriria informacion sobre la razon que existiese para que fuesen tan prodigados, particularmente los que exigen publicidad ó solemnidad, porque llegados éstos á desvirtuarse por el abuso, no hay medio de levantar ya la moral perdida.

Respecto á la formacion de procesos, nos parece que, sin darles la precipitacion que la ordenanza exige y que la época rechaza,

al ménos se debieran observar más los trámites hoy nímios y prolijos en demasía, efecto del deseo de imitar formas de enjuiciamiento que no pueden ser aplicables á las leyes militares.

Hay muchos delitos que no denotan perversidad de moral en el que los comete, ni ante los ojos de nadie son motivos de infamia, por más que las necesidades del servicio de las armas impongan para ellos castigos muy graves. El Estado debiera tener correccionales á propósito para estos delitos, destinando á los confinados á trabajos que reportasen economía al Erario y utilidad al ejército; esto evitaria asociar esos hombres, no pervertidos aún, con bandidos y asesinos, y al mismo tiempo daba una grada más á la escala de las penas.

Creemos que con el sistema que acabamos de indicar los consejos de guerra serian poco frecuentes, y por eso mismo se verian revestidos de cierta imponente solemnidad, que hoy no tienen. Es necesario un local á propósito en las plazas de armas, donde se puedan celebrar con todo aparato, presenciados, no solamente por los oficiales de la guarnicion, sino por pelotones de tropa de todos los cuerpos.

No insistimos más en esta materia, porque su inmensa gravedad exige tratarse en otras obras y por otros autores más competentes. Creemos que el eminente autor de los *Comentarios de las Ordenanzas*, Sr. Vallecillo, rinde á su patria y al ejército un gran servicio, y que, despues de publicada su obra, desaparecerán abusos que los tiempos han hecho tristemente necesarios. Así las clases militares adquirirán una conciencia más íntima de sus deberes, y la ilustracion que se necesita para administrar justicia con acierto cada uno segun su grado. Obras de esta naturaleza no son la honra y la gloria de un hombre, sino la honra y la gloria del país que las ve publicar.

CAPITULO IV.

DEL SOLDADO ESPAÑOL.

Condiciones opuestas ha dado la Naturaleza y la historia á nuestro territorio y á nuestra raza, que compensándose unas veces y en unas comarcas, en otras predominando alguna de ellas, han creado una gran variedad de cualidades físicas y morales entre los hijos de España, segun su provincia respectiva; y combinadas en una sola accion estas diferencias por la unidad histórica, cimentada por la unidad de intereses en la lucha contra los árabes, han dado resultados extraños y distintos, imprevistos casi siempre, dotándonos de vicios y virtudes que nos distinguen de todos los demas países, y que hacen de nuestra historia la más inexplicable de todas. Por esta razon, ni el político más profundo, ni el más fiel historiador, han sabido juzgarnos, ni medir nuestra fuerza intelectual y material, ni adivinar jamas en un momento dado cuál será la suerte de España en el momento siguiente. Así, encerrados en nosotros mismos, formando raza aparte en un territorio extremo, se ve en todos los sucesos de nuestra vida, en todos los actos políticos, en todas las costumbres, el sello de la independencia más absoluta. En revolucion cuando Europa está tranquila; tranquilos cuando Europa

se conmueve; progresando á la cabeza si las demas naciones se detienen; siguiendo rezagados cuando ellas adelantan, viviendo de una vida propia y no de la vida de los demas pueblos, desconcertando siempre los cálculos más prudentes y fundados de hombres y gobiernos, caemos de repente sin explicarnos casi nuestra caida, y luégo, humillados, pobres, en la mayor postracion, una sacudida violenta nos hace levantar la cabeza ensangrentada, y hundimos un imperio más poderoso él solo que el resto del mundo, asombrándonos de conservar tanta fuerza en la agonía.

Y así tiene que ser: un país con el mar por frontera, bajo un paralelo templado, cortado por altísimas cordilleras que elevan en sus brazos como sobre el pavés llanuras inmensas y fértiles, más altas sobre el nivel del mar que las empinadas cumbres de otras cordilleras; por otra parte, llanuras bajas y secas; esas diferencias de nivel produciendo todos los climas en un mismo clima, todos los cultivos, los frutos del Ecuador y los del Polo; haciendo que vivan los animales de África, y una legua más allá, los del Norte; un territorio en unas partes seco y otras húmedo, aquí montañoso, llano allí, feraz y árido, frio, templado y cálido, y todo esto con exceso, preciso era que la raza que le ocupára tuviese las mismas diferencias de sér, y así como hay plantas de todos los países, hubiera en la misma nacion provincias con caractéres tan extremos como los de las naciones opuestas. Pero aunque esa razon no bastase, bastaria la fusion por espacio de siete siglos de las razas de África con las razas del Norte; mezcla tanto material de la sangre, como moral por el contacto de las costumbres, de las religiones, de las leyes, del progreso, de las notables diferencias en civilizacion. Como consecuencia de eso, los españoles, considerados en grupo general, tienen las cualidades extremas de los pueblos del Norte y de los pueblos del Mediodía, y en grupos por provincias, cada una las que le da su clima y su historia particular. De aquí dos tendencias, que dan una gran fuerza á la independencia del país: el espíritu de provincia y el de nacion: parece á veces tan fuerte el primero, que se

cree va á romper la nacionalidad, y sin embargo, este mismo espíritu de provincia sirve de estímulo al de nacion, dándole una fuerza poderosa. Esto indica otra condicion rara de nuestro carácter nacional; provincialistas en la paz, españoles en la guerra, tenemos un amor patrio tibio al parecer, si no se excita por los sucesos, violento como todas las reacciones cuando los sucesos le despiertan; por eso, al oir la facilidad con que decimos «¡cosas de España!» en épocas normales, nadie creeria la fuerza, la fe con que gritamos «¡viva España!» en épocas de peligro.

Hijo de esa misma variedad de su múltiple naturaleza, el español poco entusiasta por los hombres y por las ideas, ni concede á los primeros fácilmente la popularidad, ni da á las segundas un prematuro y repentino desarrollo; hé aquí por qué todas nuestras revoluciones se han hecho por pequeñas sacudidas, en las que han tomado parte sucesivamente distintos hombres, hasta distinta generacion, y las teorías han sido realizadas sin exagerarlas, á veces hasta sin completarlas. Mas esa misma frialdad de carácter hace que si un hombre ó una idea llega á producir entusiasmo, ese entusiasmo sea potente, contínuo, duradero y tenaz; entónces nuestro gran general, el general de todos los siglos y todas las campañas, el general únicamente español, el general que venció los ejércitos de Napoleon I, el general «No importa», nos da la victoria, acaso tarde, pero decisiva, absoluta. Muchas razones pudiéramos dar para probar nuestro aserto; pero hay una que por sí sola basta á convencer. En España, rota una guerra, si la fortuna nos niega sus favores, no se sabe cuándo hacer la paz; pasará un año, y otro, y otro, hasta aniquilarnos, y hasta sucumbir, y sin embargo, la paz no se firma. Del mismo modo, cuando un hombre, por fin, llega á inspirar entusiasmo, este entusiasmo, por ardiente que sea, y lo será mucho, no pasa de la esfera legal de accion de aquel hombre, y jamas se ve á los ejércitos españoles atados de piés y manos, fascinados por su jefe hasta el extremo de no tener otra voluntad que la suya. Esto, que puede ser un mal en algun caso, nos da la propiedad recíproca, que siempre es un bien: nunca se despopulariza lo bas-

tante el caudillo para que quede privado de prestigio de mando. Efectivamente, si recorremos la historia, no dejarémos de admirar la virtud con que los ejércitos españoles han soportado un dia y otro los desaciertos de un general.

Para resumir, fijemos las cualidades físicas y morales que da al español las variedades de su clima, el orígen de su raza, y su historia.

En primer lugar descuella su actitud física para todos los climas; consiguiente á esto, la sobriedad, la resistencia para las fatigas, un estoicismo notable para el sufrimiento, y como base de su carácter moral, la tenacidad, con reacciones violentas de ímpetu; la indiferencia ante los hombres y las ideas, como regla general, y como excepcion, el entusiasmo más vehemente sostenido por más tiempo. El espíritu de provincia refuerza todas estas dotes con una altivez á veces excesiva y de resultados disolventes si no se sabe guiar y sostener; y como consecuencia de esa diversidad de condiciones, de esos contrastes de organizacion, se nota en nosotros una indolencia, una pereza árabe interrumpida por enérgicas sacudidas de actividad y trabajo á todo resistir de nuestra fuerte naturaleza.

Veamos si los hechos comprueban el juicio que acabamos de exponer, y para eso, sigamos paso á paso á los ejércitos españoles en sus vicisitudes.

Lo primero que se nota en nuestra historia militar es una tendencia á las largas y difíciles expediciones, que nos ha dado una reputacion de aventureros, frase con que se califica, no sólo á los individuos, sino á la política española. Las tropas españolas que Aníbal paseó desde los Alpes hasta Zama; el gran número de españoles que caracterizaron con su idioma y sus costumbres la guerra de los tránsfugas en Cartago; la homérica expedicion de catalanes y aragoneses á la Grecia; el romancesco descubrimiento y conquista de América; las imprudentes guerras de Italia, en las que, sin embargo, se resistió y se abatió por fin todo el peso militar de la Francia por una, dos y cien veces; ese puñado de españoles llevado por Napoleon como un trofeo á las heladas re-

giones del Norte, y que supo volver á su país salvando obstáculos y peligros inmensos, realizando su empresa con el misterio que ninguna se ha realizado, secreto poseido por 7.000 hombres y que, sin embargo, nada se trasluce de él, y tantos otros ejemplos que se pueden citar, autorizan para dar tal reputacion á los españoles. Y una observacion hacemos que ratifica este juicio: ¿en qué consiste que los españoles, este pueblo caracterizado de taciturno, de grave y de indolente, tiene tropas conocidas en todo el mundo por las más alegres, más decidoras, de espíritu más ingenioso y festivo, y las más sufridas, las que soportan por más tiempo más dura fatiga? Nosotros mismos lo contestamos al preguntar: son alegres porque son sufridas; son sufridas porque su organizacion se reacciona por ese contraste de cualidades que hemos descubierto en ellas.

Del mismo modo podemos demostrar que esa misma condicion que las da aptitud para la guerra exterior, cuanto más exterior, se las da tambien para la interior, cuanto más desesperada y desastrosa; en este caso el espíritu de provincia, en todo su violento desarrollo, impulsa al de nacion, excita la altivez de los individuos y la altivez de la masa colectiva, y eleva la resistencia hasta hacer vulgar el heroismo, costumbre la abnegacion y el sufrimiento. Se dirá que siempre tenemos en los labios á Numancia y á Sagunto, á Gerona y Zaragoza; pero hay glorias nacionales difíciles de olvidar por el mismo tinte de originalidad de que se hallan revestidas; por otra parte, no las presentamos sino como datos históricos en apoyo de nuestra idea, y nos afirmamos en ella al ver siempre, desde los siglos más remotos, que este pueblo ha resistido el ataque de otros con tanta más fuerza cuanto más violento é injusto, con tanta ménos, hasta ser nula la defensa, cuanto el ataque haya sido más prudente y justificado. Esto explica la facilidad con que triunfaron los godos haciendo permanente su victoria en un país que habia luchado hasta la desesperacion, hasta el suicidio, con todos los invasores; esto explica tambien la tenacidad que se desplegó contra los árabes, que cayeron, con todo el peso de su vigorosa civilizacion, sobre la de-

generada y corrompida España; esto explica la ira con que se batió por espacio de cinco años á los ejércitos franceses, acostumbrados á dominar á los pueblos en campañas de cinco semanas. Y si recorremos la historia anecdótica de estos cinco años, nos admira hallar tan generalizado el heroismo, tan frecuente el sacrificio, tanta obstinacion, tanto delirio en concebir y ejecutar las empresas, en un pueblo sin marina, sin ejército, sin reyes, sin adelanto, sin organizacion política, postrado, cansado, expiando su antiguo y renombrado poderío. Cuando una nacion tiene aldeas que, gobernadas por un soldado licenciado, único militar del pueblo, resisten y cierran el paso á 30.000 hombres; cuando en una nacion hay padres de familia que buscan en un monton de cadáveres á su quinto hijo, y sin una lágrima, sin un suspiro, se despide cortesmente del que le ha fusilado, diciéndole: « Voy á mandar el sexto»; cuando hay quien afecta, exponiéndose á la venganza de sus compatriotas, un año y otro, simpatías al partido enemigo, para mejor así realizar sus venganzas; cuando todo esto, por frecuente, por habitual, se olvida y nadie lo extraña, porque es la regla y no la excepcion, no hay duda que ese pueblo tiene condiciones raras de energía y de vida militar, que le distinguen de todos los demas.

No se crea, sin embargo, que no hallarémos en estas mismas condiciones motivo para desastres. Nunca es más fuerte el ejército español que en las difíciles empresas; pero nunca más débil que si se aduerme con su natural indolencia en las empresas fáciles. Defensiva larga y tenaz, ofensiva impetuosa, si las circunstancias le colocan en un término medio; si no se le exige su máximum de fuerza, no da ninguna. Al contrario que los demas ejércitos, nunca más temible que despues de sufrir reveses; nunca más expuesto que despues de la victoria. Meditemos sobre nuestra historia, y se verá siempre esa constante reaccion de la actividad, en cualquier sentido, en su grado máximo, á la más enervante apatía.

Eso por lo que respecta á sus condiciones de fuerza; si le examinamos ahora en la cohesion de sus elementos, vemos desde

luégo una cualidad del carácter nacional, que es un principio á veces disolvente, á veces constitutivo de nuestras tropas; ésta es la altivez, esa altivez que, bien dirigida, es un estímulo entre los individuos, entre las armas, entre las provincias del reino, y violentada, es la anarquía entre las clases, la colision entre los cuerpos. La primera consecuencia de esta altivez, segun hemos dicho ántes, es el no fanatizarse fácilmente por los hombres; pero aceptada altivamente la religion del deber, aunque el jefe no inspire entusiasmo, no por eso es ménos obedecido. A pesar de esto, esta altivez produce desconfianza de los hombres, desconfianza que puede degenerar hasta en sospecha de traicion y engaños. Teniendo esto presente, á lo que debe aspirar el que manda no es á una vana popularidad, que en España, más que en ninguna parte, es casi siempre precursora del menosprecio, sino confianza, únicamente confianza como hombre de lealtad, como hombre de inteligencia y como hombre de valor. Otra consecuencia de esta condicion de nuestro ejército es la poca separacion aparente que hay de una clase á la inmediata, y decimos aparente, porque en realidad la hay tanta como necesita nuestro carácter. Impresionable á la esencia de los hechos y de las cosas, y no á su forma, el español comprende y acepta el mando de su jefe, y le cuesta, sin embargo, trabajo revestir ese mismo mando de los honores y el fausto exterior que el mando exige; le es más intolerable la vanidad que la dureza de carácter, y es notable la fe con que obedece á hombres que hacen alarde de repugnar los honores, el lujo y el aparato de su clase. Por esta misma razon, no sólo en el mando, sino en todo, exige la esencia descarnada, la verdad desnuda, y rechaza lo que sólo sea manifestaciones de la forma; así se nota que, de todas las tropas, la nuestra es la ménos sensible á la elocuencia militar; no quiere otra elocuencia que la de los hechos, y en nuestro juicio, todo lo que sea desfigurar, dorar el peligro ántes de pasarlo, ó exagerar las gracias despues de vencido, no produce resultado; aunque parezca paradoja, creemos más fácil vencer con la tropa española si ántes se ha exagerado, ó por lo ménos, presentado en toda su desnudez

la verdad del peligro. Del mismo modo, ocultar los desastres, disminuir el número de bajas, en una palabra, engañar, sea del modo que sea, causa peor efecto.

La consecuencia más importante de la condicion que estamos discutiendo es que el español ama lo grande, aunque sea en el delito, y ódia la bajeza; le repugna todo lo que demuestre pequeñez en el alma. La falta de probidad, la inmoralidad en la administracion, por ejemplo, es lo que más indigna, lo que más desmoraliza á un ejército español, y no tanto por las privaciones que esto le hace sufrir, como por el desprecio que la accion en sí misma le causa. Se ha visto batirse un dia y otro, un año y otro á la tropa española, desnuda y sin pan, y ni una queja, ni una murmuracion ha turbado la disciplina; se ha visto á los tercios españoles privarse de su prest para pagar á los flamencos, y siempre la resignacion y el patriotismo han dado fuerza para soportar la escasez; pero se los ha visto tambien romper todos los vínculos militares y arrojarse á los mayores excesos, cuando han creido, con verdad ó sin ella, que se les robaba. Del mismo modo, todos los hechos que no revelen altivez en el alma, como la vanidad, la presuncion, el temor, la crueldad fria y pequeña, aunque estén compensados con otras virtudes, quitan toda la fuerza moral, y no la quita una ira con motivo, aunque de ella resulte la destruccion más espantosa. Por eso mismo, las contínuas amenazas, los frecuentes castigos, los alardes de carácter para nimiedades son de un efecto contraproducente, y entre un jefe modesto y otro fuerte, en casos dados, pero que no anuncie su fuerza, sino que la haga estallar desde la calma, éste lleva más condiciones de autoridad. Pocas amenazas, y las que se hagan, que se cumplan; que se sostenga siempre esa altivez nacional; que no se apele á las grandes palabras y á los modales descompuestos para corregir pequeñeces; que no se fastidie con puerilidades; éste es el único medio de mandar soldados españoles. Cuando el castigo del palo se conocia, recuérdese que no era el palo en sí mismo, el castigo en toda su extension, lo que más odiaba el soldado; era el frecuente empellon, el constante levan-

tar la mano en las revistas diarias, en la instruccion, etc. Esto nos prueba qu no los castigos duros, sino los castigos despreciando, aunque sean leves, son los intolerables para nuestro carácter.

De todas estas cualidades morales de nuestro ejército nace otro peligro, que muchas veces ha dado márgen á grandes caidas: éste es la facilidad con que se despierten celos entre las clases, y esto, que en los primeros grados de la milicia no tiene gran importancia, en los puestos elevados rompe la unidad de accion y enciende la guerra civil.

Hemos tratado de presentar en este ligero cuadro las propiedades características de la tropa española, dando la razon de estas propiedades; ahora vamos á ponerlas en accion, estudiando y fijando las bases de la organizacion que debe tener nuestro ejército, y la forma que se debe dar á nuestras guerras.

En primer lugar, notarémos que se necesitan dos ejércitos, uno nacional y otro provincial; uno como síntesis de ese espíritu patrio de que arriba hemos hablado, y otro como efecto del espíritu de provincia, que no queremos destruir, sino guiar: el primero, con una misma organizacion dictada por el carácter general del pueblo; el segundo, con las diferencias de organizacion, hasta en los uniformes, que el carácter peculiar de cada provincia exija; el primero, activo; el segundo, en parte activo y en parte pasivo, como reserva para las épocas críticas; en ambos, suprimidos los privilegios, haciendo que los institutos lleguen á persuadirse de que tan importantes y meritorios son los unos como los otros, y de que ni el espíritu del siglo ni la justicia toleran esas dos clases de oficiales en un mismo grupo de oficiales. En la parte activa del ejército provincial, cuerpos; en los países de montaña, de verdaderos tiradores, hombres escogidos á propósito para este servicio; en las llanuras, tropas de línea, y en los países meridionales, caballería ligera, fomentando la creacion de una caballería irregular.

Teniendo en cuenta la diferencia de condiciones físicas y morales de cada provincia, y la consecuente organizacion de sus tropas, así éstas serian destinadas para empresas á propósito,

segun exigieran astucia ó fuerza, tenacidad, ó ímpetu, ó resistencia, educando para maniobreras, para tropas de fuerza ofensiva, á las de unas provincias, y otras, para el fuego, para tropas de fuerza resistente.

En cuanto al ejercito nacional, que presenta, por decirlo así, un carácter combinacion del carácter de todas las provincias, nuestro principal empeño sería el tenerle en una constante y variada actividad, en trabajos distintos y productivos, sin detenerse mucho tiempo en uno, sacudiendo así esa indolencia, que es siempre la razon de nuestra desgracia, y reaccionándola constantemente para producir todo ese vigor, toda esa energía que manifestamos en toda su fuerza, ó que no la manifestamos, la adormecemos completamente. Así, pasando de trabajos militares en toda su aplicacion á trabajos de utilidad pública, siempre variados, y luégo al descanso más absoluto, más libre, los dias destinados al descanso; basando la instruccion esencialmente en la maniobra, y por excepcion en el fuego, para unos institutos, y para otros, al contrario, segun su mision especial; sobre todo, despojando los reglamentos de todo lo supérfluo, para no exigir nunca nada que no hubiera de exigirse en todos los casos; no imponiendo la más leve molestia sin hacer comprender su utilidad directa; en una palabra, no molestando, educaríamos y organizaríamos en la paz nuestro ejército.

Rota la guerra, las operaciones huirian siempre de largos acantonamientos, de posiciones conservadas por mucho tiempo, de atrincheramientos cuando no hubiera la seguridad de que se iba en ellos á combatir, de pasar muchos dias en la inaccion, de prolongar por mucho tiempo una situacion pasiva. En la táctica se haria uso con preferencia de las maniobras extremas, ó las de una ofensiva en toda su fuerza, ó las de una defensiva en toda su resistencia; en tal concepto se escogerian las posiciones; así agitando al ejército en un vaiven constante entre dos métodos opuestos de guerra, las concepciones estratégicas más atrevidas y extrañas se verian realizadas con más facilidad que las naturales y ordinarias.

Resumiendo en una sola palabra cuanto llevamos dicho, el enemigo mayor que debemos combatir, el enemigo que tantas sorpresas nos ha causado y que nos ha hecho caer en tantas emboscadas, es la indolencia; para combatirla necesitamos en la paz el trabajo variado; en la guerra, la doble táctica, las emociones opuestas y frecuentes, los extremos.

Si reflexionamos sobre las causas de nuestra doble actitud para la guerra, deducirémos que la infantería, el arma á la vez ofensiva y defensiva, el arma de la fatiga, de las privaciones y del sufrimiento, y la artillería, el arma destructora por excelencia, la que necesita del valor frio y terco del soldado de posicion, han de ser las armas favoritas de los españoles. Si por la naturaleza de nuestro suelo no nos es fácil dar á la caballería su verdadera importancia; si ademas de luchar con las inmensas dificultades con que todas las naciones luchan para sostener una buena caballería, tenemos la de ser escasas las comarcas que puedan nutrir de hombres y caballos el arma, y éstas meridionales, donde los hombres se caracterizan por su genio vivo é impresionable y por su valor impaciente, no extrañarémos que un arma de oportunidad, arma que necesita ser pasivamente testigo del combate por espacio de muchas horas acaso, para, en momento oportuno, lanzarse con ímpetu y arrojo, haya sido usada con desgracia en muchas ocasiones, unas por demasiado pronto, otras por demasiado tarde, otras por ir demasiado léjos. No perdamos de vista que hemos dado por base de nuestro carácter una tendencia á enervarse en el reposo, y siendo esto así, indudablemente que si se pudieran romper los combates cargando, ó por cualquier otro medio tomára la caballería, desde luégo, parte en ellos, daria brillantes resultados, porque ella tiene las mismas virtudes militares que toda la tropa española; pero precisados á hacerla presenciar el combate, á veces expuesta al fuego, dejando que esas imaginaciones del mediodía se impresionen desagradablemente y se enerven en ese reposo forzado, sucede una de dos cosas: ó se lanzan prematuramente, devorando su impaciencia, ó se lanzan ya debilitadas moralmente.

Estas consideraciones prescriben ciertas reglas tácticas para la funcion de nuestras tropas; en primer lugar, nuestra caballería se debe tener léjos del peligro; las demostraciones y los amagos serán frecuentes; esos escarceos que preceden á la carga preparándola, más numerosos, y lo más pronto posible se darán por algunas pequeñas fracciones cargas de poco interes, pero á golpe seguro, de modo que el resto del arma adquiera confianza en sí misma y la sirvan estas cargas como de ejemplo.

Por razones análogas, el relevo de las líneas en todas las armas debe ser á menudo, tanto en interes de la segunda, que no puede soportar mucho tiempo sin impacientarse ó sin atemorizarse esta situacion, como por la primera, que se fatiga más de ver á la segunda sentada que de combatir; esto, ademas, produce ese vaiven que recomendamos entre la actividad y el descanso.

Se procurará siempre maniobrar de modo que se esté poco tiempo en el mismo terreno; ninguna situacion, cualquiera que sea, debe prolongarse.

Asimismo, ménos que otra cualquier situacion, se debe prolongar aquella en que se esté á cuerpo cubierto; el parapeto es una confesion de debilidad, y cuanto más tiempo se esté tras él, ménos confianza tiene la tropa en sí misma; por eso en nuestros sitios las salidas deben ser frecuentes, y en nuestras batallas, los atrincheramientos economizados.

Con igual frecuencia las diferentes divisiones del ejército deben entrar en fuego, repartiéndose la gloria y la fatiga, evitando los celos y las creaciones de cuerpos escogidos de reserva, siendo las reservas de la batalla de hoy acaso las tropas que más se batieron ayer.

Más que en ningun otro ejército las reservas deben emplearse lo más tarde posible, porque siendo muy peligrosos nuestros movimientos retrógrados, es preciso meditarlos mucho y apoyarlos bien.

En caso de ser batidos, se nos debe hacer salir del campo de batalla de un modo ingenioso; si se nos permite una expresion

paradójica, dirémos que debemos hallarnos en retirada sin saber ómo y en qué momento ha empezado. Cualquiera que sea el peligro, un movimiento retrógrado es en tropa española, por su ardiente imaginacion, más peligroso que en otra cualquiera.

Si la derrota no ha sido completa y los cuadros se han salvado, puede resolverse una ofensiva, pronta y audaz, con más esperanza de buen éxito que la que habria en un caso análogo en otro ejército que no fuera español.

Siempre que ocurra un terror imaginario, una alarma falsa, hay que destruir el mal efecto haciéndola real y corriendo á un peligro verdadero. Un castigo que hiera el amor propio de cuerpo, un leve signo de desprecio á un batallon que se ha portado mal, estimula su orgullo de tal modo, que sin miedo se le puede lanzar en seguida en lo más rudo del combate.

Nunca se debe hacer creer que el enemigo es cobarde, que batirle es fácil, que el peligro es pequeño; al contrario, es preciso persuadir al soldado español que se duda quién es más bravo y sufrido, si él ó el enemigo.

La mayor fuerza táctica de nuestra tropa es el orgullo excitado por el sentimiento nacional y nacido del espíritu de provincia; por eso se la ha visto siempre en combates con extranjeros excederse á sí misma, y cuando ha formado como aliada, dejar la última el campo de batalla. Si recordamos la conducta de la marina española en Trafalgar; si recordamos los batallones de muertos que en correcta formacion quedaron en Albuera, y tantos otros hechos de igual naturaleza, que pudiéramos citar, nos convecerémos de toda la fuerza que da á nuestro ejército el orgullo estimulado.

A pesar de todo esto, no debemos olvidar que nuestro flanco descubierto, nuestro defecto capital es la indolencia y la sobra de confianza. Necesitamos mucho rigorismo en el servicio y sostener la vigilancia sin cesar, porque fácilmente nos abandonamos, y un peligro nocturno, una sorpresa, una alarma súbita, tan terrible para cualquiera tropa, lo es mucho más para la nuestra, por su naturaleza impresionable. Por la misma razon, el flanqueo y las descubiertas han de llenar cumplidamente su

deber. En las persecuciones estamos muy expuestos por nuestro ímpetu á cometer imprudencias, á caer en celadas, y por consiguiente, es de mucho interes explorar, proteger, asegurar los flancos y cabeza de marcha, y las avenidas de las posiciones cuando se esté en ellas.

Ultimamente, como base de nuestras combinaciones tácticas, usarémos la infantería y artillería de á pié, que es donde estriba nuestra fuerza, y con prodigalidad de la funcion de las tropas ligeras de todas las armas, que es para lo que nos da más aptitud nuestro país montañoso y nuestro genio independiente.

Todas estas consideraciones nos inspiran una fe ciega en el porvenir de esta nacion, porvenir tanto más risueño cuanto mayor, cuanto más peligrosa sea la crísis que le anuncie. Nacion que siempre en su agonía halla un nuevo principio de vida que la salva, y se rehace con tanto más vigor cuanto más postrada se ha visto, al verla hoy levantarse del lecho de muerte, todavía pálida, todavía débil; pero ya incorporada, sostenida por su pié, no dudamos que pronto, muy pronto termine su convalecencia. Entónces los que han tenido un interes en su postracion, los que quieren vengar su antiguo poderío y grandeza, verán con celo, con rabia, esta resurreccion, y se aunarán para postrar de nuevo á su temida señora de otros tiempos; ésta será la crísis, este será el dia del peligro; pero este peligro será vencido, servirá para desarrollo de la musculatura del enfermo, será el primer paseo, el primer ejercicio del convaleciente. Débil por exceso de vida, por haberla comunicado á otras regiones, una horrible guerra de cinco años, dos guerras civiles, una de tres, otra de siete, tres guerras en las colonias, una lenta revolucion de cincuenta años manifestada por sacudidas periódicas y frecuentes, no han conseguido abrumarla, aniquilarla; al contrario, despues de tantos dolores, preparándose en muy pocos años de una calma no completa, dando un impulso vigoroso á todos sus elementos de vida, á su comercio, á su industria, á todos sus intereses intelectuales y materiales, la vemos ensayar su fuerza en otra nueva campaña.

Bajo este punto de vista, la guerra de Africa es una guerra que debemos estudiar con profunda reflexion, no por su importancia absoluta, sino por la relativa que la da la época en que se ha llevado á cabo. Estaba ya olvidado nuestro antiguo renombre; la organizacion política y militar, sin haberla experimentado; el orgullo patrio, adormecido; la conciencia de nuestra debilidad, en la conciencia de todos; negada la silla en los congresos; nos habiamos acostumbrado á las pérdidas de territorio; éramos conducidos por la mano, ya por una, ya por otra de las grandes potencias, estudiando el no desagradarlas nunca; en una palabra, éramos débiles y desdeñados por nosotros mismos. Poco á poco ese desden iba cesando; ya un progreso interior, un desarrollo tímido de nuestra civilizacion, nos hacía dudar si todavía podríamos aspirar al puesto que nos debe el mundo por los sacrificios que por el progreso de la humanidad hemos hecho: un dia lanzábamos una palabra altiva al rostro de una gran nacion; otro, nos atreviamos á resolver una cuestion interior, á despecho de algun temible gobierno; aquí auxiliábamos á un amigo; más allá nos poniamos en lucha diplomática en alguna cuestion exterior; pero, á pesar de todo, nuestra fuerza permanecia ignorada, y se consideraban esos rasgos como destellos de la grandeza caida, como altivez de monarca destronado. Entónces, una nacion vecina; una raza que, más que otra, tenía con España cuentas atrasadas; un pueblo cuya religion es el sable; un pueblo valiente hasta el delirio, y que, más que otro, se habia habituado á despreciarnos; un Estado bárbaro, y del que, como de todo Estado bárbaro, se ignora su fuerza militar, nos insulta, y nos arrojamos sobre él pidiendo venganza. Medítese bien sobre el peligro moral en que nos hallábamos, y se dará á la guerra de Africa el interes que se la debe dar. Si no venciamos, era la muerte, y la muerte por el ridículo, lo que nos esperaba; era justificar el desden de las demas naciones; para dudar de la victoria habia razones poderosas; se ignoraba nuestra fuerza militar, porque no estaba probada; nuestros ejércitos no habian hecho en mucho tiempo campaña ninguna; nuestra organizacion era hija del siglo,

y en el siglo no la habiamos experimentado; se ignoraba nuestra fuerza social; la sociedad no era ya la misma que la de 1808; no se sabía si podria el patriotismo llegar hasta el sacrificio de los intereses materiales, á cuyo naciente desarrollo se habia consagrado toda la vida del país; no se sabía si nos adornaban las virtudes de otros tiempos; si no los hombres ilustrados, una gran masa del enemigo nos despreciaba. Europa no estaba acostumbrada tampoco á que España hiciera nada sin prévio permiso.

En tal situacion la guerra se anuncia. A la manera que en un incendio, cuanto más tiempo comprimido, si se le da salida de repente, se convierte la columna negruzca de humo espeso en llama gigantesca que silba, crece y lo invade todo, lo arrasa todo, así el sentimiento patrio, tanto tiempo dormido, al parecer muerto, se reaccionó, produciendo una explosion, que hizo volver la vista á los demas pueblos de Europa. El mendigo y el señor, el anciano y el niño y la doncella, el comerciante, el sacerdote y el soldado, en las ciudades y en los campos, en las cárceles, en los templos y en las asambleas, en todas partes y por todos exhalado, se oye el grito de guerra. Unos ofrecen su sangre; otros, su dinero; otros, su talento; todos se agitan, todos se agrupan para ver el primer ensayo de la convaleciente España. Desde este primer latido Europa fija la vista, porque ve levantarse un cadáver; cada paso es observado; cada choque de guerrillas se analiza; cada quilla de lancha que se coloca en astillero hace que se hablen al oido los diplomáticos de otros países. Un ejército de 50.000 hombres, provisto hasta con lujo, organizado sin olvidar el más mínimo detalle, se reune en pocos dias, y se abre una campaña en el más cruel de los inviernos, en un país inhospitalario y áspero; la Providencia quiere dar á conocer á España que es ya fuerte, y el cólera, las inundaciones, las borrascas, ponen á prueba esa organizacion militar naciente, ya que la fuerza social se habia declarado al estallar la lucha. Ni un consejo de guerra, ni una leve falta de disciplina hay que castigar; la misma resignacion, el mismo valor, la misma altivez de otros tiempos, más inteligencia, más humanidad, más virtudes. El úl-

timo cuerpo que recibia su bautismo de fuego, aquel era el mejor; no habia tropas escogidas; todas lo eran. Era, por decirlo así, una guerra de exámen; fué, y debió ser, metódica, clásica, sin olvidar ninguna de las reglas del arte; combates frecuentes, poniendo á prueba, unos despues de otros, todos los cuerpos; experimentos sobre la fuerza ofensiva y defensiva de cada una de las tres armas; en una palabra, análisis de todos los elementos militares del país, es la guerra que se ha hecho y la única que ha debido hacerse. Si se podia haber hecho más ó haberlo hecho mejor, no somos nosotros los llamados á juzgarlo, sino los hombres de otra generacion más distante de los sucesos, y más desapasionada por consiguiente. El resultado moral ha correspondido; se ha vencido de un modo absoluto en detalles y en el todo; hemos adquirido conciencia de nuestra fuerza; ha demostrado esa explosion de vida nacional que hay las virtudes de ántes y la sabiduría de hoy.

ESTUDIO SEGUNDO.

HISTORIA DEL ARTE MILITAR.

ESTUDIO SEGUNDO.

HISTORIA DEL ARTE MILITAR.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL PROGRESO DEL ARTE MILITAR

EN SUS ANALOGÍAS CON EL PROGRESO DE LA SOCIEDAD.

A la manera que el árbol de la fábula india, al tocar al suelo con sus ramas, hacía brotar nuevos árboles, y éstos otros y otros, hasta el bosque infinito, así la ciencia una en su esencia, infinita en sus manifestaciones, se presenta á los ojos del hombre adornada con mil trajes que hacen aparecer ciencias distintas, sin que se pueda señalar cuál de ellas es el verdadero tronco de ese enmarañado bosque del saber humano. Entónces la humanidad, frente á frente del problema de su vida, penetra por los difíciles senderos de ese bosque, sin más guía que su razon, y su sentimiento en lucha, ya predominando la una, ya los otros, como atributos del espíritu humano y de la materia.

Hé aquí las razones que tenemos para no dudar de nuestro porvenir.

Llegará un momento, no sabemos cuándo, no sabemos por qué, en que serémos llamados á resolver una difícil cuestion de vida ó muerte para la patria, y la resolverémos, porque cuando el destino decreta, no hay fuerza humana que se oponga á la

corriente de los sucesos impulsados por la mano de Dios. La historia es un libro que el hombre no escribe; á los síntomas de grandeza sucede siempre la grandeza; á los de muerte la muerte, y los imperios siguen su marcha ascendente ó descendente, sin detenerse hasta llegar á la cumbre ó al abismo, sin que puedan caer cuando todavía no han acabado de subir.

Que la jóven generacion se persuada de lo mismo; que espere dias de prueba; que temple su alma con el estudio y las virtudes para poder arrostrar de frente el peligro, mostrando al mundo que somos los vencedores del Garellano y los vencidos de Rocroy, y cuando llamemos á la tumba de los héroes que en aquellos campos murieron, «Nos habeis dado una patria—les diremos;—nosotros la hemos engrandecido; tenemos derecho á dormir á vuestro lado.»

Así comenzada la marcha del progreso, tres evoluciones distintas le encaminan, tres jornadas dificiles señala el dedo de la Providencia al hombre en su penoso camino, y bajo la faz de cada una de estas evoluciones se presentan los siglos con distinto carácter y los pueblos con distinta mision. En la primera, el hombre, sorprendido por la vida, se postra ante la Naturaleza y la admira; en la segunda, la estudia; en la tercera, la utiliza; pertenecen á la primera los siglos en que predomina el sentimiento sobre la razon; el hombre es entónces niño, cree y ama como el niño, juega con el peligro y retrocede ante fantasmas, necesita oráculos y revelaciones, juegos y cantares. En la segunda vence la razon al sentimiento; el poeta hace plaza al filósofo, y el sacerdote al político; el hombre ha salido de la pubertad; independiente en su razon, pero esclavo de sus pasiones, revuelve los oráculos, como el niño los juguetes, para ver su misterio; rompe sus antiguos ídolos, investiga, juzga y resuelve; los Estados pugnan por constituirse; las ciencias, por desarrollarse; se hacen grandes descubrimientos que no se saben aplicar, se plantean grandes problemas sociales que no se llegan á resolver, las teogonías y la filosofía se chocan; los cultos pierden en poesía lo que ganan en fuerza, y en medio del estruendo de la guerra hay

navegantes que buscan mundos, soldados que buscan coronas, el astrólogo se hace astrónomo, el alquimista, químico, y las ciencias ganan en verdadero lo que pierden de maravilloso. La primera época es el progreso del hombre como individuo, y la segunda, el progreso de la sociedad; en pos de ellas tiene que venir el progreso simultáneo y armónico de la sociedad y el individuo en sus relaciones. En la primera domina el arte; en la segunda, la ciencia descarnada y fria; en la tercera, la aplicacion práctica de la ciencia por medio del arte; la razon y el sentimiento se ponen en armonía; ya no se habla ni con la una ni con el otro exclusivamente, y la poesía y la filosofía, el sacerdote y el político acaban por entenderse. Es la época práctica, así como la primera es instintiva y la segunda especulativa; si la segunda es la de los estudios especiales, si en ella el hombre se detiene ante cada tronco del árbol múltiple de la ciencia, la tercera es enciclopédica; el hombre estudia las relaciones de cada una de las cosas con todas las demas, sintetiza el progreso de los siglos anteriores, encauza en una sola las mil corrientes por donde se dirigian los progresos respectivos de las muertas civilizaciones.

Ahora, para estudiar estas épocas en sí mismas y en su enlace, necesitamos un hecho universal constante, tan hijo del sentimiento como de la razon; un hecho que descuelle sobre todos en la historia del mundo, que se le halle en todas las páginas, como si él solo constituyera el libro; que se presente á nuestra vista con formas tangibles y variadas por la marcha de los tiempos: la guerra. No es ciencia, no es arte; pero en ella se concentra toda la historia, toda la vida social, y á ella afluyen el hombre con su saber y el Estado con su constitucion; es el hecho resultante de todas las fuerzas del individuo y de la sociedad, y, por lo tanto, debe tomar la fisonomía del progreso segun los tiempos; es el desequilibrio de las relaciones del hombre que buscan su nivel, y el progreso no es otra cosa que el equilibrio hallado. Por eso la historia de las guerras es la historia de los pasos adelante que el mundo ha dado, y para dar esos pasos ha sido precisa la funcion de todos los elementos constitutivos de la

sociedad. Allá van: el hombre, con sus virtudes y sus vicios, sus pasiones y sus creencias; de aquí las ciencias morales: el Estado, con su organizacion; de aquí las ciencias políticas: las armas y máquinas, de aquí las artes: los órdenes en relacion al tiempo y al espacio; de aquí las ciencias de la cantidad.

Así, ¿quién duda de las analogías íntimas y constantes que existen entre el progreso social y el progreso del arte de la guerra? Este es el carácter del otro, cuando aquél es incompleto ó dirige con torcida marcha su desarrollo, al ejército, instrumento de la guerra, le falta alguno de los elementos en su constitucion moral ó en su fuerza material. Así vemos en los primeros siglos, cuando se verificaba el progreso moral del hombre como sér aislado, que la guerra era instintiva y las armas á propósito para el combate individual; habia guerreros pero no ejércitos; faltaba el Estado y faltaban los órdenes tácticos: en los siglos medios, con los Estados nacen los órdenes; pero ni las armas ni los hombres eran á propósito para el combate colectivo: más adelante sigue el progreso de las armas con el progreso de la ciencia; pero hasta esta nuestra época, que podemos llamar de aplicacion práctica, hasta el siglo XIX, que tiene la mision de hallar la armonía de los adelantamientos distintos y heterogéneos de los siglos anteriores, de establecer las relaciones del hombre con los hombres, del Estado con los Estados, de las ciencias con las ciencias, no era dable conseguir en el arte de la guerra la armonía de sus tres elementos: el hombre, las armas y los órdenes; el hombre estudiado en sus condiciones individuales, y el hombre estudiado en su aptitud para la asociacion guerrera; las armas consideradas en su fuerza para el individuo aislado, y en su más ó ménos multiplicada fuerza para la masa; los órdenes en relacion con los hombres y las armas.

Fijando tal principio como base de nuestro criterio; estudiando el arte militar, no en sí mismo, sino en sus relaciones con todos los conocimientos humanos, es como reciben cumplida explicacion los fenómenos históricos. Arte sublime, que vive de la savia que le presta el árbol de la ciencia, ninguna de ellas puede

dejar de contribuir á su vida sin que aparezca imperfecto; ninguno como él es más visible manifestacion del progreso humano, siguiendo en su historia las mismas vicisitudes de la historia de ese progreso.

Si esta demostracion *à priori* no basta á convencer, examínense pueblo á pueblo, siglo á siglo, las analogías que existen entre la constitucion moral y material de los ejércitos y el adelantamiento social, y se verá que los hechos militares han contestado siempre exactamente, con la victoria ó la derrota, al estado moral y material de la sociedad.

Antes de Roma no habia nacionalidades, sino razas; los pueblos, encerrados en sí mismos, vivian su vida propia, cada uno con instintos, costumbres, leyes y conocimientos opuestos á los de los demas; todavía Roma no habia llamado á las puertas, ni el espíritu del cristianismo, el comercio y la imprenta habian derribado las fronteras; notables diferencias de ser existian entre aquellas razas que se agrupaban en ambas orillas del Mediterráneo, esperando la hora suprema de fundirse. Entre tanto, buscaban instintivamente su contacto y se movian unas contra otras, chocando al impulso de sus antagonismos en són de guerra, y aquellas turbas armadas llevaban en sí las mismas diferencias de ser; su agrupamiento era informe, porque era informe la constitucion social; sus armas distintas, porque era distinto el progreso de sus artes; sin administracion, porque el país no la tenía; sin órdenes tácticos, porque la personalidad del individuo resaltaba sobre la masa colectiva, y así como el país era un agrupamiento de tribus, la masa guerrera era un agrupamiento de hombres armados, sin otro lazo que el de orígen. Entónces no existia el arte militar, que no puede existir sino con las nacionalidades; los métodos de guerra eran hijos de la costumbre, y tan distintos como los trajes, como los idiomas y como las diferencias hasta físicas que habia de pueblo á pueblo; unos peleaban á pié, otros á caballo, aquéllos preferian armas largas, éstos cortas, unos iban medio desnudos, otros cubiertos de armas defensivas, y segun sus instintos, unos eran temibles en el ata-

que, otros en la retirada. De los tres elementos que constituyen la fuerza guerrera, sólo el hombre la formaba; era la época en que predominaba el sentimiento sobre la razon; era la época del progreso del individuo sobre el de la sociedad, y el individuo era todo creencia y pasion, fuerza y salud.

Hay en todos los siglos un pueblo que lleva la bandera de la civilizacion; un pueblo que por sus condiciones morales es el que puede representar el progreso, segun el génesis de ese progreso, segun las aspiraciones de la humanidad en aquel siglo. Entónces estaba el hombre en su primera etapa, en la marcha de los tiempos; sorprendido ante la Naturaleza, la adoraba bajo mil manifestaciones; sorprendido ante sí mismo, queria sondear los atributos de su alma, emanacion divina. Aquel pueblo que más en el cáliz de la flor de la creacion se hallase, y más cerca de las abstractas civilizaciones de Asia, era el único capaz de representar el progreso moral y marchar en vanguardia de los otros pueblos. Hé aquí la Grecia artista, la Grecia de los poetas y los oráculos, de los sacerdotes y los guerreros; la Grecia que admira é imita la Naturaleza, y sondea los abismos del alma humana hasta perderse en el laberinto de sus mil escuelas filosóficas. Aquí está la cuna de nuestra civilizacion, y aquí se inicia el arte militar. Las leyes comienzan á dar cuerpo al Estado, y los órdenes á crear ejército y táctica; el sentimiento era el alma de aquel pueblo, y el sentimiento era el impulso de aquellos ejércitos que los poetas dirigian; las ciencias morales habian formado al hombre, y al hombre moral se hablaba en aquellas masas escuadronadas geométricamente. Mas la mision de la Grecia era resistir; debia conservar pura la semilla de la civilizacion; otro pueblo habia de ser el encargado de sembrarla por el mundo; por eso los órdenes tácticos eran defensivos, y miéntras duró la mision de la Grecia, su órden bastó para contener las multitudes persas; cuando el mundo quiso entrar en la segunda etapa de su progreso, se necesitó un pueblo que esparciera la semilla por medio de las guerras de invasion; un pueblo que eslabonára la civilizacion griega con la cristiana, y Grecia fué vencida. Aquí aparece

Roma, que en su cuna, roba á mano armada una civilizacion para extenderla, y es causa de su muerte otra civilizacion que recogimos del polvo de la tumba del imperio: veamos ahora sus ejércitos y sus guerras.

La mision de Roma era contraria á la de Grecia; Grecia habia sido el progreso del hombre; Roma iba á ser el progreso de los Estados; la accion de Grecia era interior; la de Roma, exterior; la una resistia; la otra imponia; los órdenes griegos eran defensivos, los de Roma tenian que ser ofensivos; el entusiasmo era el móvil de los Griegos; la disciplina era el de los romanos; en Grecia se batian por la patria; en Roma, por la gloria.

Entre tanto el individuo iba siendo absorbido por la masa; el hombre moral desaparecia, y sólo quedaba el guarismo de hombres; Roma intermediaria, entre dos eras, tomaba de los pueblos y los tiempos lo que habia de dar á otros pueblos y otros tiempos; fatigada de su ímprobo trabajo, destruyendo un mundo para crear otro mundo, llegó un dia en que, iniciado por ella el progreso de los Estados, no pudo continuarle porque se habia detenido el progreso del individuo, y ya no habia ciudadanos; tampoco podia haber soldados, ¿qué importan las armas perfeccionadas por el adelantamiento de las ciencias, los órdenes perfeccionados por el progreso en la constitucion del Estado? En su violenta y contínua accion exterior habia gastado las fuerzas de la vida interior; su mision terminaba; era preciso un nuevo rompimiento de los Estados, una nueva fusion de razas, para fijar las relaciones del individuo con la sociedad, para entrar en la tercera y última etapa del progreso. Entónces fué Roma vencida, porque sus fuerzas militares, ricas en armas y en táctica, carecian del elemento principal, del hombre que, esclavo, ó liberto, ó ciudadano, ya no tenía fibras morales que se pudieran agitar; ya no respondia ni á las voces de gloria, ni al nombre de la patria. Enfrente de él habia turbas, en las que, por la falta de ciencia, no habia órden táctico, ni armas perfeccionadas; sólo habia hombres que se movian agitados por pasiones malas ó bue-

nas, pero pasiones al fin, que los romanos, postrados en su atonía moral, no comprendian ni sentian.

Roto así el antiguo mundo en mil pedazos, que habian luégo de fundirse de nuevo en la amalgama de principios destructores y destruidos, fué marcada esta época de transicion por dos períodos distintos; el primero, de seis siglos, es el de la destruccion lenta de los dos imperios en todos sus fundamentos morales y materiales; es la muerte de la vieja civilizacion; fué tan absoluto el cambio en creencias, pasiones y costumbres, que no parecia sino que el hombre era otro sér del que habia sido; el segundo es preparatorio de nuestra civilizacion, es la fusion de lo viejo y lo nuevo; es el feudalismo, forma disolvente de sociedad, en su enlace con la monarquía pura, forma componente; los Estados rotos, las razas mezcladas juntándose, asimilándose por fragmentos homogéneos para formar las nacionalidades, y en ellas la perfeccion social progresiva en el todo y en las partes, en el individuo y en la sociedad, en la accion exterior y en la interior.

Examinando el arte militar en cada uno de estos dos períodos, le vemos con el distinto carácter que le imprime el estado de la sociedad, y nos convencemos una vez más de las íntimas analogías que existen entre el progreso del arte y el progreso social.

El bajo Imperio sostenia las antiguas formas en sus órdenes tácticos, pero el decaimiento de los hombres hacía odiosas las armas defensivas; la caballería era corta y mala, y la infantería no tenía el valor, el entusiasmo, las virtudes expansivas que se necesitan como fuerza moral de un órden ofensivo, ni la disciplina, el honor, las virtudes consistentes que dan fuerza de cohesion á un órden resistente; así el órden griego, término medio entre la falange y la legion, estaba muy distante de tener el impulso de la una ni la fijeza de la otra; tan sólo las máquinas y el fuego griego era lo único que podia retardar la caida del Imperio, nada más que retardar, porque ante desventajas morales las ventajas materiales no pueden hacer otra cosa que prolongar la agonía del poder militar de un pueblo.

Enfrente de los griegos habia una fuerza de elementos opuestos á los suyos; inferior en máquinas y en órdenes, era superior en hombres. Tenian los sarracenos el valor, el entusiasmo, el ímpetu que faltaba á los griegos; y si en sus máquinas y su órden, que se reducia á una línea de arqueros como fuerza preparatoria, y á una de caballeros como fuerza resolvente, eran inferiores á sus enemigos, la superioridad en caballería y en armas arrojadizas les daban medios para sostenerse en combates campales y entretener la lucha hasta que el tiempo hiciese que su civilizacion, entónces progresiva, adelantase al Imperio, ó que éste terminase la disolucion de sus elementos morales.

Miéntras esto pasaba en Oriente, en Occidente los bárbaros, pueblos organizados para la guerra, y nada más que para la guerra, presentaban al viejo mundo la misma batalla; de un lado, la fuerza moral del hombre; en el campo opuesto, los órdenes y las armas en manos débiles. Roma habia sembrado injusticias y recogia larga cosecha de lágrimas; áun los pueblos que conservaban vida moral se cruzaban de brazos ante nuevos tiranos, que no podian ser peores que los vencidos, y el Occidente se mostró pasivo espectador de sí mismo hasta el extremo de que ya no disputaban conquistados y conquistadores, sino éstos entre sí al repartirse la presa. Así cayeron unos en pos de otros desde los francos, los más rudos, hasta los godos, los más adelantados, cien pueblos que se arrebataban á jirones el manto de los Césares.

Eran sus armas más á propósito para el combate individual que para el colectivo, y los órdenes una parodia imperfecta del órden que veian en sus contrarios; sin embargo, vencieron, porque su triunfo representaba el progreso del porvenir, porque era preciso levantar la losa que Roma habia dejado caer sobre el hombre matando sus aspiraciones y privándole de su libre accion en beneficio de un sistema social tiránico y absurdo, ya imposible despues del Evangelio. Así esta época en todas partes es caracterizada por la lucha del individuo contra la sociedad que le ahoga, de la familia contra el Estado que la mata, y la

sociedad cae rota en pedazos para dar lugar á otra nueva, sustentada sobre la base del individuo y la familia; por eso el arte militar agonizaba en su progreso relativo á la masa guerrera, al paso que perfeccionaba sus adelantamientos en armas para el individuo.

Muerto Carlo-Magno, consumado el rompimiento de la sociedad, que este hombre no pudo impedir; entronizado, por fin, el feudalismo, cesó completamente el arte militar, porque cesaron los ejércitos al morir las nacionalidades; el individuo se halló solo, y para su sola defensa se cubrió de armas defensivas, y se preparó con las ofensivas y el caballo al singular combate; los simulacros no fueron otra cosa que los torneos en que cada uno luchaba por sí mismo, por su gloria personal; la organizacion militar era la reunion tumultuosa de individuos, cada uno con sus hábitos de guerra, sus armas, sus trajes, su absoluta personalidad; la unidad orgánica ó táctica la constituia un grupo más ó ménos numeroso formado por hombres venidos del mismo castillo ó de la misma aldea; en fin, se reflejaba en la fuerza pública el mismo estado de descomposicion y anarquía que presentaba el mundo.

Entre tanto los árabes seguian lentamente progresando, preparándose á formar su grande imperio, el Califato de Córdoba, á mitad de camino desde César á Napoleon. Salváronse en Occidente los restos de la antigua civilizacion, y allí debian fructificar los gérmenes de la nueva; el cristianismo debia dirigir su elocuente palabra, no al viejo mundo, que no la hubiera oido, sino á los hombres nuevos que representaban el porvenir, á las razas vírgenes y guerreras que se habian precipitado del Setentrion, traidos como el pólen es llevado por el huracan que le esparce por los campos; por eso fué preciso el contacto violento de las razas de África, opuestas en naturaleza y progreso, con los hijos de los bárbaros, que ya eran la fuerza del cristianismo. La punta de Occidente sostuvo el choque por espacio de siete siglos; Italia y España salvaron la civilizacion, y cada una tomó su papel importante para dar principio á la nueva era; Italia con sus

artistas, sus poetas y sus políticos, teorizó el renacimiento; España con sus reyes y sus capitanes lo practicó. Concretándonos á España, la comunidad de intereses en la guerra contra los moros acercó los pecheros á los señores, hizo que hubiera pueblo, y pueblo con derechos, afirmó la autoridad real como símbolo del Estado, y preparó la unidad nacional firme y estable. El progreso político era fácil, porque nunca el feudalismo habia llegado entre nosotros á todo su funesto apogeo; el progreso científico, iniciado por la Iglesia, se robusteció por la lucha contra el islamismo, y por eso el arte de la guerra nunca llegó en España á verse tan olvidado como en otros países; habia administracion, habia unidades militares, habia métodos ofensivos y defensivos, todo vago, defectuoso, es verdad, hijo, no de la ciencia, sino del instinto de la gran guerra, instinto que precisamente habia de tener un país empeñado en una lucha que por su carácter de lucha de raza á raza, exigia grandes ejércitos, unidad en la accion y dilatado teatro de maniobras. De modo que sin pasar por presuntuosos, podemos afirmar que España era entónces la nacion que representaba el progreso práctico, ya que Italia, combatida, como siempre, por las opuestas influencias de Alemania y Francia, no tenía la libertad de accion necesaria para dar vida material á las ideas que brotaban de la mente de sus génios.

Compendiando en pocas palabras la historia del arte en esta época, dirémos que el elemento popular, que se preparaba á la lucha con las aristocracias feudales, nos dió la infantería, los derechos conquistados por los siervos, ayudando á sus señores contra el islamismo, resistiéndole en Occidente ó atacándole en Oriente; crearon los municipios, y con ellos las milicias, base de los ejércitos permanentes; del impulso dado á las ciencias brotó la pólvora, que tan interesante papel habia de desempeñar en beneficio de la civilizacion; con las nacionalidades nacientes vinieron los órdenes tácticos, dando unidad de accion á la masa guerrera y triunfando la sociedad de las individualidades; la fortificacion se preparó á satisfacer las nuevas necesidades de la guerra, de frontera á frontera, que iba á sustituir á la de castillo

á castillo, y la estrategia nacia á la vez que la guerra cambiaba de naturaleza, haciéndose en más vasta escala por poderes sociales de mucha más fuerza.

Así apareció el siglo xv: el mundo se hallaba en pleno progreso y adelantaba en un dia el camino perdido en seis siglos; sólo faltaba poner en armonía los adelantamientos independientes que se habian realizado por impulsos de fuerzas de distinto orígen. Se sabía ya lo que se necesitaba, pero no se tenian los medios materiales de conseguirlo; el Estado luchaba para crearse con las prácticas y las preocupaciones señoriales de seis siglos; el feudalismo estaba en la agonía, pero era la agonía de un coloso que en su estertor sacude y desquicia lo que le rodea. Exhumábase la antigüedad, fantasmas evocados por la imprenta; Grecia y Roma aparecian envueltas en su blanco sudario; el arte volvia á ser la señora del mundo; pero la ciencia humana pasaba por un período de lucha entre la luz y las tinieblas, y chocaban las aberraciones de muchos cientos de años con las ideas de una civilizacion naciente. El arte militar, siguiendo, como siempre, la marcha de los tiempos, aparecia con ese doble carácter, miéntras que se esforzaban en resucitar el órden griego para la nueva infantería; la pólvora iba recibiendo nuevas aplicaciones que impedian hallar en la falange las virtudes de su tiempo; á la vez la caballería reluchaba por conservar su prestigio, y lastimábanse aquellos nobles guerreros de que ya nada valiera el esfuerzo de su brazo ante la bala disparada por un niño. Esta lucha entre la pólvora y la caballería habia de durar tanto como la agonía del feudalismo; la pólvora era un agente material, que por sí solo no podia hacer revolucion en el arte sin que se consumase la revolucion moral; por eso la vemos sin aplicacion á los ejércitos por más de un siglo, y luégo por espacio de otro siglo se aplica defectuosamente sin alterar los viejos métodos de guerra. Por fin, consumóse la revolucion social; aquella nacion que más fuerte presentaba la entidad de Estado y que más hubiera vencido la anarquía feudal, habia de ser la primera en impulsar el arte de la guerra por la nueva senda que indicaban las

nuevas necesidades del mundo al constituirse la monarquía: ésta fué España. Si la razon de necesidad habia creado en Suiza y Bohemia la infantería, el convencimiento la introducia en España á despecho de poderosos intereses y preocupaciones; si la pólvora habia de triunfar, preciso era que recibiera sus más importantes aplicaciones en aquel ejército, que más que otro hubiera terminado la revolucion de sus elementos morales por hallarse ya constituida la nacionalidad. Es verdad que Italia llenaba entónces una mision importante en el progreso humano; ella con España eran las únicas naciones que podian representar las aspiraciones de la humanidad en aquel tiempo; artistas, poetas, políticos, capitanes, brillaban ya en estos pueblos, cuando en aquellos donde el feudalismo se habia aferrado más no brillaban otros hombres que los de esforzado brazo y buena lanza; pero si Italia llevaba sobre España alguna ventaja en fuerza de pensamiento, ésta superaba á su hermana en la aplicacion práctica, porque su fuerza social era mayor por haber elevado la autoridad real á la mision que entónces debia cumplir, y por haber terminado la penosa y lenta tarea de la unidad. Para preparar la nueva marcha del progreso fué preciso el contacto de ambos pueblos, contacto que la guerra se encargó de verificar, y fué preciso tambien que allí acudieran las fuerzas de otras naciones, porque siempre que un gran problema debe resolver la humanidad, la nacion que le plantea se enlaza con las otras por una serie de guerras que no termina hasta la solucion del problema.

En estos difíciles períodos de la historia del mundo, cuando los pueblos se chocan y confunden arrastrados por una fuerza que desconocen para dar uno de esos pasos adelante en la vía de un progreso que presienten sin comprenderle, aparecen siempre hombres que representan la época y que son la personificacion de esas aspiraciones desconocidas; así tuvo Italia á Maquiavelo y España á Gonzalo de Córdoba. Ambos vivian mucho más allá de su siglo; el uno adivinó la guerra del porvenir, el otro la preparó prácticamente; el uno era el profundo político, el otro el eminente capitan; si aquél pudo brillar más porque era el hom-

bre de la teoría y no luchaba con obstáculos materiales, éste tuvo que romper la espesa masa de errores y preocupaciones de época, y trazar la senda no trazada aún. ¿Qué mérito comparado con el suyo tienen los que en pos de él vinieron, arrebatándole la gloria, y no hicieron más que ensanchar y perfeccionar la senda que él abrió? Nosotros no titubeamos un momento en saludar á Gonzalo de Córdoba como maestro de la nueva guerra, y siempre brillará para nosotros su nombre más que el de Nassau, Gustavo Adolfo y otros continuadores.

Gonzalo de Córdoba vivia en un tiempo en que todavía el arte militar no tenía los elementos materiales que necesita para su progreso; las armas eran las de otros tiempos y otros órdenes, éstos no eran ya á propósito ni para las armas que se conocian, ni para las que se anunciaban de disparo; falta de estas ventajas materiales, la táctica se hallaba sujeta á formulistas del renacimiento que se esforzaban en escuadronar geométricamente las masas; arsenales, depósitos, colegios, establecimientos de todas clases, que son la consecuencia inmediata de los ejércitos permanentes y de la unificacion de los Estados, todavía no existian; los ejércitos iban á satisfacer mayores necesidades que hasta entónces; la guerra ya no era cuestion de castillo á castillo, sino de trono á trono; mayores masas activas, mayores espacios que recorrer, más esfera de accion hacian sentir la necesidad de planes preconcebidos, de direcciones friamente trazadas, y la estrategia brotó del cáos de la Edad Media y los grandes capitanes nacieron; pero el progreso en la táctica no era posible, porque faltaban los elementos materiales. A pesar de todo, Gonzalo de Córdoba, que era estratégico profundo, hizo en táctica todo lo que era posible hacer; afirmar á la infantería su puesto sobre la caballería, dar al fuego toda la aplicacion que entónces se le podia dar, y dictar las bases fundamentales de los ejércitos permanentes, cuya era empezaba.

Explicando en una sola frase el progreso del arte militar en este tiempo, dirémos que adelantaba en cada uno de sus elementos buscando la armonía de todos ellos; las tres armas apa-

recen, la importancia y la mision de cada una se deslinda, sólo falta combinarlas; los ejércitos permanentes nacen, sólo falta fijar sus bases; resucitan los antiguos órdenes, sólo falta modificarlos en relacion al fuego; las ciencias exactas y naturales están en progreso; la geografía y la historia es el estudio que domina, y esto nos da ingenieros y artillería, y la estadística, que olvidada desde los Césares, vuelve cuando vuelven los Estados, sirve de base á doctrinas estratégicas, eleva las marchas á la importancia que deben tener, y crea, por consiguiente, los Estados Mayores.

Una vez dado este impulso, ya no podia detenerse el arte; á medida que la sociedad adelantaba en su constitucion, adelantaba en la suya la fuerza pública; creóse el derecho de gentes; se legisló la guerra; los ejércitos llegaron á ser un instrumento en manos de la ley y no de individualidades; se dictaron deberes á las tropas y se las garantizaron derechos; aparecieron los uniformes, y con ellos la disciplina, y así fueron sucesivamente perfeccionándose los elementos constitutivos morales de la fuerza á la vez que se perfeccionaba la legislacion del Estado.

La misma marcha ascendente seguian los elementos materiales; las máquinas de guerra se aligeraban; la caballería, despues de titubeár algunos años entre el arma blanca y la de fuego, comprendió que su fuerza es ofensiva y debia preferir la blanca; la infantería fué proscribiendo gradualmente todo órden exclusivo, y llegó á convencerse de que unas veces obra preparando, otras resolviendo, para lo que necesita dos órdenes, uno ofensivo, otro defensivo, y maniobras de transicion del uno al otro, y esto hizo progresar las tácticas elementales. Por aquel tiempo las ciencias tomaron un poderoso vuelo, y la guerra, siempre ansiosa de descubrimientos, utilizó todo lo nuevo que veia; así la artillería, la fortificacion, la táctica de sitios y la castrametacion entraron en un período de creciente desarrollo hasta satisfacer las nuevas necesidades de la táctica combinada de las tres armas.

España se cansó de la ímproba tarea que cumplia, y entregó á la Francia la bandera del progreso. El derecho de las hembras

habia dado la corona á la casa de Austria, y la casa de Austria importó nuevos intereses y dió el tono á nuevas costumbres no españolas. Para matar los restos del feudalismo, que sin duda le creyó tan fuerte como en Alemania, y para imponer una violenta y pronta unidad nacional, arrolló derechos tradicionales y libertades que los pueblos se habian merecido en su cruenta guerra de siete siglos, derechos y libertades sancionadas y respetadas por la inolvidable casa de Castilla. Precipitándose por esta pendiente los reyes de Austria, gastaron los principios de vida nacional sin sustituirlos por otros nuevos, hasta que España, débil, postrada y envejecida, cayó á los piés de Luis XIV; desde aquel momento el cetro del mundo pasó á otras naciones, y la que ántes habia marchado á la cabeza no pudo hacer otra cosa que imitar torpe y perezosamente los adelantamientos que otros pueblos hacian.

En el arte de la guerra se fueron introduciendo mejoras en la táctica, pero en la organizacion política de los ejércitos no se adelantó un paso, como no se adelantaba en la del Estado. La bayoneta, más tarde la baqueta de hierro, la supresion de las picas, la diminucion del fondo á tres filas, la mayor movilidad de la artillería, la creacion de la de á caballo, la union combinada con la máxima velocidad en la caballería, fueron los adelantamientos que unos en pos de otros se hicieron desde los mariscales de Luis XIV á Federico de Prusia, y en tiempo de este rey llegó á todo su apogeo la táctica elemental.

Habia amanecido para el poder real, victorioso del feudalismo, el dia del abuso; Luis XIV habia dicho: «El Estado soy yo», y esta célebre frase caracterizaba, no su política, sino la política de todos los soberanos de la época. Partiendo de tan falso principio, la unificacion de los Estados se viciaba porque se habia creido que la unidad consistia en agrupar informemente, bajo un mismo cetro, fragmentos de nacionalidades rotas, distintas en orígen, leyes y costumbres, y conservando estos trozos siempre las mismas diferencias. Para sostener esa revuelta masa que constituia cada imperio, se necesitaba dar á todo la vida ficticia

que dan los privilegios; los habia para las provincias, para las ciudades, para las clases, para las corporaciones, hasta para las individualidades, y cada fuero en su círculo invadia el de los demas provocando escisiones y odios de persona á persona, de clase á clase, de provincia á provincia, que rompian moralmente la unidad, por más que materialmente existiera representada por la corona.

Esta situacion política se reflejaba en el ejército: en medio del progreso táctico y del adelantamiento en las armas, hijo del de las ciencias físicas, progreso material, independiente de las condiciones morales del individuo y de la constitucion de la masa, era cada ejército un conjunto tan abigarrado como la nacion de donde procedia. Los cuerpos, los destinos y las clases disfrutaban distintos fueros que se chocaban y repelian entre sí; cada una de las tres armas se dividia y subdividia en cien institutos rivales; volúmenes enteros de leyes y reales cédulas no bastaban á fijar las reglas de tan complicada etiqueta, ni á señalar á cada cuerpo su puesto de honor en las paradas y besamanos; la desarmonía de las clases sociales se habia llevado tambien á las clases militares, y la indisciplina reinaba entre los oficiales á la vez que el terror en los soldados. Aquellos bravos granaderos de Federico eran castigados cruelmente por la más mínima falta, y el lazo que les unia á la bandera no podia ser el amor á la gloria, que no comprendian, ni el entusiasmo, que está reñido con la dureza de mando, ni el amor á la patria, ni, en fin, ningun otro resorte moral, sino únicamente el miedo á la vara del cabo. La policía se llevó hasta el rídiculo; el órden, el silencio y la inmovilidad hasta el tormento; á la voz de «á formar» el soldado temblaba de miedo, y á la voz de «firmes» se petrificaba; el hombre desaparecia para dar lugar á la máquina, el sér moral quedaba muerto, ya no habia más que un aparato mecánico complemento del gatillo de un fusil.

Al aceptar las demas naciones la escuela alemana, creyeron de buena fe que el secreto de la victoria estaba en las nimiedades de la pequeña táctica, y trasplantóse á Francia, á España, á

pueblos opuestos por su naturaleza á tal sistema, esa dura y cruel disciplina, que si en Prusia tenía su razon de sér, en las demas naciones fué la causa de la muerte de los ejércitos. El servicio de las armas llegó á ser tan odioso para las clases inferiores, que se imponia como castigo, y las clases altas lo tomaban como placer ó mercancía, haciendo de los regimientos una propiedad como lo es una finca.

Siguiendo nuestro paralelo entre el progreso de la sociedad y el del arte de la guerra, le vemos en esta época con las íntimas y claras analogías que siempre; una pésima constitucion en los ejércitos, bajo el punto de vista moral y político, compensada más ó ménos, segun los países, por notables adelantos en la táctica y en las armas; progreso en los detalles; atraso en el conjunto; completa absorcion de la individualidad por la masa; separacion absoluta entre el ejército y el país; dentro del ejército, entre las clases nobles y la tropa, tantos privilegios como uniformes, tantos uniformes como cuerpos; en una palabra, el mismo cuadro que la sociedad presentaba, el mismo fraccionamiento en la unidad, era lo que se veia en aquellas turbas degradadas. El ejército, que habia sido en la Edad Media una reunion informe de individualidades independientes, fué despues pasando al extremo opuesto; una coleccion de autómatas, movidos por niños que hacian de esto un juego, y era preciso que llegára una época en que fuera una sociedad de hombres en la que el individuo, conservando su sér moral, entrase en relaciones con la masa colectiva sin sobreponerse á ella, pero sin que ella le ahogase. Para conseguir esto se necesitaba una violenta sacudida social que conmoviese á la vez al individuo y al Estado, y que alterase radicalmente las relaciones entre el uno y el otro; esta sacudida fué la revolucion francesa.

No es nuestra mision ni bendecirla ni anatematizarla; todo movimiento social de esa importancia trae consigo grandes bienes y terribles males; si se compensan ó no, los tiempos y la historia lo deciden, pero nunca las generaciones que áun se hallan agitadas por la sacudida. Fatalistas en historia, creemos

que todo lo que ha sucedido ha debido suceder; el mundo ha necesitado muchos siglos para saber la razon divina que ha habido en el martirio de los cristianos, en la irrupcion de los pueblos del Norte, en la de las razas de África, y en tantas otras violentas convulsiones por que ha pasado la humanidad; no es extraño que todavía no se distinga bien claramente si los males de la revolucion del 89 tienen compensacion en el porvenir. Concretándonos á nuestro trabajo, la revolucion ha causado en el arte militar otra revolucion más radical y violenta que la causada por la caida de Roma, por el renacimiento de las nacionalidades ó por el descubrimiento de la pólvora. En primer lugar, llamada á resolver, no una cuestion de Estado, sino una cuestion social, universal, de todos los pueblos y de todas las razas, la guerra, que hasta entónces habia sido de frontera á frontera, se hizo continental y marítima á la vez, en una esfera de accion tan extensa como el mundo todo. Ya no se bastaba un Estado para sí mismo, aliábanse y auxiliábanse unos en oposicion á otros, los que representaban el principio nuevo y los que representaban el viejo en ambos continentes. No era una lucha de intereses nacionales, sino de intereses sociales, y todos los elementos de vida de la sociedad contribuian á ella; no se trataba de obligar á un rey á firmar una cesion de territorio, sino de obligar á todo un sistema á dejarse sustituir en las leyes y en las costumbres por otro sistema. Entónces se vieron ejércitos tan numerosos como no se habian visto desde la cuestion de razas, y la guerra salió de las fronteras, donde estaba localizada hacía tres siglos, para dirigirse al corazon de los Estados. De aquí la alta estrategia brotó en toda su imponente majestad; Carnot hizo del mapa de Europa un canevas estratégico, y más tarde Napoleon aplicó un método de ataque envolvente á una línea que se extendia desde las bocas del Pó á las bocas del Rhin, en una extension de diez naciones.

Hemos dicho cómo se habia verificado en el siglo anterior el progreso en la táctica; ahora vemos, como queda indicado, el de la estrategia por las nuevas necesidades que la guerra debe sa-

tisfacer, y sólo falta ponerlos en armonía con el de la organizacion política que los ejércitos han de recibir como forzosa consecuencia del cambio social y de las nuevas relaciones entre el hombre y el Estado.

Enfrente unos de otros se colocaron los nuevos ejércitos con los creados en la ya viciada escuela de Federico; se iba á resolver la cuestion militar eterna entre la disciplina y el entusiasmo, entre el soldado máquina y el soldado inteligencia; se iba á decidir si vencen las masas donde se ahoga la personalidad ó las masas agitadas por las pasiones de cada uno y de todos los individuos; se iba á estudiar dónde hay más fuerza guerrera, si en el impulso dado por la ley fria, severa y descarnada, ó en el dado por las costumbres agitadas y revueltas y por la idea por que se lucha; se iba á conocer cuál es mejor hombre de guerra, si el asociado á la causa ó el que la desconoce y se bate porque se bate, porque ve que otros lo hacen y porque se lo manda su cabo.

La revolucion francesa está caracterizada, más que por otra cosa, por un sentimiento de unidad llevado hasta la exageracion; sentimiento que hacía una guerra cruel á todos los privilegios. Para matar los privilegios que constituian el viejo ejército, fué precisa la muerte del mismo ejército, y de las turbas revolucionarias brotó una fuerza pública enteramente nueva, organizada sobre otras bases, compuesta de otras personas, y movida por otros resortes morales; fuerza tan nueva, que habia de crear nuevos métodos de guerra, y que hija de la revolucion habia de llevar la revolucion en el arte como la llevaba en todo. A la frontera marcharon los hijos de Francia sin distincion de clases y de personas; las iras de la revolucion los impulsaban, y su fuerza táctica consistia, no en la disciplina ni el respeto á leyes transitorias, sino en el entusiasmo patrio y en el entusiasmo revolucionario confundidos en uno. El escuadronamiento geométrico de los soldados alemanes era imposible en aquellos hombres; la resistencia fria y pasiva del soldado de posicion no podia ser la virtud de unas tropas cuya fuerza consistia en el máximo

desarrollo de la actividad de cada uno; los dos bandos eran tan opuestos como lo son la táctica defensiva y la ofensiva, la disciplina, que es esencialmente inerte y fija, ó el entusiasmo, que es esencialmente móvil y activo.

Las consecuencias materiales que se desprendieron inmediatamente de esta situacion moral fueron hacer de las marchas y del movimiento el secreto de la guerra; los rios, las cordilleras y hasta los desiertos fueron pasados, las tiendas suprimidas, el material aligerado, la administracion unificada; la guerra se hizo tan ofensiva, que hasta la defensiva se verificaba en virtud de rápidos movimientos de ataque; el órden abierto como órden donde descuella más la personalidad de cada uno se aplicó hasta la exageracion; el cerrado buscó fuerza en el movimiento, y la línea y la columna abierta, que exige instruccion en los detalles, fué olvidada por la pequeña y ágil columna cerrada, más á propósito tambien para ser inflamada por pasiones del momento. Era, por decirlo de una vez, una guerra nueva, extraña, inverosímil para los clásicos del arte. La victoria fué costosa, porque los franceses eran todavía hijos de la pasion; la Francia se hallaba en el período álgido de su calentura, y llevaba hasta el delirio las exageraciones de su escuela; pero cuando se consiguió ceder algo del entusiasmo, y dar algo á la disciplina, la victoria se consiguió, y los viejos ejércitos fueron batidos en campañas de tres dias.

Mas áun no habia llegado el momento del triunfo para los principios proclamados en 89; la Francia habia ido muy léjos, y al retroceder se halló con las demas naciones que avanzaban; en pos de una série de guerras de propaganda revolucionaria, vino otra série de guerras, donde ya no se discutian intereses sociales sino como adjuntos á intereses nacionales, ó lo que es más mezquino aún, á intereses de familia. La Francia se habia batido primero por una idea, luégo por su poder nacional, y por último, por el poder exclusivo y personal del soldado que habia subido al trono de Carlo-Magno; ante la razon filosófica de la historia, la Francia debió ser vencida y lo fué; para entónces ya sus ejércitos habian vuelto á la vida de los privilegios, ya habia

Guardia imperial, ya la disciplina mataba al entusiasmo, y se iba haciendo de dia en dia más severa, cuando la marcha opuesta era la que seguian las otras naciones. Por último, Napoleon, última individualidad de otros siglos, sucumbió ante la España y la Rusia, primeras colectividades de los siglos del porvenir.

Si nos detuviéramos en este período algo más de lo que nos es dado, probaríamos que el progreso del arte militar en este tiempo ha sido en organizacion y en estrategia, es decir, en la idea de la guerra y en la idea del ejército; todo lo demas, el hecho, la materia, ha quedado subordinado á esto buscando satisfacer nuevas necesidades entre los pueblos. Así la fortificacion como fuerza inerte, en una época en que la fuerza está en la actividad, no ha progresado con igual rapidez que en los siglos anteriores; en cambio la administracion se ha unificado y simplificado, aunque no tanto como en el porvenir sucederá; los ejércitos se han hecho una verdadera fuerza nacional, á la que contribuyen todas las clases y personas; las relaciones entre el poder civil y militar se han deslindado y señalado con tanta claridad como es posible en una época de transicion política como en la que nos hallamos; las guerras se han hecho más cortas y decisivas; la castrametacion, ménos cómoda pero más táctica, más guerrera; en la táctica de detalle se ha sacrificado lo bonito á lo útil, y en todo, por decirlo de una vez, se ha universalizado la guerra, haciéndola servir á intereses de sociedad y no á intereses de persona.

Para satisfacer esa tendencia ofensiva que tiene la guerra desde la revolucion, ha sido preciso aligerar los ejércitos, porque los espacios que hay que recorrer son mucho mayores; se han visto líneas de operaciones desde París á Moskow apoyadas en una base de mar á mar, y tan vasto plan ofensivo exige combinaciones políticas y administrativas muy superiores á lo conocido hasta el dia. Por otra parte, los instrumentos de muerte no han progresado, sino progresando á la vez la industria y las artes, y, por consiguiente, las relaciones y las comunicaciones entre los pueblos. Cuando la guerra ha llegado á tan vasta esfera, se ha encontrado con agentes que favorecian indistintamente la ofensa

ó la defensa; tales han sido el vapor, la telegrafía, el rayado de las armas, la nueva y poderosa fuerza de la imprenta, las nuevas relaciones entre los pueblos y los soberanos, entre los gobernados y los gobiernos.

Hé aquí cómo nos hallamos en una nueva época de transicion, y las guerras posteriores á 1815 no son más que ensayos de la guerra del porvenir, en la que se fijarán las relaciones de la ofensiva con la defensiva ante el estado del adelantamiento político y científico de las naciones modernas. Así se explican esa guerra de Crimea, de tanto lujo en los medios y de tan pobres resultados militares ; esa guerra de Italia, en la que no se ha visto una victoria militar absoluta, en la que nunca el vencido se ha retirado á más de dos leguas del vencedor, y nunca el vencedor ha conservado fuerza para perseguir al vencido á más de cien pasos del campo de batalla ; esa guerra interminable de los Estados-Unidos, en la que no se ve otra cosa que batallas sin resultado y marchas sin objeto, sin que se sepa dónde se inclina la balanza ni cuál de los dos ejércitos lleva más garantías de victoria.

En tanto, la decadencia de la caballería va precipitándose de momento en momento ; la artillería, en sentido opuesto, progresa buscando una fuerza ofensiva, que jamás puede tener ; la infantería, colocada entre dos principios opuestos, se complace en órdenes y maniobras resolventes que ella por sí sola no puede cumplir ; á las batallas no siguen las persecuciones, sin las que la guerra no es otra cosa que un estéril sacrificio ; el lujo de movimiento y máquinas hace que se complique la accion de la guerra ; las reservas no saben dónde situarse y se lanzan demasiado pronto, y en la constitucion moral de los ejércitos, las todavía poco deslindadas relaciones entre la sociedad civil y la militar hace que las tropas tengan distinta fuerza moral, segun es distinta la causa por que se baten.

Este es hoy el estado del arte de la guerra ; si una nueva cuestion social arma los pueblos los unos contra los otros, la victoria quedará por aquel hombre ó aquel pueblo que sepa hallar una fuerza táctica ofensiva en armonía con la ofensiva estratégica

hoy llevada á todo su empuje; entónces el rayado de las armas, la direccion de los cohetes, el vapor y el telégrafo, que son los grandes progresos de la época, recibirán la verdadera aplicacion que hoy se desconoce; mas para esto será preciso que se dé á los ejércitos la nueva moral militar que la nueva organizacion social exige, y que se fijen las relaciones entre el Estado y la fuerza pública, entre el ciudadano y el Estado, mal fijadas aún.

Hemos tratado de presentar en este ligero cuadro la senda por donde ha marchado el progreso del arte militar á la vez que el progreso social; al mismo tiempo hemos tratado de dar á conocer la base de que hemos partido para fijar nuestro criterio: ahora, en los capítulos siguientes, nos detendrémos algo más en el exámen de cada época, y si nos hemos equivocado al escoger el punto de vista, los hechos de los siglos decidirán. Insistimos, sin embargo, en que para abrazar en pocas palabras tamañas cuestiones, y recorrer de una sola ojeada todo el vasto panorama de la historia del mundo, es preciso sobreponerse á pasiones de escuela y pasiones nacionales; comprender que el hombre es esencialmente móvil y múltiple; que de la idea á las manifestaciones materiales del hecho hay una inmensa distancia que recorrer; que cada tiempo y cada pueblo exige formas distintas en su civilizacion, y que todas las instituciones humanas han tenido una virtud de época, virtud que se convertia en crímen cuando la época pasaba.

Así, colocados muy por encima de las pasiones del momento, apreciarémos en una misma línea á los guerreros de la vieja Castilla, á los tenientes de Felipe II y á los mariscales que brotaron de las urnas revolucionarias en los arrabales de París; tres grupos distintos, tres formas sociales distintas, hasta opuestas, pero que representan tres etapas en la marcha de los tiempos; y del mismo modo no odiarémos lo viejo ni temerémos lo nuevo, convencidos de que el feudalismo y la monarquía pura, y los gobiernos populares, y todas las consecuencias que se desprenden de estos tres sistemas, han tenido su justa razon de ser y su mision en el progreso humano.

CAPÍTULO II.

PUEBLOS ANTIGUOS.

I.

Griegos.

Las dimensiones que nos hemos propuesto dar á este libro no permiten extendernos en la Historia antigua sino lo suficiente sólo para juzgar y conocer los hechos de la moderna, apreciándolos en relacion á las necesidades de nuestra época y á la forma de nuestra sociedad. Los ejércitos tienen hoy una muy distinta mision de la que tenian en los siglos medios y en los antiguos, y las relaciones entre la familia militar y el Estado son otras de las que ligaban á los siervos con los caballeros de la edad de hierro, ó á los ciudadanos con los guerreros de Grecia y Roma. Aquellas sociedades, mitad libres y mitad esclavas, en las que el principio dominante podia usurpar al dominado toda la vida social, representaban una fuerza aparente muy superior á la nuestra, relativamente á los tiempos, pero no una fuerza real; la historia no se ha escrito sino para las razas señoras, y en segundo término del cuadro ha dejado á medio bosquejar los esclavos y los ilotas, que daban con su trabajo los elementos de vida material á la raza ciudadana. Nosotros, á la vez amos y siervos de nosotros mismos, constituimos pueblos en que los intereses morales y materiales están más universalizados y confundidos, in-

fluyendo sobre cada uno y todos los ciudadanos de un modo distinto y complicado. De nacion á nacion las relaciones son tambien más íntimas, y los intereses están más entrelazados que en aquellas naciones de más allá de la Cruz, separadas unas de otras por tantas y tan absolutas diferencias de sér; por consiguiente, el estudio de sus guerras y de la constitucion de sus ejércitos no puede ser para nosotros otra cosa que un trabajo preparatorio para de época en época llegar á la revolucion francesa, último movimiento social de los tiempos y verdadera leccion que debemos estudiar detenidamente.

Sírvanos esto de disculpa para los que puedan censurar la precipitacion con que vamos á recorrer las páginas de la historia del arte de la guerra desde los griegos hasta la última forma social derivada del movimiento del 89.

Procedentes del Egipto, pueblo de civilizacion gigante, pero en estado de feto, civilizacion que murió abrumada por su misterioso culto, deshecha por la violenta separacion de las tres castas, en las que la fuerza, la ciencia y el arte se aislaban cada una en sí misma sin establecer jamás entre sí corrientes de vida, vinieron á la Grecia colonias que, nacidas á la vez y bajo las mismas influencias, crecieron igualmente sábias y constituidas de un modo análogo. Cuando llegaron á ser naciones, forzoso fué, en la marcha progresiva de su constitucion, que hubiera entre ellas rivalidades y continuadas luchas; pero su civilizacion, por muy adelantada que fuera, estaba localizada y sin condiciones expansivas para comunicarse á otros pueblos; se habia heredado del Egipto esa abstraccion que separa los hombres como separa los Estados, y ninguna de las pequeñas naciones de Grecia podia dominar á las otras ni en el campo de las ideas ni en el campo de los hechos. Al contrario que en nuestra época, que cuando la guerra estalla entre dos poderes sociales es porque cada uno de ellos quiere sobreponerse al otro, en Grecia se limitaba el impulso de la lucha á no dejarse sobreponer, pero sin aspirar tampoco al dominio. Consecuencia legítima de esto, los griegos nunca pudieron fundirse en una gran unidad nacional; sus ejércitos

fueron pequeños y sus órdenes defensivos. Así se nos explica perfectamente la constitucion y la táctica de aquellas tropas, tan distinta de la de Roma y de la nuestra.

La defensa de la patria era el primer deber del ciudadano, y hasta tal punto se llevaba este principio social, que desde la edad de veinte á sesenta años eran todos llamados á las armas, prefiriéndose los más ricos, los más notables por sus virtudes cívicas y los más jóvenes. Para mandar una tropa que así se constituia, preciso era que los oficiales fueran elegidos por los guerreros y los generales por la asamblea soberana. Las leyes, por eso mismo, debian ser muy severas; al traidor, al desertor y al tránsfuga se le infamaba, se le daba muerte y se le privaba de sepultura en la patria. Las recompensas eran cuanto ménos lucrativas más honrosas; consistian en armas de honor, inscripciones, puestos distinguidos en los juegos, sufragios de gracias y ascensos, y tan sólo á los inútiles por heridas se les señalaban pensiones. En los sueldos hubo muchas alteraciones, segun las necesidades del país y segun las clases llamadas á las armas; pero siempre fueron considerados, más que como paga, como indemnizacion; por término medio, el guerrero recibia diario un valor equivalente en moneda nuestra al de seis reales; doble ó triple el de caballería; el oficial, segun fuera de una ó de la otra arma, doble ó triple que el guerrero; el general, cuádruplo y un tercio en el botin de guerra; los otros dos tercios se distribuian en proporcion á los sueldos entre todos los individuos del ejército.

No extrañarémos que una fuerza así constituida diera ejemplo para la guerra defensiva de eminentes virtudes militares, pero si otra hubiera sido la mision de Grecia, sus tropas alejándose de su patria hubieran gradualmente perdido su moral; por eso notamos que, si los romanos sabian vencer y dominar más que los griegos, nadie ha superado á éstos en saber morir sin abandonar su puesto de honor. Si esto sucedia así por las condiciones defensivas de su constitucion política y por sus virtudes militares resistentes, la táctica y las armas derivadas de esta constitucion debian satisfacerla con el auxilio de sus elementos materiales.

Efectivamente, lo primero que notamos es la importancia de la infantería sobre la caballería, á pesar de ser los lacedemonios los más antiguos jinetes del mundo; las armas defensivas fueron llevadas á la mayor perfeccion posible en aquel tiempo, haciendo considerar su pérdida como una infamia; las ofensivas eran largas, porque éstas son las más á propósito para la defensa á pié fijo, las formaciones profundas, resistentes y poco movibles, las tropas ligeras poco apreciadas y mal escogidas.

Tenian los griegos tres clases de infantería: los *oplitas*, armados de pica y espada, defendidos por casco, coraza, broquel y botines guarnecidos, eran la tropa elegida como de fuerza resistente; á ellos seguian, armados con picas más cortas, escudos más pequeños, y sin coraza, los *peltastas*, tropa de línea ménos pesada que los *oplitas* y ménos ligera que los *psilitas*, de donde se sacaban. Estos últimos no tenian armas defensivas, ni más ofensivas que la saeta y la honda, y su método de combate era á la desbandadada, cubriendo el frente y los flancos de la falange, molestando al enemigo, hasta que la accion se empeñaba, y persiguiéndole despues de vencido.

Habia dos clases de caballería, al contrario que en nuestros ejércitos, donde se reconocen dos de infantería y tres de aquella arma, lo que prueba cuánto los griegos analizaban los elementos defensivos y cuán poco se cuidaban de los ofensivos. La pesada *catafracta*, tenía por armas ofensivas lanza, espada y venablo, y por defensivas un gran casco, un escudo y láminas de metal ó cuero en los muslos y brazo derecho. La caballería ligera, que mejor debiera llamarse caballería irregular, usaba indistintamente la lanza ó el arco, y no contaba sino con malos jinetes y malos caballos.

Hasta la decadencia de su ejército no usaron los griegos máquinas de guerra; tan cierto es que la señal más evidente de la muerte del poder militar de un pueblo es ver al hombre esforzarse en dañar á mansalva más con el auxilio de aparatos y máquinas que con su esfuerzo personal.

La relacion de estas tropas entre sí era la de una mitad de

oplitas por una cuarta parte de *peltastas* y otra de *catafractas* y tropas ligeras, y su órden de formacion estaba fundado sobre el número cuatro y sus múltiplos del modo siguiente : la gran falange ó ejército se dividia en cuatro pequeñas falanges formadas en dos líneas próximas, la primera, de oplitas, en diez y seis filas, y la segunda, de peltastas, en ocho; los intervalos entre la primera y segunda, la tercera y cuarta falange eran de veinte pasos, y de cuarenta el intervalo central entre la segunda y tercera. La unidad táctica y orgánica de este órden : el *sintagma*, constaba de diez y seis filas de oplitas á diez y seis hombres cada una; diez y seis *sintagmas* componian la pequeña falange, y por no fatigar al lector con nombres molestos, abreviarémos diciendo que ésta se dividia y subdividia en mitades, cuartas y octavas partes, tomando cada una de estas unidades, compuestas de dos de la especie inmediata inferior, un nombre especial y un jefe. El sintagma á su vez se descomponia en mitades, cuartas y octavas partes hasta llegar á la hilera de diez y seis hombres ó *locos*, y el *locos* en mitades y cuartas, hasta llegar á la última fraccion táctica, que la formaban cuatro hombres, de los cuales uno era jefe. La segunda línea, peltastas, se componia análogamente de múltiplos de cuatro, teniendo en cuenta que constaba de la mitad en número de hombres que la primera, á igual frente y por lo tanto á mitad de fondo ; los jefes de las unidades de especie superior al sintagma se hallaban fuera de fila, pero todos los demas tenian en ella su puesto fijo, y los guerreros se distinguian por distintos nombres, segun el número que hacian en la fila y en la hilera.

Es inútil advertir que en un órden tan compacto como el que acabamos de describir debíase usar el paso acompasado, y aunque esta cuestion está muy debatida, nos inclinamos á creer que en un pueblo artista y en un ejército donde se conocian las músicas era imposible que no se siguiese la cadencia del paso.

Todo el cuerpo de caballería recibia el nombre de *epitagma*, y dividido en dos partes iguales se colocaba en las alas de la gran falange ; la unidad era la *isla*, compuesta de cuatro filas de diez

y seis jinetes cada una. Si los historiadores están oscuros en todo lo que se refiere á infantería, lo están mucho más en caballería, lo que nos afirma en nuestro juicio de que los griegos se cuidaban más de los elementos defensivos que de los ofensivos. Mucho se habla de formaciones en rombo ó triángulo, pero, segun los más prudentes comentadores, esto no es otra cosa sino que, movido el epitagma, los mejores caballos y los mejores jinetes se adelantaban sucesivamente de los otros formando así una punta dirigida al enemigo.

En la misma ignorancia nos hallamos con respecto al mecanismo del combate en infantería: no se comprende, á pesar de la longitud de veinticuatro piés de las picas, qué papel representaban las últimas filas de las veinticuatro de que se componian las dos líneas; pero desde luégo se puede asegurar que los griegos, sacrificando la movilidad á la resistencia, y unidos en casos extremos pecho con espalda, se esforzaban en presentar al frente de combate el mayor número posible de puntas de pica. Los psilitas y la caballería ligera escaramuceaban ántes y despues del choque, guareciéndose en los intervalos y á retaguardia de las líneas durante la pelea, arrojando saetas y piedras por encima de las cabezas de los *oplitas*.

A pesar de todo lo que se ha dicho, creemos que este órden, como nuestro órden paralelo, era más bien de revista que de combate; era la formacion fundamental y orgánica modificada en las batallas por el ingenio ó el espíritu del general: de otro modo no tiene explicacion, porque no ha sido posible nunca la victoria, ni con una defensiva tan absoluta que sacrifique la movilidad y agilidad táctica, ni con una ofensiva tan violenta que sacrifique el órden y la union; y los griegos, en sus jornadas de gloria, nos presentan batallas concluidas, movimientos de avance y retirada hábil y prontamente dirigidos, marchas y evoluciones imposibles de realizar en una masa de veinticuatro hombres de fondo y mil veinticuatro de frente.

Para afirmarnos más en esta opinion, dirijamos una rápida ojeada á los hechos de armas más notables de los ejércitos de Grecia.

II.

Epaminóndas.

En otro siglo y en otro teatro la figura de Epaminóndas hubiera llenado el mundo ; pero no son los héroes de las guerras civiles los llamados á gozar de la gloria imperecedera y á vivir en el recuerdo de remotos tiempos : su nombre muere cuando su patria ó cuando se funden dentro de ella los poderes que ántes luchaban.

Epaminóndas , génio creador, poseia el instinto de la gran táctica, y abarcaba con la ojeada militar de los grandes capitanes el campo de batalla ; rápido en sus concepciones, enérgico en sus movimientos, descubrió pronto el secreto de la victoria, y comprendió, ántes que ningun otro general, que para vencer basta vencer en el punto capital, rehusando el combate en los demas; así creó el órden oblicuo en Leuctria, y ha sido el primero que ha adoptado para marchar el órden de combate, como sucedió ántes de Mantinea, donde supo morir en los brazos de la victoria.

Contaban los tebanos en Leuctria la mitad de fuerza que sus enemigos los lacedemonios; ambos ejércitos se extendian en líneas paralelas , y la caballería tebana, no colocada en las alas sino delante, cubria la falange de la izquierda opuesta á la caballería espartana, que se hallaba formada asimismo delante de la falange de la derecha.

Reflexionó Epaminóndas que, siendo sus fuerzas inferiores á las del enemigo, sólo podia conseguir la victoria haciéndose superior en un punto de la línea y rehusando los demas; porque si, por el contrario, aceptaba el choque, segun era costumbre hasta entónces , en toda la extension del frente, sus alas, rebasadas por la mayor prolongacion de la línea enemiga, igualmente fuerte que la suya en profundidad, se verian pronto envueltas en un círculo de hierro. Para evitarlo reforzó la falange de la izquierda

con filas del centro y derecha, y la protegió con un cuerpo escogido de trescientos juramentados, y en tal disposicion marchó de frente en escalones contra la derecha espartana. Toda maniobra nueva tiene, ademas de la fuerza que en sí misma pueda tener, la que le da la novedad y la sorpresa, porque aturde al enemigo que, suspendiendo su accion hasta comprender como el ataque se le dirige, pierde tiempo y el tiempo gana las batallas. Los lacedemonios opusieron á la cuarta falange de los tebanos su primera débil, y la resistencia no fué posible; la caballería, arrollada por la enemiga, se precipitó sobre su infantería desordenándola; los trescientos doblaron la retaguardia, y la cuarta falange, por un simple giro á la derecha convirtiendo el fondo en frente, se lanzó sobre el flanco derecho enemigo, barriendo la línea espartana en toda su extension hasta la izquierda, sembrando de cadáveres el campo, triunfando la inteligencia del número, el órden oblicuo, dictado por la ciencia, del órden paralelo, que nace con el instinto de la guerra.

Mantinea ofrece más accidentes, y por eso el génio de Epaminóndas pudo brillar más en esta jornada. Avanzó sobre el ejército aliado de los lacedemonios y atenienses, ya en el órden en que se propuso combatir, con la caballería en las alas y la derecha reforzada con la célebre *cuña* que en Leuctria le habia dado la victoria. Llegado al campo de batalla, hizo ocupar por algunos escuadrones y tropas ligeras unas colinas que dominaban la derecha enemiga, compuesta de atenienses; con su caballería sostuvo en jaque la contraria, en tanto que hacía conversar toda su línea sobre la extrema izquierda, lanzando su costado saliente; la derecha, reforzada sobre la izquierda y centro de los lacedemonios, precipitándose sobre esta falange y rompiéndola, miéntras que la caballería tebana de esta ala ponia en rota batida á la espartana. La victoria fué absoluta; el enemigo huyó en el más espantoso desórden; pero se hizo pagar cara su derrota, porque Epaminóndas, herido de una saeta, murió á las pocas horas coronado con el laurel del triunfo.

Órden oblicuo, órden de marcha preparatorio para el órden de

combate, formacion fundamental orgánica, unidades tácticas simples y compuestas, marcha acompasada, leyes militares y virtudes que sean garantía de la fuerza pública es lo que debemos á los griegos, y muy particularmente á Epaminóndas, que personifica el arte de la guerra en su tiempo y es el más acabado tipo del ciudadano y del guerrero griego.

Como vemos, la organizacion militar de Grecia era el más vivo reflejo de su política y de su abstracta civilizacion. Grecia no poseia el talento práctico de aplicacion, sino el talento que crea, que dogmatiza, que señala, para que otros la sigan, la senda que él no puede seguir.

III.

Filopemen.

Más adelante, cuando ya la Grecia viciaba sus antiguas instituciones; cuando ya se veian en aquella sociedad los síntomas de muerte; cuando ya sus ejércitos, faltos de virtudes, querian hallar en las máquinas, en el lujo y en el órden táctico lo que sólo pueden dar las condiciones morales del ciudadano y del guerrero; hubo tambien hombres ilustres que continuaron en el arte militar el progreso iniciado por los antiguos griegos. Filopemen hizo en la tercera batalla de Mantinea la más notable aplicacion práctica del órden al terreno que han visto los tiempos antiguos; ántes de él nadie habia subordinado un vasto plan de batalla á los accidentes topográficos, utilizándolos en provecho propio y daño del enemigo; todos los generales de la antigüedad llevaban sus huestes á llanuras rasas, fiando allí la victoria á las armas y al número; sólo Filopemen perfeccionó el órden oblicuo de Epaminóndas, aplicándolo, no sólo á las fuerzas activas, sino á las fuerzas inertes, al terreno.

La liga de los áqueos hacia la guerra á Macanidas, rey de Es-

parta; Filopemen se puso á la cabeza del ejército, y salió de Mantinea al encuentro de los espartanos, en tres columnas; la de la derecha la formaba la caballería de la liga; la de la izquierda, la caballería auxiliar y tropas ligeras, y la del centro, la gran falange en dos líneas.

Un gran barranco entre dos alturas, dejando una salida franca entre su extremo y la altura de la izquierda, era el terreno que habia al frente de batalla. Filopemen no quiso colocarse á vanguardia del barranco, comprendiendo lo peligroso que es dejar un obstáculo de tal naturaleza á retaguardia de una línea de combate, y prefirió lanzar por la salida la columna de la izquierda, quedando con el centro y derecha protegido por la hondonada. A pesar de ser este plan el más aceptable para aquellas armas y aquel terreno, habia en él, sin embargo, el grave defecto, que pudo traer para los áqueos funestas consecuencias, de que la línea quedaba rota, é interceptada la izquierda del resto. Macanidas lo comprendió así, y opuso á la avenida toda su caballería y el grueso de su fuerza, dejando el resto y las máquinas para molestar con armas arrojadizas el frente protegido por el barranco. La carga de Filopemen no pudo ménos de ser rechazada desastrosamente; pero Macanidas, impetuoso é irreflexivo, se lanza en una imprudente persecucion hasta las puertas de Mantinea, y entre tanto Filopemen cierra con su infantería la salida y destruye los impotentes esfuerzos que hace la falange espartana por forzar el barranco. Al regresar Macanidas, se halla cortado y con su falange deshecha, y al querer abrirse paso, espada en mano, para reunirse con su línea, paga con la vida y la derrota su imprudente persecucion.

Hay en esta batalla por ambas partes graves faltas: en Filopemen, la de destacar su izquierda rompiendo la línea; en Macanidas, la de persistir en una persecucion que, si se hubiera detenido en la misma boca de la salida, en tanto que la falange forzaba el frente, hubiera dado por resultado la derrota de los áqueos, que, débiles en su centro y derecha, no podian resistir á la falange espartana, ó si se esforzaban contra ella, se veian

envueltos de reves por la caballería de la derecha. Si en general se dice que «al enemigo que huye, puente de plata», nunca es tan exacto el proverbio como en los campos de batalla. Es una regla absoluta, y su olvido ha dado siempre por resultado grandes catástrofes, la de que miéntras quede un enemigo en línea de combate, si se ha conseguido poner en fuga otra fuérza, la tropa perseguidora debe suspender su persecucion y revolverse contra el que quede en pié; de lo contrario, se ve expuesta, cuando vuelve victoriosa, á hallarse batida por estar en derrota sus compañeros.

A pesar de todo, ambos adversarios dieron muestras de pericia considerando la importancia del barranco y escogiéndole como línea de defensa, lo que prueba que estudiaron el campo y se propusieron un plan aplicado al terreno, cosa pocas veces vista en las guerras de la antigüedad.

Un estudio mas detenido de los griegos demostraria lo que no hemos hecho más que indicar; esto es, que los iniciadores del arte de la guerra, los que primero han dado á la inteligencia y al hombre moral fuerza de combate sobre el número, han sido los griegos. Mas para que se elevase la ciencia bélica á más altura era preciso un choque en mayor escala entre poderes sociales más fuertes que los de las pequeñas naciones de Grecia. Roma y Cartago disputándose el cetro del mundo nos dan en su obstinada lucha maestros que fijan de un modo inmutable para todo el porvenir los principios fundamentales de la guerra. Es verdad que hay en Alejandro y en Ciro grandes rasgos de génio, y más que todo, osadía y una proteccion decidida de la fortuna; pero de todos modos, estos hombres superiores ó inferiores á nuestra generacion, que esto nosotros no lo sabemos decidir, no pueden ser nuestros modelos. Aníbal, Fabio, Scipion, hé aquí los nombres que bastan por sí solos para llenar la historia del mundo; las bases que estos capitanes sentaron nadie las ha movido impunemente; rivales en mérito, y en la causa enemigos, las victorias de cada uno de ellos son hijas de su inteligencia y no de su fortuna, y en sus batallas no se sabe qué admirar más, si los planes del vencedor ó los del vencido.

IV.

Romanos.

Los romanos ántes de ser nacion eran ejército. Mil aventureros, con un hombre de génio á la cabeza, establecen un campamento fijo en el corazon de Italia, y al poco tiempo sus barracas se convierten en una ciudad que crece y se desarrolla, robando á las ciudades vecinas la vida que á ella le falta. Hijos de la guerra, sólo la guerra podia darles patria y familia, y precisados á combatir para tener lo uno y lo otro, fueron desde un principio para los pacíficos pueblos de Italia unos terribles huéspedes, con los que no habia medio de transigir sino cediendo á todas sus exigencias ó apelando á la razon del más fuerte. Así desde luégo la organizacion que se dió esa banda de aventureros, sin Dios ni patria, fué militar exclusivamente, dividiéndose en fracciones de diez, de ciento, de mil hombres, cada una con su jefe.

Su difícil establecimiento en medio de pueblos, si no más sábios, más constituidos, les obligó á emplear tanto la astucia como la fuerza, ya para conjurar odios, ya para conseguir por el engaño lo que no podian por las armas, y esto hizo de los romanos un pueblo hábil en su política y temible en sus guerras, tanto más temible cuanto que, convencidos de que su independencia no estaba asegurada sino por su energía, de que ceder á sus rivales era morir, jamas suscribian la paz sino despues de la victoria, y aunque se vieran batidos y derrotados, persistian tenaces en la guerra.

Ademas, pueblo vírgen, sin historia ni tradiciones que respetar, cera blanda donde podia imprimirse todo lo nuevo y darle la forma más conveniente á sus fines, se constituyó desde luégo con una fuerza atractiva que ningun pueblo ha podido tener, siendo por eso mismo el más apto para representar el progreso

de su tiempo. Patria, familia, culto, armas, ciencias, artes, política, nada era suyo; todo debian tomarlo ó imitarlo de los pueblos con los que se ponian en contacto, y todo se aceptaba sin esfuerzo, porque nada luchaba con preocupaciones de orígen ó con costumbres tradicionales, y todo, al ser admitido, recibia la modificacion que exigia el modo de ser de un pueblo que por tan penosa infancia pasaba. Este carácter siguió en el curso de toda su historia, y en el auge de su grandeza no se desdeñaban los romanos de aprender y copiar de los mismos pueblos que vencian; así aprendieron de los griegos el arte de la guerra, ó mejor dicho, los griegos les inspiraron la idea para crear ellos el arte de la guerra; así de los cartagineses la marina, de Pirro la castrametacion y la ciencia de las posiciones, de Aníbal la estrategia, y de los númidas la caballería; así tomaron la lanza de los catafractas, la espada de los españoles; de los cartagineses la galera, que perfeccionaron con el cuervo.

Al revés que Grecia, y con una mision providencial distinta, Roma estaba constituida para la accion exterior, tanto como Grecia para la interior; su vida social consistia en adquirir; sin adquirir hubiera muerto, porque nada suyo tenía, y Grecia, por el contrario, debia conservar; Roma habia de penetrar en el corazon de todos los pueblos para ser entre ellos una corriente de vida, así como Grecia era el manantial de esa corriente y todos los pueblos habian de ir á ella; Roma, por lo tanto, habia de ser activa y ofensiva en política y guerra; Grecia, pasiva, defendiendo sus hogares y custodiando el fuego sagrado que debia legar á otras generaciones.

Esta consideracion nos dará luz para comprender el sistema militar, la composicion de las tropas y la táctica romana.

Tampoco Roma llamaba en defensa suya sino á la flor de los ciudadanos. Reunido el pueblo en el Capitolio, los tribunos, por turno, elegian hombre á hombre de cada tribu entre los de diez y siete á cuarenta y cinco años, y que poseyeran una propiedad de valor, equivalente en moneda nuestra á tres ó cuatro mil duros. Despues de prestar juramento de obediencia, pasaban los lla-

mados á constituir las legiones ciudadanas; pero ademas exigia Roma de las ciudades aliadas nuevas legiones, y de los pueblos vencidos un contingente de tropas que empleaba en otras campañas; y como era una ley de su política no comprometerse en dos guerras á la vez, contaba siempre entre ciudadanos, aliados y auxiliares con fuerzas muy superiores á las de sus enemigos.

La primera base política de este ejército era una terrible disciplina; imponíanse castigos crueles, y se concedian al superior derechos tan respetables, que el general mandaba dar muerte á cualquiera individuo, sin sujetar su fallo á tribunal alguno. La bárbara costumbre de diezmar las tropas que se rebelan ó que huyen, y el horrible abuso que se hace de la pena de muerte en las leyes militares, se lo debemos á Roma. Las faltas leves se corregian, imponiendo trabajos de utilidad al ejército, y ademas los centuriones podian dar palos, usando precisamente fresno para los auxiliares y sarmientos para los ciudadanos; otra cosa se hubiera considerado como una deshonra.

En cambio de tanto rigor, las recompensas eran fastuosas y magníficas. El *triunfo* se concedia al general que habia logrado difíciles victorias; la *ovacion* era un triunfo más en pequeño; la *corona mural* se ceñia al que primero forzaba la brecha en un sitio; la *vallar*, al que ponia primero el pié sobre el atrincheramiento enemigo; la *cívica*, al que salvaba, con peligro de la suya, la vida de un romano ó de un aliado; la *obsidional* al que socorria una plaza ó cuerpo de tropas en peligro, y á manera de nuestras condecoraciones se premiaban otros hechos distinguidos, con brazaletes, collares, divisas y regalos de honor.

Tan guerreros como ciudadanos, la guerra era para los romanos, no un oficio, sino un cargo municipal, y ni las recompensas podian ser lucrativas, ni los sueldos otra cosa que una indemnizacion, indemnizacion que no se dió sino cuando las necesidades obligaron á llamar á las legiones, proletarios, libertos y áun esclavos. Entónces el sueldo, desde un valor equivalente en moneda nuestra al de cinco cuartos, fué subiendo hasta llegar en los últimos tiempos del Imperio á seis reales, de los que se pagaban

armas, vestuario, víveres y tiendas. Sóbrios y de costumbres austeras, tanto como luégo fueron muelles y regaladas, eran los romanos ricos en su pobreza; su lujo consistia en la gloria, y contrastaba la sencillez de sus embajadores y cónsules con el fausto de los magnates de las naciones vencidas.

En armonía con la forma política, los grados del ejército se conferian por eleccion ó sufragio, y obedeciendo en esto á los dos principios rivales que lucharon por espacio de tantos siglos en aquella sociedad, patricios y plebeyos, segun predominaba el uno ó el otro, así el ejército fué más ó ménos aristocrático hasta los tiempos de Mario, en que llegó á vencer para siempre el elemento popular, preparándose así el cesarismo.

Pasemos ahora á su táctica. Constaba la legion de seiscientos *triarios*, tropa veterana, escogida por su acreditado valor en otras campañas, mil doscientos *príncipes*, gente robusta y vigorosa, y mil doscientos *hastarios*, que era la última tropa de línea. Las armas defensivas de todos consistian en un gran escudo de tablas y cuero reforzado con aros de metal, un peto de bronce, casco, y un botin de hierro para defender la pierna derecha, que era la que avanzaba en la esgrima. Las armas ofensivas, espada que se usaba para defensa individual, ó en la pelea despues de rechazado el adversario, y como arma de línea, una pica corta en los príncipes y triarios, y una lanza más larga en los hastarios, que eran los que primero chocaban con el enemigo. Completaban la legion una tercera parte, poco más ó ménos, de *velites*, gente bisoña y jóven, armados á la ligera, con una adarga por defensa, siete jabalinas y espada como armas ofensivas.

La unidad de fuerza de la legion, el *manípulo*, si era de hastarios ó príncipes, se componian de ciento veinte hombres en diez filas, y si de triarios, de sesenta en las mismas diez filas. De fila á fila y de hombre á hombre habia la distancia de tres piés, necesaria para el manejo de las armas. El manípulo se dividia en dos centurias y le mandaba el centurion más antiguo; éstos se colocaban á derecha é izquierda en primera fila, cubiertos en la décima por dos guías escogidos.

Formábase la legion en tres líneas; la primera se componia de diez manípulos de hastarios con intervalos entre sí iguales al frente de cada uno; la segunda, de los diez de príncipes, cubriendo respectivamente á los de hastarios, y la tercera, que, más que tercera línea, era una preciosa reserva, la constituian los diez de triarios á retaguardia de los intervalos. La distancia entre las líneas variaba de sesenta á trescientos piés, segun los casos.

La caballería, muy mala en un principio, como formada del desecho de la infantería, estuvo con esta arma en la relacion de uno á diez en los primeros siglos; pero despues fué gradualmente adquiriendo importancia, aumentó su número, escogió sus hombres con preferencia, perfeccionó su armamento tomando de los catafractas la lanza, y por último, se hizo una institucion social aristocrática, llegando á ser el título de caballero superior al de ciudadano. La unidad de fuerza, la *turma*, la formaban treinta y dos jinetes en cuatro filas, á distancia de cinco piés entre las filas y las hileras. Cada legion estaba dotada con trescientos caballos, y un ejército consular se componia de cuatro legiones, las dos del centro romanas y las de los extremos aliadas, de modo que toda la caballería constaba de treinta y dos turmas, que se dividian en dos *alas* de diez y seis, mandadas por un *prefecto*, formando un total de 1.200 caballeros por 12.000 infantes de línea.

Los *velites* no tenian organizacion fija, y se agregaban táctica y administrativamente á los manípulos de línea. Las naciones auxiliares daban la caballería ligera y una gran parte de la infantería.

Cada manípulo ó turma tenía su enseña y la legion el águila.

Ademas de los oficiales de los cuadros, habia un numeroso estado mayor con funciones análogas al de nuestro tiempo.

Ponian los romanos especial cuidado en sus campos y trincheras, y se ejercitaban en esta clase de trabajos, perfeccionándolos hasta el extremo de que más de una vez resistieron encerrados en su campamento por espacio de muchos dias á numerosos enemi-

gos. Aunque no trazaban como nosotros las líneas de tiendas con relacion á las líneas de batalla, podian muy fácilmente formar y moverse en sus calles y organizar la resistencia, cualquiera que fuese el frente-amenazado. Cada soldado llevaba seis estacas, lona para la tienda y víveres para quince dias, lo que le cargaba con un peso de sesenta á setenta libras ademas de las armas.

En tiempo de paz el soldado jamas estaba ocioso; ora se ocupaba en trabajos de trinchera, ora en obras de utilidad pública, y hoy mismo, despues de tantas generaciones, admiramos esos acueductos, caminos, canales y monumentos erigidos por aquellos soldados sóbrios, valientes y sufridos en la guerra, buenos ciudadanos en la paz.

Conocida su organizacion, sólo nos falta explicar su método de combatir.

Rompian la batalla los vélites á la desbandada, por el frente y flancos de las legiones, y cuando se empeñaba la lucha se guarecian en los intervalos de los manípulos, desde donde seguian molestando al enemigo. Los hastarios cargaban haciendo uso de la lanza en el momento del choque, y echando mano á las espadas tan pronto como conseguian hacer fluctuar al enemigo; si, por el contrario, eran rechazados, avanzaban en su lugar los príncipes, que conseguian casi siempre rehacer el combate; pero si tampoco á tal esfuerzo se lograba la victoria, ambas líneas se retiraban hasta los triarios que habian permanecido rodilla en tierra, cubiertos con sus escudos; entónces, esta tropa aguerrida y veterana, flor del ejército y esperanza de Roma, se levantaba de repente, y fundiéndose en las dos líneas, se lanzaban las tres en una sola masa al enemigo, que no podia esperar en el momento supremo tan violenta reaccion ofensiva. Obtenida por fin la victoria, la caballería, con los vélites á la grupa, daba principio á la persecucion, y los vélites, echando pié á tierra cuando convenia, y volviendo á saltar á caballo cuando se veian apurados, acosaban al vencido hasta abrumarle. Otras veces, en medio de la batalla, se veian las turmas precipitarse desde retaguardia por los claros de los manípulos, y preparar ó decidir el

combate con cargas por toda la extension del frente; más tarde, segun fué la caballería adelantando, ya se vieron cargas decisivas en combinacion con movimientos de las legiones.

Rocquancourt, autor muy respetable, pero apasionado hasta la parcialidad por las glorias francesas, duda que los vélites pudieran tan fácilmente ser llevados á la grupa por la caballería, apoyándose en la débil razon de que los ensayos de esta especie que se han hecho en el campo de Boloña no han dado resultado. El autor frances no cree sin duda posible que otros puedan hacer lo que la Francia no puede; esto hace honor á su patriotismo, pero no es una verdad histórica absoluta; por nuestra parte, creemos realizable la organizacion de un cuerpo ligero mixto de doble número de infantes que jinetes, y que combine sus marchas y movimientos contando con el auxilio del caballo.

Admirable mecanismo de combate acabamos de presentar. La legion ha sido el elemento guerrero más activo y el orígen de los sistemas militares de nuestro tiempo; entre la falange y la legion hay la diferencia que entre el escudo y la espada; aquélla, eminentemente defensiva, porque las condiciones del pueblo griego así lo exigian, era impotente para el ataque; ésta, ofensiva por excelencia, es el único órden á propósito para un ejército cuya mision era la conquista: por eso presentaba la legion más movilidad que resistencia, y por eso, al paso que Roma, descendiendo de su poder, se veia precisada á defenderse, la legion fué cerrando sus claros, estrechando sus filas y ganando en fuerza táctica defensiva lo que perdia en agilidad y lo que perdia el romano en virtudes; por último, en tiempo de César, la caballería llegó á toda su importancia, y fué preciso adoptar para la infantería la línea contínua, porque de otro modo las turmas del enemigo, penetrando por los intervalos de los manípulos y revolviéndose contra ellos, los hubieran deshecho.

Una nueva organizacion dió Mario á las legiones cuando ya se precipitaba la decadencia de Roma. Con tres manípulos, uno de cada clase, formó la *cohorte* en diez filas, las cuatro primeras de hastarios, las otras de príncipes, y las dos últimas de

triarios. Cinco cohortes, con intervalos iguales á su frente, componian la primera línea, y otras cinco, á retaguardia de estos intervalos, la segunda. Mucho se ha discutido sobre las ventajas y contras de la cohorte; para unos, el órden de Mario fué el síntoma de la decadencia del ejército; para otros, disminuyendo el número de claros, dió más consistencia á la batalla sin perder agilidad, y ademas el mando se centralizó por la introduccion de una nueva unidad táctica entre el manípulo y la legion; por nuestra parte, no dejamos de conceder ventajas á la cohorte sobre el manípulo, considerados en abstracto como unidades de fuerza; pero están sobradamente destruidas por los males que entrañaba en sí misma esta organizacion. Es verdad que se redujo el número de claros; pero fué aumentando en tres veces la extension de cada uno, y sabido es que no por muchos claros se rompe una línea, sino por uno grande. Ademas, esta amalgama de soldados preferidos con soldados nuevos quebrantaba la fuerza moral á que Roma habia debido sus victorias; sin matar el privilegio se le quitaban sus virtudes, y lo que ántes era un principio de emulacion, habia de degenerar en baja envidia. De todos modos, la supresion de la tercera línea, reserva escogida, fué un error gravísimo, que trajo funestos males. Pero áun concediendo que este órden, tácticamente considerado, fuera perfecto, era nacido de una torcida política, que falseaba la mision que Roma cumplia en el progreso humano. Las ambiciones bastardas, las intrigas de campamento se habian despertado en aquellas huestes, y no fué la cohorte otra cosa que una grada más en la escala de las ambiciones impacientes y una consecuencia de la corrupcion de las tropas. Ya prostituido el ejército despues de las guerras civiles entre Mario y Sila, apareció César, y con su génio guerrero comprendió el mal, pero no estaba en su mano el remedio; volvió á crear las reservas, cerró contra los galos los intervalos en las cohortes, y llevó á cabo otras mejoras materiales; pero en la constitucion moral y política de las tropas nada pudo hacer, y la degeneracion militar de Roma se precipitaba con la de la sociedad. Augusto se olvidó de cumplir la ley que

premiaba con empleos civiles los servicios militares, nutrió las filas de esclavos, admitió en ellas á los vencidos, la carrera militar se hizo odiosa, y ningun ciudadano digno tomaba las armas.

Así de uno en otro, los emperadores, manifestacion viva de la degradacion de Roma, impotentes para el bien, todopoderosos para el mal, no supieron impedir la caida y la muerte de aquel pueblo. El ejército, indigno sucesor del que venció á Cartago, se hizo faccioso, turbulento, insubordinado; sus exigencias se concedian por miedo; terror del ciudadano, escarnio de los enemigos, no se batia sino erizando sus líneas de máquina ó encerrándose en posiciones inexpugnables, síntoma que siempre la táctica da de la muerte del poder militar de un país. La rapiña, la crueldad y las miserables y absurdas ambiciones eran su único móvil.

V.

Aníbal (1).

No nos creemos dispensados de referir, siquiera sucintamente, las principales campañas de este ilustre guerrero, por muy conocidas que sean de los militares estudiosos, porque ellas forman época en la historia del arte de la guerra.

Aníbal es el más acabado tipo del general de todos los tiempos por su hábil política, por su profunda y nueva estrategia y por su irresistible táctica; su génio descuella por encima de todos, porque sus victorias son producto de la ciencia y nada más que de la ciencia; jamas la fortuna las ha decidido. Hijo de la desgracia, era su estrella la estrella funesta de Cartago, que precipitaba su ocaso sobre un monton de escombros calcinados y de ruinas remojadas en sangre; el destino habia grabado en una

(1) Véanse los mapas de Italia que se acompañan.

misma página de su terrible libro la muerte del gran pueblo, la derrota del maestro de la guerra y el triunfo de nuestra raquítica civilizacion sobre la potente civilizacion de África.

Si Napoleon ha necesitado, para que el mundo le perdone y para que su gloria no perezca, los seis años de martirio que la siempre ciega diplomacia le ha concedido como último floron de su corona imperial, más feliz el guerrero africano se ciñó la corona de gloria á la vez que la de espinas, resplandeciente con ese doble fulgor del talento y de la desgracia, con esa aureola de lágrimas y luz que irradia siempre sobre la pálida frente del génio, ora se vea éste representado por un mendigo loco que se llame Cristóbal Colon, ó por un soldado viejo y manco que se llame Miguel de Cervántes.

El ódio de todos los pueblos á Roma se hizo hombre, y este hombre se llamó Aníbal. La voz de su patria, la voz del mundo todo y las afecciones de familia le impulsaron; niño aún, juró este ódio como se jura un culto, y todo el sér moral de este hombre se tradujo en esta sola frase: «¡Guerra á los romanos!» No se batia porque Cartago lo mandase, porque una ciega mayoría lo decidiese; se batia á muerte por sí mismo, en nombre de su patria ó á pesar de ella; esto le importaba poco, y sólo, frente á frente del pueblo rey, trece años sentó sus reales á la vista de la execrable tiranía, rasgándola su manto de púrpura, y el Capitolio tembló en sus cimientos, y el arado hubiera esparcido por las siete colinas los escombros de la insolente ciudad, si las bajas envidias de los intrigantes de tribuna ó palacio no fueran enemigos contra los que el génio honrado no tiene armas que oponer.

Dirijamos, pues, una rápida ojeada sobre los principales hechos del rival de Roma, porque en ellos vamos á contemplar hasta dónde llega el génio cuando lucha con la suerte.

Aníbal, muy jóven aún, se puso al frente del ejército cartaginés en España, y con su acertada y tolerante política, secundando la de su cuñado Asdrúbal, consiguió lo que su padre Amílcar, violento y duro en su gobierno, no habia podido conseguir, domar á los celtíberos. Pero Sagunto, aliada de Roma, resistia tenaz al

poder de Cartago, y sitiada por el ejército de Aníbal, pidió socorro á los romanos, que, comprometidos en guerras contra la Galia Cisalpina y con los ilirios, no quisieron corresponder al llamamiento de los saguntinos. Digna enemiga del jóven guerrero, Sagunto, abandonada á sí propia, se defendió hasta la desesperacion, haciendo los ciudadanos en frecuentes salidas horrible destrozo en el campo de los cartagineses, hasta que despues de un esfuerzo supremo en una última salida, funesta para el sitiador, porque Aníbal resultó herido y su ejército diezmado, los saguntinos, extenuados de hambre y de fatiga, y en la imposibilidad de prolongar la defensa, incendiaron la plaza, y todo el pueblo, hombres, mujeres y niños, se precipitó en la inmensa hoguera, maldiciendo á Cartago, su enemiga, y á Roma, su ingrata aliada.

Destruido este baluarte del poder romano en la Península, Aníbal dulcificó su mando, bajó los impuestos, se casó con una española, halagó por todos medios el espíritu del país, explotó en beneficio de Cartago el despecho que contra Roma tenian los españoles por no haber sido socorridos, y con tales elementos, rota la guerra púnica, se lanzó con confianza á herir al soberbio romano en el mismo corazon de Italia.

A la cabeza de 50.000 infantes, 9.000 de ellos españoles, y 9.000 caballos, pasó los Pirineos, dejando la izquierda del Ebro guarnecida por 12.000 hombres con Hanon, y la derecha por 15.000 con Asdrúbal. Roma no creyó que el jóven cartagines pudiera tener la osadía de desafiar frente á frente su poder, y se contentó con oponer á Aníbal un ejército de 20.000 hombres á las órdenes de Publio Scipion, padre de Scipion el Africano, en tanto que preparaba una fuerte expedicion directamente contra el África.

Aníbal, que comprendia todo lo arriesgado de su plan ofensivo, no quiso dar un paso sin asegurar ántes bases políticas á sus operaciones, y con su habilidad y tacto consiguió para eso las simpatías de los galos. Publio Scipion, que habia traido por mar su ejército hasta la desembocadura del Ródano, no quiso oponer-

se con su débil hueste al paso de Aníbal, ni comprometerse en pueblos tan volubles como siempre lo han sido los que han ocupado esa parte de Europa ; pero tuvo, sin embargo, talento bastante para conseguir que se subleváran las gentes de la ribera y se opusieran á la marcha de Aníbal. Un cuerpo de éste sorprendió, una jornada agua arriba, un paso, y el ejército pasó despues de haber dispersado á los galos ; inmediatamente dispuso Aníbal un reconocimiento, con 500 caballos, sobre el campo de Publio, y chocaron con 300 que con igual objeto habia destacado el ejército romano, quedando la victoria por éstos, rompiéndose así las hostilidades en aquella série de memorables campañas.

A pesar de no tener Scipion más que 20.000 hombres, no debia ser atacado de frente, porque su posicion sobre las gargantas de los Alpes marítimos hacía fácil contra Aníbal la defensa del paso. Teniendo esto en cuenta el cartagines, prefirió rodear los Alpes por los Alobroges, y para eso remontó el Ródano hasta el Saona. En Lyon se rehizo de sus fatigas, interviniendo en la guerra sostenida por dos hermanos que se disputaban la corona, recibiendo en cambio armas, víveres y vestuario y la proteccion de su aliado, que con su ejército cubrió la retaguardia de Aníbal defendiéndole de los Alobroges.

Entre tanto, Publio Scipion, despues de fingir que persigue al enemigo, regresa por mar á cubrir los Alpes marítimos por donde espera el ataque de Aníbal, y manda á España á su hermano Cneyo para sublevar á los celtíberos y tener en jaque las fuerzas cartaginesas que habian quedado en la Península, á fin de impedir que fuera socorrido el ejército expedicionario. Pero Aníbal, rehuyendo chocar de frente con los romanos, mejor situados que él, concibe el atrevido plan estratégico de envolver todo el frente de operaciones, trepando el pequeño San Bernardo y descendiendo al corazon de Italia, tomando de revés al ejército de Publio.

No nos detendrémos á enumerar las dificultades que ofrecian al paso de la cordillera, la estacion, el terreno y los habitantes; los bárbaros montañeses comprometian á cada momento la mar-

cha de las tropas, causándolas numerosas bajas ; ya en la cumbre, el frio entumecia los miembros de los africanos ; la nieve impedia fijar el pié ; á cada paso se perdian despeñados en los abismos hombres y caballos, y para mayor quebranto, cuando ya faltaba poco para vencer la cordillera, un trozo de montaña desprendido cortó la senda que el ejército seguia, y fué preciso practicar otra capaz para los elefantes. Por fin, al cabo de tres dias, los elefantes primero, la caballería y la infantería despues, descendieron por el valle de Aosta á la fértil Italia, tierra de promision de aquellos guerreros, que en cinco meses habian soportado tan duras fatigas y amargas privaciones, y visto perecer enterrados en la nieve á más de la mitad de sus compañeros. 20.000 infantes, de ellos 8.000 españoles, y 6.000 caballos pisaron la Italia. No pasarémos adelante sin hacer notar cómo en todas expediciones que exigen duros padecimientos son los españoles los soldados que más resisten á las inclemencias del tiempo, á la fatiga y al hambre.

Al saber Publio la extraña aparicion de Aníbal en el Norte de Italia, retrocede precipitadamente, pasa el Pó por Plasencia, echa un puente sobre el Tessino para ponerse en comunicacion con el ejército de operaciones contra los galos y oponerse á la marcha de Aníbal, que se adelantaba á su encuentro. En tal posicion chocan ambas caballerías, quedando herido Scipion, que se ve precisado á repasar el Tessino y el Pó, perseguido tan de cerca por la vanguardia de Aníbal, que al cortar el puente del último rio, quedó cortada una gran parte de la retaguardia romana. Aníbal, rápido como el pensamiento, remonta el Pó en dos jornadas dobles, y le pasa por un puente de barcas, sin que el enemigo pueda oponérsele ántes ; al contrario, Publio tiene que repasar el Trebia á toda prisa, dejando tambien, como en el Pó, cortada su retaguardia, y se fortifica en esta orilla, esperando refuerzos que con urgencia habia pedido á Roma.

Sempronio, que estaba destinado para la expedicion de África, recibe órden del Senado de suspender su marcha, y á jornadas dobles incorporarse con Publio. Aníbal no se opuso, porque tam-

bien, débil y fatigado despues de seis meses de marchas y combates, necesitaban algun alivio, más fuerzas y una base estable. Para conseguirlo, empleó hábilmente su tiempo de inaccion en cimentar con los galos alianzas que le habian de poner en situacion de afrontar toda la ira de Roma, entreteniendo y refrescando su ejército á medida de las exigencias de la guerra; ademas sorprendió una plaza de depósito, y á costa de los romanos se abasteció de lo mucho de que carecia, perdido en las nieves de los Alpes.

Ya tenemos frente á frente de Roma con todo su poder á su mayor enemigo: hasta ahora no se ha hecho en seis meses de operaciones otra cosa que partir el sol y el campo; en adelante, los dos campeones se estrechan, se abrazan y luchan á muerte con todas sus armas, con toda su fuerza natural ó adquirida, disputándose, no un pobre trofeo, no un jiron del mapa, sino la corona para todos los siglos del imperio universal.

Si analizamos las razones que Aníbal tuvo para dirigirse á Italia por tierra, verémos la sinrazon con que los críticos han censurado esta expedicion, la más notable que la historia presenta desde las de Ciro á Bonaparte. En primer lugar, la superioridad que en marina tenía Roma sobre Cartago, despues de la segunda guerra púnica, presentaba para una expedicion á Italia por mar dificultades que sólo el génio de Aníbal supo prever; por otra parte, el guerrero cartagines confiaba en su talento para explotar en beneficio suyo el ódio á Roma de los galos, por quienes habia sido llamado, y ademas Aníbal conocia demasiado todo lo que pueden las bastardas ambiciones y las bajas envidias de los guerreros de plaza pública, para no comprender que jamas podia ser socorrido desde Cartago, sino desde España, porque su patria ingrata le dejaria abandonado á sus propias fuerzas sin ayudarle en sus gigantescos planes.

Veamos ahora cómo se desarrollaron éstos.

Scipion, que comprendia la volubilidad de los galos, preferia dejar á su enemigo abandonado á ellos, en tanto que el bisoño ejército romano se organizaba y aguerria. Aníbal, por el contra-

rio, confiado en sus veteranos españoles y africanos, deseaba llegar á las manos con el enemigo, y á su vez Sempronio, impetuoso y sediento de gloria, como todo general comisionado para remediar la mala suerte de otro, ardia en deseos de venir con los cartagineses á campal batalla.

La caballería númida pasó el rio con objeto de atraer con escaramuzas al romano á un campo escogido y preparado por Aníbal. Sempronio, néciamente atraido, se lanza en su persecucion y comete la imperdonable falta de vadear en un invierno rigoroso el frio Trebia para batirse en seguida. Aníbal, entre tanto, espera descansando con su ejército en una sola línea, la caballería en las alas, los elefantes y los ligeros á vanguardia, y 2.000 númidas apostados en posicion ventajosa sobre las espaldas del ejército romano. Al afrontarse ambas huestes, la caballería de Aníbal, superior á la de Sempronio, arrolla las alas y se revuelve contra las legiones, á la vez que los 2.000 númidas caen sobre la retaguardia, encerrando al ejército de Sempronio en un círculo de hierro. Los romanos fueron batidos y derrotados en todas direcciones; tan sólo un cuerpo de 10.000 hombres se abrió paso á retaguardia por entre los númidas, y recogiendo algunos dispersos, se encerró en Plasencia. Roma habia sido vencida; su primer ejército batido; su suerte estaba en manos del vencedor, si la nieve no le hubiera cerrado el paso de los Apeninos. Quince dias de ménos ante los muros de Sagunto necesitaba Aníbal para haber llegado á los Apeninos ántes que la nieve, con los 50.000 infantes y 9.000 jinetes que sacó de España, y Roma entónces, humillada y vencida por Aníbal, y rematada por los galos, que tenian sed de botin con que les brindaba la Italia central, hubiera desaparecido de la haz de las naciones. Pero desgraciadamente no pudo Aníbal forzar los Apeninos, y se vió precisado á pasar el invierno hospedado por los galos, que soportaban á duras penas los gastos del hospedaje.

A la primavera siguiente forzó Aníbal á los romanos á repasar los Apeninos. Un ejército á las órdenes de Servilio cubria el camino que conduce á Roma por Rímini; otro, á las de Flaminio,

el camino de Arezzo, y así creian tener los cónsules guardadas todas las avenidas contra Roma; pero Aníbal, fiel al principio militar de que «por donde pasa un pastor pasa un soldado, y por donde pasa un soldado, un ejército», escogió una senda corta, aunque áspera, difícil, inundada, que corria por entre lodazales y pantanos, y esta comunicacion, que desdeñaron observar los romanos, condujo al ejército de Aníbal á retaguardia de los cónsules, á una posicion central, cortando perpendicularmente el camino de Arezzo que Flaminio cubria. Es verdad que para llegar á ella los cartagineses habian sufrido terribles penalidades; las emanaciones letales de los pantanos diezmaron las filas; el mismo Aníbal enfermó y perdió un ojo; muchos caballos y todos los elefantes, ménos el suyo, perecieron; pero todo quedaba compensado por la estratégica posicion sobre las comunicaciones romanas.

Aníbal avisa su llegada incendiando y talando los campos á retaguardia de los cónsules; Servilio, asombrado de tanta audacia, trata de incorporarse á Flaminio; pero éste, imprudente, sin esperar á su colega, retrocede al encuentro del enemigo, internándose néciamente, sin descubiertas ni exploradores, en un desfiladero entre el lago Trasimeno y una cordillera que no ocupa ni áun reconoce. Aníbal guarda todos los pasos, se sitúa en batalla al frente de marcha de Flaminio, cortando el camino, y deja la caballería emboscada cerca de la entrada. Apénas el último romano penetra en el desfiladero, la caballería cierra el paso, y el ejército de Flaminio se ve simultáneamente atacado de frente por Aníbal, de flanco, por las tropas ligeras que ocupan las gargantas, y por retaguardia, por los númidas, que cortan la retirada. La inmensa columna romana, sin campo de despliegue, sorprendida, acosada en todos sentidos, es arrojada hecha pedazos al Trasimeno; ni un solo hombre se salvó. ¡Horrible catástrofe, que demuestra qué criminales son los hombres, como Flaminio, que aceptan mandos de guerra, y qué ciegas las mayorías que se los ofrecen! La impericia es disculpable, ó por lo ménos tiene explicacion, pero nunca cuando se llega al extre-

mo de no explorar ni flanquear una columna que marcha sobre el enemigo. Más diestro Servilio, pudo, sacrificando toda su caballería, escapar de Aníbal y cubrir el camino de Roma en posicion más á retaguardia.

A pesar de tan continuadas victorias, la situacion política de Aníbal no mejoraba: jamas guerrero antiguo ni general moderno ha vencido más con peor estrella; los galos, cansados, le abandonaban; los pueblos de Italia, aliados, ó mejor dicho, esclavos de Roma, guardaron á su señora una indigna lealtad, y no la volvieron la espalda en la desgracia: Aníbal no contaba con una sola plaza fuerte, porque un ataque dado á Spoleto habia sido infructuoso; no esperaba refuerzos de ninguna parte; en una palabra, estaba condenado á batirse y á vencer sin cesar; el menor descalabro hubiera traido en pos la muerte de su ejército y la anulacion de sus proyectos. En vista de esto, decidió cambiar de táctica y de política, y conseguir por el terror lo que la bondad no le daba, y en vez de atacar á la leona en su guarida, se propuso arrebatarla sus presas, llevando el saco y el incendio á los pueblos aliados. Así, arrasándolo todo, penetró por la marca de Ancona, acercándose al Adriático para fijar comunicaciones con Cartago; y sentó, por último, su campo en la Apulia, para rehacerse de tantas fatigas y esperar allí ocasion propicia de volver á aniquilar nuevos ejércitos consulares.

Roma, afligida, nombró por dictador á Quinto Fabio, venerable y prudente anciano, cuyos consejos hubieran salvado la república si el turbulento pueblo romano pudiera escuchar consejos. El dictador levantó un ejército que, incorporado á los restos de Servilio, formaba un total de 40.000 hombres, y emprendió las operaciones tomando posicion defensiva y atrincherada á dos leguas de Aníbal. Era el plan de Fabio molestar incesantemente al enemigo sin arriesgar batalla, asediándole, dejándole aislado con sus propios recursos, fiando la victoria, no á la táctica, que con guerreros como Aníbal no da resultado, sino á la política y al cansancio de los pueblos, espiando el momento de que, irritado el cartagines, cometiese alguna imprudencia ó se lanzase

debilitado contra un ejército aguerrido y organizado ya. Fiel á este propósito, Fabio seguia al ejército de Aníbal paso á paso, ya por un flanco, ya por el otro, precediéndole ó siguiéndole, oponiendo movimientos á movimientos, marchas á marchas, rehuyendo siempre combatir, acampando casi á la vista del enemigo, siendo, en una palabra, la sombra de Aníbal.

Todas las ciudades de Italia estaban fortificadas á consecuencia de guerras anteriores, y los habitantes de los campos se refugiaban en ellas á la venida de los cartagineses: esto irritaba y privaba de auxilios á Aníbal, que saciaba su ira talando, incendiando y saqueando cuanto hallaba en su camino. No podia dividirse, porque ante un enemigo como Fabio, bien pronto sería batido en detalle; no podia tener su ejército reunido, porque le faltaban recursos; no podia dar batalla, porque el astuto Fabio la rehuia siempre, y de jornada en jornada le atraia á posiciones peligrosas é insostenibles, donde la batalla hubiera sido perdida. Así, precisado á levantar su campo á cada momento, seguido de Fabio como de una pesadilla, despues de hábiles maniobras por uno y otro partido, Aníbal, asolando países y países, ocupó las fértiles llanuras de Cápua, posicion que le pudo ser muy funesta, porque estando rodeada de mar y de montañas por todas partes, bien pronto el sábio enemigo cerró y ocupó todos los desfiladeros y salidas, dejando así cercado al leon de África. Para salir de tan difícil posicion, se valió Aníbal de una de las más célebres estratagemas que la historia cuenta: dispuso cargar 2.000 bueyes de heno y de sarmientos; encendidas las cargas, los animales, irritados por el dolor, se lanzaron á las montañas, y los romanos, al ver aquella multitud de fogatas movibles, aunque no pudieron comprender qué extraña maniobra era la que el enemigo hacía, temieron ser atacados, y reconcentrándose sobre su cuerpo principal, dejaron desguarnecido un paso por donde Aníbal pudo escapar.

Otra vez volvió el ejército cartagines á la Apulia, donde tomó cuarteles de invierno, y abasteciendo una pequeña plaza, la hizo depósito y base de operaciones.

Entre tanto el pueblo romano comenzaba á disgustarse de la lentitud de Fabio; las pasiones políticas hervian, y se habia llegado á esa triste situacion en que la patria peligra, y cada guerrero de salon y cada político de plaza pública presenta un plan estratégico, una constitucion política, una receta, único remedio para la sociedad enferma. El Senado y el pueblo decidieron romper la próxima campaña con una batalla, cuando sin ella, y persistiendo en la incesante defensiva estratégica de Fabio, Aníbal hubiera sucumbido por fin; pero era preciso halagar las multitudes que no se halagan sino con victorias inesperadas, prontas y ruidosas, y todo el invierno se pasó en formidables aprestos de guerra y en la organizacion de un ejército de 80.000 hombres, que la espada de Aníbal habia de hacer pedazos á las puertas de Roma. Ademas de Servilio y Fabio, dos nuevos cónsules, Emilio y Varron, este último hombre grosero y vulgar, elegido por la pasion de las turbas, se pusieron en campaña, componiendo un ejército de 80.000 infantes y 6.000 caballeros; al mismo tiempo un pretor con 10.000 marchó á Rímini con objeto de interceptar las comunicaciones de Aníbal con los galos. Éste, por su parte, no habia desaprovechado el invierno; una sorpresa á Cannas le puso en posesion de los almacenes de la ciudad, y sus aliados, los galos, le completaron los cuadros hasta un total de 40.000 infantes y 10.000 jinetes; de modo que, á pesar de la desproporcion en infantería, la superioridad de su caballería, su pericia táctica y lo aguerrido de su ejército, le ponia en disposicion de arrostrar la batalla con los cuatro ejércitos consulares.

Al dia siguiente de su marcha sobre Cannas le siguen los romanos, estableciéndose sobre la orilla izquierda del Ofanto, avanzando sobre la derecha un cuerpo de 12.000 hombres á media legua de los cartagineses. Emilio y Varron alternaban por dias en el mando del ejército; tan inconveniente medida habia sido adoptada por el Senado para evitar envidias y rivalidades entre los dos partidos, el aristocrático y democrático, representados en el ejército, el primero por Emilio y el segundo por Varron; pero si esto en política interior tenía su razon de ser, en

guerra era un absurdo, que no podia producir sino desastres. Emilio, teniendo en cuenta la naturaleza del terreno, que por su planicie era favorable á la caballería de Aníbal, y conociendo el mérito militar de su adversario, no quiso brindarle con la batalla; pero su imprudente y presuntuoso colega, así que le llega su turno de mando, pasa el rio y despliega en las peores condiciones y del peor modo posible, privándose de la superioridad en infantería, haciendo su línea de igual extension que la del enemigo, apoyando su derecha en el rio, con el mar á espaldas de su ejército, y por último, comprometiendo las comunicaciones con Venosa, plaza fuerte inmediata y único asilo en caso de derrota.

Aníbal, con los españoles y galos en primera línea, los africanos en dos reservas á derecha é izquierda, y la caballería en las alas, dió principio á la batalla, como á todas las suyas, por un doble ataque de caballería contra caballería, tratando así de privar desde el principio al enemigo del socorro de esta arma, conservando él las dos suyas libres en su accion contra la infantería romana. Aunque la línea de Varron, por su profundidad, hizo retroceder á los galos y españoles, en su movimiento de avance se vió envuelta por los africanos y tomada de revés por la caballería númida, ya victoriosa de la romana : la matanza fué horrible; la dispersion, absoluta; los campos consulares y sus guardias, presa del vencedor : tan sólo 10.000 hombres con su pretor pudieron salvarse de tan espantosa derrota: las puertas del Capitolio quedaban abiertas al hijo de África. ¡Dia funesto para Roma aquel en que vió perecer la flor de sus ciudadanos por un error de tribuna! ¡Hombre funesto aquel que no supo siquiera morir entre sus compañeros, y que se fugaba á uña de caballo, el miserable, miéntras perecian 60.000 hombres con todos sus generales, por su cobarde ignorancia entregados á la muerte!

Maharbal, jefe númida, aconsejó la marcha sobre Roma inmediatamente ; pero Aníbal comprendió que pueblos como Roma son más temibles en su agonía que en su pujanza, y no quiso

aceptar el consejo de su amigo. En efecto, Roma, que para su completo dolor habia perdido los 10.000 hombres que mandára contra los galos, tuvo la grandeza, en su desgracia, de no querer siquiera escuchar una embajada de Aníbal; ántes al contrario, levanta nuevas fuerzas y arma al pueblo y á los esclavos con las armas que estaban en los templos, monumentos de gloria arrebatados al enemigo en guerras anteriores.

A pesar de todo, no nos atrevemos á decidir si el no dirigirse contra Roma fué un exceso de prudencia de parte de Aníbal: mucho puede un gran pueblo en su desesperacion, es verdad; mas téngase en cuenta que el poder romano era muy odiado, y los falsos amigos de todo poder que sucumbe son el dia de la desgracia los más encarnizados enemigos, y en este caso las naciones aliadas hubieran caido sobre Roma como aves de rapiña que huelen su presa.

Todo el Sur de Italia se declaró por Aníbal, excepto Nápoles, que no cayó en su poder; pero más feliz en Cápua, se apoderó de ella, apoyando un partido de dos en que se dividia el pueblo, y la hizo su córte y centro de su fuerza, fijando sus cuarteles en la deliciosa campiña. Trece años duró su dominacion, sosteniéndose con recursos de los aliados: Roma conoció, aunque tarde, que la táctica de Fabio era la única que debia emplearse contra su terrible enemigo, y comenzó desde entónces una guerra de sitios y pequeños combates, que si no prometia resultados tan inmediatos como en tiempo de Fabio, porque las circunstancias eran muy distintas y el poder de Aníbal se hallaba mucho más consolidado, al ménos daba lugar á que las quebrantadas fuerzas romanas se robusteciesen, miéntras las de Aníbal, enervándose en el descanso y en los placeres á que les brindaba el país, y sin recibir jamas refuerzos de Cartago, se viesen precisamente, más ó ménos pronto, aniquiladas ó en la precision de evacuar la Italia.

Interesante es la historia de estos trece años. Brutiun, plaza fuerte construida por Aníbal, era el centro de sus movimientos: allí tenía sus depósitos, rehacia sus fuerzas, y desde allí caia

como un rayo, ya sobre uno, ya sobre otro de los ejércitos romanos, que nunca pudieron atacar al águila en su nido.

El Senado romano hizo, por fin, con Cartago, lo que Aníbal habia hecho trece años ántes con Roma, herir en el corazon. Los dos hermanos Scipiones marcharon á España con un poderoso ejército, que victorioso al principio de las fuerzas cartaginesas, sucumbió por fin en una doble batalla. El jóven Scipion, hijo de Publio, tomó el mando y comenzó su brillante historia apoderándose de Cartagena, centro en España del poder cartaginés; y sojuzgando los pueblos, tanto por la fuerza de las armas como por sus virtudes y tacto político, consiguió expulsar al enemigo de la Península y llevar la guerra al África. Aníbal se vió, por consiguiente, en la precision de evacuar la Italia y partir en socorro de su patria. El porvenir del mundo, que no se habia resuelto en las orillas del Ofanto, iba, por último, á decidirse en los campos de Zama: allí el viejo guerrero encanecido en las victorias, y el vélite que hacía su aprendizaje de guerra conquistando naciones, iban á luchar, representando cada uno una era distinta, una civilizacion, un grupo de pueblos opuestos en naturaleza: no eran Cartago y Roma; eran el comercio y la guerra disputándose el mundo, las colonias y las conquistas, el oro y la sangre, los dos polos de todo progreso.

La batalla de Zama, que por su importancia política se presta á elevadas consideraciones, no ofrece militarmente otro estudio que el de cualquiera de las batallas de la antigüedad: no hay en ella otros accidentes que los conocidos y analizados ya en Cannas ó Mantinea. El terreno era una extensa llanura; ambos partidos median fuerzas iguales; Aníbal desplegó en dos líneas próximas con una reserva, formando tercera línea; la caballería en prolongacion de las alas, y ochenta elefantes á vanguardia del frente de batalla. Scipion situó los manípulos en columna, y no al tresbolillo, con objeto de abrir paso á los elefantes; las tropas ligeras llenaban los intervalos de columna á columna, para hacer creer al enemigo la continuidad de la línea, y á fin tambien de dañar á los elefantes con armas arrojadizas; la caballería italia-

na, á las órdenes de Lelio, ocupaba el ala izquierda, y la derecha la númida, conducida por Masinisa, su rey, que habia hecho alianza con Roma.

Se inauguró el combate por escaramuzas de tropas ligeras: Aníbal dió á los conductores de elefantes la señal de carga, y los vélites les abrieron paso por los intervalos, cazándolos á flechazos; algunos, espantados, huyeron en tropel sobre la izquierda cartaginesa desordenándola; Masinisa, aprovechando tal oportunidad, carga con toda su ala, y Lelio le imita en la izquierda, lanzándose contra la caballería enemiga, en tanto que Scipion avanza con sus manípulos arrollando primera y segunda línea. A tan violento ataque, Aníbal despliega toda su energía, y manda á la tercera línea que cale picas á los fugitivos; Scipion se detiene ante esta muralla de acero; rehace los astarios, algo desordenados en el ataque, á una línea contínua; hace desplegar en escalones por derecha é izquierda á los príncipes y triarios, y marcha de frente contra Aníbal, alineando sus escalones sobre el centro avanzado, verificando así una maniobra semejante á nuestro despliegue de la columna doble. En tal disposicion, carga sobre todo el frente de Aníbal, que resistió tenazmente, y que tal vez hubiera triunfado, si la caballería de Lelio, que en aquel momento regresaba de su persecucion, no se hubiera presentado sobre retaguardia completando la victoria. A punto estuvo Scipion de perder la batalla por la imprudente obstinacion de su caballería en perseguir á larga distancia la enemiga; y no nos cansarémos en citar hechos de esta especie, como el de Mantinea, por los que tantas batallas antiguas y modernas se han perdido. Siempre que una tropa sea batida, la fraccion vencedora debe instantáneamente revolver su ira sobre aquella otra que en el órden enemigo se hallaba protegida por la derrotada.

Así se precipitó de catástrofe en catástrofe la caida de Cartago, hasta que el arado pasó por encima de los escombros de la ciudad. Aníbal, errante de pueblo en pueblo, perseguido por el ódio implacable de Roma, prefirió el veneno á dar á sus enemigos el placer de matarle.

VI.

Españoles.

En los siglos que tan sucintamente recorremos en este capítulo, España, dominada, ya por una, ya por otra de las potencias soberanas, no consiguió formar nacion una y libre, ni en un principio el estado de su progreso podia estar en relacion con el de esas dos ó tres naciones que en aquella época representaban el mundo. Eran los primeros moradores de la Península gente por demas pacífica, que no se cuidaba de otra cosa que de gozar tranquilamente las delicias del clima y saborear los frutos de su suelo; los diferentes pueblos esparcidos desde los Pirineos al Océano vivian sin lazos ni relaciones, sin ódio ni afecto, indiferente cada uno á la vida de todos los demas.

Otras naciones que veian con envidia la riqueza y la paz que ellos disfrutaban, fueron sucesivamente apoderándose de España, incitadas por lo fácil de la empresa y por los brillantes resultados que prometia. Admitidas bien al principio, su impaciencia por dominar y su injusto proceder acabaron por irritar á los indígenas, provocando una resistencia tanto más desesperada cuanto mayor era la fuerza intelectual y social que representaban los invasores. Los españoles se hicieron belicosos, y belicosos en el sentido que su naturaleza y la estructura de su suelo exigia. Independientes, ágiles, diestros, ingeniosos, ántes que soldados debieron ser y fueron infatigables guerrilleros; porque luchando siempre con ejércitos aguerridos y regulares, hubiera sido suicidarse oponer, por decirlo así, una resistencia de línea. Fuertes y sufridos en las fatigas, entusiastas por su independencia, sin más táctica que el instinto, atacaban, se retiraban, aparecian, desaparecian, se fraccionaban, se desbandaban, sin cuartel ni campo fijo, ora al frente, ora por el flanco, á veces á retaguardía, á

veces tambien en el centro de los mismos puestos del enemigo, sin saber por dónde habian venido, supliendo siempre su inferioridad numérica y de organizacion con los accidentes del terreno. Aunque jamás cedieron, la victoria no fué suya; porque no partiendo el impulso de un centro, no existiendo cuerpo de nacion, estos hechos eran aislados y sin enlace unos con otros; mas no se les puede negar utilidad, porque contribuyeron á dar rasgos fijos al pueblo, á crear una base de nacionalidad, y á educar militarmente la raza para cumplir las altas misiones á que la Providencia nos destinaba.

Parece que el guerrillero excluye al soldado, que no se puede ser á la vez lo uno y lo otro; y, sin embargo, por un fenómeno que tiene su explicacion en las condiciones de las razas que han contribuido á crear la nuestra, y en la vária y múltiple naturaleza de nuestro suelo, el español ha sido y es todavía tan astuto guerrillero como soldado de línea sufrido, valiente y disciplinado. Aníbal, Scipion y César daban á los españoles las comisiones más arriesgadas, y las más de sus célebres victorias se compraron con sangre española. A pesar de esto, por espacio de muchos siglos, hasta que las alianzas, ora con los romanos, ora con los cartagineses, nos pusieron en contacto con la civilizacion de la época, no adquirieron los españoles los hábitos y métodos de la gran guerra; pero en la guerrilla se distinguieron entre todos los pueblos de entónces, llegando á ser sus más célebres partidarios terror de las legiones, hasta el punto de que aquellos valientes veteranos de Roma desertasen cuando sabian que venian á la guerra de España.

Mas bien pronto los pueblos del centro de la Península aprendieron á batirse en órden regular, llegando á dar lecciones á sus enemigos, que se vieron precisados á imitar algunas muy buenas maniobras españolas. La caballería, que es esencialmente arma de línea, se hizo superior á la romana, y se vió colocada en los órdenes de batalla en puesto táctico más conveniente á unas líneas de grandes claros, como eran las de entónces, esto es, á retaguardia con salida por los intervalos, para poder así desde

luégo tomar parte en la batalla; que si hoy, por regla general, es más táctica posicion la de las alas, es porque nuestras líneas contínuas impiden el juego de los escuadrones por entre los claros. Ademas, adiestrándola en combates á pié, dejando los caballos atados, se la dió una fuerza defensiva combinada con el movimiento ofensivo, fuerza que hoy mismo no tiene, y que despues del ensayo hecho en todos los ejércitos con los cuerpos de dragones se ha demostrado que es imposible conseguir.

Las armas que se fabricaban en España eran célebres en todo el mundo conocido, por su excelente temple, y los mismos romanos no desdeñaron tomar de un pueblo tan atrasado una de sus armas principales : la espada.

Los baleares y los cántabros se distinguian tanto en el uso de la honda, que estas tropas ligeras eran solicitadas en todas las naciones, y el mismo Aníbal debió una de sus más importantes victorias, la de Trebia, á los honderos españoles, que derrotaron la caballería romana.

Las armas ofensivas de los celtíberos nos demuestran que no eran ellos enteramente ajenos al arte de batirse en línea, puesto que conocian picas y otras armas largas de diferentes formas, que no pueden ser bien aplicadas al combate individual, y las cortas más bien eran de duelo que de guerra.

Con tales elementos se planteó la educacion belicosa del pueblo, y la raza más pacífica de las que habitaban el mundo conocido se convirtió en poco tiempo en la más guerrera. Sus fiestas, sus juegos, sus ceremonias, sus contratos, su religion no eran otra cosa que luchas verdaderas ó simuladas ; la muerte en los combates era envidiada, y el amor á la gloria llegó á ser la única pasion dominante. Las historias de las guerras de esta época, á pesar de lo incompletas y oscuras, demuestran por sus resultados el rápido progreso por que pasaban los españoles en la ciencia bélica, en medio del atraso político, y lo que es peor que todo, de la no existencia de la nacionalidad. No conocemos las marchas y maniobras de Indibil y Mandonio, pero no debian ser muy torpemente conducidas, cuando los dos hermanos, oscuros

guerrilleros, sostenian y equilibraban la lucha con Scipion el Grande, seguido de las invencibles águilas de Roma. Siempre leemos con disgusto la historia de estos tiempos, porque Roma, desdeñosa con los otros pueblos, no nos refiere por boca de sus historiadores sino la mitad de las cosas, lo que á ella directamente pertenece; por eso no podemos extendernos en este período tanto como deseamos, y sólo presentamos los hechos consumados, sin explicar detalladamente los medios de que se valian los españoles para conseguir tales fines, medios que los historiadores romanos han cuidado muy bien de no dar á conocer.

Cuando Léntulo consiguió derrotar á los dos hermanos, como en España las derrotas dan un resultado contraproducente, se levantó el país en masa; nuevos ejércitos batieron á los romanos en cien combates, y tal fué el terror que inspiraron al enemigo, que las legiones se desbandaban al solo anuncio de una batalla, y los cónsules protestaban amargamente contra el modo de combatir de los españoles. Así Roma, para vencer á Viriato, pobre pastor que tenía la audacia de ponerse frente á frente del pueblo-rey y derrotar sus ejércitos, necesitó apelar al puñal de un asesino.

La independencia española estuvo á punto de realizarse várias veces; ninguna de las naciones enemigas de Roma fué vencida con más pena, ninguna opuso resistencia más tenaz; mas para el progreso de la humanidad necesitábase que Roma dominára el mundo, y España fué vencida, más que por las armas, por la accion incesante del tiempo, que es el primer elemento de victoria con que cuentan los pueblos adelantados sobre los que no lo están. Los españoles tenian que empezar imitando á los romanos, y consecuencia forzosa era que acabasen siéndolo. La conquista moral la hizo Sertorio; la material debia terminarla Augusto. Sertorio, que parece predestinado más que otro á conseguir la independencia española, es, en nuestro juicio, el que la imposibilitó para siempre, y sin necesidad de apelar al crímen, Roma hubiera vencido; porque desde el momento que sus leyes,

sus costumbres, sus adelantamientos, su táctica, su organizacion política y militar fué introducida y copiada exactamente en la Península por Sertorio, ya no habia ante Roma sino una provincia rebelde. Borrada la diferencia de orígen, España era una parte segregada de un todo, y por su homogénea naturaleza debia más ó ménos tarde reunirse con el todo de que procedia: la existencia de dos Romas era imposible.

Desde aquel momento España dejó de pertenecerse á sí misma, y los soldados españoles ya no fueron sino los más valientes y los más sufridos de los romanos. De ellos escogian su guardia los Césares, y las legiones que ellos formaron eran siempre colocadas en lo más rudo y difícil de la batalla, y entre ellos brotaron desde la última grada de la milicia muchos de los más notables capitanes del Imperio y algunos emperadores. Mas todo esto ya pertenece á la historia romana.

No detallamos ninguno de los hechos de armas de esta época, porque todos son muy oscuramente conocidos, y por otra parte, no hay ninguno que ante el punto de vista del arte pueda citarse como batalla clásica. La diferencia en métodos de guerra, en cualidades militares y en adelantamiento social entre ambos partidos da cierta irregularidad á la marcha de las operaciones, que las aleja de las reglas del arte, con mayor razon en una época en que estas diferencias son tan marcadas. Sólo harémos notar, como resumiendo, que los primeros españoles tenian método, órdenes, maniobras únicamente suyas, armas perfectas, máquinas de ataque y defensa, campos atrincherados y todo lo que constituye un sistema militar completo; pero que, faltos de organizacion política, carecian de unidad en la organizacion del ejército, y por lo tanto sus hechos más notables no pudieron ser las grandes batallas campales, sino los sitios donde la resistencia organiza por sí misma las tropas, y los combates de guerrilla, las estratagemas y ardides de partidarios, porque este medio, por el que los hombres influyentes en la opinion se apoderan de la juventud del país, y en bandas formadas con amigos y convencinos hacen la guerra en defensa de localidades determinadas, es el único á

propósito para un pueblo que no tiene unidad nacional ni fuerza pública organizada, cualquiera que sea su territorio. Mas no se crea por eso que estos hombres, conseguida la unidad, no son aptos para la guerra de línea; nos prueban lo contrario las batallas ganadas por Sertorio en campo abierto, tan pronto como este grande hombre consiguió dar á todos los pueblos de la Península la forma y vida política; nos lo prueba tambien el puesto que los españoles, ya romanos, ocupaban en las batallas del tiempo de los emperadores. Destruyamos de una vez para siempre esa idea falsa de que los que sirven para la guerra de montaña no sirven para la de línea; la guerra no es más que una en su esencia, infinita en sus manifestaciones, y esto no está sujeto sino á accidentes de tiempo y de modo. Dad á bravos montañeses interes en la causa que se ventile en la llanura, y los veréis descender de sus cumbres y batirse en perfecto escuadronamiento; pero es claro que si se ven con el enemigo en la desproporcion de uno á diez, volverán bien pronto á guarecerse en sus quebradas y torrentes; los guerrilleros del Bruch y del Carrascal son los soldados de Albuera y Vitoria, y los que vencieron en las cumbres del Pirineo habian vencido ántes en las llanuras de Castilla. En el valor y las virtudes militares hay algo de terrible y divino, que no se deja influir por unos cuantos piés de más ó ménos sobre el nivel del mar.

VII.

La guerra de los antiguos comparada con la nuestra.

Hemos demostrado en el capítulo primero de este estudio cómo el arte militar cambia de forma segun las épocas, las razas, las leyes políticas y el estado del progreso en las ciencias, porque no siendo la guerra otra cosa que la sociedad en desequilibrio, todos los elementos de vida de la sociedad en reposo han

de contribuir á dar carácter á ese período de lucha, y segun sean estos elementos distintos en la paz, así la guerra cambia de esencia y forma, como la diferente naturaleza de los mares del Polo y los de la Línea, en bonanza, hace que sus tempestades sean tambien diferentes en todo.

Partiendo de este principio, para hacer la comparacion de la guerra de unos tiempos con la de otros nos basta comparar las formas sociales, las instituciones permanentes en la paz y la respectiva civilizacion y progreso; así apreciarémos, bajo un punto de vista filosófico, las analogías y diferencias que hay entre el arte militar de los siglos de Roma y el de nuestro siglo, mucho más notables y marcadas que entre éste y el de la Edad Media.

Vamos á proceder lentamente, estudiando uno por uno los elementos constitutivos de aquella sociedad, deduciendo consecuencias en la teoría y en la práctica de la guerra, en la organizacion moral y material de los ejércitos y en su funcion táctica y estratégica.

La religion de aquellos pueblos habia sido bastardeada y corrompida desde su cuna en Asia. La casta sagrada, aislándose de las otras y guareciéndose en el misterio más absoluto, perturbó la idea de la divinidad, y confundidos por el pueblo los atributos con la esencia, creó tantos dioses como manifestaciones del Sér infinito, cada uno representando un vicio, una virtud, una cualidad del alma del hombre. Esto quebrantó la unidad de dogma y la unidad moral; la casta sagrada no supo ó no quiso oponerse á esta degradacion, y el cáos en el Olimpo y el cáos en la tierra fué el término de esta marcha descendente. Lo que á un dios agradaba, á otro le irritaba; el culto que á uno se rendia, era opuesto al de otro; la moral que éste dictaba, aquél la proscribia; y el hombre, así traido y llevado de un dios á otro dios, cerraba ó abria el templo de cada uno, segun su interes del momento, y, segun le convenia tambien, aceptaba una moral distinta en la guerra que en la paz, con sus conciudadanos que con los extranjeros.

Despues del cristianismo, áun las falsas religiones han sido

influidas por él, y los cultos más absurdos han humillado la cabeza ante el de la Cruz, partiendo todos en el dogma de una creencia pura, la fe en un solo Dios, y tomando una moral que, si la imitan incompleta y torpemente, al ménos quieren imitar.

Aproximados así los hombres unos á otros, unidos por lazos de afecto y caridad, débiles en aquella época, se han borrado mucho las diferencias de raza á raza, y se han definido para los individuos y las naciones derechos entónces negados.

Efecto y causa segunda de esta ùnion de la familia humana, las relaciones entre los pueblos se han fomentado, y aunque existen todavía divergencias y antagonismos tradicionales, el comercio cambiando los productos, la literatura cambiando las ideas, sirviendo á la causa del cristianismo, que es la de la civilizacion, hacen desaparecer de dia en dia esos antagonismos, acostumbrando á los pueblos á sentir y pensar del mismo modo, armonizando sus intereses, haciendo vivir á cada uno con la vida de todos, interesando á todos en los males y aflicciones de cada uno.

De aquí que la guerra moderna se halla sujeta á leyes de naturaleza distinta que la antigua, y se vea presidida por una moral más perfecta. No es una ciega repulsion, un ódio innato lo que arma hoy las naciones, sino un sentimiento de justicia más ó ménos legítimo y verdadero. El ensañamiento y la ferocidad de los antiguos guerreros no puede guiar el arma del soldado del siglo XIX, que ve ante sí un hombre con las mismas costumbres, sujeto á las mismas leyes, y á su altura en ilustracion y sabiduría. Hoy las batallas son el fallo de un proceso instruido á un Estado por otro; entónces eran un desahogo del ódio siempre vivo de pueblo á pueblo, de gobierno á gobierno. Contábanse los muertos, y á más matanza más victoria; hoy se aprecian sólo las ventajas políticas y estratégicas del combate, y se llora la sangre vertida del enemigo, porque saben las naciones que los males de una no traen sino momentáneamente bienes á otra, y todas luégo, por el íntimo enlace de sus relaciones, acaban sufriendo las mismas consecuencias. Esto ha quitado algo de salvaje ener-

gía en las lides, mas no importa ; se dice que somos ménos valientes que aquellos hombres ; no, es que ya no necesitamos ese valor desesperado del que se bate á muerte, no tememos en la derrota el ensañamiento del vencedor, la mutilacion, la infamia de la esclavitud.

La disciplina, que es el complemento de todas las virtudes militares, ya no está circunscrita á la vida interior del ejército, ya no fija sólo las relaciones de soldado á soldado, de éste al jefe, sino que abarca la accion exterior, las relaciones civiles con el país propio y con el invadido, y sin saqueo ni botin de guerra, necesitan los ejércitos modernos llevar consigo recursos y sujetar su administracion á un cuerpo de leyes de carácter permanente en el Estado.

Es inútil descender á más detalles para que se comprenda cuánto la guerra de hoy difiere de la antigua en su naturaleza y en su modo de ser por la moral introducida en las tropas y por el carácter distinto de las relaciones humanas despues del cristianismo. Ahora veamos cómo, consecuencia de esto mismo, los ejércitos modifican su constitucion al modificarse las instituciones políticas.

Los pueblos antiguos tienen con los modernos una semejanza aparente en política. Aquellos gobiernos eran, como los de hoy, producto de asambleas ; pero si las nuestras representan todos los intereses de la nacion, aquéllas sólo representaban los de una raza señora, miéntras la raza vencida yacía en la miseria y en la abyeccion, privada de todo derecho ; de modo que, por el contrario que nuestra sociedad, que se divide en clases enlazadas y armónicas, allí sólo se contaban dos, amos y esclavos ; pero tan violentamente separadas, que en la primera estaban vinculados todos los intereses sociales ; ella era el Estado, la nacion, la familia, la propiedad, la religion, la ley ; la segunda no representaba ante los intereses intelectuales y morales otro papel que el que representa en nuestro tiempo una máquina de segar ó de tejer. Consecuencia legítima de este estado social, el ejército no era la genuina manifestacion de la fuerza de todo el país, sino la

de una pequeña parte: los amos; y por consiguiente, á igual poblacion debia ser mucho ménos numeroso que los ejércitos modernos, y su composicion política y las relaciones entre sus jerarquías en un todo semejantes á las civiles que guardaban entre sí los individuos de la raza señora. Esto altera por su base las funciones del mando y exige en política militar reglas distintas que las que nosotros seguimos.

Vemos, por lo tanto, que las diferencias en religion y política de aquellos tiempos con el nuestro entrañan las siguientes en el órden militar:

1.ª Sociedad aquella más guerrera, ejército más civil, sin accion interior, pero violenta y contínua exterior.

2.ª Ferocidad y ensañamiento en la lucha; vejaciones á los países ocupados; saqueo; sencillez en administracion.

3.ª Ejércitos cortos; facilidad en el mando; eleccion de hombres.

Eso por lo que respecta á la parte moral y política de la guerra; pero si deseamos hacer un estudio práctico de las operaciones, debemos examinar el estado de adelantamiento de las ciencias y las artes.

Lo primero que se necesita para hacer la guerra á un pueblo es conocerle bien; nada suyo nos es indiferente; desde las cualidades más insignificantes del carácter de sus hijos, hasta los accidentes ménos notables de su territorio, todo debemos analizarlo detenidamente. Pues bien, en aquella sociedad los pueblos no se conocian unos á otros, porque la historia era incompleta y falsa, la geografía estaba en mantillas, y las comunicaciones, lentas y difíciles, apénas bastaban para el escaso y pobre comercio de las caravanas. Las ciencias exactas se hallaban en el árido período de los teoremas: áun no se habia llegado á la solucion práctica de los problemas de la industria, y no exigia de las artes aquella civilizacion sino lo necesario para la vida; de modo que los ejércitos no tenian las necesidades que el refinamiento de nuestro progreso ha creado.

La estrategia, por consiguiente, que no es otra cosa que la teo-

ría de las comunicaciones en relacion con las necesidades del ejército como masa guerrera y como reunion de hombres, es hoy de muy distinto carácter. Desde el momento que un ejército sabe que donde quiera que vaya, por su corto número y por los derechos que la guerra le da, puede vivir cómodamente atropellando los pueblos, el general en jefe adopta las direcciones que más pronto le ponen sobre las huellas del enemigo, sin sujetar su cálculo á ninguna regla de política ó administracion. No sucede así cuando los pueblos, con vida civil propia, ejercen sobre los ejércitos una influencia directa, ya por su opinion en la causa, ya por sus recursos materiales. Aníbal pudo llevar, sin cuidarse de lo que á retaguardia dejaba, sus huestes á traves de los Alpes, y Napoleon no ha podido en su expedicion á Rusia dejar detras de sí, en política, la Polonia enojada; en administracion, almacenes sin defensa. Esto nos obliga, para la guerra moderna, á un estudio que la antigua no necesitaba: el de las bases de operaciones. Un cónsul romano, con presentarse al frente del enemigo en buen órden táctico, habia cumplido su mision; un general moderno necesita ademas que la batalla le dé resultados favorables en política y en estrategia; debe, conservando sus comunicaciones, cortar las del enemigo; y si se considera que hoy son más fáciles, que á la vez las necesidades militares son más imperiosas, y que los ejércitos guardan con respeto al país ocupado, aunque sea enemigo, deberes que los antiguos no cumplian, se comprenderá cuánto más difícil y complicada es la direccion estratégica de la guerra en nuestro tiempo.

Eso en cuanto á la ofensiva; pero si analizamos la defensiva, ademas de las consideraciones comunes á ambas, nos hallamos hoy con otras que imponen obligaciones muy graves.

En aquellos tiempos una nacion no era otra cosa que una ciudad con distantes arrabales, un inmenso municipio; hoy es una suma de importantes ciudades, que abarcan con su influencia respectiva extensos territorios. La defensa en aquella época se limitaba á cubrir la capital, porque ocupada Roma, Cartago, Cartago-nova en España, Jerusalem, Corinto, Aténas, la nacion habia

muerto. Si algo parecido sucede hoy con respecto á naciones como Inglaterra y Francia, que han acumulado en sus córtes toda la vida nacional, y que han hecho imposible la salvacion del país desde el momento en que un cuerpo extraño, un ejército, penetre en ese centro de vida, en los demas pueblos sucede lo contrario, y la defensiva no puede limitarse á guardar la capital, porque hay otras ciudades que tanto como ella influyen en los destinos del Estado. La toma de Washington, Madrid, Méjico ó Viena no es una herida de muerte para sus respectivas naciones; mas por esta misma razon la defensiva estratégica se ha hecho muy difícil, porque en España, por ejemplo, no basta sólo cubrir á Madrid, sino á Barcelona, Zaragoza, Cádiz y Sevilla, que son centros políticos; á Gerona, Pamplona, Ciudad-Rodrigo, Gibraltar, cuando sea nuestro, que tienen importancia militar, y más tarde, á Cartagena ó Alicante y Valladolid, adonde afluirá el movimiento del comercio interior y exterior.

Estas reflexiones nos dan á conocer la diferencia que en ofensiva y defensiva hay de la estrategia antigua á la moderna. Veamos ahora las consecuencias que se desprenden en la táctica.

Una semejanza se descubre á primera vista entre los ejércitos antiguos y los modernos; ésta es la importancia que en ellos tiene la infantería sobre los demas elementos activos de guerra. La razon es muy sencilla: la infantería, para ser buena, sólo necesita unidad política y militar en el Estado; por su naturaleza no puede ser un arma de clase, sino un arma nacional; si la nacion se rompe, como en el feudalismo, muere; si la nacion vive, siquiera sea como en Roma, en la vida de una sola clase, la infantería existe, porque es el arma de las multitudes. Por otra parte, para sus órdenes y su funcion de guerra le basta sólo el estudio de las matemáticas elementales, y los antiguos le conocian bastante para con el auxilio de las facultades físicas del hombre dar á la infantería métodos á propósito segun las armas de la época.

Las ciencias físico-matemáticas se hallaban en embrion; la mecánica, como aplicacion artística que se realiza por ensayos

prácticos, aunque muy adelantada, no era producto de la idea científica, sino del hecho; y por lo tanto, en las máquinas de guerra no se contaba con el auxilio que ha dado el adelantamiento en matemáticas mixtas. Desconocida la pólvora, desconocida la artillería como ciencia, sólo quedaban los voluminosos aparatos, hechos por carpinteros, para arrojar gruesas piedras ó conmover fuertemente los muros; de aquí que las máquinas antiguas, de mucha importancia en los sitios, no tuvieran grande aplicacion en las batallas. Esto cambia de un modo radical el arte táctico; en primer lugar, careciendo de medios para dañar á distancia, exigian las armas de aquella época el combate cuerpo á cuerpo; ademas, no necesitaban la fabricacion y consumo de municiones, que las nuestras necesitan, y esto simplificaba el movimiento de los ejércitos, que sin municiones que llevar, ni víveres, porque los tomaban del país de grado ó por fuerza, no estaba su vida pendiente, como está la nuestra, de la llegada de un convoy.

Obligada así la infantería á batirse próxima al enemigo, bajaba á las llanuras á buscarle, y por consiguiente, la importancia táctica de los accidentes del terreno, que tanto influyen hoy en el movimiento de las masas y en el uso de la pólvora, desaparecia, y las batallas se daban en tablero.

Falta la caballería de máquinas auxiliares, la infantería de armas precisas de largo disparo, y batiéndose siempre en los llanos, tenian que adoptarse casi los mismos órdenes para una batalla que para otra, resistentes y defensivos en sí, porque la defensa del movimiento no estaba, como hoy, encomendada á las baterías de despliegue y á las baterías de posicion.

La caballería, en la imposibilidad de romper líneas profundas erizadas de hierro, líneas que ningun agente habia perturbado ántes preparando la accion de la carga, buscaba á la enemiga ó se ceñia á perseguir á una infantería ya rota por otra, y las batallas, por consiguiente, no eran otra cosa que un choque simétrico y monótono de peones contra peones, de jinetes contra jinetes, en líneas iguales y paralelas.

Concentrada la vida de una nacion en una sola ciudad, el desenlace de cada guerra era un largo y penoso sitio ; pero la falta de grandes máquinas destructoras hacía la defensa mucho más fácil que el ataque ; mas como ántes de llegar á tal extremo se habian perdido las masas activas, la ciudad, sin esperanza de auxilio exterior , sucumbia por fin al hambre, al incendio ó á la escalada, despues de agotar en eternos dias, y áun años, uno en pos de otro, sus recursos de vida.

La guerra en las llanuras hacía de la castrametacion un arte de interes, pero tanto más fácil, cuanto que, siendo poco destructores los medios de ataque, un foso y una empalizada detenian meses y meses á un ejército.

Meditando sobre lo que llevamos dicho, vemos que la guerra antigua tiene sobre la moderna ventaja en elementos defensivos, pero que carece de los ofensivos. El corto número de los ejércitos ; su sencilla administracion, basada en el saqueo ; su pequeño bagaje y material, daban para el movimiento estratégico facilidad que hoy no se tiene, y en táctica, las armas , no de dispa-ro, las formaciones y el terreno, siempre el mismo, sujetaban el arte á un corto número de reglas de fácil aplicacion. Nosotros poseemos en ofensiva más elementos de daño, pero más dificultad de movimiento ; en defensiva, ménos obstáculos que oponer, pero más destruccion, y por eso se complica de tal modo la funcion del ejército, que no se puede realizar sin una bien entendida division de trabajos. Esto, consideraciones políticas de un órden más elevado, más vasta y difícil administracion, más extensos estudios en historia, geografía y estadística, necesidad de profundos reconocimientos estratégicos y políticos ántes de la guerra, y tácticos durante el curso de las operaciones, exigen hoy un estudio prévio, planes preconcebidos y el auxilio de conocimientos que un general por sí solo no puede tener ; se necesita, ademas del talento del general, la accion política del gobierno, el elemento civil de la poblacion, el consejo, no sólo de militares, sino de los hombres eminentes en todas las carreras.

Así se ha elevado hoy la ciencia bélica á una altura á que no

pudo llegar entre los antiguos, y se ha relacionado de un modo tan directo con todos los demas conocimientos humanos, que no es posible ya estudiarla sino eslabonando su estudio con el de las ciencias políticas, las artes y las ciencias de la cantidad; y como no es dado tener á ningun hombre tan profunda sabiduría, es necesaria la division del mando y gobierno, aunque no la division de la responsabilidad.

A pesar de tan marcadas diferencias entre la guerra antigua y la nuestra, la constitucion de la sociedad de hoy, más semejante á la de los tiempos de Roma que á la del feudalismo, puesto que existen nacionalidades organizadas, hace que nuestro arte militar haya buscado sus elementos y reglas fundamentales en la civilizacion pagana ántes de su muerte.

En efecto, si comparamos los combates de los griegos y romanos con los de nuestra edad, podemos llamarlas batallas elementales. Un general moderno no escogeria un tablero para teatro de la accion; no ordenaria las fuerzas con el monótono paralelismo de Scipion en Zama; no cargaria con toda su masa en toda la extension del frente enemigo; pero, sin duda, que para llegar al estado de sábia complicacion en que hoy se disponen las batallas, ha sido preciso partir de estos choques rudimentarios y metódicos.

En conclusion, nuestra guerra sólo se parece á la de aquellos tiempos: 1.º, en que se hace por intereses nacionales, teniendo en cuenta que hoy representan esos intereses todos los habitantes, y entónces una sola raza, y 2.º, en que la infantería, por eso mismo, es el arma fundamental de las batallas. En todo lo demas, en moral y política de guerra, en estrategia y táctica, en administracion y gobierno, en número de fuerzas, en division de institutos, efecto de la del trabajo, en las relaciones de la ciencia bélica con las demas, del ejército con el enemigo y con el pueblo, la guerra de nuestro siglo es mucho más difícil y complicada que la de aquéllos, y su progreso no ha estado en el mismo arte, sino en el progreso múltiple de todos los demas conocimientos enlazados.

CAPITULO III.

EDAD MEDIA.

I.

Preparacion del feudalismo.

Vamos á recorrer muy de ligero los siglos de la Edad Media, porque, aunque mucho enseñan, para sacar fruto de su estudio sería preciso penetrar con ánimo resuelto y corazon endurecido en esa tenebrosa noche de los tiempos, revolver lagos de sangre y sondear profundas heridas, áun no cicatrizadas en la humanidad.

Hay algo de terrible en esa frase «Edad Media», que no parece sino que los labios se resisten á pronunciarla. Cae de las manos la historia cuando se llega al siglo V; la imaginacion calenturienta no ve ante sí sino un revuelto remolino de ideas, de pasiones, de costumbres, de razas que se chocan, de familias que luchan á muerte, de Estados rotos en mil pedazos. Vense cruzar á escape en sus bridones, con sangre hasta las cinchas, misteriosos caballeros, visera calada, el acero desnudo; si los despojais de esa ruda corteza de guerrero, no queda otra cosa que un hombre feroz, ignorante y fanático; y sin embargo, estos hombres son los jefes de la sociedad, si es que sociedad hay constituida. Veis á la mujer, esclava y reina, adorada por los hombres y tiranizada brutalmente por ellos; veis leyes y costumbres

que la razon repugna ; la propiedad, la honra y la vida de cada uno sin otra defensa que el hierro; alli donde hay más vigor físico, más temple en las armas, allí está la justicia, que se comete la blasfemia de llamar justicia de Dios. El hambre, la lepra y la peste son las reinas en estas generaciones de mendigos y homicidas; la ciudad no existe, el hombre huye del hombre; el que no sabe matar, en lo más escabroso de una montaña levanta una ermita para adorar allí, léjos del mundo, á un Dios cuya ira santa el mundo desafia; el que sabe matar levanta un castillo, como el ave de rapiña su nido, y desde allí lanza la desolacion y la muerte á las comarcas que dominan las almenadas torres de su mansion.

Fortuna fué, en medio de tanto horror, que hubiera un ódio sobre todos los ódios, una creencia sobre todas las creencias, que ligára todos los fragmentos de aquella tan despedazada sociedad, y que fuera un principio de alianza entre tantos bandos enemigos : este ódio era á las razas de África ; esta creencia, la fe cristiana, acaso extraviada por la moral social de entónces, opuesta á la del Evangelio, pero ardiente, fuerte en sí misma para triunfar por fin sobre las inteligencias tan pronto como cesára la ofuscacion producida por la vista de la sangre.

Mas ántes de llegar á esta época, forzoso será dirigir una ojeada retrospectiva, para examinar cómo se hundió la civilizacion de Roma y se preparó el feudalismo, catástrofe social de que la Providencia se valió para triturar el viejo mundo ántes de fundir el nuevo, como se habia valido en tiempo de la raza de Caín de un cataclismo en la Naturaleza.

El poder romano era una masa informe, un grupo monstruoso de pueblos no ligados sino en virtud de la guerra. Socavados los fundamentos morales de aquella sociedad, que habia perdido hasta la idea de la patria, desconocido todavía el Dios que llegaba, y negados los dioses que se iban, sin guía el hombre, sin rumbo el progreso, sin una doctrina que cumplir, sin una moral mala ó buena, pero definida ; sin una filosofía dominante, bastaba para derribar con estruendo aquel minado edificio un débil

empuje. Roma, inmenso municipio, habia querido encerrar el mundo en los muros de una ciudad, y los muros se rompieron. El africano, el español, el asiático, el persa, el griego se llamaban ciudadanos de Roma, y la odiaban á muerte sin embargo. Hija de las batallas, tenía una civilizacion no propia suya, sino robada como botin de guerra, y cuando llegó la paz, Roma gastó en el ocio ese botin arrebatado á todos los pueblos. Durmióse entónces sobre sus laureles, y sin enemigos enfrente, debilitó su fuerza, pero no su amor á la sangre, y sus juegos y sus espectáculos fueron espectáculos de muerte; al hacerse cruel se hizo cobarde; su antigua soberbia degeneró en miserable vanidad, y revistió su poder de tanto fausto como fuerza perdia; el lujo más desenfrenado, los más corrompidos placeres eran las únicas muestras que daba de su poderío y majestad.

Los bárbaros habian llamado á las puertas de la ciudad muchas veces inútilmente; mas cuando Roma se embriagó en el festin, dieron un golpe con el cuento de sus lanzas, y las puertas cayeron. No vinieron muchos, que pocos bastaban para precipitar la muerte de una civilizacion gangrenada. No traian máquinas de guerra, ni órdenes tácticos, ni férreas armaduras, ni armas templadas; de pieles eran sus vestidos; de hueso la moharra de sus lanzas; más en cambio, tenian vigoroso el cuerpo, vírgen el alma, fácil la inteligencia, y bien pronto tomaron de sus enemigos armas y métodos, y cuando llegaron á Occidente, representaban el magnífico porvenir de la civilizacion cristiana. Unos en pos de otros, los primeros venidos expulsados por los más adelantados, suevos, alanos, francos, vándalos, godos y hunnos, pasearon la Europa en tren de guerra y hundieron la odiada dominacion de los Césares. Dóciles en inteligencia, enérgicos en la voluntad, bien pronto se igualaron con los vencidos en el adelantamiento científico, y les rebasaron en el moral, porque el cristianismo se pudo apoderar más fácilmente de sus almas vírgenes que de las corrompidas de los romanos. Sin embargo de eso, habia sido el naufragio de la vieja civilizacion tan espantoso, que ántes de que el mundo pudiera desembarazar la mar-

cha de su progreso, parecia únicamente consagrado á destruir.

Este período de la historia es un período de transicion, en que se funden pueblos, razas, ideas, religiones las más opuestas y variadas, para ir lentamente luégo preparando la humanidad, bajo un aspecto más uniforme y armónico, á formar la gran familia; por consiguiente, hay en él dos momentos, como en la fusion de los metales: uno, cuando todos los principios en ebullicion chocan y se resuelven violentamente, otro cuando ya así amalgamados se enfrian, se solidan, formando un solo cuerpo compacto, homogéneo, de principios y cualidades propias.

Concretándonos á nuestro trabajo, que es hacer el estudio del arte de la guerra, necesitamos, para comprenderle en el segundo momento, cuando el nuevo mundo nace, analizarle en el primero, cuando el viejo muere. Para esto no nos remontemos á los bárbaros en su orígen; nada nos enseñarán sus turbas sin organizacion ni táctica; descendamos al tiempo en que ellos, ya en contacto con la civilizacion, la aceptaron, imprimiendo ántes en ella el sello de su carácter.

A excepcion de los hunnos, cuya fuerza consistia casi exclusivamente en caballería, todos los demas pueblos que invadieron la Europa no tenian otra cosa que una brava y numerosa infantería. En un principio sus armas, como ántes hemos dicho, eran imperfectas y toscas, y sus órdenes tumultuosas y sin concierto; tal vez Roma hubiera vencido, si les hubiera hecho frente con energía; pero en vez de eso entró en negociaciones con ellos sin combatir, concediéndoles permiso para establecerse en determidos países, y cuando fué preciso apelar á la guerra, ya los bárbaros se habian ilustrado lo bastante para poder arrostrar la partida contra la buena caballería romana.

Los francos eran los más atrasados, y sin embargo, usaban excelentes espadas, jabalina, hacha de guerra, arco y honda; de armas defensivas sólo adoptaron el escudo. Los suevos, alanos y vándalos, que fueron los primeros invasores, se hallaban armados y constituidos casi lo mismo, y distinguiéndose entre todos ellos por su salvaje ferocidad. Los hunnos eran una inmensa ca-

ballería irregular, semejante á los gauchos, á los tártaros, á los cosacos, á todas esas razas belicosas y bárbaras, semi-nómadas, donde el hombre y el caballo forman un solo sér físico, y estamos por decir que moral. Los borgoñones y longobardos se hallaban más adelantados, y sus armas y métodos de guerra se aproximaban al verdadero arte; pero más que todos estos pueblos, los godos llevaban en sí una civilizacion naciente, que, al contacto con la romana, precipitó su desarrollo. El godo era hermoso de cuerpo y alma, magnánimo, valiente, de elevada inteligencia, de creencias puras, amante de lo bello, apasionado por la justicia. Al bajar á Occidente, el pueblo godo se presentó más como libertador que como enemigo; expulsó de España á los feroces tiranos que la afligian, los vándalos y alanos, y dominó en poco tiempo todo el país, siendo en un principio un amo generoso y compasivo, y por último, un hermano cariñoso del español. Así los restos de la deshecha civilizacion romana tuvieron en España el mejor asilo, y en esta nacion se pudieron fundir más pronto que en otra los elementos nuevos con los que del naufragio del viejo mundo se habian de salvar.

La constitucion de todos estos pueblos que hemos citado era exclusivamente militar: todo varon nacia soldado; al más valiente se le proclamaba rey, y las jerarquías sociales eran á la vez militares. Más bien que por leyes escritas, se gobernaban por prácticas y costumbres sancionadas por el tiempo, y contrasta con su ignorancia y atraso una administracion de justicia, en que no se conoce casi la pena de muerte. Su disciplina, severa en país amigo, era libre hasta el exceso en país ocupado; aunque poco ó nada se conoce de su administracion militar, debemos creer que progresó simultáneamente con la organizacion táctica, porque si no, quedan sin explicacion hechos de armas llevados á cabo á largas distancias y por numerosos ejércitos, no en guerra con tribus bárbaras, sino con las legiones del mundo civilizado.

El ataque y defensa de las plazas, y por consiguiente, las máquinas antiguas de guerra, se conservaron en esta revolucion causada por los bárbaros en el arte; porque si era fácil en aquel

torbellino que se perdiese mucho de lo que los romanos tenian, las murallas y las obras que sobreviven á estos cambios exigen siempre los mismos procedimientos en poliorcética, y por eso vemos que hasta cierto punto el progreso en el arte del ingeniero es independiente del de la ciencia de las batallas.

Refiriéndonos sólo á los godos, porque ellos representaban el progreso de su tiempo, verémos en sus armas y métodos la fuerza necesaria para constituir la naciente sociedad.

La constitucion era exclusivamente militar, pero más meditada y legislada que en los demas pueblos bárbaros. Todos contribuian, desde la edad de veinte á cincuenta años, siervos, señores ó sacerdotes, á las armas, y al toque de somaten de las campanas ó trompas todos acudian á ponerse á las órdenes de sus jefes naturales. El rey no era más que un caudillo de guerra, y la casa real estaba organizada como un cuartel general. Esto, unido á lo mucho que de esta época se ignora, hace que confundamos hoy los cargos civiles con los militares; pero lo poco que sobre esta cuestion se sabe basta para conocer que los godos tenian un sistema militar calcado sobre el de los romanos, puesto que los grados de su milicia eran en un todo semejantes á los de la legion. El *decano*, jefe de diez hombres; el *centenario*, de ciento; el *quingentario*, de quinientos; el *millenario*, en infantería, ó *tiufado*, en caballería, de mil, revelan unidades orgánicas y tácticas parecidas á la decuria, centuria, manípulo ó cohorte. Como oficiales generales conocíanse dignidades, tanto civiles como militares, la de duque, que mandaba ejército ó provincia; conde, que gobernaba ciudad ó cuerpo de ejército ó desempeñaba algun cargo en jefe en la casa real, y *Gardingo*, jefe superior de los cuerpos de policía, tercera dignidad del Estado en el órden judicial, político y militar. Pero lo que más revela que los godos tenian una organizacion económica, administrativa y militar en vías de progreso, es la existencia de cargos como el de maestro de la milicia, que era lo que hoy entre nosotros el jefe de Estado Mayor; conde de la milicia, semejante por un lado á nuestros auditores de guerra, y por otro á nuestros intendentes, es decir,

que asumia responsabilidad administrativa y judicial; *dispensatores*, y otros de un órden subalterno.

Los godos ya en España, iluminados por el Evangelio, en contacto con los adelantamientos materiales de Roma, empezaron á constituir la sociedad sobre una base de leyes discutidas en Concilio, á las que dieron en lo posible el espíritu del cristianismo, pero con el tono de los hábitos belicosos de la raza. A pesar de los siglos que han pasado, todavía nuestros legisladores acuden al *Fuero Juzgo*, cuerpo de leyes que marca el período constituyente de nuestra sociedad, y en donde á la vuelta de mil errores de época y formas legales, que ya no comprendemos, hay un instinto de justicia, un gérmen de progreso, de que carecen acaso las leyes del período constituido. Allí vemos penas militares para el merodeo, abandono de puesto, cobardía, insubordinacion, etc., lo que demuestra cuán sostenida se hallaba la disciplina entre los godos. Pero donde no estuvieron muy acertados es en los premios, porque si bien las armas de honor y ascensos sostienen la dignidad del soldado y despiertan nobles ambiciones, no así los regalos de propiedades territoriales que dan lugar á los feudos, al rompimiento entre las clases, á las envidias, haciendo al guerrero faccioso, independiente y soberbio; es verdad que tal sistema es el más á propósito para asegurar conquistas por la fuerza, aunque, bien meditado, no es la fuerza la que asegura las conquistas, por más que las haga, sino la justicia y el derecho. El feudalismo en vasta escala de Napoleon I apénas si ha servido para sujetar un par de años á dos ó tres naciones de las de ménos vida política.

El arma favorita de los godos era una especie de chuzo largo, y esto nos confirma su aptitud para la infantería de línea; luégo fueron tomando poco á poco la espada, el *escramo*, que era una especie de daga; el venablo, el hacha de los francos, el *conto*, que era una percha con la punta muy dura, y la lanza.

Las defensivas, imitadas de los romanos, fueron exagerándose de dia en dia; la independencia individual, producida por los feudos, rompió la armonía y la uniformidad; cada uno acabó por

vestirse y armarse á su capricho, y la caballería, el arma de las facciones en una sociedad rota, sustituyó á la infantería, el arma de las multitudes, de los grandes imperios.

Una organizacion social como la que acabamos de describir, un pueblo, una raza indígena vencida y condenada al trabajo, una monarquía electiva, la propiedad naciente sin constituir y sin otro medio para constituirla que la fuerza de las armas, eran condiciones más que suficientes para crear una aristocracia guerrera, altiva y poderosa, y con ella el fraccionamiento de la autoridad y la division en mil fragmentos del territorio al primer conflicto nacional. Así se ve á los godos en las primeras batallas dar á las armas colocacion conveniente y regir el todo con unidad de accion y mando, y en las últimas aglomerar sin concierto los bandos de cada magnate y dirigir contra el enemigo esfuerzos inarmónicos, sin un plan combinado nacido de una sola cabeza. Sin embargo, no se puede negar que los intereses comunes á todos los españoles, puestos en peligro por los árabes, las altas cualidades morales de la raza de los godos, y el estado de su progreso, superior al de todas las naciones, hizo que nunca llegase en España el régimen feudal á todo su funesto apogeo, y por consiguiente, que conservára por más tiempo la infantería predominio sobre la caballería, los órdenes sobre los individuos. Mas ántes de llegar á esta época, siguiendo nuestra costumbre de citar los hechos de armas más notables en cada período histórico, vamos, ántes de cerrar este artículo, á referir la batalla de los campos cataláunicos, que es la que más lleva el carácter de su época, tanto por su importancia política y militar, cuanto porque en ella tomaron parte todos los pueblos que entónces se disputaban el dominio del mundo.

Atila, rey de los hunnos, azote de Dios, bajó del Norte á sangre y fuego sobre la consternada Europa. Desquiciado el imperio romano; sin consolidar el godo; divididos entre sí godos, vándalos, romanos de la ciudad y de las provincias; introducidas en las razas del centro y Occidente las nuevas del Norte, que importaban costumbres y forma política distintas, sin fijarse aún

las fronteras de las nacientes nacionalidades, ni física ni moralmente; en una palabra, revueltos, confusos y en ebullicion todos los principios constitutivos de los pueblos, la ocasion era la más á propósito para que un osado guerrero recogiese del suelo los mil fragmentos de la corona de los Césares y los soldára con el hierro de su sable. Atila, mañoso á la vez que valiente, jefe del pueblo que ménos se parecia á los otros pueblos, de la raza más única y ménos mezclada de las que entónces se revolvian y luchaban, era el caudillo que más en condiciones se hallaba de aspirar al dominio de Europa. Presentóse á los godos como enemigo de los romanos; á éstos, como enemigo de los godos, y dividiendo así sus adversarios, avanzó rápidamente en sus proyectos de ambicion. Mas, por desgracia para él, el Emperador y el Rey conocieron el engaño, ajustaron paces y se aliaron contra los hunnos.

Teodoredo y Turismundo, al frente de los godos, y Aecio con los romanos, formando entre todos, y con el auxilio de vándalos, francos y otras naciones, un ejército de medio millon de hombres, se pusieron en movimiento sobre Orleans, estrechada por Atila con otro medio millon de sanguinarios y feroces hunnos, y otros pueblos auxiliares, engañados hasta entónces. Un combate reñido y sangriento tuvo lugar la víspera, como prólogo de aquella terrible batalla en que habian de perecer 200.000 hombres y la sangre habia de correr en gruesos arroyos, como los que forma la lluvia del equinoccio. Atacadas las líneas de Atila por retaguardia, levantaron el cerco, y ambas huestes se aprestaron para la batalla del siguiente dia. Los hunnos, en tres líneas, apoyaron su derecha en la única altura que interrumpe aquel espacioso llano; Teodoredo y los godos en la derecha aliada; francos y auxiliares, en el centro; Aecio y Turismundo, con los romanos, en la izquierda, enfrente de la altura, formados en dos líneas esperaron el ataque del enemigo. Ambos ejércitos consideraron la altura como llave del campo, y su toma como hecho decisivo en la batalla. La derecha hunna embistió intrépidamente contra la izquierda romana, que consiguió rechazar el

ataque y apoderarse del punto disputado, que continuaron defendiendo con tenacidad las legiones de Aecio. Irritado Atila, animando á los suyos y siendo el primero entre ellos, desistió del ataque contra la izquierda aliada y sé revolvió con toda su fuerza contra el centro, haciéndole fluctuar y dejando indecisa la victoria por espacio de tres horas. Entónces muere Teodoredo, rey adorado por su pueblo, y los godos, en vez de amilanarse, crecen en ira y corren á vengar la muerte de su caudillo, haciendo ciar y derrotando por fin á los hunnos, ensañándose con ellos y persiguiéndolos algo más allá del campo de batalla.

La diferencia de interes político que tenía cada nacion de las aliadas en la lucha, hizo que Atila no fuera completamente aniquilado; los romanos, celosos del creciente poder de los godos, dejaron libre la retirada á los hunnos, porque torpemente los consideraron como un obstáculo al predominio de los godos, y éstos, por su parte, tenian que resolver la grave cuestion de las monarquías electivas, y volvieron á Tolosa para elegir nuevo rey.

Hé aquí los detalles que se saben ó se presumen de la batalla de los campos cataláunicos; las vaguedades y contradicciones de los historiadores nos hacen ver cómo ya viene el anochecer de aquella civilizacion, cómo se olvida ó se oscurece lo antiguo, cómo se ignora lo nuevo, y los sábios, que no pueden vislumbrar bien claramente aquella sociedad misma en que viven, la presentan toda así en penumbra á nuestras generaciones. Ahora vamos á penetrar en la noche oscura.

II.

Feudalismo.

A la disolucion de los elementos morales que constituian la sociedad antigua, habia de suceder la de los materiales, el fraccionamiento de los Estados, la separacion violenta de las clases

y la desarmonía de los intereses por el choque rudo de razas antagónicas. Esto exigia una forma social transitoria, cuyos caractéres más pronunciados fueran: primero, el imperio de la fuerza, y segundo, la division excesiva del territorio. Mas para que tal forma no llevára consigo la muerte de la civilizacion, era preciso que, como faros para guiar al hombre en la tenebrosa noche del feudalismo, existieran dos principios fuertes en sí lo bastante para resistir de frente las turbaciones de los tiempos, el uno, que afectase directamente las conciencias, y el otro, los intereses; el primero, una religion nueva y vigorosa, cuya moral fuese la única manifestacion del progreso humano; el segundo, una institucion, que aunque débil y combatida, representase por sí sola la unidad del Estado en medio del rompimiento de ese mismo Estado.

Examinada desde este punto de vista la sociedad del feudalismo, nos la representamos del modo siguiente: un rey con poder tan débil como hecho pedazos está el país, que se ve repartido entre señores como botin de guerra; cada uno de estos amos poseyendo su trozo de nacion en absoluta propiedad, como quien posee una finca; por debajo de todo, un pueblo anejo á esa propiedad y repartido con ella, pueblo que instintivamente se acerca á su rey, porque sus intereses y los del monarca son armónicos y en oposicion á los de los señores; y por único lazo entre estos tres poderes, la religion y el nombre de la patria, nada más que el nombre, porque la verdadera patria no es otra cosa que un trozo inculto de terreno, que empieza en las breñas donde se levanta el castillo y acaba en las últimas chozas del miserable lugarejo que hay al pié de la montaña.

Para que de tal estado de cosas pueda resucitar la nacion, se necesita un hecho que afecte vivamente esa religion y esa patria, que es lo único que hay de comun entre el rey, los señores y el pueblo, y este hecho no puede ser otro que una guerra de razas á la vez que religiosa; en ella, el rey, como único representante de la unidad del Estado, ha de ser el caudillo más influyente; los señores perderán su fuerza, y los vasallos, agrupándose en

torno del monarca, conseguirán franquicias y libertades, preparándose de tal modo la reedificacion de la nacionalidad.

Así sucedió, y siguiendo el arte militar la misma marcha, le vemos tomar tres formas distintas en los tres períodos de este movimiento de los siglos medios.

1.° Cuando los feudos están en toda su fuerza, y aislados los intereses de cada uno, luchan entre sí los señores, no hay más que la pequeña guerra, el combate singular, el duelo; el valor del individuo lo es todo, la infantería de línea no se conoce, la caballería y unas turbas de peones sin órden constituyen un ejército.

2.° Cuando el rey y los señores se ven amenazados por un enemigo comun; cuando los cruzados marchan á Palestina ó los infieles invaden la Europa, se verifica un agrupamiento informe y tumultuoso alrededor del rey, de las fuerzas de cada señor; mas por la accion distinta en cada pendon, la caballería continúa, y aunque se siente la necesidad de algun órden, se oponen á él las diferencias de cada feudo, la independencia de cada señor, las armas y métodos de guerra adquiridos en la primera época,

3.° Cuando se vigoriza el poder real, pierden privilegios los señores, gana el pueblo franquicias y libertades, cobran fuerza los municipios, la ciudad crece y la provincia se deslinda; entónces aparecen las tropas reales y las milicias comunales, como alborada de los ejércitos permanentes; la infantería adquiere importancia; la accion de las armas y las tropas se hace general y combinada; preside á los planes unidad en el mando; se tiene ya el instinto de la gran táctica, y así el arte continúa sus adelantamientos á medida que la monarquía recorre su período constituyente, y termina la noche de los siglos feudales.

¿Para qué nos hemos de detener en la historia del primero ni del segundo período de esta época? Qué nos importa á nosotros, soldados de la civilizacion, individualidades absorbidas por la masa táctica, el rudo batallar del antiguo caballero? El desafío no es guerra, y muchos desafíos simultáneos no son una batalla. Allí, el jinete buscaba al jinete, el peon al peon, el hombre peleaba con el hombre; aquí la masa choca con la masa, y á ella

nos debemos dirigir ; ninguna voluntad excede á las otras ; ningun acero se mueve en otro círculo que en el que se le tiene trazado.

Expresando en una sola palabra el progreso del arte militar en la Edad Media, dirémos que se verificó en relacion á los individuos y no á la masa colectiva ; por eso las inmensas multitudes de cruzados eran turbas sin administracion ni órden, vandálicas, rapaces y desmoralizadas, y á pesar de eso, ¡misterio sublime de la historia!, esas turbas han puesto la primera piedra de nuestra civilizacion.

Refiriéndonos exclusivamente á nuestro país, este cuadro desconsolador de la Edad Media no es completamente exacto. Sigue España en esos siglos un progreso, acaso lento y difícil, pero incesante ; nunca entre nosotros acaba por desaparecer como ciencia la guerra, porque nunca nuestra sociedad llega á descomponerse y desquiciarse del todo, como en las otras naciones.

Con el feudalismo coincide una lucha larga y reñida con una raza inteligente y poderosa, que invade y ocupa la Península hasta los últimos límites, y esto, que une los intereses de cada uno y todos los españoles con el general del Estado, hace que no desarrolle toda su fuerza el régimen feudal, que la primera autoridad sea la del rey, y que el pueblo alcance desde luégo derechos y libertades que, dándole vida propia, preparen la unidad nacional, firme y estable como hoy la vemos. De modo que la muerte de nuestro feudalismo está en su nacimiento, que coincide con el principio de la reconquista, por las mismas causas que en otras naciones no llega hasta despues de la vuelta de los cruzados.

Por esta razon, en el arte militar nos ponemos en mejores condiciones de progreso que los demas pueblos, porque desde luégo aparece toda la masa del país como unidad de guerra, y la infantería, por lo tanto, no puede morir ; los órdenes y la combinacion de las armas en grandes masas han de crear precisamente principios en estrategia, organizacion, táctica y administracion que constituyan un cuerpo de ciencia militar ; y si tenemos en cuenta que esta guerra nos pone en contacto con uno de los im-

perios más ilustrados y poderosos que han pasado sobre el mundo, el califato de Córdoba, no extrañarémos que los ejércitos españoles de la Edad Media fueran los más ordenados entre todos los de Europa. La infantería almogavar, la caballería de las órdenes, la division decenaria, que nos da unidades tácticas; la dignidad de Condestable, semejante en sus funciones á la de nuestros ministros de la Guerra y directores de las armas; el cargo de Adalid, parecido al de general jefe de Estado Mayor, pero con la ventaja sobre éste de ser conferido por una Junta facultativa, y tantos otros hechos que podemos presentar, nos demuestran el estado de adelantamiento en que se hallaba nuestro arte, si ya no fuera prueba bastante el poderío militar con que nos sorprendió la Edad Moderna cuando hicimos sucumbir unos en pos de otros numerosos ejércitos de todas las naciones. Si recorremos las leyes de Partida, las crónicas de esa edad y los historiadores más célebres, verémos por todas partes confirmada esta opinion; voces técnicas militares, ordenanzas, maniobras tácticas explicadas, y sobre todo, el hecho de no conocerse sino un solo grito de guerra: «¡Santiago, España cierra!», cuando los extranjeros tenian tantos gritos como feudos, nos dan una prueba plena del ordenamiento, unidad en la accion y método táctico con que guerreaban nuestros mayores; y si á esto se añade que fuimos los primeros en el uso de la artillería, y los segundos en el de la pica, queda explicada la razon de nuestras victorias, que nos colocaron á la cabeza del mundo en el siglo XV.

Aquí podríamos extendernos mucho más; pero en medio de tantas glorias militares y de ese mismo progreso que reconocemos en los siglos del XI al XVI, debemos confesar que no tiene ese estudio para nuestra guerra moderna sino una aplicacion indirecta, y por consiguiente, precipitamos estos capítulos, para llegar pronto á nuestro siglo, que es el que más enseña. Mas ántes, como una muestra de batallas en los tiempos del feudalismo, vamos á presentar una de las más memorables que el sol de Castilla ha iluminado; batalla que, si no está descrita técnicamente en los autores de la época, porque ninguna lo está, es

indudable que, considerada bajo el punto de vista del arte, da lugar á reflexiones importantes, tanto por la desproporcion de fuerzas de ambos partidos, cuanto por el acertado uso de las reservas que la deciden, por la difícil marcha de flanco que la precede, y por la importancia que el terreno y las comunicaciones toman. Es verdad que no vemos en ella sino el empleo de gruesas masas de caballería, y que, como en todas las de la Edad Media, parece que la victoria no es hija sino de la fortuna y el valor; pero si con el criterio de nuestro siglo estudiamos en las empolvadas crónicas del XIII esta batalla, y descartando lo poético y caballeresco, analizamos las maniobras que la prepararon y la decidieron, verémos que, instinto ó arte, hay en ella algo más que el esforzado brazo de los caballeros.

Mohamed-aben-Yacub, irritado contra los reyes de Castilla, predicó la guerra santa, y conmoviendo el África desde Damasco á Fez, allegó un numeroso ejército como nunca se habia visto en las playas españolas : árabes, alárabes, marroquíes, etíopes, zenetes, mahamudes, gomeles, todas las razas de África, todos los hijos del Profeta, inflamados de fe y de entusiasmo, se apresTaron á la venganza contra el osado cristiano que talaba las bellas campiñas andaluzas. Alfonso VIII se disponia á resistir la invasion, y el grito de los cruzados se oyó de montaña en montaña, desde Toledo hasta los últimos confines de Europa. Pasáronse algunos meses preparándose ambos adversarios para la lucha, hasta reunirse en cada bando cerca de medio millon de hombres. Los cristianos en tres cuerpos : vanguardia, centro y reserva; la primera, de extranjeros y castellanos, á las órdenes de D. Diego de Haro; el segundo, de aragoneses, con su rey Don Pedro, y la tercera, mandada por Alfonso VIII, se pusieron en movimiento sobre Andalucía, haciendo replegar los puestos moros de la frontera, reconquistando Calatrava, Alarcos y otras villas y fortalezas. Esto sucedia por los meses de Junio y Julio de 1212, y los cruzados extranjeros, quejándose del excesivo calor, despues de su poco de saqueo y de asesinar unos cuantos judíos, segun costumbre, abandonaron al ejército ; mas tan vergonzosa

defeccion no produjo el funesto resultado que era de esperar, porque fué compensada con la llegada al campo cristiano de D. Sancho, rey de Navarra, con su hueste. En Salvatierra pasaron revista los tres reyes á sus tropas, que componian un total de 100.000 hombres. Mohamed, con 400.000, tomó su campo en Baeza, y era dueño de todos los pasos de la sierra, especialmente el importante de Losa, que osadamente queria forzar Alfonso VIII con su ejército, cuatro veces menor que el del enemigo. Ya los cristianos al pié de Sierra Morena, tuvieron consejo de capitanes para decidir el plan que seguirse debia para llevar á cabo tan difícil empresa. Tres caminos quedaban : forzar el paso de Losa, esperar al moro, ó retroceder para invadir la Andalucía por otro lado, envolviendo la sierra sin forzarla. Los tres partidos presentaban á cual más inconvenientes y obstáculos insuperables.

Era imprudente y desesperado intentar el paso de la cordillera ante un enemigo astuto, dueño de los desfiladeros y mucho más numeroso ; permanecer á la expectativa un ejército tan heterogéneo y tan penosamente administrado, era provocar la desmoralizacion, y se hubiera sucumbido por fin al hambre, á la indisciplina ó al hierro de los infieles ; retroceder y dilatar la invasion, era herir el entusiasmo de que se hallaba poseido el ejército, y demostrar inferioridad, y no por eso las dificultades desaparecian, sino que se aplazaban para más tarde, cuando las condiciones morales y materiales del ejército fueran tal vez peores. Por fin prevaleció el voto de D. Alfonso, de forzar la cordillera, y Don Lope de Haro atacó y tomó el Ferral, puesto de alguna importancia y punto de apoyo para un ataque contra Losa.

A pesar de eso, las dificultades no cedian, los más esforzados se arredraban, y comenzaba á cundir ya entre las filas el descontento. Entónces un pastor se presentó en el campo, manifestando una senda oculta, difícil é ignorada, que, serpenteando por entre las breñas, ascendia hasta las Navas de Tolosa sobre el flanco del ejército moro, á una posicion llana y espaciosa. Los adalides D. Diego de Haro y Garci Romero reconocieron la senda,

y convencidos de la utilidad de tal descubrimiento, instaron á los reyes para que se emprendiese pronta y cautelosamente la marcha de flanco. Los moros creyeron el movimiento de los cristianos de retirada, porque así parecia al principio la direccion de la senda; pero se quedaron sorprendidos la tarde del 14 de Julio, cuando vieron de repente sobre la llanura al ejército cristiano, que habia terminado su marcha, despues de vencer grandes obstáculos, por entre aquellas breñas y matorrales. Ni este dia ni el 15 quisieron aceptar la batalla los cristianos, prefiriendo dedicar esas horas al descanso, á preparativos militares y á fortalecer su espíritu con la oracion y los sacramentos.

La madrugada del 16 aprestáronse ambas huestes á la lucha. El ejército moro, fiel á su costumbre, formó en cuatro cuerpos una extensa media luna con una fuerte reserva mandada por el Emperador en persona, quien se entretenia leyendo el Koran, metido en su tienda, rodeado de un cuadro de 10.000 negros, circundado de cadenas. El ejército español desplegó más hábilmente; los reyes de Aragon y Navarra protegian los flancos fortificados (segun la expresion de Mariana); la primera línea estaba mandada por D. Diego de Haro; la segunda, compuesta de la caballería de las órdenes, por D. Gonzalo Nuñez, y la reserva, de 14.000 caballeros castellanos y numerosos peones, conducida por D. Alfonso, rey de Castilla. Rompióse la batalla obstinadamente por ambas partes; Haro cargó primero sobre el centro enemigo; pero á pesar de su arrojo, se vió obligado á ceder, porque las alas de la media luna le envolvian; socorrido por Nuñez, vuelven ambas líneas á la carga, distinguiéndose en bravura la caballería de las órdenes; y para contener las alas, los reyes de Aragon y Navarra avanzan sobre el enemigo, y tres veces parten á fondo con sin igual denuedo, pero tres veces se ven obligados á retroceder ante los moros, que ya los más audaces llegaban casi hasta la reserva castellana. La victoria estaba muy dudosa; los obispos, de fila en fila, de escuadron en escuadron, corrian exhortando á la pelea; más el excesivo número de enemigos abrumaba las huestes cristianas. En tal momento, la reserva

con D. Alfonso vuela á rehacer el combate ; los escuadrones andaluces, flor de la caballería mora, retroceden, y todo el ejército cristiano rehecho y en una sola masa, avanza hasta los reales del Emperador. El acertado uso de las reservas, y los movimientos sucesivos de ataque, primero de la vanguardia, despues del centro y tres veces de las alas, habian fatigado al moro, que cometió la falta de poner en batalla toda su fuerza, á excepcion de la que custodiaba al Emperador. El rey de Navarra consiguió por fin romper el cuadro formidable que, protegido por cadenas, por camellos y por otras defensas, formaban los negros de la guardia de Mohamed ; éste tuvo que huir á uña de caballo, y todo el campo quedó por los cristianos. Los resultados de la batalla fueron incalculables, rico el botin, la matanza horrible, y aunque no creemos que murieran 200.000 moros y sólo 25 cristianos, y más bien nos inclinamos á creer con algunos historiadores de nuestra época, que serian 25.000, no dudamos tampoco que la pérdida de los moros debió ser mucho mayor que la de los españoles, por el ensañamiento con que se llevaban á cabo en aquellos tiempos las persecuciones despues de cada batalla. Sea de ello lo que se quiera, aceptando ó no como verdaderos los muchos milagros que en esta batalla se cuenta tuvieron lugar, la verdad es que se derrotó el más formidable ejército que de África haya venido, y que la cristiandad fué salvada por españoles, sin auxilio de extraños.

A pesar del colorido de época que desfigura en las crónicas los hechos de armas de aquel tiempo, es indudable, y esta batalla lo confirma, lo que ántes hemos dicho. En España es donde únicamente puede hallarse algo de arte militar en la Edad Media. Esos esfuerzos combinados y sucesivos del ejército cristiano, ya contra el centro ó contra las alas de Mohamed, ese oportuno movimiento de las reservas, esa marcha de flanco tan hábilmente seguida, ese órden de batalla tan protegido en las alas, nos revelan un Estado Mayor y un general en jefe que medita, decide, y no se bate sino en último extremo, y que da desde su puesto impulso á las masas combinando su accion. Esto dispensa las

muchas faltas que la crítica podia hallar en esta batalla, faltas nacidas del espíritu y de las necesidades de la época.

Esta marcha de nuestro progreso en el arte militar siguió siempre ascendente, y cuando la guerra de Granada era España la potencia que mejor constituida tenía la organizacion y táctica de sus tropas.

CAPÍTULO IV.

EDAD MODERNA —MONARQUÍA.

I.

Gonzalo de Córdova.

Hemos llegado (1) á la época del renacimiento del arte militar : el feudalismo es ya un cadáver ; el Estado forma un solo cuerpo, y las naciones españolas, una sola nacion. No ha amanecido aún para la autoridad real el dia del abuso, pero ya se halla en el uso pleno de su poder ; los ejércitos permanentes nacen, y aunque todo en feto, todo luchando con preocupaciones de inveteradas costumbres y viejos privilegios, hay organizacion, armas para la masa colectiva, táctica y estrategia, todo imperfecto, si se quiere, pero llevando en sí un gérmen de progreso, que se desarrollará á medida que se consoliden las nuevas nacionalidades. Para eso se necesita dar salida á ese vigor militar, robustecido por el éxito glorioso de una guerra de siete siglos, con nuevas lides en otros horizontes, con naciones más poderosas ; y para dirigir estas campañas ha de venir un capitan que reuna las cualidades físicas y morales del guerrero antiguo con el génio y la

(1) Véanse los mapas de Italia, y téngase en cuenta que, con objeto de que puedan ser útiles para el exámen de las últimas campañas, están señalados en ellos ferro-carriles, caminos y poblaciones, que se apreciarán ó no en el curso de la obra, segun la época á que se refiera nuestro estudio.

libertad de inteligencia del hombre que presiente otras épocas, que mira de frente su siglo, y lucha con él, y llama en su ayuda con voz potente los siglos del porvenir.

Este hombre se llamó Gonzalo de Córdova; estas campañas fueron las de Italia.

Acababa España de arrebatar á los moros el último baluarte; surcaba Colon ignotos mares para ofrecer un mundo á los piés del monarca de Castilla; siete siglos de horrible lucha, justo castigo por los vicios de los reyes y por la degradacion de los pueblos, iban á ser compensados por tres siglos de guerra y de poder, y España era saludada como señora de dos mundos, dominados por ella con toda la fuerza, la sabiduría y la riqueza de la época reconcentradas en su mano.

Todo era bello y sublime para la patria en este siglo; deslumbraban el mundo los albores de la monarquía pura, cuyo sol salia radiante, iluminando en su aurora los arabescos de la Alhambra, elevándose majestuoso para descender luégo bañando con sus últimos melancólicos resplandores el campo de cadáveres de Rocroi. Habia en esta generacion nombres como Córdova, Navarro, Mendoza, Cisnéros, Colon, Cortés y otros mil que llenan el libro de la Historia; en las armas, en las letras, guerreros, marinos, sacerdotes, legisladores, nobles y plebeyos, todos á porfía, teniendo en poco las glorias de sus mayores, se hacian ellos la raíz de una aristocracia, madre del pueblo, que habia de tardar más que ninguna otra en enervarse y corromperse; y fué tan magnífica aquella gloria, y tan puro y radiante aquel sol, que ha bastado su luz á las pobres generaciones que luégo hemos venido, para que llevemos con orgullo en medio de nuestra miseria y tribulaciones el nombre español.

Cedian los señores de sus privilegios; el pueblo conquistaba sus derechos, y la monarquía, con su mano potente, fundia los elementos sociales, dando cohesion y unidad al Estado. Organizábase la fuerza pública con el mismo espíritu de unidad; la Santa Hermandad, los guardias de Castilla y la guardia amarilla, perfeccionándose gradualmente, llegaron á constituir aquellos

indomables ejércitos que más tarde habian de dominar la Europa. Los reyes cesaron de estar bajo la tutela de los grandes, y las tropas fueron, no el instrumento de los odios y las ambiciones de los señores, sino la única fuerza del Estado, en manos del rey, primer representante de ese mismo Estado. Aparecian el uniforme, las divisas, la division orgánico-táctica, las jerarquías militares no confundidas con las civiles, y en aquella guardia amarilla, cuerpo modelo, se introducian cuantos adelantamientos en las armas y en los órdenes iniciaba cualquiera otra nacion. Entre tanto, el progreso de la artillería y la pirotecnia, más rápido que en ningun otro país, porque los árabes nos habian enseñado los primeros elementos de la ciencia del artillero, iba dando su verdadera importancia á la infantería y al valor colectivo sobre el individual, olvidándose por eso las armas defensivas, perfeccionándose las ofensivas, y con ellas los órdenes tácticos, adquiriendo la masa movilidad y accion combinada, y proscribiéndose para siempre esos hechos aislados que rompen la armonía de la accion general. El *caballero sin miedo ni tacha* tendria que huir á toda brida, á pesar de su loco heroísmo, ante los tercios impulsados por la táctica y la inteligencia, señora del valor; el lanzon y el mandoble iban á ceder su puesto al mosquete del infante y á la zapa del ingeniero: era toda una revolucion.

Necesitábase para consumarla un hombre que poseyera los dos caractéres, que viviese en los dos siglos, que fuera la doble encarnacion de lo que habia que destruir y de lo que habia de crearse; el ocaso de una época y la aurora de la siguiente. Hé aquí á Gonzalo de Córdova.

Cumplido caballero, valiente hasta el heroísmo, leal, noble de cuna y de corazon, rico, espléndido, gallardo, buena lanza y buena espada, era el tipo de los antiguos guerreros. En el asalto de Montefrío fué el primero que subió; en la guerra de Portugal, donde hizo su aprendizaje, y en la de Granada, se habia batido con frio arrojo, que tal era el fondo de su carácter. Pero ademas de estas condiciones del guerrero de la Edad Media, reunia otras que le hacian hombre de salon y profundo político. Fastuoso

hasta dilapidar grandes caudales, cortés y galan, gracioso en el decir, instruido, brillante en su conversacion, se atraia las voluntades de cuantos le trataban ; y al fin de la guerra de Granada ya era tan conocido en la córte, que la reina Isabel le escogió para discutir con los moros las bases de la capitulacion. Desde este momento desaparece en Gonzalo de Córdova el guerrero de los tiempos medios, y aparece el político y el general de la edad moderna.

En 1495 Fernando II de Nápoles pidió socorro á España contra Cárlos VIII. Los franceses, que habian ya invadido y ocupado todo el país, dirigidos por sus más ilustres capitanes, Montmorency y Aubrigny, al frente de 6.000 gascones y 6.000 suizos, la mejor tropa del siglo, una brava y numerosa gendarmería y un soberbio tren de guerra, habian de ser expulsados de Italia por 5.000 infantes españoles y 600 jinetes, tropa bisoña, mantenida á duras penas por un erario abrumado de gastos.

Ante un enemigo nuevo, en país extraño, con aliados de tan distinta índole y táctica como italianos y españoles, y siendo el mismo general desconocido á sus tropas, Gonzalo de Córdova adoptó el único plan de campaña que en tales circunstancias puede dar buen resultado, y más siendo frances el enemigo; esto es, la guerra de detall. Así, dando tiempo para aguerrir y robustecer su débil ejército, conquistando pequeñas ventajas á poca costa, inhabilitando la ofensiva francesa, casi siempre imprudente, impetuosa, pero poco tenaz, fastidiando, por decirlo así, con la pequeña guerra al soldado frances, que es de todos el que más pronto se irrita con este sistema tan en oposicion con sus facultades, y espiando una imprudencia suya, un falso movimiento, y lanzándose de repente en una ofensiva brusca, inesperada, irresistible para las tropas francesas, que se desmoralizan fácilmente despues de unas cuantas semanas de contínuos alfilerazos, es como se proponia Gonzalo de Córdova empeñar la partida.

Invadida la Calabria, y organizados apresuradamente 6.000 calabreses, inauguró el Gran Capitan la campaña con un juego rápido de marchas y contramarchas, rehuyendo los grandes com-

bates, y sorprendiendo y tomando todos aquellos puntos que le podian ofrecer algun apoyo en el curso de las operaciones, como Regio, Santa Agata y Seminara.

Viendo Aubrigny las repentinas ventajas de los españoles, se apresuró á reconcentrar su fuerza, que se hallaba diseminada, y se dirigió en busca de Gonzalo con objeto de obligarle á un combate general. El Gran Capitan queria rehusarle, porque no conocia las posiciones y fuerzas del enemigo, ni confiaba lo bastante en su bisoño y heterogéneo ejército para aventurarle en una batalla campal hasta tenerle más organizado y aguerrido. Á pesar de estas razones, Fernando II, dando prueba de su poca prudencia, exigió la batalla, y el ejército tomó posicion al Este de Seminara, sin otra defensa que un riachuelo vadeable al frente de combate. La izquierda francesa avanza contra la derecha española; 400 caballos ligeros salen al encuentro de la brillante gendarmería, que ya habia vadeado el arroyo; pero al secundar un movimiento de carga, toman los calabreses el retroceso como derrota, y se apodera de ellos un espanto y terror difícil de pintar; las filas se rompen, los cuadros se mezclan, la voz de los jefes no se oye, y la rota hubiera sido absoluta, si mil españoles no hubieran sabido resistir todo el ímpetu frances, convirtiendo en honrosa retirada lo que ya era vergonzosa fuga.

El Rey, que habia salvado la vida por la abnegacion de un soldado español que murió en su puesto, se retiró á Sicilia, y de allí á Nápoles, miéntras que Córdova se rehacia en Seminara del descalabro sufrido, quedando, por fortuna, dueño absoluto de su voluntad y con independencia en el mando. Apénas tomó por sí la direccion de la campaña, volvió á su primitivo método de guerra, y por medio de hábiles marchas y rápidos recortes, rehuyendo el encuentro con el enemigo, se apoderó de plazas importantes, hasta que Fernando II le llamó en su socorro para evitar que la guarnicion francesa de los castillos de Nápoles se diera la mano con las tropas de Aubrigny. Á costa de grandes fatigas y difíciles jornadas, consiguió Córdova unirse con el Rey, tomando á Cosenza á viva fuerza, á Laino por sorpresa, bloqueando en

Atela al Duque de Montpensier, y rindiendo por hambre, por haberse apoderado de unos molinos que surtian la plaza, á todo el cuerpo frances, que no tuvo energía bastante para aceptar batalla en campo raso. Pero entre tanto, el enemigo habia recobrado superioridad en la Calabria, y Gonzalo, despues de haber rendido los 7.000 franceses de Montpensier, tuvo que retroceder contra Aubrigny á toda prisa, reconquistando lo perdido, hasta conseguir estrechar á los franceses sobre Gallipolli, obligándoles á evacuar todo el país, á excepcion de las plazas de Gaeta y Tarento.

Sitiada la primera por el rey Federico, sucesor de Fernando, y reforzado el asedio por Córdova, que voló en auxilio del Monarca, se rindió por fin la plaza á los españoles. Poco despues el Papa pidió socorro tambien al protector de los intereses italianos, y el Gran Capitan marchó contra Ostia, y cercándola de líneas hábilmente trazadas y de baterías con acierto establecidas, la tomó por asalto á los cinco dias de sitio, pasando á cuchillo la guarnicion.

Tal fué la primera campaña con que inició el Gran Capitan el arte moderno. En ella le vemos aparecer como político, comprendiendo las necesidades de los pueblos, gobernándolos con prudencia y sabiduría, atrayendo al partido de España todos los poderes influyentes en Italia; como general, conociendo el carácter peculiar del ejército enemigo y las condiciones del suyo, haciendo, segun las circunstancias, ofensiva obstinada y pronta ó defensiva astuta, batiéndose nada más que cuando quiere, y obligando al enemigo á combatir cuando ménos le conviene, presentándose casi siempre, teniendo un ejército más débil, con una masa superior á la que se le puede oponer en un momento dado, hallando el gran secreto de la victoria, no en la victoria misma, sino en las marchas y movimientos que la preceden; en una palabra, siguiendo métodos estratégicos hasta entónces desconocidos, y sustituyendo á la guerra de esgrima y desafío la de táctica y movimiento.

Este período de la historia es el crepúsculo matutino de nues-

tra civilizacion; cesa el imperio de la fuerza, derribado por el de la sabiduría, y este sello reciben todos los grandes sucesos y descubrimientos de aquel tiempo; era un despertar de la inteligencia, dormida desde la muerte de Roma, y la humanidad buscaba ya el secreto de su vida y su poder en otra cosa más elevada que la fuerza material: en la ciencia. El arte bélico habia de sufrir la misma revolucion; era preciso dominar la fuerza con el ingenio, el número con la astucia, sustituir la guerra de castillo á castillo con la de nacion á nacion; la guerra brutal, á muerte, sin política ni motivo, con la humana y civilizada, que empieza en el gabinete del hombre de Estado, y termina, por la armonía de intereses nacionales, con el abrazo de pueblos que se hacen hermanos.

Á pesar de todo, no es en esta campaña, que podemos llamar de ensayo, en la que más brilló el génio de Gonzalo de Córdova. Por respeto á los soberanos de Italia, se vió obligado á movimientos que no le convenian; nunca tuvo completa libertad de accion, ni halló en su ejército, corto, heterogéneo en sus cuerpos y mal provisto, buenas condiciones de victoria; y por otra parte, para desarrollar el nuevo sistema de guerra que su génio presentia, no contaba sino con elementos militares creados en otro siglo y para otros métodos de combatir. Más tarde, con libertad de accion, le verémos vencer con más gloria, y levantar el pendon de Castilla donde nadie, ántes ni despues, ha podido elevarlo todavía.

En lo que más se distingue este ilustre español es en comprender la clase de guerra que hace y los enemigos con quien lucha, amoldando su método, y hasta su carácter personal, á las circunstancias. En la insurreccion de los moriscos deja de ser el general de la gran guerra, y se hace guerrillero, valiente y sufrido montañes, que camina á pié por entre breñas y lodazales, que se bate el primero, que mata como un soldado, y sufre con orgullo las mismas fatigas y privaciones que el último de su tropa.

En la segunda guerra de Italia aparece de nuevo el profundo político y el hábil estratégico, fijando ya para siempre los prin-

cipios de la ciencia bélica, que despues no se ha hecho sino desarrollar.

Repartida la presa de Nápoles entre la Francia y España, era de temer que pronto vinieran á las manos ambas naciones, disputando cada una su parte de botin, y para entónces España no contaba en Italia fuerza suficiente, no ya para arrebatar su trozo á la Francia, sino que tampoco para defender el suyo. Ademas del escaso número de tropas y de la pobreza de recursos, áun no se hallaban los españoles en pacífica posesion de su pedazo de Italia, porque faltaba Tarento, que se juzgaba inexpugnable por su especial situacion; pero el génio del Gran Capitan convirtió la misma defensa natural de la plaza en daño del sitiado. Está Tarento rodeada de agua por todas partes; desde el Sur, el mar, abrazando por Este y Oeste la ciudad con dos canales estrechos, se ensancha al Norte formando una gran bahía con fondo para naves de alto bordo; pero como hasta allí á nadie se le ha ocurrido que puedan llegar, son las defensas de esta parte de la plaza las más débiles, en la confianza de que tienen tan inmenso foso. Gonzalo de Córdova distrajo el cansancio y fastidio de su tropa en un sitio tan largo y difícil, con una operacion original y sorprendente, llevada á cabo por todo el ejército con ese entusiasmo que inspira en los soldados del Mediodía toda maniobra extraña que impresione vivamente su imaginacion. Las naves fueron trasportadas desde el mar, por tierra, á esta bahía; todo el ejército, al compás de cantos guerreros, músicas é himnos de loco entusiasmo, impulsaba las galeras sobre rodillos con esfuerzo uniforme, y en poco tiempo la escuadra española emplazó las débiles murallas del Norte de la ciudad. Este hecho, por sí solo, y por su carácter homérico, era de tanta importancia moral, qne los tarentinos decayeron y el conde de Potanza tuvo que rendirse.

Entre tanto los franceses, faltando á la fe jurada, rompieron las hostilidades invadiendo la Capitanata. Córdova, comprendiendo su mision política, hizo recaer toda la odiosidad de la guerra sobre la Francia, y con sus artes diplomáticas consiguió ganar tiempo ántes de romper abiertamente; y miéntras se re-

hacía y esperaba recursos, se limitó á oponer á Aubrigny una division á la defensiva, pero sin ceder ni retirarse á Sicilia, conservando así el prestigio que ya tenía en Italia el nombre español.

La situacion no podia ser más crítica: el ejército estaba abrumado de deudas que no se podian pagar, porque las comunicaciones con España se hallaban interceptadas por la escuadra francesa; César Borgia protegia la desercion ofreciendo mejores sueldos; el descontento crecia por momentos, y la disciplina se relajaba, hasta que por último estalló un motin en que se llegó á atentar á la vida de Córdova. Pero este general, valiente, frio, enérgico y con todas esas grandes dotes que avasallan á las multitudes, calmó la sedicion con una sola palabra: —«Levanta esa pica, que por poco me hieres», dijo friamente, separando con el brazo el arma del soldado que le iba á romper el pecho, y en seguida, dirigiéndose á todos, que quedaron mudos de admiracion al contemplar su frio valor, y aprovechando este momento supremo de las sediciones, «Españoles, exclamó, acordaos que sois los héroes de Granada y de esta misma Italia, y si esto no tiene eco en vuestros corazones, muévaos vuestro honor hollado en presencia de los franceses.» Esto sólo bastó para calmar el motin, y á la diana siguiente se ahorcó al soldado, y el ejército quedó reprimido, dócil y entusiasmado con su general; tales reacciones suele traer en las multitudes el ódio ó el amor exagerado.

Bajo tan tristes auspicios recibió Gonzalo la agresion de los franceses, y sin querer retirarse á Sicilia ni encerrarse en Taranto, á pesar de su inferioridad, por no perder el prestigio moral, escogió como centro de defensa á Barleta, punto estratégico, llave de la Pulla, enlazada con el Adriático y apoyada en la escuadra. Si allí se veia cercado por fuerzas muy superiores, podia embarcarse, bajar á la Calabria, que habia quedado desguarnecida de franceses y llevar allí la guerra; pero si éstos, para sostener ambos puntos se dividian, no debia temer mucho el asedio.

En la Calabria se hallaba D. Hugo de Cardona á la defensiva contra Aubrigny, miéntras el Duque de Nemours operaba direc-

tamente contra Córdova ; siete meses duraron las operaciones, en ellos los españoles se limitaron á la guerra de defensa activa espiando los errores del adversario, y cayendo, siempre con ventaja, ya sobre un punto, ya sobre otro de la línea enemiga : no era posible hacer más ; la escuadra francesa tenía bloqueada á la española, D. Hugo de Cardona habia sido batido, toda la Pulla estaba sometida ya, y el grueso de los franceses acosaba al leon en su guarida de Barleta.

En situacion tan apurada, se podia adivinar que la primera falta cometida por Nemours ante un enemigo del génio de Gonzalo habia de costarle muy cara : así fué. Pedro Navarro habia evacuado á Canosa y ocupado á Castellaneta, y el duque de Nemours quiso recobrar este punto, para lo que tuvo necesidad de dividirse. Al levantar su campo, sale en seguimiento suyo toda la caballería española, con D. Diego de Mendoza á la cabeza, sostenida por la infantería ; los franceses se revuelven contra esta caballería, que retrocede astutamente atrayéndolos, y cuando creen suyo el triunfo y se lanzan con su habitual desórden en tan necia persecucion, se ven envueltos de flanco por la infantería, y sufren tan terrible y repentina derrota, que ni siquiera se percibe de ella el general en jefe. Con tal ventaja, se lanza de Barleta como un rayo el Gran Capitan con aquella prodigiosa actividad que era la base de su carácter, y se apodera de Rubo á viva fuerza, reconquistando con esto ante los italianos el prestigio y la fuerza moral perdida. La balanza de la guerra se habia inclinado del lado de España, en justo premio de la resignacion y tenacidad con que se sobrellevaron los males en los atrincheramientos de Barleta; Lezcano derrotó la escuadra francesa en las aguas de Otranto, y pocos dias despues el ejército español estaba socorrido, se organizaban nuevas fuerzas con los caballos tomados al enemigo, se recibian auxilios del emperador Maximiliano, y sonreidos los españoles por la victoria, se aprestaban á una brillante ofensiva. La diplomacia astuta de Luis XII, que veia cernerse la tormenta, hizo esfuerzos para terminar la guerra ; pero Gonzalo no admitió proposicion alguna; la superioridad de las

armas españolas estaba ya iniciada, y sólo faltaba referir á una sola victoria los triunfos parciales de D. Hugo, de Pedro Navarro y Andrade en la Calabria; así pues, en la noche del 28 de Abril de 1504, el Gran Capitan salió de su campo de Barleta en busca del ejército frances, y aunque todavía no era el suyo igual en número, se disponia á la ofensiva confiando en la fuerza moral.

La marcha fué muy penosa, el calor y la sed causaron algunas bajas; pero todo se soportaba con alegría al ver al general, el primero en la fatiga, ceder hasta su propio caballo á un soldado rendido de cansancio. Estos rasgos de generosidad fomentaron en las filas el entusiasmo que ya inspiraba el jefe.

Ceriñola fué el campo escogido por Gonzalo de Córdova para presentar batalla al enemigo.

Está la poblacion situada en una cima, en cuya falda se cultivan viñedos, y por cuyo pié corre un profundo barranco, envolviendo la posicion, y esta defensa natural se robusteció por el arte con empalizadas y abrojos. Sólo quedaba descubierto el flanco izquierdo, y allí se levantó un parapeto y se estableció una batería de cuatro cañones, empleando los españoles en estos preparativos desde las cuatro de la tarde hasta las siete de la noche. Á esta hora llegó el Duque de Nemours, y aunque en un principio se trató en consejo de diferir la batalla para el dia siguiente, prevaleció por fin la imprudente proposicion de darla en seguida. Ocupaba la derecha francesa la caballería gruesa; el centro, la infantería suiza y gascona, y la izquierda rehusada se componia de la caballería ligera.

Gonzalo de Córdova dispuso sus tropas del modo siguiente: la derecha débil, apoyada en Ceriñola, la formaba la infantería española á las órdenes de Pizarro, el padre del conquistador del Perú; la alemana, en el centro, en defensa del parapeto; la caballería gruesa, mandada por García de Paredes, en la izquierda con salidas por la trinchera; Pedro Navarro cuidaba de la artillería, y fuera del barranco escarceaban los caballos ligeros, conducidos por Próspero Colonna.

Esta posicion formidable, así guarnecida por tropas cuyo va-

lor moral habia crecido rápidamente, y con generales los primeros de su siglo, tuvieron los franceses la petulancia de atacar de noche y sin haberla siquiera reconocido.

Nemours cargó con su derecha ; pero la artillería de Navarro sembraba la muerte en las filas de los caballeros, y la carga fué rechazada. En medio de tal ventaja, una terrible desgracia sucede en el campo español: vuelan con horrible estruendo los polvorines, y ademas de la pérdida material, el espectáculo, por la hora, el sitio y la explosion, infunde un terrible asombro; más á pesar de eso, el génio de Gonzalo triunfa de su mala estrella: «Valor, españoles, exclama; la victoria es nuestra; Dios lo dice, advirtiéndonos que ya no tenemos necesidad de los cañones.» Este rasgo de elocuencia, uno de los más notables en la historia de todos los tiempos, devuelve á las filas el entusiasmo y la fiereza.

La noche habia cerrado ya; Nemours, sin embargo, vuelve á la carga, pero su caballería cae en los abrojos del barranco, y entónces idea la maniobra más peligrosa é inconveniente que en aquellas circunstancias puede ocurrírsele á general alguno: una marcha de flanco alrededor de la posicion, para buscar un punto débil, marcha dirigida bajo el fuego terrible de los arcabuceros españoles. Con la muerte pagó Nemours tanta osadía, y la muerte de los héroes es el perdon de su impericia. Á pesar de esta catástrofe, los franceses, que se batian como buenos y bravos caballeros, se rehicieron; Chaudieu, que mandaba el centro, avanza con ímpetu y consigue coronar la cresta del parapeto una, dos y tres veces, pero se estrella contra las picas alemanas, y es tomado de flanco por los arcabuceros; desesperado, se arroja á buscar tambien la gloria en la fosa, y lo consigue; su gente se replega en confusion sobre la caballería, el desórden crece, los cuadros se confunden, la derrota es inevitable ya. El Gran Capitan, con aquella pronta ojeada de los génios de la guerra, comprende que ha llegado el momento; salta las trincheras con todo su ejército, y arrolla y destroza cuanto halla en su camino. Ibo de Alegre y Ars, que mandaban la caballería francesa de las alas, huyen

á toda brida, consiguiendo el primero llegar intacto á Gaeta.

He aquí la batalla de Ceriñola, tan callada en los historiadores militares extranjeros, que han negado á España ser la regeneradora del arte. Esta jornada, como casi todas las de Italia, es la lucha de la antigua y de la nueva táctica, es la caballería que muere y la infantería que nace, es el valor individual y las proezas de los héroes de lanza ante la ciencia y el órden. ¡Nemours! ¡Chaudieu! ¡Bayardo! nombres ilustres; no osará mi pluma amenguar vuestra gloria, que si fuisteis batidos, era que vuestro siglo sucumbia con vosotros.

En esta batalla perdieron los franceses 3.000 hombres, y los españoles mucho ménos, porque al principio se batieron á la defensiva. Las consecuencias fueron incalculables; el triunfo de la Francia en Italia se hizo imposible, todos los pueblos se sometieron al vencedor, y bien pronto la hábil política de Córdova, y su respeto á los usos y privilegios del país, afirmó la conquista material con la moral.

Gaeta fué bloqueada, las minas de Pedro Navarro le dieron la posesion de los castillos del Huevo y Nuevo, los cuerpos de la Calabria y los Abruzzos vencieron tambien, y la corona de toda Italia se afianzó en las sienes de Fernando el Católico.

Campaña del Garellano.—Desde Seminara hasta Ceriñola se han fijado los principios del arte militar moderno, que luégo se desarrollan cumplidamente en la magnífica campaña del Garellano. Al leer esta epopeya nos enojamos contra el sino de nuestra querida patria, condenada un año y otro, en una y otra jornada de gloria, á vencer fuerzas diez veces mayores, y todavía nos enojamos más cuando los historiadores franceses, ménos leales que nosotros para confesar faltas, se esfuerzan en explicar esta constante victoria de nuestros pobres y débiles ejércitos sobre los suyos, valientes, numerosos y ricos, como efecto de la fatalidad. Unas veces el viento, otras la niebla, otras la noche, otras una imprudencia de un general, es, segun ellos, quien les arrebata el triunfo siempre, y sin embargo, tres siglos dura esta série de funestas casualidades. ¡Y son los que esto dicen, los que pesan

por onzas el caballo, las armas y el jinete para decidir el efecto de la carga, los que miden por grados y minutos los ángulos del cánevas estratégico y resuelven la victoria como quien resuelve una ecuacion, los que quieren hacer de la guerra una ciencia exacta, y más que ciencia un método rutinario como aritmética de niños! Confesáran paladinamente que no tenian infantería, que despreciaban las armas de fuego, que no combinaban la accion de sus cuerpos, que les faltaba unidad de mando, que carecian del instinto de la alta estrategia; en una palabra, que no habian entrado en el período de las guerras nacionales y se hallaban todavía en plena Edad Media, y entónces diéramos crédito á sus libros de arte; pero negar la casualidad en sus victorias y hallarla siempre en las nuestras, es desmentir con su crítica lo que sientan como incuestionable en su filosofía. No les hemos negado su alta mision en el progreso; sus héroes son los continuadores de nuestro maestro; la segunda revolucion les pertenece; si nosotros hemos hecho la de las guerras nacionales, ellos la continental, que es la última, y acaso su desarrollo y perfeccion nos esté encomendado. Insistimos en esto, porque siendo una opinion exclusivamente nuestra la de considerar á Gonzalo de Córdova como precursor de los generales de la monarquía, como iniciador del arte en la guerra de Estado á Estado, de frontera á frontera, así como Carnot y Napoleon lo han sido de la continental, que es la guerra del porvenir, debemos defenderla con la fe que la hemos concebido. No por eso se rebaja en un quilate el mérito de Nassau, de Gustavo Adolfo, de Eugenio, de Federico y de Turena: ellos hicieron mucho, pero dispusieron de medios que no poseia el que tuvo que luchar con el viejo sistema y arar las ruinas áun en pié del feudalismo.

Sirva esto de disculpa para la rapidez con que vamos á pasar por los tres siglos de la guerra nacional, que Gonzalo inicia, que Federico lleva á todo su apogeo, y que muere en Brunswich á los piés de la revolucion, brotando de ésta la gran guerra moderna, la continental, todavía en mantillas, que por más que algunos la crean ya desarrollada por Napoleon I, las últimas campañas de

Crimea, Italia y los Estados-Unidos demuestran que la falta mucho para cumplir su vida.

Mas para prepararnos al exámen de ella, terminemos el estudio de los tres últimos siglos.

Por fin, la Francia, vencida en Ceriñola, se decidió á jugar el todo por el todo, y haciendo un esfuerzo supremo, convocó la nacion y aprestó formidables armamentos. Un ejército dirigido por Mas de Albret, ataca á España en Fuenterrabía; otro, por el mariscal Rieux, en el Rosellon; otro, por Luis de la Tremouille, valiente y entendido general, se destina á las operaciones de Italia; 40.000 peones y 12.000 jinetes se ponen en campaña; 9.000 caballos de línea, 8.000 suizos y un soberbio tren de artillería marchan á reforzar el ejército de Italia; grandes depósitos en Roma y la escuadra dueña del Mediterráneo aseguran la subsistencia de esta imponente masa. El Gran Capitan, como siempre, reuniendo y concentrando toda su fuerza, llamando á su lado á Pedro Navarro y Fernando Andrade, no pudo tener bajo su mano sino 3.000 jinetes y 6.000 infantes.

El enemigo invadió el reino de Nápoles, y reuniéndose en Ponte-corbo con el Marqués de Saluces, llegó á formar un grueso activo de 30.000 hombres. Temiendo Gonzalo la nube que le amenazaba, se dispuso al mismo plan de guerra que tantas derrotas habia costado á la Francia : reconcentracion, líneas interiores, defensa activa, rápidos movimientos en círculo concéntrico más pequeño que el del enemigo, hasta gastar el ímpetu frances, abatiendo su orgullo en escaramuzas, preparándose así para lanzarse á fondo tan pronto como una falta del adversario le descubriese un punto vulnerable. Para realizar ese plan, y teniendo en cuenta la desproporcion de fuerzas, levanta el bloqueo de Gaeta y toma como frente de defensa la línea del Garellano; tal pensamiento y su realizacion nos revela el génio de un general extratégico, en una época en que apénas si se conocia algun mediano táctico.

El Garellano nace en los Abruzzos, corre por la Pulla y la Calabria, y desemboca entre Gaeta y el Volturno. Partiendo de los

estribos de los Apeninos, lo accidentado del país hace de fácil defensa el paso; más por la misma razon el rio ofrece, hasta Ceprano, vado permanente, y luégo otros varios, practibles segun la estacion. Sobre una extensa llanura, en la orilla izquierda, se halla Sessa, un puente en el camino de Mola-di-Gaeta á Nápoles, Roca-secca, entónces con escogida guarnicion española, y Monte-cassino en poder de los franceses, puestos importantes todos, porque apoyan á San German, punto de paso para Cápua. En la márgen derecha, ascendiendo la corriente, se encuentran varios pueblos, Suio, Trajeto enfrente del puente de Sessa, Ponte-corbo con otro buen puente, y por último Ceprano con su vado. El enemigo poseia en el Garellano superior, en la izquierda, á Roca-Evandria.

En la situacion respectiva de ambos ejércitos, la posicion de San German, apoyada en las fortalezas de Roca-secca y Monte-cassino, era la llave del país, puesto que para desembarcar en las llanuras de Cápua se hacía indispensable pasar por ella. Gonzalo, que así lo comprendió, se apoderó vivamente de Monte-cassino, y el 6 de Octubre se atrincheró en la posicion defensiva de San German. Los franceses, á su vez, pasan por Ceprano, y con 36 piezas atacan rudamente á Roca-secca; pero Villalba, comprendiendo la importancia de su puesto, se defiende con heroísmo y rechaza dos veces el ataque.

Miéntras estas operaciones tenian lugar en el alto Garellano, Pedro de la Paz cubria en Sessa el paso contra Gaeta.

La Tremouille fué relevado en el mando por el Marqués de Mantua, general de carácter irresoluto, y odiado de la tropa por su rigor excesivo. Viéndose el nuevo jefe precisado á forzar los tres puntos de Roca-secca, San German y Monte-cassino, sin otra línea de retirada que el vado de Ceprano, que podia ser fácilmente cortada por Córdova, estratégicamente dueño en su defensa de las dos orillas, se decidió á repasar el rio y dirigirse á Aquino para intentar el paso por Sessa; muy caro pudo costarle este movimiento. El Gran Capitan, tratando de encerrar al enemigo entre el rio y las plazas de San German, se apresura á llegar á Ponte-corbo para remontar por la derecha y apoderarse de

Ceprano; pero los franceses, en tropel, corren á Ponte-corbo y llegan un momento ántes, conservando con este movimiento, aunque penoso y precipitado, la posesion de la orilla derecha, con libertad de resolver el paso por Sessa, en cuyas planicies jugarian con ventaja la excelente y numerosa caballería y tren enemigo. Esto habia sido previsto, y el puente estaba volado; la guerra, sin embargo, se trasladó á esta comarca, y entre pantanos y lodazales, estableció Gonzalo su posicion enfrente de la enemiga, jaqueando sin cesar á los francesas.

Sería prolijo enumerar las pruebas de resignacion que dió el soldado en aquel incómodo y triste campamento, y los esfuerzos de Gonzalo para mejorar la posicion y sostener el entusiasmo y la disciplina; pero su génio superior supo triunfar de todo, y al cabo de poco tiempo ya estaba desmoralizado el enemigo, miéntras los españoles, en peores condiciones, conservaban en toda su pureza las virtudes militares.

Por último, el buen Marqués se decidió á expulsar al español y forzar el paso; ya era tiempo, porque su ejército se habia fastidiado en la inaccion de Sessa, y cuando un ejército frances se fastidia, se halla muy cerca de la derrota. El Gran Capitan no pudo oponerse al establecimiento de un puente de barcas, porque la orilla francesa era más elevada que la nuestra y estaba terriblemente artillada; pero ya establecido, de nada sirvió. El primer dia se lanzan al paso las columnas, y García de Paredes las rechaza; el segundo, vuelven á la carga con más furia y se apoderan del reducto español que defiende el paso; Gonzalo monta á la jineta, arenga sus tropas, recuerda los laureles de Ceriñola, y arroja sus columnas cuerpo á cuerpo con las francesas para hacer inútil el fuego de la artillería. Allí se trabó un combate terrible; los españoles llevaron su exaltacion al delirio; alférez hubo que con los brazos mutilados y la bandera cogida con los muñones, se lanzó al puente gritando: ¡España! ¡España!, pero por fin los franceses fueron rechazados, y este hecho de armas acabó de desmoralizarlos y redobló nuestro brío.

La indisciplina, la desercion, la sedicion cundia en las filas

del enemigo ; los primeros jefes eran los primeros cabecillas, y el Marqués de Mantua tuvo que resignar el mando en el de Saluces.

El nuevo caudillo levantó una cabeza de puente, concentró la fuerza, atrincheró su posicion, y se dispuso á pasar el invierno así, en la confianza de que los españoles no se moverian tampoco; pero un refuerzo de 3.000 hombres con Bartolomé de Alibano, y el buen espíritu del ejército español, decidieron á Gonzalo á tomar la ofensiva. Primero brindó con la batalla al enemigo, dejando libre el paso y tomando posicion más á retaguardia ; mas, no dando esto resultado, se resolvió el atrevido plan de atacar á los franceses.

Albiano, con la vanguardia, debia echar un puente cuatro millas agua arriba, y, seguido del grueso del ejército, envolver la posicion de Saluces de flanco y reves, miéntras el cuerpo de Andrade forzaba de frente el paso por el puente frances. La tempestuosa y lóbrega noche del 27 de Diciembre fué escogida para la operacion.

Albiano pasa, sorprende el pueblo de Suio, acuchilla la guarnicion, y ocupa este punto para apoyo del centro, que mandaba en persona el Gran Capitan. Á tal sorpresa, temiendo Saluces verse cortado de Gaeta, batida su caballeria y aconchado sobre el Garellano, corta el puente, levanta el campo á toda prisa, abandonando el material, y manda á Ibo de Alegre á Suio para impedir el resto del paso; pero cuando llega, ya Gonzalo ha pasado á la orilla derecha y los franceses se retiran con órden sobre Gaeta, mandando la retaguardia Saluces mismo.

No era el Gran Capitan adversario para dejar así escapar su presa; conseguida una ventaja, bien pronto sacaba de ella partido hasta consumar la victoria, y entónces dispuso una persecucion vigorosa y pronta. Próspero Colonna, con una columna de flanco, recibió la órden de avanzar todo lo posible y adelantarse al enemigo, miéntras Córdova, con el grueso, seguia activamente sus huellas : el campo frances se pasó, sin detenerse á saquearlo, y al alba, ya la vanguardia picaba la retaguardia de la

gendarmería. Desde este momento la retirada se precipita y empieza el desórden; la marcha se entorpece; unas cureñas volcadas obstruyen el puente de Mola, y el enemigo se ve obligado á volver cara tomando posicion en el puente y colinas de los lados y aceptando la batalla.

La infantería española de la vanguardia ataca de frente, en tanto que los caballos ligeros envuelven el flanco; pero á pesar de que la artillería francesa no puede jugar, el enemigo resiste el ataque; repetido, vacilan los franceses; mas el caballero Bayardo hace prodigios de valor, y la gendarmería obliga á retroceder á los españoles. Al cabo de dos horas de lucha á muerte, llega el Gran Capitan y restablece la superioridad; mas, á pesar de todo, terribles dudas le asaltan; nada sabe de Andrade, y Próspero Colonna no parece. Por último, Andrade, despues de haber recogido cuantas barcas halló, pudo pasar el Garelleno, y llega al campo de batalla en el mismo momento en que Colonna aparece á retaguardia de los franceses, cortando el paso de Gaeta. La derrota se hizo inevitable; el enemigo se arroja en monton sobre los caminos de Itri y Gaeta, y por todas partes se halla cortado; segun llegan los destacamentos, son batidos, envueltos y acosados, y, despues de dos dias de contínuos ataques entre lodazales, rendidos de hambre y fatiga, y con pérdida de 2.000 muertos y multitud de prisioneros, se encerraron en Gaeta los restos de aquel, poco ántes, formidable ejército.

El 30 marchó sobre la plaza Gonzalo, creyendo hallar defendida la interesante posicion de Monte-Orlando; pero la corta fuerza que la ocupaba se retiró sin disparar un tiro, y apénas vió Saluces los cañones españoles en la cumbre, donde habian sido subidos á la rastra, capituló con honrosas condiciones. El Gran Capitan entró en triunfo en el último baluarte de los franceses, y Luis XII, que temia la pérdida de la Italia del Norte, se apresuró á celebrar la paz con España, que se firmó en Lyon el 14 de Febrero.

Esta campaña, tan gloriosa y difícil, es una campaña modelo. En ella se ve al general con un profundo conocimiento, en todos

los instantes, de las condiciones morales y materiales de ambos ejércitos, previstas todas las maniobras del enemigo, oponiendo á ellas, primero hábiles marchas, despues defensiva lenta y obstinada hasta vencer la fuerza moral, y por último, brusca reaccion ofensiva, violenta, sin descanso, irresistible, hasta hacer caer como por encanto los muros de Gaeta á los cuatro dias de operaciones. Nunca como en esta ocasion se ha visto sacar más partido de los errores del enemigo; proseguir una victoria, ya iniciada, hasta completarla de un modo tan absoluto; combinar las líneas y movimientos, quedando siempre el espacio y el tiempo en beneficio propio; dirigir las maniobras tácticas de modo que el número y las armas estén en ventaja de nuestros órdenes; ocupar siempre una posicion estratégica central, á la vez que táctica envolvente; dar á estas maniobras nada más que el arco preciso para envolver, sin romper, la union de las partes del ejército, cosa que ántes de Gonzalo de Córdova nadie habia hecho, y que, despues de él, pocos han sabido hacer; hoy mismo es la maniobra más expuesta, y mucho más si se opera por ambas orillas de una línea de agua. Por todo esto, ¿quién como Gonzalo de Córdova ha podido llevar con más justicia el título de Gran Capitan?

Mas, aunque no hubiera dado batalla ninguna ni vencido jamas, sus teorías militares bastan para que sea saludado como maestro de la guerra. Tres siglos ántes que la revolucion francesa la plantease, él defendia la conscripcion sin estatura; adivinó la mision civilizadora de los ejércitos permanentes; comprendió, como ninguno hasta entónces, la importancia de la infantería sobre la caballería; en su estudiada organizacion y táctica demostró lo que nadie creia, que 300.000 caballos turcos debian ser batidos por 54.000 infantes y 18.000 jinetes; creó los gastadores, dando á los útiles de zapador en la infantería y á los oficios en el ejército una importancia que hoy nos lamentamos de que no se conceda; luchó contra la preocupacion de las armas ofensivas, hasta llegar él mismo á batirse á la jineta; trabajó sin descanso por aligerar el bagaje, porque sabía que la fuerza táctica

consiste en la aptitud de movimiento, y en su deseo de simplificarlo todo, adoptó un método de campar para todos los terrenos. El espionaje mejor organizado, aunque derramase oro para conseguirlo, lo consideraba barato; el tener siempre un exacto conocimiento del terreno, una opinion ventajosa del enemigo, sin menospreciarle nunca, el no dar ni aceptar batalla sino en los únicos casos de tener seguridad en la victoria ó de evitar mayores males aunque se perdiese, han sido las reglas militares que siempre ha seguido.

Conocia las cualidades del soldado que mandaba, y era digno de su atencion todo lo que contribuyese á exaltar las virtudes: por eso llegó á fanatizar de tal modo sus tropas, que las pudo exigir fatigas y penalidades superiores á la organizacion humana. Toleraba el vino y aborrecia los licores, y hasta en este detalle, al parecer insignificante, demostraba el estudio que de todas las necesidades del soldado habia hecho, notando la enervacion que producen los licores despues del primer momento de ficticio vigor exagerado que causan y que el vino no produce. En otra práctica, original suya, que despues no se ha seguido, demostró lo bien que conocia el defecto capital del soldado español, su indolencia para el servicio avanzado; no tenía escuchas nunca á pié quieto, y guardaba su campo teniendo un tercio sobre las armas, y en vez de cordones de centinelas y puestos, patrullas contínuas.

No nos podemos detener á analizar en la táctica que propuso las órdenes de marcha y de combate, la combinacion ingeniosa de las filas y las armas en su escuadron, la fuerza ofensiva y defensiva de esta nueva falange y legion á la vez; pero aunque haya algo de excesivamente artístico en los detalles, debido es á la variedad incómoda de las armas de aquella época; mas en principio general, estos órdenes eran una revolucion en el arte táctico, y en ellos se ven señalados los males todos del viejo sistema con que luchaba Córdova.

Hemos presentado á grandes rasgos esta figura de nuestra gloriosa historia: rogamos que se lea con indulgencia este capítulo,

porque para escribirle se necesitaba otra pluma que la que traza estos incorrectos renglones.

II.

Siglos XVII y XVIII.

Es una ley de la historia, que el progreso no sea nunca simultáneo en todos los ramos del saber; parece que un siglo marcha por una senda de la que se desvia en el siglo siguiente, y por último viene una época en que se detiene para enlazar en uno los adelantamientos respectivos de los siglos anteriores y dirigirlos á un mismo punto de llegada; el hombre destruye poco á poco los obstáculos que halla en su camino, luégo retrocede para nivelar y afirmar ese mismo camino, vuelve á retroceder para dar aviso á los demas hombres de que la vía está ya practicable, y entónces se rompe el viaje resueltamente.

En el arte militar, del mismo modo, los adelantamientos se han realizado por sacudidas parciales que luégo ha sido preciso referir á una general. La primera es el progreso de las cualidades militares del individuo; todo se sacrifica á él, armas, táctica, organizacion, nada adelanta, pero proporciona utilidad por hechos aislados; en la segunda, cuando los Estados se crean, y los ejércitosa parecen como unidades de fuerza, hay rudimentos de organizacion y estrategia, y armas imperfectas para la masa, porque todavía el individuo conserva influencia sobre la colectividad; y en la tercera se organizan los ejércitos, se presiente la gran guerra, se inician vastos planes estratégicos, y la individualidad desaparece; pero las armas, que son las de la época anterior, no están á la altura de estas nuevas necesidades de la ciencia, y la táctica, áun en rudimentos, adolece de todo ese metodismo y exageracion de las artes nacientes. Pues bien; para prepararse al último y definitivo movimiento general de la ciencia bélica, es nece-

sario que ántes venga el siglo XVII con su inmenso progreso en armas, en artillería y fortificacion, y el XVIII en táctica, para que el XIX pueda hallar el equilibrio y armonía de todos esos elementos esparcidos, y dar unidad moral y de accion material á la gran masa guerrera.

En el siglo XVII llega á todo su apogeo el poder real, y los dos grandes aliados, el pueblo y el trono, no teniendo ya delante como enemiga una poderosa aristocracia, empezaban á disentir en el modo de considerar á ésta, que sin fuerza propia ya, se cobijaba en las gradas del trono y unia con él sus intereses. El ejército no estaba constituido sino en virtud de privilegios de clase y de cuerpo; el servicio de soldado era forzoso para el pueblo, y los oficiales se sacaban de la nobleza, y entre unas y otras jerarquías militares, unos y otros institutos, existia latente una guerra contínua de envidias y rivalidades que perjudicaba á la accion general.

Eso en cuanto á la organizacion y política militar, pero respecto á táctica, los fuegos daban impulso, aunque lento, al arte, y los órdenes perdian en profundidad lo que ganaban en extension y aptitud de movimiento.

En 1677, en el sitio de Valenciennes, Vauban perfecciona el ataque de plazas por la aplicacion del sistema de paralelas; en 1688 inventa en Filipsburgo el tiro de rebote, que ha causado una revolucion en la táctica de sitios y áun en la de batallas; y en compensacion de esta fuerza de ataque creada por este ilustre ingeniero, refuerza la defensa con sus tres conocidos sistemas de fortificacion, y eleva este arte á la altura en que hoy le vemos, sin que los adelantamientos posteriores sean otra cosa que ligeras correcciones al método de Vauban, sin alterar los principios fundamentales suyos.

Entre tanto, en las batallas la bayoneta de Martinet daba al fusil condiciones de arma blanca de línea, y las picas empezaban á desaparecer, y á proporcion que los fuegos se perfeccionaban, la caballería iba disminuyendo en proporcion con la infantería. Á pesar de esto, la baqueta de madera, la bayoneta con mango

que dificultaba el fuego, y el no conocerse los cuadros, exponia á la infantería en perjuicio de su importancia y fuerza moral, y la táctica, por consiguiente, atravesaba una penosa transicion, porque el perfeccionamiento de las armas hacía imposibles los antiguos órdenes cuando todavía estaban sin conocerse los nuevos. Sin embargo, ya las posiciones, los accidentes del terreno, particularmente las aldeas, caseríos, etc., tomaban en las batallas la importancia que tienen hoy, y que precisamente habian de recibir de las armas de fuego. En una palabra, la táctica se veia obligada á hacer uso de agentes de destruccion nuevos y desconocidos, y chocaba con inmensas dificultades.

En medio de todo, el poder militar se hallaba más uniforme y constituido, y la guerra debia recibir una impulsion vigorosa. Ante la dificultad de las tácticas estaba en compensacion la mayor facilidad de mover aquellos pequeños ejércitos, y la guerra fué instintivamente á buscar la victoria en las marchas estratégicas que colocan las masas en posicion ventajosa contra el enemigo y le vencen sin apelar á grandes maniobras. Más tarde, cuando los ejércitos aumentaron, y sus marchas se hicieron tambien difíciles, y la artillería y fortificacion llegaron á todo su apogeo, la guerra, que no podia hacer uso de largos movimientos estratégicos ni maniobras tácticas, se hizo guerra de sitios y posiciones, se eternizó en las fronteras, y los ejércitos pasaban meses y meses jaqueándose y maniobrando en un círculo de corto radio.

Resumiendo en una sola frase el progreso de este siglo, diremos que fué en armas, artillería y fortificacion, y que esto hizo sentir la necesidad de nuevas órdenes para las nuevas armas, y movimientos en armonía con la nueva estrategia; cuáles fueron, el siglo XVIII lo dirá.

Ya se generalizaba en todas las naciones el fusil con bayoneta, la pica se iba olvidando, el fondo era de tres filas en vez de cinco, el paso acompasado; Prusia habia introducido el uso de la baqueta de hierro, y perfeccionaba sus fuegos y ordenaba su táctica de detalle hasta un grado desconocido en los demas pueblos.

En cambio de estas ventajas, el ejército no estaba aguerrido; su policía era pueril y excesiva, hasta el extremo de no tener el soldado tiempo para otra cosa que para embellecer sus armas y arneses, siendo esclavo de ellas; en todo se preferia lo bonito á lo útil, y la organizacion adolecia de esos mismos males, sostenidos á gran costa de las rentas públicas.

Al subir Federico al trono, se halló con los elementos de poder militar que su padre habia creado, y los acrecentó sin conmover la máquina, por no chocar de frente con los usos establecidos. Entre tanto el Austria se debilitaba; los ilustres capitanes que, como el príncipe Eugenio, habian elevado tan alto el brillo de las armas imperiales, ya bajaban á la tumba, y Cárlos VII, próximo á seguirlos, no dejaba otros herederos que una débil mujer cuyo derecho sólo consistia en la Pragmática Sancion. La Prusia en actitud hostil se presentaba á reclamar propiedades ya perdidas. Federico adoptó para siempre el uniforme de sus tropas, y se hizo general, no en el nombre, sino en los deberes: proscribió todo gasto supérfluo, planteó grandes economías, mejoró la administracion, dobló el material, perfeccionó la pequeña táctica haciendo maniobrar grandes masas como movidas por un resorte, organizó las tropas, y elevó su número desde 70 á 80, 100, 120 y 200.000 hombres sucesivamente.

Sus primeras pretensiones fueron sobre la Silesia, provincia que por sí sola valia la mitad de la corona de Prusia. Entónces la infantería estaba organizada en cincuenta y cinco regimientos de línea, doce de guarnicion, cuatro de ligeros y batallones francos. Cada regimiento se dividia en dos batallones de cinco compañías de fusileros y una de granaderos, componiendo un total de mil seiscientos individuos de tropa, cuarenta y tres oficiales, cinco jefes, el primero coronel-general, dos ayudantes, capellan, aposentador, intendente (auditor) con funciones administrativas y judiciales, cirujano mayor con doce ayudantes, uno por compañía, músicos, armero, etc.

La compañía prusiana era un justo medio entre la pequeña francesa y la austriaca, fuerte de doscientos hombres; del mismo

modo, la proporcion de oficiales con tropa, tambien mayor, y las planas mayores, tan completas para todos los resortes de administracion, justicia, táctica, etc., hacian esta organizacion mucho más vigorosa y manejable que la austriaca y la francesa, la primera demasiado amasada, y la segunda muy dividida y rota.

Preocupacion respetable en aquella época y en aquel país era la de considerar la estatura de los hombres como una preciosa cualidad militar; el padre de Federico habia creado, á costa de gastos inmensos, un batallon de gigantes, y su heredero hizo de los granaderos la primera tropa del siglo. Con las compañías de este instituto de los regimientos de línea se organizaban batallones privilegiados, que constituyeron una reserva tan escogida, que llegó á vincular en sí todas las glorias militares de Prusia; pero en el resto del ejército, no sólo quedaron los hombres de ménos talla, sino tambien la escoria, la hez, la gente de leva, prisioneros, extranjeros y tránsfugas del enemigo. La vida política del ejército prusiano estaba sostenida por los privilegios, que tan perjudiciales son al arte y á la unidad militar; privilegios que no podian ser destruidos sino despues de una gran convulsion que cambiase radicalmente la forma social de Europa.

Constaba la caballería de trece regimientos de coraceros, doce de dragones y diez de húsares. En Prusia fué donde se conoció la verdadera mision de esta arma ofensivo-resolvente; hasta entónces las cargas al trote y el fuego incierto de los jinetes eran las únicas maniobras de la caballería; pero en la campaña de Silesia se comprendió que la fuerza del arma estaba en la máxima velocidad dentro de la máxima union, y Seidlitz supo desarrollar en todas sus aplicaciones este principio, y despues de la guerra de Silesia se vieron en Europa por primera vez grandes líneas de 10.000 caballos lanzarse á toda brida como un torrente de acero, y sin perder la union detenerse de repente, cambiar sobre un flanco ó sobre otro, y caer como un rayo en una nueva direccion.

Así comprendida la verdadera aplicacion de la caballería, dándola toda su fuerza ofensiva, era consecuente otro descubrimien-

to que en armonía con la rapidez y maniobras de los escuadrones diese á esta arma la fuerza preparatoria de que carece, protegiéndola contra el fuego, que es su mayor enemigo: hé aquí la artillería de á caballo y el uso más frecuente de los obuses de campaña como arma de batalla. En vista de todo esto, se puede asegurar que Federico ha sido el primero que ha sabido señalar á las tres armas su verdadero papel, combinar mejor la accion de cada una con las otras dos; á la infantería su fuego y sus movimientos precisos y uniformes, á la caballería la velocidad en la masa, á la artillería la movilidad que le faltaba.

En medio de este rápido progreso en la gran táctica y en la de detalle, que combinaba por fin la accion en toda su fuerza de los elementos materiales de guerra, y que hacía invencibles á los ejércitos de Prusia, algo quedaba de falso en la constitucion moral de aquellas tropas. El único motor de esta complicada máquina era una disciplina ruda y violenta que incrustaba en la fila al soldado como al marisco en la peña. La desercion, de la que respondia el padre del soldado, el ódio al servicio, la mezcla informe de nacionales y extranjeros, la ignorancia y la baja servidumbre, hacian de aquellos ejércitos una máquina sin virtudes propias; y cuando no son lazos morales los que sostienen la sociedad militar, sino el ingenioso aparato de leyes obedecidas por el terror, el dia en que el soldado llega á tener más miedo al enemigo que al oficial, rota esa disciplina por un desastre ó por la pérdida de un hombre de génio que la sostiene, el poder militar se derrumba con estrépito. La historia nos ha presentado luégo frente á frente del ejército-máquina al ejército-inteligencia, y hemos visto la inmensa superioridad de las legiones que el entusiasmo y el interes en la causa anima sobre las que sólo son impulsadas por la ley fria y terrible.

Por esta misma razon, al ser imitado servilmente en su forma, sin estudiar el fondo, el sistema militar prusiano, se trasplantaron á otras naciones, sin respeto á las diferencias nacionales, los órdenes, el método y la disciplina alemana, de imposible aplicacion á las naturalezas independientes y apasionadas de los hom-

bres del Mediodía. El palo ; las carreras de baquetas ; la policía pueril en las armas y en el aspecto exterior del soldado; la ridícula uniformidad de movimientos automáticos ; la aristocrática y desorganizadora provision de empleos vacantes, conferidos siempre á la cuna ó al dinero; los privilegios de cuerpo, de clase y de persona, y el aniquilamiento del soldado como sér moral, fueron considerados como únicos instrumentos de victoria. En vano legisladores profundos, que comprendian las necesidades de la masa social, daban al ejército en la ley una forma más compacta, respetando la personalidad del soldado sin perjuicio de la unidad en la masa colectiva ; sus códigos estaban en oposicion entre sí y con las costumbres ; nuestras ordenanzas, por ejemplo, eran impracticables, porque el espíritu de progreso que las dictó se hallaba revuelto con preocupaciones de época, y así vemos en ellas artículos que se contradicen, artículos algunos que hoy mismo serian demasiado revolucionarios, enfrente de otros que ya entónces eran demasiado estacionarios.

Por toda Europa se veian los mismos males ; el soldado frances, desde que empezó á ser apaleado, dejó de conseguir triunfos; el español se habia degradado, y ajaba los laureles de Italia y Flándes ; los privilegios destruian la unidad militar; niños imberbes, sin estudios, ni trabajos, ni méritos, poseian las compañías y los regimientos, como quien posee un caballo de lujo, y el Norte preponderaba más cada dia sobre estas naciones, que aplicaban á su poder militar principios exóticos, aclimatados en virtud del látigo.

En medio de todo, el progreso material no podia ménos de existir, impulsado por las ciencias y las artes, y sólo faltaba una gran convulsion que armonizase con él los intereses morales y políticos del ejército, considerado como sociedad de hombres. El estudio de las campañas del rey de Prusia habia promovido importantes debates, y la literatura militar tomaba con ellos un vuelo poderoso. Se discutia la columna y la batalla ; se chocaban opiniones sobre el órden profundo y el extendido, sobre la legion y la falange ; se escribian reglamentos y proyectos de reglamen-

to, y elevando más la polémica, Federico nos daba su historia, Guibert su ensayo de táctica y su defensa del sistema moderno de guerra, estudiando y comparando las campañas de Turena, Villars y la de siete años; Guichardi desentrañaba la historia antigua, y Lloyd, profundizando más, era el primero que veia en el soldado un sér inteligente y de pasiones, y no una máquina de guerra.

No por eso se estacionaba el progreso de las armas, sino que caminaba á la par con el de los órdenes; la bayoneta con cubo acabó de proscribir la pica; nuevas correcciones sufria el tercer sistema de Vauban; los obuses de campaña y la artillería de á caballo se generalizaban; Gribeauval, en 1765, clasificaba y ordenaba las especies de artilleria; fijaba la unidad táctica; prescribia los calibres de 12, 8 y 4, y obus de 6 pulgadas; simplificaba los rodajes y aparatos para conseguir más movilidad táctica y facilidad de entretenimiento; reducia el peso á la mitad; acortaba las piezas; sustituia la cureña al afuste, el avantren de lanza al de varas; introducia el uso de la prolonga y el alza para apuntar; en una palabra, señalaba todas las necesidades del arma y trazaba la marcha de su progreso, marcha de la que todavía no se ha desviado.

La estrategia es muy superior para que pueda adelantar, sino simultáneamente, con las instituciones políticas en la sociedad y en el ejército; sin embargo, se habia conocido ya que para la guerra moderna se necesitaba una base y líneas de comunicacion bien aseguradas, para nutrir de vida ejércitos que consumian mucho más que los antiguos; por consiguiente, se tocaron dificultades en administracion y logística que nunca se habian tocado, y esto fué una nueva faz de la ciencia militar. Por la misma razon, adquiriendo importancia estratégica localidades determinadas, se caracterizó más en la guerra la diferencia de ofensiva y defensiva, y la fortificacion de campaña comprendió su verdadera mision, que no es la de encerrar ejércitos privándolos de movimiento. Consecuencia de esas nuevas necesidades, de ese desarrollo de las ciencias, de esa forma de la guerra, más compleja, más ra-

mificada en sus detalles y más unida y armónica en su conjunto, fué la creacion de los cuerpos de Estado Mayor, cuya sola existencia nos demuestra á qué altura se ha elevado el arte, qué difícil y complicada es la accion del mando, qué vária y múltiples la funcion de cada una de las partes del ejército, cuando como agente de esta máquina se necesita una institucion que, aunque muy defectuosa aún, vive de la ciencia de su siglo.

Si reflexionamos sobre todo lo que hemos dicho, consideraré-mos al siglo XVIII como preparatorio en arte militar, como lo fué en política. En él se chocan y confunden todas las escuelas, se inicia el progreso en todos sentidos, hay sed insaciable de sabiduría, se quieren fijar las relaciones que unen entre sí á todos los conocimientos. Dios y el hombre, la sociedad y el individuo, la ley y la costumbre, todo, aquella filosofía lo revuelve entre sus manos y lo sujeta á discusion; algo se empaña, algo se rompe que el siglo XIX llora no tener; pero tambien algo se aprende, aunque á costa de lágrimas de sangre. Despues de la lucha de las escuelas, viene la lucha de las calles, la revolucion y las guerras continentales, y entónces vemos fundir y amasarse en un solo siglo todos los adelantamientos heterogéneos de los tres siglos pasados, y hallamos en la fuerza pública y en la ciencia de la guerra esa armonía entre el progreso moral y material, entre la constitucion del ejército y su mision táctica, que no hemos podido hallar en el siglo XVIII.

CAPÍTULO V.

REVOLUCION.

I.

Revolucion en el arte.

En el gran taller de la historia, cada nacion es un obrero al que le está designada una tarea que él mismo ignora, y que, sin embargo, cumple en beneficio de la civilizacion, á veces sin darse cuenta de ello. Existe un pueblo que se halla en el centro del mundo civilizado y en el centro de los climas, que habla un idioma fácil por sus vocales á los hombres del Mediodía y por sus consonantes á los del Norte; si se pudiera dividir el mundo en pueblos de sentimiento y de inteligencia, en pensadores ó artistas, diríamos que éste se halla á la mitad del camino entre alemanes y españoles, entre italianos é ingleses. Él es el intermediario entre todos ellos; realiza por el arte el pensamiento de los unos, y embellece con la filosofía el arte de los otros; materializa las ideas y espiritualiza las cosas; no es cuna de ninguna filosofía, pero á él afluyen todas para cobrar vida práctica las teorías; no inventa nada, pero da tal impulso á los inventos, que parece que todos brotan del seno de ese pueblo; en él han tomado cuerpo y forma tangible todas las ideas, á veces, exagerándose en principio, á veces, perturbándose, y todos los grandes movimientos de la humanidad ni de él han partido ni han terminado

en él, pero él ha fijado los ejes del movimiento. El sol de Italia ha dado brillante colorido á las obras de los génios ; de Alemania han brotado cien escuelas filosóficas ; de las húmedas y lóbregas casas de los arrabales de Lóndres han salido los banqueros y los diplomáticos ; á orillas del Tajo han nacido los grandes capitanes ; pero sólo la Francia ha tenido, uno en pos de otro, el delirio de las artes, el de las filosofías, el de la banca, el de la guerra, el de la diplomacia. En el mundo de la inteligencia, como en el material, hay pueblos que producen y otros que elaboran, y la Francia es de éstos el primero ; difícil y penosa es su mision ; si alguna vez la extravia, si alguna vez se rinde á la fatiga, tengamos en cuenta que debemos á la Francia los ensayos en todo, y que ella, ántes que las demas naciones, lucha con los obstáculos, prueba las amarguras y sufre los males que no se tocan hasta que se llega á la realizacion práctica de las ideas. ¿Qué extraño es que en el dia del triunfo maldiga la causa, y se lance por otra vía en busca de la felicidad social, que, como la del individuo, jamás se halla ?

Desoyendo la voz de las pasiones políticas, y sin detenernos á juzgar la revolucion francesa en su período álgido, sin bendecirla ni anatematizarla, porque eso sería ajeno al objeto de este libro, no podemos ménos de aceptarla, como aceptamos en historia todo, convencidos de que, porque ha sucedido, ha debido suceder, y como militares confesamos que de ella ha brotado la gran guerra moderna en toda su imponente majestad, y el arte táctico ha sufrido por ella una revolucion mucho más radical y violenta que la causada por el descubrimiento de la pólvora, porque la pólvora es un agente que afecta á la vida material de los ejércitos ; pero la revolucion francesa ha cambiado las condiciones morales del individuo y políticas de la masa, y alterado por su base los fundamentos de la constitucion militar.

Para convencernos de esto nos basta fijarnos en los rasgos más salientes del carácter de esta revolucion ; la muerte de los privilegios, la propaganda violenta, el olvido forzado de todas las leyes y costumbres antiguas, y sobre todo, el espíritu de unidad

llevado hasta el delirio. De tal estado político, debia resultar precisamente la guerra continental, la guerra á muerte con toda Europa, porque todas las naciones veian socabados sus cimientos sociales, sus más poderosas instituciones; en esta guerra no se habia de luchar por un interes, sino por todos los intereses morales y materiales de los pueblos beligerantes; no era cuestion de fronteras, ni de tesoro, ni de supremacía diplomática, ni de testamentos reales, era una cosa mucho más élevada, que no comprendieron los aliados, cuyas operaciones fueron dirigidas como las hubiera dirigido un buen general del siglo XVIII, comisionado por su rey para arrancar á otro rey un trozo de territorio; era una secta enfrente de otra, un siglo enfrente de otros, una idea que brotaba sangre, el porvenir y el pasado en guerra material, acero con acero; todos los intereses del viejo mundo en batalla con los de un mundo todavía desconocido.

La Francia, que llevaba en sí toda la fuerza de accion que da una fe nueva, desplegó una energía indomable, improvisó ejércitos, armas y táctica, y el verdugo segaba las cabezas de los generales que no vencian. La igualdad, esa igualdad que disloca los miembros del pequeño y mutila los del alto; esa igualdad, todo lo violenta y falsa que ella sea, dió por fruto hacer la composicion del ejército frances más compacta, absoluta y nacional; en oposicion á los siglos anteriores, se hizo surgir la fuerza pública de un solo orígen; la unidad militar fué legítima consecuencia de la unidad política; muertos los privilegios, borrada la línea divisoria entre las clases, haciendo llevar á cada recluta el baston de mariscal en su mochila, interesando en la causa lo mismo al general que al último soldado, á unos cuerpos que á otros, en una palabra, calcando la organizacion militar en la nueva forma política del pueblo, se dió á los ejércitos republicanos una fuerza moral superior á la fuerza táctica de los abigarrados y complejos ejércitos antiguos, en los que cada clase, cada cuerpo y cada individuo llevaba al combate interes distinto y se prometia distinto resultado.

La República hizo llamamientos arbitrarios á las armas, y

luégo legalizó, si se permite la frase, esta violencia y despotismo con las leyes del 99 y la conscripcion. Estas multitudes agrupadas en torno de la bandera tricolor, importaban en sí condiciones militares tan nuevas y extrañas, que habian de producir una revolucion en los métodos. Nadie ménos que los republicanos franceses podia presentarse en las filas con órden reglamentario, con disciplina metódica y severa, con armas y táctica; las diferencias jerárquicas no existian; un espíritu de igualdad llevado hasta la pasion estaba en todos; el ódio á lo antiguo les hacía mirar con desden las acreditadas prácticas de guerra; el sistema penal tenía que ser ménos severo, y el de recompensas más ámplio; la Francia, pobre, no podia sino á costa de sacrificios inmensos sustentar estos numerosos ejércitos, y con la energía de la desesperacion les exigia la victoria sin darles elementos para vencer. Emigrados todos los jefes militares, porque todos eran nobles, el ejército no era otra cosa que una aglomeracion informe de conscriptos y guardias nacionales, entre los que habia que improvisar generales y jefes; pero á tantos elementos adversos sobrepujaban dos cosas: la terrible voluntad de la Convencion, y el fanatismo de aquellos hombres, tanto más excitado cuanto más exageraban su desprecio á la revolucion los torpes gobiernos de Europa.

Así compuestos los ejércitos republicanos; de tal modo cambiada su esencia moral, con pasiones, vicios y virtudes tan opuestas á las de los ejércitos enemigos, y precisados como estaban, no tanto á vencer, como á vencer pronto y á fuerzas dobles, era consecuencia precisa é inmediata un cambio radical en los métodos de guerra. En primer lugar, inferiores á los aliados en armas, táctica y disciplina; pero superiores en pasion y en cualidades individuales, era necesario adoptar, ó mejor dicho, se imponia por sí mismo aquel método que más esfera de accion diese á los esfuerzos individuales y más desarrollo á las pasiones militares, porque la pasion era la primera fuerza de los franceses, y un método tal tenía que fundarse en operaciones ofensivas audaces y marchas largas, haciendo de la funcion de las tropas ligeras la base de

todos los planes de batalla. Todo esto traia consigo la supresion de la tercera fila, el vivac en vez de la tienda de campaña, el aprovisionamiento sencillo, la organizacion ofensiva legionaria, la proscripcion de todo lo supérfluo, el olvido de los detalles tácticos, la preponderancia de las tropas ligeras y de la artillería de á caballo, la importancia de la bayoneta, el desden á las plazas fuertes, la fuerza en la movilidad y no en el órden, la prolongacion de las líneas de operaciones en el interior del país enemigo, la preponderancia sobre la táctica de la estrategia, ciencia que el génio de Carnot supo elevar á toda su altura; en una sola frase, todos los rasgos característicos de la gran guerra moderna, pronta, resuelta, de largas y rápidas marchas, de revueltas y decisivas batallas.

Sacudida así de un solo golpe toda la vieja escuela alemana, metódica y prudente; hollados sus preceptos, niveladas y confundidas las clases, derribado por tierra el antiguo sistema militar, para llegar al mando sólo se necesitaba ya osadía y talento; el hombre que en mayor grado reuniese estas condiciones, se haria dueño de aquel ejército, y dueño del país, y el fanatismo por la idea política se cambiaria en entusiasmo ciego por ese hombre.

Estas ligeras indicaciones bastan para dar á conocer el espíritu de los ejércitos de la República francesa, y la causa de sus victorias y reveses, que vamos á recordar, siquiera sea muy someramente.

En Julio de 1791 se promulgó un decreto levantando ciento setenta batallones; en Julio del 92 se declaró la patria en peligro y se hizo subir á 450.000 hombres la cifra del ejército, incorporando á los cuadros de los antiguos regimientos de línea los guardias nacionales y la gendarmería. Estas tropas, así tumultuosamente levantadas, sin oficiales, ni Estado Mayor, ni ingenieros, ni administracion, fueron las que los aliados tuvieron la imprudencia de aguerrir y aleccionar en la campaña del 92. Su método de combate tuvo que ser adecuado al espíritu de pasion que las animaba; los enemigos, empotrados en la fila al yunque de una disciplina semi-bárbara, no tenian medios morales para oponerse

á la accion violenta de aquellas bandadas de guerrillas secundadas por columnas fáciles y movibles, y la bayoneta triunfó para siempre del fuego metódico y reglado de la vieja Prusia.

En la primavera del 93 este ejército habia quedado reducido á la tercera parte por las pérdidas y el regreso de los voluntarios.

Obedeciendo la terrible Convencion á ese espíritu de unidad que ha sido su única virtud y la causa de sus crímenes, y exasperada por sus enemigos exteriores y por la magnitud del peligro, empezó á constituir con la espantosa energía que presidia todos sus actos el poder militar de la Francia. El ejército de la Asamblea legislativa no habia sido sino un pobre ensayo de los ejércitos de la Convencion; entre uno y otros habia la misma relacion que entre una y otra asamblea: la primera era una transicion, era la descomposicion de elementos viejos; la segunda era la fusion violenta de los nuevos; el primero, por consiguiente, adolecia de una gran irregularidad de organizacion, porque era un conjunto informe de mil fracciones de distinto orígen y de historia independiente. Esto no satisfacia el espíritu y las necesidades de la Convencion, y el comité de guerra fué llamado á dar las bases de un sistema militar más análogo con los principios revolucionarios. El rasero de la revolucion pasó por todos los cuerpos militares, y francos, voluntarios, legiones, compañías departamentales se amalgamaron en una sola masa con el ejército permanente; una leva, en Mayo, de 300.000 hombres, y otra, en Julio, de 1.200.000, desde 18 á 25 años, se llevaron á efecto con el mayor órden, gracias al imperio del terror. En Agosto empezó á regir la ley de organizacion militar, y los nuevos reclutas ingresaron en los cuadros viejos del ejército.

Por todas partes se establecian fundiciones, fábricas de armas, talleres de vestuario; todas las industrias se referian á necesidades de guerra; todas las campanas, excepto una por ciudad, se convirtieron en cañones; las escopetas de particulares se embargaron para el ejército; la pica, olvidada ya, y enmohecida, volvió á ser arma de guerra; de los conventos y los palacios de los nobles se hicieron hospitales, cuarteles, almacenes y fábricas; en

fin, la Francia se hallaba en el período álgido de su calentura, y no soñaba ni vivia sino para la sangre y la guerra; era un espectáculo terrible que no vieron los aliados, que, como niños jugando, se arrojaron imprudentes ante la locomotora de la revolucion.

La infantería de línea, 475.000 hombres, y ligera, 73.000, quedó organizada en ciento noventa y seis medias brigadas de línea y treinta ligeras de tres batallones de nueve compañías cada uno, con fuerza que subió de 80 á 120 plazas. Una de las compañías era de granaderos ó carabineros, y maniobraba con independencia de los otras; por lo demas, en nada se diferenciaban una de otra, ambas infanterías.

La caballería se organizó, en Pluvioso del año 2.°, en veintinueve regimientos de gruesa caballería de cuatro escuadrones con dos compañías cada uno, sumando 20.400 jinetes, todos uniformados del mismo modo y sin coraza; la ligera, en veinte regimientos de dragones, veintitres de cazadores, once de húsares, componiendo un total de 70.000 hombres.

La artillería, que primero se halló esparcida en las medias brigadas segun el método antiguo, constaba de ocho regimientos de á pié, ocho montados, doce compañías de obreros y un batallon de pontoneros. Respecto al material, y á pesar de varios ensayos y pruebas, nada nuevo se pudo plantear, y se siguió en un todo el sistema de Gribeauval; en cuanto al personal, contando con las comisiones de las plazas, establecimientos fijos, etc., se compuso un total de 40.000 individuos de tropa y 1.500 oficiales.

El cuerpo de ingenieros se puede decir que no existia, porque sus oficiales estaban todos en la emigracion; pero la República supo improvisar uno que valia más que el antiguo, agregando á los restos de éste los ingenieros geógrafos y los de puentes y calzadas, y dando entrada en el cuerpo á todos los paisanos que acreditasen, prévio exámen teórico y práctico, conocimientos científicos á propósito. En Frimario del año 2.° se dotó al cuerpo con doce batallones de zapadores que ántes habian pertenecido á artillería, y posteriormente se organizaron dos compañías de aeronautas, que en la batalla de Fleurus prestaron muy buenos ser-

vicios reconociendo desde los globos al enemigo, algo temeroso y vacilante ante una operacion tan extraña y cuyo fin no comprendia.

En realidad, el Estado Mayor no formaba cuerpo aparte; se componia de oficiales de todas las armas é institutos, agregados á las inmediatas órdenes de los generales de division y en jefe; pero el desarrollo que en medio del fuego de la revolucion tomaron las ciencias naturales, hizo que la República contára en sus ejércitos cuerpos facultativos improvisados que valian mucho más que los extinguidos. Por eso á medida que el Estado recobraba su perdida calma, se crearon escuelas militares que, como la Politécnica, han dado tanta gloria á la Francia, y han destruido para siempre el error funesto de que para la guerra no se necesita ciencia, sino fortuna y valor. Á la revolucion se debe el triunfo de la inteligencia sobre la fuerza de las armas, y el desarrollo á que ha llegado la literatura militar.

En donde más se vió impreso el sello revolucionario fué en los ascensos militares. El empleo de cabo se daba por eleccion á pluralidad de votos entre todos los individuos de la compañía, siendo elegible cualquiera del batallon. Las vacantes de sargento, subteniente, teniente y capitan, se proveian, una en el más antiguo de servicio entre los de inmediato inferior grado en toda la semi-brigada, y dos por eleccion, siendo electores todos los individuos de la compañía, excepto los del mismo grado, y elegibles todos los del grado inferior en la semi-brigada, llamando tres para cada vacante; luégo, en segunda eleccion, por los individuos del mismo grado se escogia uno de los tres candidatos propuestos en la primera. Análogamente se nombraba jefe de batallon, verificándose la segunda eleccion por los otros dos jefes y el de media brigada. Las vacantes de jefe de media brigada se proveian siempre en el más antiguo de servicio entre los jefes de batallon, ó en el más antiguo de empleo, alternando. Las de generales de brigada y division, una al más antiguo de servicio, y dos por eleccion del ministro del ramo, quien tenía que dar cuenta luégo al poder legislativo. El cargo de gene-

ral en jefe se confería por el Consejo ejecutivo con ratificacion del legislativo.

Es inútil decir que este sistema fué desvirtuándose á medida que la revolucion calmaba; pero no se puede ménos de conceder, por muy en oposicion que se halle con nuestros usos y necesidades, que era el mejor entónces, y que á él debió la Francia esa pléyade de héroes asombro del mundo.

Las divisiones se componian de tropa de todas armas en proporcion, y aunque de fuerza distinta unas que otras, generalmente se organizaban sobre la base de cuatro medias brigadas. Este órden, semejante al de la legion romana, muy á propósito para una guerra de operaciones parciales y truncadas, como fueron las primeras de la República, en el que una division lleva dentro de sí todos los elementos de vida militar para batirse sola, es inconveniente aplicado á grandes ejércitos y á la gran guerra, como más tarde demostrarémos; así que fué poco á poco desapareciendo, al paso que el problema estratégico de la guerra moderna, planteado por Carnot, fué resolviéndose por Bonaparte.

Carnot, presidente del comité militar, dió el plan de la campaña del 94. Consideró toda la frontera como un vasto campo de batalla, al que se aplicó el órden oblícuo, esto es, operar en grandes masas combinadas, por líneas interiores para romper el centro ó por una exterior para envolver el ala; impulsó esta accion armónica de todos los ejércitos de Francia, dando unidad á la guerra, creando la alta estrategia y moviendo los ejércitos desde el gabinete como en el campo el jefe de batallon las compañías. Las consecuencias de esto han sido incalculables, y todas en beneficio de la humanidad; las guerras han tomado carácter más activo; la ofensiva más pronta, la defensiva ménos tímida, las persecuciones más tenaces, el material más aligerado, la administracion más sencilla, los sitios más cortos y ménos frecuentes, los cuarteles de invierno y los largos cantones suprimidos; en una palabra, la victoria más pronta y decisiva. Desde Carnot, un problema social que ántes hubiese exigido para resolverse la sangre de dos ó tres generaciones y largas campañas, hoy se re-

suelve con la sangre de una sola generacion, en una campaña tempestuosa, pero corta; la guerra que ántes se eternizaba en una frontera, se lleva hoy en pocos dias al corazon del Estado, y allí se firma la paz.

Hemos tratado de exponer en este ligero cuadro la revolucion producida en el arte á consecuencia de la social; ahora, sin menoscabar en nada la gloria militar de Napoleon, no se puede ménos de confesar que los laureles que cogió habian sido sembrados por aquellos feroces descamisados que dieron al ejército frances la unidad, la pasion de la gloria y el amor á la ciencia, y jefes cuyos nombres brotaron de las urnas revolucionarias, jefes para los que luégo no tuvo Europa bastantes tronos que repartir.

II.

El noventa y tres.

Cuando la Francia declaró la guerra, en 20 de Abril de 1792, contaba 100.000 hombres de tropas regulares y 70.000 guardias nacionales. Fácil es comprender el estado moral de este ejército por el de la sociedad: Francia, durante el siglo XVIII, habia sufrido continuados reveses sin darse la razon de ellos; estas derrotas dieron lugar á reñidas polémicas entre militares eruditos, pero estos debates no se elevaron á las altas concepciones del arte, porque se creyó que el secreto de las victorias alemanas estaba en los metódicos detalles de la pequeña táctica, en el *adelanten el hombro derecho* de los buenos generales prusianos; mas, en cambio los reglamentos se perfeccionaron mucho, particularmente en infantería, y los movimientos y maniobras de compañía y batallon se analizaron y fijaron escrupulosamente, dándoles esa precision y uniformidad exageradas, que si no son garantía de victoria, por lo ménos lo son de órden, y el órden, á falta de otra cosa mejor, es un precioso elemento de guerra.

La caballería, más atrasada, no tenía sino buenos caballos y jinetes valientes, pero carecia de organizacion y de generales á propósito para el difícil mando de esta arma.

Austria contaba 255.000 infantes, en 232 batallones, bien instruidos y disciplinados, y 34.000 jinetes, en 226 escuadrones, que constituian la mejor caballería del mundo despues de la prusiana. Ésta formaba 233 escuadrones maniobreros y aleccionados en la escuela de Seidlitz, el primer general de caballería que los siglos han conocido. La infantería componia 186 batallones.

En el Estado Mayor prusiano figuraban hombres eminentes, porque ningun capitan, como Federico el Grande, ha sabido crear buenos generales; sus preceptos, los liceos militares, las grandes maniobras y la constitucion y táctica de aquel ejército modelo, del que todavía aprendemos algo, habian sembrado una semilla de ciencia que debia fructificar áun despues de la muerte del rey; y cuando la revolucion estalló, todavía contaba Prusia veteranos ilustres educados en la escuela de Federico.

Austria no presentaba tan brillante Estado Mayor; ademas, obedecia en su método á un error de escuela, que si habia sido causa de victorias en otro tiempo y contra otros enemigos, estaba destinado á serlo de desastres en una época en que aparecian imperiosas y nuevas necesidades militares; este método era el de guerra de cordon, establecido por Lascy como el mejor posible, como el único para vencer. Se iba á resolver, por consiguiente, una de las cuestiones que más han interesado á la ciencia; se iba á fijar un método entre el de acordonamiento y el de concentracion; entre esparcir sobre una extensa frontera cuerpos mal ligados, y el sistema central de Federico, de difícil aplicacion á ejércitos numerosos, mal provistos y poco disciplinados; era necesario adoptar otro que conciliára las ventajas de ambos sin sus inconvenientes; Carnot y Bonaparte le supieron hallar; mas ántes fué preciso, ya que se conocia el método de Federico, que apareciese en toda su exageracion el contrario de Lascy, el de la guerra dirigida desde la circunferencia al centro, y esto sucedió en las primeras campañas de los aliados contra la República.

Á pesar de que los prusianos apresuraban el momento de romper las hostilidades, sin embargo de tener ménos interes en la lucha que los austriacos, no podian comenzarse las operaciones ántes de cuatro meses. Estos cuatro meses fueron desgraciados para los revolucionarios; Lafayette, que con 40.000 hombres se hallaba sobre el Mosela (1), debió invadir la Bélgica; pero una mala combinacion de logística desgració la empresa, y las tropas derrotadas se abandonaron á la insubordinacion; Luckner, en Alsacia, efectuó sin resultado una expedicion sobre Menin y Courtrai, y desde entónces, ya inevitable la reunion del enemigo, se desistió de todo movimiento ofensivo, limitándose los franceses á cubrir su extensa frontera: Lafayette, desde Dunkerque hasta Mont-Medi, y Luckner, desde este punto á Huninga, sin que tuvieran lugar otros hechos de armas que pequeños encuentros entre cuerpos volantes.

Á consecuencia de los sucesos del 10 de Agosto, Kellerman sustituyó á Luckner, y Dumouriez á Lafayette, que tuvo que emigrar.

El plan que más convenia á los aliados, en vista del estado moral de sus adversarios, era una pronta invasion rompiendo por el centro la dilatada línea de los franceses, precisándoles á reunirse muy á retaguardia para cubrir el camino de París, reunion que hubiera sido difícil, si no imposible, maniobrando sus enemigos, apoyados en su plaza de Luxemburgo, por una línea interior más corta, contra dos largas exteriores. Este proyecto fué el que siguió el Duque de Brunswich, pero con tanta lentitud y parsimonia, que fueron inútiles sus ventajas.

El 19 de Agosto pasaron la frontera los prusianos, y el 24 tomaron la plaza de Longwy, resolviendo la marcha al Argonne; Dumouriez se propuso adelantar al enemigo en estos desfiladeros, y lo consiguió alejando por un vigoroso movimiento á Clairfait, que mandaba la vanguardia austriaca. Creyó acertadamente que la llave de la defensa era esta posicion, y trató de sostenerla á

---

(1) Lámina núm. 3.

todo trance; pero la falta de armonía en los movimientos de sus generales de division, hija de las malas condiciones de aquel ejército improvisado, puso en peligro el naciente poder militar de la Francia.

Dueños los aliados de Verdun, en vez de continuar Brunswich su movimiento directo, se propuso observar el Argonne, atrincherando un cuerpo en Landres y otro en Clermont. El rey de Prusia, resuelto á seguir hasta París, pasó el Mosa, contra la opinion del duque, el 5 de Setiembre, y esperando refuerzos y abastecimientos, acampó hasta el 11 en Fromerville. El grueso del ejército austriaco se trasladó el 12 á Landres, en tanto que Clairfait hacía una demostracion sobre Nouart á fin de desorientar al enemigo, que el duque de Brunswich se proponia envolver por la izquierda. Clairfait se apoderó de Croix-aux-Bois, punto mal defendido, amenazando así las comunicaciones del ejército de la Asamblea.

En vista de tal peligro, Dumouriez hizo atacar por Chazot, con dos brigadas, seis escuadrones y cuatro piezas, este punto; pero Chazot fué rechazado, y cortado Dumouriez, quedando éste con 16.000 hombres en Grand-Pré, con toda la masa austriaca á su frente, y Clairfait á su retaguardia.

La situacion era crítica; algo de energía y rapidez en los aliados hubiera bastado para aniquilar á Dumouriez y abrir paso franco á la invasion; pero la lentitud alemana, esta vez, como otras ciento, salvó á los franceses, dando tiempo á Dumouriez para salir del peligro pasando el Aisne, gracias al temporal y la oscuridad de la noche.

Á la mañana siguiente formó en batalla en Autry; Chazot retardó su movimiento, lo que dió lugar á que hallase en Vaux 1.200 húsares del enemigo, que desbandaron la division, que en tropel se acogió al ejército, introduciendo en él el desórden y el terror. Exagerado este suceso, creyeron los cuerpos de las alas, Kellermann y Bournonville, que Dumouriez habia sido derrotado, y se retiraron precipitadamente á Vitry y Chalons; pero merced á la calma alemana, Dumouriez tuvo tiempo de explicar á sus

colegas la verdad, y les hizo volver á sus puestos el 19, ocupando Kellermann la izquierda entre Dampierre y Elize.

Los aliados, despues de observar la marcha de Dumouriez con los caballos ligeros que habian desbandado á Chazot, pasaron el 18 el Aisne y sentaron su campo en Vaux-les-Mourons. Entónces se propusieron de nuevo cortar las comunicaciones francesas; para eso, la vanguardia, situada con Brunswich en Servan, debia dirigirse á Placardelle, para apoderarse de la Chalada; otra columna enlazaria los cuerpos austriacos que estaban en Varennes, dirigiéndose luégo éstos sobre Bar-le-Duc y Ligny; Clairfait, desde Maure á Chalons, y los emigrados, desde Saint-Marcy á Reims, y obligando así á los franceses á evacuar la posicion de Santa Mequenilda, que cubria el Argonne; los aliados se proponian fijarse entre el Suippe y el Bionne, adelantándose en todas direcciones al enemigo.

Avisado el Rey de que los franceses se movian, temió que se escapase la presa, y precipitó el movimiento envolvente; la vanguardia, seguida del ejército en líneas por la derecha, marchó el 20 á Somme-Bionne, cortando el camino de Santa Mequenilda á Chalons. Esto dió lugar á la batalla de Valmy, insignificante en sí misma, y notable por ser la primera de esa série de guerras que por espacio de veintitres años ha conmovido el mundo. Este cañoneo sin importancia militar, en el que apénas perecieron 800 hombres, fué la medida de la fuerza moral de los franceses, y los aliados vieron que tenian que habérselas con un ejército muy distinto del de cuatro meses ántes. Exaltado el entusiasmo revolucionario por haber conseguido un triunfo sobre aquellos ricos y poderosos ejércitos alemanes; movido el frances por resortes morales, de ninguna fuerza en aquellos soldados esclavos de la disciplina, y á los que ningun interes ni pasion hablaba en favor de la causa que defendian; arrepentido casi el gobierno de Prusia de haber tomado parte en la contienda, y diezmado su ejército por las enfermedades, se decidió una retirada, para la que se asegura precedieron negociaciones con Dumouriez, y el 24 de Octubre quedó evacuada la Francia por los aliados.

Esta invasion, acaso imprudente, ó demasiado tímida, segun se la considere bajo el punto de vista político ó militar, no dió otro resultado que desprestigiar la fuerza y la táctica alemana, irritar á la Francia y aguerrir y dar espíritu á sus ejércitos. El 21 de Setiembre, áun ántes de conocerse en París la victoria de Valmy, se proclamó la República, y el guante quedó arrojado á la faz de todos los monarcas de Europa.

Nos hemos detenido en esta campaña, más que por su interes militar, bien escaso, por las consideraciones político-militares que despierta; ella nos ha servido para conocer ese embrion de ejército que algunos años más tarde habia de ser saludado con el título de grande, y para iniciarnos en esa revolucion en la ciencia de las batallas, efecto de la revolucion social que así cambiaba el primer elemento de guerra: el hombre.

Dumouriez regresó á París para preparar su proyectada expedicion á Bélgica (1). Se destinaron á ella 90.000 hombres en cuatro cuerpos: el primero, mandado por Valenze, debia dirigirse á Namur, y el segundo, con Harville, á Charleroi para doblar la izquierda austriaca y observar á Luxemburgo, y reunidos luégo, cortar las comunicaciones del enemigo con Lieja; el tercer cuerpo, fuerte de 40.000 hombres, y con Dumouriez á la cabeza, habia de atacar en Mons al grueso austriaco para abrirse el camino de Brusélas; el cuarto, dirigido por Labourdonnaye, en la extrema izquierda, amenazando á Turnay, tenía por objeto obligar á extender la derecha austriaca debilitando el centro.

El duque de Sajonia-Theschen cubria á Mons con 20.000 hombres; Latour, en la derecha, á Turnay, con 8.000; el resto se extendia por la izquierda, observando la plaza de Condé y amenazando la de Lila.

El 5 de Noviembre ya Dumouriez habia hecho converger los cuerpos de las alas y estaba enfrente del enemigo, que habia replegado sus destacamentos, no sin verter sangre, y extendia su línea desde Jemmapes á Cuesmes, protegida por reductos en la

(1) Lámina núm. 4.

pendiente de las alturas. La derecha, formando martillo reforzado de atrincheramientos y apoyado en Jemmapes, estaba mucho más protegida que la izquierda, que avanzaba delante de Cuesmes formando tambien martillo saliente, pero sin apoyo. El ejército frances, en dos líneas, se extendia desde Elonge á Hesnin, y su vanguardia ocupaba á Vasme y Frameries, adelantándose por la llanura de Jemmapes. Esta aldea debia ser atacada de flanco por la izquierda francesa, despues de tomada Quareignon; el centro, con Dumouriez, formaba un ángulo entrante con el vértice en Paturage; la derecha se apoyó en Frameries, protegida por húsares; la reserva, de caballería, flanqueada por cuatro batallones, se situó en Vasme, y á su izquierda, la de infantería, en escalones; cerca del camino de Mons á Maubeuge, apoyada en Siply, se formó en columna la division de Harville.

La noche del 5 al 6 se pasó sobre las armas, dispuestas las líneas á formar á la izquierda en batalla por un sencillo cuarto de conversion. Los austriacos, á pesar de la opinion de Beaulieu de atacar al enemigo, se resolvieron á esperar en sus atrincheramientos el ataque de Dumouriez. El plan de batalla de los franceses era el siguiente: la derecha (Bournonville) debia cañonear con diez piezas de 16 y cinco de 12 los reductos de la izquierda austriaca delante de Cuesmes, y apoderarse de ellos, en tanto que Harville, siguiendo el movimiento, se remontaria por Berthaumont, tomando de flanco al enemigo y adelantándose, en caso de victoria, al otro lado de Mons para cortar la retirada á Brusélas; la izquierda (Ferrand) debia atacar á Quareignon, y conseguido en ambas alas este resultado, el centro cargaria sobre Jemmapes.

Á las ocho se rompió el fuego de cañon en la derecha; Quareignon, en la izquierda, cayó en poder de Ferrand; esta division, en columnas de ataque, habia de marchar de frente sobre Jemmapes, miéntras que lo verificaban de flanco cuatro batallones con Rosieres.

Á las once nada se habia hecho; la derecha no habia conseguido apagar los fuegos de los reductos, y la izquierda no habia

pasado de Quareignon. Thouvenot, ayudante de Dumouriez, corrió á este ala y obligó á las columnas á marchar sobre Jemmapes, en tanto que el centro, con Dumouriez, se dirigia al mismo punto por la llanura. Desordenada una columna del centro por algunos escuadrones enemigos que aparecieron de repente, se detuvo, y por su mal ejemplo, se detuvieron otras en confusion bajo el fuego de las baterías enemigas. El desórden cundia y la derrota comenzaba; pero Bautista Renard, y luégo el duque de Chartres, restablecieron con su energía la accion, y haciendo una sola masa de aquellos batallones, ya casi rotos, se dirigieron á paso de carga á los reductos, miéntras que Thouvenot doblaba, con las columnas de Quareignon, la derecha austriaca, que se retiró en desórden.

En la derecha no se adelantaba un paso, los reductos se defendian con obstinacion, la caballería estaba casi desecha por el cañoneo del enemigo y por el de la columna de Harville, que habia tomado por austriacos diez escuadrones amigos; Dumouriez la rehace, y despues de haber rechazado caballería contra caballería el ataque de los austriacos, se pone á la cabeza de los batallones de la vanguardia y derecha, y al són de la *Marsellesa*, entonada por 10.000 hombres, se atacan y se envuelven por la gola los reductos. Los granaderos húngaros se batieron como buenos; pero por fin perdieron la posicion.

Cuando regresaba Dumouriez á la izquierda para saber el resultado del ataque á Jemmapes, se halló con el Duque de Montpensier, que le participó la victoria de la izquierda y centro. Entónces expidió órden urgente á Harville para que, segun lo proyectado, cortase en Montpalisel la retirada al enemigo; pero Harville creyó fortificada esta posicion, y se dirigió á ella con tal mesura, que dió tiempo á los austriacos para seguir su marcha. Por eso fué incompleta la victoria de Jemmapes, en la que quedaron fuera de combate 4.000 hombres de cada partido, sin otro resultado que afianzar en los franceses el entusiasmo y la pasion revolucionaria.

Segun el Archiduque Cárlos, esta campaña y esta jornada fué

conducida con desacierto por ambos generales en jefe, obstinados en diseminar sus fuerzas en direcciones divergentes; y aunque niega á Dumouriez el haber creado una estrategia nueva, y le ataca duramente en sus planes, es indudable que la campaña del 92, no por efecto del talento de un hombre, sino por el curso natural de la revolucion política y militar, es una campaña enteramente nueva, por lo ménos en táctica, si no en estrategia. La revolucion exige columnas pequeñas y movibles, que se inflamen fácilmente con un grito de guerra, con una palabra, con un himno; bandas de cazadores, porque no se puede exigir de una tropa revuelta y creada en poco tiempo en los arrabales de París, el escuadronamiento y órden de los pesados batallones austriacos; bayoneta, aunque se use sin prudencia, porque no es el fuego lo más á propósito para sostener las filas de un ejército novel, cuya única fuerza es el entusiasmo, y todo esto, si no lo dió Dumouriez, lo dió por sí misma la revolucion, y á pesar de crasísimos errores en los movimientos estratégicos, y de tumulto y arremolinamiento en la ejecucion de las maniobras tácticas, los republicanos vencieron, porque importaban métodos que eran el ensayo de la gran guerra moderna, y habian de sobreponerse á los viejos sistemas de los ejércitos privilegiados. De modo que la nueva táctica la iniciaron por sí, sin autoridad ni ciencia, los voluntarios de la República; ahora verémos cómo esa táctica trae por sí misma una nueva estrategia; pero ésta, como ciencia más elevada, necesita un hombre que formule sus principios.

En 1793 el huracan de la guerra arreció con el de la revolucion; toda Europa cayó sobre la República, que resistió en todas las fronteras á prusianos, austriacos, ingleses, italianos y españoles; nombres destinados á llenar las páginas de la historia del mundo aparecieron: Jourdan, Pichegru, Hoche, Lefebvre y aquel jefe de artillería que se distinguió en Tolon; la Francia recobró todo lo perdido, y los gobiernos aliados nada sacaron sino enemistades y celos, y el contagio de la revolucion. En 1794 defendian la República 1.200.000 hombres, la parte más sana del pueblo, los jóvenes que, ni delatados ni delatores, no querian

morir en una callejuela de París ó bajo el hacha de Samson, rey de Francia. Las operaciones de los catorce ejércitos de la República, que se habian dirigido hasta entónces sin enlace ni pensamiento fijo, avazando aquí, retrocediendo allá, recibieron un impulso nuevo por el Comité de Salud pública, y aunque imperfectas y mal conducidas, las de 94 y 95 ya se enlazaron obedeciendo á un plan general, y tendiendo á satisfacer lo que en estrategia exigia la gran guerra moderna, guerra de escuelas y no de gobiernos, continental, universal, de centro á centro de vida en cada Estado, y no de frontera á frontera, que es la guerra de los príncipes.

Á pesar de todo, en aquel período de violencia, estos principios estratégicos eran tan nuevos y se hallaban tan poco definidos, que se necesitaba, para presentarlos al porvenir en cuerpo de doctrina, que comenzase la calma en la sociedad, que vinieran ya esos hombres que las revoluciones educan, pero cuya historia empieza cuando la de la revolucion acaba.

III.

Bonaparte.

La conducta seguida por Bonaparte en París, en la lucha de las secciones con la Convencion, el 5 de Octubre del 95, le dió á conocer al Gobierno, y por influencia de Barrás, promovido á general de division, posponiendo á muchos de reconocido mérito, fué elevado á jefe del ejército de Italia, desde simple general de brigada, á los veintiseis años de edad, segun la fe de bautismo francesa, á los veintiocho, segun la fe de bautismo corsa, cuando Córcega no era de Francia, ni el recien nacido de Ajaccio ciudadano frances.

El jóven general, con su conducta posterior, supo evitar los celos y rivalidades que eran de temer, y adquirió todo el presti-

gio y fuerza de mando que necesitaba. Árdua era la empresa; el ejército se hallaba en el más deplorable estado; mal provisto, mal alimentado, inferior en número al enemigo, y aconchado entre el Apenino y el Mediterráneo con difíciles y amenazadas comunicaciones (1).

El 20 de Marzo de 1796 tomó posesion del mando el nuevo caudillo; las divisiones ocupaban los puntos siguientes: Massena y Laharpe, con 16.000 hombres, en Sabona y Final; Augereau, con 8.000, en la Pietra; Serrurier, con 7.000 en Ormea; Macquer, con 4.000, en Breglio; Garnier, con 3.000, en Rocabillière; Kilmaine y Stengel, con 4.000 jinetes acantonados á retaguardia; depósitos de reclutas guarnecian los puntos de la costa sin poder reemplazar las bajas del ejército activo; por último, sesenta piezas, repartidas entre las divisiones, componian toda la artillería del ejército.

El enemigo, mandado por el veterano Baulieu, contaba con elementos muy superiores; 34.000 austriacos, con la izquierda apoyada en Voltagio y Ovada, y el centro en Sasello, se ligaban con 22.000 piamonteses mandados por Colli, desde Murialto hasta el Col-di-Tende con el grueso en campo atrincherado en Ceva. Otros 25.000, á las órdenes del príncipe de Carignan, observaban al ejército de Kellerman en los Alpes, ocupando puestos defensivos y guarniciones desde el Col-di-Tende al San Bernardo; nueve batallones de reserva, austriacos, se hallaban en la Carintia, y toda esta imponente masa tenía en su auxilio 200 piezas.

La situacion política del país tampoco era favorable á los franceses; se procuraba exaltar en contra suya el patriotismo italiano; los pequeños estados de la Península habian contribuido con hombres y dinero á la guerra; sólo Génova, Toscana y Venecia sostenian una difícil y penosa neutralidad, que, por parte de la primera, habia dado lugar á reclamaciones de la Francia.

Por lo que respecta á la posicion estratégica, no podia ser peor. Las vertientes de los Apeninos, que ocupaban los franceses, eran

---

(1) Lámina 1.ª

las más ásperas, como sucede en toda cordillera, en el lado que mira al mar; la única comunicacion la formaba el camino de la Corniche, erizado de precipicios; es verdad que las de los austro-sardos eran largas y tortuosas, porque rodeaban los contrafuertes de las vertientes interiores. Las únicas salidas ofensivas de los republicanos, los únicos caminos para la Italia del Norte se dirigian: uno á Turin, desde el Col-de-Tende, por Coni; otro á la Lombardía desde Génova, por la Bocheta, y otros tres, ásperos y difíciles, el primero, desde Savona, por Dego y Acqui; el segundo, desde Loano, por Bardinetto, Murialto y Millesimo al Bormida mayor, y el tercero, á Ceva, por Ormea. El mar era de los ingleses.

Bonaparte ocupó los primeros dias en estudiar las posiciones y afianzar la moral y disciplina de las tropas, bastante relajada. El 9 de Abril sentó su cuartel en Savona, hizo que Laharpe se adelantase á Voltri, como demostracion sobre Génova, para apoyar las reclamaciones que hacía á la vieja República la jóven. Massena marchó á Cadivono; Augereau, á San Giacomo, y Serrurier, á Ormea y Garesio.

Bonaparte se proponia romper por el centro la línea enemiga, más extensa que la suya, y para eso habia de reconcentrarse sobre Augereau en Montenotte.

Los aliados recibieron órden de tomar la ofensiva; Colli propuso replegar la fuerza sobre la derecha para forzar la izquierda republicana en Saint Giacomo y Altare, cortando las comunicaciones de la derecha en combinacion con los austriacos. Este proyecto fué desechado, porque se creia que el enemigo iria á Génova, y Baulieu resolvió cubrirla con su izquierda, fuerte de once batallones, desalojando de Voltri, despues de un reñido combate, los 3.000 franceses que le ocupaban. Argenteau, que mandaba los 10.000 hombres del centro austriaco, debia interceptar en Savona el camino de la costa, forzando para ello las posiciones de la izquierda de Laharpe, en Montenotte y Monte-Legino. El 11 se atacó este último reducto, que, defendido con bravura por 1.200 hombres, contuvo toda la tarde á los austria-

cos. Por la noche, llama Argenteau las reservas que habia dejado en el valle ; entre tanto, Laharpe se reconcentra detras de Monte-Legino, y Massena se dirige por la cumbre sobre Bric-de-Menau y Castellazo, sostenido por el mismo Bonaparte, siendo este movimiento flanqueado por Augereau, que marchó desde Cairo á Carcare. Envuelta así la derecha y retaguardia de los austriacos, y cercado Argenteau por todas partes, fué el 12 batido y hecho pedazos, y lanzados sus restos dispersos hácia Ponte-Ybrea.

Roto el centro de una línea, así en estratégia como en táctica, en planes de guerra como en planes de batalla, la victoria consiste en revolverse vivamente sobre una de las alas, y luégo sobre la otra, ántes de que tengan éstas tiempo para combinar su accion; entónces, las fracciones se agitan en el vacío como los pedazos de una culebra dividida, y tanto más se debilitan y se rompen cuanto más esfuerzos hacen para ligarse. Así lo comprendió el jóven héroe, y continuó las operaciones con pasmosa actividad exprimiendo á la victoria todo su jugo.

Se expidió órden á Laharpe de perseguir, en direccion de Sasello, á los batidos, y volverse luégo sobre el Bórmida; Bonaparte marchó con el centro é izquierda á Carcare ; Massena se situó con tres medias brigadas más allá del Cairo; Joubert, con una, en la capilla de Santa Margarita; Menard, con dos, en las alturas de Cossaria; Augereau, con su division, al otro lado de Carcare; Serrurier, en Garessio, en observacion de Colli, y la caballería se dispuso para tomar parte en la campaña tan pronto como el ejército bajase á la llanura.

El general sardo habia adelantado algunas fuerzas á Monte-Zemolo y Cencia ; la izquierda austriaca se habia replegado á Orba, y Wukassowich marchaba con seis batallones á Dego por Monte-Fayale.

El 13 forzó los pasos de Millesimo Augereau ; Joubert y Menard cortaron á Provera, que se hallaba cerca de Cossaria, obligándole á atrincherarse en unas ruinas en la cumbre, donde se sostuvo con heroísmo contra la artillería de Augereau, rechazan-

do repetidos ataques de las columnas. La noche se pasó por ambos partidos en la misma posicion.

El movimiento envolvente de Baulieu estaba ya deshecho, como se deshacen todos, esto es, rompiendo la union con el grueso del ejército del cuerpo que se destina á envolver, y quedando tanto más diseminadas las fuerzas y más desligado el órden cuanto más esfuerzos aislados hace cada jefe para unirse con sus colegas. Baulieu continuaba en Acqui con su izquierda en el Orba, y Argenteau en Dego, con órden de resistir á todo trance; cuatro batallones estaban en este punto, cuatro en Sasello, dos en Mioglio, tres en Paretto, Malvicino y Acqui, tres en marcha por Monte-Fayale para Sesello, y tres hácia Montalto para sostener á Dego; no podia darse mayor dispersion.

El 14 por la mañana atacaron los piamonteses á la brigada de Menard para salvar á Provera, pero fueron rechazados, y Provera se rindió prisionero por carecer de municiones. Laharpe, sostenido por Massena, marchó hácia Cagna en el Bórmida mayor, con objeto de atacar á Dego; dividió su tropa en tres columnas; la de la izquierda, mandada por el general Causse, vadeó el rio bajo el fuego de las baterías austriacas, con intencion de atacar la derecha del ala izquierda enemiga para cortarle del resto; la columna del centro, á las órdenes de Cervoni, atacó de frente la misma ala, y la de la derecha, dirigida por Boyer, envolvió el barranco que cubria la posicion, con objeto de impedir la retirada. Los austriacos no pudieron resistir con sus escasas fuerzas este triple ataque, y cuando Argenteau llegaba en auxilio de los cuatro batallones que defendian á Dego, eran éstos expulsados de allí. Los esfuerzos que la division hizo para recuperar lo perdido, de nada sirvieron; atacada de flanco por Massena, fué rota y lanzada en pedazos á Montalto y Acqui, y perseguidos sus restos con vigor por Laharpe. Cinco batallones prisioneros y veinte piezas tomadas fueron los trofeos del vencedor.

Así deshecho el centro austro-sardo, era consecuencia inmediata dirigir las armas contra la derecha, que mandaba Colli. Para eso, el 15, Augereau, ya disponible por la toma de Cossa-

ria, apoyó la izquierda francesa dirigida por Serrurier, apoderándose de Monte-Zemolo, obligando más á la separacion de los piamonteses, que ya se replegaban á su campo de Ceva, miéntras que los austriacos, batidos, se retiraban por Acqui y el Valle de Orba.

Un suceso imprevisto y desgraciado en la derecha vino á poner en peligro la victoria. Cuando Wukassowich con sus dos batallones y los cuatro que tomó en Sasello marchó á Dego por detras de Monte-Fayale para ligar la derecha de Beaulieu con la izquierda de Argenteau, ya éste habia sido desalojado de allí, y los franceses, confiados en su victoria, le perseguian por el camino de Spigno. Wukassowich, por consiguiente, se halló con la posicion ocupada ; pero aprovechándose de la confianza de Laharpe, que ningun peligro temia por este punto, cayó de flanco sobre la division, arrollándola y apoderándose de Dego. Massena acudió á las armas, y empeñó sus cuerpos, unos despues de otros, segun iban llegando ; pero los austriacos se defendian con bravura, y ya estaba el triunfo muy dudoso, cuando Bonaparte llegó al campo y dispuso, con dos medias brigadas á las órdenes de Víctor, un ataque vigoroso contra el flanco izquierdo del enemigo, quien, sin fuerzas para contrarestarle, se retiró en desórden á Acqui con pérdida de 13 piezas, gran número de fusiles y 1.500 hombres, y dejando en la fuga 1.800 prisioneros en poder de un escuadron frances.

En tanto que esta segunda victoria en Dego tenía lugar, en la izquierda el general Rusca se apoderaba de las alturas de San Giovani, estableciendo así un lazo entre Augereau, que expulsaba á los piamonteses de Monte-Zemolo, y Serrurier, que tomaba ya una parte activa en las operaciones adelantándose por Bagnasco, Batífolo y Orocetto, para darse la mano con Augereau.

Beaulieu decidió la retirada á Tortona, quedando solo Colli para contener toda la masa de Bonaparte que se le venía encima.

Esta série de combates constituyen una sola batalla estratégica de seis dias, cuyo triunfo definitivo se obtuvo en Dego. Los

resultados de ella fueron tomar al enemigo 40 piezas, causarle 12.000 bajas, devolver al ejército republicano la moral pérdida, romper para siempre la union de Beaulieu con los piamonteses, quedándose Colli frente á frente de Bonaparte, con fuerzas inferiores, precisado á arriesgar en una sola batalla la suerte de Cerdeña.

Así sucedió ; Colli se vió obligado á evacuar el campo de Ceva, donde hubiera sido envuelto, y se retiró á Mondovi, donde fué batido el 22. Cuando Beaulieu quiso volver por sus aliados, ya era tarde. La República francesa dictó como quiso la paz al Rey de Cerdeña, y Bonaparte quedó dueño de media Italia para arrancar la otra media á un ejército ya desalentado.

Montenotte, Millessimo, Dego y Mondovi, son el primer canto de esa magnífica epopeya del Consulado y del Imperio, porque esta batalla en la cumbre de los Apeninos es la nueva fórmula de la guerra, en su más sencilla expresion despues de los cambios sufridos en el arte ; es la aplicacion en grande escala á todo un país y á todo un ejército de la táctica de sitios, es batir en brecha una línea de 80.000 hombres como se bate una muralla. La guerra de cordon y la de masas centrales habia desaparecido, era un método enteramente nuevo, hijo de la revolucion, y para la revolucion hecho ; sin obedecer á reglas fijas, las masas ora se concentraban, ora se dividian, pero de un modo ó de otro siempre se batian contra fuerzas más débiles y en los puntos más decisivos, obligando al enemigo á escapar por líneas divergentes.

No necesitamos seguir paso á paso la historia de estas campañas para comprender cómo se desarrollan en ellas los principios militares iniciados en 92, elevados á doctrina en 94, practicados por Bonaparte en 96, y cómo en 1800 aparecen aplicados en mayor escala, y en 1805 en todo su apogeo. Desde esta fecha, nuestro siglo se ha visto impulsado en su progreso por otras leyes morales ; nuestra sociedad ha sido formada con elementos, unos, de la revolucion nacidos, otros, más antiguos que ella, y la forma política de nuestros Estados exige en la organizacion y

funcion de la fuerza pública principios y reglas distintas de las que sirvieron de base á los ejércitos de la revolucion en su período álgido ó de la monarquía en su grandeza. Hoy ya no pueden ser nuestras campañas como las de Federico, pero tampoco como las del jóven corso ; la guerra del porvenir necesita entresacar de ambos sistemas lo que pueda serla útil, así en las leyes del ejército como en los métodos de combate, porque así ha sucedido en la sociedad con las costumbres y en el Estado con las leyes políticas, mezcla más ó ménos bien revuelta, y en dósis proporcionales, de teorías y prácticas anteriores y posteriores á 1789.

Desde 93 á 1800 la Europa habia vivido un siglo; cojíase ya el fruto bueno de la revolucion y distinguíase el malo para rechazarle; la lucha material de las dos escuelas iba siendo ménos cruda, porque la antigua abdicaba de sus errores al paso que la moderna se purificaba de sus extravíos, y las naciones de cada bando, avanzando unas y retrocediendo otras, se iban á reunir en el mismo punto para crear la Europa constitucional. Todavía no estaba iniciada la reforma en los gabinetes diplomáticos, pero estaba ya en las costumbres de los pueblos y en el acercamiento de las clases, acercamiento producido por el peligro y sostenido por las ideas nuevas; semilla que, para que produjese fruto, habia sido preciso hacer pasar por ella el arado de la guerra. Del mismo modo que las naciones, se acercaban los ejércitos ; ya no se veian dos sistemas opuestos, sino el mismo sistema, bien ó mal seguido ; ya no luchaban las turbas de *tenderos*, como se decia en la primera coalicion, contra los granaderos educados por Federico, sino aguerridos soldados que se disputaban el imperio militar del mundo ; existian diferencias en la organizacion moral y material de las tropas, pero eran más bien hijas de las diferencias nacionales de raza que no de la constitucion política de los pueblos. Al paso que para unos iba entrando por mucho en la fuerza de su disciplina el amor á la gloria y á la patria, para los otros era el fanatismo por la libertad templado por la disciplina; para los franceses, la Francia era ya más que la república ; para sus adversarios iba siendo la patria más que el Rey. En una pa-

labra, entraban todos en la nueva era de los ejércitos nacionales, y á la vez que renacian entre los republicanos algunos privilegios, sus enemigos moderaban los suyos; cuando entre los primeros desaparecia el ascenso por sufragio, entre los últimos se desacreditaba el empleo, propiedad trasferible; unos, buscaban el equilibrio entre la escala de penas y recompensas aumentando aquéllas, y otros, disminuyéndolas y abriendo más campo con los premios á las justas ambiciones del soldado, nacia para unos la aristocracia militar, amanecia ya la época de cuerpos privilegiados y guardias imperiales, miéntras los otros introducian, aunque muy lentamente, el elemento democrático en sus estados mayores. La conscripcion, con este ó con otro nombre, con variaciones accidentales segun los países, más claro, el servicio militar, personal y temporal, iba siendo poco á poco en todas las naciones un deber de todos los ciudadanos. Esto era popularizar, mejor dicho, nacionalizar el ejército, darle carta de naturaleza, proscribir para siempre los mercenarios extranjeros, buenos, si están bien pagados, para hacer la guerra contra el pueblo ó á favor del pueblo, lo que les da lo mismo; así se asociaban los intereses de una nacion á los de su ejército, y no exclusivamente á los personales de los hombres del gobierno.

Respecto á la forma material de la guerra, se habia ya verificado el cambio, no por una variacion en las armas, ni por ningun moderno invento, sino por la revolucion moral en los ejércitos. Las ciencias exactas no habian pronunciado ninguna palabra nueva sobre las armas, ningun progreso importante material se habia hecho en ellas, y sin embargo, los métodos de guerra eran ya muy distintos. La lucha del ímpetu y el metodismo por espacio de tantos años, habia producido la regularizacion del ímpetu, sin quitarle nada de su fuerza; habíase comprendido la verdadera y única mision del fuego como preparatorio y del arma blanca como resolvente; crecia la importancia de la artillería, y por consiguiente, la de su enemiga mortal, la caballería, y de aquí el acertado uso de las combinaciones de las tres armas; se conseguia la movilidad de grandes masas en grandes espacios con la

division en cuerpos de ejército, cada uno con todos los elementos de vida propia, ya combinando, ya separando su accion, por lo tanto, podíase aplicar el sistema de masas centrales de Federico en una extension á que Federico no hubiera podido llegar; y para que tal método de guerra, fundado en la movilidad y nacido del tumulto revolucionario, no fuera incompleto, se señalaba á las tropas ligeras su verdadera mision y su proporcion con las de línea, regularizando y combinando su efecto con el de las masas de un modo más íntimo. En una palabra, se habia conseguido el máximo órden en la máxima movilidad; ya desaparecia el fusilamiento inútil y cruel de dos cuerpos en posicion, la inaccion absoluta de dos ejércitos ateridos de frio, esperando la primavera para verificar el paso de un puente ó el sitio de una plaza sin importancia, el lujo de medios y la pobreza en los fines, el agotar los recursos de un pueblo para sostener con pena un ejército que, avanzando un palmo hoy y perdiendo otro mañana, se durmiese en una frontera haciendo guerras de verano. El desórden revolucionario habia hecho desaparecer estos males, pero faltaba organizar el desórden, y eso fué lo que se consiguió en los años del 93 al 1800. Creciendo las masas á medida que crecian los espacios, el arte llegó á toda su altura; se vieron en estratégia líneas de operaciones de 400 leguas, y retirarse por ellas ejércitos aniquilados por los elementos, pero no vencidos; en táctica, 80 piezas de batalla moverse como una columna de granaderos y romper el centro enemigo; vanguardias de 10.000 jinetes invadir como un torrente toda una nacion á la manera que unos cientos de caballos ligeros hacen la embestida de una plaza. Para encerrar en una sola frase todo el espíritu de la guerra moderna, dirémos que el progreso del arte verificado por las guerras de la república francesa consistió en haber hallado la proporcion de las armas entre sí y la de todas ellas con los espacios en que se ha de operar, para conseguir el máximo órden en la máxima velocidad.

Una vez iniciado el progreso en cualquiera idea, se completa por sí mismo en todos los accidentes, consecuencias y analogías de la misma idea; así, en el caso que nos ocupa, efecto del ade-

lantamiento en el arte y en la sociedad, al ser sustituida la antigua guerra, cuyo fin único era matar, por la moderna cuyo fin es desalojar, conquistar, ocupar posiciones, el soldado se ha hecho más humano, el general se ha esmerado en vencer por marchas y maniobras ántes que por el hierro y el plomo, y los ejércitos enemigos se respetan; entre las naciones desaparece ese ódio característico de la Edad Media, y la guerra cede en crueldad.

Como un ejemplo práctico de lo que dejamos dicho, vamos á presentar en bosquejo la campaña de Italia de 1800, cuando ya la Francia entraba en la reaccion de su calentura, cuando sus ejércitos, hijos de los revueltos grupos de Valmy y Jemmapes, tomaban las formas monárquicas sin abdicar de su orígen revolucionario, cuando ya todas las naciones habian dado algunos pasos más adelante de 89, y la Francia algunos más atrás de 93.

Campaña de Marengo (1). En Diciembre del 99 fué proclamado Bonaparte primer Cónsul de la República, y empezó de buena fe á trabajar por la paz, de que tanto necesitaba la Francia para su progreso y él para consolidar su poder, pero todos sus esfuerzos se estrellaron contra la profunda política de Pitt. Rotas las negociaciones, el pueblo frances lanzó toda la odiosidad de la guerra sobre la coalicion y se puso con entusiasmo del lado de su gobierno. El primer Cónsul aprovechó ese espíritu que le favorecia para inspirar confianza, extinguiendo los restos de la anarquía y cortando con prudentes negociaciones la guerra de la Vendée, que retoñaba. Para oponerse á los enemigos exteriores, la Francia proporcionó de buen grado más recursos de los que se necesitaban: 50.000 hombres fueron llamados á las armas, y empezóse en Dijon á organizar un ejército de reserva, de 30.000, á las órdenes de Berthier, dispuesto por su posicion central á maniobrar sobre el Rhin, ó en Suiza ó en Italia. El mayor misterio presidia la organizacion de esta masa cuyo objeto nadie sospechaba, y al que los enemigos no daban importancia alguna;

(1) Láminas 1.ª y 5.ª

las órdenes se habian expedido directamente por el primer Cónsul á los jefes de cuerpo, y las fuerzas se hallaban escalonadas desde Dijon á Ginebra y esparcidas por los departamentos vecinos, sin sospechar siquiera que su accion habia de ser combinada; así es que los austriacos se burlaban de aquellos depósitos de reclutas llamados pomposamente ejército de reserva.

Antes de consignar sus gloriosos hechos, será preciso hacer una ligera reseña de la situacion militar de los partidos beligerantes.

El ejército del Rhin, fuerte de 100.000 hombres y conducido por el émulo de Bonaparte, Moreau, cubria la Alsacia y Suiza desde Haguenau á Basilea, y desde este punto á Constanza; el aleman, dirigido por Kray, se extendia paralelamente desde la confluencia del Necker y el Rhin al lago de Constanza.

El de Italia, compuesto de 35.000 hombres, ocupaba la ribera de Génova, á la defensiva en la Liguria; era numéricamente más débil que el enemigo y habia perdido muy buenos generales, pero gracias al genio de su caudillo, Massena, tenía excelente moral. Soult mandaba el ala derecha, de 18.000 hombres, ocupando á Gavi, la Brochetta y Savona; Suchet, el centro, de 12.000, que se extendia desde Savona á Tende; Thurreau, con la izquierda, guardaba los Alpes, desde el Var hasta el lago de Ginebra.

Los austriacos, dirigidos por Melas, en número de 100.000, se proponian apoderarse de Génova, y ocupaban, con sus acantonamientos, el Piamonte, la Lombardía y Toscana. La mayor parte de la caballería y artillería y 25.000 infantes, habian quedado á las órdenes de Kaim, en la Lombardía; Ott, con 15.000 hombres, se disponia á marchar desde Bobbio sobre Génova; entre Tortona y Pozzolo-Formigaro se concentraban 6.000 infantes y 3.000 jinetes á las órdenes del Conde de Hohenzollern; 32.000, con el mismo Melas, remontaron el Bórmida para situarse entre Malare y Carcare; y por último, Elsnitz, con 28.000, debia dirigirse desde Ceva por Carcare sobre Altare, para romper, en union con Melas, el centro frances en Montenotte, y abrir comunicacion con las escuadras inglesas.

Los tres ejércitos republicanos cooperaban al mismo fin estratégico que Bonaparte se habia propuesto; éste era aislar los dos imperiales, para invadir á la vez el Austria y la Italia por dos líneas interiores entre el Danubio y los Alpes; hasta tanto, Massena estaba condenado á un papel pasivo, pero difícil de llenar con fuerzas tan inferiores y en tan crítica posicion defensiva.

El primer proyecto para llevar á cabo esta empresa consistia en hacer que Moreau, reconcentrándose á la derecha, maniobrase sobre la izquierda del ejército imperial, entre el Danubio y el lago de Constanza, para cortarle del de Italia; en seguida el ejército de reserva avanzaria en direccion de Coire y Feldkirck para unirse con el de Moreau, concentrándose ambos en la Suavia á las órdenes del primer Cónsul. Este plan gigantesco ha sido muy debatido por todos los autores militares, y aunque no carezca de algunos defectos, en su conjunto es atrevido y magnífico, pero no pudo realizarse, porque los celos de Moreau no permitian que éste se doblegase á estar bajo las órdenes de Bonaparte.

Entónces el primer Cónsul, sin desdeñarse, tomó el mando del ejército de reserva, y en vez de subir hasta el nacimiento del Rhin y el Adigio, se propuso descender á la Lombardía por el San Gotardo y el Simplon, para cortar á Melas las comunicaciones en el Tessino y el Pó. Pero estrechado Massena en Génova y sin poder tomar la ofensiva, se abrevió aún más el plan, y Bonaparte se decidió á bajar por el San Bernardo, á retaguardia del frente de operaciones austriaco, para obligar á Melas á una batalla, que, perdida por éste, le dejaba sin comunicaciones, viéndose precisado para recuperarlas á ganar la línea del Mincio, abandonando la Italia á los franceses; y si, por el contrario, eran éstos los vencidos, nadie les podia impedir su retirada por el valle de Aosta.

El 6 de Abril se abrió la campaña en la Liguria; las columnas austriacas atacaron la derecha francesa con objeto de apoderarse de la Bochetta y cortar las comunicaciones con Gavi; Soult fué forzado en algunas de sus posiciones, pero el dia 7 recuperó

lo perdido. En el mismo dia, Melas, desembocando por Montenotte sobre Savona, arrolló á Gardanne y Elsnitz, desde San Giacomo sobre Vado, y obligó á retirarse á Suchet á Borgheto, quedando así rota la línea francesa. Massena se propuso restablecer la union el dia 9, mandando á Suchet que recobrase á San Giacomo y avanzase todo lo posible sobre Savona, donde acudiria el mismo Massena con toda su fuerza; pero esto no pudo verificarse, y desde entónces la accion del centro y de las alas dejó de ser combinada, por más esfuerzos que hicieron los generales para conseguirlo; las ventajas adquiridas por alguna de las fracciones eran pronto inutilizadas por reveses de otra, y despues de un mes de campaña, Génova fué bloqueada, y Suchet tuvo que retirarse sobre el Var.

El 18 de Mayo se puso en movimiento el ejército de reserva; Napoleon guardó secreto hasta el último instante, y disfrazó todo lo posible el plan. Habia hecho ostensiblemente preparativos como para fijarse en Ginebra, para desde allí dirigir las operaciones de Suchet; en Lyon y Chambery se confeccionaron dos millones de raciones de galleta, diciéndose que eran para la escuadra del Mediterráneo; se habian construido cureñas rastreras ahuecando troncos de árboles; se adquirieron mulas de carga para trasportes del material; la cordillera desde el Jura á Montblanch estaba reconocida; en una palabra, se habian tenido en cuenta los más mínimos detalles para el éxito de una expedicion tan atrevida.

A este paso, verificado por cinco puntos, debian acudir en una marcha de concentracion fuerzas esparcidas por derecha é izquierda, improvisando lo que nadie sospechaba, un ejército de 60.000 hombres al otro lado de los Alpes. Formaban el grueso 35.000 hombres en cuatro cuerpos mandados por Lannes, Duhesme, Víctor y Murat. La derecha habian de constituirla la division Thurreau, de 5.000 hombres, que avanzaria sobre Exiles y Suza; Chabran, con 4.000, que estaba en el pequeño San Bernardo, y una brigada italiana de flanqueadores. Por la izquierda se incorporaria Bethancourt con su division, que debia bajar á Domo-

dossola por el Simplon, y por San Gotardo el cuerpo de Moncey, fuerte de 16.000 hombres, desprendido del ejército del Rhin.

Bonaparte, desde Laussane, activaba y dirigia en persona los preparativos de la marcha, la conduccion del material y víveres. Lannes ascendió el 17 la montaña por un sendero erizado de precipicios y cubierto de nieve; renunciarémos á pintar los trabajos y sufrimientos de sus tropas, porque la imaginacion del lector basta para comprenderlos. En la misma tarde del 17 descendió al otro lado de la cordillera y se apoderó de Aosta. El 19 expulsó de Chatillon 1.500 croatas que guardaban la comunicacion entre el Doria y el Sessia, tomándoles tres piezas y 200 hombres. El fuerte de Bard dominaba, desde un vericueto, la única salida de los franceses al valle, y estaba defendido por un valiente oficial, al que no se pudo rendir por medio alguno. Ante la férrea voluntad de este hombre se estrellaba todo el poder del Cónsul de Francia. La aldea de Bard fué asaltada, y desde sus ventanas se estuvo haciendo fuego sin descanso sobre el fuerte, pero sin resultado; allí se aglomeraban las columnas francesas sin poder dar un paso más, hasta que fué preciso tallar en la roca de Albaredo una especie de escala, por donde descendieron las tropas de infantería y los caballos, pero no los cañones. Así que Lannes salvó el escollo se dirigió á Ponte Ibrea, punto que debia ocuparse para guardar la salida del valle, pero nada pudo intentar por falta de cañones. Entre tanto ya habia llegado el grito de alarma á los austriacos, y no se sabía cuáles hubieran podido ser los resultados de la resistencia del castillejo de Bard; Bonaparte, irritado, dispuso un doble asalto al primer recinto y á las obras, pero sus granaderos fueron rechazados; entónces se hizo uso de un ardid ingenioso para conseguir sacar á la artillería de este atolladero; se cubrió el camino de estiércol y se forraron con paja las ruedas, y por todos medios se procuró evitar el ruido, y así de noche, arrastrada cada pieza por 50 hombres, se pudo verificar el paso con mil peligros. El fuerte quedó bloqueado y no se rindió hasta que el primer Cónsul entró en Milan.

Lannes, sin artillería, se apoderó de Ibrea y su castillo á viva fuerza en un combate de dos dias, haciendo retirarse á los defensores á la Chiusella, donde fueron recogidos por la division Haddieh. Dueños los franceses de este importante punto, se reunieron allí el 27 de Mayo las tropas del San Bernardo. Entre tanto Moncey habia bajado de San Gotardo á Bellinzona; Bethancourt, del Simplon á Domodossola, y Thurreau habia avanzado hasta Bassolino, llevando por delante á los austriacos.

El 26, la vanguardia quiso forzar el puente de la Chiusella; Haddick, con 10.000 hombres, estaba en una buena posicion defensiva á la orilla opuesta. Los franceses, rechazados en el puente, vadearon el torrente, y quedando dueños del paso despues de un azaroso combate, obligaron á retirarse al enemigo á Chivaso, donde llegó Lannes al dia siguiente amenazando á Turin; pero Bonaparte no quiso maniobrar por su derecha para unirse con Thurreau, porque en la condicion en que se hallaba se prometia mayores resultados, dirigiéndose desde luégo á Milan y Plasencia, interceptando las comunicaciones de Milan y uniéndose á Moncey más pronto: con tal proyecto, Lannes quedó en la Chiusella de reserva guardando las comunicaciones, haciendo demostraciones sobre Turin para engañar más al enemigo, miéntras todo el ejército se aproximaba al Tesino por Santhia, Vercelli y Novara, con Murat en vanguardia, y flanqueado por el lado del Lago Mayor por la brigada italiana. Lannes sorprendió á Pavía, que cayó en su poder con un gran material de guerra; conquista de mucho interes, que aseguraba más y más las líneas de los franceses.

Wukasowich defendia con 10.000 hombres una línea de veinte leguas en el Tesino y Lago Mayor, y á pesar de haberse tenido que oponer con su brigada á Moncey y con otra á Bethancourt, pudo reunir en Turbigo y Buffalora 4.000 infantes y 1.500 jinetes. Distraido hácia Somme por alguna demostracion de la caballería francesa, no pudo oponerse al paso que verificaron la division Monnier y Boudet, situándose en Turbigo y Buffalora. Wukasowich se vió precisado á evacuar á Milan, dejando 2.800

hombres en el castillo, y retirarse á Lodi, mandando que tambien lo hiciera la brigada opuesta á Moncey.

El 2 de Junio entró Bonaparte en Milan y restableció la república cisalpina.

Monnier se quedó guarneciendo la ciudad y bloqueando el castillo; dos divisiones siguieron á los austriacos hácia el Adda; la brigada italiana pasó por Sesto-calende el Tesino, dirigiéndose á Cassano, y Thurreau y Chabran quedaron guardando las comunicaciones de los Alpes y molestando á Turin.

Veamos, entre tanto, la conducta de Melas. En su cuartel todo eran dudas y vacilaciones, y nadie podia apreciar la inmensidad del peligro. El 15 se recibió un parte de Kraim noticiando la presencia de los franceses por el Valais. Melas nunca pudo figurarse que por el San Bernardo pasase un ejército, y ménos cuando supo la resistencia de Bard, así que consideró á Thurreau como la vanguardia del ejército de reserva, y á Lannes, como un cuerpo de diversion poco temible. Entónces se dirigió con 10.000 hombres hácia Turin, dejando á Elsnitz con 20.000 enfrente de Suchet en el Var. Mas para presentarse con fuerzas superiores en el Piamonte, era preciso sacarlas de la Liguria; al cuerpo de Ott, opuesto á Massena, no se le podia quitar un hombre; sólo Elsnitz podia separarse, pero para eso y para impedir á Suchet que recobrase su comunicacion con Génova, era preciso apoderarse ántes de la cabeza de puente del Var. El 22 se dió el ataque á estas obras, pero Rochambeau rechazó á los austriacos causándoles muchas bajas, lo que imposibilitó el auxilio de Elsnitz al general Melas. Miéntras tanto, el velo se iba descubriendo, y la nube formada en el San Bernardo aparecia con toda su fuerza, y al oir Melas desde Suza, donde estaba reconociendo las cabezas de columnas de Thurreau, el cañon frances en el combate de la Chiusella, ya no le quedó duda de que todo un ejército habia descendido del San Bernardo. En vez, entónces, de levantar el bloqueo de Génova y traer de la Liguria todas las fuerzas posibles para oponerse al invasor ántes que hubiese reunido sus cuerpos, y creyendo que Bonaparte maniobraria sobre Turin para

unirse con Thurreau, confió en detener allí á los franceses hasta tanto que Génova se rindiese; en consecuencia, dejó á Ott y á Elsnitz conforme estaban, el primero estrechando á Génova, donde el hambre y la peste eran horrorosas, y donde la desesperacion habia hecho armar al pueblo unos contra otros, y el segundo en el Var; dispuso que Kaim atrincherase á Moncaglieri y Carignan y fortificase la cabeza de puente de Cazal; que Wukassowich defendiese la línea del Tesino, y obligado á retirarse, lo hiciera hácia Pavía pasando el Pó, y que Haddick continuase oponiéndose á Lannes. Cuando supo Melas que sus cálculos salian fallidos y que hácia donde maniobraba Bonaparte era sobre Milan, proyectó en un principio dirigirse á Vercelli para cortar la retirada á los franceses, á quien suponia detenidos ante el Tesino; pero la presencia de Moncey sobre la derecha de Wukassowich y la consecuente retirada de éste, le hizo comprender que el único partido que le quedaba era reconcentrar todo su ejército en Alejandría, para cuyo efecto expidió órdenes el 31 de Mayo á Ott para levantar el bloqueo de Génova, y á Elsnitz de retirarse por Coni y Asti. Esta concentracion no pudo verificarse tan pronto como hubiera convenido. Ott, á punto de apoderarse de Génova, para lo cual ya habia entablado negociaciones, no quiso retroceder, y se detuvo hasta el 5 de Junio, dia que fué evacuada por Massena; Elsnitz volvió á atacar el 27 la cabeza de puente de Var, pero volvió á ser rechazado. Suchet tomó otra vez la ofensiva tan pronto como supo la marcha de Melas, y atacó el 28 á los austriacos dirigiendo sus esfuerzos al desfiladero del Tende para unirse con el ejército de reserva y cortar la retirada á Elsnitz; este general perdió el 1.° de Junio sus posiciones de la derecha, y consecuente á las primeras órdenes que tenía de cubrir el camino de Génova, en vez de abrirse paso para Coni, sobre Saorgio, se acercó á la costa, dejando las tres brigadas de su centro en defensa de las montañas entre el Tanaro y el mar. Rochambau tomó el 3 las alturas de Jorcoin, y las brigadas austriacas clavaron sus cañones y penetraron en las montañas con la esperanza de bajar al valle del Tanaro; pero Menard, á

marchas dobles, con la izquierda francesa, se las adelantó en Pieva. En este mismo dia recibió Elsnitz la órden de la concentracion en Alejandría, y en seguida se dirigió á Pieva, donde creia encontrar las tres brigadas de su centro; no hallándolas, continuó su marcha á Ormea y Ceva. Estas brigadas, al llegar á Pieva, hallaron el camino de Ormea cortado por los franceses, y se dispersaron por las montañas, cayendo los dispersos, unos en poder de Menard y otros en el de Rochambau, llegando á Ormea con los generales Ott y Bellegarde tan sólo unos 3.000 hombres, perseguidos por Menard; despues de tantos desastres, Elsnitz llegó á Ceva el 7, con pérdida de 10.000 hombres, de 15.000 que tenía. Todo esto retardó de tal modo la reunion en Alejandría, que no pudo verificarse hasta el 11, y miéntras tanto, los principales pasos del Pó cayeron en poder de los franceses.

Suchet, marchando sobre Génova, supo su evacuacion, y unido con Garan, á quien halló en Savona, que habia sido de los sitiados, se dispuso á bajar al valle del Bórmida, para lo que hizo ocupar las alturas de Montenotte. Ott marchó, despues de levantar el bloqueo, á oponerse al primer Cónsul entre Tortona y Pavía. Al mismo tiempo, Bonaparte se dirigia á Pavía. Lannes pasó el Pó más abajo de la ciudad, sin que lo pudieran impedir dos brigadas austriacas que lo intentaron, y el dia 7 estableció sus avanzadas más allá de Stradella; Víctor seguia á Lannes; Murat pasó por Nocette, apoderándose de Plasencia y su puente; los austriacos quisieron acudir á impedirlo; pero, ocupando Lannes á Stradella, se vieron precisados á detenerse, y los que llegaron fueron sucesivamente batidos. En todas estas operaciones habia caido en poder de los franceses un gran material, porque esto no habia sido otra cosa que colocarse sobre las espaldas de un ejército; Lechi se habia dirigido á Brescia; Duhesme, despues de haber atacado á Wukassowich en el camino de Mantua, marchaba sobre Cremona, donde permaneció sosteniendo á este general; Lapoype bajó sobre Pavía, observando las orillas del Tesino y el Pó, y Moncey continuó ocupando la Lombardía.

No están exentas de crítica por los mejores autores las operaciones que precedieron á la batalla de Marengo, y áun la misma batalla; pero sin duda graves consideraciones políticas, que impedian á Bonaparte desguarnecer la Lombardía, le obligaron ante un enemigo muy superior á esa diseminacion, que ha procurado disculpar en sus Memorias, diseminacion que dió por resultado obligar solamente á los cuerpos Víctor, Lannes y Dessaix á oponerse á toda la masa de los austriacos en empeños sucesivos. Dos partidos podia tomar Melas, y para oponerse á cualquiera de ambos, no estaban los franceses en buena posicion. Si Melas se dirigia al Tesino, maniobrando los francesees sobre Tortona por Stradella, dejando guardado el paso de Plasencia por una division, podrian unirse con Suchet, Thurreau y Chabran, y formando una masa de 80.000 hombres, volver á operar sobre la Lombardía; y si, por el contrario, Melas se dirigia á Plasencia, allí hallaria todas las fuerzas francesas; de otro modo, era improbable que Moncey y Lapoype, con 10.000 hombres, desde Lodi hasta Vercelli, pudieran sostenerse en el Tesino contra 50.000 austriacos el tiempo necesario para esperar que el grueso del ejército volviera á pasar el Pó en su socorro.

Ocupada Génova, Ott se dirigió al encuentro de los franceses sobre el camino de Tortona á Plasencia, confiado en que Bonaparte se dirigia á Mantua, y que él tendria que habérselas para llegar á Plasencia sólo con algun destacamento comisionado para cerrarle el paso. El dia 8 pasó el Scribia, y reuniendo sus fuerzas en Voghera, ocupó el 9 á Casteggio, donde chocó con la division Watrin; no dudó en aceptar el combate, confiado en la superioridad, y para ello cubrió el camino real con la mejor gente, situada en las alturas de la derecha, dejando el resto de reserva en Montebello. Lannes contuvo, con la mitad de la division de Watrin, á los austriacos en el camino, y con la otra mitad, comprendiendo la importancia de las alturas, trató de apoderarse de ellas, pero no lo hubiera conseguido; y ya estaba resuelto á retirarse, cuando llegó al campo de batalla el cuerpo de Víctor. Rehechos los franceses, se reforzó el ataque de las alturas por

una brigada más; Ott, con noble insistencia, volvió á recuperar la posicion, cargando con su reserva; pero á un tercer ataque y á un movimiento envolvente por el llano no pudo resistir, y decidió su retirada con pérdida de 5.000 hombres, primero sobre Tortona, hasta donde fué perseguido, y luégo al otro lado del Bórmida para reunirse con Melas.

Batalla de Marengo.

El 13 pasó Bonaparte el Scribia, más abajo de Tortona; destacó á Desaix sobre Rivalta para que se ligase con Suchet, á quien se suponia camino de Acqui; expidió órdenes á Lapoype para pasar el Pó y unirse al ejército; á Víctor, sostenido por Lannes, para dirigirse á Marengo á la cruz de los caminos de Plasencia y Génova, y expulsar al enemigo, apoderándose de los puentes del Bórmida; á Murat, para ocupar con la caballería á Ponte-Curone, y á Monnier, á Castel-Nuovo.

Víctor tomó á Marengo, defendido por 4.000 hombres de la retaguardia de Ott, y atacó el puente; pero no pudo ocuparle por el fuego de las obras y el de la artillería del campamento enemigo. Siendo ya muy entrada la noche se suspendió el combate, quedando Víctor en posicion en Marengo y la Pedrebona.

Hasta entónces todavía no se habian podido conocer las intenciones de Melas, puesto que tenía tres partidos que tomar; llevar la guerra á Génova, dirigirse sobre Pavía, ó aceptar la batalla, y nada hacía creer esto último al notar la débil resistencia de los austriacos en Marengo. Por tal razon, Bonaparte regresaba á Ponte-Curone, cuando por los partes que recibió conoció que la batalla era aceptada, y dispuso que acudiese de Rivalta Desaix, que avanzase Lannes entre Espinetta y la quinta de Formace, que ocupase á Li-Poggi la guardia consular, y que Monnier y Murat se dirigiesen á San Giuliano.

Por su parte, los austriacos habian resuelto en consejo el plan siguiente: Ott, con 8.000 hombres, desembocaria por Salé; Melas, con el grueso del ejército, divisiones Estint, Haddick, Kaim y Morzini sobre Marengo y San Giuliano, maniobrando despues sobre la izquierda para estrechar contra Ott al enemigo; Oreilly, con 3.000 hombres sobre Stortigliona, apoyaria la derecha.

Tenian los austriacos probabilidades de éxito por su superioridad numérica, doble en infantería que la del enemigo, que sólo contaba entónces con los cuerpos de Víctor y Lannes, y triple en caballería. Su mayor peligro estaba en la necesidad de tener que desembocar de sus puentes ante el enemigo, pero quedaba esto compensado con el defectuoso escalonamiento de los franceses, disposicion que ha sido criticada á Bonaparte por no ser la más á propósito para un combate decisivo á pié firme, y en el que se trata de ganar tiempo.

Al amanecer del 24 se puso en planta el proyecto de los austriacos. Gardanne tuvo que abandonar á Pedrebona y replegarse sobre Marengo; esta primera ventaja de Haddick y Oreilly ofrecia brillantes resultados si hubiera proseguido el ataque, pero los austriacos esperaron que pasase el rio todo el ejército ántes de seguir adelante, y miéntras tanto Víctor se dispuso para una tenaz resistencia en Marengo y en el Fontanone. Gardanne quedó en defensa de Marengo; la division Chambarlhac, en la orilla izquierda del Fontanonne, y dos brigadas de caballería, Champaux y Kellermann, á la derecha é izquierda de la línea.

Tres horas despues formó el ejército de Melas; Haddick pasa el Fontanone, pero es rechazado con bizarría por Rivard, y muerto; Kaim repite el ataque, pero tambien es rechazado. La caballería Pitati, entre Marengo y Stortiglione, es derrotada por Kellermann.

Entretanto, Ott habia llegado más allá de Castelceriolo, y doblaba completamente el ala francesa, replegándose sobre el Barbotta; Kaim habia logrado pasar el Fontanone y establecerse

en Marengo despues de reñidos combates, y Melas se disponia á dirigir contra Lannes y Víctor, ya á una altura, un formidable ataque. La pérdida de Marengo, haciendo cejar á Víctor, y la maniobra de Ott obligando á Lannes á doblar su ala, ponen á éste en una situacion extrema; á Bonaparte no le queda otro recurso que mandar á Monnier y 800 granaderos de la guardia avanzar á Castelceriolo en socorro de la derecha de Lannes, y á Víctor en socorro de la izquierda, para que impida desembocar á Melas de Marengo; el lector podrá comprender la situacion apurada en que se veian los franceses, obligados á dar esa comision tan difícil á un cuerpo que desde la noche anterior no habia cesado de combatir.

Castelceriolo es tomada por una brigada de Monnier, miéntras el resto se dirige delante de la derecha de Lannes; Ott carga la derecha de Monnier; otra brigada de éste se ve obligada á parapetarse en Castelceriolo, y el resto se replega á retaguardia, protegiendo con estos movimientos ofensivos de la derecha el retrógrado de Lannes á Poggio. Esta ofensiva excéntrica de Castelceriolo ha sido muy discutida, y segun la opinion de autoridades muy respetables, la reserva Monnier debia haber reforzado la izquierda de la línea general de batalla sobre el camino de Tortona y no la derecha; pero cuando la fortuna sonrie á los héroes, hasta sus mismos errores se vuelven en beneficio suyo, y así sucedió con la ocupacion de Castelceriolo, que si ante un general más activo que Melas hubiera quedado sin efecto, y la retirada de Víctor y Lannes más comprometida, ante Melas, que, si sabía vencer, no sabía vencer en pocas horas, sirvió para dar tiempo á la llegada de Desaix.

La mayor falta de Melas en esta batalla fué el mal uso de la caballería, arma en que era tan superior. Teniéndola diseminada, se privó de dar golpes decisivos con que hubieran alcanzado la victoria en dos horas; ademas destacó contra Suchet la tercera parte de ella inútilmente, porque mucho ántes que este general hubiese tenido tiempo para tomar parte en las operaciones, estaria ya decidida la cuestion. Sin embargo, á las dos de la tar-

de ya consideró suya la jornada, y vuelve á Alejandría para anunciarlo, dejando á sus generales el cuidado de acabar con el enemigo. Zach se propone expulsar á Víctor de San Giuliano, que apénas contaba con 2.000 hombres, obligándole á dejar el camino real; Lannes se habia retirado entre Valmagre y el Buschette, cañoneándose débilmente con la vanguardia de Ott que habia llegado á Villanova, quedando así casi cortada la brigada que se hallaba en Castelceriolo. Los austriacos, en columnas de marcha, se dirigen entre Cassiro-Grossa y el camino de Salé para rebasar la izquierda francesa, y Bonaparte se halla decidido á abandonar el camino de Tortona para retirarse por el de Salé.

Á las cuatro de la tarde aparece Dessaix detras de San Giuliano con sus tropas llenas de entusiasmo, y cambia de repente la escena. Una segunda batalla va á tener lugar, y en ella la victoria no es dudosa; Desaix avanza en columnas de ataque, con doce piezas cubiertas á la cabeza; á tiro de pistola de la columna de Zach, vomita su metralla, sembrando el pavor en las filas austriacas; Zach consigue restablecer el órden, y se empeña el fuego de fusilería; Desaix muere, pero irritada su division, se arroja una media brigada de ligeros á la carga, arrollando á la brigada San Julien; el combate vuelve á quedar indeciso, pero Kellermann destaca unos escuadrones para contener la caballería enemiga; con su brigada dobla el flanco, conversa á la izquierda, carga bizarramente, y rinde prisionera la columna. La reaccion ofensiva del ejército frances fue instantánea; locos de entusiasmo, Víctor, Lannes y Monnier vuelven sobre Marengo; Kellermann deshace á Kaim, y le obliga á repasar el Fontanone, sin permitirle desplegar; Bundet, sucesor de Desaix, Víctor y Lannes se apoderan de Marengo, y le rebasan pasando el rio.

La retaguardia austriaca se rehace en la Pedrebona; Ott trata de atacar la derecha para compensar la rota de Zach, pero no puede verificarlo, y promueve su retirada forzando y tomando á Castelceriolo cuando los franceses tomaban á Marengo. Oreilly,

con la retaguardia, se sostuvo en Pedrebona con heroísmo, y salvó la retirada de todo el ejército, cortando luégo los puentes.

Las bajas fueron iguales para ambos partidos, y 7.000 hombres perdió cada uno; los franceses cogieron 3.000 prisioneros, 25 piezas y muchas banderas. Al dia siguiente se abrieron negociaciones para un armisticio, y la Francia adquirió toda la Italia, hasta el Mincio.

Esta campaña es notablemente instructiva en sus méritos y faltas. El plan general de ella, desde la creacion del ejército de reserva, es una de las más bellas concepciones estratégicas de Napoleon; despues, la diseminacion de los franceses á retaguardia del Tesino y el Pó, fué una falta que pudo costarles muy cara, como lo demuestra el primer período de la batalla de Marengo, bàtalla perdida si Desaix llega un cuarto de hora más tarde, y que de todos modos debió haberse perdido si los primeros movimientos austriacos hubieran sido más activos. La diseminacion de los austriacos y el empeño de cubrir muchos puntos secundarios les impidió ser fuertes en el principal, y su tardía concentracion permitió las ventajas de los franceses sobre el Pó. Respecto á táctica, la mala distribucion de la caballería austriaca y el brillante éxito de la de Kellermann vino á demostrar en adelante cuál era la mision de la caballería, mision que en las guerras sucesivas supo dictar Napoleon y ejecutar Murat. El uso de las reservas, lanzadas á tiempo, decidieron la victoria; nunca ha podido demostrarse tanto como en la batalla de Marengo el principio de que vence el último que mueve reservas. El progreso en las condiciones militares de ambos ejércitos está demostrado con los hechos de armas que por una y otra parte tuvieron lugar; el heroísmo pasaba sin cesar de un partido al otro; vemos engrandecerse los generales y tomar unas proporciones desconocidas. Lannes, Víctor, Kellermann, Desaix en un partido; Ott, Oreilly y otros, en el opuesto, demuestran el talento y energía necesaria para mandar grandes ejércitos; nadie tiene que sonrojarse de impericia ni debilidad. Hechos análagos podríamos citar en el ejército del Rhin para demostrar que la revolucion en

el arte estaba consumada, y sólo se necesitaba, para sacar de ella todo el fruto que la Europa se prometia, elevarla á su apogeo por la mayor extension de los medios puestos en juego. Para comprenderlo así, describamos un nuevo período en que ya la guerra se reviste de proporciones colosales, y el arte aparece con toda majestad.

CAPÍTULO VI.

IMPERIO DE NAPOLEON.

I.

Apogeo de los métodos ensayados en el período anterior.

La historia del Imperio, en política como en guerra, consta de dos períodos distintos y completamente separados por una línea visible ; en el primero se desarrollan en toda su fuerza los elementos del poder de la Francia, y en el segundo, sin que en nada se alteren las leyes de la política y los métodos de la guerra, nuevas necesidades, no satisfechas, hacen que se precipite, de desastre en desastre, el inmenso poder de Napoleon, por los mismos medios con que creció, y siguiendo las mismas prácticas. La fecha que divide estas dos épocas es la de la paz de Tilsitt.

Cualquiera de las campañas del primer período que tomamos como ejemplo, nos muestra en una escala vastísima la aplicacion de los métodos de 1800 en toda perfeccion, porque el instrumento de la guerra, el ejército, ha crecido, y en todas sus instituciones se ha perfeccionado. Cómo, siguiendo por el mismo camino, la Francia fué vencida ; qué razones hubo para que las mismas reglas, la misma alta estrategia que ántes habia dado la victoria, no diera luégo sino catástrofes y derrotas tan absolutas, tan horribles como nunca el mundo las ha visto, eso lo estudiarémos

más adelante; por ahora analicemos las causas de su apogeo. Despues de las campañas de 1800, Europa tomó un respiro para aprestarse á la lucha que cinco años más tarde habia de renovarse con mayor encono. Entre tanto, la Francia organizó su fuerza y Napoleon afianzó su poder aceptando primero el consulado de por vida, y luégo la corona imperial. El ódio entre Inglaterra y Francia se recrudecia de momento en momento, y ademas, el Imperio, hijo de la revolucion, no podia ser bien admitido por las monarquías tradicionales de Europa, y cuanto más se esforzaba en restaurar la majestad de las formas monárquicas, ménos simpatías hallaba en los gobiernos seculares, que veian con recelo la proclamacion de un nuevo derecho que ponia en tela de juicio el orígen de las dinastías. La oposicion á este nuevo derecho fué significada por la guerra al hombre que era su encarnacion, y todo hacía prever el rompimiento de una lucha á muerte entre este hombre y la Europa entera; lucha que no podia terminar sino por el aniquilamiento de todo el poder de Napoleon, ó por la reunion en su mano de todos los cetros del mundo.

Esto, instintivamente por unos, y filosóficamente por otros, estaba comprendido por todos, y los cuatro años de treguas se emplearon en organizar medios de resistencia, en estudiar la causa de los reveses y victorias anteriores, y en reunir en cuerpo de doctrina las reglas que el arte militar habia iniciado en las campañas de la revolucion.

La Francia, que era la más comprometida y la que más arriesgaba en la lucha, llevó á su apogeo las instituciones militares; se crearon inmensos campos de maniobras, donde se estudió prácticamente la gran táctica, y donde los mariscales movian sus masas con la misma regularidad que en el siglo anterior, en la época de la táctica de detalle, se habian movido los pelotones; se promulgaron nuevas leyes de castigos y recompensas en armonía con las formas del cesarismo, y se crearon las grandes unidades tácticas, divisiones, cuerpos de ejército, etc., necesarias para la aplicacion de las grandes maniobras de la guerra moderna, para

la subdivision del mando en jefe, en adelante tan vastísimo, y para la movilidad de ejércitos tan numerosos.

Á pesar de todo, el éxito estaba visto; miéntras la cuestion no saliera de los gobiernos, la victoria sería de Francia; pero en el momento en que los pueblos tomasen parte en la lucha, Francia, que no era más que un hombre, con todas las debilidades y pasiones de un hombre, habia de sucumbir. La sencilla lectura del decreto de bloqueo continental, delirio de un alma grande, sueño de fuerza y poder de un génio niño, arrebato de ira imposible, basta para demostrar de qué lado estaria la victoria en la última jornada; no se atacan impunemente los intereses de toda una masa de naciones con la misma facilidad que los intereses de media docena de monarcas; es más fácil obligar á un pueblo á que cambie de gobierno, que obligarle á vestir un traje de género determinado, ó á suprimir un artículo de su mesa. La partida empeñada entre la diplomacia inglesa, que, por muy odiosa que fuera, representaba los derechos de los pueblos, y el ejército de Francia, que, con toda su gloria y su fuerza, no representaba sino la imposicion al mundo de la voluntad de un hombre, no era dudosa. Inglaterra fué la cabeza, Alemania la espada; miéntras el impulso vino de los Gabinetes, los pueblos contemplaron pasivos la lucha, y cambiaban de señor sin pena; pero cuando vieron hollados sus derechos y atacados sus intereses, se levantaron en tumulto; España representó la pasion de Europa; Inglaterra, el pensamiento, y el trono, elevado por el sufragio frances, rodó hecho astillas por el sufragio del mundo. Qué movimiento militar, qué cambio en estrategia y táctica fué preciso para conseguir esta victoria, más adelante lo verémos; pero ántes, presentemos como un ejemplo de esas campañas en la época de gloria del Imperio, cuando Napoleon se batia con los Gobiernos y no con las masas populares, una cualquiera, la de 1805:

Campaña de Ulm. Fracasado el proyecto de invadir la Inglaterra por la impericia de Villeneuve y la vanidad francesa, que no permitió dar á Gravina el mando de las flotas aliadas, proyecto magnífico para el que se habian hecho los más formidables

aprestos bélicos que el mundo ha presenciado, se formó por la política inglesa la tercera coalicion, tanto más fácil de formar, cuanto que la muerte de la política napoleónica estaba en la propia conservacion de todos los gobiernos, amenazados por la soberbia imperial. Primero, la Rusia y la Suecia, y luégo el Austria, tomaron parte en la coalicion. Ésta última potencia, por su posicion geográfica, podia ponerse en campaña ántes que las otras, y en su córte, Viena, se concertó el plan general de operaciones, tomando parte en el consejo todos los gobiernos coaligados.

El Archiduque Cárlos, ese príncipe ilustre, alma de génio encerrada en un cuerpo débil, digno rival de Napoleon, más prudente sin ser ménos enérgico; ese general vencido, sí, vencido por errores de su gobierno, pero jamas derrotado; ese general, que, si como Napoleon, hubiera reunido en su mano cetro y espada, apareceria hoy más grande que Napoleon mismo, propuso el único plan que entónces se debia seguir: guerra defensiva hasta tanto que llegáran al teatro de operaciones los ejércitos rusos; pero Inglaterra, interesada en una agresion pronta, hizo que se decidiera la ofensiva propuesta por Mack, adoptándose el gigantesco plan siguiente:

Cuatro ejércitos austriacos, uno de 60.000 hombres, dirigido por el Archiduque Cárlos, debia maniobrar sobre el Adigio; otro, de 30.000, á las órdenes del Archiduque Juan, habia de ser en el Tirol el lazo de union entre el del Adigio y el del Danubio; éste, con el Archiduque Fernando, aconsejado por Mack como mentor responsable, cubriria la línea del Danubio hasta la selva Negra, esperando la llegada de los rusos, y una reserva de 30.000 hombres, mandada por el Emperador Francisco en Viena, estaba pronto á reforzar cualquiera de los puntos de esta dilatada línea; ademas 110.000 rusos, en tres cuerpos, dirigiéndose por Moravia, formarian con Mack en el Danubio la gran masa ofensiva; el Rey de Suecia, un cuerpo ruso; otro inglés y los prusianos, si entraban en la coalicion, conquistaria el Hannover; otro cuerpo ruso, desde Corfú, desembarcaria en Venecia para auxiliar en su

ofensiva al ejército de Italia, y por último, el gobierno de Nápoles, por la ribera de Génova y en combinacion con las escuadras inglesas, dispondria un cuerpo para molestar las comunicaciones de Massena que se hallaba en el Adigio.

Napoleon entre tanto negociaba para ganar tiempo y para estudiar el problema que debia resolver. Mack, imprudente, invadió la Baviera, y el Elector, aliado de la Francia, la evacuó con su ejército; esa fué la declaracion de guerra y á la vez la maniobra que hizo fijar el plan de campaña de Napoleon, dándole á conocer dónde debia descargar el rayo. En adelante ya no se llevaria, como en las campañas anteriores, la guerra al Austria por uno y otro lado de los Alpes, ahora el plan más unificado exigia una ofensiva audaz y pronta al mismo corazon de Alemania, dejando el ala derecha, el ejército de Italia, á la defensiva. Esta unidad en el plan de operaciones, unidad que no tuvo el enemigo, obstinado como ántes en hacer de una sola guerra diez, y de una masa de 400.000 hombres diez ejércitos independientes, es lo que nos demuestra que ya la estrategia en grande, iniciada por el Comité de Salud Pública en 1794, habia llegado á todo su apogeo; ya desaparecian las dificultades que encontraba Turena para mandar un ejército de 50.000 hombres; grandes unidades tácticas con todos los elementos de vida propia, espacios y distancias á proporcion de la masa, y lugar-tenientes con independencia limitada habian de dar facilidad al movimiento de medio millon de soldados. Napoleon dispuso una marcha de contraccion, semejante á la de 1800 por los Alpes, pero en escala mucho más vasta.

El grande ejército se componia de ocho cuerpos, á saber:

1.° Bernardotte, con 18.000 hombres en el Hannover, en dos divisiones de infantería y una de caballería.

2.° Marmont, con 21.000, tres divisiones de infantería, en Holanda.

3.° Davoust, con 28.000, tres de infantería y una de caballería.

4.° Soult, con 41.000, cuatro divisiones de infantería y una de caballería.

5.° Lannes, con 18.000, dos divisiones de infantería y una de caballería.

6.° Ney, con 25.000, tres divisiones de infantería y una de caballería.

Reserva y guardia imperial á las órdenes de Bessieres, y la caballería gruesa á las de Murat.

Estos cuerpos se hallaban en los campos de la Mange.

7.° Augereau, en Brest, en organizacion, 18.000 hombres, en dos divisiones de infantería.

8.° Ejército de Italia; Massena, 50.000 hombres.

Otro cuerpo de 22.000, á las órdenes de Gouvion Saint-Cyr, operaba en la Italia meridional, en observacion de Nápoles y en auxilio de Massena.

Las guardias nacionales, las cohortes sedentarias y otros cuerpos pasivos daban las guarniciones de la frontera. Todas las plazas del Este estaban abastecidas, y la línea del Rhin defendida por guardias nacionales movilizados dirigidos por buenos generales; y para asegurar todavía más las operaciones, Napoleon se hizo aliados á los electores de Wurtemberg, Baden y Hesse-Darmstad.

Al saber la invasion de Mack en la Baviera, á sesenta leguas de la frontera de Austria, Napoleon proyecta la invasion en Alemania, pasando por Strasburgo la derecha del ejército, por Spire el centro, y la izquierda, por Maguncia (1). Davoust, Soult, Ney y Lannes salen del campo de Bolonia para la línea del Rhin, donde llegan el 26 de Setiembre. Marmont, desde Holanda, remonta el Rhin hasta Maguncia, para desde allí reunirse en Wurtzburgo con Bernardotte, y el 30 llega éste de Hannover, habiendo pasado el Hesse Electoral en virtud de convenios diplomáticos.

Con intencion de hacer persistir á Mack en su error y entretenerle en su movimiento escéntrico, Murat pasa el 25 el puente

---

(1) Consúltese un mapa general, y los de Italia y Rhin que se acompañan á esta obra.

de Kelh y se acantona entre Ettenheim y Offemburgo, haciendo demostraciones sobre la Selva Negra.

Todo el ejército frances viene á contraerse en el Wurtemberg el 1.° de Octubre, extendiéndose desde Stutzgard á Wutburgo, habiendo verificado una conversion despues del paso del Rhin, protegida por toda la caballería del ejército. Los bávaros se incorporaron prolongando la izquierda, y esto favoreció el proyecto de Napoleon de continuar su conversion á la derecha para cortar á Mack, que se concentraba en Stockach, Ulm y Memmingen, sin comprender todavía el pensamiento del enemigo.

El cuerpo de Ney era el eje del movimiento, y al mismo tiempo quien debia cubrirle, haciendo comprender con sus maniobras á los austriacos que Ulm sería el punto de ataque; el costado saliente le formaban los cuerpos de Soult, Lannes y Murat, que se dirigian á marchas forzadas á Donawerth, entre tanto que Davoust y Marmont marchaban á Neuburgo, y Bernardotte y los bávaros á Ingolstadt, violando la neutralidad del principado de Amspach perteneciente á Prusia.

De tal modo, Mack se hallaba amenazado en el Danubio en una posicion semejante á la de Melas, en 1800, en el Pó, y para cubrir su línea, trasladó su derecha hácia Raim, su centro á Guntzburgo y la izquierda á Ulm.

El dia 6, algunas divisiones de Soult se apoderaron del puente de Donawerth, y la derecha austriaca tuvo que retirarse á Aicha

El 6 y 7 pasan el rio Soult y Murat; el primero se dirige á Augsburgo; el segundo ocupa á Raim, al otro lado del Lech, y Davoust y Marmont marchan á Neuburgo, sobre Aicha.

El 8, Ney, por la orilla izquierda, se dirige á Guntzburgo; Murat, por la derecha, sube hasta Wertingen, donde bate una division que viene del Tirol en socorro de la derecha austriaca, y que se defiende bizarramente con ese heroísmo frio, noble y caballeresco que con los ejércitos austriacos saben batirse. Kienmayer se retira á Munich, y la derecha austriaca queda rebasada.

En vista de tal peligro, Mack se propone un cambio de frente á retaguardia, y su derecha se traslada á Memmingen.

Bernardotte y Davoust marchan sobre Munich en seguimiento de Kienmayer y para contener al ejército ruso, cuya vanguardia habia pasado de Lintz.

Soult se dirige á cortar á Mack la comunicacion con el Tirol, maniobrando desde Augsburgo sobre Memmingen.

Murat, Lannes y Marmont marchan sobre Ulm, por Zusmarshausen y Burgau.

Ney, con 40.000 hombres, debe cortar desde la orilla opuesta la comunicacion de Bohemia y guardar las del grande ejército; Dupont, en Albeck, forma la derecha, y los puentes de Guntzburgo, Elchingen y Leipmein son cortados.

Al contemplar tan magníficas maniobras en un teatro tan vasto y por masas tan numerosas, el hombre se detiene sorprendido, y ante la imaginacion calenturienta se despliega en soberbio panorama con su terrible majestad la gran guerra de los continentes, la guerra de los siglos futuros. Hay en estas campañas del Imperio algo de sobrehumano que no hemos visto en las pasadas generaciones, ni ya tampoco lo vemos; para esta epopeya no hay poetas, ni para estas batallas pintores; Homero hubiera enmudecido de asombro. En medio de tantos errores, á pesar de lo injusto de la causa que defiende la Francia, y sin elevar á Napoleon á la altura de semi-dios, porque lo creemos mortal, lleno de pasiones y debilidades, génio inferior á los sucesos que le rodean, talento que extravia su mision, monarca de tiempos antiguos y no de los siglos que vendrán, inteligencia y fuerza para constituir un mundo nuevo, pero no para cambiar una sociedad ya constituida, vemos, sin embargo, en las guerras que él preside, algo de extraño y magnífico que no viene del hombre sino de la época; es que la guerra crece, es que, ya resuelto por Grecia el problema del individuo, por Roma el del Estado, por el feudalismo el de las nacionalidades, el mundo plantea hoy el de los continentes, y la guerra, vehículo material del progreso humano, sudor y lágrimas que la humanidad vierte en su tarea,

toma la nueva forma que exigen las nuevas necesidades. En la historia, el hombre es poco, las fechas lo son todo; y así como Napoleon sucumbió sin otro hombre delante, si él no hubiera nacido, no por eso el viento de las batallas no hubiera silbado de montaña en montaña, de mar á mar, desde las Pirámides á los Pirineos, desde los Andes hasta las torres de Santa Sofía, esparciendo y purificando la semilla del siglo XVIII. Mas como índice de los grandes sucesos, de las convulsiones de mundo, existen siempre hombres que no valen mucho más que sus semejantes; pero que por razon de las circunstancias, los sucesos giran en torno de ellos, y sus nombres nos sirven para marcar las jornadas de la historia; de éstos es Napoleon. Grandes fueron sus errores, y la crítica razonada y fria de una generacion que ni le odia ni le ama, halla en sus actos, como hombre, como rey y como general, mucho de censurable y mucho digno de alabanza eterna.

El lector sabrá dispensar esta digresion á que nos ha conducido las consideraciones acerca de la campaña de Ulm, cuya narracion seguimos.

En poco estuvo que Murat, el *Divino acuchillador*, no malográra con su imprudencia el éxito de los brillantes movimientos estratégicos del grande ejército. Murat, que no era sino un buen sableador, pero no un general en jefe, ni mucho ménos un rey, es uno de los errores de Napoleon.

Creyendo que los austriacos se concentraban detras del Iller para basarse en el Tirol, mandó á Ney pasar á la orilla derecha y avanzar sobre Wiblingen y el Rohte, dejando así descubierto el camino de Bohemia; Ney, no ménos bravo que Murat, pero más inteligente que él, dejó á Dupont en la orilla opuesta; pero miéntras esto se disponia, fatalmente decidian los austriacos, en consejo, mandar 20.000 hombres con el Archiduque, camino de Bohemia. El 11 de Octubre pasó Ney á la orilla derecha, al mismo tiempo que Dupont era atacado por Mack en la izquierda, para proteger la marcha del Archiduque. El combate, con gran honra de Dupont, duró todo el dia, y por la noche, los franceses se retiraron á Albeck con 3.000 prisioneros.

Persistiendo Murat en el mismo error, dispone que Ney mande á Dupont evacuar completamente la orilla izquierda, y Mack aprovecha tan extraña fortuna, haciendo que un cuerpo ocupe á Albeck, y dos divisiones las alturas de Elchingen para cubrir este paso.

Felizmente Napoleon acudió enseguida para corregir tales yerros, y dispuso volver á reconstruir el puente y apoderarse de Elchingen. Lannes avanza sobre Ulm para apoyar á Ney en la operacion; Marmont observa la plaza de Pfuhl, y Soult se dirige á Achstetten para cortar el camino del Tirol.

La noche del 13 se vuelve á echar el puente, y Dupont se prepara á atacar á Albeck para apoyar el ataque de Ney contra Elchingen.

El 14, Ney pasa el puente y toma á Elchingen, arrollando al enemigo, fuerte de 15.000 hombres y 40 piezas, y obligándole á encerrarse en Ulm, entre tanto que Dupont, en Langenau, se hallaba empeñado contra Werneck.

El 15 pasan Lannes y Murat á la orilla ya ocupada por Ney; Soult avanza por el camino de Biberach sobre Ulm, y Marmont corta los caminos del Tirol y la Baviera; Murat, con tres divisiones de dragones, acude á sostener á Dupont, y Ney, despues de tomar las alturas que dominan la plaza, tiene la audacia de atacar una de las puertas.

El Archiduque no podia suscribir á la humillacion de capitular, y viéndose acosado y cortadas todas las comunicaciones, tomó un cuerpo de caballería y se incorporó á Werneck despues de mil peligros.

El 16 se arrojaron algunas bombas y se entablaron negociaciones, y el 19 ocuparon los franceses la plaza, quedando prisioneros los 30.000 austriacos que la defendian.

La conducta de Mack es en este último período muy censurable; ya que fué tan inhábil que se dejó cortar, y tan débil que se amilanó al verse cortado, debia siquiera haber tenido la honra necesaria para resistir en Ulm hasta ver la brecha abierta por el cañon frances.

Hemos presentado como modelo esta campaña, no porque ella sea la más notable del Imperio, sino porque la impericia del general austriaco hace resaltar más los principios sobre que se sustenta la escuela napoleónica. Si los límites de este libro lo permitieran, veriamos en las campañas sucesivas, hasta el momento en que aparece la decadencia, moverse, siguiendo las mismas reglas, grandes masas en grandes espacios, salvar caudalosos rios, rebasar plazas fuertes inutilizando su ocupacion, converger á un mismo punto y en una misma hora, despues de marchas de 200 leguas, cuerpos separados por enormes distancias, impulsar grandes masas enemigas por líneas divergentes de retirada, herir al corazon de los Estados en cinco semanas de operaciones, y todo esto no es otra cosa sino que la guerra parte más á fondo, llega con su accion á penetrar en la vida íntima de los pueblos, y en la forma política y social; no se limita á trazar una frontera por las vertientes de éste ó del otro lado de tal cordillera, sino que aspira á conmover todo el edificio de un Estado para reconstruirlo sobre otras bases. Cuando las últimas capas sociales se agitan, cuando ya no de los gobiernos, no de los gabinetes, sino de las plazas públicas, viene el grito de guerra contra Napoleon, su estrategia, su táctica, la constitucion de sus ejércitos, todo sucumbe, y la corona imperial rueda en pedazos, y el hijo de las batallas, allá en el fondo de los mares, en un peñasco combatido por las olas, entretiene su agonía luchando con un carcelero cruel y estúpido.

II.

Aparecen nuevas necesidades para la ofensiva.

En toda esta ojeada histórica hemos visto la analogía que existe entre el progreso social y el progreso en la ciencia bélica, modificándose el uno por el otro en cada evolucion de los tiem-

pos. Ahora debemos explicar qué causas morales hubo para que, despues de la paz de Tilsitt, en 1807, la victoria fuera lentamente desviándose del campo frances; porque si aceptáramos esto sin exámen, sin darnos de ese cambio otra explicacion que la de una vuelta en la fortuna de Napoleon, sería como negar implícitamente la exactitud de las reglas, y retroceder al tiempo en que se creia que la guerra era solamente un juego de azar.

No nuevos principios militares, pero sí un desarrollo distinto en su aplicacion, efecto de la mayor extension moral y material de la guerra, es lo que se presenta ante la ciencia en la historia militar de nuestro siglo, desde la independencia española hasta el Montenegro, desde la guerra de Polonia hasta la de Italia, desde la cuestion de la India hasta la de los Estados-Unidos.

El punto culminante, el rasgo peculiar que caracteriza todas las campañas modernas, es que la masa del país, las clases todas de la sociedad toman parte directa en la cuestion, haciéndola suya más que del gabinete; no sólo el soldado, sino su padre y su hermano, saben por qué se bate y cómo se bate, y á veces ellos mismos toman las armas para ponerse enfrente de él ó al lado. Esto ha modificado de tal modo la aplicacion de las antiguas reglas, que se puede asegurar que hoy el arte clásico está como ciego y sin rumbo; las campañas contemporáneas dejan un inmenso vacío en la historia, porque todavía no se ha planteado, segun las nuevas leyes, ni la organizacion de las fuerzas públicas, ni el sistema militar de resistencia ó de ataque del país; y si otra cosa no lo demostrase, bastaria esa discusion latente en casi todos los pueblos sobre la conveniencia de los ejércitos permanentes y la mayor ó menor importancia de las fuerzas populares. Hasta que esto no se fije, hasta que las relaciones entre la sociedad militar y la civil no estén deslindadas, hasta que no se señale qué participacion directa se ha de dar al pueblo en la defensa, así como la tiene en el gobierno político y administracion, hasta que no se explique bien, segun las leyes fundamentales de cada Estado, de dónde procede para el ejército la autoridad, y cuáles son los límites de la obediencia, en

una palabra, hasta que no esté calcado el sistema militar de cada país en su sistema político, no se podrán descubrir las nuevas reglas que la guerra de nuestro tiempo exige.

Si examinamos en su esencia las campañas de la Revolucion y el Imperio, obsevarémos que la mayor movilidad de los ejércitos, la más exacta proporcion de la fuerza numérica con los espacios en que se operaba, el progreso táctico en los órdenes y las armas, y las defensas permanentes de los territorios, circunscritas á las fronteras, porque así lo exigian las necesidades de la guerra antigua, han sido causa de que la moderna las forzára fácilmente; y al paso que la ofensiva adquiria más medios activos, la defensiva era más débil, el enemigo llegaba pronto al corazon del Estado, y el ejército defensor, despues de una campaña de cuatro ó cinco semanas, se veia roto, deshecho, aconchado contra una frontera neutral, contra el mar, ó contra cualquier otro obstáculo insuperable; por eso notamos que, en oposicion á lo que sucedia en el siglo XVI, en estas campañas ha vencido siempre el que ha tomado la ofensiva. Despues, desde que la guerra, bajo el punto de vista militar, ha pasado de las fronteras, y políticamente considerada ha recibido, no un impulso oficial, sino el de la opinion de la masa del país, y se ha hecho, no por intereses de persona, sino por intereses de nacion, los medios de conservar han variado en relacion con los medios de adquirir.

Desde este momento la defensiva ha crecido, porque primero irregularmente por las pasiones populares, y luégo metódicamente por la accion política de los nuevos gobiernos, se han organizado, y cada dia es necesario organizar mejor, en el interior del país, medios morales y materiales de resistencia; los primeros, interesando la masa del pueblo en la causa, ó mejor dicho, no batiéndose sino por causas que interesen á la masa del pueblo; los segundos, modificando el sistema de plazas fuertes, esparciéndolas por el interior en puntos estratégicos, dando libertad á las industrias de que la guerra se sirve, fomentando el tiro y el armamento nacional hasta donde sea conveniente, y

creando elementos para organizar fuerzas populares cuando llegue la ocasion, sin que para esto sea preciso en la paz molestar al ciudadano con una regimentacion, uniformes y disciplina medio civil, medio militar, que perturbe la vida política y sea un mal ejemplo para las fuerzas regulares.

Hé aquí la última idea columbrada por la ciencia; y aunque todavía no ha tenido su completo desarrollo, está demostrado que hoy más que nunca, y sin tener en cuenta otra cosa que hechos militares y no doctrinas políticas, la primera exigencia estratégica que hay que satisfacer es la sancion para la guerra de la opinion pública. Por esto, por primera vez vió Napoleon en la guerra de España que su sistema era impotente; ni las batallas ganadas, ni las capitales ocupadas, aseguraban la conquista. Precisados á ocuparlo todo sin poder conservar nada, hallaban sus ejércitos la muerte en la concentracion, y si se dividian, eran deshechos y batidos en detall. Este ha sido el espíritu de la guerra de España y de la de Rusia; la primera, hecha por el pueblo; la segunda, por el gobierno, y esto vino á ratificar la de Francia de 1814, en la que sucumbió el Imperio.

Desde el momento en que un ejército invade un país, y ya no halla un pueblo pasivo espectador, sino un pueblo que le odia ó le ama y toma parte en pro ó en contra de la causa; desde el momento en que la prensa y la tribuna condenan ó elogian, y publican todos y cada uno de los actos de ese ejército, hay que conducir las operaciones de las masas activas segun la aptitud de las masas pasivas, con reglas muy distintas de las que seguiria un general que no viera ante sí sino un ejército enemigo y un pueblo cruzado de brazos.

Esas razones hubo para la decadencia militar de Napoleon; su alta estrategia se estrelló ante una cosa mucho más elevada, que es la que da ó quita fuerza á los ejércitos, el espíritu público. En una época en que aparecian los intereses materiales como los únicos por los que las naciones rompen lanzas, en una época en que el mundo se hallaba dispuesto á conmoverse por una ley de aranceles, por un fardo de mercancías, pero no por los inte-

reses personales de una casa reinante, Napoleon no podia existir ; la Francia le retiró su apoyo ; España lanzó sobre su frente todo el peso de las iras populares ; Inglaterra reconquistó su fuerza, y el comercio del mundo rasgó en mil fragmentos el decreto del bloqueo continental. Entónces los ejércitos franceses, ó mejor dicho, los ejércitos de Napoleon, veian huir delante de sí las poblaciones maldiciéndolos, y en torno suyo todo era miseria, aislamiento y ódio.

Acaso parece que estas reflexiones no son de este lugar, y que cualquiera que sea la razon política de la caida de Napoleon, nada tiene que ver, bajo el punto de vista de la estrategia y la táctica, con sus derrotas militares ; pero siguiendo nuestro propósito de investigar las consecuencias prácticas en el arte, que se desprenden de los cambios políticos en cada período histórico, vamos ahora á señalar las modificaciones á que dió lugar en los ejércitos y en los métodos de guerra la exageracion de la escuela napoleónica.

El entusiasmo habia sido la primera fuerza militar de los franceses, y el entusiasmo habia pasado al campo enemigo desde que los ejércitos imperiales ya complexos, abigarrados, privilegiados y compuestos de tropas de cien naciones, no se batian ni por una idea grande, ni por un interes comun á todas las naciones que constituian aquel ejército, sino por el interes de un hombre que perturbaba la riqueza del mundo con su magnífico é imposible sistema continental. Al desaparecer el entusiasmo, la bayoneta perdió su fuerza, y desde el punto de vista táctico, la bayoneta era la primer arma de unos ejércitos que no vivian sino de la ofensiva. Así vemos en las últimas batallas del Imperio que las cargas de infantería se repetian dos y tres veces sin resultado ; consecuencia de esto, la artillería exageró su proporcion numérica con las otras armas, llegando hasta constar de cinco piezas por cada mil hombres, lo que embarazaba mucho el movimiento de aquellas masas tan numerosas, y la caballería fué, por lo tanto, perdiendo importancia y decreciendo en número, por cuya razon el éxito de las batallas era incompleto.

Así alterada en sus bases la organizacion, no lo fué ménos la constitucion moral del ejército y su administracion y gobierno. Mamelucos, polacos, wesfalianos, españoles, italianos, franceses, alemanes, cien naciones, cien cultos, cien idiomas bajo una misma bandera, mandados por el mismo hombre, formaban una masa revuelta, sin lazos morales, sin cohesion política, sin entusiasmo; porque, dígase lo que se quiera, el entusiasmo por Napoleon ya no existia sino en la guardia imperial: esta masa penetraba fácilmente en los Estados, pero luégo dentro, hallaba por enemigos un pueblo y un ejército aliados, y por muy defectuosa que sea la organizacion política del uno y la militar del otro, no hay medio de vencer en ningun país esa alianza entre las fuerzas militares y las sociales. Parecia, por todo esto, que los antiguos principios falseaban, que una nueva forma tomaba la estrategia y la táctica, y no era eso sino que habia cambiado la naturaleza moral de los agentes de guerra y la razon de las causas, y por consiguiente, los principios militares, dictados por la guerra oficial, eran inconvenientes para la popular, y muchos hechos cambiaban de índole por eso solo; por ejemplo, siempre habia sido una gran victoria romper un ejército y esparcir sus restos en direccion divergente, y entónces, por el contrario, cada fragmento, llamado á provincias distintas despues de una batalla perdida, llevaba á ellas el espíritu de la guerra y se hacía el núcleo de un nuevo ejército, como sucedió despues de la rota de Tudela.

Nada importaba una victoria así, pero aunque con ella se consiguiera facilitar el asedio de una plaza, el ejército ofensivo se hallaba con nuevas dificultades, porque la poblacion, tomando parte en la defensa, hacía eterno y difícil el sitio. En los movimientos estratégicos, ya de ataque, ya de retirada, aparecian obstáculos imprevistos; al pasar una cordillera, y aunque no quedase á retaguardia un enemigo, no se podian ni dejar guarnecidos los pasos, ni dejarlos abandonados: si lo primero, se debilitaba la masa activa; si lo segundo, los pasos se cerraban en un momento por fuerzas levantadas de repente en las aldeas de là

cordillera. Los desiertos artificiales, imposibles en una guerra oficial, eran creados en un dia por la abnegacion y el ódio de los pueblos; el gobierno ruso incendió á Moscow, y devastó los flancos de la línea de operaciones del grande ejército; el pueblo español, si hubiera sido necesario, hubiera arrasado Madrid y los campos todos de la fértil Andalucía; Massena halló su derrota en el desierto creado sobre su línea de retirada de Torres-Vedras, y Napoleon en los hielos de Rusia, que completaron la obra del gobierno. No hay poder ninguno oficial que para sostenerse pueda asolar un país que el enemigo ocupa ó va á ocupar; pero el pueblo, dueño de sí mismo y de su riqueza, cuando quiere, con sólo su ausencia crea un desierto en el que perece el conquistador más audaz.

En vista de todo esto, no es extraño que anunciemos una nueva forma de guerra, porque los pueblos de hoy, tomando parte en la cosa pública, cambian la esencia moral de los ejércitos, discuten el derecho de las causas y dan su apoyo ó interponen su veto. Para satisfacer estas nuevas necesidades de la guerra moderna, se hace preciso estudiar y aliar las instituciones militares con las políticas, referir á un solo principio el esfuerzo comun de las fuerzas del ejército y los poderes de la sociedad, y fijar la armonía entre el sistema militar de un país y el social de su ejército. Cómo se ha de hacer esto, no somos nosotros quien lo debe decir; pero miéntras existan anacronismos en la constitucion de las tropas, privilegios que repugnan al sentido público, y contradicciones entre los códigos y las leyes militares, y los códigos y las leyes políticas, la sociedad militar no será coexistente con la civil, vivirá de una vida oficial prestada, y el ejército será un instrumento de débil fuerza para las cuestiones en que la debe tener, y de fuerza excesiva para cuestiones en que no debe tomar parte. Al señalar estos males, no culpamos á escuelas ni á hombres determinados, sino al tiempo, cuya accion no afecta del mismo modo á unas instituciones que á otras, y del tiempo esperamos el remedio; pero era imposible, segun el espíritu de este libro, dejar sin explicacion hechos asombrosos que han tenido

lugar aparentemente en contradiccion con las reglas del arte militar. Hemos visto vencidos mariscales encanecidos en la victoria, ejércitos modelos de ciencia y organizacion, por masas irregulares y tumultuosas, y algunos han dicho: «No hay principios exactos en la ciencia bélica.» Sí, los hay; pero su aplicacion cambia segun la esencia de la guerra y segun el móvil moral de las fuerzas, y esto ha cambiado en nuestros tiempos, porque la guerra ya no la hacen los príncipes, sino los pueblos; las causas ya no hay que buscarlas en el interes de un apellido, sino en el general de la masa, y por consiguiente, la fuerza no está sólo en las armas, sino en la idea por qué lucha.

Ejemplos mil podriamos citar en apoyo nuestro, y cada dia aparecen más; pero remontándonos al orígen de este cambio en el espíritu de la guerra, recordarémos la de la Independencia española, que es la primera de esta segunda série, hecha, más ó ménos irregularmente, por el impulso de los pueblos; desde ella han cesado las guerras oficiales, y si las que luégo han venido no han sido tan irregulares en su forma, es porque aquélla, siendo la primera, no halló constituidos á propósito ni el país ni el ejército, y por consiguiente, sólo la pasion pudo vencer. Muchas batallas se perdieron; todas debian haberse perdido; pero en las que se ganaron se veia el triunfo de una nueva escuela, y por eso fueron tan decisivas; mal ó bien, existia allí una alianza entre el esfuerzo militar y el esfuerzo popular, que es lo que constituye la guerra de hoy, y la bayoneta francesa se quebró ante elementos de resistencia desconocidos y nuevos. Examínense los movimientos y maniobras que precedieron á Bailén, Albuera, Talavera, Vitoria; examínense los del grande ejército ántes de Moscow, Dresde y Waterlóo; con esos mismos medios se habia vencido cuatro años ántes á ejércitos mejores, ¿por qué entónces no se venció?. Porque un elemento nuevo tomaba parte en las batallas y cambiaba la esencia y la forma de la guerra, el espíritu público dentro de las filas, y el pueblo fuera de ellas; abrámosle paso, que él es bueno en el ataque porque va con el ejército, y magnífico en la defensa porque está en el territorio; y si no le

queremos abrir paso, él penetrará y conmoverá todo ; y si nos obstinamos en buscar nuestros modelos en los tiempos de Federico, en hacer la guerra sin cuidarnos de ese elemento nuevo, en organizar nuestros batallones sin darle nuestra participacion, no extrañemos el ser magníficamente derrotados con toda nuestra ciencia y nuestros soberbios métodos á la francesa, austriaca ó prusiana.

Vamos á citar dos gloriosas jornadas, en las que sucumbieron los ejércitos imperiales con su poderosa táctica, ante ejércitos incompletos, pobres, visoños y débiles, pero animados por ese espíritu de nuestros tiempos.

Mil ochocientos ocho. El sistema federal, ya sea la forma política de un país, ya un accidente producido por un rompimiento súbito del Estado, es el más á propósito para la resistencia, siempre que cada una de las fracciones se halle impulsada por los mismos intereses que las otras. La ocupacion de España en paz por los franceses como aliados, fué funesta á éstos el dia que se rompió la lucha, porque sin gobierno y sin vida política, la nacion, hecha pedazos, se aprestó á la defensa, no obedeciendo al impulso de una fuerza central, que, anulada, hubiera comprometido el éxito, sino al impulso de cien fuerzas de distinto centro, que era preciso dominar una á una y todas juntas. Si desde el otro lado del Pirineo, con un grueso ejército, y con todas las leyes de la guerra y los respetos internacionales, Napoleon hubiera roto con España, acaso no habria logrado tampoco la victoria, pero llevaba más probabilidades en favor suyo ; mas entrando á traicion y por medios infames, y sustituyendo á un gobierno más ó ménos digno, pero al fin gobierno, la bárbara dictadura de campamento de hombres como Joaquin Murat, excitando con la insolencia del soldado el ódio del pueblo, y asesinando al Estado por la espalda, nada consiguió sino despertar catorce millones de ódios, que no esperaban sino el momento de aunarse, y en auxilio de la nacion muerta vino la provincia llena de vigor propio, el federalismo, que es la vida robusta de cada una de las partes cuando el todo ha perecido. Primero Astúrias, y luégo Ga-

licia, Santander y todo el Norte; despues Sevilla y las fértiles comarcas del Sur, todas las provincias se sublevaron, y cada una se constituyó como Estado soberano, levantó ejércitos y declaró la guerra á la Francia. Napoleon no habia querido batirse con España de bueno á bueno, y se veia precisado á batirse con cuarenta Españas á todo trance, á espada y á puñal. Los franceses acudian á la vez á cien puntos; aquí saqueaban, allá fusilaban; pero como no es el carácter español el más á propósito para doblegarse al imperio del terror, no conseguian sino triunfos aislados, y cuando por fortuna eran vencidos, sufrian una derrota humillante y horrible.

El Emperador, desconociendo el carácter del levantamiento, ó alucinado por esa ciega soberbia que ha eclipsado en él á veces su talento, trazó á Murat un imposible plan de operaciones. Dupont, acantonado en Toledo, recibió la órden de dirigirse á Cádiz para sofocar la revolucion de las Andalucías y libertar la escuadra de Rossilly, que, bloqueada por la inglesa, se habia rendido á la plaza. Moncey, al mismo tiempo, debia marchar sobre Valencia para dominar el movimiento de este reino y el de Murcia, y despues de tranquilo así el Mediodía, ambos generales unidos, habian de retroceder al Norte de España, extinguiendo por todas partes la llama de la guerra. No necesitamos detenernos á demostrar lo irrealizable de tal proyecto; esas largas expediciones excéntricas no podian ser el huracan que barriera la naciente semilla del levantamiento, sino el reguero de pólvora que alimentase y extendiese el incendio.

El 24 de Mayo se puso en marcha Dupont con 6.000 hombres de la division Barbou, 5.000 caballos de la division Fresia, 500 marinos de la guardia y los dos regimientos suizos al servicio de España, de Reding y Preux, porque todavía nuestro ejército y nuestro gobierno estaban atados al carro del Imperio, y sólo algunos hombres de esos que en los dias de prueba no confunden lo que es justo con lo que sólo es legal, habian roto las trabas que impone el deber dudoso, áun á riesgo de pasar por rebeldes. Felizmente, todos acabaron por serlo.

El 2 de Junio pasaron los franceses Sierra-Morena hallando por todas partes, no enemigos armados, pero sí el ódio silencioso de los pueblos.

El 6, la Junta de Sevilla declaró solemnemente la guerra al Imperio, y confirió á Castaños, uno de los ilustres patricios que primero habian vuelto su espada contra Napoleon, el cargo de organizar el ejército andaluz.

El 7 llegó Dupont á Alcolea, y ya para apoderarse del puente tuvo que medir sus armas en un reñido combate contra partidas recientemente levantadas. Aquella tarde entraron en Córdoba los franceses, y á pesar de no haber hecho resistencia, la saquearon sin piedad, enriqueciéndose con un botin de más de 15 millones de reales. ¡Tanto habian degenerado los héroes de Montenotte y Arcole! Este crímen político y militar determinó la explosion del ódio de los españoles, y á retaguardia del frente de operaciones de Dupont, los paisanos, con atrevidas correrías, devolvian al enemigo daño por daño; Valdepeñas fué el teatro de una horrorosa lucha entre la brigada de Liger-Belair y el vecindario; en mil otros puntos el pueblo, irritado y ciego, se lanzaba contra los franceses, y por todas partes eran éstos acosados con saña, con delirio.

En vista de tales sucesos, Dupont se retiró á Andújar el 19 de Junio, haciendo saquear el 20 á Jaen, y pasando á cuchillo niños, mujeres y ancianos. Las divisiones Vedel y Gobert se pusieron en marcha desde Madrid y la Mancha en auxilio del ejército de Andalucía.

Entre tanto, las Juntas se apresuraban á organizar las masas de voluntarios que de todas partes acudian á las armas, y Castaños, con su cuartel general en Utrera, se dedicaba asíduamente á la instruccion y ordenamiento de aquel naciente ejército, procurando ganar tiempo para no inaugurar la campaña hasta tenerle bien organizado. Á pesar de este prudente propósito, la Junta de Sevilla mandó romper la guerra y atacar al enemigo en sus posiciones de Andújar, y como en estos dias de pasion política es preciso dejarse arrastrar por el sentimiento público, por-

que si no la prudencia es calificada de cobardía ó de traicion, Castaños, contra todo su parecer, decidió abrir la campaña el 1.° de Julio.

Algunos cuerpos ligeros y partidas irregulares, á las órdenes del teniente coronel D. Juan de la Cruz Mourgeon y D. Pedro Valdecañas, con audaces correrías y contínuas escaramuzas obligaron á replegarse aún más á Dupont, que tuvo que llamar á su lado á las tropas de Jaen. El ejército de la Junta, en tres divisiones, rompió la marcha escalonada en direccion de Córdoba, y y en Porcuna se dió la mano con el cuerpo de Granada, conducido por Escalante, y Reding como segundo. Allí celebraron el dia 11 consejo los generales para decidir el plan de operaciones y dar al ejército la definitiva organizacion. Sin contar con los cuerpos volantes de Mourgeon y Valdecañas, que sumarian unos 2.000 hombres de tropas irregulares y bisoñas, constaba el ejército de 25.000 infantes, 2.000 caballos y 60 piezas, mal equipados y armados, y de reciente recluta los más. Esta masa se dividió en tres divisiones y una reserva, mandadas respectivamente por Reding, el Marqués de Coupigny, D. Félix Jones y D. Manuel de la Peña.

Dupont se habia asegurado fuertemente en Andújar (1), erigiendo una cabeza de puente, y estableciendo baterías en defensa de los vados, y sentó su campo en dos líneas á vanguardia y retaguardia de la ciudad con los suizos en la izquierda; Vedel ocupaba á Bailén, y Gobert guardaba los pasos de la sierra. Estas posiciones, aunque buenas en sí mismas, relativamente al teatro general de operaciones eran malas, porque no impedian que los españoles maniobrasen sobre la izquierda francesa, envolviéndola y cortado las comunicaciones de la cordillera. Este claro de cuatro leguas entre Vedel en Bailén y Dupont en Andújar, debilitaba mucho la línea francesa, y hacía fácil á los españoles el partirla estrechando á Dupont por la izquierda, y aunque se arrostraba el peligro de tener á Vedel sobre la derecha, habia espe-

(1) Lámina 6.ª

ranza, combinando el movimiento envolvente con un ataque de frente sobre el mismo Andújar, de abrumar á Dupont con todo el peso del ejército, ántes que llegase Vedel en socorro suyo. Por fortuna para los franceses, la marcha precipitada de Gobert desde la Mancha sobre Bailén, habia permitido á Vedel abandonar los pasos de la sierra y reunirse con Dupont, formando una masa de 22.000 veteranos, hijos de la victoria; mas á pesar de eso, nada se consiguió, porque Gobert en Bailén no podia sostenerse, y si llegaba á ser batido, las comunicaciones de Dupont estaban perdidas; este general, por vanidad ó por no herir el amor propio de sus tropas, se obstinó en no retroceder á Bailén, que era la única posicion que le convenia para conservar sus comunicaciones, amenazadas en la sierra por la insurreccion. El plan resuelto por los generales españoles fué el siguiente: la division Reding, por el puente de Mengíbar, sostenida por la de Coupigny, por Villanueva, habia de maniobrar con intencion de cortar á Dupont de su izquierda, entre tanto que Castaños y La Peña le estrechaban de frente; los cuerpos volantes, dirigiéndose por el puente de Marmolejo, debian inquietar, por la derecha, al enemigo, y en caso de dar buen resultado el ataque de frente, correrse todo lo posible por el flanco y retaguardia á ganar los pasos de la cordillera.

El 13 dió principio el plan. Castaños, ya en Arjona, temiendo un movimiento ofensivo frances, dispuso un reconocimiento sobre Arjonilla. El 14, Reding se dirigió á Mengíbar, Coupigny á Villanueva, y Castaños y La Peña á Arjonilla.

El 15 se inauguró esa série de gloriosos combates que constituyen la batalla de Bailén. Castaños se apoderó de los Visos, alturas que dominan la posicion de Andújar, y cañoneó con fuerza á Dupont, que tuvo que replegarse á sus líneas. Por la derecha, el coronel Cruz Mourgeon llegó hasta el Peñascal de Morales, resistiendo el ataque de los franceses y haciéndose fuerte en esta posicion, que conservó hata el 18.

El 16 Reding pasó el rio por el vado del Rincon y forzó las posiciones de Mengíbar en una brillante accion contra la brigada

Liger-Belair, que fué perseguida hasta media legua de Bailén; Gobert voló en auxilio de esta brigada; pero fué muerto, y su division rechazada; Reding, dueño ya del paso, retrocedió á Mengíbar para unirse con Coupigny. Entre tanto este general habia ocupado la posicion de Villanueva y los molinos de que se servia el cuerpo de Dupont; las comunicaciones con Bailén quedaban así amenazadas. En la noche del 17 se reunieron Reding y Coupigny, poniéndose la division de éste á las órdenes del primero.

En situacion tan crítica, Dupont hizo que Vedel volviese á toda prisa sobre Bailén; pero Dufour, sucesor de Gobert, habia abandonado este punto y retrocedido con aturdimiento á Guarroman y la Carolina, porque le pareció que las partidas que á las órdenes de Valdecañas ocupaban los pasos de la cordillera, eran fuerzas respetables, y que, por consiguiente, las comunicaciones con Castilla estaban perdidas; de modo que cuando Vedel llegó á Bailén, en vez de detenerse, viendo que Dufour no estaba allí, y creyéndole comprometido, corrió á unirse con él en la Carolina.

Tan buena suerte supieron aprovechar Reding y Coupigny ocupando, el 18 por la tarde, á Bailén desguarnecido, y cerrando así completamente á Dupont, que se veia atacado de frente por Castaños y La Peña, de flanco por Reding, ya fuera éste el que avanzase sobre Andújar, ya él quien retrocediese sobre Bailén, y de revés por los cuerpos ligeros del coronel Cruz Mourgeon.

El 18 por la noche, Dupont, sin que Castaños lo advirtiese, levantó su campo con sigilo y cortó el puente, con ánimo de retirarse á Bailén á toda prisa; si esto lo hubiera hecho ántes, es probable que no contára nuestra historia esta brillante página; pero por fortuna de España, ya Reding ocupaba aquel punto y se apercibia para marchar sobre Andújar, en la madrugada del 19, cuando el tiroteo de las avanzadas le dió á conocer la presencia del enemigo, que á su vez halló españoles donde esperaba franceses. Á las cuatro, ambas huestes se hallaban frente á frente en la llanura que está delante de Bailén. La batalla fué puramente táctica, porque los accidentes del terreno son allí de muy escasa importancia; por parte de Reding, su mision bien com-

prendida, era la de resistir á Dupont, dando tiempo para que cayese por retaguardia La Peña y Castaños; por parte de Dupont era preciso á todo trance forzar el paso á Bailén.

El mayor general, Abadía, se distinguió en el ordenamiento de las fuerzas. Líneas profundas, artilladas por su frente y con la caballería en las alas, era la disposicion que más convenia á los españoles; los franceses, por el contrario, necesitaban gruesas columnas de ataque y cargas que decidiesen lo que el fuego habia de preparar.

Ambos ejércitos tenian enemigos á la espalda; pero los de Dupont estaban más próximos, de modo que una brigada española se hallaba apostada detras de Bailén, por si Vedel venía, y otra francesa guardaba el puente del Herrumblar para impedir que Castaños llegase.

Despues de un fuego terrible, fatal para la artillería francesa, se atacó la derecha española donde se hallaba Coupigny, pero no retrocedió un paso; á su vez, un movimiento de ataque de nuestra derecha tampoco dió resultado; una hora tras otra pasaba, y llegó la una de la tarde sin que perdieran los españoles una pulgada de terreno. Una carga general de todo el ejército frances, con Dupont á la cabeza, fué rechazada hasta cerca del Herrumblar; el coronel Mourgeon ya habia llegado sobre la izquierda francesa, á la que tenazmente acosaba; y á todo esto, ambos ejércitos, abrumados de fatiga, ahogados de calor y sed, deseaban un término al combate, y Dupont propuso una suspension de armas, que Reding aceptó, porque así daba tiempo á la llegada de Castaños.

Aunque tarde, Castaños comprendió la retirada de Dupont de Andújar, y en la misma mañana del 19 mandó á La Peña en seguimiento del frances; pero cuando este general llegó al Herrumblar se estaba capitulando, y respetó la desgracia del vencido, aunque, en buena ley, Peña, que no dependia de Reding ni tenía nada que ver con la capitulacion, conservaba el derecho de acuchillar á Dupont.

Tambien Vedel se movió de la Carolina al oir el cañon de Bai-

lén; pero ménos caballero que La Peña, á pesar del parlamento que Reding le envió para que suspendiese su marcha, atacó la retaguardia de los españoles, y más adelante hubiera ido, si la amenaza de pasar á cuchillo á Dupont y toda su gente, no hubiera arrancado de éste una órden de suspender toda hostilidad.

Planteadas así las negociaciones, firmaron su derrota los franceses el 22, y rindieron las armas 20.000 hombres; los 2.000 restantes habian perecido. Andalucía quedó completamente evacuada, y esta sorprendente victoria dió tales brios al español, que en cuatro meses, los conquistadores del mundo, que como amigos habian entrado, se vieron expulsados con vergüenza de toda la Península al otro lado del Pirineo, y obligados á una segunda invasion, que ya no fué como la primera recibida con músicas y agasajos, sino con el hierro y el plomo.

Esta batalla memorable ha dado lugar á injustas críticas; algunos, obstinados en desconocer nuestras glorias, dicen que estos planes de Bailén no tienen mérito, y que si se consiguió la victoria, fué por los errores de Dupont y los falsos movimientos de Vedel. Esta especie con la que no sólo se quiere rebajar el mérito de Castaños y Reding, sino que en todos tiempos y en todas las campañas se ha preferido por los émulos de los buenos capitanes, es una idea falsa que no puede seducir sino al vulgo. ¿Acaso, sin errores del enemigo sería posible vencer, no ya á fuerzas superiores en moral y organizacion, sino ni áun á fuerzas iguales? La gloria de los grandes capitanes no consiste en otra cosa que en saber aprovechar los movimientos falsos ó defectuosos del enemigo; á igual partida, con medios iguales y con la misma pericia militar, el juego precisamente ha de ser tablas; para que no lo sea, se necesita, ó dominar en armas al enemigo, ó dominarle en talento, y sin duda ninguna que en la campaña de Bailén se venció, más que por las armas, por la inteligencia; porque si sumaban 4.000 hombres más los españoles, téngase en cuenta su inferioridad en organizacion; todavía muchos de aquellos valientes estaban sin uniformes; cuerpos habia que sólo contaban con un armamento para cada dos hombres, ¿cómo po-

dia compararse su aptitud para la gran guerra, con la de aquellos héroes que habian asombrado al mundo con sus victorias á orillas del Pó y del Danubio?

El plan decidido en Porcuna por Castaños y el Consejo de generales, fué todo lo estratégico que pudo ser, y en su ejecucion, Reding, Abadía y Coupigny, en sus choques el 16 y el 19, y el coronel Cruz con sus hábiles maniobras de flanco, demostraron conocer la gran táctica. Acaso pueda calificarse de demasiado desligada la accion de cada una de las divisiones, abrazando entre todas una extension de cuatro leguas; pero eso era inevitable por la posicion francesa, tambien desligada, y de todos modos, dueños los españoles del paso de Mengíbar, nadie podia impedir la concentracion, ya que Reding fuera batido, ya que lo fuese Castaños; por el contrario, aunque Vedel no hubiese corrido engañado hácia la Carolina, ni Dufour abandonado á Bailén, siempre la posicion falsa de Dupont en Andújar habia de ser causa de la derrota, porque con Vedel á la derecha ó á la izquierda, los españoles no dejaban de ser dueños de las comunicaciones entre Andújar y Bailén, y podian batir, uno en pos de otro, los dos cuerpos franceses; al de Andújar con todo el ejército; al de Bailén, mucho más debil, con las dos divisiones Reding y Coupigny.

Respecto á táctica, el cañoneo del 15, la accion del 16 y la batalla del 19, demostraron lo que ántes hemos dicho, que la ofensiva francesa iba cediendo en fuerza, al paso que en las demas naciones crecian los elementos de resistencia. El fuego y la bayoneta buscaban ya su equilibrio perdido en las guerras de la revolucion, y la columna profunda, compacta y movible de Jemmapes iba á ser sustituida por la línea inglesa de Waterloo, por esa línea al parecer débil por lo extensa, pero de nutrido fuego y de posicion fija, línea que ha defendido las alturas de Arapiles y Mont-Saint-Jean, y en otras cien batallas de este período ha sido el muro donde se ha quebrado la bayoneta de las columnas ofensivas.

Otro hecho vamos á citar que tambien señala esa tendencia de

la guerra en el segundo período del Imperio, á crecer en fuerza defensiva y disminuir en ofensiva la batalla de Albuera.

Batalla de Albuera (1). En 1811 la victoria habia vuelto la faz á las armas españolas en las llanuras de la Mancha. El quinto ejército no existia sino en el nombre, y todas las plazas de Extremadura se habian perdido; pero Wellington conservaba sus líneas de Torres-Vedras en Portugal, y esta formidable ciudadela era la esperanza de la Península. En Febrero aceptó Castaños el mando del quinto ejército, y conferenció con Wellington en Lisboa para decidir las operaciones; ante todo se necesitaba que ese ejército existiera, porque á la verdad, su general en jefe no habia conseguido ver otra cosa de él que una partida de 50 caballos. Ya en Abril, reuniendo dispersos, allegando guerrillas, refundiendo cuadros, llamando voluntarios á las armas, pudo llegar su cifra á 4.000 hombres.

El inglés, que consideraba como obras avanzadas de Torres-Vedras las plazas de Olivenza y Badajoz, deseaba apoderarse de ellas, pero sin abandonar él su posicion defensiva, porque aunque Massena ya se habia retirado, era este mariscal un adversario muy terrible para permitirse, ni siquiera por un momento, presentarle un lado vulnerable.

Beresford, con 9.000 ingleses, sostenido por Castaños, hizo que cayera en su poder la plaza de Olivenza, y ambos luégo dirigieron sus esfuerzos contra la de Badajoz, pero inútilmente.

Muy ajeno estaba Soult en Andalucía de creer que tal nube habia de formarse en Extremadura tan de repente, y cuando quiso acudir á conjurarla, ya era tarde; la regencia dispuso que don Joaquin Blake, con 10.000 infantes y 1.200 caballos, marchase desde Cádiz por el mar al condado de Niebla, y luégo por la sierra, rehuyendo el encuentro con los franceses, se incorporase en Extremadura al quinto ejército y al inglés.

Todas estas fuerzas, con la division Ballesteros del cuarto que se unió á Blake, componian 27.000 infantes y 3.000 caballos;

---

(1) Lámina 7.ª

Soult, que á toda prisa venía de Sevilla en socorro de Badajoz, mandaba un ejército de 20.000 infantes, 5.000 jinetes y 40 piezas.

Los generales aliados conferenciaron el 23 de Abril en Valverde de Leganés, y á propuesta de Castaños, se decidió presentar la batalla en Albuera, villa situada en la confluencia de las principales comunicaciones de Andalucía y Extremadura. El mando del ejército fué cedido á Beresford por llevar alguna más gente, aunque poca, que los españoles.

El dia 15 de Mayo reuniéronse en el Almendral el quinto ejército, el expedicionario de Blake y el cuerpo anglo-lusitano; Soult ya habia llegado á Santa Marta, y dispuso un fuerte reconocimiento sobre el Almendral para conocer las posiciones de los aliados, pero fué infructuoso, gracias á la pericia del coronel Rich del quinto ejército, que supo hábilmente oponerse á él y obligar á los franceses á replegarse á Santa Marta.

El 16 de madrugada ocuparon los aliados la posicion de Albuera, y los franceses emprendieron la marcha desde Santa Marta; todos se aprestaban para la batalla.

Ántes de seguir adelante, debemos hacer algunas aclaraciones para mejor inteligencia del plano.

Albuera está situada en el camino real de Sevilla á Badajoz, y cruzada de otras comunicaciones entre las provincias andaluzas y extremeñas. La posicion de este punto por Soult, si llegaba á vencer, le abria paso para Portugal sobre el flanco derecho del frente de defensa de Wellington, y le permitia combinar sus maniobras por este lado con las de Marmont, sucesor de Massena, en direccion del frente; para esto se necesitaba estrechar por la derecha al ejército aliado, privándole de su retirada á Olivenza, y encerrarle entre la guarnicion de Badajoz y el ejército de Soult; si se conseguia esto, las plazas que podemos llamar obras avanzadas de Torres-Vedras estaban perdidas por los aliados. Ahora veamos el campo de batalla.

Una série de alturas, formando una pequeña cordillera en direccion Norte, corta este campo; las vertientes de la loma ali-

mentan el arroyo Valdesevilla, que contornea, por esta parte, la base de la cordillera, y por el lado opuesto, ya casi en el arranque de la llanura, se halla la Albuera, por cuyo frente corre el rio de este nombre, enriquecido con los arroyos Chica-pierna y Nogales, que por todos puntos son accesibles á la infantería y caballería, pero no á la artillería y equipajes. El último trozo del camino de Santa Marta, que era por donde Soult, viniendo de Sevilla, debia llegar, se dirige á la Albuera paralelamente á los arroyos, y por esa parte limita el horizonte un carrascal cruzado por el camino; la comunicacion de Albuera con esa llanura se hace por dos puentes, uno nuevo enfrente del pueblo, y otro malo y peligroso un poco á la izquierda.

Ya conocido el terreno y la intencion estratégica de cada ejército, veamos cómo se resolvió el problema.

Al amanecer del 16 se movió el ejército aliado desde el Almendral para tomar posiciones en Albuera. Las guerrillas se extendieron por la orilla del Chica-pierna y por delante del pueblo, que se guarneció de tropas ligeras inglesas. En defensa del puente y de la villa se estableció la artillería inglesa; la caballería de la misma nacion avanzó por la derecha hasta cerca del Chica-pierna; la portuguesa cerró la izquierda sobre el camino de Talavera la Real, y las líneas de infantería aliada, al amparo de las alturas y detras de Albuera, se extendieron perpendicularmente al camino de Valverde : éste era el centro de batalla que le constituian las tropas de Beresford.

Formaba la derecha el ejército de Blake en dos líneas á doscientos pasos : la primera, divisiones Lardizabal y Ballesteros, y la segunda, Zayas, tambien en defensa de la loma, porque ya hemos dicho ántes la importancia que en este período histórico fueron adquiriendo en las batallas las alturas, y lo hábilmente que llegaron á guarnecerlas los ingleses, perfeccionando el método de Federico; segunda vez veia la Europa el triunfo del fuego sobre la bayoneta, desde las guerras de Prusia. Cerraban la extrema derecha la caballería del quinto ejército y la del espedicionario de Blake, á las órdenes de D. Casimiro Loy y el conde

Pene de Villemur, avanzando al abrigo de los accidentes del terreno en la direccion que se esperaba al enemigo.

El quinto ejército y la division de Cole vinieron camino de Badajoz, cuyo sitio suspendieron, á formar el ala izquierda de la línea; algunas fuerzas pasaron á la derecha para reforzar el cuerpo de Blake; el resto, con Castaños, se extendió cortando el camino y uniéndose al centro inglés.

Al salir el sol se divisaron las descubiertas de Soult, y poco despues todo el ejército frances en marcha de maniobra. Á las ocho habia cesado el despliegue. El centro era cañoneado en Albuera por la division Godinot que formaba la derecha francesa, pero este ataque falso no tenía otro objeto que cubrir el movimiento del grueso del enemigo, quien salvando los dos arroyos, venía á desplegar al abrigo de las alturas en posicion perpendicular á la derecha aliada, envolviendo así la línea. Apercibidos de esto nuestros generales, cambiaron todo el órden de batalla, adelantando la izquierda y centro, y prolongando la derecha en direccion paralela á la línea francesa con fuerzas ya inútiles en la izquierda, quedando así el órden perpendicular al primitivo con la izquierda de Albuera. Esta bella maniobra fué llevada á cabo admirablemente, protegida por la artillería de á caballo, la caballería, y algunos batallones ligeros del centro inglés, que entretuvieron el despliegue del enemigo miéntras que se hacía el cambio de frente.

El despliegue frances habia sido bien concebido y hábilmente ejecutado por Soult, pero los aliados supieron, no con ménos pericia, oponerle toda la masa del ejército, allí donde él creyó no hallar más que un ala débil. Ya no quedaba otro recurso que aceptar así el choque, porque cualquiera otra contra-maniobra sobre Albuera hubiera sido muy difícil y peligrosa para los franceses.

Desde este momento la batallaya no ofrecia otros accidentes que los generales á todas las de esa época, la lucha entre el fuego y la bayoneta, entre la ofensiva que cede y la defensiva que triunfa. Soult lanza sus más valientes columnas, que reciamente car-

gan sobre las líneas de Ballesteros, Lardizazal y Zayas; pero todo el ímpetu frances viene á estrellarse contra esas líneas que avanzan, que se relevan, y que por último se ciérran con el enemigo en un horrible fuego á quema ropa. Los franceses sostienen como bravos este fuego; pero viéndose doblados de flanco por Ballesteros, se ven precisados á replegarse. Las líneas españolas que tanto habian sufrido y que tan alto habian elevado la bandera, fueron reforzadas en seguida por las inglesas. Los franceses, irritados, vuelven al ataque con un formidable grupo de masas flanqueadas de caballería, y precedidas de artillería que rompe el fuego á tiro de pistola; la lucha se encrudece, el ódio y la desesperacion dan fuerzas á los partidos, y como si el cielo quisiera manifestar su enojo tambien, se encapota en densos nubarrones y desencadena los vientos y la lluvia.

En este segundo ataque consiguieron los franceses por un momento alguna ventaja sobre la línea inglesa; pero la caballería española cayó de flanco sobre los atacantes, dispersándolos y lanzándolos contra el Chica-pierna, que ya con la lluvia habia crecido. En medio de esta victoria, un funesto accidente viene á esparcir el terror y el desórden en las filas: treinta lanceros polacos, no se sabe si por aturdimiento ó por heroísmo, penetran por la primera línea, y corren como locos de un lado á otro por el intervalo que la separa de la segunda; los ingleses, creyendo que la primera ha sido deshecha, rompen un nutrido fuego de fusilería, que en tal confusion hubiera podido ser causa de la derrota, si los españoles, sufriendo este fuego sin moverse, no hubieran dado tiempo con su fria calma á disipar el error de sus aliados.

Tercera vez Soult se rehace, y reforzado con todas sus reservas, vuelve á empeñar el combate con las tres armas; dos horas más de lucha á muerte no bastan á dominar á los españoles; los franceses avanzan, ciegos de ira, á la carga; pero por última vez la metralla y la fusilería á boca de jarro, rompen aquellas valientes columnas, que dispersadas en el mayor desórden, corren á guarecerse entre los dos arroyos, donde se hallaba situada la gran reserva de Soult.

La victoria se habia decidido : 6.000 franceses y 6.000 aliados yacían muertos ó heridos en aquel campo encharcado de sangre y lluvia ; sólo un prisionero se habia cogido : esto prueba el ódio con que se combatia.

Á las once de la mañana todo habia concluido. Á pesar de ser una hora tan conveniente para empezar una persecucion, ya fuese que los aliados necesitasen reparar sus gastadas fuerzas, ya que con su escasa caballería no se atreviesen á molestar en su retirada á Soult, el hecho es que siguieron á la batalla dos dias de inaccion, que nosotros no disculpamos; en las persecuciones está la victoria, y mucho más si son franceses los enemigos, porque su moral, mejor que la de cualquier otro ejército , es quebrantada por una derrota. De todos modos, los resultados de la victoria de Albuera fueron muy importantes en política y en guerra ; la alianza anglo-hispana se cimentó allí fuertemente, y la posicion militar de Wellington en Portugal se aseguró tanto, que por ello fué tan glorioso para los aliados el resto de la campaña de la Península.

Estas dos batallas que hemos descrito son un ejemplo que demuestra cómo la ofensiva de la escuela napoleónica crea necesidades que no puede ver satisfechas, al paso que crecen los elementos de fuerza resistente en los pueblos y en los gobiernos. Este movimiento en la ciencia militar todavía no ha cesado hoy, y eso es lo que vamos á demostrar en el capítulo siguiente, último de este estudio.

CAPÍTULO VII.

DE LA GUERRA EN NUESTROS DIAS.

I.

Crece la fuerza defensiva.

Pacificada la Europa en 1815, despues de veintitres años de asoladora lucha, aprovechó la calma para perfeccionar las instituciones militares segun dictaba la experiencia adquirida á costa de tantas lágrimas y tanta sangre derramada. Á pesar de todo, ese perfeccionamiento no pudo pasar de los detalles, porque en cuanto al conjunto, la escuela napoleónica habia llegado á su apogeo en las guerras del Imperio, y las nuevas necesidades y forma política de los Estados exigian otro sistema militar, cuya fórmula áun no se ha descubierto.

Despues de 1815 no se ha visto otra cosa que un deseo vano de seguir los métodos iniciados por Napoleon I, imposibles ya en los ejércitos y las naciones de hoy, porque desde que la naturaleza y forma de la guerra se ha modificado por el cambio de agentes morales, de intereses políticos, y por el progreso en la industria y las artes, todo tan distinto á lo de aquella época, no es posible, como lo era entónces, dirigir las operaciones de las masas activas con el sólo auxilio de la estrategia y la táctica, y nos exponemos á ver por tierra la más bella combinacion de columnas y líneas, si no entra como dato en nuestro cálculo el es-

píritu político de la causa que se discute, y el que anima al ejército propio, al enemigo y al país, que ya no es indiferente á ninguna cuestion de Estado, y ménos á las que se deciden por las armas.

Respecto al progreso material en el arte, esta tregua entre la segunda y tercera guerra púnica de nuestro tiempo sirve como de descanso para igualar con las naciones más adelantadas las más atrasadas, y todas á porfía se esmeran en organizar su poder militar segun los principios de la ciencia, y en mejorar las armas segun los últimos descubrimientos de la industria.

Pero si esto es así por lo que respecta al arte en sí mismo, no lo es en cuanto á las relaciones del ejército con la sociedad. El abuso de poder en Napoleon I y sus monstruosas guerras continentales, armaron á toda Europa, creando intereses militares tan poderosos, que por algun tiempo pareció que iban á absorber toda la vida civil. Para esos grandes armamentos, sin intencion ofensiva, sino hijos del miedo de Estado á Estado, y por lo tanto permanentes, fué necesario dilapidar tesoros inmensos, y los gobiernos mimaron á quien podia prestar dinero; de aquí la preponderancia de la banca como poder sobre los demas poderes sociales, amenazando devorarlo todo, influyendo en las costumbres más de lo que debe influir, y rompiendo el equilibrio de las clases. Los pueblos, que miran sólo al efecto, porque lo sienten, y no se cuidan de investigar la causa, clamaron contra esos gastos, anatematizaron una sociedad que así se metalizaba y unos gobiernos que se armaban con tal extremo; al mismo tiempo, los principios enunciados en 1789 tendian á constituir las naciones con un derecho nuevo, que no podia desarrollarse sino por la lucha con los que representaban el derecho viejo; y la fuerza pública, en medio de los dos adversarios, era el arma cuya posesion se disputaban todos; unas veces aparecia en manos del poder como instrumento de venganza, y en estos cambios de dueño su brillo se empañaba y su temple se perdia, y cuando servia al bando contrario se estudiaban los medios de debilitarla moralmente. Si á esto se añade el cansancio producido por las guerras

del Imperio, y el enojo con que se veia la preponderancia del que contaba en favor suyo con más eminencias en la carrera de las armas, no se debe extrañar la censura que se ha hecho de todos los gobiernos que procuraban acrecentar su ejército, y el menosprecio con que se han tratado las cuestiones militares. Por eso la conscripcion ó la quinta, que aunque se halle muy léjos de ser ley perfecta, es una preciosa conquista de la revolucion y la causa de las victorias de Francia, se ve rechazada por los mismos que más defienden los principios del 89; los ejércitos permanentes, á los que se debe la creacion de las nacionalidades desde el siglo XVI, tampoco se admiten por los que más alaban el movimiento que se está verificando en estos tres últimos siglos, y es un hecho casi universal la indiferencia con que los hombres dedicados á la política y á las letras miran todo estudio de guerra, no habiendo en esta época, en la que se busca la relacion entre todos los conocimientos humanos, quien no decida esta clase de cuestiones, creyéndose dispensado de penetrar en el fondo de ellas auxiliado por la ciencia.

Por desgracia, ese desvío y esas quejas tienen fundamento, merced á Napoleon I, el hombre funestamente necesario; pero pasar al extremo opuesto, romper las armas, arrasar las murallas y convertir en arados los cañones, traeria males mucho más graves de los que se quieren corregir; es verdad que las naciones no deben ser campamentos, pero tampoco ha llegado el dia de la paz universal, ni se oyen las músicas pastoriles que nos han de avisar por la mañana la hora de ir al trabajo, enlazados del brazo con nuestras parejas, y coronados de mirto.

Esta lucha entre escuelas tan distintas nos da la medida del estado en que hoy se hallan las relaciones del ejército con el país. Las masas guerreras han cambiado de sér moral, y se hace necesario el cambio en su sér material; han dejado de ser máquinas pasivas, dóciles á cualquiera mano que mueva sus ruedas, para ser corporaciones que viven con la misma vida que el resto del pueblo, y de aquí la necesidad de combinar su accion con la de las fuerzas sociales sin ponerlas jamas en choque, de dictar

sus leyes en armonía con las leyes de cada Estado, y de darlas en la paz la organizacion más á propósito para levantar en poco tiempo formidables piés de guerra, pero sin abrumar, cuando esto no sea necesario, con un ejército numeroso, caro y desligado del pueblo por leyes, costumbres y afectos encontrados, á un país que no le necesita.

Por eso creemos que nos hallamos en una época de transicion; la vida íntima de los ejércitos ha cambiado, sin que este cambio se vea en las leyes escritas; más tarde, cuando esto suceda, podrémos fijar la fórmula de la nueva escuela que se presiente; pero de un modo ó de otro, implícita ó explícitamente, la alianza entre las fuerzas sociales y militares está hecha, y la guerra defensiva adquiere por eso un vigor que no tenía en la época del Imperio.

Veamos ahora si responden á ese espíritu los inventos de la moderna industria.

Las ciencias y las artes han llegado en nuestro siglo á una altura adonde no se esperaba que pudiera llegar la imaginacion del hombre; descubrimientos se han hecho, imposibles se han realizado que han sido el asombro del mundo, y que parecen obra de un poder sobrehumano; por la misma extension que han tomado los conocimientos, á pesar del espíritu de enciclopedia, causa y efecto de esa misma extension, cada ciencia se ha ramificado en cien otras, y en cada estudio y en cada carrera han aparecido los especialistas. No olvidemos esto, por lo que pueda interesar al arte de la guerra. Pero lo que sobre todo debe llamar nuestra atencion, es el sello que imprime nuestra época á todos los descubrimientos; si no generalizan, si no multiplican la unidad, la idea, el hecho, esparciéndolo por todos los ámbitos del mundo, no se aceptan, y en ese movimiento incesante y precipitado de nuestros deseos, en esa impaciencia en la satisfaccion de necesidades sociales é individuales, de momento en momento más imperiosas, y en esa inquietud de nuestro espíritu, buscamos el contacto pronto y universal de cada pueblo con todos los pueblos, y de cada inteligencia con todas las demas, luchando á brazo

partido con el tiempo y el espacio. Por eso el asombroso descubrimiento de la víspera es viejo á la mañana siguiente; ya no basta la imprenta, se necesita la estereotipia; el telégrafo óptico es lento, hace falta el eléctrico; el vapor salva pronto el Océano y acerca los continentes; pero es preciso que una tambien las ciudades de un mismo país y las casas de una misma ciudad; á la pintura sucede el arte de Daguerre; esto es poco, se necesitan tiradas de retratos como de anuncios, y viene la fotografía, y ya se habla de la foto-escultura; así el templo de las artes abre sus puertas, y el pueblo lleva á las chozas y los campos las obras de los maestros; las máquinas multiplican todo, como se multiplica con el fruto la semilla; las fuerzas se suplen ó se redoblan; los productos de cada pueblo se hallan en todos los mercados; el crédito nos da en Ásia el oro de nuestra gaveta en América; en una palabra, todo el Universo está en la mano de cada hombre, y cada hombre en todos los puntos de la tierra.

Pues bien; la guerra, que de todas las artes se sirve, y que cambia de sér con los tiempos y las naciones, lleva hoy tambien el sello de ese espíritu del siglo. En las armas ha querido suprimir el espacio, y en los movimientos el tiempo; ya la pólvora es lenta y torpe, y se quiere hallar una cosa que la aventaje; la marcha de los proyectiles es corta y poco precisa, es necesario que la bala llegue mucho más léjos y dé en el blanco exactamente; el tiempo de la carga es un tiempo precioso perdido para la muerte; y se necesitan fusiles que disparen al compás que oscila la péndola del reloj; ya no se le dice al general: «Vence», sino «Vence hoy mismo»; ni al soldado: «Marcha», sino «Llega, lucha, que tu pueblo impaciente espera, y desde la prensa y la tribuna te dice con enojo que tardas.»

En auxilio de esto han venido tres descubrimientos, que principalmente influyen en la accion de los ejércitos, el vapor, el telégrafo y las armas rayadas, y los tres nos hacen persistir en la idea de que la fuerza defensiva en política y en guerra crece hoy en todos los pueblos y los ejércitos, porque, como más adelante verémos, en estrategia, la rapidez y precision en las marchas, la

fácil y pronta trasmision de órdenes y avisos, y en táctica, los fuegos largos, mortíferos y nutridos, favorecen más á la defensa que al ataque.

La única campaña que nos puede dar un ejemplo, aunque incompleto, del uso de estos tres nuevos agentes, es la de Italia de 1859; pero ántes de estudiarla se pueden dar por prejuzgadas algunas cuestiones militares en vista de la naturaleza de cada uno de estos descubrimientos.

El más importante de todos ellos es, sin duda, el telégrafo, en la guerra terrestre, tanto por lo que interesa á las relaciones exteriores del ejército con el país, como á las interiores entre los cuerpos y divisiones y el cuartel general. Respecto á lo primero, si tenemos en cuenta lo que hemos dicho ántes, nunca como en el siglo en que vivimos se necesita sostener esas relaciones, satisfacer la impaciencia pública, poner en íntimo contacto moral la poblacion que queda á retaguardia con el ejército que marcha al combate, y hacerla sentir las mismas emociones; para eso, no sólo el telégrafo, sino la prensa y las artes, representadas en el cuartel general dignamente, deben ayudar á ese propósito. En cuanto á lo segundo, es inútil encarecer la importancia de la prontitud en los avisos y órdenes cuando todo en la guerra es cuestion de tiempo y espacio ganado al enemigo. Con una red de telégrafos y vías férreas se tienen los bienes que da la disemi-nacion y la concentracion, la guerra de acordonamiento y la de rompimiento por líneas interiores, la de Lascy y la de Federico.

Á pesar de eso, el vapor, que en la guerra marítima ha causado una radical revolucion, en la de tierra no afecta al arte en sus fundamentos, sino sólo en la aplicacion de las reglas, porque los ferro-carriles, ya sean líneas de comunicacion ó líneas de maniobra, tienen relativamente la importancia que da á todas las líneas militares la posicion respectiva de ambos ejércitos.

No sucede lo mismo con el descubrimiento de las armas rayadas; esto ha influido notablemente alterando por su base los principios de la escuela de Napoleon. Á medida que las armas de fuego se perfeccionan, la defensiva adquiere fuerza y la ofensiva

la pierde ; en el progreso de la artillería está la muerte de la caballería ; falta, por lo tanto, la accion resolvente en las batallas; las alturas y las aldeas toman más importancia de la que ya tenian ; los bandos enemigos se alejan ; las reservas, molestadas desde el principio del combate, se lanzan demasiado pronto ; las columnas cerradas desaparecen y se vuelve al órden extendido; las retiradas se hacen fáciles, y las persecuciones á fondo imposibles, y por último, retrocedemos otra vez á la guerra de posiciones. Y esta lentitud táctica trae la estratégica, tan en oposicion con el espíritu del siglo, con las necesidades políticas de los pueblos modernos, y con la moral de la guerra en nuestro tiempo, que exige victorias prontas y decisivas, ó la paz á cualquier precio, porque el crédito, esa cadena de oro que une á todas las naciones, se rompe, y porque nuestra generacion quiere resolver en un dia el problema de muchas edades. Al considerar esto, nos detenemos sorprendidos sin poder adivinar qué nueva fuerza ofensiva ha de venir á equilibrarse con esa potente fuerza defensiva creada por los últimos adelantamientos en política, en ciencias y en industria, ni qué símbolo ha de tener la escuela de la gran guerra del porvenir, de la que no han sido otra cosa que un débil ensayo las de Napoleon I.

Resumiendo : se ha complicado la accion de la guerra; la ciencia ha llegado á una altura que no puede ser dominada por el talento de un hombre solo, y necesitamos el especialismo, la division de trabajos ; hay poderes sociales de gran fuerza, extraños á la milicia, pero que influyen sobre ella de un modo directo, y es preciso definir esos poderes, señalar su punto de contacto con las masas guerreras, y hay agentes materiales que dan vigor á la resistencia y se lo quitan al ataque, y se necesita hallar otros que vuelvan á la guerra el equilibrio perdido. Que nada de esto se ha hecho lo prueban las campañas posteriores á 1815, ninguna de ellas decisiva en el terreno militar ; pobres y difíciles victorias ha logrado el vencedor ; batallas dudosas han sido todas; el éxito ha estado siempre en la naturaleza política de la cuestion y en la influencia de cada gabinete sobre los otros, y la victoria

diplomática á veces ha completado la de las armas, otras la ha inutilizado. No olvidemos esto en el estudio de las campañas de nuestro tiempo, y ahora, como ejemplo, dirijamos una ojeada sobre la de Italia.

II.

1859.—Campaña de Italia.

No es nuestro propósito exponer las razones ni los intereses políticos que han llevado á los batallones de Francia á chocar con Austria en el campo de batalla clásico, la Italia; para estudiar la cuestion desde el punto de vista militar, basta saber que en esta guerra luchaban con toda su fuerza los intereses tradicionales de Austria, y de los soberanos de Italia, con los de la revolucion, el derecho nuevo con el antiguo; los poderes por sufragio con los poderes por herencia, y que, por consiguiente, esta lucha ha tomado un doble carácter de guerra extranjera y revolucion política, el país se ha interesado vivamente en pro ó en contra, y todas las naciones, en sus gobiernos ó en sus pueblos, han contribuido directa ó indirectamente en favor de uno de los dos principios, haciendo de esta cuestion una de las más universales que ha visto el mundo. Para saber apreciar militarmente las operaciones no debemos olvidar este carácter político de la guerra, por lo que ha debido influir en su direccion.

El 23 de Abril llegó á Turin el ultimatum austriaco, cuando todavía se prometia la Europa resolver el problema por los protocolos diplomáticos. Esta repentina decision fué considerada como rompimiento; el Piamonte solicitó en seguida el apoyo de la Francia, y apresuradamente se aprestaron á la guerra las tres potencias, miéntras que la diplomacia de los otros gabinetes hacia inútiles esfuerzos para conjurar la borrasca.

El ejército frances destinado á las operaciones, constaba de 140.000 infantes, 10.000 jinetes y 350 piezas, distribuidas estas

fuerzas en quince divisiones de infantería, tres de caballería, y tres brigadas de esta arma repartidas entre las divisiones, componiendo seis cuerpos de ejército, á las órdenes respectivamente del mariscal Baraguey d'Hilliers, general Mac-Mahon, mariscal Canrobert, general Niel, príncipe Napoleon, y general Regnault de Saint-Jean d'Angely, comandante de la guardia imperial.

El pié de guerra piamontés elevaba su cifra á 80.000 infantes y 10.000 caballos; ademas contaba con una brigada de voluntarios, cazadores de los Alpes, mandada por Garibaldi, y otra de los Apeninos á las órdenes de Ulloa, y para defensa de las plazas, confiaba en la guardia nacional. En este ejército la unidad superior es la division; entónces constaba de cinco, cada una con las tres armas.

El Austria puede elevar sus fuerzas, en tiempo de guerra, á 750.000 infantes y 120.000 caballos; la unidad superior permanente es el ejército dividido en cuerpos de ejército que componen cada uno cerca de 30.000 hombres y 90 piezas; en esta campaña tomaron parte sucesivamente once, en dos ejércitos, á saber: Stadion, quinto; Zobel, sétimo; Benedeck, octavo; y el segundo ejército compuesto de los cuerpos permanentes del reino Lombardo-Veneto; ademas, Schwarzemberg, con el tercer cuerpo, habia llegado en Enero; á principios de Abril, Lichtenstein con el segundo; Weigl, con el noveno, entraba en Venecia cuando el rompimiento de las negociaciones; y por último, el primero, dirigido por Clam-Gallas, venía de Bohemia; de modo que para abrir la campaña habia disponibles cinco cuerpos, sumando unos 200.000 hombres, que, descontando las guarniciones, quedaban reducidos á 130.000 próximamente.

El Feld mariscal Giulay se puso á la cabeza de esta masa.

En cuanto á la organizacion de los ejércitos beligerantes, notamos diferencias radicales; la variedad de razas, lenguas y leyes de los distintos estados que forman el Imperio de Austria se habia de reflejar en la constitucion política de sus tropas de un modo poco favorable para la unidad militar y la sencillez en el mando; y en cuanto á los resortes morales para mover estas for-

midables masas, tampoco el Austria tenía ventajas sobre sus enemigos, porque sus tropas podrán ser impulsadas por el honor, dirigidas por la disciplina, excitadas por el recuerdo de antiguos y gloriosos dias, pero las falta pasion por la causa; el soldado austriaco, desligado de su pueblo y su Gobierno, y con ambiciones muertas, no puede tener en el éxito el interes que el italiano y el frances, asociado á la victoria por la pasion política y la esperanza de ascensos que nunca consigue el austriaco.

Las mismas diferencias se notan en la parte militar y hábitos de guerra. En Austria la unidad táctica inferior, esto es, el batallon, el escuadron ó la batería, es más fuerte en una cuarta parte que la de sus enemigos; la artillería se halla repartida entre las brigadas, y los aliados la tienen afecta á las divisiones, la caballería á éstas, y los aliados á los cuerpos de ejército, de modo que el rodaje de esta máquina es más complicado y difícil de juzgar que en la organizacion italiana y francesa. Por otra parte, esa unidad, *ejército*, desliga la accion de las dos mitades de toda la masa, y por más que simplifique el mando superior, lo debilita y expone á movimientos excéntricos, peligrosos y á operaciones truncadas; el mecanismo del combate se hace difícil por el fraccionamiento excesivo de las dos armas auxiliares, sembradas en toda la línea entre los cuerpos de infantería, y el movimiento es torpe y lento, porque las unidades inferiores, complexas y demasiado fuertes, no tienen la agilidad de esos pequeños batallones que la guerra moderna necesita.

En cuanto á las armas, nos hallamos por primera vez en esta guerra con los cañones rayados en el campo frances, los cohetes con direccion en el austriaco, y en ambos, pero más en éste, las carabinas de precision; si á esto se une el telégrafo eléctrico y los ferro-carriles, no dudamos en aconsejar que la campaña de 1859 se estudie detenidamente.

Ántes de entrar en el datalle de las operaciones, consignemos algunas observaciones sobre los hechos á que ha dado lugar el uso de estos nuevos agentes. La desproporcion de bajas entre los oficiales y tropa, particularmente en los aliados, demuestra

dos cosas; primera, la importancia que han adquirido las armas de precision y la infantería ligera; segunda, que ha faltado órden en los movimientos, que se han expuesto friamente las columnas al fuego, ó que se han lanzado ántes de tiempo á la carga, cuando así los oficiales han prodigado su sangre; y de un modo ó de otro, que la guerra adquiere fuerza defensiva y la pierde ofensiva, que degenera á guerra de posiciones, á tiroteo.

Respecto á los cañones rayados, se ha llegado á poner en duda, en vista de los hechos, si han producido los inmensos resultados que se esperaban; es indudable que por la novedad han causado un gran efecto moral, y que en Solferino obligaron á moverse á las reservas austriacas, molestadas por las baterías francesas; es verdad tambien que, en proporcion á su efecto, son mucho más ligeros que los antiguos, pero acortándose pronto las distancias por los movimientos ofensivos, los cañones lisos, por ser más á propósito para la metralla y más certeros á próximo blanco, son preferibles. En nuestro concepto, es un arma que ya está juzgada; es conveniente para la guerra defensiva, es arma de posicion, pero como de batalla y para la ofensiva, su accion llega más allá de donde debe llegar la accion táctica combinada de las dos armas fundamentales, la infantería y caballería.

La telegrafía y el vapor han ejercido una gran influencia, no cambiando los métodos de guerra, sino facilitando la aplicacion de las reglas sin modificar el arte en sus fundamentos. La red de ferro-carriles de Venecia-Verona podia ser para los austriacos tan importante como la de Alejandría para los aliados; pero sin duda por haber sido necesario relevar todo el personal, que se componia de italianos y franceses, y hallarse las líneas mal servidas, no se han usado sino para trasporte de abastecimientos y no como líneas de maniobra, y eso con algun recelo, al paso que los enemigos han empleado las suyas, hasta para movimientos, bajo el cañon austriaco.

Para comprender el partido que todavía puede sacarse del telégrafo, vamos á exponer el ensayo hecho por los aliados, de una telegrafía de campaña.

El ministro de la Guerra pidió al del Interior un servicio telegráfico para las operaciones, y aunque sin antecedentes que pudieran ilustrar la materia y dictar la organizacion del personal del cuerpo, marchó al cuartel general de Alejandría M. Clement Lair, inspector general de segunda clase, al frente de una comision compuesta de cinco inspectores, cuatro directores de estacion, doce telegrafistas y veintiocho vigilantes. Se escogió el material más ligero y á propósito para el uso que se le destinaba, y se embarcaron en Marsella 3.000 pilotes de seis metros, 5.000 kilógramos de alambre, aisladores, útiles, pilas eléctricas, y aparatos de trasmision del sistema Morse; ademas se construyeron en Génova 2.000 palos de cuatro metros y medio, y despues de reunido todo en Alejandría, se pusieron á disposicion del inspector catorce carruajes del tren de administracion, pero como esto no era bastante, fué necesario acudir á requisiciones.

El personal se organizó en tres brigadas; dos para el establecimiento de las líneas, y una para su consolidacion, entretenimiento y vigilancia; cada una de las dos primeras estaba bajo la direccion de un inspector, auxiliado por otro, seis vigilantes y dos telegrafistas provistos de aparatos, y contaba con siete carruajes de tren; la tercera, á las órdenes de un inspector y un jefe de estacion, la formaba todo el personal encargado del servicio de las estaciones abiertas; para brazos auxiliares, fué preciso pagar jornales á muy alto precio.

Desde el 31 de Mayo á 6 de Julio, fecha del armisticio, construyó esta comision cuatrocientos kilómetros de línea, y abrió treinta y cinco estaciones, teniendo en constante comunicacion al ejército con la Francia, á los mariscales con el Emperador, y al Rey de Cerdeña con sus generales. Algunas veces se han fijado estaciones más allá de las avanzadas, y se han trasmitido partes sobre las posiciones y movimientos del enemigo.

Es inútil detenernos á demostrar el mérito que M. Clement Lair ha contraido, y los obstáculos con que ha luchado para trazar sus líneas por caminos obstruidos de tropas y carruajes en gran número y en todas direcciones; á pesar de eso, los partes

han sido siempre exactos. M. Lair ha presentado una Memoria exponiendo las medidas que se deben tomar en lo sucesivo para regularizar definitivamente ese servicio en campaña.

Ya que conocemos el uso que se ha hecho de estos descubrimientos, los intereses políticos y las fuerzas militares que jugaron en esta guerra, vamos á estudiar las operaciones.

El 26 de Abril se recibió en el cuartel general austriaco la contestacion del Piamonte, y la guerra quedó decidida: los franceses se dirigian apresuradamente á Italia por los Alpes y por mar; los piamonteses se concentraban en Alejandría, y los austriacos, con su calma de siempre, si es que no hubo para ello entorpecimientos políticos, retardaron cuatro dias la invasion, y luégo la hicieron con tal lentitud, que los enemigos que bajaban de los Alpes y los que venian por Génova pudieron en toda paz unirse; lo que hubiera sido muy difícil con un poco de actividad en Giulay. Ignoramos si algun ardid diplomático fué la causa de este retardo y consiguieron los aliados, por este medio, lo que con las armas era imposible conseguir, la concentracion, á la vista de 130.000 hombres, de cuerpos que venian por los extremos opuestos del teatro de la guerra, unos pasando el mar, otros una difícil cordillera.

Por fin, el 29 rompieron la marcha los austriacos por Pavía, Bereguardo, Vigevano y Buffalora (1), formando el ala derecha el sétimo cuerpo; la izquierda, el quinto, reforzado en segunda línea con el segundo, y el centro, el tercero; ademas, dos columnas destacadas de las alas, marcharon, la una á Sesto-Calende, y la otra, á pasar el Pó en Plasencia; el octavo cuerpo permaneció de reserva entre esta plaza y Pavía, y por último, con una division volante, Urban, reputado como buen guerrillero, quedó comisionado para tener á raya el país que el ejército dejaba á retaguardia.

El 26 empezaron los franceses el desembarco del primero y segundo cuerpo; el tercero entró en Turin el 30, habiendo pasado

(1) Lám. 1.ª

el Mont-Cenis; Suza y Génova fueron ocupadas como principio de base de operaciones, y á medida que se verificaba el paso y el desembarco, los regimientos marchaban apresuradamente á Alejandría, formando á la derecha de sus aliados. Jamás ejército alguno se ha visto, al abrir una campaña, en situacion más comprometida; toda la masa del enemigo estaba á su frente, y él no habia desplegado ni reunido sus fuerzas.

Si se tiene en consideracion el estado político del país, teatro de la guerra, es muy espinoso decidir cuál era el mejor plan de campaña que los austriacos podian adoptar; pero si sólo atendemos, bajo el punto de vista táctico, al fin que debian proponerse, éste no podia ser otro que evitar la union de Napoleon, Canrobert y los piamonteses, y para conseguirlo, ya se maniobrase en un sentido ó en otro, urgia dar actividad y rapidez á las operaciones, y desarrollar la campaña ántes de la concentracion del enemigo. Tres planes podian seguirse, en los tres habia peligros; pero que debian arriesgarse y que era dable vencerlos, si se desplegaba energía y actividad; el primero, operar sobre la derecha con el grueso del ejército por la orilla izquierda del Pó contra Turin y Suza, y con un fuerte destacamento por la orilla derecha para impedir las comunaciones entre Génova y Alejandría; el segundo, maniobrar por la izquierda sobre los defiladeros de los Apeninos en oposicion á Génova, cubriéndose por la derecha del esfuerzo que podia venir de Alejandría y de los socorros del ejército de Canrobert que bajaba por los Alpes; y el tercero, aunque más difícil y expuesto, porque obligaba á dos grandes destacamentos, dirigir el ejército contra Alejandría, observando por derecha é izquierda las dos plazas de Suza y Génova con dos cuerpos respetables. Siguiendo el plan primero habia la esperanza de batir á Canrobert ántes de que se diera la mano con su emperador; con el segundo, se conseguia obligar á los cuerpos de Génova á reembarcarse ó encerrarse; y con el tercero, se podian prometer los austriacos abrumar con todo el peso de su fuerza á los piamonteses, ántes de que sus aliados llegáran en auxilio suyo. De cualquiera de los tres modos, Giulay ocupaba el

centro y el enemigo la circunferencia; tenía sobre éste la ventaja que da una línea interior de operaciones contra dos exteriores y muy separadas, y aunque fraccionado su ejército por ambas orillas del Pó, si necesitaba concentrarse, podia conseguirlo más pronto que los aliados.

No se le ocultarian á Giulay estas consideraciones, porque al Feld-mariscal le sobraba inteligencia y práctica de guerra para dirigir un ejército, mas por desgracia para él, en la guerra moderna, la actitud de los pueblos y los ardides diplomáticos tienen una influencia directa en las operaciones, no siempre en armonía con lo que el arte exige, y mucho de esto habia en la cuestion de Italia, que entorpeció el desarrollo de la campaña y comprometió el desenlace. La narracion de los hechos, basta para demostrarlo.

El dia 30 ocuparon los austriacos Novara, Mortara y la línea del Argogna, haciendo requisiciones por todas partes.

El 1.º de Mayo avanzaron hasta el Sessia, y la izquierda se extendió á Módena y Reggio para combatir la revolucion de los ducados.

El 2 se trasladó á Lomello el cuartel general; la derecha pasó el Sessia y ocupó á Vercelli, y la izquierda llegó hasta Meda y Sartirana.

El 3 se amasó el centro hácia Valenza; la izquierda ocupó á Pieva y echó dos puentes sobre el Pó en Cambio y Carnale, y la derecha avanzó hasta Villanova.

Hasta el 5 continuó el movimiento en igual sentido, concentrándose el ejército en la izquierda del Pó; el ala derecha se extendió en direccion del Dora-baltea, y la izquierda pasó por Cambio y se adelantó hasta Salé y Tortona.

Hasta aquí la intencion de Giulay parece ser la de maniobrar con fuerza sobre el centro en Valenza y Casale.

En adelante, hasta el dia 10, le vemos rehusar precipitadamente la izquierda, y extender la derecha hasta San Germano, escaramuceando con el enemigo y amenazando envolver á Turin; del 10 al 15, al contrario, retrocede la derecha á Vercelli y Cerè-

sena, al paso que la izquierda llega con sus avanzadas á Bobbio, y estas fluctuaciones siguen así hasta el dia 20 en que la izquierda avanza bruscamente en direccion de Voghera, y se da el combate de Monte-bello.

Todo este tiempo que los austriacos perdieron en mover sus dos alas como los platillos de una balanza que busca el fiel, fué precioso para los aliados; gracias á esto, pudieron basarse fuertemente en sus dos plazas de Suza y Génova, y sirviéndose de la red de ferro-carriles que los ligaba con su base, verificar su concentracion entre Tortona y Casale. Al mismo tiempo la revolucion de los ducados de Toscana y Parma vino á suscitar nuevas dificultades politicas á los austriacos y á quitarles un lado más del teatro de la guerra, dejando descubierta la izquierda de su frente de operaciones, de lo que se hubiera sacado mucho partido por los aliados, si el príncipe Napoleon, con el quinto cuerpo, hubiera ocupado los ducados desde los primeros dias.

El 12, el Emperador habia ya tomado el mando del ejército y dictado algunas disposiciones orgánicas y advertencias tácticas, como las de proscribir los movimientos á distancias enteras, encargar el órden extendido con preferencia al profundo, y economizar la bayoneta.

Accion de Monte-bello (1). El 19 de Mayo ocupaban los ejércitos beligerantes las posiciones siguientes: el cuartel general y tercer cuerpo austriaco, en Garlasco; el sétimo, hácia Mortara; el octavo, en Sannazaro; el segundo, hácia Pavía; el quinto, en marcha hácia Pavía y Ceva; el noveno, camino de Plasencia; la columna volante de Urban, hácia Stradella, y otras destacadas de la derecha, en Como y las orillas del lago Mayor. Los aliados tenian su primer cuerpo frances, de Voghera á Alejandría; la Guardia y segundo, en Alejandría y Marengo; cuarto y cuatro divisiones sardas, desde Valenza á Casale; otra, á la izquierda, sobre el Sessia; Garibaldi, con los cazadores de los Alpes, se hallaba al Sur del lago Mayor, y Ulloa, con los cazadores de los

(1) Lámina 8.ª

Apeninos, en los ducados. Ambos ejércitos, por consiguiente, estaban á la espectativa, reforzado el austriaco en su izquierda, y el aliado en su derecha.

En tal estado dispuso Giulay un fuerte reconocimiento sobre esta ala. Stradion, con el quinto cuerpo y tropas de otros, hasta 37.000 hombres, se dirigió por Stradella á Voghera, encontrando en Casteggio al enemigo. Las fuerzas austriacas avanzaban en tres columnas; en la izquierda, Urban, por el camino de Stradella á Casteggio, flanqueando con un batallon las alturas; en el centro, Paumgarten, desde Vacarizza por Casatisma y Robecco, tambien á Casteggio; en la derecha, el príncipe de Hesse con su brigada desde Vacarizza por Verrue á Branduzzo, y la reserva por Barbianello.

A las 11 llegó Urban sobre Casteggio, que se hallaba defendido sólo por guardias nacionales y algunas avanzadas sardas; le ocupó despues de un ligero combate, y se adelantó en seguida sobre Monte-bello y Ginestrello.

El cuerpo de Forey se extendia desde Voghera á Griolo y Madura, con avanzadas en la línea del Fossagazo; diez escuadrones sardos, desde Ginestrello á Casteggio, formaban, sin otra defensa, la punta de esta ala, y fueron los primeros que soportaron el choque de Urban.

A las doce y media llegó á noticia del general frances el ataque de Casteggio, y se puso inmediatamente en marcha sobre el Fossagazo con las tropas que halló más á mano, disponiendo que le siguiera el resto á la mayor brevedad.

Al aproximarse Urban á Ginestrello, se vió detenido por brillantes cargas de la caballería sarda, miéntras que Forey establecia en defensa del puente del arroyo dos piezas, dos batallones y la caballería que ya se replegaba; otros dos batallones y dos escuadrones cubrian el camino y la izquierda del ferro-carril por donde se anunciaba la presencia de la columna de Braun.

Entre tanto que la caballería piamontesa se estrellaba contra los cuadros del príncipe de Hesse, avanzaba por el camino real la columna de Schaffgottsche; pero felizmente para Forey, los re-

fuerzos iban llegando y la partida se equilibraba. La izquierda fué relevada con tropas frescas, y la derecha, reforzada, avanzó ofensivamente y se apoderó de Ginestrello, aunque á costa de grandes sacrificios, viéndose Urban obligado á replegarse á Monte-bello, punto que domina de frente y flanco el camino real.

Al mismo tiempo que Stradion ordenó á sus brigadas esparcidas una concentracion en Mante-bello, Forey pronunció contra esta posicion un violento ataque por derecha é izquierda. La columna Urban se defiende con arrojo, tomando y perdiendo cien veces cada punto, y batiéndose cuerpo á cuerpo con sus enemigos; por fin, abrumada por el número de éstos, se ve obligada á replegarse al cementerio, posicion elevada y que domina el camino de Casteggio, y allí vuelve á encarnizarse la lucha, hasta que tomada la posicion á costa de la vida de Beuret y de muchos de sus soldados, los austriacos retroceden á Casteggio sin ser perseguidos, gracias al cansancio de los franceses y al desórden con que habian atacado, desórden del que han hecho alarde en toda esta campaña. El enemigo continuó su retirada, protegida por una retaguardia en Casteggio, hasta los puntos de donde las columnas habian partido por la mañana.

Las pérdidas fueron de 1.300 hombres en cada partido; cada uno creyó suya la victoria, los franceses por haber ocupado la posicion enemiga, y los austriacos porque considerando el combate no más que como un reconocimiento, habian obligado, con los 18.000 hombres que entraron en fuego, á desplegar los 40.000 de Forey.

De todos modos, para ser completamente inútil, como no podia ménos de serlo, el combate fué demasiado rudo. De parte de los aliados no se explica el abandono en que estaban las posiciones de Casteggio y Monte-bello, fiadas á unos pocos escuadrones sin defensa, y esto en el extremo de toda la línea del ejército; de parte de los austriacos, si no proyectaron más que un reconocimiento, procedieron de un modo excesivamente metódico, impulsando un ataque muy regularizado, y obstinándose no sólo en conservar posiciones sino tambien en tomarlas, hechos todos

que no caracterizan un reconocimiento, porque éstos se consiguen con ofensivas prontas y variadas, pero no pertinaces, amenazando en cien puntos sin herir en ninguno, y retirándose prontamente en cuanto se obliga al enemigo á desplegar y mover sus columnas, á mostrarse en todas sus posiciones y á ser examinado en todas sus cualidades militares.

En cuanto al combate en sí mismo, el fraccionamiento en tres columnas, las muchas reservas, y la falta de concentracion, fueron causa de que no pudieran tomar parte la mitad de las fuerzas austriacas; por el exceso contrario, los aliados, lanzándose en desórden y monton, se expusieron á perder mucho; y si en vez de hallarse esparcidas las brigadas austriacas, hubieran estado más cerca de la voz del general en jefe, estos revueltos ataques, algo imprudentes y arremolinados, habrian sido funestos. Las retiradas excéntricas, á las que parece que se han aficionado mucho los austriacos en esta campaña, son muy peligrosas, y si la que tuvo lugar despues de Monte-bello no dió funesto resultado, fué porque ni Forey quedó en disposicion de perseguir al enemigo, ni aunque perseguirle pudiera, debia lanzarse muy á fondo, porque como general de division no le era dado desligar su cuerpo de las demas partes del ejército, y romper así la armonía de la accion general.

El mismo 19 de Mayo se habia seguido rehusando la derecha austriaca; Vercelli fué evacuado, el material del Sessia destruido, y los aliados tomaron la ofensiva contra este ala. La division Cialdini, en los dias 21, 22 y 23, consiguió fijarse en la orilla izquierda desde Albano á Torrione, y Victor Manuel practicó un fuerte reconocimiento sobre el Palestro, y ocupó los islotes de Terranova en el Pó.

Al mismo tiempo Garibaldi, desde Biella por Cattinara y Borgomanero, marchaba á Castelletto, pasaba el Tesino, y se dirigia por Sesto-Calende á Varessia, donde se detuvo, atrincherándose, reforzando su columna con más voluntarios y sublevando el país. La retaguardia garibaldina sostuvo el 25 un choque con los destacamentos austriacos en Sesto-Calende, y se

vió precisada á incorporarse al grueso de la brigada en Varessia.

El 26, 3.000 hombres, 200 caballos y ocho piezas salieron de Como en oposicion á Garibaldi; pero éste los rechazó hácia el ferro-carril de Milan, y ocupó á Como, estableciendo sus avanzadas en Monza y Lecco, destacando fuerzas hácia la Valtellina.

Crecia la insurreccion de esta parte del país, aumentaba sus fuerzas el osado guerrillero, y Giulay se irritaba y concebia serios cuidados al ver así comprometida la derecha de su frente de operaciones. Para remediar este daño expidió órden para que Urban con 10.000 hombres se opusiera á la brigada de los Alpes, y entónces, entre los dos rivales se entabló una preciosa lucha de guerrilla, en que se combatia, no sólo por la causa, sino por la reputacion de ambos caudillos, que cifraban su orgullo en el título de guerrilleros más que en el de generales de la gran uerra.

El 27, Urban hizo replegar las avanzadas que tenía Garibaldi en Monza, y en los dias sucesivos, despues de várias escaramuzas, la brigada de los Alpes se amasó en Como, la columna austriaca se dirigió á Veressia para cortar las comunicaciones del enemigo, y Garibaldi se vió obligado á retirarse por el Norte de Veressia y luégo hácia el Lago Mayor, quedando así encerrado entre el Lago, la frontera suiza y el enemigo. Para salir de tal situacion no habia más que tres caminos; forzar el paso de Veressia, espada en mano, era muy peligroso por la superioridad numérica de Urban; penetrar en Suiza, era rendir las armas para todo el resto de la guerra, y para salvarse por el Lago Mayor, se necesitaba, sin artillería, apoderarse del fuerte de Laveno, lo que era muy difícil. Por este último partido se decidió Garibaldi, y atacó el fuerte el 31, pero no pudo rendirlo. Por fortuna, contra la izquierda general del ejército austriaco se hacía más imponente la ofensiva de los aliados, y Urban fué llamado con urgencia desde la derecha, viéndose obligado á dejar en paz á Garibaldi, que todavía consiguió picar su retaguardia.

Desde el combate de Monte-bello se habia propuesto Napoleon, prefiriendo las ventajas tácticas á las estratégicas, manio-

brar contra la derecha austriaca. De otro modo, basándose sobre los Ducados en insurreccion, se hubiera flanqueado el terrible cuadrilátero, pero á peligro de estrellarse en las dificultades tácticas que ofrecia el paso del bajo Pó, tan caudaloso y tan defendido por esa parte. En cuanto á romper el centro enemigo, amasado en Mortara, no debia siquiera intentarse.

Para mejor alucinar á Giulay, se hicieron falsas demostraciones contra su izquierda, avanzando á Casteggio y Monte-bello, y amenazando el Pó en Cervesina; entre tanto que se reunian en Alejandría los trenes del ferro-carril, se acopiaban provisiones en Turin, se echaban puentes sobre el Tanaro, en Ponte-del-Radice, y se dirigia á Chivaso la artillería y caballería que desembocaba de Suzza.

El 27 y 28 se verificó la maniobra, y todo el ejército se corrió á la izquierda en ferro-carril; la derecha quedó en Voghera, y la izquierda, con Victor Manuel, llegó al Sessia.

El 29 y 30 se continuó el movimiento de avance, chocando en Palestro los sardos con el enemigo.

El 31 se dió el segundo combate de Palestro, y el grueso del ejército se concetró en Vercelli.

El 1.° de Junio, Niel ocupó á Novara, y avanzó todavía más sobre la derecha de este punto.

El 2 y 3 se acercó el ejército al Tessino, y se dió el combate de Robecchetto.

Por último, el 4, se propuso Napoleon establecerse en la orilla izquierda.

Batalla de Magenta.

Á las ocho de la mañana recibió Giulay la noticia de que sería atacado. Su ejército se hallaba esparcido en las posiciones siguientes: 8.000 hombres, desde Buffalora hasta Magenta (1), cubrian la derecha en oposicion á Mac-Mahon; el segundo cuer-

(1) Lámina 9.ª

po guardaba la línea del Naviglio, teniendo el grueso de su fuerza más allá de Magenta; el sétimo, en Corbetta y Castellazzo, formaba á la derecha del tercero, que tenía su campo en Abbiategrasso; el quinto se hallaba en marcha para este punto; el octavo acampaba en Binasco, y el noveno, más allá de Pavía, en defensa del Pó, porque áun no se habia comprendido la maniobra de los aliados, por cuya razon los austriacos, en todos los combates de su derecha, se habian presentado con fuerzas inferiores.

Las primeras órdenes que dió Giulay fueron, que el tercer cuerpo, seguido del quinto, se dirigiese sobre Robecco por las dos orillas del Naviglio, y tomase de flanco á los aliados si atacaban de frente la línea del Naviglio, y que el octavo marchára sobre Magenta.

El dia 3, despues del combate de Robecchetto, habian pasado el rio, en Turbigo, Mac-Mahon y una division de la guardia, y Victor Manuel habia seguido desde Olengo este movimiento, con objeto de dirigirse al dia siguiente, á las diez, sobre Buffalora, para proteger el paso del grueso del ejército que desembocaria de San Martino á las doce.

Á las ocho, Wimpffen, con seis batallones y dos baterías, ocupó el puente de San Martino que los austriacos no habian podido volar la víspera; á las once llegó Cler al mismo punto, desde Trecate, con cinco batallones, dos escuadrones y tres baterías, y á la una se rompió el fuego de cañon por esta parte.

Hácia Turbigo comenzó la batalla á las dos por el cuerpo de Mac-Mahon. Entónces decidió Napoleon combinar este ataque de la derecha con uno de frente dirigido por Regnault de Saint-Jean d'Angely; dos piezas se establecieron contra el puente de Magenta (1), un regimiento marchó sobre Buffalora por la calzada, por la izquierda, y otro por la derecha, por el terraplen del camino de hierro sobre Ponte-di-Magenta. Por este lado se tomó el reducto que cubria el puente del ferro-carril, y luégo dos casas

(1) No se confunda con Ponte-di-Magenta.

que protegian el de Magenta, pero sin apoderarse de éste hasta que los zuavos, que habian quedado de reserva en el centro, reforzaron el ataque. Dueños de esta posicion los franceses, en vez de afirmarse en ella, cometieron la imprudencia de lanzarse sobre Magenta, sin esperar á Niel y Canrobert, y la division Reischach los arrojó en desórden sobre el puente, y si no lo recobró fué porque ya estaba ocupado por el regimiento que habia quedado en reserva con los zuavos.

Hacía ya muchas horas que la division de Saint-Jean d'Angely soportaba sola todo el peso de la batalla; eran las cuatro de la tarde y no parecian Niel ni Canrobert, ni se oia un solo disparo hácia Turbigo, porque, como luégo explicarémos, Mac-Mahon estaba paralizado esperando el movimiento envolvente de su izquierda dirigida por el general Espinasse; el reducto del ferrocarril se veia acosado, el puente de Magenta atacado por todas las fuerzas de Zobel, y no se disponia de un solo hombre para reforzar estos puntos. Este era el estado de la batalla á las cuatro de la tarde; si los austriacos habian cometido errores, sus enemigos, con ménos motivo, porque eran dueños del plan y tenian la ofensiva, los habian cometido mayores, y gracias á Mac-Mahon, que supo corregirlos con su inteligencia superior, se ganó la batalla.

Habia salido este general á las diez sobre Buffalora y Magenta en dos columnas: la de la derecha desalojó, á las doce, de Casate, dos regimientos que le ocupaban, y la de la izquierda se dirigió por Masero y Mercallo. Mac-Mahon vió que Buffalora estaba muy artillada, que entre este punto y Magenta habia masas respetables, y que era peligroso seguir el movimiento envolvente de la columna de la izquierda que mandaba Espinasse. En consecuencia formó su gente en dos líneas, apoyando la derecha en Cascina-Valicio y la izquierda en Marcallo, y expidió órden á Espinasse de apresurar la marcha y apoderarse de este punto para unir la línea, apoyándose en esta columna, y ligarse con el cuerpo de Regnault de Saint-Jean d'Angely; esto se consignió á las cinco, despues de haber tomado y rebasado á Buffalora.

Al mismo tiempo desembocaron Niel y Canrobert por el puente del Tessino, y la ofensiva contra Magenta se hizo general. Por el frente se tomaba Ponte-di-Magenta, y se reforzaba el ataque en todos los puntos ; por la derecha enemiga daba Mac-Mahon á sus columnas por punto de direccion el campanario de Magenta, la una dirigiéndose desde Cascina-Nueva, de donde expulsó dos regimientos húngaros, y la otra desde Marcallo y Cascina-Médici.

Los austriacos se defendian con tal heroismo en todas partes, que á las siete todavía estaba indecisa la victoria; pero á esta hora se hizo converger sobre la posicion un terrible fuego que apagó las baterías austriacas, y la retirada se hizo inevitable. La persecucion se encomendó á los proyectiles; cuarenta piezas situadas en el terraplen del ferro-carril desordenaron una gran columna que se dirigia sobre Rebecco. Á las ocho, se rendian á Mac-Mahon las tropas de Magenta, y los franceses quedaban dueños de la posicion; pero, como siempre en esta campaña, sin fuerzas, ni bastante órden para poder perseguir al enemigo, que se retiró tranquilamente á dos pasos del campo. Sólo al dia siguiente, despues de haber visto las pérdidas, se resolvió Giulay á no renovar la batalla y á retirarse á Pavía, abandonando la linea del Tessino.

Cinco mil hombres de cada partido quedaron fuera de combate; ademas hicieron los franceses 7.000 prisioneros, tomaron cuatro cañones y dos banderas, que no se sabe qué cuerpo las tomó, lo que prueba el desórden con que se atacaba. Entraron en fuego, por parte de los austriacos, 80.000 hombres, y de sus enemigos, 70.000.

Este período de la campaña, examinado desde el punto de vista científico, demuestra que no han sido inútiles las doctrinas militares sentadas en los primeros años del siglo. Ambos partidos han comprendido las reglas, y ha presidido á los planes el conocimiento teórico del arte; pero en la ejecucion ha faltado genio á los caudillos, inspiracion al artista, y esto es una prueba de que los libros de ciencia sirven para hacer buenos capitanes

de los que, sin teoría, no serian otra cosa que generales medianos, Ningun genio ha descollado; pero ninguno ha estado por debajo de su mision; Giulay y Napoleon III no han llegado al archiduque Cárlos y á Napoleon I, pero tampoco han descendido hasta Mack; por parte de los franceses, los que más alto han rayado han sido Mac-Mahon, que salvó la Francia en Magenta, y Niel en Solferino; de los austriacos, Benedek, que protegió en Melegnano la retirada, y que venció en San Martino con la derecha, cuando la izquierda y centro eran vencidas en Solferino y Cavriana, y Stadion, que sostuvo solo todo el choque en esta última batalla contra Mac-Mahon y Baraguey d'Hilliers.

El pensamiento de trasladar todo el peso del ejército aliado sobre la derecha enemiga, corriendo en ferro-carril 100 kilómetros á la izquierda avanzando, fué atrevido y brillante, y con más rapidez en la ejecucion, sin detenerse ni titubear desde el dia 31 al 2 en Novara, hubiera ofrecido magníficos resultados. Parece que esta detencion fué motivada por no haber llegado todavía los trenes de puentes; esto se debia tener en cuenta, porque era muy arriesgado alejarse de tal modo de las plazas que constituian la base, y si por la situacio política de la Lombardía se prometia Napoleon cortar á los austriacos sus comunicaciones de la derecha, necesitaba, para conseguirlo, una ofensiva más pronta, y dueño de los pasos del Tessino y Naviglio, apoyando su derecha en el primero y cambiando de base, estrechar al enemigo contra el bajo Pó.

De no hacerlo rápidamente, se corrió el peligro de que Giulay, dueño de ambas orillas del Tessino, y desde una posicion central, batiese á las dos mitades del ejército separadas por esa línea de agua, ó si, como sucedió, Giulay se replegada á la orilla izquierda, Niel y Canrobert, que no podian abandonar las comunicaciones de la derecha, dejasen á Mac-Mahon y Saint-Jean d'Angely solos al frente de toda la masa austriaca, sin poder socorrerlos. Por fortuna para los aliados, el enemigo estaba tan esparcido como ellos, y Saint-Jean d'Angely sostuvo todo el dia con heroísmo el ataque de los puentes contra Magen-

ta, dando tiempo á las dos alas para converger, la una desde Turbigo, la otra desde la orilla derecha del Tessino, á la caida de la tarde.

La Lombardía quedó abierta á los aliados, y el 8 entraron en Milan el Emperador y el Rey. Giulay decidió repasar el Adda, pero ántes titubeó dos dias sobre concentrarse en Pavía y Plasencia, ó tomar nuevamente una posicion de flanco contra los aliados, y estos dos dias facilitaron á Napoleon el entorpecer algo la marcha de los austriacos, avanzando la izquierda en direccion de Lodi; pero á pesar de la rapidez con que se verificó el movimiento, se adelantó á la línea del Lambro Giulay, y pudo retirarse á Lodi, protegido en su marcha por Benedek, que sostuvo en Melegnano, con 11.000 hombres, una brillante accion de retaguardia contra los 40.000 franceses de Mac-Mahon y Baraguey d'Hilliers.

Miéntras que los aliados tomaban posesion de la Lombardía, los austriacos se replegaban al Mincio para apoyarse en el cuadrilátero; las plazas de Pavía, Plasencia, Lodi, Pizzigettone y Cremona fueron sucesivamente evacuadas, las obras destruidas, los cañones clavados, las provisiones anegadas, y cuando, el 18 de Junio, entraban los franceses en Brescia, los austriacos pasaban el Mincio por Montechiaro, resueltos á convertir el cuadrilátaro en el terrible baluarte del Imperio de Austria, donde se debia hacer pedazos la espada de Napoleon. El ejército habia sido reforzado con los quintos batallones, y sus bajas reemplazadas; la moral era inmejorable, oficiales y tropa deseaban con entusiasmo vengar los últimos reveses; el mismo Emperador Francisco se habia puesto á la cabeza, y como consejero y jefe de Estado Mayor llevaba á su lado al veterano y entendido Feldmariscal Hess.

El 20 se establecia en Villafranca el cuartel imperial. Para los franceses comenzaba la guerra de sitios, guerra en la que no son muy felices; formidables aprestos se habian hecho; pero todavía les faltaba mucho para prometerse forzar el cuadrilátero. La línea del Chiesa, las orillas del lago Grande y el puerto de

Desenzano estaba ocupado por ellos ; chalupas, cañoneras y baterías flotantes habian sido trasportadas para operar en el Mincio y en el lago ; Venecia estaba amenazada por la escuadra con tropas de desembarco, y Mantua por el príncipe Napoleon con el quinto cuerpo y la division toscana ; más á pesar de todo esto, ántes de emprender nada decisivo contra ese inmenso reducto, con cuatro plazas en los ángulos y un grande ejército por cortina, se necesitaban preparativos que exigian calma y tiempo. Por esta razon, los austriacos nada perdian con volver á tomar la ofensiva y arriesgar una batalla ; en caso de revés siempre estaban á tiempo para encerrare en su reducto ; en caso de victoria, llevarian sus armas triunfantes otra vez al Tessino, porque hasta este rio no podian hallar los aliados, en su retirada, línea de defensa. Estas consideraciones decidieron el movimiento ofensivo que precedió á la batalla del dia 24.

Batalla de Solferino. El 23 ocupaba el ejército austriaco una línea de ocho leguas, desde Peschiera (1) á Mantua. Se proyectaba maniobrar contra el ala derecha del enemigo, y estrecharle contra las montañas del Tirol ; para conseguirlo se pasó el Mincio por Peschiera, Salionze, Valegio, Ferri, Goito y Mantua ; la derecha, que la formaba el octavo cuerpo, se dirigió á Pozzolengo con intencion de maniobrar sobre Lonato y contener la izquierda aliada, en tanto que la derecha fuese atacada ; los tres cuerpos del centro se escalonaron entre Solferino y Cavriana, y los cuatro de la izquierda debian marchar por Volta á Guidizzolo, miéntras que el segundo envolvia, dirigiéndose por Marcaria sobre Asola, la derecha francesa.

Por una funesta casualidad, el mismo dia, Napoleon, que áun no sabía el movimiento del enemigo, dió la órden de que se avanzase á la otra orilla del Chiessa en la madrugada del 24, llevando el cuartel á Castiglione, la izquierda sarda sobre Pozzolengo, el primer cuerpo á Solferino, el segundo á Cavriana , el tercero á Medole, y el cuarto y la caballería de línea, á Guidizzolo.

---

(1) Lámina 10.

De modo que, á las cinco de la mañana ambos ejércitos se encontraron, cuando ménos lo esperaban, sin estar prevenidos para la batalla, el aliado, porque la proyectaba para el 25 en el Mincio, y el austriaco en el Chiessa. Ambos partidos, sin unidad de pensamiento, sin plan preconcebido, rompieron la accion, maniobrando cada general por inspiracion propia, y dándose, no una, sino tres batallas independientes: en la derecha, en la izquierda y en el centro.

En ambas alas la ofensiva era de los austriacos; en el centro, por el contrario, Baraguey d'Hilliers rechazó sobre Solferino las avanzadas del quinto cuerpo y atacó esta posicion, que fué defendida con bravura.

En tales batallas lleva ventaja el primero que da unidad á la accion y adopta un plan cualquiera, bueno ó malo, y por desgracia para los austriacos, Napoleon llegó al campo ántes que Francisco José. Éste se habia quedado á las seis en Voltaggio; su Estado Mayor corrió en busca suya á las nueve; pero miéntras iba por un camino, el jóven emperador venía por otro al teatro de la batalla, sin hallar nadie que le enterase del estado de las cosas, ni tener con quien expedir órdenes. Entre tanto Napoleon habia tomado su partido, y sin conocer la formacion, ni la línea del enemigo, al ver comprometidas todas las cabezas de columna, no dudó que se hallaba en combate con todo el ejército austriaco, y decidió romper su centro en Solferino, porque indudablemente, en planes á ciegas y batallas imprevistas, el ataque del centro es el ménos expuesto, porque no desliga los cuerpos, porque es más fácil la observacion de unos á otros, y porque el rádio de mando es la mitad más corto que en las maniobras de las alas. En consecuencia, expidió las órdenes siguientes: á la Guardia y Baraguey d'Hilliers, que atacasen á Solferino; á Mac-Mahon, que se hallaba en marcha sobre Goito, tomar posicion en Casa-Morino en oposicion á los cuerpos austriacos que estaban detras de Guidizzolo, para dejar así protegida la accion de Baraguey d'Hilliers; á todos los demas cuerpos, que se apoyáran y ligáran con el centro, y á Canrobert lo mismo, pero advirtiéndole que

una columna de 25.000 austriacos habia salido de Mantua, y por consiguiente, que vigilára mucho la derecha.

Sin duda que Baraguey d'Hilliers se propuso demostrar que bastaba para apoderarse de Solferino el ímpetu de la infantería francesa, porque sólo este amor propio nacional puede servir de disculpa á un mariscal tan sabio, que comete la imprudencia de lanzar sus masas contra una posicion fuerte por la naturaleza, artillada y defendida por tropas valientes, sin dignarse preparar con el cañon el ataque. Á costa de mucha sangre se vió que esto era imposible; por último, las baterías avanzaron, batieron los muros del cementerio, rompieron las puertas, y este punto se tomó luégo fácilmente.

Entre tanto, Mac-Mahon se apoderaba de las alturas de Casa-Morino y desplegaba en dos líneas cubriendo el camino. La infantería de la Guardia penetró por el intervalo que separaba á Mac-Mahon de Baraguey d'Hilliers, con objeto de envolver la altura Spia d'Italia, cooperando así al ataque contra Solferino; á la derecha de Mac-Mahon se establecieron dos divisiones para enlazar el cuerpo de Niel, que habia desembocado en la llanura sobre Rebecco y Casanova, y desplegado en batería todas sus piezas. Niel sostuvo con una pericia táctica admirable todo el ataque de las masas austriacas de Guidizzolo, pero viendo protegida su derecha pidió el auxilio de Canrobert, que le fué negado, lo que dió lugar á los curiosos debates entre el mariscal y el general, de que se ha ocupado toda la prensa de Europa. Niel creia conveniente esforzar el ataque contra Guidizzolo para cortar al enemigo la retirada á Goito ó Volta, y Canrobert, que temia por su derecha el cuerpo salido de Mantua, se negó á cooperar al plan, limitándose á mandar la division Renault como refuerzo: este auxilio fué considerado por Niel como escaso, y por Canrobert como suficiente; difícil es fijar una opinion acertada sobre este suceso fallado por jueces que han sido parte, pero la verdad es que la derecha de Niel estuvo amenazada todo el dia, y que la division Renault se halló en una situacion poco definida, porque no se sabía de un modo positivo si estaba á las

órdenes de Niel ó de Canrobert, y prestó, por lo tanto, muy poco servicio al primero.

Miéntras de tal modo se sostenia la batalla en la derecha y centro, en la izquierda, el ejército sardo, que operaba en muchas columnas sin íntima union, y por esfuerzos sucesivos y débiles, perdia terreno ante las armas de Benedeck y abandonaba las posiciones de San Martino y la Madona de la Scoperta. Sin embargo, de poco servia al bizarro general austriaco su victoria, si sus colegas de la izquierda y centro no vencian.

Al paso que Zobel y Clam-Gallas permanecian pasivos esperando alguna órden, Stadion se defendia solo, en Solferino, de toda la masa francesa; cuando avanzaron ambos cuerpos á sostenerle, quiso este bravo y entendido general tomar la ofensiva, pero no pudo, porque Clam-Gallas no habia llevado su artillería, y Zobel se habia detenido detrás de San Casiano. Tomada de flanco la posicion por la infantería de la Guardia, era imposible, á pesar de toda la pericia y tenacidad de Stadion, sostenerse por más tiempo, y palmo á palmo fué perdiendo la altura del ciprés, el cementerio, la Spia d'Italia, la iglesia y todo Solferino, replegándose en buen órden sobre Pozzolengo, miéntras que Zobel y Clam-Gallas lo verificaban sobre Cavriana.

Mac-Mahon intentó envolver esta posicion, adelantándose por el llano; entónces el intervalo entre su cuerpo y el de Niel se vió sériamente amenazado, y sólo las brillantes cargas de la caballería de la Guardia pudieron sostener la union. Esto dió tiempo á los austriacos para reforzar á Cavriana; pero por muy reforzada que fuera, esta posicion aislada era insostenible, y á las cuatro y media fué tomada por los franceses.

Partido así el centro austriaco, el ala izquierda, para remediar el daño, redobló con furia el ataque contra Niel, que supo contenerle, á pesar de su difícil posicion y corta fuerza. Entónces estalló una violenta borrasca precedida de remolinos de viento huracanado, y ambos partidos suspendieron las hostilidades.

Cuando se disipó la nube, prepararon los austriacos con toda calma la retirada sobre Volta, que se emprendió inmediatamente

por el centro, y á las diez por las alas, despues de haber salvado todos los heridos y el material. Esta órden sorprendió á Benedeke en el momento más precioso de su victoria sobre los sardos, y mal de su grado tuvo que abandonar su magnífico triunfo : el enemigo avanzó á vivaquear á las posiciones que habia perdido, y sus aliados en las de combate, sin poder seguir al vencido, que no lo fué sino á medias.

Tomaron parte en esta célebre batalla 120.000 franceses, 45.000 sardos, y 170.000 austriacos; perdieron éstos 30 piezas, 13.000 hombres muertos ó heridos y 8.000 prisioneros; los franceses, 13.000 de los primeros y 3.000 de éstos; los piamonteses 4.000 y 1.500.

Desde el dia 25 emplearon los aliados en prepararse para la difícil empresa de forzar el cuadrilátero, y el 28 pasaron el Mincio sin oposicion. Pocos dias despues, todo anunciaba que las operaciones iban á desarrollarse en mayor escala; se esperaba una gran batalla, se embestia la plaza de Peschiera, se iba á operar contra Venecia. El príncipe Napoleon, algo perezoso, marchaba por fin á reunirse con el grueso del ejército, y por todas partes no se oia otra voz que la de guerra. De repente, el emperador frances propone un armisticio, se acepta, se firma el 8 de Julio, y se sientan los preliminares de paz. Razones políticas, que no son de este sitio, fueron las que hubo para tan extraño desenlace; bajo el punto de vista militar, nadie podia sospecharlo. Ambos ejércitos estaban muy enteros, sus pérdidas habian sido iguales, ninguno habia demostrado sobre el otro una gran superioridad, ninguna victoria habia sido decisiva, y ninguna de esas persecuciones que acaban una campaña se habia visto. Ante la tenacidad indomable austriaca, y esa fuerte organizacion á prueba de reveses, podia de un momento á otro quebrarse el ímpetu frances, ímpetu que se gastaba demasiado al principio de la accion, para que esto no produjera desmayo al terminarla. A pesar de todo, los austriacos firmaron la paz, lo que prueba que en las guerras de nuestro tiempo hay otros problemas que resolver, además de los problemas militares.

Limitándonos ahora al arte táctico, esta campaña ha demostrado lo que al principio hemos dicho, la defensiva crece por el progreso de las armas, por los descúbrimientos en la industria, por las muchas comunicaciones hoy entre los pueblos, por su aptitud política en la cuestion, y por las complicadas relaciones entre los gabinetes. Por consiguiente, la artillería aumenta, la caballería se debilita, las columnas cerradas desaparecen, y el ímpeto, ese ímpetu ciego y desordenado, que tanto se celebra y de que tan orgullosa está la Francia, es un anacronismo, es táctica de otro tiempo y otras guerras; con él no se ha conseguido en ésta, ni una sola victoria, ni una persecucion de media legua. Cuando la estrategia, hija de la política y de la geografía, se desarrolla y crece, y precipita los movimientos y la solucion de las cuestiones, la táctica necesita moderarse y hacerse recelosa y metódica, para no dar un paso más ni ménos de lo que conviene al plan político y estratégico; esto es lo que ha faltado en la campaña de Italia.

ESTUDIO TERCERO.

ELEMENTOS DE ESTRATEGIA Y TÁCTICA.

ESTUDIO TERCERO.

ELEMENTOS DE ESTRATEGIA Y TACTICA.

CAPÍTULO PRIMERO.

ESTRATEGIA.

I.

Plan general de operaciones.

La aplicacion de los diferentes estudios militares en que se subdivide el arte de la guerra, es simultánea y combinada en todos los casos y momentos, y para todas las empresas ; para combatir se marcha y se reconoce, para reconocer se combate y se marcha, para marchar se reconoce y se pelea, y todo esto depende de la política y la organizacion, y recíprocamente, sobre la política y organizacion influyen las marchas y los combates; por lo tanto, no se puede establecer prioridad en ninguno de estos estudios, ni examinar los efectos de cada uno en sí mismos, sino en su enlace y relaciones.

Esta accion simultánea y combinada es dirigida por la estrategia, que plantea los problemas militares á la vista de todos estos datos, y que modifica los planes segun los resultados prácticos en cada momento ; por eso ninguna de las reglas de arte militar debe considerarse como absoluta, porque podrá ser bue-

na respecto á la táctica, y no satisfacer á la politica, ni permitirla la organizacion; la estrategia es la que decide estas dudas, y la que impulsa los ejércitos por la resultante de todas estas fuerzas, unas opuestas, otras auxiliares á las demas.

Prescindiendo, pues, de estas consideraciones, vamos á sentar las bases de la estrategia elemental, y sin aplicarla á campos ni circunstancias determinadas, dictemos las reglas que se deben seguir en todo plan de campaña, siempre que no se hallen en contradiccion con la política, la táctica y demas accidentes variables por la mudanza de los tiempos, de las instituciones, de las causas y de los teatros de guerra.

Los ejércitos tienen hoy necesidades inmensas que satisfacer; su gran consumo de proyectiles, su pesado y abundante material, y más que todo, las exigencias de nuestra muelle civilizacion, les impiden avanzar sin que sucesivamente aproximen á su retaguardia parques, depósitos, almacenes, reemplazos y remontas; y por consiguiente, para hacer hoy la guerra se necesitan dos ejércitos, uno activo que recibe y consume estos materiales, y otro de reserva que los crea, los custodia y los manda á vanguardia. Este relevo, esta corriente contínua de la vida militar se hace por las vías de comunicacion que unen al país que se deja á retaguardia con el que se ocupa; entre todas ellas hay una más interesante, que podrémos llamar *artéria* ó *línea principal de comunicaciones*, y es aquella más corta, más fácil y cómoda de las que partiendo de la plaza de armas ó punto foco donde estos elementos de vida militar están más acumulados, llegan á donde se halla el grueso del ejército. Es indudable que si conseguimos cortar al enemigo esta artéria, conservando la nuestra, como cuerpo en el que se suspende la nutricion, muere si no consigue pronto reconquistarla, y no la reconquistará si nosotros nos lanzamos por sus comunicaciones al foco principal de sus recursos, donde debemos llegar ántes que él, ó bien, si esto no es posible, nos dirigimos contra sus masas activas, ya debilitadas, para batirlas con la ventaja de posicion estratégica y lanzarlas léjos de sus campos naturales. De modo que la estrategia se reduce á

resolver el problema de *apoderarse de las comunicaciones del enemigo, conservando las propias.*

Cuando tampoco esto es posible, no nos queda otro medio que obligar por las armas al adversario á retroceder hasta más allá del sitio donde tiene sus recursos; esta es la guerra en su más elemental y rudimentaria forma. Expresando la idea de un modo más concreto, dirémos que todos los planes de campaña se reducen á tres : primero, forzar y romper las masas enemigas por el frente, dividiéndolas ó haciéndolas retroceder; segundo, envolver sus comunicaciones por el flanco, ocupando los recursos ó abrazando las masas en un círculo de hierro, y tercero, una combinacion de ambos medios : convengamos en llamar al primero, rompimiento, al segundo, plan envolvente, y al tercero, plan mixto; pero ántes de explicarlos uno á uno, demos una idea de las líneas que forman el cánevas estratégico sobre el teatro de la guerra.

Ántes de romperse las hostilidades, estudiados los elementos de la fuerza propia y los de la enemiga, examinada la organizacion política, la naturaleza de ambos pueblos, sus leyes, sus costumbres, su riqueza, sus virtudes patrias, conocido el número de fuerzas militares, el espíritu de ambos ejércitos, vicios y ventajas de cada organizacion, caudillos del uno y del otro bando, táctica y hábitos da guerra, topografía de ambos países, vías de comunicacion, medios de trasporte, productos del suelo, salubridad del clima, en una palabra, todo cuanto se pueda saber sobre el ejército, el pueblo y el territorio amigo y enemigo, traza la estrategia su plan, satisfaciendo las exigencias políticas y las conveniencias tácticas, y como, por desgracia, no siempre están acordes, prefiriendo aquéllas á éstas en cuanto sea posible.

Lo primero que se hace es escoger una línea, resguardada de todo ataque inmediato, donde se acumulan, organizan y disponen los materiales para la guerra, y de donde parten los movimientos de las masas activas; esta línea se llama *base de operaciones.*

Á retaguardia de ella está el país, que debe ofrecer puntos de refugio para el caso en que la base se pierda, plazas más ó me-

nos próximas que la protejan, y en las que se hallen esos primeros materiales que luégo se conducen á vanguardia para sostener la vida del ejército, y líneas que en caso de revés puedan servir de nueva base; cuando esto llega á suceder, estas líneas toman el nombre de *bases de defensa*, y la primitiva el de *frente de defensa;* hasta tanto, estas plazas y puntos de retaguardia se llaman *contrafuertes de la base* (1).

El plan de campaña se traza siempre contra el punto enemigo cuya ocupacion satisfaga nuestras reclamaciones ó nos dé la posesion del país que deseamos, ó la victoria sobre el poder que queremos aniquilar; este punto se llama *objetivo principal.* Ántes de llegar á él necesitamos el dominio sobre otros que nos faciliten la posesion de aquél y que nos sirvan como de estribo, estos son los *objetivos intermedios*, y siempre conducimos las operaciones contra uno, prescindiendo por completo del principal hasta que le llegue su vez.

Desde la base parten nuestras masas en demanda del primer *objetivo intermedio*, pasando por encima del enemigo ó sorteándole en una ó en otra direccion, y las líneas que se recorren para ello reciben el nombre de *líneas de operaciones*, siendo la *principal* la que sigue el grueso de nuestra fuerza.

Como en esta marcha dejamos á retaguardia nuestros elementos de vida, no podemos alejarnos sin peligro; para continuar necesitamos que la posesion del *primer objetivo intermedio* nos dé una nueva base donde avancen nuestros recursos y desde donde partamos por nuevas líneas de operaciones; éstas son las *bases sucesivas.*

Si no podemos conseguir su establecimiento, y retrocedemos sobre nuestros depósitos ó sobre otros puntos de refugio, entónces lás línoas de nuestra marcha retrógrada se llaman *líneas de retirada*, aunque no haya necesidad de recorrerlas; porque la victoria nos sonria, es preciso que en todos los puntos y en todos

---

(1) Hemos suprimido algunos nombres que nos han parecido demasiado escolásticos.

los momentos las tengamos trazadas en nuestro plan. Se comprende á primera vista que muchas veces estas líneas son las mismas de operaciones, consideradas en sentido contrario.

Todo el espacio que hay desde la última base que hemos establecido hasta donde llega la accion de nuestro ejército, se llama *frente de operaciones ó frente de defensa* si la base ha sido trasportada más á retaguardia y nos hallamos á la defensiva.

La accion de cada uno de los cuerpos ha de ser combinada con la de los otros al mismo y único fin, la victoria absoluta por todas las fuerzas y en todas partes ; porque si la accion fuera independiente, el éxito se equilibraria, los reveses en un lado serian compensados con la victoria en otros, haciéndose la guerra eterna y sin fruto. Esto exige : primero, que cada fraccion, aunque sea una partida de cuatro soldados, tenga su base y línea de operaciones y retirada, su objeto principal é intermedio, y su frente de defensa; en una palabra, todo un cánevas estratégico en pequeño, y segundo, que todo esto esté ligado con el plan general de un modo íntimo é inmediato por líneas fáciles y cómodas de recorrer, jamas cortadas por el enemigo ni por obstáculos insuperables : hé aquí lo que se llama *comunicaciones*. Las generales son las que ligan el grueso del ejército con la base, y las *parciales* las de cada cuerpo con el todo, y es tan interesante cada una de ellas respecto á su fraccion, como la general ó *grande artéria* para el grueso del ejército.

Todo el secreto de la guerra consiste en llegar con más fuerza que el enemigo á un punto dado, ó en llegar ántes ; para lo primero, necesitamos que nuestras líneas de comunicacion nos permitan concentrar nuestra masa allí donde convenga, ántes que el enemigo la suya ; para lo segundo, que nuestras líneas de operaciones sean más cortas que las del adversario, ó que las recorramos con más velocidad; pero como la velocidad tiene un límite del que la fatiga no permite pasar, y que es el mismo para nosotros que para el enemigo, queda reducida la cuestion á tener buenas comunicaciones y líneas de operaciones, y á saberlas usar con prontitud y secreto, tomando la iniciativa del movimiento,

robando tiempo y espacio, porque éstos son los dos grandes poderes que tenemos en contra nuestra para toda empresa. Una legua y una hora allí donde el enemigo necesite dos leguas y dos horas, hé aquí la victoria; marchar lo mismo que él en ménos tiempo, marchar por líneas más cortas que las suyas, marchar secretamente sin que conozca nuestro movimiento hasta que ya sea tarde, ésta es la estrategia.

Esto nos obliga á examinar despacio la extension y forma de las bases, las líneas de operaciones, los frentes, las líneas de comunicacion y retirada. Si conseguimos que todas ellas sean más cortas, más expeditas y mejor dirigidas que las del adversario, y si las ocupamos y recorremos más pronto que él las suyas, la ventaja de las armas queda en favor nuestro; sólo la inferioridad táctica en las batallas, ó la desmoralizacion de las tropas, ó las dificultades políticas nos pueden quitar la victoria; pero esto debe tenerse en cuenta en cada momento, y modificar el plan en vista de los accidentes y peripecias que sobrevengan.

Suponiendo resueltas estas dudas, vamos á examinar una á una las líneas estratégicas, prescindiendo de la política y la táctica.

Sólo nos resta advertir, para ilustrar estas definiciones, que de todos estos puntos y líneas, unos tienen la importancia absoluta y constante que les da la naturaleza del país, otros la relativa y accidental segun los movimientos y posicion de cada ejército en un caso dado, y segun la aptitud política en la cuestion, de cada una de las ciudades ó comarcas del teatro de la guerra; á los primeros se les llama *naturales*, á los segundos *de maniobra*. Por ejemplo, el Duero y el Tajo, sus pasos, los caminos paralelos ó perpendiculares á estos rios, las plazas que se hallen á caballo de ellos, el camino real de Extremadura y las cordilleras que le cortan, son límites y puntos naturales estratégicos en todas las campañas que se tengan contra ejércitos venidos de Portugal; y del mismo modo, los caminos Irun-Madrid, Perpignan-Madrid con sus plazas, la corriente del Ebro y sus pasos, los Pirineos y las sierras de las Castillas, lo son en una guerra contra franceses ó aliados de los franceses.

II.

Puntos estratégicos.

Todas las líneas estratégicas se refieren á la última base establecida ; de la direccion y apoyos de ésta dependen las líneas de comunicaciones y operaciones, y la toma del *objetivo ;* por lo tanto, debemos examinar las condiciones que han de satisfacer las bases, pero como todas estas líneas ligan entre sí *puntos estratégicos*, vamos ántes á explicar cuáles son éstos.

La política determina la extension que se ha de dar á la guerra ; segun se trata de la conquista de un país, ó sólo del dominio sobre una provincia, ó de la imposicion de una forma determinada de gobierno, así se fija el *objetivo*. Á veces es tan remota la esperanza de ocupar este punto, que se prescinde de él, y se hace principal un *objetivo intermedio*, y otras, la guerra termina sin haber llegado á tomarle. Para evitar confusiones en la teoría, designarémos con la palabra *objetivo*, sin distinguir de principal ó intermedio, el punto para cuya ocupacion inmediata maniobramos. Cuanto más importancia política y militar tenga, tanto más nos interesa su conquista ; por consiguiente, si entre varios puntos estratégicos hay uno que descuella sobre los otros, éste es el que debemos escoger como *objetivo ;* pero si hay varios del mismo órden, sin duda que se titubeará al elegir, porque si se opta por uno, nada se consigue miéntras el enemigo sea dueño de los demas, y si aspiramos á todos á la vez, se divide la accion del ejército, se fracciona la fuerza y nos presentamos débiles en todas partes ; en este caso debemos escoger el más fácil de tomar, y darle luégo, por el arte y la direccion de las nuevas líneas de operaciones, más importancia estratégica que á los otros.

Cuando una localidad, por la naturaleza y número de sus co-

municaciones, por la resistencia de sus obras de fortificacion, por su riqueza, por su preponderancia política ó por otras razones, es, para el que la posee, una garantía de buen éxito en la campaña, se llama *punto estratégico*. Una ciudad populosa y rica, una gran plaza de guerra con parques y depósitos, un puente con doble cabeza que nos haga dueños de las dos orillas de un rio que corte el teatro de la guerra, un valle que nos asegure el paso franco de una difícil cordillera, son otros tantos puntos estratégicos ; por ejemplo, Zaragoza, aunque no sea plaza fuerte, ciudad susceptible de buena defensa, á caballo sobre el Ebro, rica, populosa, con importantes comunicaciones con Francia, con Navarra y con Castilla ; Pamplona, plaza de guerra y llave de entrada en España, forzados los Pirineos ; Barcelona, de inmensa importancia política en los destinos del país, gran plaza de comercio, y gran puerto del Mediterráneo, son *puntos estratégicos* de mucho interes para todo ejército que venga de los Pirineos.

Las líneas que unen estas plazas, ó lo que es lo mismo, las bases, frentes y líneas de operaciones, serán tanto mejores cuanto más estratégicos, en sí mismos y en su enlace, sean los puntos que las determinan ; luego, si conseguimos que todos los que poseamos sean más importantes que los del enemigo, serémos dueños de todo el cánevas estratégico, y por consiguiente del país. Ántes de que esto suceda, es preciso que todas nuestas líneas se fijen y se enlacen de modo que puedan dejar aislado al *objetivo;* así de uno en otro, el enemigo pierde sus puntos estratégicos y es expulsado del territorio.

Por todas estas razones una nacion debe tener en todos sus frentes puntos de igual influencia militar ; porque si, por ejemplo, entre várias plazas de España, al pié de los Pirineos existiera una que fuera la llave más interesante del país ; de todos los pasos del Ebro uno que anudára más comunicaciones ; en la sierra que separa las Castillas hubiera un valle más que todos de fácil defensa, y que asegurase las maniobras por ambos lados; si lo mismo sucediese en la cordillera que separa las Andalucías, y si ademas España tuviera por Córte una ciudad más influyen-

te, más rica, más estratégica en todos cenceptos que las demas, el ejército que viniendo de los Pirineos ocupase estos puntos, se hacía dueño de la nacion, porque las únicas líneas militares serian las que pasáran por ellos.

La toma de Madrid por el enemigo, nunca será para España una herida de muerte miéntras queden en favor de los españoles Cádiz, Sevilla, Barcelona, Zaragoza y cien otras ciudades, con elementos propios en sí para dar impulso de gobierno á la nacion. Hé aquí por qué ofrece tanta resistencia á las invasiones el federalismo, y ya que él sea por otros motivos una mala forma política, se debe, por lo ménos, conceder á la provincia y á la ciudad su vida propia, sin que otra provincia ó ciudad se la robe; por eso tambien creemos que las capitales no han de tener importancia militar, porque si á ella se añade la política que nadie puede disputarlas, se hace de la capital el único centro de vida del país, y un ejército dueño de ella es dueño de la nacion. Esos mónstruos de enorme cabeza, esas Córtes de dos ó tres millones de habitantes, esas plazas de guerra con un ejército por guarnicion, esos mercados donde circulan millones de millones, esos puertos donde acuden todos los pabellones del mundo, esas ciudades que cada una por sí sola constituye una gran nacion, y en las que por un movimiento de sus arrabales se decide la política europea, son, por la lucha de tantos intereses opuestos como hay dentro de sus muros, débiles ante un invasor, y tomadas por éste, la suerte de todo un Imperio está pérdida. ¿Qué haria París ante un ejército que llamase á sus puertas? Allí donde tienen forma y vida propia todas las ideas, todas las industrias, todas las escuelas políticas, todos los cultos, hasta todas las nacionalidades, ¿se podrian unir estos elementos hetereogénos, estos intereses enemigos, y organizar resistencia? De ningun modo. Y cayendo París en poder del invasor, ¿de quién recibiria la Francia movimiento y vida? ¿Qué ciudad hay que tenga con relacion á París la importancia que Cádiz, Barcelona, Sevilla, Zaragoza con relacion á Madrid? Ninguna. Pero, en fin, el hecho está juzgado; áun sin hallar las fortificaciones de hoy, los cosacos lla-

maron á las puertas de París, y la Francia cayó de rodillas; los franceses han sido dueños de Madrid algunos años, y veinte ciudades han dado á España el impulso que Madrid hubiera podido dar.

Pues bien, esto mismo que demostramos respecto á las capitales, sucede en todos los puntos estratégicos de una misma especie, ya los que sólo interesan por las muchas comunicaciones que anudan, ó por las defensas militares que ofrecen, como los que tienen importancia política; por eso es necesario en todos los frentes del teatro de la guerra presentar al enemigo varios puntos de igual interes para que dude en la eleccion del objetivo, y el arte consiste en dar á los que se ocupan una importancia relativa, superior á la absoluta que en sí tengan, y para conseguir esto, imprimir á las nuevas líneas que parten del último objetivo tomado una direccion estratégica que sea una amenaza para otros puntos más importantes.

Ahora, para saber apreciar las condiciones que deben satisfacer los puntos estratégicos, necesitamos analizar las de las líneas, porque aquellos serán mejores que mejores líneas determinen. Estudiemos primero cómo debe ser la base de operaciones, puesto que todo el cánevas estratégico parte de ella.

III.

Bases de operaciones.

Hemos dicho que *base de operaciones* es aquella línea donde se establecen, libres de todo ataque, los materiales de guerra que va á consumir el ejército, y desde donde parten los movimientos de éste en busca del objetivo.

Esta reunion de elementos de guerra, si la política no dicta que sea lenta y mañosamente llevada á cabo para no despertar

sospechas al que va á ser enemigo, debe ser simultánea, pronta y completa. Nada que desprestigie más á un Estado que verle, batallon á batallon, despues de mucho tiempo, muchos errores, gastos y esfuerzos considerables, llevar á la frontera un ejército incompleto, mal organizado, pobre de material y sin recursos; nada más bello que levantar como por encanto en un dia y en una hora, un formidable ejército, sobre una línea en la que no se veia el dia ántes un soldado ; sin embargo, algunas veces, por consideraciones diplomáticas, no convienen estos alardes de fuerza.

No siempre se puede escoger esta línea; la naturaleza y los tratados dan las fronteras, y éstas son bases naturales de operaciones unas veces ; otras, frente de defensa. El ingeniero en la paz debe fortificarlas y fijar sus *contrafuertes* interiores, esparciendo por el país establecimientos y plazas que puedan servir de *bases de defensa* por donde quiera que se presente el invasor, y como el secreto de la guerra consiste en atacar las comunicaciones, las bases deben ser tales, que esto sea imposible para el enemigo. Para ello se necesita : que sus flancos estén apoyados en obstáculos insuperables ó en buenas plazas ; que no sea tan extensa que haga largas y penosas las concentraciones y pueda ser fácilmente cortada, ni tan estrecha que se aglomeren en ella demasiado los materiales de guerra, entorpeciendo la circulacion; que presente obstáculos al enemigo para llegar á ella sin dificultar la salida del propio ejército; que á su retaguardia ofrezca comunicaciones expeditas con los contrafuertes, para crear fácilmente, si necesario fuese, líneas de defensa; que á su frente brinde con más de un objetivo y más de una línea de operaciones; que forme martillo saliente ó concavidad, porque así la concentracion es más fácil, en ménos espacio hay más localidad para los materiales de guerra, los puntos de este arco se defienden entre sí, las líneas de operaciones son convergentes, y el enemigo no puede aproximarse sin presentar el flanco de sus comunicaciones á esos puntos extremos del martillo; que suponiendo el teatro de la guerra un cuadrado, como próximamente lo son todos, nos dé dos lados adyacentes, á fin de poder sentar bases

sucesivas perpendiculares á la primitiva, y, por lo tanto, paralelas á las comunicaciones del enemigo; que se pueda ligar pronto con los objetivos así que se conquisten, sin alejarse mucho de los recursos, esto es, que nos dé un frente de operaciones nada más que de tres ó cuatro jornadas de profundidad, porque á más distancia nuestra accion llega debilitada, y por último, que ofrezca medios fáciles de cambiar la direccion de las líneas de operaciones á otro frente estratégico, en amenaza de objetivos de interes, y excéntricos con respecto á la posicion enemiga.

Estas son las condiciones que ha de cumplir una buena base; pero como ántes hemos dicho, la primitiva no se escoge, la recibimos tal como es en política y en geografía, y á veces una mala plaza es todo nuestro apoyo; en un caso así las primeras operaciones no tienen otro objeto que el de constituir con las armas en la mano una buena segunda base apoderándose de otro punto, ligándole con el que poseemos, abriendo comunicaciones y haciendo una campaña metódica y lenta hasta conseguirlo; otras, nos hallamos completamente sin base, bien porque hacemos una guerra de insurreccion, ó porque ántes hemos sido expulsados de nuestro cánevas estratégico; entónces nuestro primer esfuerzo es á poseer un punto cualquiera, un pobre castillejo, un puente, una aldea, y despues la misma penosa y lenta fatiga hasta crear una línea de refugio. Adelantando así paso á paso nuestra marcha, cada base sucesiva que vamos estableciendo va siendo mejor que las anteriores hasta que conseguimos una que satisface nuestros deseos.

Cambio de base. La operacion más difícil, más bonita y de más sorprendentes resultados, es el cambiar de base. Si partiendo nuestros movimientos de una línea dada y conocida del enemigo tenemos la habilidad de llevar nuestra fuerza á un punto que se apoye en otra base natural inmediata, adquirida por la diplomacia con auxilios ó alianzas, ó por la estrategia, conseguimos la ventaja de tener dos planteos para el mismo problema, y podemos hallar la solucion por el uno ó el otro simultáneamene, segun convenga, y el enemigo se ve entónces en la situacion del

maestro de armas que tira contra un ambidiestro que á su placer cambia de mano la espada. Esto nos da un frente más del teatro de la guerra, accion convergente en las líneas, más comunicaciones, dos grandes artérias, dobles puntos de retirada, y los dobles recursos que presenta para cada base su respectivo sistema de contrafuertes.

IV.

Líneas de operaciones.

Por ellas marchamos al establecimiento de las bases sucesivas, á la conquista de los objetivos, y á la batalla campal con las fuerzas del enemigo; por consiguiente, la buena ó mala direccion de estas líneas es la que da ó quita la victoria estratégica completada ó disminuida luego por la táctica el dia del combate. Siguiendo un símil, del que harémos mucho uso en este libro, dirémos que las líneas de operaciones son en estrategia, esto es, en la campaña en general, lo que en táctica, en batalla, la direccion de las columnas de ataque y la de los fuegos, porque debemos considerar toda una campaña como una gran batalla, y hasta que se consiga la victoria en estrategia, no debemos buscar la de la táctica.

Hemos demostrado ántes que no puede haber más que tres planes de ataque estratégico, como no los hay tácticos, el de frente ó *rompimiento*, el de flanco ó *envolvente*, y una combinacion de ambos; vamos á ver en cada una de los tres qué direccion tienen las líneas de ataque.

Cuando los flancos del frente de operaciones enemigo son inaccesibles, y no podemos establecer contra ellos ninguna de nuestras bases, es indudable que estamos en una posicion estratégica paralela, y que para penetrar en la zona de operaciones del enemigo, tenemos que hacerlo de frente por líneas perpendiculares

á nuestra base; los dos ejércitos chocarán entónces, pero esto no dará otro resultado que el más ó ménos daño que se reciba en el combate; hé aquí la guerra elemental y ruda de los primeros tiempos. En un caso como éste, ambos ejércitos, partiendo respectivamente de su base, han seguido en direcciones opuestas una misma línea de operaciones, y en un punto de ella se han encontrado y se han batido, la estrategia nada ha hecho. Pero si en vez de este ataque en órden paralelo, con falsas demostraciones amenazamos dos objetivos extremos, y despues de obligar al enemigo á dividirse en defensa de los dos puntos amenazados, nos concentramos y partimos de frente sobre un tercero entre los dos, entónces hemos roto el centro estratégico y seguimos una *línea interior de operaciones;* el cuerpo enemigo más inmediato se ve precisado á retroceder para cubrir el punto amenazado, y debe ser batido ántes que llegue en auxilio suyo el otro cuerpo, si distan más de una jornada; pero si distan ménos, puede caer sobre nosotros en el momento de la batalla, como sucedió en Waterloo; de modo, que las *líneas interiores* son buenas si el enemigo está dividido, y peligrosas si está amasado ó se puede amasar en ménos tiempo que nosotros.

Si conseguimos el establecimiento de una base envolvente más ó ménos perpendicular á la primitiva, y por lo tanto, paralela á las comunicaciones del enemigo, la línea que parte de ella, y que se dirige por el flanco de éste, se llama *línea exterior de operaciones.* El peligro que se arriesga siguiéndola es el de comprometer nuestras comunicaciones, amenazadas por la línea, tambien exterior, que el enemigo ocupa; pero si por la naturaleza de las bases anteriores á la última de donde hemos partido, este peligro no existe, la direccion es buena, el ataque estratégico es envolvente, y el problema de cortar las comunicaciones contrarias, sin perder las propias, queda resuelto.

Hasta aquí nos hemos referido á una sola línea principal de operaciones, que es la que recorre el grueso del ejército; la parcial de cada fraccion está ligada á ella, y aunque en realidad sean varios los caminos que el ejército sigue, por su proximidad y en-

lace, los comprendemos á todos en uno solo; pero si merced á un cambio de base ó á cualquiera otra maniobra que nos haya dado dos lados del teatro de la guerra, dividimos nuestra fuerza en dos ó más grandes cuerpos que siguen líneas independientes hasta cierto punto, en demanda de varios objetivos, entónces usamos *líneas dobles de operaciones;* si son exteriores, por derecha é izquierda del frente enemigo, verificamos el ataque estratégico doble envolvente, y necesitamos para él una gran superioridad numérica, porque nos exponemos á vernos con la mitad de nuestra fuerza en batalla contra toda la masa enemiga; si una es *interior* y otra *exterior*, combinamos los dos ataques, el de rompimiento y el envolvente, pero de todos modos, se necesita que estas líneas no estén separadas entre sí más de una jornada si se quiere aliar la accion de los diferentes cuerpos, y que no existan obstáculos inaccesibles que impidan en un momento dado concentrarse. La obstinacion de los austriacos en 1796 en abrazar el lago de Garda con sus líneas de operaciones contra Bonaparte. dió á éste la victoria siempre; es preciso, pues, que en todos los casos y momentos sea posible abandonar unas líneas por otras y cambiar el plan de ataque estratégico, y para esto deben de existir caminos laterales que abracen uno con otro los que se dirijan al objetivo.

Hé aquí ya explicados los tres ataques estratégicos; al primero corresponden las bases y los frentes paralelos y las líneas interiores de operaciones; al segundo, las bases oblícuas y las líneas exteriores ; al tercero, las dobles bases ó martillo y las líneas dobles; ahora todas las cualidades que vamos á examinar en las líneas de operaciones son con referencia á sí mismas y no al plan de campaña.

Líneas convergentes son las que siguen distintos cuerpos de ejército que, partiendo de puntos distantes, marchan á reunirse en una sola masa á vanguardia ó sobre el mismo frente enemigo y nunca á retagurdia de él, porque en este caso cada una de las partes aisladas podria hallar en su machar á todo el ejército contrario, y la concentracion no sería posible.

Divergentes son las que partiendo de un mismo punto se dirigen á objetivos distantes. Cuando esto no es una falsa maniobra, es que tenemos sobre el enemigo una gran superioridad numérica, y en ese caso, no siendo combinada la accion de los cuerpos, las líneas divergentes, que ninguna razon militar las autoriza, y que sólo la política puede exigirlas alguna vez, no son otra cosa que líneas de operaciones que siguen dos ejércitos distintos que hacen dos campañas independientes, y que, aunque parten de una base comun, se dirigen á frentes de operaciones no ligados entre sí.

Línea excéntrica de operaciones es la que se dirige á un objetivo que se halla fuera del frente ; es una línea más exterior que las exteriores ; es la que usa un cuerpo encargado de una diversion, ó un ejército que verifica un rápido cambio de base, de frentes, de objetivo y de teatro de guerra.

Profundas ó extensas son las que alejan demasiado al ejército de la base primitiva, como sucede en las grandes invasiones. Fácil es comprender que á medida que se avanza y se crean bases sucesivas, éstas van siendo más débiles, porque carecen de la vida propia que dan á la primera los contrafuertes esparcidos por todo el país de retaguardia, y sólo reciben la que les da el ejército activo que se detiene á cada paso, y se fracciona para crearlas y guarnecerlas. Ademas, estas líneas profundas penetran en climas distintos de aquellos en que el ejército ha vivido, y la nostalgia, las enfermedades, las fatigas y las privaciones se hacen más crueles á medida que se avanza, y acaban por cansar la moral del soldado. Cuando estas invasiones corren de Sur á Norte son más peligrosas todavía, porque la abundancia y fertilidad de los climas templados se van perdiendo en el camino, y por otra parte, los hombres del Mediodía sufren ménos el frio que los del Norte el calor. Si, por el contrario, la marcha es de Norte á Sur, se halla sucesivamente más feracidad, ménos sufrimientos, ménos inclemencia atmosférica, pero en cambio más enfermedades epidémicas, y más mortandad hasta por heridas.

Todo lo que podemos decir de estas líneas profundas es que

exigen más proximidad y consistencia en las bases, más método y prudencia en la guerra, un gran celo en conservar la salud del soldado y su moral, un estudio detenido de la naturaleza del país, imitando los hábitos de los habitantes, porque no hay en ningun pueblo costumbre, particularmente sobre higiene, que no tenga su razon de ser.

Napoleon en Rusia se vió precisado á cometer la grave falta de lanzarse en una línea de 400 leguas por un país despoblado y pobre, con un ejército inmenso que habia de vivir, reemplazarse y sostenérse con recursos sacados de la victoria, y decimos qu^{e} se vió precisado, porque su política, entónces tan complicada y comprometida, exigia vencer y vencer pronto; el arte aconsejaba haber dividido la campaña en dos, deteniéndose en la línea de Smolenko para rehacerse y crear una base estable de operaciones, pero aliado Napoleon con pueblos que le seguian atados á su carro de triunfo, odiado por Europa, gastado ya para Francia, impulsado por la fatalidad, siguió su camino y halló la derrota y la muerte en los hielos del Norte. Al empezar la guerra dijo á sus soldados : «La fatalidad arrastra á la Rusia, cúmplanse sus destinos», y en esta magnifica frase Dios cambió una sola palabra.

V.

Comunicaciones.

Todas las líneas estratégicas son ó pueden ser líneas de comunicacion, porque en todas ellas se procura que cada punto esté unido con los otros por buenos caminos, para que puedan libremente circular las masas activas. Si entre los dos extremos de una base ó de un frente de operaciones, que á veces es un rio, no existieran caminos paralelos á la corriente y que enlazarán los puntos estratégicos, el cuerpo que operase sobre uno de estos

sería en todo independiente de los otros, y no existiria esa unidad de plan necesaria para conseguir la victoria; para que el cánevas estratégico sea bueno, es preciso que toda su red de líneas pueda ser fácilmente recorrida por todas y cada una de las partes del ejército sin peligro de hallar al enemigo. Por consiguiente, los extremos del frente y de la base, las líneas de operaciones en el sentido de su profundidad y en el de la latitud que hay entre las dos más separadas, los contrafuertes entre sí y con la base, y cada cuerpo de ejército con el todo, han de comunicarse fácil y prontamente, de derecha á izquierda y de vanguardia á retaguardia; así es como se consigue la unidad estratégica y la accion táctica combinada; si no, si cada fraccion teme verse aislada de las otras, si en un punto interior del cánevas puede el enemigo presentarse, queda rota una malla de esa red y se desteje por sí misma toda ella.

A pesar de que todas las líneas estratégicas son, ó pueden ser, líneas de comunicacion, sólo las distinguimos con ese nombre cuando las consideramos con relacion á los auxilios ó refuerzos que por ellas pueden venir para sostener en todo su vigor la fuerza del ejército activo, y fácilmente se comprende que bajo este concepto, cuanto más nobles y más separadas sean estas líneas, más dificultad tiene el enemigo de cortarlas y más segura está la vida del ejército, porque así recibe éste sus materiales desde puntos distantes entre sí; ésta es la consecuencia de poseer bases envolventes. Las líneas de comunicacion son siempre líneas naturales de retirada, y si contamos con várias, unas perpendiculares, otras paralelas ó casi paralelas á nuestro frente, tenemos la ventaja, siendo batidos, de no abandonar el país, porque escogiendo la retirada paralela no salimos de nuestra zona de operaciones, y no puede arriesgarse el enemigo á penetrar en ella quedando nosotros sobre el flanco de su movimiento.

Las líneas de operaciones, despues de haberlas recorrido, pasan á ser de comunicacion, pero hasta tanto, como nuestro frente estratégico es en sentido inverso el mismo del enemigo, no nos conviene á vanguardia esa divergencia en las direcciones, y ese nú-

mero excesivo de líneas que luégo á retaguardia necesitamos, y para conciliar esto, cada punto de los que vayamos sucesivamente conquistando debemos ligarle con los anteriores, estableciendo nuevas líneas de refugio que extiendan la red estratégica más por los países ya ocupados que por los que se van á ocupar.

Las comunicaciones necesitan ser cortas, fáciles y rápidas; para lo primero, es preciso que sean estratégicos los puntos importantes de ellas, y para eso debemos tener presente que á las ciudades populosas, á los puertos de sierra, á los puentes, y á otras posiciones por el estilo, es donde afluyen más caminos; para lo segundo, se necesita tener várias á un mismo punto, á fin de que no se aglomeren en una sola vía fuerzas y material entorpeciendo la circulacion; es preciso tambien que no sean fácilmente cortadas por las lluvias ó nieves, y que ofrezcan albergues y recursos á las tropas; deben estar muy cruzadas entre sí y unidas por caminos de travesía con las principales, y las poblaciones que se hallen sobre ellas han de ofrecer medios de trasporte en abundancia.

Estos elementos sólo puede proporcionarlos el país; el ejército durante la guerra no hace otra cosa que perfeccionarlos algo, regularizando las requisiciones, organizando los auxilios de los pueblos, metodizando la circulacion por las vías permanentes, abriendo caminos militares, estableciendo puentes, creando una buena telegrafía de campaña, reuniendo recursos donde no los haya; no abusando de ellos cuando se tengan; conservando, entreteniendo los caminos, y procurando privar al enemigo de todos estos bienes. Cualquiera que sea el país, siempre hay en él unas comarcas más productoras, y por consiguiente, más pobladas, más cruzadas de vías que las otras; la ocupacion de los nudos principales de los caminos que crucen estas comarcas, de los puentes, desfiladeros y valles nos da la posesion del cánevas geográfico, que es á la vez el estratégico, mas para ser dueños de todo esto, y conseguir mejor red de comunicaciones que el enemigo, no debemos obstinarnos en poseer todos los puntos, sino aquellos capitales á cuya posicion se refiere la de los

demas, porque en guerra el deseo de estar en todas partes, de conquistarlo todo y de guardarlo todo es lo que hace que seamos débiles en todo el frente, y que nada se conquiste, ni se posea.

Ya que conocemos todas y cada una de las líneas militares en sí y en sus relaciones y analogías, debemos explicar el uso combinado que se hace de ellas en el ataque y defensa estratégica.

VI.

Ataque y defensa estratégica.

Del mismo modo que en esgrima no existe el ataque absoluto sin las paradas, tampoco en guerra pueden ser absolutas la ofensiva ni la defensiva. Los ejércitos tienen dos deberes que cumplir á la vez, y dedican á ellos toda su atencion en todos los momentos de su vida; uno, el de conservarse; otro, el de destruir al enemigo; para lo primero necesitan libres las comunicaciones; hé aquí la estrategia; para lo segundo, libre la accion destructora de las armas; esta es la táctica. Estos dos deberes no son otra cosa que el anverso y el reverso de una misma medalla, un mismo hecho considerado en sus consecuencias directas sobre la vida del ejército ó en las indirectas sobre el enemigo, porque la propia conservacion no está asegurada, sino en cuanto está amenazada la de éste, y para eso es preciso, ó privarle de su accion destructora por la mayor potencia de la nuestra, ó privarle de los elementos que necesita para sostenerse, dominando en los puntos de donde los saca, ó cortando aquellas líneas por donde circulan. En todos los momentos de una campaña la funcion del ejército puede ser analizada bajo cuatro aspectos: aparece en ofensiva estratégica amenazando las comunicaciones del enemigo; en defensiva, cubriendo las propias; en ofensiva táctica, cuando se tiene más fuerza que él, y en defensiva, cuando sucede lo contrario; de modo

que en todos los casos y momentos se combina el ataque y la defensa, la estrategia y la táctica. Cuando cortamos al enemigo sus comunicaciones, privado de refuerzos y de abastecimientos, y vencido estratégicamente, no conserva aptitud para combatir sino por muy poco tiempo, y la pone en accion con toda fuerza para vencernos tácticamente en el campo de batalla y recobrar sus comunicaciones; pero si se retarda, debilitado por necesidades no satisfechas, acaba por perder tambien su fuerza táctica y sucumbe para siempre. Cuando, por el contrario, conserva sus comunicaciones, pero no su fuerza táctica, retrocede á sus puntos de refugio para nutrirse de nuevo, y si no ha dejado en el último combate cuadros, armas y organizacion, si no ha perdido completamente su aptitud para combatir, pronto estará otra vez en campaña; por consiguiente, si queremos completar la victoria, es preciso que sin descansar un momento nos adelantemos al enemigo en todos los puntos, persiguiéndole á fondo y con obstinacion, y entónces la ventaja estratégica que no se ha podido lograr ántes de la batalla, se consigue despues. Inversamente, si hemos logrado tomarle sus comunicaciones, debemos provocar uno y cien combates hasta aniquilarle tácticamente, ya que por su inferioridad estratégica ha perdido los medios de sustentar su fuerza.

Reflexionando sobre lo que llevamos dicho, vemos que un ejército no puede hallarse ante el enemigo sino en una de estas cuatro situaciones: 1.ª, en ofensiva táctica y estratégica; 2.ª, bajo los dos aspectos á la defensiva; 3.ª, en ofensiva estratégica y defensiva táctica, y 4.ª, en ofensiva táctica y defensiva estratégica.

La primera es cuando cuenta con más fuerza de armas que su adversario y amenaza sus comunicaciones sin riesgo de las propias. Entónces provoca la batalla, el enemigo procura rehuirla y recobrar sin combate sus líneas de retirada, pero probablemente no podrá conseguirlo, porque su misma debilidad le obliga á rodeos que le hacen perder tiempo y espacio, y por fin la batalla se da; si se le vence, queda desbasado y sin fuerza táctica, por-

que la poca que poseia la pierde en el combate, y entónces la guerra ha concluido; si no se le vence no saca más ventaja de su victoria que las que consigue en el campo tácticamente; segun sean éstas así obrará en lo sucesivo; por fortuna son muy pocos los ejemplos de ejércitos completamente aniquilados en una batalla, y cuando esto sucede, siempre es por superioridad en la posicion estratégica anterior.

En la tercera situacion, esto es, cuando teniendo aseguradas nuestras comunicaciones, amenazamos las del contrario, pero contamos con ménos fuerza para combatir, entónces somos provocados sin cesar á la batalla, porque él confia en su fuerza táctica para recobrar sus líneas; nuestras maniobras son eludiendo la batalla, entreteniendo al enemigo para que se debilite por falta de recursos, y procurando dividirle para tener sobre él superioridad en armas; en estos casos es cuando tiene lugar la guerra de partidas; las obras y posiciones adquieren importancia, y las marchas rápidas deciden la cuestion. Si, por fin, se da la batalla, la victoria es costosa por nuestra debilidad táctica, pero es decisiva, porque la buena posicion estratégica nos ha de dar en la persecucion los magníficos resultados que el caso anterior ofrece; si la batalla se pierde, la retirada es buena y segura, y si no hemos cometido la torpeza de arriesgarlo todo en un combate obstinado, el enemigo no adelantará un paso miéntras quede nuestro ejército en una posicion lateral sobre sus comunicaciones.

Es inútil hacer notar al lector que las situaciones segunda y cuarta son las mismas en que se halla el enemigo en las primera y segunda que acabamos de analizar.

Meditando sobre estas cuatro situaciones observamos que sólo la primera es de fáciles y decisivas consecuencias por su doble ofensiva; la segunda es la más peligrosa y difícil de sostener; la tercera, aunque penosa en la batalla, ofrece resultados brillantes en la persecucion, y la cuarta es incompleta en sus efectos si no se ha conseguido ántes en el campo una inmensa superioridad. De aquí se desprende que lo que más debemos disputar al ene-

migo es la ventaja estratégica, porque la superioridad táctica viene luégo como legítima consecuencia; por lo tanto, la ciencia de los generales más se debe revelar en las marchas que en las batallas, porque éstas pierden su valor si los movimientos anteriores y los posteriores de persecucion ó retirada no son conducidos á un fin estratégico; ademas, una batalla en sí misma pocas veces ofrece una victoria absoluta, ambos partidos sufren y pierden fuerza, y á los pocos dias se hallan equilibrados en su poder si de la persecucion estratégica no se han conseguido ventajas notables por el vencedor.

Nos resta añadir que á estas cuatro situaciones en que puede hallarse un ejército se llega por transiciones rápidas y frecuentes, pasando en un mismo dia de una á otra, con formas más ó ménos determinadas, ya para el todo, ya para cada una de las partes del ejército; entónces la ofensiva y la defensiva serán más ó ménos intensas y exclusivas, segun sea el desequilibrio que exista entre la posicion estratégica y la fuerza táctica de uno y de otro partido. Si, por ejemplo, se poseen las comunicaciones del enemigo, pero éste cuenta una gran superioridad táctica, la guerra es defensiva, de asechanzas, de sorpresa, y de acciones parciales; si, por el contrario, se tiene alguna más fuerza de combate, pero las comunicaciones están perdidas, la guerra tambien es defensiva, pero de combates ofensivos, y del mismo modo, en una sola accion se sostiene á veces el ataque con movimientos defensivos y recíprocamente.

Convengamos en llamar, en general, ofensiva, prescindiendo de episodios y momentos defensivos, á la guerra en que se trate de la ocupacion y conquista del país enemigo, y defensiva la contraria, por más que en ella tengan lugar reacciones generales ó parciales de ataque. Todo esto, considerado desde el punto de vista militar, porque si penetramos en la política, verémos más de una vez que el que tiene la ofensiva en el gabinete no la tiene en el campo de batalla. Pero ahora prescindimos de consideraciones no inmediatas á la cuestion, y cuando de estrategia y táctica hablamos, es porque suponemos resueltas todas las difi-

cultades políticas y de organizacion, y una igualdad absoluta en los dos partidos, en todo, ménos en aquello que estamos examinando. Para seguir tal ó cual línea, para provocar ó eludir tal combate, para trazarnos todo plan de conducta, se debe consultar la política militar, la organizacion, la estrategia y la táctica; á veces, cada uno de estos datos del problema influye de un modo contrario á los otros, y por eso nos hallamos en muchas acasiones agresivos en política y resistentes en guerra, atacando en estrategia y defendiéndonos en táctica, destruyendo al enemigo para conservarnos, ó conservándonos para poder destruir.

De aquí se deduce, que bajo todos puntos de vista no conseguirémos defendernos sino atacando, y por consiguiente, que la guerra defensiva no es una esencia distinta, sino un accidente de la ofensiva, una preparacion ó un desenlace, un medio, jamas un fin, y como tal no tiene otra mision que la de disponer las masas para el ataque, así como la parada en esgrima no tiene sólo por objeto separar el acero del contrario, sino preparar la estocada, como una consecuencia inmediata y legítima del quite.

De la importancia que hemos dado á las comunicaciones se deduce que el ataque en estrategia consiste en crear bases sucesivas y trazar líneas de operaciones tales que nos permitan amenazar las comunicaciones contrarias sin peligro de las nuestras; pero como para esto es preciso avanzar dejando al enemigo en una posicion lateral sobre nuestras líneas de comunicacion, es evidente que queda comprometida la línea más extrema sobre este lado, y sólo podemos arriesgar este peligro si al extremo opuesto existe otra línea principal de comunicacion á la que podemos llegar ántes. Si no la tenemos, nuestro plan debe ser crearla, y para eso tomar un punto avanzado y lateral que nos permita prolongar nuestra última base, ó establecer una nueva en forma de martillo que dé dominio sobre dos lados adyacentes del teatro de la guerra. En una palabra, la ofensiva estratégica no está asegurada sino con el establecimiento de bases y ocupacion de puntos estratégicos que nos proporcionen líneas de comunicacion ó retirada, muy divergentes, desde la perpendicular

hasta la paralela á nuestra posicion; entónces, bien podemos envolver los frentes del enemigo y avanzar sobre las comunicaciones, que nada importa que él se apodere de las nuestras de la derecha si nos quedan las de la izquierda, donde estableciendo una posicion fija, dejamos al enemigo el paso franco á nuestros campos de retaguardia, pero obligándole á perder en su marcha sus líneas de comunicacion.

Estas posiciones laterales las conocen los alemanes con el nombre de excéntricas; ellas son el secreto de la guerra defensiva, porque, en virtud de retiradas laterales sostienen al ejército en la misma zona de operaciones, impidiendo al enemigo que avance á las zonas de retaguardia sin peligro de perder su base.

Hemos presentado, aunque muy ligeramente, esta parte abstracta y confusa de la ciencia de la guerra, y no profundizamos más, porque, á pesar de la importancia que los alemanes dan á estas nebulosas y vagas teorías, creemos que no se debe pasar en ellas de cierto límite, porque las discusiones escolásticas en este asunto no traen otra cosa que dudas y brillantes elucubraciones, y doctrinas tan incomprensibles como las de Lascy, en su guerra de cordon, la de Bulow, en sus retiradas divergentes, y la de Wilissen, sobre el *ángulo del objeto*. En lo abstracto de toda teoría no se debe extender el estudio hasta más allá de lo que se necesite para la inteligencia de lo concreto; la ciencia del general es la de las marchas y batallas; es el conocimiento de la organizacion política y de la fuerza moral de los hombres y material de las armas, cosas todas que no se miden por arcos de círculo, ni se sustentan en principios absolutos, exclusivos y universales para todas las causas, en todos los tiempos y sobre todos los campos de maniobra.

CAPITULO II.

TÁCTICA.

I.

Espíritu de la táctica.

No dejarémos de insistir en las definiciones de estrategia y táctica, por más que sea difícil darlas con exactitud, porque es de absoluto interes para la inteligencia del arte de la guerra distinguir la una de la otra, y muchos militares las confunden y las interpretan. El plan general de una campaña es obra de la estrategia, el de una batalla pertenece á la táctica; la primera es esencialmente especulativa, la segunda práctica; aquélla medita y decide, ésta obedece y ejecuta, la estrategia traza las líneas que se deben seguir, y designa los puntos que se han de ocupar, la táctica *ordena* (1) las tropas y los materiales de guerra para marchar por esas líneas ó tomar esos puntos; la una es el alma, la inteligencia, la otra es el cuerpo, la forma visible y palpable; en el arte bélico, como en todos, el artista ha de tener *sentimiento* y *ejecucion*, y el sentimiento es aquí la estrategia, la ejecucion, la táctica. Cuando en el silencio de la noche, abismado el general en su tienda en hondas meditaciones, vacila entre poner sitio á tal plaza, ó llevar la guerra á la otra orilla de tal rio, resuelve

(1) Táctica, de *Taktos*, ordenar, poner en órden.

un problema estratégico. Cuando despues de resuelto, á la diana siguiente, da la órden para la operacion, pero todavía duda, á la vista del terreno, qué tropas escogerá, cómo ha de combinar la accion de la infantería con la de la caballería, en cuántas columnas se ha de dirigir, qué altura ó qué posicion ha de ser ventajosa para sus fuegos, entónces no hace otra cosa que traducir á hechos tácticos la idea estratégica. Como estos hechos son consecuencia legítima de las propiedades naturales de las armas y el terreno, hay para ellos reglas absolutas á que no se puede faltar jamas, y por eso la táctica es un estudio mucho más concreto que la estrategia. Es dudoso si debemos atacar tal posicion; pero decidido ya, no se vacila en la forma que se ha de dar al ataque; la táctica sabe muy bien si ha de marchar primero la caballería ó la infantería, si conviene hacer uso de las columnas cerradas ó de las líneas, si se debe preferir el cañon al obús, ó si se ha de prodigar ó no la accion de las tropas ligeras, porque todo esto obedece á leyes físicas inmutables, á la naturaleza siempre igual del bosque, del rio, de la montaña y de las armas del hombre, y si las cualidades morales de éste, que es el único dato variable en el problema, no corresponden ni se armonizan, en algun caso, con esas leyes físicas, es de la estrategia y no de la táctica el error; ésta se defiende ó ataca sin tener para nada en cuenta la moral del soldado ni la política de la guerra, sino sólo los medios materiales de que dispone, porque ella no es un principio ni un fin, sino un medio, no decide si el ataque debe darse, sino la forma en que se debe dar.

Vamos, por consiguiente, á descender á detalles en el arte de la guerra, prescindiendo por completo de consideraciones políticas y estratégicas, y las reglas que vamos á prescribir considérense como absolutas bajo el punto de vista táctico; pero ántes de seguirlas, examínese si en cada caso particular cumplen con la razon política, satisfacen al problema estratégico, y obedecen al espíritu de las tropas ó á sus cualidades morales.

Como arte concreto y limitado en sus medios, la táctica funciona de un modo distinto, en las cuatro operaciones á que se

pueden referir todas las de la guerra, marchas, campamentos, combates y sitios; y es tan precisa en sus reglas, que los detalles en la ejecucion de estas cosas están prescritos en leyes del Estado, reglamentos y ordenanzas, y aunque no defendemos nosotros que hasta tal punto se limite la accion material táctica, esto nos sirve para demostrar la exactitud de los principios.

Oportunamente, en lo que resta de este libro, nos irémos ocupando de estas cuatro operaciones; por ahora vamos á sentar las bases generales de la táctica sublime, entendiendo por este nombre el arte de disponer, combinar y mover para un fin dado todos los elementos materiales de guerra, cada uno de ellos segun su táctica particular y los reglamentos de cada arma ó instituto. Como en todas las operaciones descuellan desde luégo los combates, porque son el medio y el fin, el planteo y la solucion de todo problema militar, referirémos á ellos todas las líneas tácticas.

II.

Línea de batalla.

A primera vista se comprende que el éxito de una accion de guerra depende en gran parte del modo con que se hallan dispuestas y colocadas las fuerzas sobre el terreno; llamemos á este modo *órden de batalla*, *despliegue* al acto de tomar las tropas este órden desde el de marcha ó desde su campo, y *línea de batalla* la que las tropas ocupan despues de haber desplegado.

Ántes de explicar los diferentes órdenes y el modo con que se debe desplegar, segun la situacion respectiva de ambos ejércitos y los accidentes del terreno, debemos hacer un estudio detenido de las líneas de batalla consideradas en relacion con las estratégicas definidas en el capítulo anterior.

Hemos dicho que el secreto de la guerra consiste en apoderarse de las comunicaciones del enemigo conservando las propias, y

fácilmente se deduce de aquí, que en todo combate nos debemos proponer cortar la union de la línea de batalla enemiga con la de comunicaciones, bien sea este punto de union una de las alas ó el centro, bien sea la línea de batalla una prolongacion de la grande artéria ó una perpendicular á ella.

Nuestras líneas de marcha con relacion á las del adversario, no pueden conducir nuestro ejército sino á una de estas tres posiciones sobre la línea de batalla enemiga; al frente suyo, por la derecha, izquierda ó centro; á su retaguardia por la derecha, izquierda ó centro, ó en su prolongacion por la derecha ó por la izquierda. En el primer caso nos hallamos faz á faz del enemigo, y ambos ejércitos despliegan á su frente extendiéndose si el uno por su derecha el otro por su izquierda, si el uno por ambas alas el otro tambien; en el segundo, el enemigo se ve obligado á dar frente á retaguardia ántes de desplegar, y se halla cortado de su base; en el tercero, tiene que hacer un cambio de frente ántes de tomar su línea, si no quiere sufrir un ataque de flanco y perder, al empuje de toda nuestra masa, uno tras otro todos sus puntos de derecha á izquierda, ó de izquierda á derecha, segun el flanco á que nos hemos presentado.

En toda línea de batalla hay dos puntos principales, el estratégico y el táctico; el primero es aquel cuya ocupacion nos hace dueños de las comunicaciones; el cuerpo, el reducto, el puente ó la aldea desde donde parte á retaguardia del enemigo su línea principal de retirada, es el punto natural estratégico, porque desde el momento en que nos apoderamos de él, quedan los demas cuerpos sin apoyo, obligados á dispersarse en direcciones excéntricas que ninguna conduce á la verdadera base. El táctico es el que da á las armas superioridad material en el combate, y por sus dominaciones, por sus defensas ó por otra razon, se liga con los demas de la línea de tal modo, que de la conquista de él depende sucesivamente la de todos; ambos puntos pueden verse confundidos en uno.

Ademas de esta distincion necesitamos, para la mejor inteligencia de la línea de batalla, hacer otra; el punto *fuerte* y el *dé-*

bil; el primero puede ser así por el arte, por la naturaleza ó por los cuerpos que le guarnecen, y el segundo, por la naturaleza, por las malas tropas que le cubren ó por su enlace difícil con el resto de la línea; ambos coinciden ó no con el estratégico y táctico, y esto depende del talento del general. Para considerar todo esto, es preciso, en cada caso práctico, tener en cuenta el terreno, el número y espíritu de las tropas, y su órden de batalla; pero si sólo atendemos á la línea que forman los hombres, observamos en ella desde luégo dos puntos débiles, que son los flancos, particularmente el izquierdo, y uno fuerte, que es el centro, porque á él no podemos llegar sin vernos amenazados por derecha é izquierda. Esto es así por la misma naturaleza humana; todo peligro que se presente al hombre aislado, ó á la reunion de hombres por el frente es ménos temible que por la derecha, porque en este caso ni el peligro se ha visto desde tan léjos, ni se le puede arriesgar sin un movimiento preparatorio; por la izquierda es todavía más grave, porque los movimientos en este sentido son más difíciles; y para la reunion de hombres, el peligro se complica, porque la imaginacion de cada uno se siente herida lo mismo, y la masa no puede cambiar de frente sino á mucha costa; por otra parte, los flancos son el camino para los campos de retaguardia, y allí se hallan las líneas de comunicacion y todos los puntos de refugio.

En vista de esto vamos á dictar las condiciones que debe satisfacer una línea de batalla.

Lo primero que necesita es que sus flancos estén apoyados en obstáculos insuperables para el enemigo, que no sea posible la presencia de éste, ni áun en corta fuerza, por retaguardia; que los puntos estén ligados sin que ningun gran claro de tropas ó accidente del terreno los separe; que todos se defiendan recíprocamente; que la conquista del débil sea inútil para el enemigo; que sean fuertes el estratégico y el táctico; que no coincidan el uno con el otro, para que perdido el último, y por consiguiente la batalla, sea posible la retirada, conservado el estratégico; y por último, que existan dos ó más de igual importancia táctica

y estratégica, porque perdidos los unos, sirven los otros de apoyo para reconquistar los perdidos, ó pronunciar la retirada.

Para conseguir todo esto, es preciso ordenar las fuerzas sobre la línea, reforzando unos puntos, debilitando otros, guarneciéndolos segun exigen las condiciones del terreno, y levantando obras de campaña, allí donde convengan : esto es, el *órden de batalla*. Para tomarle bien y pronto necesitamos que el despliegue sea corto y protegido, y que conduzca á las tropas sin dudas ni vacilaciones, y sin tropezar unas con otras, á los sitios que han de ocupar en la línea.

Seguimos en este estudio el mismo enlace de ideas que el general en jefe en los momentos que preceden á un combate; lo primero que ve es la línea que debe ocupar, en seguida, el órden que debe adoptar en ella, y por último, el despliegue que debe hacer para tomar ese órden; pero la línea, el órden y el despliegue no pueden ser buenos sino en relacion á la línea, el órden y el despliegue del enemigo, y á las maniobras proyectadas por uno y por otro bando para el planteo, desarrollo y desenlace de la batalla; de modo que se debe tener un pensamiento, un plan trazado préviamente, que se modifique luégo segun las peripecias que sobrevengan, y para concebirle es preciso adivinar por todos medios el del enemigo, conocer exactamente su órden, y examinar los accidentes del terreno entre ambas líneas, hasta en sus menores detalles.

III.

Plan de ataque.

Para vencer se necesita apoderarse del punto táctico de la línea de batalla del enemigo, y para conseguir ventajas de la victoria, del estratégico; pero como ambos deben ser fuertes, ó por la naturaleza ó por el arte, si el general contrario no es comple-

tamente inhábil, las primeras maniobras han de tener por objeto obligarle á debilitar esos puntos, valiéndose para ello de ataques falsos ó demostraciones; conseguido esto, se da el ataque verdadero al punto táctico con una masa de mayor fuerza que la que el enemigo puede oponer, pero de modo que en seguida se logre la toma del estratégico, sin el que la victoria no ofrece otro resultado que sangre vertida sin fruto.

Aquí se comprende la analogía que existe entre la estrategia y la táctica, entre el plan de campaña y el de batalla; hacer débiles los puntos estratégicos del teatro de la guerra y presentarse allí con más fuerza que el enemigo, estrategia; hacer débiles los puntos tácticos de la línea de batalla y lanzarse en seguida sobre ellos, táctica: reuniendo ambas ideas en una sola frase, dirémos que todo el arte militar consiste en presentarse en los puntos de interés con más fuerza que el enemigo, obligando á que éste distraiga la suya en puntos secundarios, así se comprende la victoria de pocos contra muchos, y así la ciencia equilibra al débil con el fuerte.

La posicion táctica, esto es, las condiciones militares de los accidentes del terreno; la estratégica, esto es, la direccion de nuestra línea de batalla con respecto á la de comunicaciones del enemigo; el órden, esto es, la distribucion de las tropas en la línea, son las causas que deciden el plan de ataque que se debe seguir, y decimos plan de ataque, en razon á que ambos partidos le tienen, áun el que se halla á la defensiva, porque ésta jamas puede ser absoluta en los campos de batalla. Segun la naturaleza de estos antecedentes, y la de los puntos débil, fuerte, estratégico y táctico, se hace el propósito de atacar una de las alas ó ambas, ó el centro solo, ó el centro y una de las alas, que son los tres únicos ataques posibles, el primero envolvente, el segundo de rompimiento, y el tercero una combinacion de ambos, como en estrategia. Resuelto ya el que se debe seguir, se determina el órden de batalla más á propósito, y que en todos casos ha de llenar las condiciones siguientes: que sea fácil modificarlo en cualquier momento; que las armas se auxilien recíprocamente y combinen

las tres su accion, ya en el ataque, ya en la defensa; que no se mezclen en pequeñas fracciones unas con otras, ni se embaracen en sus movimientos; que no se amontonen en corto espacio ni se extiendan demasiado; que ocupe cada una, en la formacion más adecuada, aquellos accidentes del terreno que la sean más favorables; que sean fáciles las demostraciones falsas que convengan, y por último, que, adoptando formaciones á propósito, se alucine al enemigo en el número y distribucion de fuerzas, ocultando el verdadero plan de batalla.

IV.

Orden de batalla.

Así, avanzando unas fuerzas, rehuyendo otras, disponiéndose aquí para la defensa, allá para el ataque, presentándose en un lado, ocultándose en otro, erigiendo obras en una parte, y valiéndose en otras de accidentes del terreno favorables á las armas, se constituye el órden de batalla, que llamamos *órden oblícuo*.

Al usar este nombre no se crea que hablamos sólo de oblicuidad geométrica, bien pueden ser paralelas las dos líneas de batalla, y sin embargo, el órden ser oblícuo, porque con esta palabra queremos significar la oblicuidad mecánica en las fuerzas, cuya accion debe ser más poderosa en unos puntos que en otros para que el esfuerzo no sea uniforme y simultáneo en toda la línea, y para que, considerando al ejército enemigo como una muralla, se le bata en brecha concentrando el ataque á un solo punto con preferencia á los otros.

Á pesar de ser el órden oblícuo el único posible en la práctica, necesitamos en teoría dar á conocer un órden elemental que llamamos paralelo, y que sólo está basado en la naturaleza de las armas, sin tener para nada en cuenta ni las condiciones del terreno, ni la calidad de las tropas, ni los puntos de ataque, ni las

líneas de comunicacion; y debemos darle á conocer porque todos los otros oblícuos se refieren á éste como fundamental y no son más que variaciones suyas exigidas por estos accidentes ; lo único inmutable en guerra y que está sujeto á leyes fijas son las armas del hombre, y sólo en ellas está fundado este órden paralelo, que mejor llamariamos orgánico.

Figurémonos dos ejércitos absolutamente iguales y sobre un terreno sin el más ligero accidente, prescindamos de las líneas de comunicacion y operaciones, y sin duda que nos representarémos el choque de ambos ejércitos por la oposicion sistemática de boca de fuego á boca de fuego, y de sable á sable. Esto en la práctica no daria otro resultado que una matanza inútil; y suponiendo igual tenacidad en los beligerantes se podria averiguar por aritmética el momento de la muerte del último soldado; pero en el estudio teórico necesitamos partir de esta forma de combatir porque se refiere sólo á la naturaleza de las armas.

Lo primero que se nos ocurre es que las tropas que dan principio á la pelea se cansan ántes de terminarla, y por consiguiente, necesitan períodos de reposo para cobrar bríos y volver á combatir; pero como la batalla no puede suspenderse, es preciso que en estos períodos se cuente con el esfuerzo de otras tropas, y por lo tanto, hay que dividir la fuerza en dos líneas que se relevan y ayuden ; la primera en combate, y la segunda á 400 ó 500 pasos de la primera, fuera del alcance del fusil enemigo. Como la primera está en fuego, debe tener sus batallones en batalla, alineados paralelamente al enemigo, con claros pequeños entre sí, pero suficientes para que se distingan las unidades tácticas, y para que no se estrechen las unas con las otras impidiendo á los hombres el manejo de las armas. La segunda puede adoptar la misma formacion, ó bien, puesto que ha de marchar más tarde al sitio donde se halla la primera, tendrá en columna sus batallones, cada uno respectivamente detras de otro de primera línea.

La caballería no debe colocarse mezclada entre estos batallones, porque el espacio que necesita es distinto, la velocidad en

sus movimientos más, y el efecto de sus armas no se verifica sobre el mismo terreno que pisan los caballos, sino en una línea á vanguardia á 300 pasos, que es la distancia que deben correr para adquirir su máximo empuje, por consiguiente, es preciso colocarla en dos mitades, á derecha é izquierda, en defensa de los flancos del ejército, pero no alineada con la infantería, sino 300 pasos á retaguardia para que el efecto de sus cargas lleguen á la línea de los infantes. En los extremos establecerán escuadrones ligeros, que destaquen tiradores para dar aviso de cualquier movimiento por el flanco.

La artillería tampoco puede mezclarse, porque entorpeceria los movimientos de las otras armas, y porque su efecto, lo mismo que el de la caballería, es de muy poco valor si no obra en grandes masas, por consiguiente, es preciso tener reunidas todas las piezas adjuntas á cada division de infantería ó caballería, y establecerlas entre los claros de las divisiones, pero de modo que puedan cruzar sus fuegos sobre todo el frente, y para eso tiene que conservar un poco á derecha ó izquierda cada batería.

Para dar principio á la batalla, y descubrir los primeros movimientos del enemigo, se necesita que una parte del ejército vaya delante en las marchas y rompa las acciones miéntras el grueso forma del modo que hemos dicho; ésta es la *vanguardia* que extiende sus guerrillas mixtas por todo el frente del ejército, que dispara los primeros cañonazos y entretiene al enemigo con combates defensivos, y que, por último, ya empeñada la accion, toma puesto en el órden general como las demas tropas.

Todavía necesitamos otra fuerza que se guarde para emplearla en los momentos de más peligro, y que hasta tanto debe estar léjos de la batalla; ésta es la *reserva*, que para que pueda acudir donde convenga debe hallarse á retaguardia del centro de la segunda línea, formada en columnas de maniobra y léjos del alcance del cañon liso, pero no del rayado, porque ya estaria muy distante.

Sólo nos queda que dar colocacion á los parques, material y equipajes; todo esto debe hallarse más á retaguardia de la re-

serva, con la escolta suficiente para su seguridad; el parque ordenado en filas, la primera de piezas, luégo las que se necesiten de carros de municiones, máquinas, fraguas, etc., y por último, los trenes de puentes en sus carros, los víveres y equipajes en sus carros ó acémilas, reunidos y alineados, exigiendo á los conductores, bajo las penas más severas, que guarden su línea y distancia, todo organizado militarmente, y todo de manera que pueda moverse fácilmente en la direccion que se señale.

Hé aquí el órden paralelo; el menor accidente en el terreno, la diferencia en el número, organizacion, ó moral entre ambos ejércitos, hace que se altere, sustituyéndole por uno de los infinitos oblícuos que se pueden presentar, y cuyos principios generales explicarémos en los estudios sucesivos.

No entrarémos á clasificar, como en otras obras, los órdenes de batalla; en nuestro juicio son infinitos, tantos como casos pueden ocurrir, pero de todos modos, líneas, órden y despliegue no pueden referirse sino á uno de los tres planes tácticos arriba explicados, el de rompimiento, el envolvente y el combinado; en relacion á cada uno de ellos vamos á considerar ahora las líneas y el órden de batalla.

V.

La línea y el órden con relacion al plan de ataque.

El deseo de envolver en el combate al enemigo, sin haberlo conseguido ántes por la estrategia, ha hecho cometer grandes errores á ilustres capitanes. El ataque envolvente ofrece brillantes resultados, mas para darle es preciso hallarse en condiciones de fuerza que muy pocas veces se logran. Cuando por la direccion de nuestras líneas estratégicas tenemos la de batalla paralela, ó por lo ménos oblícua, á la de comunicaciones del enemigo, entónces se halla indicado este ataque; pero si su línea de batalla cu-

bre perfectamente la de comunicaciones sin que de ningun punto de la nuestra pueda partir una amenaza directa contra ellas, entónces el ataque envolvente es difícil y peligroso. Sólo dos modos hay de plantearle, y en ambos se debilita nuestra posicion táctica; el primero, es hacer que nuestra línea de batalla se prolongue por el lado que se trata de envolver más que la del enemigo, y doblar luégo este rebase sobre su flanco, mas para esto es preciso extendernos, y la extension nos debilita en todos los puntos; si trasladamos todo el órden más el flanco, el rebase que conseguimos por la derecha se lo cedemos al enemigo en la izquierda, y si éste dispone de libertad en sus movimientos, nos puede doblar el ala con tanta mayor comodidad y más pronto, cuanto que nada tiene que hacer para prepararse; y el tiempo que nosotros empleamos en nuestro movimiento de flanco lo emplea él directamente en el ataqne; ademas, estas maniobras á la vista de un enemigo hábil, traen, casi siempre, las funestas consecuencias que trajo á los aliados su movimiento envolvente en Austerlitz. El segundo medio es destacar un cuerpo desprendiéndole del órden, y hacer que por una marcha circular caiga en el momento de la batalla sobre el flanco ó retaguardia del enemigo; en este caso, necesita la fuerza que envuelve, líneas de marcha largas, y ocultas por el terreno ó seguidas de noche, y es fácil que se halle interceptada del grueso del ejército, porque el cuerpo enemigo que se opone á la maniobra sigue una línea más interior, y por consiguiente más corta, y establece una solucion de continuidad entre el grueso enemigo y su cuerpo envolvente, y ataca entónces lo que halla más cerca, ó el flanco del ejército, ó ese cuerpo desprendido, aislado y sin comunicacion con el grueso.

Á pesar de tantos peligros es tan completo el éxito de una maniobra envolvente, si llega á realizarse, que se dejan seducir por ella todos los hombres de guerra, desde el comandante de patrulla, que se desprende de lo mejor de su gente para cortar á otra patrulla, hasta el general, que sacrifica sus más brillantes batallones en una operacion tan arriesgada. Nosotros, sin em-

bargo, no nos cansarémos de presentar los peligros que ofrecen estos ataques, y no los aconsejarémos sino en aquellos casos en que se esté seguro de realizar la maniobra, porque una vez emprendida no hay medio de retroceder. En el estado actual del arte ha llegado el ataque envolvente á ser casi imposible, por lo ménos en las grandes batallas; se puede asegurar que el último fué el verificado por Blucher en Waterlóo, y áun éste debemos creerle hijo de la casualidad y no efecto de un plan preconcebido. Estos movimientos no pueden llevarse á cabo sin extenderse ó dividirse ó marchar de flanco, y son muy pocas las ocasiones en que por una de estas tres cosas no se ve en peligro la union y la existencia del ejército; á pesar de eso, es tan terrible el efecto moral que produce la presencia del enemigo sobre el flanco ó espaldas de la línea, que si no como ataque principal, como demostracion ó ataque secundario, aconsejamos que, siempre que sea posible, se destine al ménos una corta fuerza á estas amenazas.

Poco tenemos que decir del ataque de rompimiento; es el resultado de hábiles demostraciones que alucinan al enemigo, y de la acertada combinacion de las tres armas en el momento del ataque, combinacion que detallarémos en la *teoría de las fuerzas*. Una vez partida la línea, nuestro órden, apoyado en todos sus puntos de extremo á extremo sobre el cuerpo central que ataca, debe penetrar por esa brecha abierta, desunir más y más las dos mitades del órden enemigo roto, y dar principio á una persecucion activa, que lance en direcciones divergentes á esos fragmentos, ó que los cierre el paso, porque sólo en las persecuciones está la victoria.

El ataque mixto de envolvente y rompimiento está sujeto, por lo que á cada mitad toca, á las leyes de los dos anteriores, y en sí mismo exige armonía y enlace íntimo entre las fuerzas que rompen y las que envuelven; jamas deben obrar éstas con independencia ni dejar abierto claro en sus posiciones; al contrario, el punto más inexpugnable de toda la línea ha de ser el de union entre ambas fuerzas, porque la defensa contra un ataque

mixto no la tiene el enemigo sino en la ocupacion de ese punto que desliga los dos ataques, y hace de la batalla un sencillo rompimiento.

VI.

La marcha y el despliegue con relacion al órden.

En táctica todo se eslabona con el plan de ataque; el órden de batalla se subordina á él, la línea al órden, el despliegue á la línea, la marcha al despliegue, el campamento á la marcha; y para dar unidad á estas ideas, puesto que todo esto es infinito y vário, necesitamos partir de una que las armonice todas, que sea el principio constante del desarrollo de todas ellas, y ésta no puede ser otra que el órden paraleio, que es la tésis fundamental de la guerra. Efectivamente, él señala la composicion de las unidades tácticas, desde la compañía hasta el cuerpo de ejército; él traza los campamentos, forma las columnas de marcha, da principio á los despliegues, y por último, él mismo lleva en sí elementos para cambiar de ser, y convertirse en órden oblícuo segun el terreno y las circunstancias.

Partiendo de esta idea, concebimos la marcha de un ejército atravesando en este órden los campos; pero como esto no puede ser, necesitamos dividir la línea en columnas que sigan direcciones paralelas, y que conserven entre sí distancias de despliegue. Estas columnas serán en el mayor número posible, porque así cada una es más corta y el despliegue más rápido; con sus cabezas alineadas y su fondo igual á su frente en batalla, siguen la marcha hasta el momento en que á una señal hacen alto todas y despliega cada una llenando el intervalo que la separa de la inmediata, y el órden paralelo queda otra vez constituido. Es inútil decir que todo esto es puramente teórico; pero así como para explicar el órden oblícuo hemos dado ántes á conocer el paralelo, para el estudio de las marchas y los despliegues en general, de-

bemos ántes presentar los que se refieren á este órden ; vamos, por consiguiente, á señalar las condiciones generales que deben satisfacer.

Nunca es tan débil una fuerza como en el acto del despliegue ; fraccionada en mil trozos, sin armonía entre sus cuerpos, siguiendo cada uno direcciones distintas hasta llegar al punto señalado en la línea, y presentando á veces el flanco, no tiene aptitud ninguna para combatir en aquel memento ; se halla, por decirlo así, sacando la espada y poniéndose en guardia, y en los duelos de esta clase no se espera la voz de los padrinos, sino que, si se puede, se precipita uno ántes sobre la espada de su contrario para hacerla pedazos. Es preciso, por lo tanto, que esta situacion transitoria termine pronto, y que miéntras dure, esté defendida la posicion y cubierto el movimiento de cada columna; que todas ellas tengan su marcha, trazada ya, libre y expedita para que se hallen pronto en su puesto; que no tropiecen unas con otras, y sobre todo, que no haya dudas y contraórdenes. Más vale desplegar mal y pronto, que bien, tardando; muchos generales célebres no han debido su fama sino á esos arranques, á esa iniciativa pronta en los movimientos, porque es más fácil modificar un órden ya establecido, que variar un despliegue en el acto, y esto, por otra parte, lastima la moral del soldado, que quiere ver en su general una idea fija, y no un plan incierto y sin madurar.

Un ejército de 50.000 hombres en una sola columna tardaria en desplegar seis ó siete horas, esto suponiendo que los campos permitieran ser cruzados en todas direcciones ; por consiguiente, es inevitable la subdivision del ejército en muchas columnas, á distancia entre sí de despliegue, enlazadas por cuerpos ligeros volantes, y obedeciendo todas simultáneamente á señales que se puedan oir ó ver desde extremo á extremo ; así, en el momento preciso, cada una marcha al punto designado préviamente por el general en jefe al de division.

Para el despliegue, como para todo en la guerra, hay que resolver ántes la cuestion de tiempo y espacio; hay que tener segu-

ridad de que el enemigo no interrumpirá la maniobra, y de que el terreno ofrecerá extension para ella; si falta tiempo, las columnas, empeñadas sucesivamente, van sufriendo unas despues de otras todo el peso de la batalla, y tal vez ántes de llegar la última, el ejército entero haya sido derrotado sin poder armonizar el esfurzo de cada una de sus fracciones; si es espacio lo que falta, aglomeradas todas, sin desarrollo y en confusion, serán batidas por fuerzas inferiores que tengan libertad en sus movimientos. Cárlos XII derrotó en Narva, en dos dias, con 8.000 suecos, primero 5.000 rusos, luégo 30.000, y por último 80.000, atrincherados y protegidos por 120 piezas; encerrados en una posicion estrecha no pudieron desplegar, y ellos mismos, más bien que los soldados de Carlos XII, se dieron la muerte.

Para ganar tiempo y espacio está la vanguardia; no hay palabras para encarecer el servicio que presta; entretiene al enemigo con escaramuzas y combates ligeros, ataques cortos, retiradas falsas, y reacciones audaces, ganando tiempo para el despliegue general, conquista espacio adelantándose con prontitud á tomar los puntos tácticos que luégo han de ser la clave del órden, oculta con sus nubes de tiradores los movimientos más interesantes de las columnas de retaguardia, y quebranta con sus cañones de grueso calibre aquellas posiciones que luégo han de ser forzadas; pero ella es débil, y si se la deja por mucho tiempo entregada á su penosa tarea, el enemigo la arrollará y penetrará hasta el corazon del ejército, sorprendiendo á éste en delito *in fraganti* de despliegue, por eso es preciso desplegar pronto y con decision; si las órdenes se multiplican, si la desconfianza cunde en las filas, si los cuerpos van de aquí para allá sin saber dónde fijarse, se tiene mucho adelantado para ser batido.

La vanguardia parcial de cada columna tiene relativamente los mismos deberes que la general del ejército, proteger y ocultar el despliegue; despues que se ha terminado, todas ocupan un puesto en el órden de batalla, bien conservando las posiciones que tomaron al romper la accion, ó bien, si han sufrido mucho, pasando á otras más léjos del peligro.

Analizando lo que hemos dicho en este y en el anterior capítulo vemos que la táctica se subordina á tres cosas distintas entre sí, á veces opuestas, y que es preciso armonizar siempre, las fuerzas de que se dispone, las localidades que se ocupan, y las líneas que se siguen hasta llegar al enemigo. Aunque combinado todo esto en la práctica, debemos considerarlo en el estudio con cierto aislamiento, y para eso vamos á desarrollar primero la teoría de las fuerzas, y luégo la de las marchas y combates, huyendo de vagas definiciones y de doctrinas abstractas, y descendiendo al último estudio del arte bélico, á las operaciones.

ESTUDIO CUARTO.

TEORÍA DE LAS FUERZAS.

ESTUDIO CUARTO.

TEORÍA DE LAS FUERZAS.

CAPITULO PRIMERO.

ARTILLERÍA.—ARMAS.

I.

Pólvoras.

Bajo la palabra *artillería* se encierran dos cosas radicalmente distintas; una, esa ciencia, resultado de otras muchas, enlazada con todas, y que no se puede abarcar por un hombre solo; y la otra, ese cuerpo de tropas que pelea de cierto modo combinando su accion con la de las dos armas fundamentales, la infantería y la caballería. Bajo este aspecto la estudiarémos más adelante; bajo el primero debemos hacer, para conocimiento de los no competentes, un sencillo exámen de las armas de guerra, porque todo militar, aunque no sea artillero, está obligado á tener de esto alguna idea, á no encogerse de hombros escudándose con su incompetencia ante una dificultad del momento, y á conocer las propiedades de cada uno de esos instrumentos de muerte.

El primer agente de la guerra moderna es la pólvora, que ha hecho que las armas de fuego sustituyan con incomparable ventaja á las antiguas arrojadizas. Toda composicion química que, como ésta, produzca, inflamada, una violenta expansion de gases,

ha de tener en la guerra un importante uso, ya para arrojar gruesos proyectiles, ya para conmover ó despedazar rocas y murallas, y en este ramo se esperan todavía grandes progresos, porque la química es una ciencia infinita; pero hasta ahora, sólo se conoce la pólvora comun, alguna que otra de circunstancias, como la de algodon, y algunos mixtos para auxiliar el uso de las armas ó el efecto de los proyectiles.

La pólvora se compone de salitre, carbon y azufre; la medida en que se mezclan estas sustancias varía segun para el uso á que la pólvora se destina, teniendo presente que el salitre produce la expansion, y los otros ingredientes la combustion, haciendo el azufre la pólvora más dura y el carbon más combustible. Por regla general, la dósis de salitre debe estar comprendida entre el 75 y el 80 por 100 de peso, quedando para las otras sustancias un 20 ó 25, que para la pólvora de guerra debe estar dividido casi en partes iguales. Esta mezcla, bien molida y amasada, se reduce á una pasta, y luégo se tritura en granos, que despues de secos se pasan por tamices y cribas distintas, para separar los gruesos de los finos y éstos del polvorin.

La pólvora será tanto mejor, es decir, despedirá con más fuerza el proyectil, cuanto mayor sea la expansion que reciba el grano al inflamarse; para esto se necesita que los ingredientes sean puros, que se hallen en cada grano en la misma proporcion que en toda la tarea, que los granos sean iguales, endurecidos y compactos, que el fuego se comunique directamente al centro de la carga, que ésta forme una figura esférica en lo posible, y por último, que no esté tan comprimida que se cierren las corrientes de aire interior conductoras del fuego. Con estas condiciones, comunicado éste al centro, se propaga de súbito conquistando el gas inflamado un espacio mil novecientas veces mayor que el que ocupaba la carga, lanzando léjos de sí, por el lado más débil, el obstáculo que se oponga, y abriendo brecha para buscar franca salida.

Esta expansion de la pólvora es preciso que para las armas no sea demasiado súbita, sino que sucesivamente vaya venciendo la inercia del proyectil y acompañándole desde la recámara hasta

la boca; de lo contrario, la violenta impresion que recibe el arma la expone á inutilizarse; si el efecto por lo repentino se verifica ántes de que el proyectil llegue á la boca, el roce de éste con el cañon perjudica á la puntería y al alcance; pero tambien si fuera tan lento que el proyectil hubiese salido de la boca ántes de terminar la pólvora su accion impulsiva, entónces quedaria perdido inútilmente un resto de ese impulso. Para conciliar ambos extremos es preciso reducir algo la fuerza de la pólvora y la longitud del arma; la experiencia ha demostrado que con cargas iguales el alcance es mayor á medida que el cañon es más largo hasta medir veintisiete veces el diámetro del proyectil, y menor de aquí para adelante, porque entónces el efecto termina ántes de que el proyectil llegue á la boca, y abandonando éste á sí mismo roza con las paredes del ánima y pierde el impulso; sin embargo, en muchas armas, para no darlas excesivo peso y magnitud, no se llega á esta medida.

Las diferentes condiciones de la pólvora y el modo de cargar influyen en el tiro tanto más, cuanto mayor sea el alcance, porque el ángulo formado por la línea que el proyectil recorre y la que hubiera recorrido habiendo sido el arma bien cargada, se abre á medida que se prolongan estas líneas, y por consiguiente el tiro se desvia más; por eso las armas de largo alcance ofrecen en la práctica muchos inconvenientes á tiradores poco diestros, porque ademas de un minucioso cuidado para su conservacion, exigen ser muy bien cargadas y con muy buena pólvora, y tener presente, hasta en sus menores detalles, las reglas del tiro; no haciendo esto, son preferibles las antiguas, que permiten el uso de mala cartuchería, que son manejables por el más torpe recluta, que se desvian ménos del blanco, porque su alcance es menor y el ángulo de tiro ménos abierto.

Para cargar bien es preciso echar la exacta cantidad de pólvora y hacer que la carga forme una figura aproximadamente esférica; si las armas son portátiles, deben ponerse verticales y no inclinadas en el acto de la carga para que la pólvora se agrupe en el fondo, y si son piezas de artillería, hay en unas que ar-

reglarla con la mano, en otras que disponerla en saquillos á propósito; tambien es necesario que no esté oprimida y sin corrientes de aire interior, y por consiguiente no se debe atacar con fuerza el proyectil ni apretarle contra la pólvora; todo esto es de mucho más interes en las armas de precision, porque en ellas hasta la forma de la bala y el modo con que se ha introducido influye en el tiro, como verémos más adelante.

No nos detendrémos á enumerar otras muchas composiciones químicas que se usan ya para cebo, para espoleta, ó para hacer más destructor el efecto del proyectil, reventándose, incendiando en donde caen, ó inficionando el aire; terminarémos este artículo dando á conocer algunas pólvoras de circunstancias. La más conocida es la que se hace sin azufre; pero como éste es lo que da cohesion al grano, se necesita usar esta pólvora inmediatamente, porque se inutiliza y deshace conservándola ó trasportándola.

El algodon-pólvora se consigue lavando en agua corriente algodon en rama despues de haberle quitado las pepitas que contiene; miéntras se lava es preciso que sufra cierta presion por medio de planchas, por ejemplo, de zinc, para hacerle expeler todas las sustancias extrañas, luégo se le empapa en una mezcla de ácido nítrico, sulfúrico y agua, y por último se le prensa. La expansion de esta pólvora es cuatrocientas veces mayor que la de la ordinaria en igualdad de pesos; pero como su volúmen es mucho más grande, en iguales cargas da ménos impulso al proyectil, y apénas produce detonacion.

Estas y otras pólvoras ó mixtos por el estilo sólo son recursos de que se valen los hombres de ciencia en ocasiones dadas para suplir con el ingenio á la fortuna.

II.

Armas portátiles de fuego.

En la historia del arte hemos visto las primeras aplicaciones de la pólvora desde el siglo XIV que se introdujo en Europa por

los árabes. Una artillería ruda y grosera que un siglo más tarde montada sobre afustes y más movible pudo funcionar en las batallas, vino de mejora en mejora hasta dar lugar al arcabuz, la primera de las armas portátiles de fuego que, progresando de dia en dia, llegó á fines del siglo XVII á fusil, y perfeccionado por Puysegur á principios del XVIII con el uso de la bayoneta, alteró la táctica proscribiendo para siempre las picas y mosquetes.

La palabra italiana *focile* con .que se conoce la piedra de chispa, sirvió para dar nombre á un arma cuya última correccion habia consistido en introducir en ella el uso de esa piedra.

El fusil debe considerarse bajo dos aspectos, como arma blanca y como de fuego; como pica es la más corta que se ha conocido, porque no mide más que seis piés, y su peso, de once á quince libras, hace que sea poco manejable; pero combinando su doble accion de arma de fuego y blanca se olvidan estos defectos y desaparece la importancia de la pica antigua en los combates de línea.

Bajo el segundo aspecto, con una carga de seis adarmes arroja proyectiles de una onza de plomo, hallando su punto en blanco á más de 240 pasos.

Por más que parezcan pueriles estos detalles, nos creemos obligados á descender á ellos, porque escribimos, no sólo para militares, sino para todas aquellas personas que desean estudiar lo elevado de la ciencia bélica, y no tienen la práctica de los primeros elementos.

Se llama punto en blanco el de interseccion entre la línea *trayectoría*, ó sea la recorrida por el proyectil, y la de *mira*, ó sea la recta marcada por los dos puntos de este nombre que tienen las armas de fuego, uno hácia la boca, otro sobre la recámara, y que se cubren por medio de la visual con el objeto que se trata de herir.

Todo cañon tiene más espesor hácia la recámara que hácia la boca; su figura interior es cilíndrica y la exterior un suave trozo de cono, por consiguiente el proyectil impulsado en prolongacion

del eje, al salir del arma, corta la línea de mira y marcha algun tiempo por encima de ella; pero atraido á tierra por la ley de gravedad, vuelve en su descenso á cortarla de nuevo, y apresura tanto más su caida cuanto más vaya triunfando esta fuerza sobre la de impulso. Esta segunda interseccion es lo que se llama punto en blanco, que en el fusil está, como ya hemos dicho, á 240 pasos; para herir á esta distancia se dirige la puntería al objeto; á ménos, se baja la puntería elevando la culata ó inclinando la boca, puesto que el proyectil marcha por encima de la línea de mira, y á más distancia se sube.

Cuando la bala choca en ángulo agudo de incidencia con una superficie dura, se eleva en seguida formando otro ángulo un poco menor, que se llama ángulo de *rebote*.

La diferencia que hay en el diámetro de la bala y el del ánima, se llama *viento del proyectil;* cuanto menor sea esta diferencia más fuerza y acierto habrá en el disparo, porque la expansion de la pólvora no se escapará por este espacio vacío, y porque el centro de gravedad del proyectil estará más en la línea de tiro, y el impulso, por lo tanto, será más directo y más fuerte.

Máximo alcance es toda la distancia que la bala puede recorrer, conservando fuerza para dañar; en el fusil es de unos setecientos pasos.

En tres sentidos se intentan las mejoras en las armas de fuego; primero, dándoles mayor alcance y más exactitud; segundo, haciendo que disparen más en ménos tiempo, y tercero, simplificando su mecanismo para darlas mayor resistencia y facilitar su manejo á personas poco adiestradas; mas, por desgracia, el progreso en cada uno de estos sentidos se opone á los otros dos, y la armonía entre los tres es imposible. Todos los dias se anuncian nuevos inventos; ya es un arma que se carga por la recámara y dispara muchos tiros por minuto; ya otra de un alcance prodigioso; unas veces es un cañon que gira adoptándose á una de várias recámaras descubiertas que se cargan todas en muy poco tiempo; otras, un mecanismo para colocar várias cargas en un cañon, que descienden sucesivamente, y pasan á otro, con sólo

el acto de preparar; ahora se habla de un cartucho con el fulminante adherido, y con un proyectil que no deja viento; luégo, de un cañon estriado y una bala con figura más á propósito para recibir el impulso y marchar; pero cada uno de estos bienes trae consigo una mala compensacion; los unos exigen un mecanismo complicado, y por lo tanto fácil en descomponerse, los otros un gran material de guerra por las muchas cargas que consumen, y todos una instruccion teórica y práctica muy detenida, y una costumbre larga en el uso del arma, cosa que con dificultad adquieren la mayor parte de los soldados. Hasta hoy, las dos mejoras más aceptadas en todos los ejércitos han sido la cápsula para cebar y el estriado de los cañones; la primera hace que el tiro sea más preciso, porque se emplea la exacta cantidad de pólvora sin que se gaste nada en cebar y permite el fuego áun lloviendo; pero en cambio el material de guerra y el equipo y atencion del soldado se recarga con un objeto más, fácil de extraviar y pronto en averiarse, y el arma se hace más delicada, porque tiene una pieza muy débil y de un uso muy violento, que es la chimenea.

Las estrías han producido tambien ventajosos resultados; el viento de la bala se ha hecho menor, y dentro del ánima se imprime un movimiento de hélice al proyectil por las estrías, que da un gran impulso á la marcha, como el que recibe la piedra cuando el hondero hace circular la honda várias veces; pero al lado de estas ventajas aparecen las contras; la conservacion y limpieza del ánima sin estropear las estrías exige mucho cuidado, y la carga es lenta y difícil, porque se necesita no alterar la forma del proyectil al atacar.

El alcance de la *carabina rayada* es de mil varas; la línea de mira se dirige siempre al objeto, porque el punto de la recámara sube ó baja á voluntad del tirador, y en un alza á propósito está marcado, segun la distancia, dónde debe colocarse la mira. Para que el tiro sea exacto, se necesita que la pólvora esté bien medida, y el proyectil bien colocado, sin inclinarlo á derecha ó izquierda, y sin estropearle su forma con el atacador, sentándole

sobre la pólvora verticalmente sin oprimirle mucho, y cuidando de no moverle al sacar la baqueta, porque esto es muy fácil por la forma cóncava de ésta y convexa del proyectil; es preciso tambien que la distancia esté apreciada con exactitud, y que el alza no haya sufrido desde la fábrica la más leve inclinacion, porque un desvío de un diezmilímetro produce un error de muchos metros. Si algo de esto falta, el tiro de la carabina es más incierto que el del fusil, que no exige, ni tan buena cartuchería, ni en tan excelente estado el arma, ni tan diestros tiradores; ademas, si tenemos presente que la carabina, como arma blanca, es demasiado corta, no necesitamos demostrar los inconvenientes de generalizarla en todo el ejército, pero es indudable que en cuerpos escogidos y con hombres prácticos ha de ofrecer brillantes resultados; porque en guerra se hacen dos clases de fuego; uno, el de línea, precipitado, sin puntería casi, que quiere armas duras, de fácil mecanismo y pronta carga, y otro, el individual ó de tiradores, que escoge blanco, le acecha y le apunta despacio, y para éste se necesitan hombres avezados al tiro, que puedan usar armas de precision aunque sea difícil saberlas tratar bien.

A la *pistola* como arma corta, manejable, de poco alcance, y que no tiene otro uso que la defensa personal, pueden aplicarse con más ventaja todos los progresos del arte; sin embargo, para las tropas de caballería conviene una pistola sufrida y fuerte, que sea más arma de batalla que lo es el rewólver.

El *rifle-rewólver*, muy en uso en Norte-América, tiene igual mecanismo que la pistola rewólver, sólo que es arma larga; ofrece suma exactitud y gran alcance, pero tambien necesita mucho esmero en su conservacion, y un tirador muy práctico. Todas estas armas no pueden darse sino á batallones destinados, no al servicio de tropas ligeras, sino al de tiradores, en la acepcion más limitada de la palabra, hombres esparcidos por las guerrillas, sin otra táctica que la de fusilar jefes, oficiales y artilleros del enemigo.

La *tercerola*, y otras por el estilo, se dan á las tropas de caballería y algunas de artillería que se verian muy embarazadas con

armas de más longitud, más bien para defensa personal y avisos que con un objeto táctico.

El *trabuco* no ha sido considerado como arma de guerra; su peso es mucho, su alcance corto, su efecto á corta distancia, como el de la metralla; pero si consideramos que hasta cierto punto es arma nacional, y si recordamos el uso que se ha hecho de ella por partidarios españoles de caballería, no dudamos en afirmar que, perfeccionándole algo y dándole balerío á propósito, puede rendir mucho servicio en los cuerpos irregulares.

Basta con esto para dar á conocer las principales propiedades de las armas de fuego, y en qué sentido debemos buscar su perfeccion, no atendiendo sólo al efecto aislado del arma, sino á las exigencias tácticas, á las necesidades de la masa colectiva, y á la instruccion posible en los hombres de que las filas se nutren, la mayor parte poco avezados al tiro.

III.

Armas blancas.

En la fila, el manejo del fusil como arma blanca se reduce al movimiento de calar bayoneta; pero hallándose el individuo fuera de fila puede verse precisado á dar y evitar golpes distintos, y esto constituye una esgrima especial. Sin embargo, lo penoso de esgrimir con soltura un arma de doce libras de peso, hace que la esgrima de bayoneta no tenga toda la importancia que algunos la quieren dar. Toda esgrima necesita, más que nada, un hábito frecuente, grande aficion, y las excitaciones del amor propio en el ataque y defensa; en la de bayoneta no es posible hallar esto; el ataque y defensa es peligroso; con fusiles de madera del peso de los reales, y así deben ser para que la musculatura adquiera la fuerza necesaria, sería un verdadero combate á maza; la ins-

truccion tiene, pues, que limitarse á conocer las posiciones, golpes y paradas, sin combinarlas ni oponerlas á otro enemigo que al imaginario, cuyos golpes sabemos siempre cuándo son y de qué modo. No siendo posible el ataque y defensa, el soldado no puede por sí solo dedicarse á esta esgrima; es preciso reunir y formar las compañías, y tener un verdadero ejercicio en el campo para no pasar nunca de las primeras lecciones, y sabido es cuán áridos y molestos son los principios de toda esgrima, y más si el arma pesa media arroba. Pero áun suponiendo que esta instruccion incompleta y fatigosa bastase para crear buenos tiradores de bayoneta, que es lo mismo que suponer que se puede echar al agua todo el que haya leido un buen tratado de natacion, ó que puede admitir un asalto con el más diestro el jugador de espada que no haya tirado nunca sino contra el aire, nosotros deseamos saber, si ya puestos en el campo de maniobras, formados y dispuestos á una fatiga violenta, no hay otros trabajos más útiles en que ocuparse con buen éxito, como los de trincheras, faginas, tiro al blanco, simulacros y maniobras elementales, que todos reportan un bien directo, y que sobre todo son completos y deben ser preferidos á uno en el que no se pasa nunca de los principios, y que aunque se pasára, no tiene aplicacion sino al individuo aislado y no á la masa colectiva.

A pesar de estas razones, no se crea que nos oponemos sistemáticamente á la esgrima de bayoneta; reconocemos que da soltura á los movimientos del cuerpo y alguna confianza en el arma, y la aceptaríamos de muy buen grado como una gimnasia militar, como la barra, la pelota, el salto, la carrera y la escalada, usando en ella fusiles figurados de más peso que los reales, y considerando este ejercicio como un juego de fuerza y no como una esgrima.

El *sable* ofende de filo más que de punta, porque su curvatura es un inconveniente para la estocada; es arma que conviene mejor para el combate individual que para el de línea; su juego, más fácil que el de la espada y más libre, es, por decirlo así, la guerra de montaña de la esgrima; descubre más, pero tambien

amenaza más ; sus cortes son fáciles, pero sus paradas tambien, y esto tanto más cuanto más curvo sea.

La *espada-sable* tiene muy buena estocada y corte mediano; cubre más, porque sólo ataca la mitad superior del cuerpo del adversario, y por todas estas razones es mejor como arma de línea que para pelea singular.

El sable de infantería que usan los oficiales, llena las condiciones para combate individual á pié, porque no ha perdido en la última reforma las propiedades de espada, y ha conservado las de sable. La tropa ha usado en otro tiempo sables cortos, anchos y curvos, que se suprimieron porque, no teniendo aplicacion esta arma en las maniobras, no llegó á ser otra cosa que una herramienta en el vivac ; pero desde entónces el infante se halla completamente desarmado si abandona un momento su fusil, y en las sorpresas, en las alarmas vivas, y en peligros individuales, ha producido esto tristes consecuencias; la cuestion no puede resolverse sino dando á la bayoneta más condiciones como arma de mano, sin quitarle las que tiene como adherida al fusil.

El *machete*, espada ancha, corta y de dos filos, es más bien una herramienta de montería que un arma, y para el servicio especial de gastadores y artilleros conviene que así sea.

En todas estas armas, la longitud es de mucho interés para combatir pié á tierra, pero no tanto en peleas á caballo, porque en éstas la victoria no es del que tenga sable más largo, sino del que primero gane el costado á su enemigo ; lo que más interesa es que sean sencillas, bien templadas y montadas, cosa muy difícil cuando son muy largas. Cuanta mayor sea la longitud, el centro de gravedad del arma se hallará más léjos de la muñeca del tirador, y por consiguiente, las paradas serán más difíciles y el desarme más fácil por la prolongada vibracion de los últimos tercios.

El arma blanca más natural y sencilla, y más universal, porque debe haber sido la primera del hombre, es la que resulta de fijar en el extremo de una vara larga un instrumento punzante, una piedra, un hierro, una fuerte espina ó hueso de un animal;

ésta es el arma que se conoce en todos los tiempos y países, llámese *chuzo*, *pica* ó *lanza*, y es á pié y á caballo la primera de las armas de línea, pero poco á propósito para combate individual por su excesiva longitud y difícil manejo.

La *lanza* de nuestra caballería tiene de largo de diez á doce piés; su accion en línea es de mucho efecto en el primer momento del choque, pero de poco en la pelea ó persecucion que sigue á una carga feliz; entónces la espada, y áun mejor el sable por su juego rápido al frente y los flancos, es preferible á la lanza; más si tenemos presente que toda carga queda decidida en el choque, y que la pelea no es otra cosa que la consecuencia de una victoria ya conseguida, preferimos en principio la lanza ó la espada.

Algunos han propuesto armar de lanza la primera fila que es la que choca, y de sable la segunda, que se mezcla en la pelea en seguida del choque; pero estas diferencias rompen la unidad de organizacion y complican el rodaje de la máquina, y en milicia lo más sencillo es casi siempre lo mejor.

IV.

Armas defensivas.

En todos los siglos pasados las armas defensivas han tenido mucha más importancia que la que tienen hoy; aquellas armaduras donde se encerraban los caballeros y los peones como el crustáceo en su concha, y aquellos escudos y capacetes donde se quebraban las hojas de Damasco y de Toledo, han caido á balazos despues de la invencion de la pólvora, y sólo han quedado como un recuerdo histórico el casco y la coraza en las tropas que por su instituto se baten con preferencia al arma blanca.

Se acusa á nuestra generacion de odiar por molicie las armas defensivas, de no poder sufrir su molestia y su peso porque las

razas han degenerado, y algunos quisieran resucitar los tiempos de las catafractas, y cubrirnos otra vez de hierro, no sólo contra los golpes de arma blanca, sino contra el fuego de fusil á cuarenta varas; pero no es acertado chocar así de frente con las necesidades y el espíritu de una época, sino subordinarse á él y dirigir con pulso las costumbres por el sendero que se trazan ellas mismas. La defensa del soldado del siglo XIX está en la disciplina, en la táctica, en la union de la masa de hombres, en el desarrollo que ha tomado la ciencia del artillero y del ingeniero, y en el arte sublime de la guerra, elevado á donde los antiguos no pudieron llegar, y no en las armas individuales del hombre aislado. No conocemos en toda Europa un soldado que no se creyera más en peligro embarazado en sus movimientos por las armas defensivas, que libre, ágil, vulnerable por todas partes, pero con una buena arma ofensiva en la mano.

Cuando se hacía la guerra de campo á campo, de plaza á plaza, por las llanuras, avistándose ambos ejércitos un dia y otro sin llegar á las manos, las armas defensivas eran admisibles; pero desde que se hace marchar al soldado quince leguas á paso largo para batirse en seguida; desde que la guerra se ha hecho pronta y violenta; desde que hay combates entre las rocas, en las cumbres, en el agua, en las minas; desde que las operaciones se han complicado de un modo tan vasto; desde que las armas ofensivas han llegado á la perfeccion en que se hallan; desde que las maniobras, obedeciendo al espíritu del siglo, son tan rápidas como los avisos por el telégrafo y como los viajes por el vapor, más que hierro para cubrir el pecho, se necesita órden, agilidad y fuerza ofensiva; hoy la tropa mejor es la más maniobrera, y la más maniobrera es la que lleva ménos peso, trajes mas holgados y armamento más sencillo.

Hay cuerpos, sin embargo, que necesitan, por su especial servicio, el casco para cubrir la cabeza y el cuello, y la coraza para defender el pecho y la espalda; pero no se crea que esto es de un grande interes, y que no se puede ir á la guerra sin casco ni coraza; la mayor parte de los militares aceptan de mala gana estas

dos armas, y segun las ideas que prevalecen cada dia en el Gobierno, se prohibe ó se ordena el uso de ellas.

La *media coraza*, que cubre sólo el pecho, está rechazada en todos los ejércitos, y tristes desastres han venido á demostrar que no se hace más valiente al hombre haciéndole por la espalda más débil que por delante.

El principal inconveniente de estas armas es que dañan mucho á la salud del soldado, y el soldado moderno la prodiga demasiado para que todavía se imponga las molestias del soldado antiguo, que si las toleraba, era porque sus métodos de guerra no eran tan violentos como los de hoy.

V.

Piezas de artillería.

Las piezas de artillería están clasificadas en tantas especies, y hay tal variedad en la aplicacion de cada una, que constituye esto uno de los estudios militares más complicados y profundos, y en el que no penetrarémos sino lo suficiente sólo para la inteligencia en conjunto del arte de las batallas.

La *artillería de plaza* se compone de piezas de tal magnitud, que no se pueden trasportar de un punto á otro sino venciendo muchas dificultades; por consiguiente, sólo tiene aplicacion en la defensa de plazas fuertes.

La de *sitio* ó *de batir* es la que se usa en el ataque; su peso y magnitud no permite que se pueda maniobrar con ella en las batallas; pero sí que sea trasportada por buenos caminos á los puntos donde se necesite.

La de *batalla*, dividida en de á pié y montada, se compone de piezas que puedan seguir á las tropas de infantería y caballería en sus movimientos sobre el campo de combate.

La de *montaña* ó *de á lomo* es todavía más ligera y manejable,

y se puede usar en país quebrado, pòrque es trasportada por bestias de carga.

Las piezas de artillería se dividen en tres clases distintas; cañones, obuses y morteros : los primeros lanzan proyectiles sólidos; los segundos, granadas, y los terceros, bombas.

Se clasifican los calibres de los cañones por el peso del proyectil que cada uno arroja; así se dice cañon de treinta y seis, veinticuatro, diez y seis, doce, ocho, seis, cuatro y dos, expresando cada uno de estos guarismos el número de libras que la bala pesa.

La longitud del cañon, para conseguir el alcance máximo, debe ser, como ya hemos dicho, la de veintisiete veces el diámetro de la bala; pero como esto sería excesivo para maniobrar cómodamente, se reduce la medida á catorce ó diez y ocho para piezas de batalla, y á veintidos para plaza y sitio.

Tambien en el peso existe relacion exacta entre el de la bala y el de la pieza; hoy se halla fijado en ciento cincuenta; el Duque de Ragusa prefiere el de ciento veinte con la carga de un cuarto del peso del proyectil. Esta relacion puede disminuirse algo, pero aumentando la resistencia y peso de la cureña, que si no, padeceria mucho.

La recámara del obus es más estrecha que el ánima, y su calibre se mide por el diámetro de la granada; así se dice, obus de siete, seis y media, y cinco pulgadas; este último es de montaña.

El ánima del mortero tiene vez y media el diámetro de la bomba, y su recámara es una pequeña cavidad cilindrica ó cónica; segun sea, toma el mortero nombre de cilindrico ó cónico; los antiguos llamados de *placha*, forman una sola pieza con el pedestal.

El calibre se mide tambien por las pulgadas de diámetro de la bomba, y los hay desde siete hasta catorce.

La línea de tiro puede formar con el horizonte un ángulo tan grande como se quiera en el mortero; en el obus es mucho más pequeño, y más todavía en el cañon.

Uno de los problemas de artillería más difícil de resolver, es el de hallar una buena liga de metales que satisfaga en las piezas las muchas condiciones que se necesitan. La materia de los cañones debe ser dura para que no se rompan éstos en la explosion; tenaz, para que conserven su forma á pesar del esfuerzo violento de la pólvora, indisoluble, para que los ácidos de la pólvora no la destruyan; infundible, para que sufra el efecto del fuego, y poco alterable por vicisitudes atmosféricas, para que las dimensiones sean las mismas en todos los casos y momentos, y el tiro tenga, por consiguiente, la misma exactitud. Ningun mineral puro posee todas estas cualidades á la vez; es necesario ligar y hacer cien experimentos, y cuanto más se trabaja para conseguir una de estas condiciones, más se pierden las otras. El hierro fundido reune en más grado estas cualidades; pero le falta tenacidad, y es preciso que los cañones sean muy gruesos y pesados; el *bronce*, liga de estaño y cobre, las reune más ó ménos, segun domina el primero en la mezcla; la proporcion en que se deben ligar no está, por lo mismo, bien determinada; unos aconsejan el once de estaño por ciento, y otros el doce ó catorce. La preferencia entre el bronce ó el hierro fundido tampoco está decidida; unos países y unos cuerpos no admiten piezas de bronce, porque son mucho más caras, y otros no quieren las de hierro.

Los primeros cañones fueron de madera, y áun en nuestro tiempo se ha visto á los ingeniosos partidarios españoles apelar á estos recursos en ocasiones difíciles. En la accion de Bruch, en 1808, se usaron troncos vacíos reforzados con anillos de hierro, que causaron un gran destrozo en el enemigo y un terrible efecto moral, porque no comprendian los franceses qué hombres eran aquellos que trasportaban á brazo de un lado á otro una gran pieza de batir.

En nuestra última guerra civil los carlistas apelaron al principio á este recurso. En 1628 los suecos usaron una clase de piezas por el estilo, tambien manejables por dos hombres; eran de cobre batido muy delgado, la recámara estaba reforzada con

cuatro fajas de hierro, y el todo se liaba fuertemente con cuerdas de cáñamo, y se forraba de cuero hervido.

En guerra vale más el ingenio que la fortuna, la inteligencia que las armas; con fe y talento el hombre no está nunca desarmado, todo le ayuda á su empresa.

Una pieza debe ir en campaña provista de doscientos tiros, Esto, la variedad de calibres, la de cargas, la de proyectiles, y los mil objetos indispensables para el servicio de las piezas, complica el material y aprovisionamiento de artillería de tal modo, que llega á ser esta arma el elemento de guerra más difícil de jugar y mover en las marchas y en los combates; es verdad que el general en jefe que consiga jugarlo bien, tiene mucho adelantado para la victoria.

Por mucho que se simplifique el material, nunca podrán conseguirse por medios sencillos efectos tan distintos y complicados como los que producen las piezas con su variedad infinita de calibres, formas, cargas y proyectiles; si fuera dable obtener los mismos resultados con una artillería toda de igual calibre, que no arrojára más que una clase de proyectiles y siempre con la misma carga, el material sería más sencillo, porque todas las ruedas, cureñas, carros y juegos de armas serian iguales, y el entretenimiento y servicio de las piezas, los cambios y repuestos más fáciles, ménos costosos, y la artillería más ligera y barata.

Desde Gribeauval, cada dia se adelanta más en este sentido; el rodaje se ha uniformado, y cada uno de los efectos que constituyen el material se ha procurado que tenga una forma á propósito para distintos usos; pero por más que se haga, siempre habrá en esto mucha complicacion, porque son muchas la necesidades que hay que satisfacer.

Seis piezas de á ocho constan de veinticuatro carruajes, á saber: seis cureñas con sus piezas, dos de repuesto, doce carros de municiones, dos fraguas y dos carros de material de repuesto.

Seis de á doce, por el mayor volúmen de sus cargas, necesitan seis cajones más, ó sean treinta carros: y seis de á cuatro, seis ménos, ó diez y ocho carros.

En las gualderas de la cureña va un escobillon atacador, dos palancas de direccion para ronzar, y dos comunes, un cubo pendiente entre las gualderas, con agua para lavar y refrescar la pieza, y un cajon con la mecha.

El armon, que es un cajon de municiones, forma juego delantero con la cureña, y se engancha por medio de una escarpia en una argolla de ésta, ó bien, para no entorpecer los movimientos en los combates, por medio de la cuerda llamada *prolonga*.

El carro de municiones se compone de dos juegos tambien; el delantero, igual en un todo al armon, y el trasero, más grande; pero todos con ruedas iguales. Sobre estos carros y sus avantrenes se dispone asiento para los artilleros, de modo que las maniobras son mucho más rápidas. La igualdad de ruedas, y el llevar todos una de reserva en un eje á propósito, facilita los recambios; y el uso de la prolonga hace que las maniobras sean más cortas, porque no hay que andar á cada paso enganchando y desenganchando el armon.

No tenemos necesidad de seguir detallando el material de campaña para que se comprenda lo complicado que es, á pesar de ser todavía mucho más sencillo que el de plaza y sitio.

Los calibres que se usan en campaña, no pasan del de doce generalmente; y algunas, muy pocas, piezas de á diez y seis.

En las lizas, el punto en blanco de las de á doce está á 700 varas poco más ó ménos, y el útil alcance á 1.170; las de á ocho los tienen á 560 y 1.050, y las de á cuatro á 530 y 1.050.

El tiro puede ser horizontal, ó por otro nombre, á *bala rasa*, de *puntería* ó *directo*, por *elevacion* y de *rebote*. Estas diferencias se obtienen aumentando ó disminuyendo la cantidad de pólvora, y el ángulo con el horizonte.

El tiro *á bala rasa*, en un terreno uniforme y duro, se consigue colocando el eje de la pieza paralelo al plano del suelo; el proyectil llega á unos seiscientos pasos, habiendo dado ántes algunos botes en ángulo muy agudo, y destruyendo á la altura de seis piés cuanto encuentra en su marcha. Este tiro es muy general en las batallas, porque no necesita puntería; se usa contra

todo lo que presenta mucho fondo; arrasa las hileras, y causa un terrible efecto moral y material.

El *directo* se dispara sobre un objeto determinado, y alcanza doble que el rasante; el proyectil describe una curva elevada que salva todos los obstáculos que halla en su direccion hasta dar en el blanco.

El de *elevacion* se usa cuando el objeto está más distante que para tiro directo; la puntería se eleva tanto más cuanto mayor sea la distancia; á pesar de estar marcada la inclinacion que se ha de dar á la pieza, este tiro es cuanto más largo más incierto. Se ha hecho uso de él con buen éxito, disparando metralla sobre un enemigo cubierto.

El de *rebote* sólo puede ser útil en terreno duro y uniforme; en terreno blando, ó en pendientes contrarias á la direccion, se enterraría el proyectil. Se apunta como directo, como por elevacion y como de punto en blanco; como directo, el primer bote lo da á 600 pasos, el segundo á 1.400, el tercero á 1.900, y luégo siguen pequeños saltos hasta que termina su fuerza á 2.200; por elevacion, el primer bote es á 900 pasos, el segundo á 1.500, y luégo siguen los pequeños botes; de modo que para aprovechar los primeros, no se debe disparar á ménos de 1.200 pasos. Se emplea el rebote para desmontar piezas, apagar fuegos y desorganizar masas de caballería; pero por la poca fuerza de percusion que lleva el proyectil, no se puede usar contra objetos que presenten una gran resistencia.

El obus carece de punto en blanco, por ser la circunferencia de la boca igual á la de la culata. Cargando con poca pólvora, la granada da uno ó dos botes ántes de elevarse para estallar. Este fuego puede empezarse á 1.500 pasos contra tropas descubiertas, y á doble distancia, tirando por elevacion, para incendiar pueblos ó descubrir tropas ocultas en escabrosidades del terreno.

Al estallar la granada, se rompe en 14 ó 16 cascos que se lanzan á 300 pasos, poco más ó ménos.

Los botes ó racimos de metralla forman, al ser disparados, un cono cuya base se ensancha en el sentido horizontal progresiva-

mente. El mejor efecto es á los 800 pasos en la metralla de cañones, y á los 550 en los obuses.

La bala rasa produce más efecto moral y material sobre tropas que no estén muy próximas; para tropas próximas se usa con ventaja la metralla, y en todo agrupamiento, como cuadros y masas, la granada es desorganizadora por excelencia.

Resumiendo en un cuadro general, á la manera que lo hace el coronel prusiano Brunett, sin que esto pueda sentarse como regla absoluta, dirémos:

Que en un terreno llano se debe usar contra tropas desplegadas, hasta 800 pasos, metralla; hasta 1.000, metralla de á 12; tiro por elevacion, granada con carga pequeña; á más distancia, bala rasa y rebote.

Contra tropas en masa, á ménos de 400, bala rasa; á ménos de 800, bala rasa y granada; á ménos de 1.000, bala rasa y rebote; á más distancia, rebote y granadas con carga grande.

Contra guerrillas, por excepcion, á ménos de 400 pasos, metralla; á más distancia, nada.

Contra artillería: bala rasa, rebote y tiro directo, metralla á cortas distancias.

Cuando el terreno cubre al enemigo. Contra tropas desplegadas: á 400 pasos, metralla por elevacion; á 800, rebote; á 1.000, rebote por elevacion; á más, por elevacion y granadas con carga grande.

Todos estos efectos los producen lo mismo los cañones rayados, pero á mucha más distancia; la metralla perjudica las estrías, por cuya razon no debe dispararse con estos cañones sino cuando faltan los lisos.

El cohete militar es proyectil que desorganiza extraordinariamente las filas enemigas, en particular las de caballería; es respecto de la bala, lo que la centella respecto del rayo. La circunstancia de no habérseles podido fijar alcance ni direccion, hace que, á pesar de lo fácil de su trasporte, pues con un solo carro se municiona un batallon, se emplean muy poco, y eso solamente contra tropas apiñadas.

El mariscal Marmont les da una gran importancia, y pronostica un cambio en el arte militar el dia que se consiga fijarles direccion; sin embargo, en las últimas campañas han sido bien dirigidos, y no por eso el arte ha cambiado sus reglas, ni se ha visto ejercer á los cohetes una influencia decisiva.

De todo esto se deduce que lo más interesante para todo militar es saber apreciar distancias, porque en el tiro y en la maniobra, en lo grande y en lo pequeño, para el general y para el soldado todo es cuestion de espacio, y esta ojeada táctica constituye por sí sola una gran cualidad de guerra.

Varios instrumentos se conocen para medir distancias; ya valiéndose de ellos, ó ya adquiriendo el hábito de apreciarlas á ojo en el campo, en los paseos y en los ejercicios, empezando por las más cortas, comparando unas con otras, y comprobando y rectificando siempre, se puede llegar á tener una pronta y exacta ojeada militar.

Conocidas las más características propiedades de las armas modernas, vamos en los capítulos siguientes á estudiar su aplicacion en cada uno de los institutos militares.

CAPITULO II.

INFANTERÍA.

I.

Su importancia.

La infantería reune á la vez elementos de ataque y defensa en en grado medio, y tiene aptitud para combatir en todos terrenos y circunstancias ; las demas armas cuentan con una propiedad ofensiva ó defensiva en grado máximo, pero les falta la opuesta, y no tienen aptitud para combatir sino en determinados terrenos; por eso la infantería por sí sola constituye ejército , aunque defectuoso, y á su calidad y número se subordinan todas las demas armas ó institutos, que cuando combaten sin combinar su accion con ella, no pueden vencer si circunstancias especiales no favorecen el efecto condicional de sus medios destructores.

En las grandes crísis de los imperios, la infantería es el último baluarte de salvacion ; ella sabe luchar en el mar y en la tierra, en los campos y en las ciudades, en las llanuras y en las cumbres; sobre áridos y quemados arenales, y entre la nieve y el hielo; y si el entusiasmo por la causa que se defiende inflama su espíritu, se la ve organizarse de repente, y mal armada y mal vestida, sin pan, sin municiones y sin instruccion, afrontar desde luégo rudas batallas, porque le basta para ser buena, la voluntad de serlo, al paso que las otras armas, que son complemento suyo,

necesitan máquinas y ganados, estudios científicos, y una organizacion lenta y difícil que no se puede improvisar.

Ademas de la importante mision que desempeña la infantería en la gran guerra, es en la pequeña el alma de las operaciones auxiliares, protege los campos, custodia las plazas, escolta los convoyes, hace las requisiciones, defiende el material y apoya la accion de las otras armas; pero á pesar de todo esto, porque es barata, porque es sufrida, porque se organiza pronto, y por otras razones políticas que no queremos indicar, es en todos tiempos y países la más desatendida, y áun á veces menospreciada; cuando esto sucede, cuando la infantería, que es la más sencilla expresion de la fuerza pública, degenera y se degrada, la muerte de la sociedad está muy próxima.

Vemos con disgusto que el haber del infante es más corto que el de los demas soldados en casi toda Europa, que su vestuario halaga ménos el amor propio, que á un arma que tiene en los combates el puesto de más peligro, fuera de combate se la señala siempre el más incómodo y penoso, que de su personal se escoge la flor para llenar las filas de otros cuerpos, y que sus escalafones dan puesto á oficiales que no salen de su seno, produciendo esto absurdas anomalías, mandos mal definidos, jerarquías logogrifos, el jefe y el inferior en una misma persona, la divisa de teniente y la de coronel en la misma casaca.

La infantería, como arma primitiva y fundamental, como generacion de ejército, como inmediato y fiel trasunto de la fuerza social, debe organizarse de un modo sencillo y homogéneo respetando siempre la unidad; los privilegios la matan; los zuavos y las guardias imperiales, y los cuerpos de gigantes y los ricos uniformes de regimientos mimados, la desorganizan y la degradan, porque está autorizada para ser cobarde miéntras haya una tropa que tenga la obligacion de ser más valiente que ella. Estos males no los puede sufrir nunca el carácter español altivo; las distinciones mataron nuestro ejército, y la unidad le vuelve á dar la vida; esa noble emulacion entre los cuerpos, que los engrandece cuando están unidos y animados de igual espíritu, se

rompe y degenera en ódio cuando se establecen privilegios; así hemos visto más de una vez las calles de Madrid manchadas de sangre por violentas colisiones entre los soldados de línea y los de la Guardia. Pero cuando estas rivalidades desaparecen y existe la verdadera emulacion, el cuerpo más brillante es casi siempre el último que se ha batido; en la guerra de África no se sabe á quién dar la preferencia, todos merecen bien de la patria; en la civil, Chinchilla, Zaragoza, Princesa y Gerona en el ejército de la Reina, Granaderos de Castilla, 5.° de Guipúzcoa, y 1.° de Navarra en el ejército de D. Cárlos, conservaban su renombre hasta tanto que otro cuerpo se veia en ocasion de conquistar el suyo.

Satisfaciendo este espíritu de nuestra infantería, y respondiendo á la importancia del arma y á sus elementos de ataque y defensa, vamos á dictar en el artículo siguiente su organizacion.

II.

Organizacion.

La proporcion que debe guardar con la infantería de línea cada una de las otras armas ó institutos, se halla sujeta á las distintas condiciones topográficas de cada país, á los hábitos de combate en cada ejército, á la clase de guerra que se hace, y sobre todo, á los medios de que dispone cada gobierno. En un terreno despejado, la caballería y artillería debe ser más numerosa que en un país de montaña, y en éste las tropas ligeras estarán en mayor proporcion; una mala infantería necesita más el auxilio de los cañones, y contra un enemigo que tiene la costumbre de atrincherarse, como los moros y turcos, es necesario un gran tren; por todo esto es muy difícil dictar reglas fijas para la composicion de un ejército, pero por término medio y prescindiendo de circunstancias determinadas, se puede sentar como norma que las tropas ligeras deben ser una sexta parte, la caballería una quinta,

los zapadores un treinta avo, y por cada mil infantes debe haber tres piezas de artillería, una en combate, otra en reserva, y otra en un depósito inmediato al teatro de operaciones. Es decir, que un ejército de 60.000 hombres se compondrá aproximadamente de 38.000 infantes de línea, 7.000 cazadores, 8.000 caballos de línea, 1.500 húsares ó tiradores, 2.000 zapadores, y 150 piezas, cuyos calibres no señalarémos sino teniendo en cuenta los distintos modos de combatir en cada ejército y para cada empresa.

Á pesar de ser esta proporcion la más acreditada por la experiencia, es muy difícil que los gobiernos puedan constituir así su fuerza; porque siendo la infantería más barata y de más pronta organizacion, siempre se suple con su número lo que falta al de las otras armas.

Para los detalles del servicio, simplificacion del mando y gobierno, y facilidad en las maniobras tácticas, es preciso dividir los ejércitos en distintas unidades, simples y compuestas, como *divisiones*, *brigadas* y *regimientos*. Esta unidades deben ser á la vez administrativas, orgánicas y tácticas, pero como la táctica se halla sujeta á leyes inmutables, y el combate es la única mision de estas fracciones, es necesario que la parte orgánico-administrativa se amolde á las necesidades tácticas, y no éstas á las exigencias de administracion.

Para estudiar bien cada uno de estos grupos componentes de un ejército, necesitamos partir de la unidad de especie inferior, que es en infantería el *batallon*, en caballería el *escuadron*, y en artillería la *batería*. Estas unidades deben constituirse de modo que satisfagan las dos condiciones siguientes: primera, que la tropa sea toda de una misma especie, con igual armamento, y con la misma mision táctica, y segunda, que la accion de mando del jefe alcance á todos los puntos de la línea y su voz sea oida por todos los individuos en el combate.

Bonaparte decia que á un génio militar le convienen batallones cortos y manejables, y si tenemos en cuenta que el número cuatro es la raíz de la táctica, como demostraron los griegos, que han sido los hombres que en todos los ramos del saber hu-

mano han sentado la primera piedra, no titubeamos al afirmar que el batallon debe componerse de cuatro compañías, cada una dividida en cuatro cuartas ó pelotones de treinta ó cuarenta hombres, que es á lo sumo el número que en combate puede conducir fácilmente un oficial solo, lo que nos da un total de quinientas ó seiscientas plazas para formar.

Á este sistema, que tiene, como todos, sus enemigos, no se le puede negar en justicia ventajas importantes. Disminuimos el número de compañías y aumentamos el de batallones, porque la base del ejército, su disciplina, instruccion, gobierno y táctica, descansan en los cuadros de batallon y no en los de compañía; y cuanto más sencillo sea el mando de los comandantes y mayor el número de los batallones, hay más núcleo de ejército, y al mismo tiempo ménos gastos para el país, porque se reducen los cuadros de compañía. Este batallon presenta un regular frente de combate, y es mucho más maniobrero que el de seis ó el de ocho, porque aunque cada una de las suyas es más pesada y gruesa, no es eso lo que entorpece las maniobras, sino el excesivo número de fracciones que se mueven en un reducido espacio. Si un batallon de ocho se divide en dos medios para combatir, queda débil, sin jefes suficientes y sujeto á todos los males que traen consigo las organizaciones del momento; en cuanto al de seis, sólo le comprendemos existiendo en él dos compañías cuya táctica sea distinta que la del resto, y esto, á la verdad, complica la accion, y hace de lo que debe ser único, sencillo y compacto, como unidad de fuerza, un cuerpo hetereogéneo. Dentro de un instituto no cabe otro jamas; las compañías de preferencia no pueden ser otra cosa que dos buenas compañías de línea nutridas con toda la flor de las cuatro del centro, que pierden su fuerza y su espíritu y quedan nulas física y moralmente. Esas agrupaciones de dos ó más compañías para formar una, que hoy es mandada por unos oficiales y mañana por otros, esas injustas diferencias de haber, esa caza de soldados buenos, que es la eterna pesadilla de los capitanes de preferencia, esa distinta organizacion y táctica dentro de la misma unidad orgánica, ese instituto de grana-

deros anacrónico y falso hasta en el nombre, y esa preocupacion anti-militar de la talla, está siendo la muerte de la infantería de línea, que es ella sola, y nadie más que ella, la base de los ejércitos y el alma de la gran guerra. Se dice que la guerrilla que cubre á un batallon debe salir de él mismo, y debe componerse de hermanos de armas ; que cuando un batallon marcha y maniobra sólo necesita, proporcionalmente á su número, tropas ligeras ; mas para esto no es preciso organizar dentro de él una compañía de cazadores ; basta con dar un distintivo á los soldados que más se distingan en el tiro, y mezclados en todas las compañías formando hileras en los flancos, y saliendo al frente cuando sea necesario, pueden cubrir todos los movimientos que hace un batallon que se bate aislado, movimientos que exigen una accion distinta en cada compañía, y cada una de éstas su parte de tropas ligeras, porque entónces la unidad de maniobra ya no es el batallon sino la compañía, ó tal vez la cuarta.

Por todas esta razones, ya que no sea dable tener una sola clase de infantería, aceptamos dos, de línea y ligera, cada una dividida en batallones de cuatro fuertes compañías, y en todas éstas soldados distinguidos por su acierto en el fuego.

El *regimiento* no es una divison táctica sino orgánica, y no tiene otro objeto que simplificar el mando en jefe, creando unidades políticas y administrativas, permanentes, ya que la *brigada* en su número y fuerzas es variable segun los casos y las comisiones. Mucho se ha discutido sobre las ventajas de la organizacion por regimientos, y son en gran número los militares que prefieren la de batallones sueltos; pero nosotros, colocándonos en un término medio, no la aceptamos sino para un ejército de ménos de 20.000 hombres, porque en otro más numeroso estaria muy dividido el mando y muy fraccionada la masa si el gobierno ó el general en jefe se viera precisado á conocer todos los jefes de batallon ; por otra parte, los batallones, por su excesivo número, formarian cada uno una entidad poco apreciada y poco distinta de las demas, y la emulacion entre ellos no existiria, al paso que un regimiento que asocia varios batallones con la mis-

ma historia, las mismas glorias y la misma administracion, forma desde luégo una entidad respetable que se distingue de las otras, y que puede recibir de la cabeza del ejército el espíritu que convenga; y puesto que la brigada no puede ser permanente, porque el número y composicion de su fuerza varía segun las necesidades tácticas en cada caso, el regimiento, que es ya la reunion de várias unidades, es una escuela de generales y una transicion necesaria desde el mando de la unidad simple al de la compuesta.

El uniforme debe ser el mismo para todos los cuerpos, y áun muy semejante en las tres armas, satisfaciendo así ese espíritu que queremos que domine en el ejército. Es muy cómodo para mandar una accion, distinguir desde léjos en el combate los cuerpos por sus distintos uniformes; pero hay que privarse de esta ventaja en beneficio de lo que la política militar exige.

Muchas son las condiciones que debe llenar el vestuario del soldado, y difícil armonizarlas todas; esta cuestion, más grave de lo que á primera vista parece, debe ser examinada muy despacio, y decidida, no por el capricho ó la moda, sino por un estudio frio y razonado de las necesidades del ejército. Se necesita que en la forma y color de las prendas domine el gusto nacional; que el equipaje del soldado y del oficial se recargue lo ménos posible; que los colores no sólo no ofrezcan buenos blancos al enemigo, sino que éste confunda á cierta distancia las divisas, los cuerpos y áun las tres armas; que los géneros y la forma de las prendas halaguen el amor propio de la juventud; pero sin lujo ni gasto excesivo; que el abrigo sea suficiente y fácil de tomar ó aligerar en el momento que se quiera; que todos los movimientos del cuerpo queden libres y holgados; que las prendas interiores en su género, y las exteriores en su forma, llenen cumplidamente todas las reglas de higiene; y sobre todo, que el aspecto general de la tropa no choque con el de los grupos del pueblo. En todo esto falta mucho por hacer en los ejércitos de Europa, y es extraño que América, á pesar de hallarse atrasada en progreso militar, haya resuelto en alguna de sus naciones este problema.

El armamento, segun lo que ya hemos dicho en el capítulo de armas, debe ser sencillo y fuerte en la infantería de línea, y de precision en la ligera, porque sólo para hombres escogidos puede éste ser útil; la bayoneta debe tener condiciones de arma de mano que hoy no las tiene : la cartuchera molesta y pesa demasiado, y se la debe reducir, dando en la mochila lugar á propósito para todos los paquetes ménos uno; ésta debe tener una forma tal que no pese ni embarace los movimientos, ni abulte sino en razon de la ropa que lleve dentro; el correaje se ha de simplificar todo lo posible, y por último, el morrion y otras armas defensivas que no tienen de tales sino lo que molestan, deben desaparecer.

Ademas del manejo de sus armas, el infante debe conocer y practicar el de los útiles de zapador y las herramientas de oficios, para dedicarse á trabajos de guerra ó paz que reporten un bien al individuo y á la masa. Los gastadores, instruidos bajo la direccion de oficiales á propósito, serian en las compañías capataces de estos soldados-obreros, y entónces esta institucion tendria un objeto más elevado que el de presentar delante de la banda del regimiento un mostruario de hombres.

Las músicas tienen tambien una organizacion poco guerrera : bandas y charangas de verdaderos soldados armados con su fusil, y buenas orquestas militares en las plazas de guerra y en los cuarteles generales divisionarios, es lo bastante para que sin ser un estorbo táctico, puedan las músicas llenar su mision en las batallas y campamentos.

Señaladas las bases de la organizacion de infantería, pasemos ya al estudio de sus maniobras de ataque y defensa.

III.

Maniobras de infantería.

La infantería ejerce en las batallas dos acciones opuestas, una preparatoria y defensiva, y la otra, resolvente y ofensiva; la.

primera valiéndose del fuego y la posicion, y la segunda, de la bayoneta y el movimiento. Por consiguiente, la fuerza táctica de la infantería consiste en la movilidad sin desórden y en las maniobras prontas para pasar del ataque á la defensa, de las formaciones fijas á las movibles, de los órdenes resistentes á los ofensivos, del fuego á la bayoneta. Aquella infantería será mejor que en mayor grado reuna ambas opuestas cualidades, y que más fácilmente pase de una á otra en cualquier caso y momento; ni esos batallones célebres por su fuego á pié quieto, ni los que hacen alarde de un ímpetu exagerado, cumplen con la doble mision de la infantería, que no es ni la de morir en su puesto, como la artillería, ni la de buscar á ciegas la muerte en las filas enemigas, como la caballería.

Para conseguir un término medio entre ambos extremos, es preciso que toda la maniobra del arma llene las condiciones siguientes: primera, ser realizable bajo el fuego del enemigo; segunda, hallarse defendida y cubierta en sí misma; tercera, terminarse pronto, pero sin desórden, y con la menor fatiga posible, y cuarta, poderse variar y corregir en el mismo momento de la ejecucion.

Todo movimiento que no tenga más objeto que exigir un irrealizable órden automático, sobrecargando la imaginacion del soldado y la memoria del jefe con detalles pueriles, y sacrificando lo útil á lo bonito, es en la guerra absurdo, imposible y desmoralizador. En el campo de instruccion debe reinar el mismo ordenado desórden que en el combate; exigir allí mucho para cederlo luégo cuando la metralla silba, es hacer concesiones á la indisciplina, concesiones que el jefe no puede limitar; hacer del soldado una estátua en las paradas, y decirle luégo en la accion que se siente, que fume y que hable, darle cien voces de mando para un ataque figurado, y sólo la de «adelante» para un ataque real, es hacerle ver dos tácticas, una que no tiene más objeto que la de molestarle, y otra que no obedece más reglas que las de la voluntad individual. Nunca han sido tan tumultuosas y desórdenadas las batallas como en la época de aquellos reglamentos del

paso oblícuo volviendo la punta del pié, y de aquel manejo del arma con pliegos de papel debajo del brazo.

Movimientos rápidos en todos sentidos, reacciones ofensivas sin movimientos preparatorios que enfrien el alma del soldado, órdenes fáciles de tomar y dejar, maniobras sencillas que no se perturben porque un cabo adelante un hombro, y pocas voces de mando, este es el espíritu que debe reinar en la táctica.

Siendo unas mismas las armas de primera fila que las de segunda, las de la derecha que las de la izquierda, toda fila es buena para estar delante, toda compañía para estar á la derecha, y debe ya desaparecer para siempre esa preocupacion del órden natural que data de los tiempos de las picas y mosquetes; por eso preferimos el batallon de cuatro compañías y el regimiento de cuatro batallones.

Los motivos que existen para distribuir la tropa en dos filas son tan conocidos ya de todos los militares, que no harémos sino indicarlos.

El fuego de tres filas es peligroso y difícil, porque no hay medio de hacer que la tercera se resigne al papel pasivo de cargar las armas sin dispararlas; y la segunda, compuesta de los hombres más pequeños, está como empotrada dentro de las otras dos, y es un elemento de desórden; hay por eso ménos agilidad en los movimientos, el frente se disminuye en una tercera parte, la fuerza de resistencia es menor que en cuatro filas, órden muy fácil de tomar desde el de dos, ya doblando las hileras, ya doblando las compañías; y por último, como órden fundamental, éste es más cómodo y ágil en las maniobras, porque los fuegos son más sencillos, las marchas más fáciles, y si conviene pasar á una ó cuatro filas, se pasa en el momento que se quiere.

Ahora vamos á hacer el análisis de cada una de las formaciones en que combate la infantería, ya en defensa, ya en ataque, y de las maniobras que se necesitan para pasar de uno á otro de estos órdenes.

La formacion en batalla es la fundamental y orgánica, porque facilita el uso del fuego sin impedir el de la bayoneta, y porque

desde este órden se pasa fácilmeute á todos los otros; por consiguiente, una buena infantería debe basar su instruccion en esta clase de maniobras. Vencidas las dificultades que ofrece el movimiento y uso de esas extensas líneas desplegadas, se domina la táctica completamente, porque la tropa maniobrera en línea de batalla, lo es con mayor razon en columna ó cuadro, donde los movimientos son más córtos y libres. A pesar de eso, como las líneas delgadas carecen de fuerza ofensiva, y sus marchas son difíciles y lentas por la fluctuacion de las alas, y por un fenómeno en el órden moral que se halla en contradiccion con el físico, la violencia del ataque es mayor en columna que en línea, porque el impulso de las primeras filas viene de las de retaguardia, este órden es poco aplicable en guerra, y sólo se puede hacer uso de él en el momento del fuego; pero una infantería que consiguiese tal grado de instruccion y moralidad que pudiera avanzar, retirarse y atacar fácilmente en línea desplegada, sería invencible.

Los dos elementos tácticos de la infantería son el fuego y la bayoneta: vamos á examinar su efecto físico y moral, y á dictar para cada uno los órdenes convenientes.

El fuego ni conquista posiciones ni desaloja tropas, que es el fin á que debemos aspirar en toda funcion de guerra; pero causa bajas, perturba el órden enemigo, aterroriza, impide que se aproximen á la posicion fuerzas atacantes, y por consiguiente ejerce una accion preparatoria y defensiva, sin la que no es posible la resolvente del arma blanca. Pocas veces es el fuego mortífero y nutrido, y éstas es á muy corta distancia y por muy corto tiempo; pero entónces su doble efecto moral y material se auxilia y redobla por sí mismo, y prepara de tal modo la accion resolvente, que basta una demostracion á la bayoneta para decidirla. El fuego nutrido, aunque sea sin acierto, se hace tanto más terrible cuanto más se aproximen los atacantes; es fuego de mucha fuerza defensiva, pero si no es repentino, de muy poca preparatoria, y por consiguiente no conviene sino en la defensa de posiciones fijas, ó en las emboscadas y sorpresas; por el contra-

rio, el mortífero es lento, su efecto moral no crece sino á medida que se siente el material; pero llega un caso en que ya no se puede sufrir, y entónces la accion preparatoria queda terminada á muy poca costa.

Entre estos dos extremos fluctúa siempre la táctica de una buena infantería, y la conciliacion de ambos no puede realizarse sin dividir la fuerza en dos; una, la ligera, destinada á romper el fuego mortífero y preparatorio, y otra, la de línea, que es la que hace el nutrido y defensivo. Aunar de un modo permanente ambas opuestas condiciones es obra imposible; los buenos tiradores, los moros, los indios y los americanos no pueden ser buenos soldados de línea, y las tropas maniobreras, las de terrible bayoneta y movimientos decididos, como los franceses y españoles, precisamente han de tirar mucho aunque mal; pero con la ventaja de que su fuego es de un efecto físico irresistible cuando la distancia se acorta, distancia que las tropas dedicadas con preferencia al tiro no quieren nunca acortar porque temen el arma blanca.

El fuego puede ser á la voz ó á discrecion; á la voz, cuando es por batallones ó medios, compañías, mitades ó filas, y á discrecion, cuando se rompe por hileras ó en guerrilla. Del primer modo las descargas causan gran efecto moral; pero muy poco físico, porque la puntería no se hace, y como despues de haber disparado quedan las fracciones sin defensa, estas descargas cerradas no son aplicables sino en muy pocos casos, contra tropas poco reglamentadas, en las sorpresas, ó en un momento supremo cuando los combatientes se van á cerrar ya cuerpo á cuerpo. Ademas, cuando esta clase de fuegos se prolonga por algun tiempo, degenera en un tiroteo á discrecion sin órden, porque el soldado no puede contener su impaciencia, y no espera oir la voz para disparar su arma. Á una tropa que ha conseguido tal grado de instruccion y disciplina, que hace á la voz en guerra el fuego de filas, no hay caballería que se la pueda oponer.

La bayoneta no puede ser bien empleada sino por fracciones de algun fondo, de corto frente, y desligadas unas de otras; por-

que este órden es el más movible, y porque las primeras filas necesitan el impulso moral de las de retaguardia; pero como á medida que se aumenta el fondo se disminuye el número de bayonetas activas, las masas atacantes no deben ser más profundas que lo estrictamente necesario para producir ese impulso, y en muchos casos es preferible multiplicarlas disminuyendo algo el fondo. Dos columnas de ataque de medio batallon presentan doble número de bayonetas que una de uno, doble accion ofensiva y más pronta y doble amenaza, ya directa, ya envolvente; y sin embargo, cada una de esas columnas, no por constar de tres compañías en vez de seis, lleva ménos arranque; al contrario, su agilidad es una condicion de su fuerza.

La carga en línea es de un gran efecto material, porque pone en combate todas las bayonetas; pero es tan débil su impulso y tan lenta y difícil su marcha, que no puede usarse sino por una tropa muy valiente y disciplinada, y en circunstancias especiales, para ataques cortos y repentinos y contra tropas detenidas ó sorprendidas. De un modo ó de otro, la bayoneta pocas veces se cruza; ántes de llegar á cerrarse con el enemigo, ó el atacante ha sido rechazado por el fuego ó por una violenta reaccion ofensiva del atacado, ó éste ha dejado el campo libre.

Una infantería sólo puede resistir á pié quieto, confiada en su fuego, el ataque de la caballería: pero contra otra infantería debe oponer siempre movimiento á movimiento y rechazar ataque con ataque, porque una tropa cualquiera no puede resistir en posicion fija á otra de la misma arma que viene hácia ella; tiene que salir á su encuentro, para poner en juego todas sus facultades tácticas moviéndose, y por consiguiente, una buena infantería debe tener prontas maniobras para pasar del órden del fuego al de bayoneta; de aquí que no haya nada más guerrero que las muchas y cortas columnas que se forman y se despliegan en un momento.

La columna puede ser á distancias enteras, á mitad de distancia, y cerrada; la primera es poco ágil, de lento despliegue, y de poca fuerza ofensiva; más que columna de combate, es la teórica y fundamental á que las demas se refieren en su organismo, y no

es aplicable sino para movimientos de flanco fuera del círculo de accion del enemigo.

La cerrada ofrece gran resistencia para sufrir el choque, y gran impulso para darle; es movible, guerrera, sus despliegues son cortos, su mando muy fácil, porque toda la fuerza se halla en la mano del jefe, y porque una palabra y un gesto la electrizan, pero no se puede negar que en el centro de esa masa hay confusion; el oficial domina poco las filas, la personalidad moral del soldado está tan oprimida como la física, y si sufre ese grupo amasado y compacto una derrota, es absoluta y terrible; ademas de todo eso, un agrupamiento tan unido ofrece á los proyectiles mucho cebo.

Entre la masa y la columna abierta hay un término medio; la columna doble á mitad de distancia. Cuando se haya fijado la fórmula ofensiva de la guerra moderna, cuando esos progresos en artillería y esa decadencia de la caballería terminen; cuando ya los generales no se vean obligados á hacer de la infantería la sola arma resolvente, como en Magenta y Solferino, cuando se vuelva en las tres armas al equilibrio perdido, y esa confusion de ataques de masas informes y en tumulto desaparezca, la columna doble será más apreciada de lo que es hoy, porque sus cargas son ménos violentas, pero más ordenadas y decisivas; sus despliegues, cortos y rápidos; su movimiento, fácil; su accion puede ser doble, partiendo las columnas, ó sencilla, segun convenga, y los proyectiles no hacen en su flanco más efecto que en una línea desplegada.

El cuadro es un órden puramente defensivo; sólo á falta de caballería y contra masas irregulares puede intentarse dar al cuadro condiciones ofensivas y aptitud de movimiento. Bonaparte, en Egipto, y Bugeaud, en Argelia, nos han dado buenos ejemplos de lo que en éste órden se puede hacer. Mucho se ha discutido sobre las ventajas de los cuadros huecos ó los llenos, es decir, los que dejan un espacio cerrado y los que sólo son una masa que estrecha sus filas dando frente á las campañas las hileras de los costados y las filas de retaguardia. Este cuadro tiene ménos bo-

cas de fuego en combate y deja sin defensa á los heridos, pero es más movible, porque al fin no es otra cosa que una columna cerrada. El hueco da abrigo á los no combatientes, y admite más defensa; por eso es preferible casi en todos los casos, y sólo en circunstancias dadas, cuando el peligro es inminente ó cuando el ataque va á ser pasajero, debe admitirse el cuadro lleno.

De todos modos, los cuadros son mejores cuanto más pequeños, porque la caballería necesita espacio ancho para el choque, y se arremolina y entorpece su carga cuando los caballos convergen á un punto; por eso, en vez de cuadros grandes, convienen muchos pequeños que recíprocamente se defiendan y crucen sus fuegos.

El cuadro es una de las maniobras donde más interesa conciliar con prontitud el órden, porque la caballería es inesperada y repentina en sus ataques, y á su ofensiva violenta no puede oponerse otra cosa que una defensiva tenaz, que sin calma no puede nunca existir.

La celeridad para formarse en cuadro no ha de ser precipitada, sino que debe consistir en las líneas de maniobra, que han de ser muy cortas, sin tener para nada en cuenta el órden orgánico.

Nosotros preferimos doblar las compañías á doblar las hileras, porque esto último es más confuso y largo, y del otro modo hay fuego desde el primer momento, y la maniobra puede hacerse desde todos los órdenes; cosa de mucho interes, porque evita movimientos preparatorios, y porque facilita achaflanar los ángulos con fuerzas de la tercera ó cuarta fila, ó cubrirlos si, por un error, no cerrasen perfectamente.

Antes hemos manifestado que el gran secreto táctico es el proteger una maniobra en sí misma, porque nunca es tan débil una fuerza como cuando pasa de un órden á otro ó de una á otra posicion; verse obligados á un movimiento de flanco ó retrógrado, sin fuerzas que le cubran, es siempre peligroso, y muchas veces funesto; un cambio de frente, un relevo de líneas, un despliegue, una traslacion de todo el órden más á la derecha ó á la izquierda,

ofrece dificultades que pocos militares saben dominar; lo único sencillo y comprensible á todos es la accion en sí misma; dado ya el órden, si se ha de hacer uso del fuego ó de bayoneta, y cómo, eso el último soldado lo sabe; pero modificar ó trasladar el órden, sólo los buenos tácticos pueden hacerlo.

Por regla general, la defensa de una maniobra no está nunca sino en la ofensiva falsa sobre el mismo punto que se ha de rehusar; por ejemplo, en un cambio de frente se necesita que el ala que retrocede lo verifique al abrigo del fuego ó de las demostraciones ofensivas de otra fuerza que luégo á su vez se retira vivamente; en el relevo de las líneas es preciso, ántes de que la primera se retire, un avance falso general miéntras la segunda avanza realmente á fijarse en la posicion ó á desembocar en columnas de cargas por los claros.

Por todo esto, no hay órden de una aplicacion tan vasta, ya en el ataque, ya en la defensa, como el de escalones. En él los flancos están protegidos, mejor dicho, es un órden sin flancos; en el ataque se sostiene en todos los momentos el mismo impulso, y en la defensa el mismo vigor, porque las tropas están siempre frescas, su relevo es frecuente, y sus movimientos á vanguardia y retaguardia, libres y protegidos.

Se necesita para esto que los escalones se hallen á distancia de protegerse, sin estar tan próximos que comprometido el primero lo sean todos; se necesita tambien que la directriz, ó sea la línea que pasa por todos los centros de escalon, no esté enfilada por artillería enemiga; que los escalones no sean tan extensos que no exista el flanqueo mútuo; que no se crucen, porque se molestarian en sus fuegos y se arrollarian en su marcha; que ningun comandante, por vanidad ó loco entusiasmo, avance exponiéndose á ser envuelto, porque roto así un eslabon de ésta cadena, el órden queda desecho; y por último, que el flanco exterior del escalon más avanzado esté protegido. En vista de todo esto, se ha fijado en seis batallones el máximum de fuerza de cada escalon, y en el alcance medio del fusil la distancia de unos á otros; pero ademas de estos grandes escalones, nosotros cree-

mos éste órden muy aplicable tambien en pequeño, y nos complaceria mucho ver en los ejercicios de batallon escalones de compañía que dieran un juego táctico, donde los capitanes se acostumbrasen á ese mando independiente, pero de fracciones asociadas, que es en la guerra el de los comandantes.

A pesar de todo lo que dejamos dicho, no hay maniobra que tenga en sí misma toda la proteccion necesaria, y se necesita como complemento una fuerza exterior al órden, ágil, movible, de fuego mortífero, de rápida marcha, que avance, que se retire, y que penetre en todos terrenos; hé aquí la infantería ligera. Ella prepara con su fuego el de las líneas, y con sus ataques falsos las cargas á la bayoneta; limpia de emboscadas el campo, señala los pasos peligrosos, hace que el enemigo presente su plan y descubra su órden, le atrae, le irrita y le obliga á cometer imprudencias, y cuando las líneas se preparan á un movimiento retrógrado, ella sostiene por el tiempo necesario el empuje de la batalla. Esta infantería necesita jefes y oficiales de grande ojeada militar, porque su rádio de mando es más extenso, soldados robustos, tiradores, hombres de guerra, independientes en su modo de combatir, y ligados unos á otros por el afecto personal; su táctica, por lo tanto, debe ser sencilla y fácil, y sus ejercicios, de agilidad y fuerza. Véase, pues, cómo es imposible crear batallones con unas compañías de línea y otras ligeras, y cuantos esfuerzos se hacen en ese sentido no producen otra cosa que dislocar los institutos y hacer de los cazadores una muy buena tropa, pero de línea y nada más que de línea.

Hemos hecho el análisis de la infantería en todas sus propiedades y sus efectos; sólo nos resta advertir, que para combinar esa doble accion ofensiva y defensiva del arma no se pueden sentar reglas fijas; unas veces, un órden combinado de batallones en masa y desplegados otras, un sistema de columnas pequeñas y multiplicadas; en unos casos, grandes masas de batallones cerrados entre sí, y en otros, espesas y dobles bandas de cazadores, son los medios de poner en juego la infantería; medios infinitos y variados, que todos caben dentro del organismo del arma y de su

doble propiedad de ataque y defensa, y cuya eleccion es propia sólo del génio táctico.

Ahora vamos á ocuparnos de las otras dos armas, polos opuestos de la guerra, la una ofensiva por excelencia, pero sin defensa propia, y la otra destructora y defensiva, pero sin ataque; ambas vienen á reforzar á la infantería en una de sus propiedades y á tomar de ella lo que les falta; por eso muchas de las cosas que hemos dicho en este capítulo caben tambien en los siguientes.

CAPITULO III.

ARMAS AUXILIARES.

I.

Caballería.

La infantería reune todos los elementos militares, pero en grado medio, como ya hemos dicho; para elevar la fuerza ofensiva á toda su altura, necesita el auxilio de un arma exclusivamente de ataque, como la caballería, y para conseguir en grado máximo accion preparatoria y defensiva, le conviene tambien el apoyo de otro cuerpo destructor por excelencia, como la artillería.

Ademas de muchas razones políticas, como los adelantamientos en una de las armas han venido á quitar fuerza á las otras, haciendo que el equilibrio entre las tres se pierda, y que se exija de la infantería en las batallas un impulso resolvente, exagerado y tumultuoso, la guerra moderna tiene que ser incompleta en la ofensiva y demasiado resistente en la defensiva; las batallas, revueltas, desordenadas y sin victoria absoluta; las expediciones, largas, infructuosas; las conquistas, imposibles, y las guerras nacionales, más frecuentes.

Hoy, que vemos potencias de último órden, como Méjico, resistir contra un grande Imperio, y provincias, como Polonia, luchar, y luchar con ventaja contra media Europa; hoy que es imposible reproducir hechos como la expedicion á Oriente de

catalanes y aragoneses, y que, por el contrario, existe en todos los pueblos y los ejércitos una fuerza defensiva que apénas la imaginacion puede comprender, y una pobre y raquítica fuerza ofensiva incapaz de conquistar nada, ni destruir nada, se necesita más que nunca, en bien de esa misma fuerza resistente, dar á los elementos de ataque algo del desarrollo perdido. Miéntras no se halle una accion que sustituya á la de la caballería, se debe perfeccionar ésta todo lo posible, elevando su proporcion numérica con la de las otras armas, y consagrándose con preferencia á la organizacion y uso táctico de la que es por ahora nuestro último recurso ofensivo, porque los elementos de resistencia que ofrecen hoy las sociedades, y que en política son necesarios, no pueden militarmente existir en la guerra si se carece en absoluto de elementos de ataque.

Es muy teórico y escolástico explicar las propiedades de la caballería, valiéndose de leyes mecánicas; en el jinete y en el caballo hay la inteligencia y voluntad del primero y el instinto del segundo, cosas de más valor que el peso, la masa y la velocidad, y otras cualidades físicas, en las que han fijado los autores alemanes su estudio, como si se tratára de una máquina y no de una reunion de hombres. Sin embargo de eso, por las condiciones especiales de cada raza de caballos, por la distinta aptitud guerrera de los hombres, por la variedad en los usos del arma, y por las dificultades que ofrece la equitacion, se necesita clasificar la caballería en varios institutos, á saber: la *gruesa*, la de *línea*, la *ligera* y la *irregular*.

Ántes de hacer el estudio de cada una de estas especies, veamos en conjunto las propiedades y funciones del arma en general.

La accion de la caballería es por excelencia ofensiva, porque se produce por el movimiento rápido y se resuelve por el arma blanca; su efecto es nulo ó decisivo, pero nunca medio, porque ó termina por la dispersion del enemigo, ó no se llega á verificar, por haber sido rechazados los jinetes ántes de llegar al punto de choque. La caballería nada tiene de preparatorio ni defensivo, porque su fuego es corto y poco certero; la carga, incómoda y larga; la

puntería, imposible, y en frentes iguales presenta la infantería triple número de armas; por consiguiente, las carabinas de los jinetes no pueden tener otro uso que el de avisos, en guerrillas muy avanzadas, y el de defensa personal, en lances aislados. Del mismo modo, para evitar el fuego enemigo, la caballería carece de facultades, porque presenta un gran blanco; los caballos se desordenan con el estruendo, y los hombres se intimidan ante un peligro que no pueden arrostrar volviendo daño por daño. Por todas estas razones, la caballería no es ni puede ser arma principal, sino auxiliar, pero de un auxilio tan importante que sin él un ejército ni puede conseguir grandes victorias, ni llevar á cabo persecuciones decisivas, ni proteger sus retiradas, ni adquirir noticias y víveres sino á mucha costa, ni reconocer los campos, ni sorprender los puestos, ni nada, en fin, que necesite rapidez en la ejecucion y ataque pronto y violento.

Es un arma cara, lenta en organizarse, de instruccion difícil, de táctica limitada á un solo efecto y á casos determinados, mas todo lo compensa en un dia, en un instante de gloria, salvando la existencia de todo un ejército; pero es preciso que no se la desencaje de su puesto, y que no nos obstinemos en darla una fuerza preparatoria y defensiva que jamas puede tener.

La caballería ligera es á la de línea lo que los cazadores en infantería; los caballos ágiles y pequeños, y los hombres mejores jinetes, que puedan penetrar en país quebrado, descubrir campo, mezclarse en guerrillas mixtas con la infantería y así preparar las acciones, son los que constituyen la caballería ligera, que, batiéndose en pequeños grupos y con armas de pelea más que de choque, completan la accion táctica que en el capítulo anterior hemos explicado para los cazadores.

La de línea, reunida en grandes masas compactas funciona en las batallas en los momentos decisivos y contra tropas ya perturbadas por el fuego ó sorprendidas en un movimiento; necesita, por lo tanto, armas de choque más que de pelea, caballos de alzada y fuerza, más que ágiles y corredores; alineamiento, órden y empuje, más que destreza y agilidad.

Aquellos hombres y aquellos caballos que en mayor grado reunan estas cualidades, son los que forman la gruesa caballería, cuya accion es la misma que la de línea, sólo que se reserva para casos extremos. En nuestro deseo de simplificarlo todo, no somos muy afectos á este instituto, como no lo somos al de granaderos, y no nos halaga la idea de debilitar la verdadera caballería, que es la de línea, para hacer de su flor, y á mucha costa, un cuerpo cuya funcion táctica es la misma, y que por el hecho de fundarse en él mayores esperanzas, puede producir con su derrota material la moral del resto del ejército. Es indudable que en esta arma, más que en las otras, se necesitan fuertes reservas para emplearlas en momentos críticos; pero es preferible que se compongan de tropas de igual naturaleza á las del cuerpo de batalla, que no de tropas escogidas y organizadas de un modo permanente, porque, ademas del gasto enorme y de las rivalidades que esto produce, estas reservas, ó se han de emplear á cada paso, y entónces dejan de ser escogidas, ó no se han de emplear sino en las grandes ocasiones, y en este caso acaban por estar ménos fogueadas que las demas tropas. Como regla absoluta hemos sentado y demostrado en otras páginas de este libro, que para una sola accion táctica no debe nunca haber dos clases de tropa, que, siendo iguales en su modo de combatir, sólo sean distintas en sus privilegios, y mucho ménos en ejércitos españoles.

La caballería irregular no la crean los gobieruos, sino los pueblos.

Hay algunos que por sus costumbres nómadas, por la topografía de su país y por su riqueza en ganados, ofrecen condiciones para esta clase de caballería. Los cosacos, los tártaros, los gáuchos, los croatas, ántes de ser regimentados, y numerosas tribus de África, se reunen en grandes bandas de jinetes, y sin más organizacion ni táctica que sus hábitos de raza y su instinto guerrero, siguen á los ejércitos regulares en sus maniobras, trabajando por su cuenta y riesgo, y rinden servicios que una caballería ligera regular no puede rendir, acosando á los cuerpos de ejército, sorprendiendo los convoyes, reconociendo el país, moles-

tando á las partidas sueltas, y obligando así al enemigo á estar siempre encerrado en sus líneas y campamentos. En países civilizados, esta caballería no puede existir, porque se halla en oposicion con las costumbres creadas en el progreso político, pero puede, hasta cierto punto, suplirse, organizando milicias provinciales del arma, allí donde la contextura del terreno y la riqueza en ganados lo permita.

La raíz táctica de la caballería es, con mayor razon que en infantería, el número cuatro, porque los movimientos de flanco, no siendo posible que el caballo en fila gire sobre su mismo terreno, han de ser por conversiones de cuatro caballos; por consiguiente, la unidad de maniobra, que es el *escuadron*, debe constar de 96 ó 128 jinetes, en cuatro secciones de 24 ó 32, que es el número mayor que un oficial solo puede conducir con acierto en el combate; y cada seccion para las pequeñas maniobras, dividida en tres ó cuatro grupos de ocho caballos en dos filas. Para formar la unidad orgánica permanente, que es el *regimiento*, se reunen cuatro escuadrones, y así queda constituida, al mismo tiempo, la primera unidad táctica compuesta.

La formacion en dos filas es de absoluta necesidad, porque aunque la segunda no toma parte en el choque, sí la toma en la pelea que sigue á la carga, y es una reserva inmediata y pronta, que necesita la primera fila para sostener su empuje y su vigor moral.

Los intervalos entre los escuadrones tienen por objeto, ademas de abrir esas corrientes á la circulacion de las tropas y de facilitar las medias vueltas, dar al alineamiento un desahogo necesario, por la tendencia que tienen los caballos á unirse en monton en el centro y arremolinarse, lo que ha sido en líneas contínuas causa de horribles desastres y de cargas malogradas.

Con mayor motivo que en infantería, la táctica de un arma cuya accion es rápida y del instante, y que nunca se puede dilatar, debe ser sencilla, fácil y libre en sus órdenes, sin respetar número ni fila, ni detenerse á movimientos preparatorios inútiles.

Por fortuna, nuestro reglamento es la última expresion del progreso en este sentido, y naciones tan adelantadas como la Francia, han reconocido su mérito, introduciendo en su táctica los principios filosóficos en que descansa la nuestra, y aceptando hasta la forma en que están desarrollados.

Nada tenemos que decir con respecto á las armas, que no hayamos dicho en el capítulo primero de este estudio, ni sobre uniformes, que no esté ya consignado en el segundo. Quisiéramos más sencillez, mas gusto moderno, ménos espíritu feudal y de Edad Media en la caballería del siglo XIX, ménos metal y colores, ménos institutos, que sólo difieren en el traje y no en la funcion táctica, y sobre todo, ligereza y libertad de movimientos. Esas botas que no producen otro resultado que dar una falsa firmeza á los malos jinetes, y en cambio enconan las heridas; esas armas sobre el caballo y no sobre el soldado, y esos lujosos arreos que entorpecen al hombre á pié, dejándole á merced de su enemigo, ni responden á las necesidades tácticas de la guerra moderna, ni al espíritu de nuestro progreso social, en el que la forma se sacrifica siempre al fondo, y lo bonito á lo útil.

II.

Carga y órdenes.

En la carga se distinguen cinco momentos : primero, la preparacion ; segundo, la carga propiamente dicha ; tercero, el choque ; cuarto, la pelea, y quinto, la persecucion.

Para la caballería es débil toda tropa que se halle en una de las situaciones siguientes : con su órden perturbado por el fuego ó por cualquiera otra causa, en marcha y con los flancos descubiertos, en el acto de maniobrar, desplegada en líneas, ó en cualquiera otro órden si la caballería está oculta y aparece y se lanza de repente.

Para conseguir que el enemigo se halle en una de estas situaciones, la caballería carece de medios, porque su accion preparatoria se reduce á escaramuzas de húsares, á cargas y retiradas falsas, y á escarceos y movimientos rápidos al rededor del enemigo para aturdirle y asustarle con ese aparato ruidoso y magnífico, peculiar del arma; pero todo esto, ante una tropa serena y aguerrida, es cosa de muy poco valor, y no llega á producir el desórden que se necesita para que la carga sea feliz; por consiguiente, ántes de que se rompa, es preciso preparar su accion con el fuego nutrido de fusilería y con los efectos destructores de las piezas de batalla. Para eso cuenta la caballería con un auxiliar poderoso, la artillería montada, que tiene casi la misma aptitud de movimiento que los escuadrones, los sigue en sus maniobras, y rompe el fuego allí donde se necesita y en el momento preciso, preparando de este modo la carga de los jinetes.

El instante oportuno de cargar pasa como un relámpago, y es preciso que se aproveche; en teoría es difícil fijarle, sólo una gran práctica de guerra y esa ojeada pronta de los jefes del arma, es la que puede decidir si ya el enemigo se halla en ese estado moral y ese desórden material en que es irresistible la carga de un puñado de lanceros; si la tropa es sorprendida en su marcha, ó si se halla desplegada y sin tiempo para plegarse, y la distancia es corta, entónces la carga debe ser repentina y partiendo desde luégo al galope; si el enemigo está dispuesto á recibir la carga, entónces la caballería, al amparo de las otras armas, se aproxima al paso, y cuando ve en las filas enemigas perturbacion producida por el fuego, inquietud, tentativas de retirada ó un esfuerzo impotente de atacar, el momento es llegado, la caballería avanza, á doscientos pasos toma el trote; á los ciento, el galope, y á los cincuenta el gran galope; y unida, alineada, porque su fuerza está en la union, aumentando gradualmente la velocidad para excitar á los caballos, entusiasmar á los hombres y adquirir el máximo empuje, y dando gritos de guerra para aturdir al enemigo, llega al punto de choque.

Ántes de llegar sucede casi siempre una de dos cosas, ó el que

carga es rechazado, porque los jinetes instintivamente se apoyan en las riendas y los caballos vacilan ante el fuego, y de pronto todo el mundo vuelve caras sin saber cómo, ó el enemigo, ya bastante perturbado, no puede sostener un momento más el órden, y huye ántes de que los sables lleguen; de modo que el choque y la pelea muy pocas veces se verifican; lo único que tiene lugar casi siempre es la carga y la persecucion; pero si esto no sucede, y el choque llega á verificarse, y las armas se cruzan, la caballería es vencedora, porque el rápido instante que dura el choque, basta para completar el desórden; las filas no pueden resistir el empuje primero de un solo caballo, de dos, de veinte, de ciento despues, y cualquiera tentativa de resistencia que entónces se haga es inútil; una vez entablada la pelea, ya no hay retirada, sino fuga y dispersion.

Bien sea que el enemigo se retire ántes del choque, ó bien que pueda verificarlo luégo, la caballería continúa su movimiento de persecucion, procurando cortar la retirada, adelantarse á los puntos de paso, y arrollar sin vacilar toda fuerza que se detenga y vuelva cara, porque entónces la resistencia ha de ser débil y las nuevas cargas felices, porque ya están preparadas por el efecto de la primera. Pero nunca esta persecucion ha de ser tan obstinada y tan á fondo que la caballería atacante se desligue del resto del órden de batalla y rompa la armonía de la accion general, exponiéndose así á ver derrotado su ejército cuando ella vuelva victoriosa.

Cuando la lucha es de caballería contra caballería, ninguna de ellas puede soportar el choque á pié firme, ambas tienen que tomar los aires de carga para igualarse en velocidad y empuje; de lo contrario, aquella que llevase ménos impulso, sería arrollada por la otra, porque la caballería no tiene fuerza defensiva, y necesita el ataque y el movimiento hasta para el acto de defenderse; sin embargo, como el principal agente de su fuerza es la union, y la union en los grandes aires no se puede conservar, hay jefes del arma que prefieren en las cargas difíciles, y particularmente en éstas *á pretal*, el trote largo, porque con este

aire el alineamiento no se pierde y los caballos conservan bastante fuerza para resistir á una línea enémiga que venga al gran galope, pero sin alineamiento. En nuestro juicio, ésta es cuestion que debe estudiarse muy detenidamente en cada caso; sin tener nosotros el convencimiento de que el enemigo se ha de desordenar mucho al galope, no nos atreveriamos á salir á su encuentro al trote largo.

La artillería es débil sobre su propio terreno, porque sus efectos se producen á distancia, y porque tiene gran dificultad de dar frente á los flancos y á retaguardia; por eso su mortal enemiga es la caballería, que tiene propiedades tácticas opuestas; el combate entre estas dos armas es extraño y difícil en sus combinaciones; la caballería necesita dividir su esfuerzo y su número, por una parte, contra las tropas que protegen á la artillería, porque ésta jamas se halla sola, y por otra, contra las piezas directamente; á las tropas auxiliares se las carga segun las reglas que hemos prescrito, pero á las piezas al contrario, á la desbandada, sin órden, envolviendo los flancos, sorteando la direccion de los fuegos, y en una palabra, no chocando, sino peleando desde luégo. Más adelante tendrémos oportunidad de hacer el estudio de esta clase de combates; por ahora, lo dicho basta para que se comprenda en todos sus efectos la accion de la caballería y sus tres distintas cargas : primera, la que se produce por la union y la velocidad, y se resuelve con el choque; segunda, aquella en que se sacrifica la velocidad á la union, y termina con la persecucion sin pelea casi, y tercera, la que no exige union, pero sí gran velocidad y se resuelve en pelea sin choque; ó de otro modo, carga al galope, al trote, y á la desbandada.

En todas ellas es del mayor interes que el terreno esté bien reconocido; una miserable zanja, media docena de abrojos militares, una ondulacion donde se pueda ocultar una tropa que tome los flancos de la carga, unos pozos de lobo, en fin, el accidente más pequeño no es nunca despreciable, porque una carga, si bien la resuelve un solo caballo, tambien por un solo caballo puede malograrse. Para esta clase de reconocimientos se necesita

del auxilio de la caballería ligera; los tiradores, esparciéndose por todo el frente y los flancos, avanzando, retrocediendo y galopando en todas direcciones, llegan á tener del terreno el conocimiento exacto que se necesita ántes de romper la carga; los sembrados, los arenales, los charcos de lodo, y las pendientes, por suaves que sean, quitan impulso á los caballos, y todo esto necesita verse con antelacion.

Los órdenes son todos ofensivos y á propósito para la carga, porque ésta es la única accion táctica de la caballería, de modo que toda formacion debe ser tal que permita cargar en todos sentidos; para eso conviene tener á los flancos regimientos en columna abierta, que por un sencillo cuarto de conversion de secciones se presenten en línea de carga sobre la derecha ó la izquierda, grandes claros entre los escuadrones para facilitar el relevo de las líneas y las medias vueltas, un frente y flanco muy despejado, y muy reconocido por los tiradores, y sobre todo, espacio ancho y libertad de movimiento, sin que las otras armas limiten y embaracen la accion; por eso la caballería debe colocarse en las alas, y no á retaguardia ni entre las divsiones de infantería, sino en casos muy especiales.

De cuatro modos puede ser la carga, y segun cada uno de ellos así debe ser el órden: en línea, en columna, en escalones, y á la desbandada.

El primero ofrece inmensas dificultades para el paso á retaguardia de la primera línea, si es rechazada; porque si la segunda se halla desplegada, no se puede conseguir que el turbion de jinetes que viene sobre ella huyendo á galope, se dirija á buscar los claros, y en vez de esto lo que sucede es que arrollan á esa segunda línea, y ambas huyen en desórden; si ésta se halla en columna de secciones, no será tal vez arrollada; pero entónces el enemigo, que viene en persecucion de la primera, encuentra estas pequeñas columnas en su marcha, y sin darlas tiempo para desplegar, las envuelve y arrolla por todas partes. Sólo en el caso de que el combate sea contra infantería, ó cuando por la proteccion de otras tropas sea imposible que la caballería del enemigo

lleve á fondo la persecucion, es cuando puede adoptarse este órden. Ademas, pocas veces conviene extender la accion ofensiva en un rádio tan largo; los ejércitos son batidos en brecha como los fuertes, y para eso se necesita reconcentrar el ataque á un solo punto y esforzarlo allí con cargas repetidas, y por fracciones cortas que puedan conservar su alineamiento y empuje mejor que una línea desplegada; hé aquí la carga en columna.

No queremos decir la carga en columna cerrada, que nadie acepta ya, porque inutiliza el esfuerzo de todos los escuadrones ménos el primero, y porque presenta un gran blanco á los fuegos del enemigo; hablamos de la carga en columna abierta á doble ó triple distancia, que es un martilleo irresistible, un ataque continuado y repetido, escuadron por escuadron, y en el que cada uno, si se ve rechazado, corre por los flancos á ocupar el último puesto de la columna, para allí rehacerse y dar lugar á los otros escuadrones.

Participando del doble carácter de la carga de línea, y de la de columna, está la de escalones; este órden se funda, en caballería, en los mismos principios tácticos que en infantería la proteccion recíproca de escalon á escalon, y el movimiento libre y fácil de cada uno, combinado con el de los otros á vanguardia ó retaguardia. Los escalones deben hallarse entre sí á distancia de carga, y el primero más reforzado que los otros, porque encuentra intacto al enemigo, y debe preparar con su carga las sucesivas; si es rechazado, el segundo avanza sobre los perseguidores y rehace el combate; si no es rechazado, todos cargan, y unos en pos de otros llegan al frente de ataque, abrumando al enemigo con choques y peleas repetidas que se sostienen con el mismo vigor del primer momento, y que dan á la carga la fuerza que tiene la de columna y la extension que tiene la de línea.

Este órden ofensivo y defensivo á la vez, así en caballería como en infantería, es de un efecto táctico tan admirable, y tan sencillo al mismo tiempo en la ejecucion, que no cesarémos de aconsejar á todos los militares que le estudien y se familiaricen con él.

Ya hemos dicho cuál es el objeto de la carga á la desbandada; es imposible presentarse en formacion á la metralla y los gruesos proyectiles, y áun á la desbandada, debe darse el ataque por los flancos de las baterías; sólo en el caso de que la propia artillería haya conseguido debilitar los fuegos de la contraria, puede presentarse de frente la caballería; pero de todos modos, es preciso asegurar el triunfo con cargas regulares contra las tropas que protegen las piezas, y conviene tambien hacer que precedan á la carga tiradores que tomen de flanco y de revés las baterías y molesten á los artilleros con su fuego.

Comision penosa y difícil es para la caballería proteger las Piezas, el éxito depende del punto donde se sitúan los escuadrones, y del terreno, no siempre tan favorable para una de las armas como para la otra. Si es llano y despejado, la caballería debe situarse á los flancos y á retaguardia, á distancia de carga; si esto no es posible, detras de las baterías, tambien á distancia de carga, porque la proteccion nunca debe ser á vanguardia de las piezas para no verse obligados á privarse de su terrible fuego; sólo en el caso de que un accidente del terreno permitiera establecer á vanguardia y sobre el flanco una pequeña emboscada, debe hacerse, porque nada malogra una carga como la aparicion repentina de una fuerza cualquiera sobre el flanco de ataque, cuando ya los caballos han tomado un aire violento. La caballería protectora ni debe perseguir ni llevar su carga más allá de la línea de las piezas, siempre en observacion del enemigo, oponiendo tiradores á tiradores, dispuesta á cargar, y graduando la distancia de modo que el choque se verifique á la altura de la batería, es como cumple su deber. Es preferible pasar á retaguardia armones y depósitos, y dejar que el enemigo se aproxime á las piezas para cargarle en ese momento, y cuando se halla dividido por ellas, á establecer la proteccion delante, haciendo que cese el fuego, porque una carga rechazada á vanguardia, trae consigo la pérdida de las piezas; sin embargo, si en el terreno de la batería, á sus flancos y retaguardia no es posible maniobrar por la naturaleza del terreno, y las piezas se hallan embo-

cando desfiladeros ó establecidas en vertientes, entónces la caballería se coloca á vanguardia sobre los flancos.

Terminarémos este artículo dando una regla general para la caballería. El carácter distintivo del arma ha de ser el ímpetu y no la tenacidad; si en el primer momento no consigue la victoria, debe, tan pronta en el ataque como en la retirada, replegarse en seguida para rehacerse al abrigo de otras tropas; nunca olvidará que su accion no es independiente, sino combinada, y ni en las persecuciones ha de ser ciega, ni en sus correrías tímida; debe descubrir campo, abrir marcha, cruzar el país en todas direcciones, y alejarse mucho, pero siempre dispuesta á retroceder vivamente á sus líneas sin comprometerse en combates infructuosos; así es como un ejército tiene seguras sus comunicaciones, despejado su frente de operaciones, abundantes recursos y noticias exactas del enemigo.

III.

Artillería.

Ya examinada, aunque ligeramente, la artillería, como cuerpo científico encargado de la construccion de las armas, y conocidas las propiedades y el uso de cada una de las piezas, segun su forma y calibre, estudiemos ahora la funcion táctica del arma en general, como cuerpo de tropas en batalla.

La artillería produce un solo efecto, el fuego, pero tan destructor y mortífero, que derriba las murallas, incendia las poblaciones, arrasa las filas, dispersa las masas, da valor á las tropas del ejército, por noveles que sean, y aterroriza á los veteranos del enemigo. Esta doble accion moral y material sólo la puede producir una artillería que sea buena y esté bien protegida, porque nada es más peligroso que hacer que el enemigo desprecie nuestros cañones, por tener esta arma mal constituida, por no saber-

la usar á tiempo, á por dejarla sin la proteccion de las otras; por desgracia son muchos los generales en jefe para los que la artillería, más que un precioso elemento de guerra, es un embarazo en las marchas, un obstáculo en los combates, y una disculpa á las derrotas.

La artillería carece de propia defensa y tiene poca libertad de movimientos, es muy costosa y su organizacion difícil, no tiene en sí misma, por lo tanto, ni medios de ataque, ni medios de retirada, pero su accion destructora es tan violenta, que, protegida por las otras armas, ofrece cubiertos despliegues, fáciles ataques, tenaz defensa á pié quieto, y movimientos acabados con vigor, y desde que se descubre el enemigo hasta el último instante de la batalla no cesa un momento de funcionar, aliada con la infantería ó la caballería, ora en ofensiva ó defensiva, ora preparando ó resolviendo.

Siendo el fuego, y no el choque ni el movimiento, la sola manera de combatir de la artillería, sus formaciones no pueden ser profundas, sino extendidas; una línea de piezas, una segunda de cargas y una tercera de carros, es su único órden de combate; por consiguiente, el verdadero espíritu de su táctica debe consistir en la eleccion de posiciones fijas, en la combinacion con las otras tropas, y en el acertado uso de las distintas clases de fuego.

La unidad orgánico-táctica, la *batería*, la constituyen cuatro ó seis piezas de igual calibre, de ellas la tercera parte obuses; tambien se llama *batería* la reunion en un punto de la línea de batalla de cierto número de bocas de fuego, establecidas allí con un fin táctico determinado.

En este caso la batería puede ser *directa*, *oblícua*, *de enfilada*, *de revés ó cruzada*. La directa bate de frente el objeto, y daña más ó ménos, segun el fondo de éste. La direccion de los fuegos de la oblícua forma un ángulo agudo con la línea del enemigo. Esta batería es de un efecto terrible cuando se usa metralla contra el frente y bala rasa contra los flancos. La cruzada, ó sea la combinacion de dos oblícuas que hacen converger sus fuegos sobre un punto, causa más estrago y afecta mucho á la moral del

enemigo. La de enfilada, que es la que se dirige contra los flancos, produce un efecto que muy pocas tropas pueden resistir. Y la de revés, que es la que bate por retaguardia, no hay tropa, por valiente y disciplinada que sea, que la pueda soportar; la derrota y la dispersion son inevitables.

La distancia á que estas baterías se han de establecer, y el número y calibre de las piezas que las han de formar, se determina segun el objeto que se requiere batir y las reglas que hemos dado para tiro en el capítulo de las armas; en general, el fuego no debe romperse sino á corta distancia, porque el enemigo llega á despreciarlo si oye descargas y más descargas, que no producen daño alguno.

La artillería exige más division de institutos que las otras armas, como ya hemos indicado. Podemos considerar como artillería de línea la de á pié, que funciona en el campo de batalla con la infantería; como ligera, la montada, que sigue á la caballería en sus maniobras, y que, por su facilidad en moverse de un punto á otro, rinde servicios importantes, en las persecuciones y retiradas, adelantándose á ocupar los puntos de interes, y en medio de los combates, cambiando rápidamente de punto, segun las peripecias que sufra el plan general de batalla. A veces se la ha visto avanzar audazmente contra el enemigo, romper el fuego de metralla á 300 pasos y preparar así las cargas de caballería; otras, proteger con su fuego la retirada de las otras armas, retrocediendo despues de cada descarga á nuevas posiciones hasta incorporarse con el grueso de la fuerza.

La de montaña deja mucho que desear todavía; es muy cara, por lo que destruye el ganado, y no compensa con su servicio su coste; sus piezas son de pequeño calibre y de corto alcance, y su fuego es tan poco temido, que nuestros soldados en la guerra civil se burlaban de estos cañones llamándoles *chocolateras*, y no contaban para nada con su auxilio. El gran progreso de esta artillería, tantas veces prometido, tantas esperado y nunca visto, es conseguir que las piezas de á 12 y 8 puedan ser divididas en varios trozos, de manera que sea cada uno fácilmente conducido

á lomo por las asperezas de las montañas, para luégo unirse á tornillo con los otros y formar la pieza cuando se llegue al punto donde se quiera establecer la batería. A pesar de todo, tal como hoy se halla esta clase de artillería, puede servir de mucho en país quebrado, si se sabe economizar y usar con prudencia.

Muchas son las condiciones que debe llenar una posicion para establecer en ella una batería, y difícil es armonizarlas todas. Es preciso que tenga francas salidas para los movimientos ofensivos, y seguras líneas de retirada; que sus flancos estén apoyados de tal modo, que sea imposible envolverlos ; que tenga libres las comunicaciones con el resto del órden de batalla del ejército; que su espacio interior sea despejado para que no haya entorpecimiento en las maniobras, y que, para favorecer al tiro y puntería, el terreno sea sólido y ofrezca delante de las piezas una pequeña ondulacion que las cubra, y más á vanguardia, una pendiente que pueda ser barrida en toda su extension, porque en las alturas muy escarpadas, como no se puede dar á la pieza tan pequeño ángulo de tiro como se necesita, la caida de los proyectiles es demasiado fijante. Es un error en que incurren muchos militares el situar las piezas en vericuetos; al contrario, para defender alturas, la mejor posicion para las baterías es en los estribos, porque desde ellos se barren las faldas y se toman de flanco las fuerzas atacantes.

Tambien es preciso que no pueda el enemigo establecer contra la batería otras de enfilada, y ménos de revés ; esta ventaja debe siempre disputarse, y se ha de procurar, áun á costa de grandes sacrificios, batir los flancos ó la retaguardia del enemigo.

Por último, debemos tener presente que las baterías son parte de la línea general del ejército, y por lo tanto, han de estar ligadas con el resto del órden, protegiéndose entre sí y recíprocamente con las demas armas.

Se debe evitar, aunque no en todos los casos será posible, que las baterías estén á retaguardia de otras tropas y disparen por encima de las cabezas, porque en esta situacion, el soldado está intranquilo y es muy fácil el desórden; pero todavía es peor colo-

car las tropas á retaguardia de las piezas, porque los fuegos de la batería propia atraen siempre los de la enemiga y esto causa en las fuerzas auxiliares muchas bajas inútiles; por desgracia, en baterías muy numerosas no se puede prescindir de este mal.

La artillería y la caballería se prestan mútuamente un auxilio poderoso, porque sus propiedades tácticas son opuestas; los fuegos de la una protegen los movimientos de la otra, y esta asegura con sus cargas la posesion á la primera del terreno que pisa, cosa que ella por sí no puede hacer, y con sus tiradores la flanquea, y defiende la vida de los artilleros, constantemente amenazada por los tiradores del enemigo. Por consiguiente, una artillería será tanto mejor cuanto más confianza tenga de que las tropas protectoras se sacrificarán por salvarla, y una caballería cargará con más arrojo si sabe que, en el caso de ser rechazada, el fuego certero y nutrido de los cañones ha de contener al enemigo.

En estrategia, como en táctica, el secreto de la guerra consiste en concentrar en puntos decisivos el ataque, rehuyendo los otros, y de aquí se desprende, que, así la caballería como la artillería, deben obrar en grandes masas y no en pequeños grupos esparcidos por el frente y mezclados con las otras armas. Una ó dos gruesas baterías dirigidas contra puntos capitales del enemigo, y algunas piezas en los débiles para hacerse respetar, es la distribucion más á propósito.

La artillería no debe nunca hacer alarde de audacia; su fuerza consiste en la posicion y el fuego, y su valor ha de ser el valor frio y tenaz del soldado de parapeto. No debe olvidarse la imposibilidad en que se halla de defenderse por sí sola, y lo difícil y lenta que es en sus maniobras, y por lo tanto, no se la debe arriesgar en movimientos ofensivos rápidos. Se ha visto en Wagram 80 piezas de batalla, en el centro del ejército, romper un horrible fuego avanzando y marchar al ataque como marcha una columna de granaderos, pero esto no debe sentarse como regla fija, porque no son fáciles para todos las cosas que lo eran para el génio de Napoleon el Grande.

El combate de artillería con artillería debe evitarse todo lo

posible, porque la destruccion recíproca del material no produce resultado alguno; pero como es preciso apagar el fuego con el fuego, ha de procurarse, cuando los calibres son menores que los del enemigo, aproximarse á distancia de punto en blanco, ya valiéndose de rápidas maniobras en escalones, ya por medios de astucia ó fuerza, porque entónces los fuegos del enemigo son poco certeros por caer su punto en blanco á nuestra retaguardia.

En guerra, lo más inesperado es casi siempre lo mejor; una batería que se descubre y rompe de repente su fuego, cuando ya el enemigo, sin contar con ella, ha tomado disposiciones que difícilmente puede variar, produce un efecto tan terrible, que se necesita para contrariarle una pericia táctica que pocos llegan á tener.

En las batallas desempeña la artillería tres misiones distintas: proteger el despliegue, preparar los ataques de las otras armas, y contener la persecucion del enemigo favoreciendo los movimientos retrógrados del propio ejército. Para lo primero, la montada y alguna de á pié de grueso calibre precede á las columnas, se adelanta á puntos convenientes y rompe fuegos cruzados sobre todo el órden enemigo, barriendo las avenidas de la posicion; entre tanto, el resto de la de á pié se reune en grandes baterías que se dirigen contra los puntos que se tratan de forzar, y al abrigo de estos fuegos las columnas despliegan, y cuando ven perturbado el órden, se lanzan al ataque resueltamente. Si es preciso retirarse, aquella artillería que ménos haya sufrido corre á los puntos de paso, vuelve sus bocas al perseguidor, y protege así el desfile de la infantería y las reacciones ofensivas de la caballería de reserva.

Con lo dicho se comprende lo interesantes que son las reservas en esta arma; unas veces, es preciso reforzar baterías; otras, establecer una nueva, y para todo esto hay que tener á mano fuerzas disponibles, particularmente de artillería montada, para acudir pronto á los puntos de peligro.

Hemos presentado, aunque muy de ligero, las principales propiedades de los dos instrumentos de guerra que vienen á comple-

tar la doble accion de la infantería, constituyendo ejército con ella, y esto basta para comprender en conjunto el magnífico juego táctico de las tres armas combinadas; mas para dar unidad á esta accion múltiple y que varía hasta lo infinito, necesitamos cuerpos ó institutos que sean el enlace táctico de las tres armas fundamentales, el centro directivo del ejército, su administracion y gobierno, y que sean tambien, ampliando ya el estudio á la práctica, el complemento estratégico de las fuerzas activas y de las inertes, de las tropas y del terreno. Esto es lo que vamos á ver en el capítulo IV.

CAPITULO IV.

CUERPOS COMPLEMENTARIOS.

I.

Ingenieros.

Existen dos institutos, que son el complemento estratégico de las tres armas tácticas fundamentales; y aunque no pertenecen determinadamente á ninguna, se relacionan con las tres de un modo tan íntimo, que enlazan la accion de cada una con la de las otras, aplicándolas á las circunstancias y localidades de cada caso. El primero refiere al terreno, segun su forma, la fuerza de las armas, y el otro dirige y combina la funcion política y militar de todos y cada uno de los elementos de guerra, siendo así el principal resorte de esa máquina que se llama ejército, cuyo motor es el general en jefe. Estos dos institutos son el de *Ingenieros* y el de *Estado Mayor*.

Al querer examinar sus deberes entramos de lleno y sin sentir en el estudio práctico del arte de la guerra; hasta ahora conociamos en abstracto cada una de las tres armas; pero en adelante, desde que aparecen estos dos institutos, la teoría se concreta, y las operaciones militares toman la forma real que las da el terreno y la organizacion de las masas.

Para convencernos de esto, veamos las obligaciones que debe cumplir, así en paz como en guerra, el cuerpo de ingenieros.

En la paz, establece, construye y cuida de la conservacion de las plazas, castillos y líneas permanentes, y levanta y conserva todos los edificios militares, como cuarteles, parques, hospitales y depósitos ; en la guerra, traza los atrincheramientos, reductos, puestos, plazas del momento, y todas las obras de fortificacion pasajera, abre y repara los caminos y echa los puentes, ó los corta y destruye si así conviene á las operaciones, y por último, como las obras se baten con obras, preside al ataque y defensa de todas las plazas, puestos y líneas fortificadas.

Para la ejecucion de todos estos trabajos se necesita una gran masa de obreros, que pueden ser paisanos á jornal ó soldados de infantería; pero de un modo ó de otro, la falta de brazos, particularmente para obras en tiempo de guerra, es uno de los obstáculos con que siempre se tiene que luchar, y por eso insistimos en que se dé á los gastadores en infantería otra organizacion más útil que la que hoy tienen, y que se acostumbre á los demas soldados á esta clase de ejercicios.

Como base de todo este sistema, se necesitan, ademas de esas brigadas de trabajadores y de esos batallones de obreros de organizacion transitoria, cuerpos permanentes de zapadores, minadores y pontoneros, formados con hombres robustos y prácticos en algun oficio útil para la guerra. Á estas tropas, por su mision especial, las conviene un valor frio y filosófico, y no el impetuoso y arrebatado de las columnas ofensivas; porque unas veces trabajando bajo el fuego del enemigo, otras aproximándose para allanar el camino á las demas tropas, su deber es siempre el de hallarse en lo más rudo del combate, sin el consuelo de tomar en en él una parte activa, volviendo daño por daño. El minador que establece el hornillo al pié de la misma muralla, el pontonero, que trabaja horas enteras bajo el cañon del enemigo, con hielo y agua hasta la cintura, y el oficial que, blanco de todos los fuegos de un fuerte, se aproxima á reconocer la brecha, son hombres que necesitan de ese valor estóico, que es sólo dón divino de naturalezas muy privilegiadas.

Hemos dicho que un regimiento de zapadores es lo bastante,

por regla general, para un ejército de 50.000 hombres; pero, segun la clase de guerra que se haga, será preciso aumentar ó disminuir esta proporcion, ó por lo ménos el cuadro de oficiales y las brigadas de obreros, porque es claro que en una lucha lenta, metódica y de plaza en plaza, se necesita más de los trabajos del cuerpo de ingenieros que en una lucha impetuosa, de largas marchas, de rápidas invasiones y de combates ofensivos.

No podemos sentar reglas fijas para la distribucion de estas tropas en el ejército; unas veces conviene reunirlas en un solo punto para concluir pronto grandes obras de interes, y otras es preciso dotar á cada division de una ó dos compañías de zapadores, porque el terreno y la clase de guerra que se hace exigen mucho trabajo de trinchera; esto sólo el general en jefe puede decidirlo, segun el plan que se proponga, y, teniendo en cuenta que las obras y los atrincheramientos son una de las primeras necesidades militares, sin darles la excesiva importancia que se les daba en el siglo XVII, tampoco se les puede despreciar tanto como se ha despreciado á principios del siglo XIX, y ménos hoy, que la guerra tiende á hacerse defensiva.

No es nuestro propósito entrar en detalles sobre el arte de la fortificacion, pero estamos en el deber de sentar algunas apreciaciones generales sobre las defensas permanentes de los Estados y de las campañas de los ejércitos, por lo que esto afecta á las operaciones bajo el punto de vista de la estrategia y la táctica.

Cuando empezó en la Edad Media á renacer el municipio y á morir el sistema feudal; cuando aparecieron los albores de la civilizacion, y en los Estados, aunque no constituidos aún, se comenzaba á distinguir ya la provincia en gérmen, todas las ciudades pedian murallas; en la progresion que las nacionalidades destruidas por los bárbaros habian seguido para reconstituir la sociedad, los intereses que en un principio eran de señor á señor, fueron más tarde de provincia á provincia, como lo son hoy de Estado á Estado; y así como los señores necesitaron castillos donde abrigar su poder, el municipio exigió una capital fuerte, del mismo modo que hoy las naciones exigen una frontera defen-

dida. El ingeniero ha ido satisfaciendo sucesivamente estas necesidades sociales; pero al fin de la jornada ha tropezado con obstáculos inmensos, porque los escombros del feudalismo embarazan las nuevas construcciones que se necesitan. Casi todas las fronteras se hallan mal defendidas; las ciudades que ántes pedian murallas piden hoy que se derriben; los intereses políticos y comerciales se oponen al establecimiento de plazas nuevas, y hay que contentarse con las antiguas, pequeñas y mal situadas, y con algunos fuertes levantados en otro siglo y para guerras de otra clase.

Á pesar de que el remedio á estos males es imposible por ahora, porque no lo permite el espíritu político de los pueblos, ni los limitados recursos administrativos de los gobiernos, vamos á describir las defensas que convienen á los Estados, segun lo que la estrategia y la táctica exigen.

En primer lugar, es preciso que consignemos que la defensa no se ha de limitar al perímetro, porque es imposible, por muy espesa que sea una línea de plazas, que se pueda cerrar con ella todo un país; por consiguiente, es preciso fortificar puntos estratégicos, que cierren los caminos de invasion y que se liguen formando segundos recintos y nuevas líneas defensivas más fuertes á medida que son más interiores. El modo de fortificar cada uno de esos puntos está en su naturaleza y en su importancia relativa, porque siempre se ha de referir su defensa á un plan general que abrace una extension geográfica conocida, de la que sea punto estratégico capital una plaza de guerra, siendo esos otros una especie de obras avanzadas suyas. Toda nacion forma sus líneas de agua, perpendiculares á sus líneas orográficas, y por la direccion de sus cordilleras principales, de las que se desprenden en ángulo recto las secundarias, una cuadrícula en la que cada cuadrado es un teatro natural de guerra: pues bien; á cada uno de estos espacios hay que aplicar un sistema defensivo y enlazarle con el de los otros por medio de una plaza, formando así el plan general de defensa de toda la nacion; éste es el único modo de tener esparcidos los recursos por todo el país, de hallar apoyo en

los reveses y de sostener la guerra en todos los frentes, áun cuando el enemigo haya penetrado muy en el interior.

Para este sistema se necesitan pocas plazas, pero grandes y buenas, y alguna de ellas con campo permanente protegido por su cañon; porque esto es á la vez una batalla y un sitio estudiado y previsto, y que el enemigo ha de ganar si quiere pasar adelante.

Mejor que una mala plaza es preferible ninguna, porque desde el momento en que se pierde, toma una importancia que no tenía ántes, en razon á que por las condiciones de la guerra ofensiva, al invasor le sirve un mal castillejo de mucho más que al invadido una gran plaza.

Una plaza para ser buena debe ser capaz de contener muchas fuerzas y de ser defendida por muy pocas, y ha de guardar dentro de sus muros elementos suficientes para nutrir al ejército activo, haciendo que éste pueda sostener la lucha en rasa campaña; de modo que toda plaza debe representar para el enemigo una difícil batalla campal y un largo sitio, y siendo así, no será posible que él la rebase en su marcha, porque esto sería dejar un ejército sobre sus comunicaciones.

En aquellas ciudades populosas y de gran importancia política, para las que son las murallas un obstáculo al movimiento comercial y á la vida civil, deben adoptarse recintos abiertos defendidos por una ó dos líneas de fuertes cuyo cañon se cruce, y apoyados en una buena ciudadela que haga imposible al enemigo la permanencia en la ciudad. Este es el medio de conseguir que una plaza sea susceptible de poca ó de mucha guarnicion, y que dé abrigo á todo un ejército sin que sea todo él necesario para la defensa.

Las calles de una plaza de guerra deben estar trazadas de un modo que las comunicaciones interiores sean fáciles y se pueda por ellas prolongar la resistencia; para eso tienen que ser anchas y rectas algunas, formando grandes cuadros de poblacion hasta cierto punto independientes, y las otras estrechas para que nada consiga el enemigo con la toma de uno solo de esos cuadros.

Los cuarteles, hospitales, depósitos y demas establecimientos deben estar situados de modo que se hallen á cubierto de todo ataque imprevisto, y ademas de las condiciones de construccion que cada uno exija segun su objeto, han de satisfacer sobre todo las conveniencias tácticas, y han de ser una especie de reductos para la defensa interior.

Un sistema de plazas así, convenientemente ligado por ferro-carriles de circunvalacion paralelos á los frentes naturales de defensa del país, y formando varios recintos interiores hasta el corazon del Estado, es el único con el que se puede establecer una proteccion recíproca entre el ejército activo y las guarniciones y un buen cánevas estratégico nacional.

De otro modo, las plazas serian muy numerosas, lo que es un grave mal para el ejército activo, ó muy escasas, y entónces no defenderian sino una estrecha zona de operaciones que el enemigo forzaria tomando una plaza ó rebasándola; y el defensor entónces se veria precisado á sostener la guerra en el corazon del país, á cuerpo descubierto y sin base ninguna.

Si tantas dificultades ofrece la fortificacion permanente, ¿cuáles no ofrecerá la de campaña, para la que falta tiempo, brazos, dinero, y para la que á veces no se tienen otros materiales que tierra seca y arenosa? Y sin embargo, hoy que la guerra tiende á la defensiva, hoy que los campos militares, desde el famoso de Boloña hasta el no ménos célebre de Chalons y el tantas veces anunciado de los Pirineos, toman tanta importancia política; hoy que la opinion pública impaciente, pide al general y al soldado la victoria pronta, á cualquier precio, y hoy que las armas rayadas han venido á romper el equilibrio entre el ataque y la defensa, los atrincheramientos, las líneas y los puestos fortificados deben jugar en las batallas un papel más interesante que el que jugaban en las guerras de Napoleon, y se hace necesario que el arte del ingeniero responda á esas nuevas necesidades.

Cuando entremos en el estudio de las posiciones, detallarémos, hasta donde nos permitan los límites de este libro, la fortificacion de campaña; por ahora basta que sepa el lector que, se-

gun el espíritu de la guerra moderna, se necesita dar á estos trabajos alguna más importancia que la que han tenido durante la escuela napoleónica, y una forma nueva á propósito para la nueva forma de la lucha.

Tampoco tenemos mucho que decir respecto á la obligacion que tiene el Cuerpo de Ingenieros de abrir los caminos militares y echar los puentes; ambas operaciones pueden hacerse bajo el cañon enemigo ó fuera de su alcance; si lo primero, los trabajos son protegidos por las otras armas, y por consiguiente, la parte principal de la operacion es el combate en sí mismo más que el establecimiento de las obras, porque lo que se desea es tenerlas pronto concluidas aunque estén mal, que luégo habrá tiempo para perfeccionarlas cuando el combate cese; si lo segundo, las obras serán desde luégo más ó ménos sólidas, segun el tiempo de que se pueda disponer.

Más adelante, cuando expliquemos la teoría de las marchas, habrá ocasion de volver á ocuparnos de esto; por ahora sólo nos resta decir que la direccion de los caminos y los puntos donde se han de echar los puentes los señala el general segun el plan que se haya propuesto, y el trazado y ejecucion pertenece al Cuerpo de Ingenieros, segun los medios de que se disponga y el uso que se haya de hacer de esas obras, ya por una de las armas ó por las tres, para un solo dia ó para todo el curso de una campaña; pero, de todos modos, ha de tenerse presente que el ingenio en guerra vale más que la fortuna, y que los rios se pasan y los obstáculos se abaten con arbitrios muchas veces sacados de la misma localidad, sin que se necesite para nada el auxilio de un tren rico y completo.

Las vías férreas deben satisfacer condiciones militares, particularmente para la guerra defensiva; su material debe hallarse en poder del ejército y no á discrecion del enemigo, y por lo tanto, es necesario que los embarcaderos estén defendidos tácticamente, y que todos los carros y máquinas se tengan reunidos en el punto que se ocupa y no esparcidos por aquellas estaciones que el enemigo pueda ocupar; ademas de otras muchas, es

una gran ventaja militar, que ofrecen los ferro-carriles sobre los caminos ordinarios, la de poderse reunir en un solo punto todos los medios de trasporte, privando de ellos al enemigo.

En todas estas operaciones del Cuerpo de Ingenieros lo más interesante es el órden y el método rigoroso, porque sin él no se consigue la brevedad en la ejecucion y la solidez que las obras militares exigen. En los trenes de puentes, por ejemplo, los estribos, sean barcas, pontones, caballetes ó pilotes, el pavimento, viguetas y tablas, el clavámen, cordaje, anclas, etc., todo ha de estar clasificado, numerado y dividido en tramos por su órden en los carruajes, de modo que las operaciones de echar el puente, levantarle, hacerle conversar á una orilla si conviene, y otras muchas necesarias segun la guerra que se hace y segun la naturaleza del país, ímpetu y caudal de la corriente, y medios de destruccion que el enemigo emplea, se verifiquen por tiempos y con voces de mando como la más sencilla maniobra de marina.

Pero donde más se distingue la mision del Cuerpo de Ingenieros es en el ataque y defensa de los puntos fuertes; allí parece que preside á la accion de las tres armas fundamentales, y que sin él la guerra es imposible. La táctica de sitios, aunque más determinada en sus elementos y más concreta en su desarrollo que la táctica de batallas, es lenta y difícil en su accion, y exige un método sujeto á los principios exactos de la ciencia del ingeniero.

Vamos á dar una ligera idea del ataque y defensa clásicos de una plaza, puesto que de los golpes de mano y sorpresas, y del ataque y defensa de las obras de campaña, donde ya el Cuerpo de Ingenieros no se halla en el uso pleno de sus facultades, nos ocuparémos en los estudios sucesivos.

El sitio de una plaza se divide en tres períodos tan exactos y marcados como los de la accion dramática: el primero es la *preparacion*, el segundo es el *asedio*, desde que se rompe la trinchera hasta que se ocupa el glácis, y el tercero es el *desenlace*, desde que se ocupan las obras hasta que la plaza se rinde. Resuelto el sitio, el ejército debe maniobrar de modo que se desoriente al ene-

migo haciéndole dudar en sus planes y obligándole, si es posible, á desguarnecer la plaza; entretanto, se organizan y ordenan todos los materiales para el ataque, se refuerza el tren de batalla con el de batir, el Cuerpo de Ingenieros se reconcentra, los batallones de obreros se disponen para el trabajo, y todas las herramientas, instrumentos, máquinas, municiones, todos los elementos necesarios para el ataque se reunen y se clasifican en sus trenes y carros. Nada es más expuesto en esta clase de operaciones que el desórden, y nada más ridículo para un sitiador que verse obligado á levantar el sitio por carecer de los medios necesarios para rendir la plaza.

Así dispuestos los materiales, con el doble objeto de reconocer y de sorprender; se da lo que se llama la *embestida*. Un cuerpo de tropas ligeras, en su mayor parte de caballería, invade rápidamente la comarca, acosa la plaza, la circuye de patrullas para impedir que nadie salga ni entre, ocupa y atrinchera todos los puntos tácticos de las inmediaciones, se apodera de todos los pasos por donde el sitiado pueda recibir refrescos, intercepta las avanzadas, y, sobre todo, hace un reconocimiento exacto de la plaza y de sus inmediaciones. Para esto es indispensable que con el cuerpo de embestida vaya una comision de oficiales de ingenieros, artillería y estado mayor, que por todos los medios posibles adquiera los datos y noticias necesarias para ofrecer al general en jefe con planos y memorias, un conocimiento exacto de las localidades, de las defensas y de los recursos morales y materiales del enemigo, y un proyecto de sitio. Entretanto que este bloqueo y reconocimiento tiene lugar, el grueso del ejército, ya seguro de los ataques de las masas activas del enemigo, y teniendo aislada completamente la guarnicion, se aproxima á la plaza y se da principio al asedio.

El ejército sitiador establece desde luégo dos líneas : una la del cordon diurno, y otra más interior para la vigilancia de noche ; una de *circunvalacion* para cubrirse en ella de los ataques que puedan venir por el exterior, y otra de *contravalacion* para oponerse á las salidas que pueda hacer el sitiado : en ambas se

sitúan los *cuarteles* ó campos de cada cuerpo de modo que cierren las comunicaciones de la plaza, porque aunque debe haber vigilancia por todo el perímetro, no es posible que un ejército pueda abarcarle todo, y por lo tanto, los ataques deben circunscribirse al menor número de puntos posibles.

Segun sean más ó ménos respetables las defensas, así el asedio puede ó no precipitarse en su curso, y no entrarémos á detallarle, porque basta, para probar la parte que en él toma el Cuerpo de Ingenieros, que sepamos que desde el primer puesto de la primera paralela, hasta la bajada ó paso del foso y coronamiento de la brecha, no hay una sola operacion que no exija el establecimiento de baterías y la apertura de trincheras dobles, y del mismo modo el sitiado necesita, para reparar sus obras atacadas y destruir las que pueda del enemigo, el auxilio constante de los zapadores y minadores.

Hé aquí, pues, indicadas en resúmen las funciones del Cuerpo de Ingenieros en las marchas, sitios y combates: para conocer su grande importancia recordemos que todo en la guerra es cuestion de obstáculos materiales que abatir ó que levantar, y lo uno y lo otro pertenece exclusivamente á ese cuerpo, que es la esperanza y el apoyo de las tropas, y que representa la ciencia y la sabiduría de un ejército.

II.

Estado Mayor.

En el principio de esta obra se han hecho algunas consideraciones abstractas sobre el mando, y se ha presentado el bello ideal de un general en jefe; mucho se puede añadir á lo que queda dicho, pero la imaginacion del lector debe desarrollar aquellas ideas que, por su misma grandeza y extension, no se pueden sino indicar muy someramente.

El caudillo de un ejército ha de presentarse á los ojos de su pueblo y ante el fallo de la historia, como una figura colosal á quien el mundo salude con respeto: nada en él es insignificante; su vida privada, su vida pública, sus costumbres, sus creencias, todas sus acciones han de ser intachables, y ni el vicio, ni el ridículo deben empañarlas. Consagrado en cuerpo y alma al triunfo de una causa y á la gloria de un pueblo; no es un hombre, es una idea viva; y ante esa idea, los placeres, la vida, la fortuna, el amor propio, todo, ménos la honra, ha de sacrificarse. Religioso sin fanatismo, sabio, sencillo en sus costumbres, sobrio, friamente bravo sin soberbia, justo, enérgico, firme sin crueldad, pródigo sin vicios, pobre en su trato, pero espléndido para los que le rodean, reservado y digno, pero abordable á sus inferiores; humano y sensible sin ser débil, suspicaz y desconfiado sin demostrarlo, y audaz y prudente al mismo tiempo; hé aquí como debe ser un general en jefe.

Pero ademas, como dotes intelectuales, debe tener una imaginacion fogosa que sepa crear recursos para conseguir imposibles, un talento analítico y sintético á la vez, detallista en unas ocasiones, y en otras, concibiendo en un solo rasgo un mundo de ideas, una ojeada perspicaz y una palabra viva y ardiente que arrebate los corazones de las masas.

Así es como puede ser respetado, si él á su vez respeta en sus inferiores los años, los servicios, los méritos, y esa dignidad humana, la misma en el mendigo que el rey; en el soldado que en el general. ¿Dónde hallarémos tantas dotes, algunas en oposicion á las otras? Anciano ó jóven, tendrá los vicios de una de estas edades, y será irresoluto, tibio, débil, avaro, tímido, confiado ciegamente en su experiencia, ó imprudente, sensual, altanero, temerario, confiado ciegamente en su fortuna; pero, en fin, acabamos de presentar un modelo, y no exigimos otra cosa sino que el hombre escogido se aproxime á él cuanto pueda.

Para conciliar cualidades tan distintas, que jamas pueden verse reunidas en un hombre solo, es preciso asociar dos al mando; el primero que represente la fuerza impulsiva, y el segundo la

represiva, porque en las ideas, como en las cosas, en el mundo material, como en el moral, no se consigue el equilibrio sino por medio de esas dos fuerzas que, como la centrífuga y la centrípeta, sostienen el sistema del universo. Un general jóven, audaz y emprendedor, necesita por segundo un jefe de Estado Mayor reflexivo, prudente, hombre de madura edad, de sabiduría y de experiencia, que sepa moderar los ímpetus del primero, y con sus consejos ilustrarle; el uno es el jefe detallista, analizador, reglamentario; el otro es el jefe del conjunto, el responsable, el que dirige la guerra á grandes rasgos, pero que nunca desciende á los detalles de ejecucion.

Estos dos hombres deben estar unidos por los lazos del cariño más que por los del deber, y nada más fácil, porque la amistad, como todos los afectos humanos, se funda en los contrastes morales, y á un general en jefe nunca se le debe imponer un segundo que no sea de su agrado. Si necesaria es la armonía entre todos los individuos de un ejército, en ninguno tanto como en esos dos, que llevan sobre sus hombros todo el peso de la guerra.

Los celos, las rivalidades entre los generales divisionarios, sólo con la prudencia de esos dos primeros jefes se pueden evitar; la suerte de las armas se pierde cuando falta en la direccion unidad de miras, las órdenes se obedecen con tibieza, las intrigas de campamento, más deplorables aún que las intrigas de palacio, echan por tierra las mejores combinaciones estratégicas; y en pos de todo esto, viene la deshonra y la muerte para la patria. Por eso es preciso que el general en jefe y el de Estado Mayor formen una sola entidad, pero tan respetable y fuerte, que ante ella se descubran todas las cabezas y se calmen todos los ódios.

La buena eleccion de hombres para los puestos y los cargos mata las rivalidades y asegura la victoria, porque cada uno está satisfecho de sí mismo hallándose en su verdadero círculo de accion. Si al que ha nacido general de vanguardia se le destina á mandar una reserva, si al que cifra su gloria en las empresas que exigen tenacidad, como los sitios, se le confiere el mando de largas y penosas expediciones, no sólo no alcanzará buen éxito,

sino que envidiará á los que ocupan el puesto que él merece y desea. Repartos injustos de vestuario, de víveres, de municiones, dotacion de tropas escogidas á un cuerpo de ejército con perjuicio de los otros, torpeza en distribuir premios, elogios injustos en los boletines, y olvidarse en ellos de las tropas que más se han distinguido, son causa de esas rivalidades que fomentan una guerra sorda entre los cuerpos y las armas; guerra en la que por fin toma parte el último soldado.

Por elevada que sea la inteligencia del general en jefe, no puede por sí mismo adquirir todos los datos, abrazar todos los detalles, tener en su mano y bajo su inspeccion inmediata esa multitud de elementos que constituyen un ejército, circular todas las órdenes y vigilar su exacto cumplimiento; necesita ministros, delegados, agentes inmediatos á él, que preparen por sí mismos la ejecucion de sus planes, que le presenten todos los datos y noticias necesarias para dirigir con acierto la guerra, que señalen á cada uno de los obreros de ese inmenso taller que se llama ejército, su sitio y su tarea, que vigilen el trabajo de todos y lo dirijan á un fin determinado, y en una palabra, que sean por todas partes el pensamiento, el espíritu, la voluntad del general en jefe. Hé aquí el cuerpo de Estado Mayor.

En las guerras antiguas y con ejércitos pequeños no se necesitaba, ó mejor dicho, no formaba cuerpo, porque el general todo lo veia por sí mismo, y directamente daba sus órdenes; pero ante el desarrollo que ha tomado el arte militar, ante esa vastísima urdimbre de los ejércitos de nuestro tiempo, y ese caudal de ciencia con que se ha enriquecido el saber humano, es imposible que el talento de un hombre solo pueda abarcar todo el conjunto y descender á todos los detalles; es preciso dar al pensamiento colosal que preside una guerra, sentidos más poderosos que los sentidos de un hombre; es preciso que toda una corporacion sea la vista, el oido, la palabra que necesita esa inteligencia para materializarse.

Estos oficiales se distribuyen entre todas las divisiones y en el cuartel general, para extender la accion del mando por todas par-

tes, y todos sus trabajos se centralizan en el general jefe de Estado Mayor, que los ordena, los simplifica, y los ilustra para presentarlos al general en jefe. En cada division ó cuerpo existe el mismo mecanismo, y cada jefe de Estado Mayor, segun las órdenes del cuartel general y las particulares de aquella division, cumple su parte de trabajo y lo presenta en compendio y sencillamente al general jefe del Estado Mayor de todo el ejército. De modo que este cuerpo ejerce dos acciones, una directa y otra refleja; parte de la cabeza del ejército, y desciende y se ramifica por todos los miembros, ó se eleva desde todos los puestos y filas hasta el general, para ilustrarle y guiarle en sus planes; de un modo, es la expresion de la volundad del jefe; del otro es su inteligencia, su pensamiento.

Los trabajos de este cuerpo son, por consiguiente, muchos y muy variados; cada uno exige distinta aptitud y capacidad, y oficiales escogidos á propósito.

Estos trabajos son:

1.° Toda clase de reconocimientos, redaccion de memorias, levantamiento de cartas, planos y cróquis, adquisicion de noticias estadísticas y militares sobre los pueblos, el enemigo y el territorio, confidencias, espionaje, etc.

2.° El conocimiento detallado y minucioso de todo lo relativo al personal y material del ejército, con las alteraciones que por dias sufra, de todas las novedades que afecten á la organizacion y número de las tropas, la composicion de estados de fuerza, notas, relaciones, propuestas, partes diarios, alta y baja general.

3.° La vigilancia en el reparto de víveres y municiones, y en el servicio de hospitales, almacenes, depósitos, ambulancias y equipajes.

4.° El ordenamiento de las tropas en los campos y cantones, la conduccion de las columnas en las batallas, los itinerarios en las marchas, el despliegue, el órden y la llamada de las fuerzas, los campos ó alojamientos.

5.° Circular todas las órdenes, reunir y extractar todos los partes y noticias.

6.° Toda comision política, militar ó científica que encargue el general en jefe.

Para el desempeño de todo esto se necesitan oficiales de una esmerada instruccion, tácticos en todas las armas, conocedores profundos del arte de la guerra, prácticos en todos los detalles del servicio, en todas las minuciosidades de la organizacion y economía de un ejército, hombres de ciencias y conocimientos extraños á la milicia, versados en idiomas, familiarizados con la geografía y la estadística, y sobre todo, matemáticos profundos. Á primera vista se comprende lo difícil que es dar en una escuela una instruccion tan vasta y universal al primer jóven que se presente; por lo muy enciclopédica, tiene que ser precisamente poco profunda, y hoy, que por la extension de los conocimientos humanos aparecen y son precisos en todo talentos especialistas, es lamentable que por obstinarnos en que un jóven abarque mucho, nos privemos de lo que podria valer si se hubiera dedicado á una sola cosa. No es esto que nos opongamos á las escuelas de Estado Mayor; las creemos de todo punto necesarias, porque representan una enciclopedia viva militar, pero las quisiéramos más como una ratificacion de conocimientos adquiridos, fuera, que como un caudal revuelto de ciencias distintas y truncadas que vienen á deslumbrar una inteligencia vírgen. El Estado Mayor no es un cuerpo que se crea con teorías incompletas, vagas y generales y con prácticas ilusorias por espacio de un año ó dos en un regimiento, sino con los estudios especiales á que cada inteligencia se aficiona más, y con la práctica constante de ellos; este cuerpo no puede ser uniforme, sino multiforme; cada individuo no lo ha de saber todo, sino una sola cosa, pero hasta el fondo; y si no sucede así, el Estado Mayor no será más que una brillante córte del ejército y una oficina de tramitacion de expedientes.

Ademas de los oficiales de este instituto, necesita cada general ayudantes que dependan directamente de él, para circular sus órdenes y cumplir toda comision del momento que se les confie. Estos ayudantes deben ser adictos personalmente al general, interesados en su gloria, y escogidos entre sus más íntimas afeccio-

nes, porque les ha de unir á su jefe, no la subordinacion, sino el afecto; han de saber sacrificarse por él noble y dignamente, si conviene, leer su pensamiento y secundarle con arrojo, seguirle en la desgracia y en los peligros, y tener presente que si la ingratitud es odiosa en todas las clases, en ninguna tanto como en el ejército. Si un general no inspira el afecto que se necesita para seguir con él este plan de conducta, no se debe aceptar de ningun modo el puesto de ayudante suyo; esto sería un engaño bastardo.

Se ha indicado por algunos la conveniencia de crear tropas de Estado Mayor; no sabemos qué funcion táctica se las podria dar, porque los trabajos del cuerpo hemos visto que son muy variados; pero unos, los científicos, no necesitan el auxilio material de las armas, y los militares se verifican desde luégo contando con las tres fuerzas del ejército; reunir en un solo instituto los obreros, las brigadas de sanidad, las de administracion, y otras por el estilo, seria imposible y nada conveniente; pero de todos modos, la accion del Estado Mayor es directa sobre todas las armas, cuerpos é institutos del ejército ó afectos á él; unas veces es administrativa; otras, política; otras, militar; en ocasiones aislada, en otras comun y combinada con todos los elementos de guerra, y y por lo tanto, no hay un fin táctico determinado para la creacion de esas tropas, que acabarian por ser unos regimientos más de infantería.

No queremos terminar este capítulo sin hacer un ligero exámen de uno de los trabajos más importantes del cuerpo de Estado Mayor y que más le caracterizan, los reconocimientos.

Reconocimientos.

Para la solucion de todo problema militar se necesita, más que nada, un conocimiento exacto y minucioso del país y su naturaleza, de la poblacion y sus propiedades, leyes y costumbres, y del enemigo y sus fuerzas, organizacion y espíritu; todo lo que se

haga para adquirir estos datos será poco; de un general bueno á uno inhábil, no hay otra diferencia que la que da el análisis detenido de todos esos accidentes que influyen en el éxito de las operaciones, y que forman el conocimiento directo ó por induccion de los planes del enemigo. Y esto, así en lo grande como en lo pequeño, en el proyecto general de la guerra como en el movimiento insignificante de una partida de cazadores, en política como en táctica, para el todo como para una de las partes; así es que no hay oro más productivo ni sangre más dignamente derramada que la que se sacrifica para conseguir esa luz que nos debe guiar en los azares de la guerra.

Todos los actos, de cualquier naturaleza que sean, encaminados á conseguir estas noticias, se llaman *reconocimientos militares*, y por mucho que abarque esta palabra, puede asegurarse que todos los reconocimientos se reducen á cuatro especies: reconocimientos en tiempo de paz por la buena fe ó por astucia, y en campaña, por astucia ó por la fuerza.

Las naciones están interesadas en conocerse unas á otras para imitarse en lo que sea digno, para ilustrarse, para seguir aquella política más justa y conforme con los intereses generales de la humanidad y particulares de cada pueblo, y para conocer dónde tiene cada una su flanco, débil ó fuerte, así en la paz como en la guerra.

El desarrollo progresivo de la civilizacion, la facilidad en las comunicaciones, el conocimiento cada dia más general de los idiomas, y el espíritu de las sociedades modernas, que tiende á estrechar y unir los intereses de todas, hace hoy que se cambien de pueblo á pueblo los frutos de la inteligencia y los de la naturaleza, y que todos los misterios de la organizacion política de cada Estado se presten fácilmente al análisis filosófico y científico.

Concretando la idea á los intereses militares, los Gobiernos comisionan viajeros que estudian sobre el mismo teatro todo lo que sea digno de llamar la atencion, y que al regreso á su patria publican las investigaciones que deben publicarse y redactan me-

morias reservadas sobre todo aquello que seria peligroso que se divulgase. Cuando en un país se anuncia un nuevo descubrimiento; cuando en el sistema militar se hace una modificacion cualquiera, se estudia, se observa, se analiza para aceptarla ó rechazarla, y como nunca se conocen las instituciones tanto como cuando la sociedad está perturbada, ni los ejércitos tanto como en la guerra, siempre que una se rompa entre países amigos, allí deben marchar comisiones de oficiales de todas jerarquías, mezclarse con los ejércitos extranjeros, tomar en la lucha una parte tan activa como sea posible, segun las relaciones diplomáticas, y hacer un estudio práctico de la organizacion y de los métodos de cada uno de los partidos beligerantes.

Todos estos reconocimientos, que pudieran llamarse nacionales, se sintetizan y se ordenan en cuerpo de libro, y de cada nacion se describen las costumbres y el carácter general de la raza, su espíritu militar, sus glorias y reveses, forma de gobierno, partidos políticos, fuerza de cada uno, instituciones, clases, espíritu provincial, poblacion, riqueza, productos, comercio, industria, fuerzas de mar y tierra, su número, sus institutos, sus leyes militares, su aptitud y métodos de guerra, su administracion, establecimientos, material, el terreno, sus accidentes, comunicaciones, líneas de agua, cordilleras, plazas, puntos estratégicos naturales; en una palabra, todo lo relativo á la sociedad, al ejército y al territorio, analizando cada una de estas tres cosas, y formando luégo una síntesis general de todas ellas.

Hay, sin embargo, secretos que todo Gobierno está interesado en ocnltar, y con mayor razon si es inminente una guerra, y aquí entran los reconocimientos por astucia. Á veces será preciso pagar á peso de oro la infidelidad de uno de los servidores del país que se trata de sorprender, y otras arriesgar la vida de inteligentes y dignos oficiales que con disfraces y mañas adquieran con arte noticias, que de otro modo no podrian adquirir, sobre las posiciones que ocupa el que pronto va á ser enemigo; los jefes que le van á mandar, espiritu y número de las fuerzas, cómo se levantan y organizan, con qué dificultades lucha el Gobierno para

romper la guerra, qué obras, qué defensas proyecta ó ejecuta, estado del país, últimas variaciones que el territorio ha sufrido, y en general, todos los reconocimientos arriba indicados, pero con más carácter de actualidad, más referidos á la guerra, y tan á fondo en el interior del país como sea posible, segun el estado más ó ménos candente de las relaciones diplomáticas, y como sea necesario para trazar un plan decidido de campaña.

Rotas ya las hostilidades, no se debe dar un paso sin profundizar más en estos reconocimientos, que entónces ya van circunscribiéndose á más corto radio. Un miserable arroyo, una vereda, una partida de cazadores, cuya posicion se ignora, comprometen el éxito de la más brillante operacion, y por consiguiente, no se debe escasear medio alguno de conocer hasta los más íntimos de esos detalles.

Estos reconocimientos se hacen por medio de la ciencia, levantando planos y croquis, haciendo observaciones topográficas, elevándose en globos aerostáticos, y sacando diseños ó fotografías, ó por medio de la astucia, inquiriendo á los habitantes, organizando un buen servicio de espías, y examinando los prisioneros y los desertores, ó por medio de la fuerza, obligando al enemigo á combates falsos, y combinando con las armas la ciencia y la astucia.

Se hacen á mano armada cuando se quiere descubrir las fuerzas del enemigo y su aptitud de combate; entónces se le amenaza en cien puntos para que se presente en todos en batalla, con el objeto de estudiar su órden y posiciones, y disponer contra ellas un plan de ataque acertado. No hay nada más peligroso en la guerra que verse en combate sin saber con qué fuerzas cuenta el enemigo, y cómo las tiene distribuidas; así es que ántes de cada batalla, y en el mismo curso de ella, en las marchas, en las persecuciones y hasta en las retiradas, siempre que se maniobra dentro del círculo de accion del enemigo es necesario tener sobre él una constante vigilancia, alarmarle á cada momento y obligarle á descubrirse; éste es el servicio de las vanguardias y de las columnas de flanqueo, que ya en masas respetables ó en pe-

queñas partidas penetran por todas partes, examinan todos los accidentes del terreno y se introducen á veces entre las mismas columnas contrarias. Pero cuando un reconocimiento toma ya las proporciones de una operacion séria y general sobre todo el frente del enemigo, entónces se necesita poner sobre las armas todo el ejército; las tropas ligeras, en su mayor parte de artillería y caballería, avanzan secretamente protegidas por cuerpos de infantería escalonados hasta donde se halla el grueso, y sin sostener un combate formal, y cuidando de no ser cortadas, arrollan los primeros puestos, alarman los campos, obligan á tomar las armas al enemigo, y amenazándole en todo su frente, le hacen creer que se le presenta batalla; entre tanto los oficiales de Estado Mayor verifican á ojo, con la brújula ó por cualquier otro medio por el estilo, sus estudios topográficos, y los de artillería é ingenieros examinan, tanto como sea posible, las obras, si las hay, y las condiciones que ofrece para la defensa y el ataque la tierra y las localidades.

Nunca se debe olvidar que el objeto de un reconocimiento así no es vencer; el arte consiste en saberse retirar á tiempo despues de haber averiguado lo que se desea; sin embargo, si por errores del enemigo ó por su abandono fuera posible conseguir sobre él una gran ventaja, ya tomándole un punto táctico importante, ya haciéndole perder todas sus posiciones, entónces el ataque se lleva á fondo con fuerza y decision, que para eso han quedado las tropas escalonadas y todo el ejército dispuesto á combatir; pero es preciso que el jefe que mande el reconocimiento no se forme ilusiones en este punto, y no provoque, por su obstinacion en los ataques, una batalla general no prevista, de la que no se pueden esperar importantes resultados.

De todos los reconocimientos, ya sean por la fuerza ó por astucia, se dan al general en jefe partes detallados y minuciosos, ilustrando los planos y croquis con notas, y supliendo con descripciones concisas y claras y en forma de estado lo que no cabe en el dibujo. De las corrientes de agua se marca su rapidez, profundidad, anchura, direccion, naturaleza de las orillas, estado de

los puentes, peso que permiten , vados , barcas y otros pasos; de las comunicaciones, su anchura, su direccion, sendas y trochas que cruzan, puentes, desfiladeros, cuestas, pueblos, distancias, y qué clase de viajeros circula; de las alturas, su elevacion, máxima pendiente, dominaciones, naturaleza de las faldas, mesas, estribos, lado áspero y suave, valles y caseríos; de los bosques, forma de su perímetro, elevacion de sus árboles, aspereza, caminos y sendas que cruzan y glorietas que tienen; de los pueblos, su vecindario, su riqueza, su comercio, su caserío, sus calles, sus defensas y sus dominaciones; de las plazas de guerra, lo mismo, y ademas su guarnicion, su abastecimiento y estado de las obras; de los campos, los puntos estratégicos y tácticos, salubridad, agua, leña, productos, medios de abastecerse y de vivir sobre el país; del enemigo, posiciones que ocupa, de qué modo, con qué fuerza, qué jefes la mandan, qué espíritu domina en el soldado y cómo se halla asistido.

Muchos de estos datos se adquieren por declaraciones de los habitantes, espías, prisioneros ó desertores, empleando unas veces el rigor y otras la dulzura, pero siempre recompensando con largueza, porque nunca es caro un buen espionaje. Á los espias es preciso convencerles de que se les fusila si hacen traicion; conviene hacerles creer qne se les aprecia y se confia en ellos; hay que tomarles su declaracion con cautela, demostrando mucho interes en saber lo que ménos importa, y al mismo tiempo, como al descuido, enterándose de lo que se desea; en sus relaciones suelen ser confusos y poco exactos, aunque procedan de buena fe, porque confunden los nombres, los cuerpos y las maniobras, dan mucha importancia á detalles sin valor, y olvidan ó ignoran lo más esencial. Los prisioneros suelen ignorarlo todo; no se fijan sino en las vicisitudes por que pasa su regimiento, y á veces por orgullo las exageran. Los desertores merecen todavía ménos crédito, porque por cohonestar su falta están interesados en rebajar el prestigio del ejército que han abandonado, y se debe desconfiar mucho de ellos, porque no siempre son tales desertores, sino que con este pretexto, y mandados por sus oficiales, pasan al

campo enemigo á espiar. Entre los mercaderes al por menor, buhoneros y otras gentes que suelen acompañar á las tropas, se hallan muy buenos confidentes; pero se ha de procurar no confundir con los espías de oficio á los que por patriotismo y amor á la causa arriesgan su vida para adquirir y comunicar una noticia de interes.

No insistirémos más en una cosa que no está sujeta á otras reglas que á las del buen sentido, y concluirémos manifestando que para todas estas investigaciones se deben escoger personas á propósito por su sagacidad y talento, así como para los reconocimientos topográficos á los oficiales de más ciencia, tanto del cuerpo de Estado Mayor, como de artillería é ingenieros, por lo que á ellos toca; porque son los que principalmente tienen la obligacion de reunir todos esos datos para que el general en jefe pueda trazarse con acierto la línea de conducta que debe seguir.

Ya que conocemos las tres armas una á una, y en sus relaciones, y los dos institutos que las auxilian, vamos á estudiar en conjunto la reunion de todos esos elementos que constituyen y completan toda la fuerza militar.

CAPITULO V.

EJÉRCITO.

I.

Combinacion de las tres armas.

Las tropas necesitan para combatir, aptitud de movimiento, fuerza ofensiva y fuerza defensiva, y para alcanzar la victoria es preciso ser superior al enemigo en una de estas tres facultades, y por lo ménos, igual en las otras; cuando se tiene más libertad de movimiento, crece la fuerza ofensiva combinándola con él; cuando se tiene más fuerza defensiva se protege la libertad de movimiento por medios destructores, y se prepara así el ataque; y cuando, por el contrario, es mayor la fuerza ofensiva, se emplea desde luego en oposicion á las otras dos facultades del enemigo. De modo que si una tropa, que tiene exclusivamente esta fuerza, combate contra otra que sólo posee la defensiva, consigue, por precision, una victoria absoluta, pero á costa de mucha sangre, y si combate contra otra que reuna las tres facultades, aunque en pequeña escala, la victoria no es posible, pero tampoco la derrota puede ser completa.

El combate exige dos acciones distintas; la *preparatoria*, con la que se debilita por medio de la destruccion defensiva una de las tres facultades del enemigo, y la *resolvente*, con la que se le priva de las tres por medio de la ofensiva, combinada con el mo-

vimiento ó con la destruccion. Y decimos de las tres, porque si sólo queda privado de la ofensiva, no hay victoria completa, porque combina su aptitud de movimiento con la fuerza defensivo-destructora, y se retira del campo con órden; y si queda privado de la defensiva, tampoco, porque sostiene su movimiento con reacciones de ataque, sin ser perseguido. Sólo en el caso de privarle de su libertad de movimiento la victoria es absoluta, porque entónces se combina con el movimiento la accion destructora y los recursos ofensivos.

Desde luégo se comprende, en vista de este análisis, que la alianza de una tropa que tenga aptitud para el movimiento en todos terrenos y fuerza de ataque y defensa en grado medio con otra ofensiva en grado máximo, y otra esencialmente destructora-defensiva, nos ha de dar el máximum de la fuerza táctica posible.

Detallemos más.

La *infantería* es la base de los ejércitos; tiene aptitud para moverse en todos terrenos, y posee fuerza ofensiva y defensiva; por lo tanto, ejerce accion preparatoria y accion resolvente; pero todo en grado medio.

La *caballería* es arma auxiliar; tiene mucha aptitud de movimiento en determinados terrenos; pero en otros, ninguna; su fuerza sólo es ofensiva, y su accion resolvente, en grado máximo, por eso necesita el auxilio de otra arma que prepare con la destruccion lo que ella va á resolver con el movimiento.

La *artillería* es tambien auxiliar; su fuerza destructora es inmensa, y su accion, preparatoria y defensiva, en tanto grado, que funciona hasta en el momento de la resolvente; pero como carece de aptitud de movimiento, necesita el apoyo de otras armas que la garanticen la posesion del terreno que pisa.

Si combinamos estas propiedades, hallarémos el resultado siguiente:

Infantería y *caballería*: combinacion ofensivo-resolvente; aptitud de movimiento, mucha; accion preparatoria y fuerza defensiva, sólo en grado medio.

Infantería y *artillería :* combinacion defensivo-destructora; accion preparatoria, en grado máximo; resolvente, en grado medio; aptitud para el movimiento, tambien en grado medio.

Caballería y *artillería :* combinacion ofensivo-destructora; accion preparatoria, mucha; resolvente, en grado máximo; sería la única fuerza militar si no careciese de aptitud de movimiento en muchos terrenos.

Opongamos ahora estas combinaciones y examinemos su combate en abstracto.

Infantería contra infantería: juego de todas las facultades; compensacion de unas con otras; victoria por el que primero las ponga en movimiento; persecucion corta sin resultado decisivo.

Infantería contra caballería: juego de las facultades defensivas de la primera contra las ofensivas de la segunda, y de la mayor aptitud de movimiento de aquélla en terrenos dados, contra la mayor de ésta en otros; combate defensivo; rechazo sin persecucion.

Infantería contra artillería: juego de las facultades ofensivas y de la aptitud de movimiento de la primera contra las defensivo-destructoras de la segunda; guerrillas; combate, aludiendo la destruccion con el movimiento; victoria completa.

Caballería contra caballería: choque violento de dos ofensivas; victoria por la que llegue con más ímpetu y union al punto de choque; persecucion larga sin resultado.

Caballería contra artillería: juego de las facultades ofensivas de la primera contra las defensivo-destructoras de la segunda; bandas de tiradores; combate eludiendo la destruccion con el movimiento;

Artillería contra artillería: destruccion recíproca sin resultado.

Análogamente; si oponemos una de las tres armas sola contra una combinacion de dos, verémos que sufre aquélla una derrota absoluta por la mayor fuerza resolvente de la combinacion, si entra en ella caballería, ó por la mayor preparatoria, si entra artillería, y lo mismo sucede en el combate de una combinacion de dos armas contra la de tres.

En resúmen, la alianza de las tres armas es permanente; la de dos es accidental, segun los terrenos y el estado en que se encuentre la batalla, porque la infantería ó la caballería solas no tienen accion sino en momentos dados, y la artillería, nunca; en todos los momentos necesita del auxilio de otra fuerza.

En vista de esto, contra un enemigo superior en artillería, hay que serlo en accion resolvente, caballería; contra uno superior en ésta, hay que serlo en accion preparatoria, artillería; y contra uno superior en ambas, hay que compensar la ménos aptitud de movimiento en terrenos dados con la más en otros, *posiciones infantería*, y oponer obstáculos á la destruccion, *obras;* de donde resulta que la victoria definitiva se consigue contra la infantería, que es base del ejército y síntesis de todas las propiedades tácticas, privándola de una de sus tres facultades naturales ó de las reforzadas que la dan las otras armas; y para eso, se prepara la victoria quitando al enemigo por medio de combinaciones defensivo-destructoras la facultad de ofender, y se resuelve quitándole por combinaciones ofensivas la facultad de defenderse y la aptitud de movimiento, á la vez que se oponen á su accion preparatoria las mismas combinaciones, y á la resolvente las ofensivo-destructoras. De modo que todas las batallas se rompen y terminan como manifiesta el cuadro siguiente:

Ofensiva.

Accion preparatoria.....	Fusilería.	Resolvente.	Bayoneta.
	Artillería.		Caballería.
	Fusilería y artillería.		Bayoneta y artillería, caballería y artillería.
	Escarceos y escaramuzas de caballería.		

Defensiva.

Contra la accion preparatoria..	Fuego.	Contra la resolvente.	Movimiento sostenido por reacciones ofensivas de bayoneta y caballería y por la accion destructora de la artillería.
	Posiciones.		
	Obras.		
	Escarceos y escaramuzas de caballería.		

Donde vemos que la artillería juega al principio y al fin, pero con dependencia siempre; la infantería, como ofensiva ó defensiva, en todos los momentos, ya sola ó combinada con otra, y la caballería nada más que en la accion resolvente ó contra la resolvente. Así es que, de todas las combinaciones, sólo las que tienen por base la infantería pueden maniobrar en todos los casos y terrenos, y están dotadas de un poder táctico permanente; las demas no son sino accidentales, porque su fuerza sólo puede funcionar en circunstancias dadas; pero de un modo decisivo.

Estudiemos ahora estas combinaciones una por una.

Infantería y caballería.

Esta alianza tiene por objeto dar á la caballería una accion preparatoria que no tiene, y aumentar la resolvente de la infantería. Las dificultades que hay para ello consisten en que la caballería tiene su fuerza en la velocidad, velocidad que la infantería no puede seguir, y recíprocamente, esta arma penetra en terrenos donde no es dado á la otra penetrar. Respecto á las marchas, se han querido vencer estas dificultades creando un instituto que sea á un mismo tiempo infantería y caballería, los dragones; pero la experiencia ha demostrado lo insuficiente y hasta absurdo de tal medio; se hubiera conseguido más haciendo que cada caballo llevase, en circunstancias dadas, un infante á la grupa, pero cuantos ensayos se han hecho con tal objeto, desde los romanos hasta los franceses, en el campo de Boloña, han sido infructuosos.

Por estas razones, hay que subordinar el órden á la caballería cuando se marcha por terrenos escabrosos, y á la infantería cuando se atraviesan llanuras. En el primer caso esta arma explora, cubre y protege la marcha, precediendo á la caballería si el peligro está por vanguardia, ó siguiéndola si está por retaguardia, y sujetando su más agilidad á la ménos de la caballería. Siempre que el terreno permita auxiliar este trabajo de los

infantes por algunos caballos ligeros, debe hacerse, á fin de dar alguna fuerza ofensiva á las guerrillas, más rapidez á los avisos y más extension á los reconocimientos, porque esto forma un lazo más íntimo entre el grueso de la fuerza y las fracciones avanzadas. Los cazadores, así protegidos, corren á ocupar los puntos donde los caballos ligeros se sostienen difícilmente con su incierto y escaso fuego; si no llegan á tiempo, los jinetes se replegan á rehacerse bajo la proteccion de los certeros disparos de la infantería, y si á su vez ésta se ve obligada á replegarse, lo hace sostenida por las reacciones ofensivas de la caballería sable en mano. Cuando, por el contrario, el ataque parte de estas guerrillas, le rompen á la bayoneta los cazadores y le terminan con el sable los caballos ligeros.

En el segundo caso, en las llanuras, la caballería explora, cubre y protege la marcha, y sostenida por algunos cazadores en segunda línea, cruza el país en todas direcciones, avanzando en sus reconocimientos á larga distancia; si se ve obligada á replegarse, lo verifica bajo la proteccion de otra guerrilla de caballos, y ambas en seguida, bajo el fuego de los cazadores de retaguardia, que á su vez se replegan cubiertos por las reacciones ofensivas de otra tercera línea de jinetes ó de cualquiera de las dos primeras, si ya se ha rehecho. Cuando se lleva adelante el ataque, la caballería barre las guerrillas del enemigo y detras avanza la infantería tanto como pueda para ocupar aquellos puntos abandonados ya por el enemigo, y en los que la caballería sola no puede sostenerse.

En una palabra, siempre que sea posible, las guerrillas deben constar de las dos armas, y formarse en várias líneas, unas de infantes, otras de jinetes, envolviendo así al ejército en una nube tanto más densa y cerrada cuanto más tiempo se necesite para desplegar y formalizar el combate. Sin embargo, debe evitarse el comprometer mucho estas guerrillas y tenerlas que sostener sucesivamente por todas las fuerzas, generalizándose así una accion que tal vez no conviene, y de la que nada se espera conseguir aunque se venza.

Del mismo modo se auxilian recíprocamente las dos armas en el órden cerrado. Ese combate de guerrillas que acabamos de describir, es el primer momento de la accion preparatoria; entre tanto que se sostiene, la infantería avanza en línea ó en masa, seguida de los escuadrones, y cuando se repliegan las guerrillas, despliega y rompe el fuego, continuando así la accion preparatoria; si consigue turbar el órden en las filas del enemigo, se lanza en columnas de ataque flanqueadas por buenos cazadores, y en pos de ellas, ó al flanco y retaguardia, marchan los escuadrones para terminar con sus cargas la cuestion entablada por la bayoneta.

Cuando es la infantería la que se ve precisada á resistir el ataque, sostiene la posicion con su fuego, entre tanto que la caballería maniobra contra los flancos de las columnas atacantes, y en caso de ser rechazada por la enemiga, se repliega vivamente á retaguardia de la infantería, miéntras ésta con sus cuadros detiene el ímpetu del enemigo; y recíprocamente, cuando el ataque de la infantería es rechazado, la caballería se adelanta á proteger las masas, restableciendo el equilibrio. y oponiendo cargas á cargas.

Si el enemigo cuenta con artillería, los cazadores, cubriéndose con accidentes del terreno, se deslizan y rebasan las piezas, si pueden, con objeto de molestar desde retaguardia con sus disparos á los artilleros; y al mismo tiempo, la infantería y la caballería, usando de maniobras abiertas y formaciones de poco fondo, y evitando por todos medios el efecto de los proyectiles, procuran tomar de flanco las baterías con una parte de la fuerza, miéntras la otra, por los medios arriba dichos, empeña su accion contra las escoltas de las piezas.

En resúmen: la ofensiva se combate con la ofensiva, la bayoneta es secundada por el sable, á su vez el sable se rehace protegido por el fuego, y la infantería se defiende ó se retira bajo lo proteccion de las cargas: de modo que á todo movimiento ofensivo simple se opone uno combinado; al sable enemigo, el fuego y el sable; á la bayoneta, el fuego, reaccion á

la bayoneta y el sable en seguida: así es como puede sostenerse una defensa activa, porque nada desconcierta tanto á una tropa que ataca como ver al enemigo revolverse contra ella y salir á su encuentro.

En toda combinacion de dos armas se ha de procurar que no se embaracen la una á la otra. La infantería necesita su frente despejado para el fuego y la caballería para la carga; si los jinetes son rechazados en sentido de los fuegos de la infantería, ademas de impedirlos, arrollan la línea, porque una caballería desordenada lleva el terror y el desórden á todas partes; por eso es preciso que maniobre siempre por los flancos del plano de fuegos, y áun así necesita la infantería una gran rapidez en plegar y desplegar para abrir á tiempo los pasos. De aquí se deduce que el puesto natural de la caballería es en las alas; sólo en líneas muy extensas y siendo muy maniobrera la infantería, puede colocarse á retaguardia para lanzarse desde allí á la carga por entre los claros que abran los batallones.

Recapitulando: las guerrillas mixtas, sobre la base de infantería en terrenos escabrosos y de caballería en los llanos, son las que protegen la marcha, el despliegue y los primeros movimientos de ataque ó defensa, verificándose así la accion preparatoria; y despues de terminada por el fuego de línea, rompe la bayoneta la accion resolvente, continuándola el sable: en la defensiva, al contrario, se combina el fuego con las reacciones de la caballería, y se protegen éstas con el fuego y reacciones á la bayoneta si el enemigo es infantería, ó fuego y cuadros si es caballería.

No una ofensiva larga, sino muchos y repetidos momentos ofensivos es lo que conserva la facultad de movimiento y la de defensa, y de aquí la necesidad de tener dos líneas y fuertes reservas, para que las cargas se repitan, las armas turnen en su efecto, y exista siempre una parte de la tropa dispuesta á atacar á los que atacan, miéntras la otra se rehace bajo la proteccion de estos ataques.

Infantería y artillería.

Por el mucho estrago que causa, por su gran fuerza de destruccion y por su largo alcance, la artillería es un poderoso auxilio para cualquiera de las otras dos armas; en la ofensiva arrasa los obstáculos y conmueve el órden enemigo, preparando así el movimiento de las masas de ataque, y en la defensiva contiene la marcha de los agresores miéntras las tropas del propio partido se rehacen ó continúan la retirada. Pero como es difícil su movimiento, y su material pesado y embarazoso, si no está bien dirigida, unas veces interrumpe la accion de las otras armas y obstruye las vías militares, y otras se ve abandonada á sí misma, porque no pueden sus escoltas seguir en sus maniobras el paso lento de ella; así es que no hay nada más temible que un enemigo hábil en el uso de la artillería, ni victoria más fácil que la que se consigue sobre un ejército cuya artillería, por numerosa que sea, no le sirve sino para complicar, impedir ó retardar sus movimientos.

Si estudiamos la causa de la mayor parte de los triunfos de Napoleon, verémos que, por una parte, la habilidad estratégica con que dirigia las operaciones y el plan de campaña, y por otra, la fuerza táctica que supo dar á su artillería, empleada por él tan fácilmente como otros emplean una compañía de cazadores, le dieron siempre la superioridad sobre sus enemigos. Nada es, por lo tanto, más interesante que saber combinar la infantería ó la caballería con la artillería, y nada, sin embargo, más difícil, ni que ménos sujeto se halle á reglas fijas. Es probable que el que se propusiere imitar hoy á Napoleon en sus audaces maniobras de artillería, perderia sus cañones y con ellos la victoria, porque en el arte militar, como en todos, el genio se halla sobre las reglas, y los que le imitan á ciegas, hallan lo ridículo allí donde él halló lo sublime.

Esto nos obliga á ser muy parcos en dar reglas para las com-

binaciones en que entra la artillería, y que en cada campaña y por cada uno de los capitanes ilustres se han usado de un modo distinto; sólo iniciarémos algunos principios generales á que no es dado faltar nunca.

La infantería se combina con la artillería, ó como parte principal ó como auxilio ; en este segundo caso no es otra cosa que la escolta de los cañones, y en el capítulo de artillería hemos visto de qué manera estas escoltas cumplen su deber, defendiendo el terreno que pisa la batería, y que ésta por sí sola no puede defender.

En el primer caso, esto es, cuando la infantería, con vida propia combina su accion con la de los cañones con un fin táctico determinado, adquiere una gran fuerza ofensivo-resolvente, creada por la preparatoria que tiene la artillería, y ambas una gran fuerza defensiva uniendo sus facultades en este sentido.

La primera que se pone en juego y que rompe la accion es la artillería ; conteniendo al enemigo, cruzando sus fuegos sobre todo el frente, haciendo, por decirlo así, un reconocimiento en el campo enemigo, y arrojando proyectiles huecos sobre las hondonadas ó los accidentes donde se tema que haya tropas ocultas, facilita el despliegue de las columnas, bate los obstáculos, obliga al enemigo á descubrirse, asegura aquellos puntos tácticos donde se ha de basar el órden de batalla, y defiende las cabezas de columna hasta que terminan las maniobras preliminares. Entre tanto, los cazadores por los flancos del plano de fuegos continúan la accion preparatoria, molestando á los oficiales del enemigo, reconociendo todos los pequeños accidentes y tanteando por todas partes el órden. Poco despues la infantería está ya en línea de batalla, y el fuego de cañon y de fusil se generaliza por todas partes ; la artillería, teniendo presente que los ejércitos se baten en brecha, acumula sus proyectiles en el punto favorable para el ataque, usando bala rasa y metralla contra las líneas y masas, y rebote contra las baterías enemigas, y siguiendo en sus fuegos y en el establecimiento de sus piezas los principios que en las páginas anteriores hemos iniciado. Des-

arrollada así la accion preparatoria, llega más ó ménos pronto, segun la moral del enemigo, el momento de romper el ataque; la infantería en escalones, en tablero, ó de frente en línea ó en pequeñas columnas de carga, marcha, sostenida por el fuego avanzando de sus cañones, hasta el punto en que éstos, para dejar libre el movimiento, le suspenden ó le dirigen á otra parte. Si se desaloja al enemigo, la artillería corre á incorporarse con los vencedores, y vuelve á romper su fuego persiguiendo con proyectiles á los fugitivos; si, por el contrario, es rechazada la primera línea de infantería, se rehace bajo la proteccion de las piezas, que entónces redoblan su fuego á metralla y contienen á los perseguidores, entre tanto que la segunda línea de infantería vuelve á la ofensiva y toma de flanco las columnas ya desorganizadas por los proyectiles. Si á pesar de todos estos esfuerzos la retirada es inevitable, se pronuncia segun convenga, en escalones ó en tablero, pero siempre sostenida por el fuego alternado de los escalones y de las piezas que ménos hayan sufrido, y por cuantas reacciones ofensivas á la bayoneta sean posibles; aprovechando los accidentes del terreno que den superioridad, y cubriendo con escalones fuertes y artillados aquellos puntos de retaguardia que aseguren el paso.

Las maniobras por escalones, tanto en movimientos avanzando como retrocediendo, sostenidas por artillería, son las más guerreras y las de más fácil uso, siempre que los comandantes de escalon tengan acierto para elegir el punto hasta donde deben avanzar ó retroceder. Este órden reune las ventajas del paralelo y del oblícuo, del de una sola línea y del de muchas, y esta accion sucesiva y este martilleo constante cansa al enemigo más tenaz.

Los calibres para la accion preparatoria deben ser algunos de los mayores de batalla por su alcance y fuerza; pero si fueran necesarios muchos movimientos de avance ó retirada y un combate poco fijo, conviene usar calibres más pequeños y artillería montada, y áun de á lomo si fuera muy áspero el país. En gene-

ral, las fuerzas que sirvan de eje al movimiento, los puntos fijos del órden han de ser ocupados por la de á pié, y la montada debe reservarse para movimientos imprevistos y prontos. Ambas toman parte en la persecucion, avanzando cada una tanto como pueda y le permita la infantería que la protege; y en las retiradas, si son con órden, la de á pié sostiene el combate hasta que el movimiento se apresura, que entónces será preciso hacer uso de la montada, ya para adelantarse á cubrir los pasos de peligro, ya para proteger el desfile de la infantería, retrocediendo en seguida al trote á incorporarse. Nunca como en los movimientos retrógrados es peligroso el mal uso de la artillería, y no es por el miedo de perderla, que los cañones no son banderas, y cuando conviene sacrificar algunos, se sacrifican, sino por el peligro de entorpecer las líneas de comunicacion, aglomerándose allí en tumulto y cerrando el paso á las tropas. ¿Quién no tiembla ante la idea de una derrota como la de Waterloo, donde se confundieron en los caminos, cuerpos, armas, carros y cañones en espantosa confusion, obstruyendo la marcha, y rompiendo todos los cuadros orgánicos?

Caballería y artillería.

Estas dos armas son los dos polos de la guerra; naturalezas opuestas en todo, contrastadas se repelen con un poder inmenso; combinadas ofrecen resultados dignos de estudio. Una granada ó un cohete desorganizan un escuadron; una despreciable partida de húsares aniquila una batería; la caballería no puede resistir la fuerza destructora de la artillería; ésta no puede contrarestar los audaces y rápidos movimientos de la primera : de modo que si combinamos las dos armas, hallamos tal suma de propiedades ofensivo-destructoras, que no hay nada que pueda oponerse á ella; pero como ninguna de las dos tiene aptitud táctica en todos los terrenos, su combinacion no puede usarse sino en circunstancias especiales; por otra parte, la artillería no cuenta

con los medios necesarios para seguir á la caballería en sus rápidas maniobras, y sólo á costa de grandes sacrificios y gastos se ha conseguido vencer hasta cierto punto esta dificultad creando la artillería montada, que es el más caro de todos los cuerpos militares; pero que rinde servicios importantes, haciendo más fácil y frecuente la combinacion de las dos armas en el combate.

El mecanismo de la accion combinada de las dos armas es muy semejante al de la infantería y artillería explicado en el párrafo anterior; del mismo modo protege la artillería el despliegue, y el mismo auxilio que de los cazadores, recibe de los caballos ligeros; sólo que como la artillería montada se fija poco en un punto, y por su espíritu maniobrero tiene más facultades ofensivas que defensivas, esta combinacion ofrece más fuerza resolvente que la anterior, pero ménos preparatoria: el fuego de fusilería no puede suplirse con los escarceos y cargas falsas con que inaugura la caballería su accion; de modo que cuando se llega á las manos con el enemigo, se le halla mucho más intacto que en el caso ántes citado, es verdad que en cambio el ataque es mucho más violento y más á fondo. Concentrado ya el fuego sobre los puntos de ataque, apagadas casi las baterías del enemigo, acosado éste por los húsares, y turbado por la constante amenaza de las cargas falsas, llega el momento de la accion resolvente; entónces avanza la artillería tanto como puede, y redobla su metralla; de repente suspende sus disparos, y la caballería se arroja á la carga; si se ve rechazada, corre á rehacerse al abrigo de sus piezas que renuevan el fuego, entre tanto que la segunda línea de caballería toma la ofensiva; y recíprocamente, si la artillería se ve en peligro, los escuadrones, sin interrumpir el plano de fuegos hasta el último momento, avanzan en defensa de sus piezas, procurando tomar de flanco á los atacantes. Cuando no es posible hacer más, la retirada se resuelve prontamente y con viveza, sostenida por cargas de retaguardia y por fuegos de posicion en posicion, porque nunca se debe olvidar que la fuerza de una masa combinada de artillería y caballería no está en la tenacidad sino

en el movimiento, y por consiguiente, no se debe, por un vano amor propio, retardar el momento de volver caras.

Nada más podemos decir que no sea aventurado; esta combinacion, como todas, es aplicable de varios modos y en distintas circunstancias, y sólo en cada caso particular, en vista de las propiedades de cada una de las armas, su número, condiciones del terreno y fuerzas del enemigo, se puede decidir si conviene hacer uso de una ó de otra de estas combinaciones.

Infantería, caballería y artillería.

Analizando las tres combinaciones anteriores, se nota desde luégo que la primera se ve obligada á esforzar su accion ofensiva porque no le basta su poder destructor para prepararla; que la segunda, por el contrario, redobla sus fuegos porque no tiene suficiente fuerza de ataque, y que la tercera, impotente en terrenos dados, exige en otros excesiva rapidez en las maniobras, porque no cuenta con elementos defensivos para fijarse en un punto. Á la primera la falta artillería que conmueva más el órden enemigo y arrase los obstáculos; á la segunda, caballería que concluya lo que los proyectiles no pueden concluir, y á la tercera, infantería que defienda el propio terreno y dé facultades para fijarse en un punto cuando no convenga avanzar ni retroceder: luégo la única combinacion que tiene elementos de vida en todos los casos es la compuesta con las tres armas, y el uso de ella, segun las localidades y las circunstancias, constituye todo el arte táctico, el arte de las batallas. Por eso no podemos estudiarla en conjunto, funcionando en un momento preciso; están en ella tan combinadas todas las propiedades tácticas, y es tan complicado su juego, que rara vez se ha visto emplear á la vez, en un mismo momento y con un mismo fin, una masa de las tres armas; casi siempre se da principio al combate por esfuerzos independientes de cada una de ellas ó de combinaciones de á dos, continuando y concluyendo del mismo modo. Una á la de-

fensiva y en un punto, otra en ofensiva y en otro punto, tan pronto auxiliadas como auxiliares, ya sumando dos facultades iguales, ya combinando dos distintas, la lucha se prepara, se desarrolla y se termina por esfuerzos simultáneos y sucesivos, sin que se pueda sentar otra regla que el aplicarlos á tiempo, de modo que la funcion de cada una de las armas no impida ó limite la de las otras y desarrolle todas las facultades ofensivas, ó defensivas, ó de movimiento que cada una tenga. Si, por el contrario, la artillería entorpece las maniobras, la caballería corta los planos de fuego, y la infantería sujeta al grado medio de sus propiedades el máximo de las otras armas; si todas se empujan, se estrechan, se arrollan, sin juego libre, sin círculo de accion, no se conseguirán sino reveses y desgracias. Esto sucede á los que fanatizados por un arma, y despreciando las otras, no se cuidan de sondear los secretos de su organismo, ni de conocer su fuerza táctica. El abuso que cada general hace de su arma favorita, de aquella que más victorias le ha proporcionado, llega por último á ser causa de su derrota.

II.

Organizacion de campaña.

Conocido ya el modo de combatir de cada una de las armas y de todas reunidas, es fácil fijar los principios á que debe sujetarse la composicion orgánica de un ejército de operaciones. Observarémos, en primer lugar, que siendo el combate el único móvil de las tropas, la organizacion debe adaptarse á él, y ninguna de sus bases ha de ser opuesta á un principio táctico, sino que ha de cumplir con las exigencias militares de la lucha, en toda su actividad y en cualquier momento, sin que se limite ni en un átomo la fuerza guerrera de las tropas, ni sus medios de ataque; por consiguiente, para organizar un ejército debemos

figurarle en el acto de la batalla ó de la marcha de maniobra, y hacer que todo, desde los detalles en el uniforme del soldado hasta los más complicados resortes de administracion, justicia, gobierno y mando, tenga un fin práctico guerrero y de fácil aplicacion en medio de la vida azarosa y agitada de la campaña.

En las páginas precedentes hemos examinado la unidad táctica de cada una de las tres armas, el batallon, el escuadron y la batería; hemos prescrito las reglas que se deben guardar en su organizacion segun sus diferentes propiedades, y más adelante, al explicar sus combinaciones en las batallas, hemos visto que aunque funcionan las tres armas asociadas, los efectos de cada una son distintos, distintas sus necesidades, otros sus elementos de vida, y sus armas, su material y sus campos, variados y de opuesta naturaleza muchas veces. Si, olvidando esto, nos obstinamos en desleir, por decirlo gráficamente, las dos armas auxiliares en todo el ejército, resultará una administracion complicada, movimientos torpes, lentitud en las marchas, obstáculos en el mecanismo del combate, y sobre todo, una accion pobre sobre los puntos capitales donde conviene acumular gran fuerza ofensiva ó destructora. Por lo tanto, siempre que várias fracciones relacionadas entre sí se hallen cooperando directamente á un mismo fin, se compondrá cada una exclusivamente de un arma, y cuando una fraccion se halle sola desempeñando un servicio especial, constará de las tres en la proporcion que las circunstancias, el terreno y el objeto táctico exija. Despues de la unidad de especie inferior, que debe hallarse toda ella bajo el mando á viva voz de su jefe, sigue la *division*, cuya fuerza no puede ser igual en todas ni en todos los casos, pero que nunca ha de pasar de 10.000 hombres, porque el general no podria abarcarla con la vista en la batalla, ni acudir por sí mismo al remedio de cualquier accidente desgraciado que de súbito sobreviniera; mas como todo combate exige la formacion en dos líneas por lo ménos, se necesita subdividir la division en dos ó más trozos ó *brigadas* de dos, tres ó cuatro mil hombres, para simplificar las maniobras de línea y hacer fácil el mando del jefe de la division,

que sería muy difícil y complicado si tuviera que descender á cada una de las unidades inferiores. Cuando el ejército es muy numeroso, ó el teatro de operaciones muy extenso, no basta esta subdivision, porque en los esfuerzos independientes de cada una de las partes, las armas se verian muy aisladas, y es preciso, para evitarlo, crear una grande unidad estratégica, el *cuerpo de ejército* que cuente con todos los elementos de vida propia como si se hallára independiente.

No es una regla absoluta la de que las divisiones consten de una sola arma; conviene que tengan alguna pequeña dotacion de las otras, y áun á veces, segun la clase de guerra que se hace y la naturaleza del país, se combinan las tres en todos los casos; pero de cualquier modo, como la artillería no tiene aislada valor alguno, se distribuye desde el principio entre las divisiones en una pequeña proporcion, que se aumenta cuando conviene con piezas sacadas de las grandes reservas que debe tener esta arma, con mayor motivo que las otras, por su difícil movimiento.

Segun el puesto que ocupan en el órden fundamental, las divisiones, y lo mismo las brigadas, tienen su número, que conservan aunque cambien de sitio; pero ademas, todo ejército se halla naturalmente dividido en cinco grandes trozos, que son: la vanguardia, la reserva, el ala derecha, el centro y el ala izquierda; cuya composicion y funcion constituyen todo el secreto del arte táctico. Los tres últimos no forman unidad independiente ni deben formarla, porque si recordamos los tres ataques explicados en el estudio tercero, verémos lo peligroso que es desligar en la accion esas tres porciones del cuerpo de batalla, cosa que sería muy fácil si cada una tuviese un jefe propio y una línea divisoria precisa; á esto se debió en gran parte la rota de Waterloo, que hubiera sido ménos terrible si el ejército frances no hubiera maniobrado con sus dos alas y el centro á las órdenes de Grouchy, Napoleon y Ney, de un modo independiente. Nosotros creemos que en un órden general de batalla ha de existir division de unidades, porque no es posible otra cosa; pero nunca las alas se han de constituir con independencia de mando, ni se ha de fijar

por nadie cuál es el punto de union con el centro, y por eso no nos agrada el número tres para formar el frente de combate, ni mucho ménos el número dos, que rompe la línea por la mitad, como sucedió en la guerra de Italia al ejército austriaco, dividido en ejército de la derecha y de la izquierda.

La cuestion es distinta con respecto á la vanguardia y la reserva; su mando tiene que ser independiente, porque su funcion lo es, y estos dos cuerpos deben hallarse nutridos de todos los elementos de guerra en la proporcion que necesiten.

La composicion de todas las unidades tácticas de especie superior, y mucho ménos la de las dos que acabamos de citar, ni puede ser permanente ni uniforme; en una parte conviene más artillería, en otra más caballería, aquí más tropas ligeras, allá una pequeña columna volante, en otro punto una gruesa masa; y todo esto varía á cada paso y en cada momento, y por consiguiente, es preciso que cada una de las tres armas obedezca en total á un centro directivo y administrativo, propio suyo, sin perjuicio de subdividirse accidentalmente y obedecer en cada fraccion al jefe de ella por el tiempo que dure constituida.

En la última parte de esta obra, en la teoría de las operaciones, verémos, segun los casos prácticos que se presenten, cómo ha de dividirse un ejército, y qué organizacion se ha de dar á cada una de sus fracciones para que las marchas, los despliegues y las batallas se verifiquen ordenadamente, cumpliendo con todo lo que el arte exige, sin que el general en jefe se vea precisado á descender á mínimas atenciones ni á dirigir por sí mismo la accion de cada una de las pequeñas unidades: por ahora, lo dicho basta para que se comprenda cómo se compone en un grande ejército la suma de sus fuerzas, reuniendo tres ó cuatro unidades de una misma arma casi siempre, de dos ó de las tres muchas veces, para formar la brigada; tres ó cuatro brigadas con dotacion de artillería siempre, y de las tres armas muchas veces para formar la division, y tres ó cuatro divisiones con todas las armas é institutos para formar el cuerpo de ejército. El número en que estas fuerzas han de estar reunidas varía segun el terreno y

el objeto táctico á que se destine cada una de estas fracciones; pero de todos modos, se debe partir de una base conocida y fijada desde el principio de la campaña, como organizacion fundamental del ejército.

No basta, sin embargo, para que un general tenga el título de organizador, que sólo sepa constituir bien estas fracciones; por encima de todo descuella en los ejércitos lo que los romanos llamaban *impedimenta*, esa multitud de materiales, de objetos y de equipajes que siguen á las tropas en sus marchas, que son necesarios para la vida del ejército, y que, sin embargo, por su tumultuosa variedad, por su agrupamiento informe, por su difícil trasporte, por la gente que va con ellos, que es medio civil, medio militar, son un principio de desórden y muerte. Sólo un cuerpo administrativo bien organizado puede dar á todos estos elementos una sólida constitucion, y áun así, es preciso que vigile el órden, el puesto y la disciplina, en las marchas, campos y combates, un jefe militar de energía y aptitud á propósito, auxiliado por un cuerpo de tropas de vigilancia y policía. No basta para ello el general jefe de Estado Mayor, que tiene otros muchos deberes que cumplir; se necesita un gobernador de campo, una autoridad sólo consagrada á este servicio penoso, que asegura la vida del ejército y su libertad estratégica en las operaciones.

Si la buena administracion es la base del gobierno civil, no tiene ménos importancia en el gobierno de los ejércitos, porque afecta de un modo tan directo á la moral de las tropas, que sin ella, la disciplina se relaja aunque abunden los recursos, y con ella, aunque por los azares de la lucha se carezca de todo, el soldado se bate con entusiasmo y sufre con placer las privaciones. El conquistador más odioso llega á ser aceptado por el país enemigo, cuando éste ve que se economizan los impuestos, y la guerra más justa se hace impopular cuando se derrocha el fruto del sudor del pueblo, sin que el soldado satisfaga sus necesidades. Pero áun prescindiendo de esto y olvidando que con iguales sacrificios se sostiene más fuerza y se hace más fácil la ocupacion de un país, y que un ejército bien alimentado y bien vesti-

do es un instrumento dócil en la mano del jefe, no examinemos otra cosa que la influencia de una mala administracion sobre las operaciones, y verémos que no es posible conducir éstas con acierto cuando aquélla, por torpeza, por inmoralidad ó por una tramitacion pesada, no tiene aptitud para vivir con la misma vida de azares del ejército, sujeta á las exigencias tácticas del dia. Hoy será la causa de la derrota el disgusto de una division que no ha sido socorrida; mañana el retardo de otra que no estuvo pronto á marchar porque no habia llegado todavía el vestuario ó los víveres; otro dia un movimiento falso de todo el ejército para acercarse á un depósito, y siempre, la indisciplina, la rebelion, el asalto á unos almacenes, el saqueo de una tesorería, el robo y el merodeo en el país ocupado. Nunca debemos olvidar que la estrategia es el alma de la guerra, y la estrategia es el trazado de las líneas de comunicacion, que no son otra cosa que líneas administrativas.

Tres medios hay para proveerse de las municiones de boca y guerra: primero, haciéndolas venir de la base; segundo, sacándolas del país ocupado; y tercero, tomando las del enemigo. Para lo primero se necesita crear, á cubierto de todo ataque, líneas de abastecimiento donde los recursos se hallen como escalonados, y los medios de trasporte se organicen en parques de carros ó brigadas de acémilas, que puedan sostener una contínua circulacion entre el ejército y sus recursos. Estas líneas deben, en lo posible, abrazar una gran extension de país, para lo cual es preciso que partan de puntos muy distintos y afluyan al frente de operaciones por los rios navegables y vias férreas, ó por mar, que son las líneas más cómodas; pero nunca se debe tener una sola, sino las más posibles, con el objeto de poder maniobrar en cualquier direccion, aunque sea preciso abandonar algo al enemigo.

Cuando los recursos se sacan del país que se ocupa, si no se está muy hostilizado y el país es rico, se logra una gran libertad de movimientos, y esto es una razon más para que la victoria sea de la ciencia y no de la fortuna. Las exacciones deben hacerse de modo que contribuya á ellas el mayor número posible de pueblos,

empezando por los más distantes, á fin de no agotar los recursos de las inmediaciones, y todo esto metodizado y registrado detenidamente, evitando violencias y daños que hagan odiosa la bandera.

Es imprescindible, á pesar de estos medios, el llevar con el mismo ejército, en carros y acémilas á retaguardia, y en poder del mismo soldado, municiones y víveres para un número determinado de dias, y esto, con los equipajes y trenes, es lo que constituye lo que ántes hemos llamado *impedimenta*, y cuyo riguroso órden y organizacion es tan necesaria para que el ejército tenga libertad en sus movimientos, que no se debe escasear medio alguno para conseguirla, ni se puede usar blandura para sostener en toda su pureza la difícil disciplina de esas gentes de retaguardia, muchas, hostiles á la causa que se defiende.

Cuando los recursos son tomados al enemigo, debe ser toda-vía más rigorosa la administracion de ellos, porque en la moral de los ejércitos modernos está la contribucion y no el saco para las poblaciones, y por consiguiente, con respecto al enemigo, el botin de guerra pertenece á la masa colectiva y no á los individuos.

De todos modos, la administracion de un ejército en campaña es la base de la guerra, y aunque en este libro no descendamos á prescribir sus principios fundamentales, no podemos ménos de lamentarnos al ver cuán atrasada está en todos los países. Es verdad que se lucha para ello con grandes inconvenientes. En todos los pueblos, en el torbellino de las guerras, cuando la sociedad está perturbada, cuando todas las pasiones han roto su freno y cuando la justicia y la razon visten de luto, salen á la superficie, como los reptiles despues de las tempestades, hombres oscuros, verdaderos vampiros de la sangre del soldado y del sudor del pueblo; todo jefe de administracion ó militar debe tener la vista fija en estos hombres, y ser duro, inexorable con ellos, porque están interesados en el desórden administrativo, y son en los ejércitos un elemento de muerte; cadena sin piedad para ellos, y el ejército quedará satisfecho, y la autoridad con prestigio, y el mando con tal fuerza, que se hará de cada soldado un héroe. Esta fué la conducta de Bonaparte en Italia, y esa la razon de

su esplendente victoria desde Montenotte á Arcole, desde los Apeninos á la frontera alemana.

Nada de esto se consigue sin una sencilla administracion, sin una contabilidad clara y poco complicada, sin una fiscalizacion que proceda del inferior al jefe y de éste vuelva al inferior, y sin una responsabilidad legal exigida, no sólo al que comete el dolo ó el cohecho, sino al que le sufre sin quejarse.

Concluirémos este capítulo recordando otro cuerpo afecto al ejército y muy ligado con toda la organizacion; el cuerpo de sanidad. Su influencia sobre la guerra es inmensa y muchas veces decisiva, porque con malos hospitales, con pobres ambulancias, sin buenas boticas de campaña, sin órden ni concierto en todo este importante ramo, los ejércitos no se baten sino muy á disgusto, ni los profesores asisten de buena gana cuando carecen de los más necesarios elementos; ademas, el soldado al ver sus compañeros heridos, abandonados en el campo, acaba por desordenarse, y lo que es todavía más grave, el ejército sucumbe, no sólo al hierro y al plomo, sino á esa terrible hermana de la guerra, la peste, que no se puede combatir porque faltan los recursos, ni prevenir porque se desprecia la higiene militar ó no hay quien vigile por ella. El cuerpo sanitario debe, por lo tanto, ser muy rico siempre; ha de tener numeroso personal y bien retribuido, completo y lujoso el material, metodizado el servicio y auxiliado por el número que se necesite de enfermeros, practicantes, camilleros, etc., regimentados en brigadas afectas á las divisiones, y en brigadas de reserva ó de hospital de sangre. Muchos progresos se han hecho en este sentido, y muchos se han de hacer todavía, y cuando la guerra entre los ejércitos cristianos llegue al grado de cultura que debe llegar, estas tropas serán inviolables y neutrales, se respetarán por el enemigo las banderas blancas, y no se verán los horrores que se vieron en la tarde de Magenta.

Ademas de todos estos auxilios, necesita un ejército, en su azarosa y difícil vida, dar á esas armas que sufren, á esa juventud honrada, cuya sangre se vierte en defensa de un gran principio, á esos hombres que viven en el sufrimiento y mueren en la

flor de su edad, retorciéndose entre dolores horribles de agonía, y dejando su cadáver en una tumba sin epitafio, hollada luégo por la planta indiferente del caminante ó del pastor, la fuerza al espíritu que sólo se halla en las creencias puras, en la fe religiosa, en el culto á Dios, único sér que sabe el nombre del infeliz *héroe anónimo* que muere en el hospital de sangre ó en la brecha de asalto, ignorado de todos, hasta de su madre muchas veces. Es imposible que un ejército irreligioso no degenere por último; sostendrá más ó ménos tiempo su vigor moral con una idea política; pero cuando el desengaño de esta idea llegue, y el desengaño siempre llega para todos los principios sociales y para todas las aspiraciones humanas, ¿en nombre de qnién se le va á decir al soldado, sufre y muere? Por eso en la organizacion de un ejército, como en la de un pueblo, hacemos de la religion la primera piedra, y no dudamos en aconsejar al estratégico y al táctico que no se olviden del espíritu del soldado al acordarse de su cuerpo; por eso tambien en un libro de arte de la guerra debemos recordar que existe dentro del ejército una institucion religiosa, cuyas relaciones con el resto de la organizacion de campaña no deben ser indiferentes al jefe, sin que esto sea predicar el fanatismo ni oponerse al respeto que deben á todos los cultos las masas armadas, cuya mision no puede ser nunca la de convertir ni la de imponer creencias á bayonetazos.

Hemos explicado la teoría de las armas; hemos visto su funcion táctica, y la de los dos cuerpos que completan la accion estratégica, que son el de Estado Mayor y el de Ingenieros; hemos combinado las fuerzas activas en el combate; hemos deducido de aquí la organizacion, coronándola con dos cuerpos políticos afectos á ella; en una palabra, á esa república, á esa sociedad que se llama ejército, la hemos dado justicia, administracion, gobierno, religion, salud y ciencia, y hemos dirigido la accion de sus elementos; ahora sólo nos resta hacer la aplicacion práctica de esos principios generales, y de esto vamos á tratar en el estudio siguiente, último de la obra.

ESTUDIO QUINTO.

OPERACIONES.

ESTUDIO QUINTO.

OPERACIONES.

CAPITULO PRIMERO.

MARCHAS Y PASO DE OBSTÁCULOS.

I.

Reglas generales.

De cualquier modo que marche un ejército, sólo puede hacerlo en uno de estos dos sentidos: ó acercándose al frente de operaciones, ó alejándose de él; y en cualquiera de los dos puede hallarse, ó léjos del círculo de accion del enemigo en zonas no ocupadas aún, ó dentro de ese círculo en la zona contraria; si lo primero, la marcha se llama de *viaje;* si lo segundo, de *maniobra.* Cuando se avanza por una ó várias líneas perpendiculares ó más ó ménos oblícuas al frente del enemigo, la marcha es *de frente;* cuando se retrocede por esas mismas líneas, de *retirada;* cuando la direccion es paralela y acercándose á las posiciones del enemigo ó envolviéndolas, la marcha es de *flanco* ó *envolvente;* y si es alejándose de ellas, toma el nombre de *retirada lateral*, que no se debe confundir con lo que Bulow llama *excéntrica*, y que es el rompimiento de un ejército que se retira en váras direcciones divergentes.

Si los cuerpos de un ejército que está fraccionado y esparcido tratan de reunirse en un mismo punto, dirigiéndose á él por líneas convergentes, verifican la marcha que se llama de *concentracion*. Si, por el contrario, partiendo de un mismo punto se alejan por líneas divergentes, extendiéndose por una dilatada zona de operaciones ó de defensa, la marcha recibe distintos nombres, segun sea su objeto ofensivo ó defensivo, de conquista ó de retirada. En todos estos casos la marcha puede ser ó de viaje ó de maniobra, estratégica ó táctica, y la campaña puede ó no estar abierta ó terminada ya.

Las marchas son la base de la educacion de los ejércitos y su única ciencia, porque se resume en ellas todo el plan de campaña y los principios fundamentales de la estrategia, de la táctica, de la política y de la organizacion. De saber marchar á saber vencer no hay más que un paso, porque una contínna y ordenada movilidad en las tropas es el único medio de conseguir triunfos en la guerra.

Las marchas son para la organizacion lo que la gimnasia para los individuos; ponen á prueba todos los aparatos del sistema de un ejército, así en lo moral como en lo físico, y si no hay en ellos armonía, órden y vigor, el ejército muere; pero si hay disciplina y método, desarrolla toda la fuerza de sus principios orgánicos, el material se aligera, el personal se robustece, entre el jefe y el subordinado se establecen lazos más íntimos, la pasion de gloria se despierta, la nostalgia se combate con el cambio de emociones, los enervantes vicios de la ciudad desaparecen, y todas las costumbres guerreras, todas las virtudes militares, todos los afectos del soldado se desarrollan, elevando al hombre á un mundo desconocido y poético, donde se halla en contacto con la naturaleza desnuda, con la creacion en todo su esplendor. Pero ¡cuán distinto cuadro presenta en sus marchas un ejército de menguada y raquítica existencia! Todos los lazos morales se relajan; del terror entre las clases se pasa al ódio; del ódio, á la indisciplina y á las vejaciones al país; los cuadros se rompen, la fatiga exacerba los ánimos, la autoridad se descono-

ce, y en pos de todo esto viene la derrota, y la derrota humillándose á una miserable partida de guerrilleros ó á un puñado de húsares.

Aunque la marcha sea de viaje, no se debe prescindir de ciertas prácticas guerreras, que hacen que las tropas se familiaricen con los usos de campaña; por lo tanto, en todos los momentos se explorará y flanqueará la línea como si se estuviese cerca del enemigo, y en los pasos difíciles se tomarán todas las precauciones que el arte exige.

La puntualidad en el servicio es lo primero que se necesita para que la marcha sea poco fatigosa y para que el plan estratégico del jefe se realice; el retardo de algunos minutos malogra la más bella combinacion de columnas, y esto sucede cuando por falta de actividad ó de energía las tropas no acuden pronto á los toques, la impedimenta marcha en desórden, la carga y descarga se abandona á los paisanos, el cuerpo administrativo no tiene listos los recursos, y el de Estado Mayor conduce á tientas las columnas, sin conocimiento del país, ni de sus etapas, ni de sus campos y sus riquezas.

Al romper y al terminar la jornada, el silencio, el órden, la disciplina y la prontitud deben exigirse para todos los actos; porque si los ranchos ó raciones se retardan, si para alojarse ó acamparse hay confusion, si las tropas están formadas mucho tiempo, si nunca se acaba de poner en órden el parque, si los oficiales van y vienen, y los batallones no se reunen, y aquí falta un carro, y allí no parece una compañía, y en otra parte se impacientan y juran, la marcha se precipita, el soldado se cansa, el calor ó el frio, ó la luna ó la noche que no cambian su curso, aparecen cuando no se les espera; á los pasos difíciles se llega cuando no conviene llegar y, por último, el enemigo se presenta donde no se le quiere combatir. Todo esto sólo puede evitarse con órden y disciplina, grande actividad en el cuerpo administrativo, y mucha inteligencia en el de Estado Mayor.

Las jornadas pueden ser sencillas de cuatro á cinco leguas, dobles de siete á nueve, ó forzadas todo lo que se pueda resistir,

aunque sea abandonando rezagados en el camino, con tal de que se llegue con la fuerza que se necesite.

En el invierno, cuando la marcha es de viaje, se rompe con el alba, media hora despues de la diana, sin que se permita de ningun modo más tiempo, por lo ménos desde la segunda jornada en adelante, lo mismo para una partida que para una division de 20.000 hombres, porque el ejército que en media hora no puede formar, nada bueno se debe esperar de él.

En el verano se aprovechan las horas de la madrugada, dejando el cuerpo del dia y la tarde para el descanso. Partir la jornada en dos no debe hacerse sino cuando las circunstancias lo exijan, porque conviene llegar con sol á los pueblos ó campos; ademas al soldado le fatiga la idea de volver á marchar por la tarde, y se resigna con más gusto á sufrir el calor de las diez de la mañana, si tiene la esperanza de estar descansando todo el dia y la tarde bajo sus tiendas.

Rota la marcha, las filas deben ir unidas á dos ó cuatro de frente, ó en columnas de cuartas ó mitades, si fuera necesario, pero teniendo presente que esto incomoda mucho y que se va más libre, sin ser tan molestado por el lodo ó el polvo, cuando marcha en dos hileras, que es la formacien que se adopta si la columna tiene poco fondo y si no se teme peligro militar alguno. Los carros y acémilas deben seguir con el mayor órden, con el menor fondo posible, sin esas enormes distancias que los carreteros se complacen en llevar, y evitando el agrupamiento del ganado.

La velocidad ha de ser siempre la misma, porque nada incomoda tanto al soldado ni hace prolongar más las colas de columna que esos cambios de pasos en la cabeza.

Cuando se pasa por desfiladeros ó pendientes rápidas, y en general despues que ha salvado cualquier obstáculo la cabeza, la marcha se precipita naturalmente, y los que todavía no han pasado, pierden su distancia y tienen luégo que correr para unirse; esto debe evitarse deteniendo las tropas segun pasen y no rompiendo la marcha hasta que todos estén reunidos, porque de otro

modo, en una ó dos leguas de terreno, donde se presentasen varios accidentes, el soldado se fatigaria, si los pasára en desórden, más que en una jornada forzada.

Á ninguna regla fija se pueden sujetar los altos y descansos; la hora, la temperatura, el espíritu del soldado, el país y otras mil circunstancias, son las que dictan cuándo se debe dar un respiro; unas veces se puede marchar tres ó cuatro horas seguidas, porque si se diera un alto se quitaria ímpetu al movimiento; otras, al contrario, es preciso detenerse á menudo; en algunas jornadas conviene un largo descanso de dos horas, y en otras se debe concluir la marcha de una vez, y todo esto lo dice mejor el semblante del soldado; cuando de fila á fila se rie, se grita, se canta, y los chistes y los cuentos chispean como granos de pólvora esparcida, el toque de alto causa pésimo efecto; es recordar al soldado que está cansado, cosa que él no sabía: pero cuando las filas marchan pesadamente, y se sacuden los hombros para subir la mochila, y se oye algun cantar á que no se hace coro, y un chiste que nadie celebra, entónces al toque de alto el pecho respira y los semblantes se alegran como por magia.

Este estudio debe hacerlo muy sériamente el jefe de una tropa cualquiera, porque nada asegura tanto la moral del soldado como el evitarle toda molestia inútil, y nada infunde más vigor que los altos á tiempo, ni nada lo quita tanto como los inoportunos. La imaginacion se cansa ántes que la musculatura, y por todos medios se debe procurar distraer al soldado, no abrumarle con exigencias de órden pueriles, no exigir á la disciplina más que lo que debe dar, esto es, el puesto, la distancia y el respeto á los paisanos; y en cuanto á lo demas, que el soldado lleve sus armas y sus prendas como guste, que cante, que ria, que se divierta, y que esto se fomente esparciendo por las compañías esos hombres de carácter festivo, esos artistas de campamento, que son el alma en las marchas y el consuelo en las fatigas. No comprendemos cómo hay militares que sostienen en serio la teoría de que el soldado, en estos casos, ha de tener la gravedad que en los campos de instruccion y ha de ser esclavo de su corbatin y de sus correas.

Una columna muy larga es poco ágil, el menor accidente produce en ella detenciones peligrosas, el mando se entorpece porque la tramitacion de las órdenes desde un extremo á otro es muy lenta, y el despliegue es imposible; si contase, por ejemplo, cincuenta mil hombres, la distancia entre la cola y la cabeza sería de una y media ó dos jornadas, y fácil es comprender que ningun peligro puede arrostrarse de ese modo, porque los cuerpos no se protegerian, porque ántes de que hubiera entrado en línea la última subdivision, habrian sido derrotadas las primeras, y ademas, porque por muy rico que fuera el país, cuando llegasen los últimos batallones, ya los de la cabeza habrian agotado los recursos. De aquí nace la necesidad de dividir un ejército en várias columnas que sigan direcciones paralelas, conservando entre sí distancia de despliegue, como hemos indicado en el estudio tercero; pero como no siempre el país ofrecerá el número suficiente de caminos paralelos y á esa distancia, y sería la marcha muy lenta si fuera preciso irlos abriendo, hay que resignarse á marchar por los existentes aunque las columnas se separen mucho, siempre que cada una tenga fuerza bastante para resistir por uno ó dos dias el choque con el enemigo, dando lugar á que las otras se incorporen y acudan al fuego, para lo cual es preciso que no haya obstáculos insuperables entre ellas. Por eso es tambien necesaria la division en cuerpos de ejército que reuna cada uno todos los elementos militares para sostenerse en batalla contra todo el grueso del enemigo por algun tiempo.

Las columnas deben ser las más posibles, y con mayor razon al aproximarse al enemigo; entónces, hallándose tan cerca, porque así se facilita el despliegue, acaso sea preciso abrir vías militares, por las que se pueda marchar, cumpliendo mejor lo que el despliegue y el órden de batalla exigen.

El lazo de union entre todas estas columnas debe sostenerse sin cesar por cuerpos volantes y partidas ligeras que reconozcan á cada paso todos estos intervalos, y en las alas el flanqueo debe llevarse lo más á fondo posible, para lo que á veces será necesa-

rio crear una columna de flanqueo ó subsidiaria que haga por su lado el servicio que la vanguardia hace por el frente.

La impedimenta y el parque marcharán con una fuerte retaguardia por el camino más cómodo y más seguro, y con las divisiones sólo irá aquello más preciso para vivir uno ó dos dias, de modo que las columnas tengan hasta cierto punto independencia, pero sin que se rompa la union del ejército; para eso es preciso organizar una vanguardia general y vanguardias parciales, un flanqueo general y el particular de cada columna, una gran retaguardia y las pequeñas de cada cuerpo. Siempre que sea posible, entre todas estas fuerzas, si están próximas, se establece un sistema de señales con hogueras, cohetes, cañonazos, cornetas, ó de otro modo más ingenioso, para darse todos los avisos que convengan, y fijar al mismo tiempo el puesto de cada una de las divisiones y la direccion general de marcha.

La caballería podrá marchar en una de las alas si la otra está protegida por obstáculos, ó repartida en ambas si faltára esa proteccion, ó bien á la cabeza de las divisiones de infantería si el país es llano y abierto, ó á retaguardia de ella si se atraviesan terrenos accidentados ó se teme el peligro de que cada columna tenga que batirse sola por algun tiempo.

En general, el órden de marcha de un cuerpo de ejército suele ser el siguiente:

1.° Una ó media jornada delante, una gran vanguardia compuesta de toda clase de tropas, con preferencia ligeras, dividida en várias columnas próximas, siguiendo la direccion por donde se espera el enemigo, y extendiéndose por los flancos en cuerpos volantes hasta cubrir todo el frente de marcha.

2.° Las vanguardias parciales de cada columna á distancia de despliegue, cada una á la cabeza de la suya respectiva y ligadas entre sí por partidas sueltas.

3.° Las columnas, más ó ménos separadas segun los caminos, comunicándose, segun la extension de los intervalos, por señales y guerrillas, ó por partidas sueltas, ó por cuerpos volantes de las tres armas. Cada division llevará una batería á su cabeza

para proteger las maniobras entre tanto que se incorpora el grueso del tren, y la caballería marchará con una gran parte de la artillería montada, porque estas dos armas son un poderoso auxilio para los despliegues.

4.° Dos columnas ligeras de flanqueo, que se extiendan por uno y otro extremo tanto como puedan, pero sin comprometer combate formal.

5.° Las retaguardias parciales, más ó ménos próximas segun el peligro, tambien enlazadas por tropas de guerrilla, y compuestas de todas las armas, especialmente de la artillería y caballería divisionaria. Con ella marcharán los equipajes y trenes más precisos.

6.° La retaguardia general, el parque, la impedimenta y reservas de todas armas, especialmente de las dos auxiliares, todo esto por un camino del centro de marcha, ó por uno de los laterales, si fuera más seguro.

7.° El cuartel general, en un punto que sin ser próximo á los primeros ataques, tampoco esté muy léjos de ellos, pero siempre en posicion de circular órdenes prontas á todos los extremos.

Es inútil advertir que este órden se altera segun el país, los caminos, la situacion del enemigo, la organizacion de las fuerzas y las líneas estratégicas que se siguen; si, por ejemplo, la marcha es de retirada, todo se invierte, y si es de flanco, la columna de flanqueo pasa á ser vanguardia; pero de todos modos este órden es el fundamental, y cualquiera otro no será más que una variante suya.

Debemos recordar otra vez la importancia de los reconocimientos y la elevada mision del Cuerpo de Estado Mayor en las operaciones; porque ni un solo paso debe darse sin tener un conocimiento exacto del país y un plan preconcebido para todos los casos que se presenten, y esto sólo ese cuerpo lo puede conseguir.

En los terrenos escabrosos, en los dias de niebla, de noche, y cuando no se conoce con exactitud el país ó las posiciones del enemigo, los altos deben ser más frecuentes, la velocidad ménos, los intervalos entre los cuerpos más córtos, la vigilancia más, los

reconocimientos minuciosos, los avisos á menudo; y si conviene guardar silencio, debe ser absoluto y exigido con rigor. En caso de que alguna fuerza hallase al enemigo y estuviese de ello muy segura, debe batirse al arma blanca, para no producir estruendo alguno que altere el órden y promueva esa confusion y espanto que acompaña siempre á los peligros desconocidos, y hasta estar muy enterado de lo que ocurre, nadie debe moverse; á veces convendrá hacer que se echen á tierra los soldados ó que se sienten hasta que se pueda tomar una disposicion acertada, porque un partidario audaz que penetra entre dos columnas poco serenas y las hace una descarga, consigue ponerlas en horrible combate la una contra la otra, y es muy triste que por un error, hijo del miedo, se batan á muerte hermanos con hermanos. El que produzca una alarma falsa debe ser castigado severamente; sólo la disciplina y la calma pueden conjurar estos males, que han sido en muchos casos motivo de terribles derrotas. Las señales para reconocerse las fuerzas entre sí deben hacerse y contestarse siempre para que no haya duda de que son amigos los que se aproximan, y á ninguna descarga, venga de donde venga, debe corresponderse sin asegurarse ántes de que son enemigos los que disparan; porque roto ya el fuego, sólo la luz del dia puede restablecer el órden; ademas, un ejército nunca sorprende á otro ejército; ataques de esta naturaleza sólo son obra de guerrillas audaces, á las que para reprimirlas basta sólo conocerlas, y para eso, ántes de que un oficial dé cualquier aviso necesita estar muy seguro de lo que dice, y fijar el número y aptitud de las fuerzas que se descubran, porque la imponente palabra de «el enemigo está á la vista» nada quiere decir, y no es otra cosa muchas veces que una alarma, hija del miedo de un explorador.

En las marchas *en posta*, esto es, cuando se viaja sin cesar dia y noche embargando los carros del país, se necesita mucho más órden y disciplina. La operacion de subir y bajar de los carros debe hacerse con el mayor silencio, y las tropas han de relevarse por batallones, ó á lo ménos por compañías enteras, para que en caso de alarma haya siempre cuadros completos á pié y organi-

zados, disponibles para resistir un choque miéntras el resto forma. Los carros deben marchar con el menor fondo posible y con las distancias unidas, para lo cual es preciso que cada uno tenga su comandante que exija del conductor el cumplimiento de su deber, cosa bien difícil, y de la tropa, el órden y compostura.

En los ferro-carriles el acto de embarque y desembarque debe asimismo ser muy ordenado y con silencio, para que cuando convenga detener el tren y formar, se verifique prontamente y sin confusion.

Para todo esto, más que arte, se necesita disciplina y educacion militar, cosa que no se consigue con gritos ni con castigos graves, sino con una responsabilidad bien exigida de cada uno á su inmediato subordinado, celando desde el primer momento de la marcha los más pequeños detalles, á fin de que nadie se abandone y todo se metodice y ordene, y se introduzcan para todos los actos costumbres militares y hábitos de campaña.

Prescritas ya las reglas generales que se deben seguir, descendamos ahora al estudio de los casos prácticos que se pueden presentar, segun el objeto de la marcha y naturaleza de los obstáculos que se hallen en el camino.

II.

Desiertos, cordilleras, rios.

Los obstáculos que pueden presentarse á cualquier ejército, ya marche de frente ó en retirada, son, por el órden de su dificultad, los siguientes: 1.°, los desiertos naturales; 2.°, las grandes cordilleras; 3.°, los desiertos artificiales, y 4.°, los rios. Vamos á estudiarlos uno á uno, explicando su influencia en las operaciones, segun sean éstas ofensivas ó defensivas.

Desiertos. No es la táctica ni la estrategia la que vence el paso de los desiertos, sino las virtudes militares, la disciplina, la fe en

la causa, el entusiasmo por el jefe, y la sábia y económica administracion, porque la dificultad del paso no consiste en los peligros que se tienen que vencer, sino en las penalidades que se han de sufrir; y si no hay virtud para soportarlas, el ejército, despues de una lenta agonía, vendrá á morir á manos del enemigo ó perecerá en el desierto, dejando en él su material y sus mejores gentes.

Cuando el desierto es obra, no de la naturaleza, sino del brazo devastador del enemigo, por mucho que éste haya incendiado y y asolado, no es posible que falten todos los recursos, que no queden en un país, há poco habitado, algunos elementos de vida, gentes, chozas, algo que revele que allí ha existido sociedad; sin embargo, en guerras de cierta índole es posible que estos mismos elementos se vuelvan en contra del ejército, hagan más insufrible su situacion que si se hallase en medio de arenales jamas habitados por el hombre.

Massena, despues de Torres-Vedras, y Napoleon despues de Moskow, son buenos ejemplos de lo que se puede hacer en tan penosas marchas. El arte de la guerra, que nada puede decir para estos casos, se limita á aconsejar que se huya de ellos á cualquier costa; pero si no hay otro remedio que pasar por estos países en los que la vida falta, el caudillo de un ejército no puede hacer otra cosa que dar ejemplo de abnegacion y sufrimiento, organizar la parte administrativa, sostener la disciplina sin exasperar al soldado, confiar á los veteranos la custodia de los víveres, y por todos los medios políticos mantener la moral de las tropas, prometiéndolas el triunfo y la riqueza y las alegres expediciones por los fértiles países del otro lado del desierto.

Si tantas son las dificultades que ofrecen estos pasos, es inútil prevenir que siempre que la política y la estrategia lo exijan, se deben asolar y devastar las comarcas por donde el enemigo tiene que cruzar; así Turena arrasó todo el Palatinado; así Alfonso VIII se opuso al desembarco de los 70.000 árabes de Jusuf, asolando todas las costas andaluzas, y del mismo modo Luis XIV detuvo al Duque de Lorena en la Alsacia, y Tacimas,

rey de los persas, contuvo los progresos de Soliman II; pero tengase presente que es muy grave la responsabilidad moral y política del caudillo que incendia y arrasa un país sin razon ni justicia, sólo por cólera ó saña, y que es muy triste para un ejército atravesar comarcas que él mismo ha devastado ántes.

Cordilleras. Cuando una línea de montañas, por su elevacion y aspereza, es, al mismo tiempo que cordillera, desierto, las dificultades que hay para pasarla son tales, que por el solo hecho de vencerlas se levanta el ejército un monumento de gloria inmortal. Hemos descrito el paso de los Alpes por Anibal, el que Napoleon llevó á cabo ántes de Marengo, y vamos á recordar ahora el de los Andes, por San Martin, y el de los Alpes réticos, por Macdonald, que son sin duda los dos pasos más gloriosos que el mundo ha visto.

Paso de los Andes. Batidos los insurgentes de Chile, en 1814, por el general Osorio, se acogieron, despues de salvar la cordillera de los Andes, á Mendoza, ciudad de Buenos-Aires, y foco de la insurreccion de las colonias. Viendo la república desconocida por Osorio la importancia estratégica de esta plaza, la eligió como base de operaciones, y en ella comenzó el general San Martin, en Setiembre del mismo año, la organizacion de las fuerzas que habian de acabar con el poder español en aquellos dominios.

Difícil empresa era la de levantar un ejército con hombres tan poco á propósito para la disciplina como los gauchos, y no contando para ello con otros recursos que con los empréstitos que las casas inglesas ofrecian á subido interés; pero por un lado la inteligencia y actividad de San Martin, jóven de talento, militar valiente y educado en nuestra guerra de 1808, y por otro las autoridades españolas, que, precisadas á dirigir la vista á mil partes, quedaban en la inaccion sin acudir á ninguna, fueron la causa de que la república lo consiguiera, aunque tardando dos años. El 17 de Enero de 1817, el terrible campeon de la independencia americana, al frente de 4.000 hombres, abrió la campaña contra las tropas de la Metrópoli.

Antes de pasar adelante, debemos hacer una ligera descripcion topográfica del país que fué teatro de las operaciones.

En las inmediaciones de Chile elevan los Andes sus nevados picos á 12.000 piés de altura. La Naturaleza, que tanto ha exagerado las creaciones americanas, ha hecho que esta cordillera sea la más agreste y salvaje del mundo ; allí se ven, más que en los Alpes y en los Urales, enormes rocas de mil varas, desiertos, torrentes, abismos, fieras, animales venenosos, y se halla tan cerca de la vegetacion magnífica de la tórrida la desnuda y pobre de los polos, que no parece sino que Dios se ha complacido en reunir en corto espacio los más opuestos climas y las estaciones más encontradas, todas las bellezas y todos los horrores de la creacion. El viajero que corta la cordillera por el camino de Uspalata, si el *puna*, leon de aquel desierto, no le devora, ó el *puna*, enfermedad súbita y mortal, no le ataca, ó el calor de dia no le ahoga, ó el frio de noche no le hiela, ó los ventisqueros, las tempestades y las avalanchas no le envuelven, ó en los precipicios no se resbala, puede llegar á una de las casuchas que de cuatro en cuatro leguas se hallan, como único albergue despues de tan penoso viaje. Y sin embargo, este camino de 104 leguas, que se dirige por el Este de Mendoza á cortar la cumbre por encima de Uspalata, en el valle de Acoucaña, y por San Felipe á Santiago, es el mejor, porque el del puerto de los Patos, que desde San Juan de la Frontera, remontando el rio Putaendo, marcha hasta San Felipe, está casi siempre cortado por las aguas que bajan de la montaña, y otro de 80 leguas, que parte por el Sur de Mendoza á Santiago, pasando por el volcan de Tupungato, es poco ménos que impracticable, y cualquiera de ellos puede cambiarse por la más difícil vereda de los Alpes.

San Martin hizo demostraciones sobre el puerto del Sur, con las que consiguió engañar completamente á Marco del Pont, que en vez de concentrarse en Santiago para su defensa, dividió su ejército de 8.000 hombres en dos divisiones, la una para guardar los pasos del Sur, y la otra los del Norte, separadas á 30 leguas de distancia y sin comunicacion ni enlace entre sí, ni nadie que

explorase las montañas, porque nunca se pudo creer que por ellas habia de bajar un ejército.

Contaba el cuerpo insurgente 2.800 infantes, 1.200 milicianos, 200 artilleros y zapadores, 960 caballos, 10 cañones de á cuatro y dos obuses, y ademas disponia San Martin de 2.500 hombres que con D. Ramon Freire se hallaban en el puerto del Portillo. Para el trasporte de tan respetable masa y de los recursos necesarios para sostenerle en aquel horrible desierto, se compraron 9.300 acémilas, una para cada infante, otra para cada dos jinetes; 1.800 para la artillería, y relativamente para el Estado Mayor y oficiales, y para los víveres y municiones. Ademas, se llevaban carnes en vivo para quince dias, 113 mulas cargadas de vino, y una gran cantidad de ajo para preservarse del mal de la montaña; y en cuanto á material de guerra, se contaba con 180 cargas de cajones de fusiles de respeto, y un puente de cuerdas y faginas conducido por 65 acémilas. Se confió la escolta de tan inmenso equipaje á los 1.200 milicianos de Mendoza.

Despues de ocupado el portillo por D. Ramon Freire, se puso en marcha el ejército en direccion de San Juan de la Frontera, y luégo, por un cambio pronto, se dirigió por la senda de Uspalata al pueblo de Mariantales, donde la columna, ya demasiado prolongada, se dividió en dos, la una que continuó su viaje por el valle del Putaendo, y la otra por el camino de la cumbre.

Hasta entónces se llevaban diez dias de marcha y se habian vencido inmensas dificultades, pero quedaba lo más difícil por pasar; 120 gastadores con 190 mulos iban á vanguardia abriendo camino, y sin embargo, no se podian evitar las peligrosas desfiladas de á uno por el borde de las rocas, costeando horribles abismos, donde desaparecian los hombres y los animales. Las piezas, envueltas en cueros, eran unas veces conducidas á hombro, otras á la rastra, otras suspendidas á torno de roca en roca y de precipicio en precipicio. Así, de obstáculo en obstáculo, despues de diez ó doce horas de insufrible fatiga para andar una ó dos leguas, se detenia la columna para descansar sobre la nieve helada, único lecho del soldado en aquellas regiones desnudas de vegetacion.

El frio era tanto más insoportable, cuanto que habia atacado de repente y no se tenía leña para combatirlo, y el aire tan ténue, que apénas desarrollaba ondas sonoras, y los hombres para entenderse se gritaban al oido hasta lastimarse la garganta, sin que la voz produjese casi sonido alguno. Todo esto era causa de terribles enfermedades, que diezmaban las filas, entre otras, la *puna* aguda, pronta, mortal, sin esperanza; para precaverla, sólo se conocia el pobre específico de la esencia de ajo.

El carácter, la constancia y el buen ejemplo que daba el general, que era el primero para la fatiga y el sufrimiento, y que sostenia y celaba con inteligencia la moral del soldado, pudieron llevar á feliz remate tan atrevida expedicion, y por fin, despues de veintitres dias para andar 50 leguas, el ejército republicano, habiendo perdido solamente la quinta parte de sus fuerzas y la mitad de su ganado, se presentó, como llovido del cielo, al otro lado de las montañas, entre los dos cuerpos españoles. La victoria no podia ser dudosa; los insurgentes arrollaron los primeros puestos, batieron la division de D. Rafael Maroto, derrotaron luégo la de Marco del Pont, y rompieron así por partes al ejército Real, que tuvo que abandonar el campo y permitir que se constituyera, el 14 de Febrero, en Santiago, la república de Chile.

Paso de los Alpes réticos (1). No ménos importante, aunque no tan difícil, pero más propio de la gran guerra, es el paso de los Alpes por Macdonald, con el ejército de los Grisones, en el invierno de 1800.

El primer cónsul Bonaparte habia proyectado poner en relacion los ejércitos del Danubio y del Po, haciendo evacuar el Tirol á los austriacos, y para eso el ejército de Italia debia pasar el Adigio por encima de Verona, miéntras que el de Macdonald, en los Grisones, habia de cortar diagonalmente los grandes Alpes para desembocar hácia las fuentes del Oglio, del Adda y del Adigio, y unirse en Trento con la extrema izquierda del ejército de Italia.

---

(1) Mapa de Italia.

Macdonald decidió su marcha á la Valtelina, pasando el Splugen por lo más escabroso y difícil de la cordillera, y dirigiéndose luégo á Trento despues de dominar los ásperos contrafuertes de los Alpes. Para ocultar su maniobra, destacó una division sobre el Engadino, concentrándose luégo entre Coire y Rheemeck y rompiendo desde allí su atrevido y difícil viaje. Es inútil que demostremos al lector cuántas penalidades no tuvo que sufrir aquel caudillo y qué obstáculos no tuvo que vencer con el ingenio y la constancia ántes de llegar á Chiavenna. En aquellos abismos cubiertos de nieve se sumian los hombres y los animales; los ventisqueros cegaban los pasos y arrastraban las hileras, y las avalanchas sepultaban las compañías; pero todo se venció por la inteligencia del jefe y el heroismo del soldado, y por fin, el 8 de Diciembre, el ejército llegó á Riva-di-Como, extendiéndose por el Engadino, y enlazándose con la division que sobre este punto habia tomado posiciones para proteger y cubrir la marcha.

Los dos ejemplos que acabamos de presentar bastan para que se comprenda lo difícil que es el paso de una línea de montañas en la que se lucha con la Naturaleza; pero todavía hay otros pasos más difíciles, más frecuentes y más dentro del arte, y son aquellos en que la cordillera no es tan agria y el enemigo la ocupa ó se teme que la ocupe. Vamos á explicarlos.

Cuando la cordillera está desguarnecida, se reconocen rápidamente los principales desfiladeros, estableciéndose las primeras tropas protegidas por los accidentes del terreno ó por obras que enfilen los caminos y que aseguren la posesion de los puntos tácticos de interes, los cuales no se deben abandonar áun despues de haber pasado, porque nada garantiza tanto el éxito de una campaña como el ser dueño de las líneas de obstáculos que cortan el teatro de operaciones. En esta clase de maniobras, la inteligencia consiste en saber distinguir bien cuáles son los puntos de verdadera importancia, sin que por eso se desprecie la más insignificante vereda de pastores, porque por ella puede pasar un ejército, si está bien mandado, y flanquear todas las posiciones de su enemigo. Las cumbres que enfilen directamente los

valles, y los desfiladeros que corten en el sentido de su latitud la cordillera, serán tanto más importantes cuanto más sirvan de union á las líneas estratégicas que enlacen los puntos capitales de las llanuras del uno y del otro lado de las montañas, y por eso mismo las sendas y trochas que en el sentido de la longitud de las cordilleras unan los valles y los desfiladeros entre sí, deben ser ocupadas en sus extremos y recorridas con frecuencia por columnas volantes, estableciéndose así el flanqueo general de todos los pasos, y facilitándose los movimientos envolventes. Es un error funesto creer que el dominio de las cumbres altas asegura el dominio de la cordillera; ni las tres armas pueden jugar en ellas con ventaja, ni sus fuegos, por lo demasiado fijantes, sirven en la defensiva; así es que sólo el que posee los valles y las faldas que los dominan suavemente es el verdadero señor de las cumbres, porque allí se enlazan todos los caminos, porque allí están todos los elementos de vida del país, y porque para subir á las montañas es preciso pasar ántes por esos puntos.

Ya dueño el ejército de la sierra, si tiene la ofensiva, baja al llano y combate, conservando siempre la ocupacion de los pasos; y si está á la defensiva, se limita á oponerse á la marcha del enemigo, cosa bien fácil si cuenta con buenas tropas ligeras y con fieles partidarios, y si el espíritu de los pueblos de la montaña es favorable á la causa que se defiende: pero de todos modos se está muy expuesto á ser víctima de los ardides del enemigo, que, si es astuto, miéntras se le espera por delante aparece por retaguardia, despues de haber rodeado las alturas ó de haberlas pasado por un punto cuya ocupacion se descuidó por creerla de poco interes ó por no estar bien reconocido el terreno. Para evitar eso tiene que ser recorrida la cordillera sin cesar, de un extremo á otro, por columnas volantes que la reconozcan minuciosamente, y hay que organizar el servicio de confidencias y espionaje con más esmero y cuidado que en la guerra de llanuras; porque combatir en un país de montaña, sin un profundo conocimiento de él y de las fuerzas y maniobras del enemigo, es sostener un duelo con los ojos vendados. Los romanos y los franceses de nues-

tro tiempo, como todos los ejércitos envanecidos, han descuidado mucho el espionaje y los reconocimientos; así es que se les ha visto caer en emboscadas de muerte, sufrir derrotas como nadie las ha sufrido, y ser aniquilados en medio de sus victorias por un rayo que caia sobre su cabeza sin que se supiera de qué nube descendia.

En el primer caso que hemos presentado, esto es, cuando está ocupada la cordillera por fuerzas contrarias, se maniobra de modo que se atraiga al llano al enemigo, ya irritando al país con vejaciones que obliguen al ejército á volar en socorro suyo, ya fingiendo un cambio de líneas estratégicas por las que se lleve la guerra á otras comarcas, á donde forzosamente tenga que acudir el defensor. Si de ningun modo se consigue desencastillar á éste, se amenazan los caminos de la montaña procurando atraer las fuerzas enemigas á sitios por donde no se intenta pasar, entre tanto que una parte del ejército, por una rápida marcha oculta, se apodera de algun punto que quede desguarnecido, asegurándose en él para servir luégo de apoyo al paso de las demas tropas. Estos ataques falsos han de ser conducidos de manera que se puedan convertir en reales si conviniese, ó si fuera débil la resistencia que se hallase en aquellos puntos; pero si no hubiera otro remedio que verificar el paso á viva fuerza, se escoge el desfiladero más fácil y ménos defendido, y se lanzan por derecha é izquierda contra las alturas que le dominan numerosas tropas ligeras en grupos ó pelotones, que procuren desalojar de allí las guerrillas del enemigo, inquietando al mismo tiempo las fuerzas que ocupan el desfiladero. A la menor ventaja que se consigue, se refuerza el ataque con nuevas líneas de cazadores, que se apoderan de los puntos dominantes; y cuando ya se ha logrado coronar el desfiladero y barrerle á cañonazos, si fuera posible, se lanzan por él las columnas de carga, flanqueadas por esas tropas ligeras de las alturas, á las que se refuerza á menudo para sostener su espíritu, porque en ellas consiste que se realice el paso. Estas columnas marchan unas en pos de otras, pero á tanta distancia, que no sea fácil que por el desórden de la primera, si es

rechazada, se desordenen todas las otras. Entre tanto que atacan el desfiladero, el material y las reservas se mantienen en posicion ante la entrada para proteger la reorganizacion de las columnas si fueran batidas, y si, por el contrario, el ataque es feliz, despues que las primeras tropas hayan desembocado y tomado posicion á vanguardia, pasan todas las reservas y los trenes.

Siempre que el terreno lo permita, toda esta operacion debe ser protegida de flanco por un cuerpo ó brigada ligera, que verifique su paso por otro camino, aunque sea muy difícil, y que procure llevar á cabo un movimiento envolvente contra el enemigo, miéntras que el grueso de la fuerza ataca el paso.

En estas acciones juega poco la caballería; pero por la misma razon no se debe despreciar su auxilio, y aunque se sacrifiquen algunos jinetes, es preciso comprometer secciones de tiradores en el combate de las alturas y áun en el mismo desfiladero, si fuera bastante ancho y no muy largo, á fin de que sea protegido el despliegue de las últimas columnas despues que hayan pasado las primeras. La artillería de montaña representa desde luégo un papel muy importante; pero de la gruesa sólo deben empeñarse algunas piezas muy contadas, para barrer el desfiladero y proteger el despliegue al otro lado. De todos modos, la maniobra debe ser muy lenta y prudente, y no se ha de dar un paso sin haberse asegurado en el anterior, ni comprometer ninguna fuerza sin que la vanguardia esté ya firme en el puesto, ni marchar con el material y las reservas hasta que se domine la cabeza del desfiladero.

Todo esto, sin embargo, es teórico en demasía, porque es preciso que sea muy despreciable un ejército para que presente tan débil resistencia en una línea de montañas, y lo que generalmente sucede es que se necesita una serie de operaciones, que dura varios dias y áun meses, para ir dominando uno á uno los puntos tácticos de la cordillera; pero en pequeño, cada paso se verifica de la manera que acabamos de explicar, porque por difíciles y escasos que sean los caminos, siempre se encuentra ocasion de maniobrar de modo que alguno quede desguarnecido el tiempo suficiente para que una columna se apodere de él.

El paso de un desfiladero en retirada ofrece en teoría pocas dificultades; pero en la práctica, si la moral está perdida y los cuadros desorganizados, puede ser la muerte de un ejército, porque con el afan de salvarse pronto, acuden en monton los cuerpos, las armas, el material y los equipajes, y los caminos se obstruyen, el desórden aumenta por momentos, y el ejército se estrella, hecho pedazos, contra aquella línea que debiera ser su apoyo y su refugio. Cuando esto no sucede y el general conserva fuerza de mando, la cordillera es un gran obstáculo que se interpone entre el vencedor y el vencido; entónces el paso se reduce á cubrir el desfiladero con todas las tropas en disposicion defensiva, miéntras que ordenadamente se pone en salvo, primero el material, y luégo las columnas que más hayan sufrido, unas en pos de otras, sin apresurarse, y dejando siempre guardados los pasos por buenas retaguardias que sostengan hasta el último momento el empuje del enemigo. Para evitar los males que en estos difíciles movimientos suelen ocurrir, es preciso que todo ejército que pase victorioso una cordillera no la deje luégo abandonada; se debe tener presente que el general y el soldado que son buenos en la guerra de montaña tienen que serlo tambien en la de llanuras, porque por más que muchos militares poco pensadores crean que esto exige ménos talento y ménos pericia, siendo las reglas las mismas, pero su aplicacion mucho más difícil, el guerrillero, en el sentido demasiado extenso que se ha querido dar á esta palabra, vale tanto como el general; sirva esto de defensa para nosotros los españoles, que hemos vencido en las llanuras del Po y en las del Guadiana á los mismos soldados que ahora dicen que no servimos para la guerra de los llanos y sólo valemos algo en los vericuetos de Covadonga, ó de Roncesvalles, ó del Bruch.

Rios. Como el paso de las cordilleras, el de un rio sólo debe resolverse por la fuerza en el caso extremo de que nada se pudiera conseguir por astucia. Pero de un modo ó de otro se necesita un conocimiento exacto y minucioso del rio y de sus orillas; del caudal, anchura y velocidad de su corriente; flujo y reflujo,

si le hubiera; avenidas posibles; vados, puentes, barcos y balsas; curvas de la direccion; escarpado de las márgenes; posiciones de batalla del uno y del otro lado; caseríos, aldeas, veredas y caminos de las inmediaciones; medios que el país puede ofrecer para el paso, como maderas, cajones, carros, pellejos y cuerdas; situacion fija del enemigo; recursos con que cuenta para oponerse, y, en una palabra, todo lo que tenga relacion con el ataque y defensa del paso y de los puentes fijos ó militares, con las direcciones estrategicas que despues de la operacion se han de seguir, y con los campos naturales de batalla en los que probablemente se ha de pelear luégo.

Todas las maniobras preliminares tienen por objeto hacer que el enemigo descubra aquellos puntos por donde se intenta pasar; para eso, es preciso amenazarle en cien partes, y entretener las fuerzas contrarias por el tiempo necesario para que un cuerpo escogido, valiéndose de ocultos rodeos y de rápidas marchas, consiga pasar á la orilla opuesta por un vado ó por un puente desguarnecido, y se atrinchere allí para esperar que acuda el ejército y proteger el establecimiento de nuevos puentes.

Cuando no hay otro remedio que hacer uso de la fuerza, es preciso que las orillas cumplan las condiciones tácticas que el juego de las armas exige, particularmente para la artillería, que representa en estas operaciones un papel importantísimo; para que exista cruzado de fuegos, para que sea fácil el establecimiento de baterías, y para que la metralla pueda barrer el campo enemigo, se necesita que la orilla propia domine á la contraria, que el rio no pase de 500 varas de latitud y que su direccion forme una curva entrante en nuestro campo, ó por lo ménos una línea recta, pero nunca una curva saliente. Si nada de esto sucede, el paso es casi imposible, porque, dueño el enemigo de fuegos que nunca podríamos apagar, y que los cruzaria sobre nuestro puente, nuestros pontoneros, faltos de proteccion, no conseguirian terminar su obra, ni las columnas pasar á pecho descubierto, sin la defensa de sus piezas y sufriendo todos los tiros del enemigo desde la mitad del puente en adelante; pero aunque tal acto de arrojo se llevase á

cabo, al desembocar en la orilla opuesta, por la disposicion de los lados del ángulo entrante, las tropas serian atacadas de flanco, y segun fueran saliendo, envueltas y rotas. Para evitar eso, es preciso pasar los rios muy anchos por sitios donde haya islotas, en las que puedan establecerse baterías y formarse las tropas en posicion, dividiéndose así el paso en dos ó tres enlazados; de todos modos, esta maniobra hecha bajo el fuego de cañon, es siempre una de las más arriesgadas que hay en la guerra, y sólo un ejército que cuente con gran superioridad moral ó material sobre el enemigo, puede atreverse á llevarla á cabo. Miéntras esto no sucede, conviene tener constancia, no precipitarse, aguardar las ocasiones, y no cansarse de hacer maniobras preliminares, porque no hay ejército que pueda por muchos dias sostenerse detras de un rio, y tarde ó temprano, por la falta de vigilancia ó por una imprudencia cualquiera, se consigue sorprender un punto y hacer á costa de poca sangre una operacion que á fuego y bayoneta es muy costosa y puede comprometer todo el éxito de una campaña.

Una de las cosas más interesantes, ya se verifique el paso por la astucia ó la fuerza, es tener préviamente trazado el plan estratégico y táctico que se debe adoptar así que se ocupe la orilla enemiga; porque una vez en ella no hay tiempo que perder, ni se puede titubear en las direcciones que se deben seguir ó en los órdenes en que se ha de pelear, y para eso es preciso tener un conocimento exacto del terreno de la orilla opuesta y de las avenidas á la posicion. Segun sean éstas, así marcha á vanguardia la caballería ó la infantería, y así se compromete desde luégo un combate ofensivo ó defensivo; pero de cualquier modo, nada serio debe hacerse hasta que todo el ejército haya pasado. En general, ya puesto el pié en la orilla, el paso no puede malograrse, porque empieza el desaliento del enemigo y apénas opone ya resistencia; sin embargo, hay que tener en cuenta que pelear con un rio á las espaldas, por más que en él se posean puentes, es muy peligroso. Para evitar cualquiera desgracia, ántes de emprender ninguna operacion decisiva, se debe el ejército afirmar bien en

su puesto, erigiendo buenas cabezas de puente que aseguren el dominio de ambas orillas, apoyándose en algun nuevo punto ó plaza del nuevo teatro de operaciones, ó verificando un cambio de base y una conversion estratégica á fin de que el rio quede protegiendo uno de los flancos y no la retaguardia. Nada acredita tanto á un general como el saber desarrollar una série de operaciones por ambas orillas de un rio que corta en el sentido de la longitud el teatro de la guerra.

Explicado el ataque, poco tenemos que decir de la defensa, puesto que los medios son los mismos, sólo que se aplican de un modo inverso. La vigilancia debe extenderse por todos los puntos, pero la resistencia ha de concentrarse en uno solo, porque en esto, como en todo, repartir la accion por una dilatada línea, es no tener accion en ninguna parte; por consiguiente, el ejército que defiende el paso de un rio ha de hallarse reunido en una posicion central, y en aptitud de acudir donde convenga, y sólo ha de tener enfrente de los pasos pequeños destacamentos cuyo deber sea, más que combatir, vigilar. Todos estos puestos estarán en constante comunicacion por medio de partidas y pequeñas columnas volantes que recorran sin cesar la línea para evitar que alguna columna ligera destacada del enemigo pase por algun punto desconocido; hay que tener presente que lo primero que procura el que ataca, es destacar alguna corta fuerza que sorprenda un paso y que se afirme en la orilla enemiga para proteger así el establecimiento de todo el ejército.

La estrategia dictará qué puentes se deben cortar y qué vados inutilizar con abrojos militares, y cuáles los que hay que defender; de todos modos, siempre conviene que los objetos que facilitan el paso estén en la orilla que se posee, y para eso se embargan todos los barcos y botes del rio, y se construyen los puentes de manera que puedan conversar á la orilla.

Empeñado ya el combate, la artillería debe jugar primero contra los puentes, retardando todo lo posible su establecimiento, y luégo contra las columnas de carga; cuando ya el paso es inevitable, no por eso debe desalentarse el defensor, sino que ha de

sostenerse en batalla todo el tiempo posible, procurando tomar de flanco á las tropas atacantes segun verifican su paso, y cortar los primeros batallones, porque tiene en su abono para ello las mil dificultades con que se lucha para desplegar al salir á la orilla, el conocimiento exacto que se tiene del terreno, las obras que en él se han podido levantar, y sobre todo, la crítica situacion de un enemigo que pelea con un rio á retaguardia y que no tiene otra retirada que sus estrechos y pocos seguros puentes.

No se puede negar que si es empresa difícil pasar un rio á vanguardia y bajo el cañon, pasarlo en retirada y perseguido es mucho más difícil todavía; por esto el que defiende la línea de un rio ha de disponerse de modo que obligue al enemigo á dos combates: primero, uno para el paso, y luégo una batalla campal en la orilla propia.

En todas estas operaciones son de grande interes los ardides y las falsas maniobras, tanto para el que ataca como para el que defiende; y para eso, más que los preceptos y reglas fijas del arte, ilustran los ejemplos históricos. No cesarémos de aconsejar á nuestros lectores que los aprovechen, en el estudio, haciendo aplicaciones de la didáctica á los hechos.

Gustavo Adolfo, para pasar el Lech, rompió con 70 piezas un espantoso fuego sobre el ejército del conde de Tilly, quien reconcentró todas sus fuerzas sobre el punto amenazado; miéntras este falso ataque tenía lugar, un cuerpo sueco salvaba el rio por otra parte y establecia con toda calma los puentes por donde luégo pasó todo el ejército.

Cárlos XII, en el Don, aprovechó un dia que soplaba un viento fuerte del lado de los rusos; hizo cargar una porcion de lanchones de paja húmeda y la prendió fuego, y oculto por la negra nube del humo, estableció sus puentes, y pasó y desplegó en batalla, casi sin resistencia, porque cegado el enemigo por la humareda, apénas sabía donde disparaba. Estos rasgos de ingenio y otros mil que pudiéramos citar, ya propios de la gran guerra, ya más adecuados á la guerra de partidas, deben ser conocidos por todos los militares; porque con tales ejemplos se despierta

la sed de gloria, se estimula el talento y se hacen aplicaciones nuevas cuando llega la ocasion. ¿Quién, al contemplar en las heladas márgenes del turbio Beresina aquel ejército, ántes terror de Europa, ya débil y postrado, luchar con los elementos y con los hombres, y como el jabalí herido, más terrible en el estertor de su agonía que en su pujanza, abrirse paso á través de témpanos de hielo y de gruesos batallones, no siente en su alma algo de grande que le haga saludar con respeto al ángel caido? ¿Quién, al ver en el Garellano el leon de Castilla salvar de repente, en noche tempestuosa, el obstáculo que le separa de su enemigo, romper su ejército en cien pedazos y abatir los muros de Gaeta como desplomados por un terremoto, no siente orgullo de llevar el nombre español? El entusiasmo es la única fuerza militar; él engendra el talento en el jefe y el valor en el soldado, y él solo puede inspirarse con el estudio de estos grandes héroes y de estos grandes hechos de las naciones; que lo comprendan así nuestros jóvenes oficiales, y arrojen de una vez para siempre esas novelas que sólo inspiran sensualidad y codicia, y que no dicen nada al espíritu generoso del hombre, ni á los elevados sentimientos de la gloria y de la patria.

III.

Persecuciones y retiradas.

No está en las batallas la victoria, sino en las persecuciones, porque el arte de la guerra no consiste en vencer en el campo, sino en sacar partido de los resultados adquiridos allí, eslabonando los triunfos en una serie progresiva que empiece por una pequeña ventaja y acabe por el aniquilamiento y muerte del contrario. Napoleon y Gonzalo de Córdova, capitanes que marcan dos períodos distintos en el arte militar, no han debido tanto su gloria á las batallas campales como á las marchas audaces y

prontas con que sabian acosar á su enemigo en cuanto lograban sobre él una pequeña ventaja, obligándole en pocos dias á evacuar toda una nacion y á pedir un armisticio. Pero á pesar de este ardor en las persecuciones, nunca estos ilustres capitanes cometian esas imprudencias, hijas de la excesiva confianza en su fuerza y del menosprecio á la enemiga, tan frecuentes en todo ejército vencedor, y que tan tristes resultados han producido muchas veces, malogrando la más completa victoria y haciendo estéril una magnífica campaña; al contrario, uniendo la rapidez al órden, hacian de momento en momento más imposible la reaccion del enemigo, y nunca creian que habian hecho algo miéntras quedase algo por hacer. Este espíritu es el que debe animar á un ejército en las persecuciones, y ésta es la única regla fija que sobre ellas puede darse, porque todo lo demas varía á cada paso por las razones políticas y militares, hijas de las circunstancias; sin embargo, darémos algunos preceptos que no se deben de ninguna manera considerar como absolutos é infalibles, sino que se han de discutir ántes de ponerlos en práctica, cuando llegue el caso.

Podemos considerar las persecuciones divididas en dos clases : *estratégicas* y *tácticas;* aquéllas tienen lugar cuando se ha conseguido una inmensa ventaja en el campo, ó cuando por cualquiera otra razon es muy grande la superioridad que se tiene sobre el enemigo. Entónces basta un cuerpo ligero, organizado sobre la base de caballería y artillería, para acabar la derrota ó seguir la marcha desordenada del vencido, miéntras el grueso del ejército se apresura á ocupar el cánevas estratégico del país, apoderándose de sus líneas defensivas, ó variando la de operaciones de modo que pierdan su influencia militar aquellos puntos que el enemigo contaba como de refugio. Fácilmente se comprende que en esto se encierra todo el plan de campaña que despues de una victoria, y segun ésta sea, ha de llevarse á cabo; por consiguiente, nada podemos añadir que no esté ya dicho en otras partes de esta obra; sólo debemos recomendar que, cualquiera que sea este plan de campaña, se comience desde luégo en el

mismo momento de la batalla, y se prosiga con actividad, porque no hay nada peor en guerra que dormirse sobre laureles y cruzarse de brazos despues de una victoria.

Las persecuciones *tácticas* son aquellas en que se sigue la huella del enemigo, y se le procura aniquilar, no tanto por los movimientos estratégicos como por la fuerza de las armas. Generalmente, toda persecucion empieza por ser táctica, y cuando ya se ha conseguido desmoralizar y abatir al perseguido, se convierte en estratégica, haciendo que un solo cuerpo siga la marcha sobre la huella del contrario, miéntras que el grueso del ejército se revuelve contra las plazas ó puntos capitales del teatro de operaciones, procurando aconchar al enemigo contra un obstáculo insuperable, como el mar, ó una frontera neutral, ó una cordillera ocupada; pero ántes de que llegue este caso tiene lugar el período táctico de la persecucion, que se verifica del modo siguiente.

Al concluirse la batalla, y cuando llega ya el momento de que el vencido principia su retirada, se arroja sobre él la caballería ligera, sostenida por alguna de línea y por artillería, para acabar á cañonazos la dispersion y evitar que los cuadros se reorganicen. Si el desórden fuera grande y quedase todavía mucha tarde de que disponer, se activa la persecucion todo lo posible, destacando fuerzas sobre fuerzas para reconocer la marcha de los fugitivos, acosarlos y cortarlos, y completar su derrota; pero si la noche se echase encima, ó el enemigo se hallase muy entero, es preciso proceder con más prudencia, porque nada es tan temible como una reaccion inesperada y pronta cuando el ataque se lleva en desórden. De todos modos debe ponerse en movimiento todo el ejército, compacto y amasado, y dispuesto á detenerse en posicion de batalla si se revuelve contra él el perseguido; y la parte activa de la persecucion se encomienda solamente á una fuerte vanguardia, organizada segun la naturaleza y calidad de la retaguardia enemiga, y á una columna ligera de flanco que procure adelantarse á los pasos de interes, cortar las columnas y molestarlas sin cesar con amenazas y correrías de guerrillas audaces. Para que estos ataques tengan buen éxito, es preciso que

todo el ejército pueda sostenerlos, si llega el caso, evitando siempre lanzarse al saqueo de los equipajes abandonados, desordenarse hasta el punto de caer en emboscadas, ó alejarse demasiado del grueso de las fuerzas. Sólo de este modo se puede inspirar verdadero terror al enemigo y obligarle á evacuar las posiciones de una en otra y á que precipite la marcha, perdiendo en ella el material y la organizacion, ó á que la detenga y arrostre una desventajosa batalla en un campo no defendido ni estudiado.

Cuando una persecucion se lleva con este órden y vigor, cuando el enemigo ve que se está siempre dispuesto á una reaccion suya, que se le inquieta sin cesar por los flancos, que en ningun punto puede detenerse sin que se le eche encima toda la masa del ejército, y que durante su marcha no da un paso sin que las guerrillas le acosen, es imposible que no acabe por desmoralizarse y sucumbir, porque no hay operacion más difícil que una retirada, por más que la gloria que un general puede conseguir en ella sea poco apreciada por el vulgo.

Lo más difícil y lo más interesante en estas operaciones es sostener la moral del ejército. Para celar la discipina, para infundir esperanzas al soldado de prontas y nuevas victorias, y de dias más felices, y para inspirarle sed de venganza y vergüenza por la derrota, todos los medios serán pocos; hay que desplegar gran fuerza de carácter, mucho tacto político; no mimar entónces á la tropa, pero tampoco exasperarla; dar ejemplo de abnegacion; hacer que los oficiales sean los primeros en las fatigas y privaciones; mostrar confianza en el porvenir, y si algun cuerpo ó algun jefe son los que tienen la culpa del estado en que se halla el ejército, ser inexorables con ellos. Sólo por estos medios podrá conseguirse que la moral no se pierda, y hasta que sea fácil una reaccion ofensiva y pronta contra el perseguidor.

En la eleccion de momento para emprender la retirada está la vida ó la muerte de un ejército; de romper la marcha un cuarto de hora ántes ó despues, depende que la derrota sea completa, ó que la victoria que, habiendo persistido en el combate, se hubiera conseguido, se malogre. Es cierto que á la tenacidad en

las batallas debió su victoria Napoleon; pero por esa tenacidad tambien sufrió derrotas absolutas, completas, como nadie las ha sufrido, porque cuando ya se decidia á retirarse era imposible la retirada.

No nos debemos ocupar de las completas derrotas; todo lo que en ellas puede hacerse es morir con honra, y el primero el general en jefe, porque si por el solo hecho de ser vencido, no tiene un general que avengonzarse, por ser su ejército deshecho y roto y aniquilado y pasado á cuchillo, sin que queden cuadros en pié, ni fuerzas organizadas, ni material disponible, ni nada para proseguir la guerra, tiene una gran responsabilidad ante su pueblo, ante la historia y ante su conciencia, responsabilidad que sólo una muerte honrosa puede salvar: vamos, por consiguiente, á ocuparnos sólo de las retiradas en órden.

Puede ser la retirada efecto de una batalla perdida, ó puede ser dictada por la necesidad de abandonar posiciones que queden comprometidas á consecuencia de movimientos estratégicos envolventes del enemigo; porque las marchas á retaguardia que se hacen para concentrar fuerzas, sin que haya desventaja alguna ni en posicion ni en armas con respecto al enemigo, no pueden llamarse retiradas, siendo su objeto, más que el de retirarse, el de hacer alguna modificacion en el plan de campaña.

Señalado el momento, y sostenida y cubierta la maniobra por una demostracion ofensiva, en la que se empeñan las mejores tropas, se hace pasar á retaguardia el material, los hospitales, la impedimenta y las columnas que más hayan sufrido. Entre tanto el combate se sostiene por las mejores reservas, jugando mucho en él los fuegos de artillería y las cargas, no muy á fondo, pero muy frecuentes, de caballería. Así, lentamente, retrocediendo de posicion en posicion, desfila todo el ejército al abrigo de una fuerte retaguardia organizada de modo que pueda contener al enemigo, pero sin comprometerse con él en batalla formal, porque su objeto no es vencer, sino ganar tiempo. Cuantos ardides y estratagemas se ocurran, y cuantos obstáculos se puedan oponer á la marcha del vencedor, deben emplearse; los puentes

se cortarán despues de haberlos pasado, los desfiladeros se defenderán hasta el último momento, y siempre que se pueda se establecerán emboscadas donde se haga caer alguna parte de la vanguardia enemiga, para obligar así á todo el ejército á detenerse. Las mismas alarmas se darán por los flancos, valiéndose para ello de pequeños grupos de tropas ligeras, que cuando consiguen su objeto, que es detener y hacer titubear al enemigo, retroceden á toda prisa para incorporarse. Algunas veces conviene abandonar al saqueo algunos equipajes, para conseguir por este medio que se desordene la persecucion; otras, la retaguardia hace alto y vuelve caras como si intentase desplegar y combatir, y miéntras el enemigo se detiene y reconoce la posicion, el ejército continúa ganando tiempo y espacio. De este modo, y valiéndose de cuantos ardides sugiera la imaginacion, podrá llegarse á sitio donde ya convenga dar la batalla, ó á un punto de refugio ó línea de defensa que ya no pueda el enemigo fácilmente atacar; pero si no fuera esto posible, y no hubiera otro remedio que aceptar el combate, no se debe titubear para ello, y aunque la posicion no sea ventajosa ni el despliegue exacto al órden, lo más esencial es que sea pronta y violenta la reaccion, y que se sorprenda al enemigo con rasgos de audacia, con ataques á la bayoneta y con cargas que le aturdan y le desconcierten, y que agiten el espíritu, y revelen al soldado que todavía existe vida militar, y le despierten de su abatimiento. Todo esto es de tanto más efecto cuanto más inesperado; y si por una hábil marcha doble ó por un movimiento lateral se consigue que el enemigo pierda por algunas horas la huella del grueso del ejército, y se llega á una posicion estudiada de antemano y defendida por la Naturaleza ó por el arte, cerrando así la marcha al perseguidor, entónces la batalla está indicada, porque el enemigo, si no vence, puede perder en ella todo lo ganado, y si vence, no consigue otra cosa que proseguir su persecucion.

Pocas veces conviene fraccionar el ejército, haciendo que cada cuerpo se retire por distinto camino, porque casi siempre es una garantía de fuerza el estar unidos en una sola masa; pero si la

derrota hubiera sido muy grande, y se contase, sin embargo, con el espíritu de los pueblos, y la guerra fuera nacional y obstinada, no hay inconveniente en dividir el ejército en várias fracciones que se dirijan por caminos divergentes á un punto lejano de reunion ó á fomentar un levantamiento en masa del país, como sucedió despues de la batalla de Tudela. Esto, sin embargo, no puede sentarse como regla; sólo cuando sea imposible afrontar la lucha, es cuando debe disolverse, por decirlo así, un ejército, para que, si no puede salvarse todo él, al ménos se salven sus cuadros, haciendo que el enemigo dude en la direccion que ha de seguir; si en cualquiera otro caso se fraccionase un ejército vencido, con la ilusoria esperanza de que por hacer lo mismo el enemigo se le podria batir en detall, se cometeria una grave imprudencia que tendria por castigo la pérdida del país.

Dejamos en todo esto ancho campo á las consideraciones del lector, sin prescribir ninguna regla fija; y puesto que hasta ahora hemos hablado de las marchas, y en ellas nos hemos visto obligados á pelear, vamos á estudiar analíticamente los combates, en todos sus accidentes y peripecias, segun las posiciones y las armas.

CAPITULO II.

POSICIONES Y COMBATES.

I.

Accidentes de las posiciones, ataque y defensa de cada uno.

Una posicion, para ser buena, debe reunir muchas y muy variadas condiciones políticas y militares, y satisfacer en salubridad y riqueza las necesidades del ejército, segun por el tiempo que ha de permanecer en ella y el fin táctico, estratégico ó político de la ocupacion. Si cómodamente pueden las tropas alimentarse y subsistir en aquel campo; si la posicion presenta obstáculos naturales ó artificiales á la marcha del enemigo; si ofrece buenas salidas ofensivas y seguros caminos de retirada; si apoya sus flancos de modo que no sea posible envolverla; si tiene interiores comunicaciones y espacio libre para que los cuerpos circulen sin extenderse demasiado ni amontonarse; si desde ella se descubren á tiro todas las avenidas, áun las más pequeñas; si posee dominaciones á la campaña; si su terreno favorece el juego de todas las armas, ya solas ó en combinacion; si los puntos estratégicos del país quedan cubiertos por ella; y si, por último, sirve con preferencia, segun el caso, para la ofensiva ó la defensiva, para dar, recibir ó evitar la batalla, ó para descanso en las operaciones si conviene permanecer allí algun tiempo, la posicion es

buena. Pero aunque nada de esto reuna, tales pueden ser las exigencias del plan de campaña, que nos veamos precisados á ocupar una posicion muy mala considerada en sí misma, siempre que sea buena respecto á la situacion de los demas puntos militares del país, y de las fuerzas del enemigo. En este caso, es preciso suplir por el arte lo que falte por la Naturaleza, levantando las obras necesarias, abatiendo los obstáculos que favorezcan la marcha del enemigo, perfeccionando los caminos de retirada, abriendo salidas al frente, fortificando los flancos y haciendo en cada uno de los accidentes de la posicion las modificaciones que el juego de las armas exija. Para tener de todo esto un conocimiento exacto, vamos á estudiar la influencia que ejerce en el combate cada uno de estos accidentes.

Bosques. Los bosques son de fácil defensa, porque aseguran á la infantería sus fuegos, impidiendo los del enemigo y el uso de la caballería. Si están cruzados por buenos caminos y ofrecen en su interior, como es muy probable, una espaciosa glorieta que sirva como de plaza de armas, y en su perímetro exterior arroyos y zanjas á manera de foso, y salientes que se protejan recíprocamente con fuegos cruzados, dan á la posicion una gran fuerza defensiva.

Un bosque espeso se sostiene fácilmente, pero obliga á fraccionar demasiado las guerrillas, y esto puede dar lugar á que las comunicaciones sean cortadas y á que en las maniobras haya confusion; de todos modos, el órden propio para combatir en un bosque, ya así para el que ataca, como para el que defiende, no es el de guerrillas claras, sino el de grupos ó pelotones, y áun el de pequeñas columnitas de compañía.

Las talas tienen aquí una grande importancia, por lo fácil que es establecerlas en el perímetro y áun en el interior, formando como segundos recintos, de manera que no se interrumpan las comunicaciones; para ello, ni siquiera es necesario cortar los árboles, sino simplemente troncharlos. Al abrigo de las talas y cubriendo los caminos, se establece la artillería cruzando sus fuegos sobre los salientes, y en disposicion de poderse trasladar

fácilmente á otros puntos; en cuanto á la caballería, como tiene poco juego en estas posiciones, se queda en sitio seguro á retaguardia, y sólo alguna corta fuerza se oculta detras de los salientes, próxima á las avenidas, para desde allí tomar de flanco á las tropas atacantes, ó hacer una contra-maniobra envolvente, si el enemigo la intentase. La infantería, que representa aquí el principal papel, debe desplegar una línea de grupos en las zanjas ó arroyos exteriores, si es que los hay, y otra segunda detras de los primeros árboles del recinto, algo más espesa en los salientes que en los entrantes para nutrir el cruzado de fuegos. Las reservas parciales se colocan próximas á esta segunda línea, y en los puntos donde haya nudos de veredas ó trochas, y la general, en las grandes glorietas donde se crucen los principales caminos. Ninguna de estas fuerzas debe estar abandonada á sí misma, porque sería muy fácil desorientarse, y es preciso, para evitarlo, que todos los grupos ó pelotones obedezcan á un jefe que guarde con los demas la posible comunicacion, y que la línea, si se puede, sea recorrida incesantemente por oficiales de Estado Mayor, que marquen en caso de movimiento las direcciones á los grupos ó columnitas principales del órden, así en el centro como en las alas, y con más cuidado si las veredas forman curvas de laberinto.

El ataque á un bosque debe ser envolvente siempre que se puedan cortar los caminos de retirada del defensor; para esto es preciso, á toda costa, conocer la estructura del bosque y la disposicion defensiva de las fuerzas, y tratar de descubrir, con el mucho juego de tiradores, las baterías ocultas que indudablemente debe haber. En segunda línea de estos grupos de tiradores, despues que las baterías enemigas estén apagadas, se adelantan várias columnas de compañía, sostenidas por fuertes reservas, salvan á la carrera el espacio descubierto que hay hasta el primer recinto, ocupan los salientes, y allí se reorganizan para proseguir batiendo el bosque ó para oponerse á una reaccion ofensiva del defensor.

Este ataque y defensa tiene que estar en relacion con las demas

maniobras que se realicen sobre todo el frente de la batalla, porque el bosque debe estar ligado á las demas partes del órden; por lo tanto, segun se halle á vanguardia ó retaguardia, á los flancos ó en el centro, así serán distintas sus condiciones, y otro el modo de atacarle ó defenderle. Si, por ejemplo, se halla á retaguardia de la posicion, es preciso que sea cruzado por anchos caminos que aseguren la retirada; si á vanguardia, hay que ocuparlo ó trasladar más á retaguardia toda la línea de batalla, porque los movimientos del enemigo serian muy ocultos si lograba apoderarse del bosque, y la defensa de la posicion, muy difícil; si á los flancos, debe ser muy extenso, para que no sea fácil envolverle; pero aunque no lo sea, si tiene buenas salidas laterales, han de estar bien guardadas, porque pueden servir para verificar un movimiento en este sentido.

Pantanos. Como posicion fija y que haya de durar algun tiempo no se pueden admitir los pantanos, porque la salud del ejército se perderia; y como posicion de batalla, son tan malos para el ataque como para la defensa, porque hacen que los fuegos sean más cortos y ménos certeros, y la marcha de las tropas muy difícil y peligrosa, particularmente en las retiradas. Sin embargo, como apoyos para los flancos ó como obstáculos al frente contra un enemigo superior, pueden admitirse; pero en el centro de la posicion, nunca, porque cortan las fuerzas y hacen imposible toda maniobra. En cuanto á su ataque y defensa, algo parecido al de un puente, sólo podemos decir que de los dos adversarios aquél será más fuerte que más seco tenga el pié y más firme el suelo que pise, y aquél será vencido que más pronto, por ardor ó por ignorar las veredas, caminos ó calzadas practicables, se arroje con el material y los caballos á donde no pueda salir.

Rios. Los rios son buenos como apoyo para los flancos, con la condicion de que el enemigo no ha de doblarnos sobre ellos por el ala opuesta. Á vanguardia y retaguardia limitan el campo y entorpecen la retirada y el ataque, y en el centro de la posicion son inadmisibles porque dividen al ejército y le rompen en dos pedazos; pero de todos modos, cuando se poseen las dos orillas

y fuertes y numerosos puentes que aseguren el paso, entónces el rio no existe como obstáculo sino para el enemigo; y si obedeciéramos á los preceptistas que nos prohiben pelear con un rio á la espalda ó al flanco, no dariamos nunca ninguna batalla. Recordemos la importancia estratégica de las líneas de agua, y veremos que la guerra gira eternamente en torno de ellas, y que cada uno de los pueblos de las orillas del Ebro ó del Po ó del Danubio ó del Rhin ha presenciado los hechos de armas más importantes que la historia cuenta.

Alturas. Lo primero que se necesita para defender una altura es determinar con exactitud la *cresta militar*, que no es nunca la que da la naturaleza en la cumbre, sino una línea más á vanguardia en algunas alturas, en otras á retaguardia y sobre la meseta, y en la que, mirando desde la falda, no se ve más que una pequeña parte del busto del hombre. Las alturas tienen en los combates una inmensa importancia, porque desde ellas se descubren los movimientos en el campo contrario, los fuegos son de más efecto, las tropas pueden ocultarse fácilmente en las faldas, y el enemigo lucha en el ataque con la fatiga de la pendiente y con los fuegos dominantes, á que no puede casi contestar por lo incierto y difícil que es el tiro elevado. Cuanto más áspera sea la altura, mejor será para la defensiva de infantería, pero peor para el uso de la artillería, porque los fuegos de esta arma deben barrer en toda su extension las faldas y las llanuras, y cruzarse sobre los puntos de los valles por donde se teme el ataque, y para eso es preciso que las pendientes sean suaves, que las baterías puedan establecerse cómodamente en los estribos, y que el tiro no sea demasiado fijante, como sucede en las cumbres muy empinadas. La caballería juega poco en esta clase de operaciones; sólo puede maniobrar en las mesetas, si son grandes y de fácil subida, ó al pié de la altura, oculta en los repliegues de la falda, para oponerse á todo movimiento envolvente y cargar de flanco á las columnas de ataque.

Obedeciendo á estos principios generales, el defensor establece sus guerrillas por toda la pendiente, adelantándolas al valle con

órden de irse replegando despacio á la cresta militar. En esta se establece la primera línea desplegada de modo que pueda formar pronto las columnas de ataque; cuando el enemigo se halla próximo á media pendiente, en cuyo caso ya estará descubierto, se le dispara una descarga cerrada y se le ataca de repente á la bayoneta para precipitarle de la altura. Si esta carga no produce resultado, y el enemigo avanza, la segunda línea, que debe hallarse en la cresta, repite la maniobra, y si tampoco se consigue rechazar al enemigo, y éste consigue poner el pié en la cumbre, la tercera línea, que se halla á cubierto y más á retaguardia, aparece de pronto, y amasada con las dos primeras, carga de nuevo para desalojar de la meseta al agresor, porque un solo paso que éste dé en retirada, es lo bastante para que se vea obligado á bajar en derrota á la llanura. Antes que este juego de la infantería tenga lugar, las baterías de los estribos habrán debilitado á las columnas atacantes, si es que la caballería del pié no ha conseguido cargarlas de flanco al acercarse á la subida. De todos modos, en ningun caso debe la caballería permanecer pasiva; desde luégo se la debe acostumbrar á que maniobre en terrenos algo accidentados, aunque se sacrifiquen algunos caballos, porque esto da al arma una fuerza moral y material grande. En Ploostok, un capitan de escuadron, penetrando en terreno quebrado, deshizo dos regimientos del enemigo que no se atrevian á moverse en el campo.

Este método de las tres líneas en la defensa de alturas es de los ingleses, y por él han conseguido grandes victorias sobre los franceses, que se han obstinado simpre en no seguirlo ni apreciarlo, á pesar del desastre de Waterlóo.

El ataque está indicado en la misma forma que la defensa. Primero, espesas y fuertes guerrillas y caballería que rodee la altura eludiendo los fuegos de la artillería; despues, maniobras de las dos armas combinadas contra las baterías, y por último, pequeñas columnas de poco fondo, ágiles y guerreras, sostenidas por otra segunda y áun tercera línea en tablero, que protejan á mitad de la pendiente la reorganizacion de las fuerzas para pro-

seguir la última parte del movimiento; pero ántes, para evitar el peligro del ataque directo, se necesitan maniobras preliminares, envolviendo la altura y cortando los caminos de retirada, porque esto es lo único que puede hacer flaquear á los defensores.

Los *barrancos*, las *hondonadas* y los *valles* poseen cualidades opuestas á las de las alturas y, por consiguiente, si no son dominados y descubiertos desde la posicion, favorecen los movimientos ocultos del enemigo; pero si se los domina, y el enemigo se ve obligado á pasar por ellos, ofrecen en la defensiva las mismas ventajas que las cumbres.

Poblaciones, *edificios*, *tapias*, *cercas*, etc. De todos estos accidentes se saca un partido inmenso, porque sin dificultar las comunicaciones interiores ni las salidas al exterior, se presentan mil obstáculos para el ataque y grandes recursos para la defensa. Aspillerando las paredes, erigiendo barricadas en las boca-calles, formando así recintos, fortificando como reductos las iglesias y los palacios, y convirtiendo en obras destacadas los caseríos inmediatos, se hace á muy poca costa, y en pocas horas, una plaza fuerte de lo que no es más que un miserable lugarejo.

La toma de un pueblo que forma parte de una línea de batalla es casi siempre una garantía de victoria, porque debemos suponer que el pueblo apoyará uno de los flancos, ó cubrirá las avenidas de la posicion, ó anudará muchas comunicaciones, ó por cualquiera otra razon será un punto táctico de interes, y por otra parte nada levanta tanto la moral de las tropas como las ventajas conseguidas sobre las poblaciones, porque éste es el espíritu de la guerra y el fin único por que se pelea; mas para todo esto es preciso que el pueblo forme parte de la línea general de batalla, y esté ligado con los demas puntos por caminos fáciles y expeditos á retaguardia y flancos, sin que pueda ser nunca circunvalado todo él, porque de otro modo, un pueblo que se destaca léjos de la línea, abandonado á sí mismo, y sin proteccion inmediata de otras tropas que le guarnecen, es más peligroso que útil.

Las más sencillas nociones de fortificacion bastan para que se comprenda en cada caso particular los inconvenientes y las ventajas que ofrece para el ataque y defensa cada pueblo. Si sus edificios son sólidos, lo bastante para resistir la fusilería y áun algunos la artillería; si sus avenidas están desembarazadas para los defensores y ofrecen dificultades para cubrir el ataque; si sus calles hacen fácil la circulacion de las tropas; si su perímetro permite cruzar los fuegos; si en sus afueras hay cercas ó vallados que sea preciso salvar ántes de llegar al pueblo; si ninguna altura que pueda ser del enemigo le domina y, al contrario, es dominado por alturas que se poseen; si algun edificio grande se halla situado de modo que sirva de reducto; si hay materiales con qué levantar pronto barricadas; si los cotos y vallados siguen líneas paralelas al frente y no perpendiculares, para que formen una especie de camino cubierto de la plaza y no un ramal de trinchera de sitio; si de otros puntos del órden de batalla se pueden batir las avenidas del pueblo, y si, por último, sus construcciones no son fáciles de incendiar por el obús enemigo, es indudable que el pueblo es susceptible de una brillante defensa; pero aunque falte alguna de estas condiciones, si con auxilio del arte del ingeniero se puede conseguir, no se debe titubear en hacerlo, aunque sea preciso para ello atacar la propiedad particular.

Ninguna regla fija puede darse para el ataque y defensa, pero en general se sigue la marcha siguiente: El defensor divide su fuerza en tres partes, la primera en avanzadas sobre las afueras del pueblo, la segunda para defender el recinto y la tercera de guarnicion en un reducto, que es indispensable haber elegido y perfeccionado anticipadamente. Todas estas tropas estarán ligadas entre sí por casas fuertes que formen un sistema general de defensa; el mando, aunque los cuerpos procedan de distintas divisiones, debe conferirse á un solo jefe como gobernador.

La primera línea, extendida en guerrillas de grupos y con muchas reservas, ocupa las cercas, las casas destacadas y las avenidas; la segunda, las primeras barricadas y las casas del perímetro, y la artillería ligera á derecha é izquierda cruza sus

fuegos sobre el frente del pueblo; si es posible, aunque se arriesgue algo, deben destinarse algunas piezas á las barricadas y otras al reducto, y si las calles son espaciosas y rectas, puede tambien emplearse alguna caballería en la defensa interior; si no, ambas armas se establecen fuera, en otros puntos del órden de batalla, de manera que protejan por el exterior al pueblo, y que hagan fácil su reconquista, si por desgracia cayese en poder del enemigo. Para eso el pueblo ha de estar abierto por la gola, y sostenido á retaguardia por numerosas fuerzas, pero en su interior no debe haber más que la tropa necesaria, porque amontonar en él los batallones, entorpeciendo la circulacion y las maniobras defensivas, es tan expuesto como dejarle sin la defensa suficiente para cubrir el recinto.

El ataque á los pueblos debe evitarse todo lo posible, primero, por la mucha sangre que cuesta, y segundo, porque aunque se llegue á ocupar la posicion, es muy fácil perderla á causa de que el nuevo frente, que es la gola antigua, no esté dispuesto para la defensa, y sí para la reconquista; por eso, más bien que maniobrar directamente sobre el pueblo, conviene aislarle de los demas puntos del órden, obligando así al enemigo á evacuarle por inútil y peligroso, y por ser el blanco de los fuegos de obús y de cañon. Por desgracia para el atacante pocas veces será esto posible, y no habrá otro remedio que atacar de frente, apagando primero las baterías del defensor, ya estén en el mismo pueblo ó ya en otros puntos de la línea de batalla. En cuanto esto se consigue, se abaten á cañonazos los primeros obstáculos, se obliga, por la superioridad en fuerza numérica, á las guerrillas de primera línea á replegarse al recinto, y se asalta en pequeñas y multiplicadas columnas convergentes á las principales bocacalles. Várias de estas columnas, precedidas de una mitad de obreros, útil en mano, se apoderan de las mejores casas del recinto, y otras penetran por las calles, cuidando de ser flanqueadas por las primeras que de casa en casa, y derribando tabiques, van desalojando al enemigo de todas sus posiciones. La reserva sigue en órden y despacio la marcha, reforzando el ataque de las calles que,

aunque ménos sangriento que el de los edificios, es el principal, y disponiéndose á proteger la retirada si el asalto fuera rechazado, ó adelantándose en persecucion del enemigo, si fuera feliz, prescindiendo para ello del reducto, que ya estará desalojado ó, por lo ménos, muy débilmente defendido.

Hemos examinado uno á uno los accidentes que en toda posicion pueden existir, y ahora debemos presentarlos reunidos y combinados para formar el campo general de batalla.

II.

Posiciones.—Ojeada militar.—Orden de batalla segun el terreno.—Atrincheramiento.

Todas las posiciones tienen propiedades que, malas ó buenas, pueden aprovecharse en daño del enemigo, si se consigue con destreza y maña que estén á favor de nuestro órden los buenos accidentes para el ataque si tenemos la ofensiva, ó para la defensa si somos débiles; pero nunca se debe olvidar, por mucha que sea la influencia del terreno, que el objeto de la guerra no es encastillarse en una posicion inexpugnable y de salidas difíciles; si tal hiciéramos, el enemigo, sin cuidarse de nosotros, y al abrigo de los mismos obstáculos de la posicion, envolveria el ejército, le desbasaria y tomaria sus comunicaciones, ocupando en seguida aquellos puntos estratégicos del país, que dieran por resultado la conquista de todo él. Ademas, la incesante actividad de los ejércitos modernos no permite tampoco deleitarse ocupando excelentes posiciones; unas veces se pasa por ellas sin hacerlas caso, porque una rápida marcha así lo exige; otras, es preciso cubrir puntos estratégicos que no ofrecen delante de sí buenos campos de batalla, y muchas hay que buscar al enemigo donde quiera que se halle, y por el contrario, aceptar la lucha allí donde nos obliguen, ó en tan mala posicion como la fortuna nos haya

deparado, y gracias si hay tiempo disponible para reconocer el terreno.

Esa cualidad que hace que un capitan ilustre vea de repente y analice, más bien por inspiracion que por reflexion, cuáles son las condiciones militares del campo, las defensas del enemigo, su punto vulnerable, el órden de batalla que conviene tomar, las obras que se han de erigir, y la distribucion que conviene dar á las fuerzas y á las armas, es lo que se llama *ojeada militar*, y aunque sea efectivamente una cualidad innata, es indudable que el estudio la perfecciona, si se tiene, y la hace adquirir cuando no se tiene, porque con la constancia y la fuerza de voluntad se consiguen dotes, que con el talento solo, por grande que sea, no se pueden conseguir. Desaix, el que ganó la batalla de Marengo, ya perdida por Napoleon, ha sido uno de los grandes capitanes de Francia; y el mismo Napoleon asegura que nada debia Desaix á la Naturaleza sino al estudio y al trabajo, porque la fuerza de voluntad es la primera, acaso la única fuerza del hombre. Si no, ¿cómo se explica que Radecky, con ochenta y cuatro años; Paskiewich, el que pasó el Balkan á los ochenta y seis; el archiduque Cárlos, jóven, pero enfermizo y débil; nuestro duque de Alba, viejo, de músculos de acero, alma templada como las hojas de Toledo, hayan sido tan ilustres capitanes? Pues bien, si la fuerza de voluntad suple en unos el vigor de la juventud y en otros el vigor de la salud, con mayor razon puede servir para adquirir dotes intelectuales que la Naturaleza ha negado; y por otra parte, el talento y el estudio, en la guerra, vence, por último, al génio, que no es al fin otra cosa que el talento sublimado por la soberbia.

Un estudio constante de la geografía, la estadística y la historia, que son las tres antorchas de la guerra; un análisis detenido de todos los hechos de armas contemporáneos á la vista de buenos planos; un frecuente exámen de sí mismo, proponiéndose mentalmente la solucion de toda clase de problemas militares, figurando, ya con mapas á la vista, ya sobre el terreno, segun se recorra en el paseo ó en el viaje, acciones y batallas; una grande

austeridad en las costumbres, ejercicio, caza, largos paseos á caballo y por descanso la lectura, todo esto desarrolla en la imaginacion ideas nuevas, ensanchando el horizonte de las adquiridas, y crea esa viva ojeada del caudillo; y esto no se consigue sin amor á las armas ni entusiasmo, y sin que se levante ese espíritu guerrero que tan decaido aparece hoy en muchos de nuestros oficiales.

Pues bien, esta ojeada militar es lo primero que se necesita en la gran táctica, porque al llegar al campo de batalla y al apresTarse á la lucha no se puede perder el tiempo en reflexiones filosóficas y en estudios topográficos, sino que en un momento se ha de concebir y ejecutar el plan con decision y presteza, y segun el terreno, que apénas se ha visto, ha de establecerse el órden, y erigirse las obras convenientes, y romperse el combate, sin dudas ni vacilaciones ni contramaniobras.

Despues del estudio que acabamos de hacer de cada uno de los accidentes topográficos, conviene que consignemos algunas ideas sobre las posiciones en conjunto.

Hemos visto en la parte histórica el esmero con que los romanos atrincheraban sus campos; más tarde, en los siglos XVI, XVII y XVIII, se dió tambien mucha importancia á los atrincheramientos, y Gonzalo de Córdova primero, Turena, Montecuculli y Wallensteim despues, debieron en gran parte sus victorias á esta práctica, que les permitia hallarse incesantemente á tiro de cañon de sus enemigos, vigilando sus movimientos y dispuestos á sacar partido del más ligero error, de la más leve imprudencia. Pero las guerras que trajo al mundo la revolucion francesa dieron otro giro al arte militar; desde entónces los intereses internacionales son más múltiples, y un cañonazo disparado en el último confin de Europa conmueve en sus cimientos á todas las naciones, y provoca un conflicto general por el inmenso desarrollo del crédito y por el íntimo enlace de todas las relaciones diplomáticas; como, por otra parte, los adelantamientos en las ciencias y las artes perfeccionan de dia en dia las armas, las máquinas, los medios de ataque y los medios de resistencia, la fuerza de los

ejércitos es mayor, el efecto de las armas tambien, y los intereses dañados más respetables. Por todo esto es necesario hoy, no sólo vencer, sino vencer pronto, y la sociedad moderna prefiere muchas guerras cortas y frecuentes que cambien á cada paso de un modo instable la faz política del mundo, á una guerra larga, que aunque diera por resultado una situacion fija y duradera, habia de suspender la circulacion comercial y la robusta vida civil de los pueblos. Y en un siglo que quiere resolver el gran problema de sesenta siglos; que marchita las cosas al tocarlas; que en él todo envejece en un dia; que desprecia por la tarde lo que ha descubierto por la mañana; que hace que en cada año cambien los destinos de la humanidad, ¿qué no diria la prensa, la opinion pública, las asambleas, los gobiernos, del general que imitára á Fabio? Le impelerian adelante á terminar su obra mal ó bien, de un modo violento, pero á terminarla pronto ó á dejarla sin concluir; porque, quién sabe si en este tiempo un cambio en los intereses ó en la opinion pública daria otro aspecto distinto á la cuestion. Por eso se ven hoy campañas de un mes, de cinco semanas, de tres dias, como la de Bélgica; por eso, cuando ménos se espera, una paz incompleta viene á sorprender los ejércitos, y por eso aparecen como meteoros, imperios que se levantan y se hunden en cien dias, fronteras que se trazan y se borran en una hora.

Pues bien, este espíritu de la guerra moderna es la primera causa del abandono en que están los atrincheramientos. Llegar por la tarde á la vista del enemigo, pasar la noche en vela, trabajando para atrincherar una posicion que tal vez á la mañana siguiente ha de ser abandonada, ó si es débil ha de ser batida por la fuerza de las nuevas armas, y si fuerte, no ha de tomarse el enemigo la molestia de atacarla, sino que maniobrará en otro nuevo sentido, modificando su plan estratégico, es un trabajo inútil y penoso, y lo que con él se puede conseguir se consigue mejor con marchas rápidas, único sistema de guerra que satisface al espíritu de los pueblos modernos.

Sin embargo, incurrir en el extremo opuesto sería tambien

suicidarse. Siempre que se disponga de algunas horas, será preciso defender aquellos puntos débiles, como los flancos, los puentes, los desfiladeros y las principales avenidas, con obras de campaña de más ó ménos resistencia, segun el tiempo de que se disponga y el fin táctico que se desee. Algunas lunetas, protegiendo el frente, darán fuerza á la posicion y no impedirán la salida de las tropas, particularmente de caballería, que en esta clase de atrincheramientos desempeña un papel más importante que en las líneas contínuas, donde se ve reducida casi á la nulidad.

Hay, ademas, posiciones ya marcadas en el teatro de una guerra y que son campos naturales de batalla para el que tiene la defensiva, porque por ellos ha de pasar precisamente el invasor, y estas posiciones es claro que deben estar preparadas y fortificadas de antemano. Del mismo modo, el que tiene la ofensiva necesita fortificar algunos puntos de la línea de comunicaciones, para abrigar en ellos los parques, los depósitos, los bastimentos y los hospitales, y defender aquellos pasos difíciles de retirada.

Á todas estas obras, como á los campos permanentes que se construyen para descanso en la campaña como posicion fija estratégica, se las puede dar el espesor y la resistencia necesaria para sufrir un ataque formal con artillería y á manera de un sitio; pero á los atrincheramientos de una noche hay que renunciar á ello, y áun así será difícil tenerlos acabados á la madrugada.

Nunca debemos olvidar que las defensas artificiales hacen perder al ejército una gran parte de su energía y de la confianza en sí mismo, porque son una confesion de debilidad; por eso toda tropa atrincherada se empequeñece, y cuanto más contínuas sean las líneas, y más elevado el relieve, más difícil será hacer que los batallones salgan á batirse á cuerpo descubierto, y la menor ventaja que el enemigo consiga sobre las obras será la causa de un gran terror en los defensores. Para evitar eso, es preciso en toda defensa hacer salidas frecuentes que sostengan la moral del soldado y le hagan ver que puede pelear cuerpo á cuerpo con el enemigo.

Vamos á dar una idea general sobre atrincheramientos, para que se aplique en los casos convenientes, con las modificaciones que las circunstancias exijan.

El general Rogniat propone cubrir el frente con reductos bastionados con caras de 25 toesas y flancos de 18, y á distancia de 120 de saliente á saliente, ó sean 60 de intervalo. Da al parapeto 6 piés de elevacion, 3 ó 4 de espesor, 6 de profundidad al foso, 2 á la banqueta y 3 ó 4 de anchura; suprime las barbetas y coloca la artillería fuera de las obras, protegida por espaldones que, situados en la interseccion de las líneas de defensa, vienen á formar las cortinas del sistema; así las piezas están defendidas por la fusilería de los bastiones, y el enemigo no puede llegar á ellas sin tomarlos ántes, porque de lo contrario sufriria un horrible fuego cruzado á 30 toesas. Ademas, las baterías defienden mejor las obras que si estuviesen dentro, porque las flanquean á tiro de metralla con fuegos rasantes, atrayendo el que el enemigo habia de hacer á las obras, barriendo el foso y abarcando más campo de tiro, cosas que no se pueden conseguir desde las lunetas. Estas baterías tienen el suelo por esplanada, espaldon de 2 piés y medio de altura y 8 ó 9 de espesor, y trincheras de 2 piés y medio, perpendiculares al espaldon y paralelas á la pieza, para que los artilleros se refugien despues de la carga.

Se lamenta el general de que no se haya conocido ántes lo conveniente de colocar la artillería fuera de los reductos y no dentro á barbeta, disminuyendo el espacio y reduciendo á nada el fuego de fusilería, ó en cañoneras, limitando el campo de tiro, debilitando el parapeto y descubriendo el interior de la obra, cosas todas que hacen que las baterías oblícuas del enemigo apaguen en seguida estos fuegos.

Completa su sistema con una trinchera como paralela de sitio, que forma la cortina general, dejando entre ella y los flancos de los baluartes pasos de 5 toesas para la caballería, porque la infantería puede salir en batalla por encima de la trinchera, que para eso tiene gradas interiores de faginas. En las dos alas de toda la primera línea establece dos ó tres baluartes para proteger

los flancos de la segunda, y en la construccion de todas estas obras emplea 8 ó 10 horas de tiempo, trabajando el ejército por quintas partes.

El combate lo describe de este modo. Si el enemigo ataca el frente, las guerrillas se retiran al foso, y desde la contraescarpa continúan su fuego, para lo cual es preciso formar en ella una pequeña banqueta. Quince piezas entre el primero y el segundo reducto, otras 15 entre el penúltimo y el último, y más si fuere necesario entre los otros, cruzan sus fuegos sobre todo el frente, miéntras que las obras, con dos filas de infantería y los batallones de la trinchera, sostienen el de fusilería á cubierto. Si se pierden las lunetas, afirma el general que la segunda línea y las reservas, asaltando por la gola que está abierta, conseguirán rechazar al enemigo, y en este caso la salida no puede ser más franca y expedita, verificándola por los intervalos de la cortina la caballería y la artillería, y por las mismas trincheras la infantería.

Si el enemigo ataca de flanco, tiene que hacer una marcha en este sentido y en el mismo campo de batalla, lo cual es muy peligroso, ó hacerla léjos del campo, y entónces necesita un dia, tiempo suficiente para cambiar todo el sistema al flanco amenazado.

Rocquancourt acepta las ideas de Rogniat con alguna modificacion. En vez de establecer todos los salientes en una misma línea, los hace alternativamente entrar de dos en dos; así consigue más flanqueo, y protege más la cortina de los reductos interiores que dan salida á la caballería justamente sobre los flancos de las columnas de ataque; pero para todo esto se necesita más tiempo y más trabajo.

El trazado de las cabezas de puente presenta grandes dificultades, porque se necesita que las obras no exijan mucha guarnicion, y al mismo tiempo que protejan el despliegue de todo el ejército, que proporcionen un ancho campo de batalla y que cubran los puentes de los fuegos de las baterías enemigas; y para esto es preciso dar á las obras una extension que no está en ar-

monía con la poca fuerza que las ha de guarnecer cuando el grueso del ejército está maniobrando en otros puntos. Hasta ahora el único medio que se da para conciliar estos extremos, es cubrir el puente con un recinto de dos ó tres frentes, y destacar, á 600 toesas, lunetas protegidas entre sí por sus flancos y por sus golas por el recinto principal, formando una semicircunferencia, cuyos extremos se apoyen en el rio. Dando espesor y buenos revestimientos á estas obras, y dotándolas con una guarnicion de 200 hombres á cada una, y 800 de reserva en el recinto, pueden sostenerse uno ó dos dias, que es el tiempo necesario para que el ejército acuda.

Mucho pudiéramos añadir, pero lo dicho basta para que se comprenda lo importante que es el estudio de las posiciones y la obligacion en que nos hallamos todos los militares, cada uno segun su clase, de adquirir esa ojeada táctica que sólo en el campo, y en combates reales ó imaginarios, puede adquirirse; y así como en sus paseos, y sólo por hábito, el agricultor examina, bajo su punto de vista, la calidad de las tierras, y el cazador la naturaleza del monte, y el ingeniero los minerales, el militar debe hacer en todas partes donde se halle, reflexiones sobre las propiedades tácticas que para el juego de las armas tiene aquel campo, y debe figurarse que allí aparece de repente el enemigo, y que él está obligado á tomar las primeras disposiciones.

III.

Teoría del combate

Batalla es el combate en campo abierto de dos ejércitos, en el que toman una parte más ó ménos activa todo el grueso de cada uno ó por lo ménos de uno de los dos, prescindiendo de los destacamentos, guarniciones y otras fuerzas que precisamente han de estar segregadas de la masa principal. Es un error creer que

para que á un combate pueda llamarse batalla, ha de ser decisivo y sangriento y han de jugar las tres armas ; hay batallas que nada deciden, y hay ejércitos que carecen por completo de una de las tres, y no por eso la lucha general de las dos masas beligerantes, cualquiera que sea su composicion y su fuerza, deja de ser una verdadera batalla.

Accion es, genuinamente, el combate entre dos fracciones de alguna importancia, desprendida cada una de su respectivo ejército con un fin dado; pero por extension, y particularmente en España, se da este nombre á todo combate militar, áun á las mismas batallas.

Cuando la accion es casual entre dos pequeñas fracciones, se llama *encuentro;* y si se verifica entre tropas ligeras, sin que ninguno de los dos partidos se comprometa mucho, sino que más bien intenten ambos tantearse las fuerzas y procuren uno á otro cortarse ó envolverse, se llama *escaramuza,* segun el uso comun, cualquiera que sean las armas, esto es, infantería ó caballería; pero, segun la Academia, han de ser precisamente de caballería, sin duda respetando el orígen de la palabra.

Los medios que se emplean para pasar de un órden de formacion á otro, de un método de combate á otro, se llaman *maniobras;* y los que se usan para trasladarse de un punto á otro, *movimientos:* dos palabras que el uso vulgar confunde, pero que son radicalmente distintas, puesto que la primera pertenece exclusivamente á la táctica y la segunda á la estrategia.

Una série de movimientos, maniobras y combates, enlazados y dirigidos á conseguir un fin estratégico, se llama *operacion*, y por una série no interrumpida de operaciones, se consigue el resultado glorioso ó desgraciado de la campaña, y en una ó várias campañas enlazadas, el fin de la guerra. Entre campaña y campaña hay una especie de tiempo, más ó ménos corto, en el que las hostilidades, bien por cansancio de ambos ejércitos están casi suspendidas, ó realmente lo están por un convenio entre ambos partidos, que se rompe avisando préviamente, ó sin avisar, el dia mismo que termina el plazo.

Las operaciones pueden clasificarse en dos especies: *principales*, las que ejecuta el grueso del ejército, ó sus cuerpos en combinacion, para llevar á cabo la campaña, y *secundarias*, las que ejecutan por sí los cuerpos desprendidos de la masa principal, no con un fin directo sobre el éxito de la campaña, sino auxiliando á la ejecucion general por medios indirectos; tales son, por ejemplo, la conduccion de un convoy, el ataque ó defensa de un punto fuerte, las expediciones para adquirir víveres, dinero ó trasportes, las columnas contra partidas que se levanten á retaguardia, los destacamentos, las diversiones y cualquier otra comision encomendada con independencia á una parte del ejército.

Convenidos en estas definiciones, y despues de conocer, como ya conocemos, el juego de las tres armas, el valor de las posiciones, las marchas y las líneas y puntos tácticos y estratégicos, poco tenemos que decir del combate; sin embargo, para reunir todo esto en un solo cuadro, vamos á descender á consisideraciones generales sobre las batallas.

Hay batallas en que nada se puede ganar, pero no hay ninguna en que no se pueda perder mucho perdiendo la moral de las tropas y el material de guerra; por consiguiente, y segun nuestro maestro Gonzalo de Córdova, nunca se debe dar una batalla sino con la seguridad de la victoria, ó cuando hay que evitar mayores males, y es preciso que se obligue al enemigo á pelear donde no quiere y cuando no quiere. Para el partido que lo hace así la batalla es ofensiva, y para su enemigo defensiva, sin que esto sea decir que para el uno y para el otro no haya momentos, maniobras y episodios de carácter opuesto al de la batalla en general.

La batalla puede ser casual, imprevista ó de encuentro, cuando los dos ejércitos, como sucedió en Solferino, se hallan de repente en su marcha, á la mitad de un movimiento ofensivo, sin que ninguno de los dos supiera el de su adversario; y son de sorpresa, cuando uno de ellos lo sabe y el otro no. En este caso toda la ventaja está por parte del primero que con un plan preconcebido obligue á su contrario á desplegar á ciegas; y en el caso

anterior, la ventaja está por el que más pronto consiga ordenar su gente, y con más decision se arroje sobre su enemigo, dando á todos sus cuerpos por guia el centro. En estas batallas son preferibles, hasta que se consiga conocer bien el despliegue del enemigo, las maniobras ligadas al centro del ejército, porque son más prontas y fáciles, más sencilla en ellas la tramitacion de las órdenes, y admiten mejor un cambio de plan en cualquiera momento.

Una batalla doble es la que tiene lugar cuando se ha cometido la imprudencia de interponerse entre dos cuerpos enemigos, próximos á ménos de jornada, y aparece uno de ellos al flanco ó retaguardia, obligándonos á dar frente á dos partes. Es verdad que ambos cuerpos se batirán sin armonía en sus maniobras, y que tenemos sobre ellos la ventaja de poseer una reserva comun; pero el peligro en que precisamente se halla la línea de comunicaciones, y el efecto moral que produce en la tropa el verse atacada por dos partes, conspiran mucho contra el éxito, por más que, segun el arte, tampoco sea una buena situacion la del enemigo, dividido en dos trozos que operan sin enlace. De estas batallas es la de Bailén, por la interposicion de Dupont entre Castaños y Reding, y la de éste entre Dupont y Vedel.

Podemos llamar batalla clásica la que se da prevista, esperada y deseada por ambos partidos, y ordenándola cada uno segun sus medios y la inteligencia del general en jefe; de ésta es de la que vamos á ocuparnos, puesto que las otras no son sino variantes suyas.

Es inútil que insistamos de nuevo en la necesidad de los reconocimientos. Antes de darse la batalla se habrá procurado por todos medios adquirir todos los datos que se necesitan para la solucion del problema; las posiciones estarán estudiadas y preparadas, las fuerzas conocidas, el plan de persecucion ó de retirada previsto, los refuerzos que el enemigo espere, observados, y todos los preparativos necesarios, hechos, por más que todo esto en el curso de la batalla sufra mil modificacionesnes distintas.

La víspera, el general en jefe, sin reunir consejo, procurará,

amistosamente y con reserva, conocer la opinion de todos sus generales, y á cada uno, verbalmente ó por escrito ó en cifra, le dará las instrucciones necesarias para que desempeñe su papel, sin más conocimiento del plan general que el suficiente sólo para cumplir la parte que le toque. Estas instrucciones serán concisas, breves, claras, pero no obsolutas, porque se debe dar al general de division la facultad de cumplirlas del modo que más convenga en el momento preciso, y áun en algun caso el de variarlas, dando inmediato aviso á sus colegas y á su jefe. Al mismo tiempo se dará una órden general del dia que levante el entusiasmo en las tropas y las dé confianza en la victoria, y otra órden en que se explique clara y sucintamente todo aquello que se debe hacer, y cuya publicidad no perjudique al éxito de la jornada.

La noche se pasará en el mayor descanso por unos, con la más exquisita vigilancia por otros, y en las obras los demas, y los generales rondarán de incógnito, para conocer bien el espíritu que anima á los cuerpos y á las clases.

Al romper la diana, hora la más á propósito para la batalla, si fuera ofensiva, con objeto de que quede mucha tarde para la persecucion, el ejército se pone sobre las armas, y el general recorre los puestos, dispone los últimos reconocimientos, da, por decirlo así, la última pincelada á su cuadro, se afirma en el plan, y aunque la zozobra le aflija, su rostro ha de revelar confianza y alegría, y su palabra ha de inspirar entusiasmo; y sin lisonjas al soldado, que contrasten con la severidad de otros dias, ha de dejarse ver de todos, arengar á unos, dirigir á otros una de esas palabras felices que bien pronto circulan de boca en boca, y tener presente que en esas horas no hay en el ejército un sólo soldado que no esté deseando ver á su general y estudiar su semblante.

La religion, de la que nunca prescinden en sus máximas los militares antiguos como Santa Cruz ó Montecuculli, está muy olvidada por los modernos, y nosotros no queremos ser de ese número, porque ella, cualquiera que sea el estado de las conciencias en un país, es la única fuerza moral del mayor número. Hay

peligros en que no basta para afrontarlos el amor á la gloria ó el amor á la patria, y se necesita despertar la fe dormida. No es esto decir que en un dia de batalla se le presente al soldado la idea de la muerte, ó se le imponga con alguna solemnidad del culto, entónces estemporánea, pero sí que deben elevarse por todos preces por la victoria, y consagrar un corto momento de la mañana á levantar el espíritu religioso, al que, como en los antiguos hebreos, debe ir siempre unido al espíritu patrio.

Dispuesta así la parte moral del soldado, por la política y la religion, para la lucha, es preciso robustecer la física ; un abundante rancho y una racion de vino, pero no de licores, que dan un vigor falso y fugaz, debe repartirse poco tiempo ántes de romper la batalla. En seguida, á la señal dada, las tropas acuden á sus puestos, procurando en estos preparativos emplear el menor tiempo posible, tanto por razones militares, cuanto porque la moral del soldado padece más ántes de romper el fuego que en lo más crudo del combate.

La vanguardia, que temporalmente habrá ocupado todos aquellos accidentes del terreno que están destinados á ser puntos tácticos del sistema, protegiendo el despliegue, si es que ya no se hubiera desplegado la víspera, sostendrá, con el objeto de cubrir las maniobras del ejército y conocer las del enemigo, ese combate propio suyo, ora avanzando, ora retrocediendo ; aquí cediendo, allí atacando , en todas partes sutil, ligera, activa, luz para el ejército y niebla para el enemigo.

Ya hemos estudiado las condiciones que han de tener la posicion, la línea de batalla, el órden y el despliegue; en vista de todo esto, el general resuelve su plan, amenazando en un punto y atacando otro en el momento en que le ve debilitado por la artillería ó desguarnecido por haber marchado las fuerzas al ataque falso. ¡Cuántas veces se debe á esto el ver las mejores tropas del enemigo pasar con arma sobre el hombro de un lado á otro del campo de batalla, llegando siempre tarde á todas partes!

Del mismo modo que en esgrima, hay que tener la mirada fija en la vista del contrario y no en el punto que se trata de herir;

enguerra, el general ha de cuidarse más de los movimientos del enemigo que de los suyos propios. Allí donde descubre el error ó la imprudencia, allí manda sus mejores tropas para resolver la cuestion, y en todos los momentos dispuesto á variar de plan, abandona unos puntos, refuerza otros, extiende un ala y la dobla sobre el enemigo, ó por el contrario, la rehusa, procurando acudir con mayor masa táctica y de repente al punto donde no se le espera; pero hasta entónces, ¿por cuántas peripecias no habrá pasado el combate? De todos modos, ante cualquiera dificultad del momento hay que tomar una resolucion pronta, porque en estos casos conviene más resolver mal y pronto que llegar tarde.

Cómo han de jugar las armas, cómo se ha de aprovechar el terreno, cómo se ha de decidir la batalla y preparar la persecucion ó la retirada, ya lo hemos visto en los capítulos anteriores; ahora resta sólo dar algunas reglas generales, que son las siguientes:

Se deben preferir los movimientos ofensivos, áun para la defensa, porque hay más hombres dispuestos á marchar al peligro que á esperarle á pié firme, oyendo los lamentos de los heridos y contemplando los cadáveres de los compañeros entre las mismas filas.

Todo lo que se puede envolver, no se debe atacar de frente; pero no debemos dejarnos seducir por movimientos envolventes que, aunque ofrezcan magnífico desenlace, son de muy difícil y peligrosa ejecucion.

Una rápida reaccion ofensiva contra una tropa que ataca, consigue siempre hacerla titubear y ceder.

El uso prematuro de la caballería es más funesto que el uso tardío.

El último que emplea las reservas es casi siempre el que vence.

Nunca sobran los reconocimientos, ni ántes, ni en el acto, ni despues de la batalla.

Tan malo es el mucho fondo como el mucho frente; el juego táctico está en las pequeñas y multiplicadas columnas.

Las líneas no serán más extensas que las del enemigo, sino á

condicion de ser igualmente profundas y dobles. Sólo así pueden doblarse las alas ó formarse martillos ofensivos sin peligro de rompimiento.

Ataque verdadero á las dos alas á la vez, ó al centro y un ala, es débil en ambos sentidos; es preferible emplear toda esa fuerza en un solo ataque central, que es hoy el de los grandes ejércitos.

Todo ataque directo debe ir acompañado de uno oblícuo ó lateral, pero al mismo punto; y al movimiento se opone el movimiento y no el fuego sólo.

Nada desmoraliza tanto como las corridas inútiles, los ataques imprudentes y el fuego andando.

La infantería debe estar siempre, hasta en guerrilla, aliada con una, por lo ménos, de las otras armas.

Los ataques repetidos y sucesivos, aunque por cortas fuerzas, son de más efecto que un solo ataque general, porque prolonga la accion ofensiva y porque evita el cansar de una vez á toda la gente, privándose así de medios para perseguir al vencido ó repetir el ataque.

De una pequeña ventaja se puede sacar gran partido, si se sabe proseguir la operacion, y no hay falta, por grande que sea, que no pueda corregirse ó aprovecharse para algo bueno.

El descanso da la fuerza, y la fuerza el valor: el que no está combatiendo ó marchando, debe estar sentado, y el que combate debe correr poco, pero sí moverse mucho.

No se ha de abandonar la batalla sino cuando ya esté resueltamente perdida, pero nunca ha de obstinarse hasta el punto de proseguirla sin esperanza, sacrificando los cuadros y haciendo imposible la retirada.

Para terminar, y como ejemplo, vamos á referir sucintamente una de las batallas más clásicas que el mundo ha visto, sostenidas por dos de los más ilustres, acaso los más ilustres capitanes de la edad moderna; la de Wagram.

IV.

Batalla de Wagram.

Dueño el grande ejército de la derecha del Danubio y concentrado sobre Viena, se hallaba posesionado de la isla de Lobau (1), desde donde se habian establecido puentes á la orilla enemiga. El ejército austriaco, fuerte de 200.000 hombres, reorganizado y reforzado, se hallaba en condicianes, por su posicion estratégica, de cubrir la Bohemia, la Moravia y gran parte de la Hungría, y por consiguiente no le convenia tomar la ofensiva, para la que se le presentaban inmensas dificultades tácticas por la posicion de los franceses.

Su derecha se apoyaba en Gros-Aspern; el centro, en Esling, y la izquierda, en Enzersdorf, en una línea atrincherada y artillada con 150 piezas; Napoleon se veia precisado á tomar la ofensiva y verificar el paso del Danubio por Lobau para atacar al archiduque Cárlos en una posicion tan formidable. Aunque se conseguia, verificando el paso algunas leguas más abajo, hacer inútil la posicion defensiva de los austriacos, se luchaba para ello con inmensas dificultades para el establecimienio y defensa de los puentes; por la parte oriental de la isla esto estaba ya sobradamente asegurado por las obras defensivas que se habian hecho, y era preferible pasar por ese punto, por más que la batalla que habia de suceder al paso se diera en condiciones ventajosas para los austriacos.

El 1.° de Julio, el cuartel imperial se trasladó á la isla de Lobau. La de Montebello y la de España se artillaron, dirigiendo su fuego contra Enzersdorf, con órden de arrasarlo en dos horas,

---

(1) Lámina 11.

y una fuerte batería en la isla de Alejandro barria la llanura, protegiendo la maniobra de los puentes.

El 2 quiso llamar Napoleon la atencion del enemigo sobre el puente viejo, y 500 cazadores se apoderaron de la isla del Molino, fortificándola y uniéndola con otro puente, y atrayendo así el fuego de las baterías de Essling miéntras se construia un segundo paso en la orilla meridional de Lobau, y los cuerpos de Eugenio, Davoust y Bernadotte se aproximaban á la isla.

El 4, por la tarde, se reunió en la orilla oriental el grueso del ejército, y á las nueve algunos batallones en barcas se dirigieron por el brazo grande del Danubio y se apoderaron de la isla de Hanslgrund, desde donde echaron, en dos horas, un puente, por donde pasó Oudinot. A las once, un fuego horroroso se rompió contra Enzersdorf, y este pueblo fué incendiado. Á la cólera de los hombres se unia la cólera de Dios, y el eco del trueno se confundia con el estampido de cien cañones. Las baterías del enemigo eran apagadas. Un puente de 80 toesas, de 5 barcas y formado de una pieza, se habia echado, en cinco minutos, en el brazo de la isla Alejandro ; otro, tambien de barcas, fué terminado en hora y media, y uno de armadías, en dos horas, protegiendo estos trabajos, desde la orilla opuesta, el cuerpo de Oudinot, habia rechazado al enemigo, despues de apagadas sus baterías, que hasta la aldea de Muchllenten.

Á las tres de la mañana, en medio de una lluvia á torrentes, pasó el ejército á la orilla opuesta, del modo siguiente:

Masséna por la izquierda, más abajo de Enzersdorf ; Oudinot, por el centro, sobre Muchllenten, y Davoust, por la derecha, sobre Witau; Bernadotte, la Guardia, los coraceros, Marmont y Eugenio constituian la segunda línea y la reserva.

Á consecuencia de una equivocacion en el traslado del decreto imperial, se designaron los puentes de la derecha á los cuerpos del centro, y al contrario, lo que produjo alguna confusion en aquella tenebrosa noche por el encuentro de ambos cuerpos en su marcha; Jomini censura ágriamente á Berthier por no haber comprendido ó no haber corregido, si le comprendió, el error del decreto.

El ejército se halló á la mañana desplegado en la orilla opuesta. Á la tempestad de la noche habia sucedido un sol brillante, que anunciaba un magnífico dia de batalla.

Por este paso, tan hábilmente conducido, y el más notable que la historia presenta, por todas las circunstancias de lugar, tiempo y modo, hecho al frente de 200.000 hombres y 200 piezas en campo atrincherado, y en un rio como el Danubio, el ejército frances habia conseguido sortear los atrincheramientos del enemigo y obligar al Archiduque á batirse fuera de sus posiciones, situándose perpendicularmente á su izquierda y asegurándose desde luégo en la orilla conquistada.

Á las ocho de la mañana las tropas de Masséna atacaban á Enzersdorf y le ocupaban; Oudinot tomó el castillo de Sachsengaud, defendido por 900 hombres, y el ejército frances desplegó en la vasta llanura de Enzersdorf perpendicularmente al Danubio, verificando así con el despliegue el cambio de frente que envolvia la posicion. Las demostraciones desde la isla del Molino, que alucinaron al enemigo sobre el verdadero punto del paso, habian permitido realizar este magnífico despliegue con poca resistencia, maniobrando por la derecha sobre Enzersdorf, que cayó en poder de Masséna, como Esling, Gross-Aspern y Raschdorf, despues de una viva resistencia, en poder de Bernadotte.

Eran las seis de la tarde, y el despliegue se habia ya verificado, llevando la derecha á Gluzendorf, el centro á Raschdorf, y la izquierda á Gross-Aspern, y por más que el Archiduque Cárlos retardaba la batalla todo lo posible para ganar tiempo, hasta la venida de Kollowrath, que se hallaba aún más allá de Bisamberg, y del Archiduque Juan, que no podria llegar de Presburgo hasta el dia siguiente, no habiendo podido oponerse al despliegue del enemigo, no tenía otro recurso que combatir. Á la hora ántes citada, y despues de los primeros movimientos, la derecha austriaca se extendia desde Stadelau á Gerardorf; su centro, hasta Wagram, y su izquierda se prolongaba hasta Neusiedel. Á pesar de ser tan tarde, Napoleon quiso adelantar todo lo posible para la batalla del dia siguiente, temiendo que durante la noche reci-

biera el enemigo refuerzos, y en su consecuencia mandó atacar la meseta de Neusiedel, altura que domina todo el campo de batalla, y la aldea de Wagram; pero ninguno de los dos ataques tuvo éxito. El arroyo Russbach, que viene á ser como un foso de la meseta, detuvo á Oudinot, que no pudo forzar los puentes, defendidos con bravura por los austriacos; Eugenio tambien fué rechazado de Wagram; Bernadotte, que no tuvo tiempo para sostenerle, se retiró á Aderclau. El grande ejército vivaqueó aquella noche en los puntos siguientes: Masséna, en la izquierda, extendiéndose hácia el Danubio; Bernadotte, en Aderclau; Eugenio, detras de Wagram; Oudinot, frente á Baumersdorf y Neusiedel; Davoust, sobre Glinzendorf, y delante de él, hácia el Russbach, la Guardia y Marmont. La línea formaba un ángulo saliente en Aderclau, y cerca de su vértice, delante de Raschdorf, se estableció el cuartel imperial. Napoleon, que queria concentrar su fuerza sobre este vértice, dispuso al amanecer que Masséna se dirigiese hácia la izquierda de Aderclau, dejando una division en Aspern con órden de replegarse á Lobau si se veia forzada; que Davoust se adelantase más allá de Grosschoffen, para aproximarse tambien al centro, y que Bernadotte ocupase la izquierda teniendo á Masséna en segunda línea, y formando Eugenio, Oudinot, Marmont y Bessieres con sus coráceros el centro en siete ú ocho líneas.

Miéntras de este modo reforzaba Napoleon su centro y atraia las alas, los austriacos, dando más preferencia á estas, se extendian y debilitaban para reforzar el ataque por su derecha, proponiéndose cortar al ejército frances de sus puentes. Bellegarde, que se hallaba en el centro de Wagram, se dirigia sobre Aderclau; al pié de Bisamberg se hallaban Klenau y Kollowrath; y la izquierda, compuesta de los cuerpos Hohenzolfern y Rosemberg, se extendia hasta Baumersdorf y los flancos de Neusiedel rebasando á Davoust; de modo que á la vez que Napoleon se proponia el ataque de rompimiento, el Archiduque proyectaba el doble envolvente reforzado en la dereha; Davoust y Rosemberg se encontraron en su maniobra opuesta, á la salida del sol, y la batalla se rompió por este flanco.

Napoleon hizo reforzar á Davoust con una division de coraceros y 12 piezas que tomaron de flanco á las tropas de Rosemberg, y éste fué rechazado más allá de Neusiedel; por el contrario, en el centro Bernadotte era desalojado, despues de muchos combates de Adercklau, y Masséna, que por la distancia á que se hallaba de la línea enemiga, podia desamparar por algunos momentos la izquierda, acudió á recobrar la aldea, y lo consiguió; mas no pudiendo dirigir en persona el movimiento, por hallarse en coche á consecuencia de una caida en el dia anterior, su columna cometió la imprudencia, en vez de fortificarse en Adercklau, de avanzar más allá, y los granaderos austriacos la cargaron, la arrollaron y recobraron la aldea, sin que Bernadotte pudiera impedirlo.

Generalizado y empeñado así el combate en la derecha y centro, se recibian partes de que el enemigo habia rebasado la izquierda y de que se oia un vivo cañoneo hácia Gross-Aspern.

Efectivamente, Klenau y Kollowrath habian llegado más allá de Breintenlee y Hirchstetten, pero Masséna se dirigió allí prontamente con tres divisiones, prolongándose sobre su flanco izquierdo y sufriendo con el mayor teson los fuegos del enemigo; magnífico movimiento, que, para que llevase en todo un signo de grandeza y poesía homérica, era dirigido por el mismo Masséna, cuyo carruaje, tirado por caballos blancos, aparecia en todas partes envuelto en nubes de pólvora.

Boudet no habia podido soportar todo el ataque de Klenau, y sin apoyo en su derecha por el movimiento anterior de Masséna hácia Adercklau, se habia visto obligado á replegarse á los puentes, y el enemigo habia ya ocupado á Essling. Napoleon, sin desconcertarse por esta inferioridad en la izquierda, se decidió á esforzar con violencia el centro enemigo, y dirigió á él, en columna de ataque, á Macdonald, con las divisiones Brausier y Lamarque, sostenidas por una de coraceros y 100 piezas que avanzaron al trote hasta medio tiro de cañon; única vez que se ha visto en la guerra combinar en un mismo momento y del mismo modo las tres armas. Para verificar este movimiento, la Guardia,

que habia avanzado entre Baumersdorf y Wagram, viene por un cambio de direccion á ocupar el vacío que habia dejado Masséna entre Adercklau y Breintenlee, y Kollowrath es detenido en su marcha, y el centro austriaco pierde terreno. Entónces recibe Napoleon los avisos de Masséna manifestándole el peligro en que se hallaba la izquierda; mas ya Davoust, en la derecha, habia conseguido que dos divisiones, despues de pasar el Russbach, tomasen de flanco la posicion de Rosemberg; sin embargo, el combate era muy penoso y los austriacos daban mucha importancia á la situacion de su izquierda, para ceder tan fácilmente; Hohenzollern marchaba en apoyo de Rosemberg, pero Oudinot se le opuso en Baumersdorf, y sin poder contener su ímpetu, pasó el Russbach, y rechazado primero y atacando segunda vez con más impulso, tomó por el flanco izquierdo la posicion de Rosemberg. Rechazado éste por ambas alas y atacado de frente, se retiró en desórden por el camino de Bockfus quedando cortado de Hohenzollern.

El cañoneo, que demostraba á Napoleon el rebase de Rosemberg por las dos divisiones de la derecha de Davoust, fué la señal para el ataque que hemos dicho sobre el centro; y entónces contestó á los avisos de Masséna, diciéndole que la batalla estaba ganada en todos los puntos, que atacase. La forma táctica de esta célebre maniobra, en la que jugaron las tres armas á la vez, fué la siguiente:

Ocho batallones desplegados en batalla formaban la falange con 13 en columna cerrada, en los intervalos, y tres en cada una de las alas, sostenidos por dos divisiones á corta distancia y flanqueados por cuatro de caballería, dos de coraceros á la derecha y dos ligeras á la izquierda. Macdonald mandaba estas fuerzas, y Napoleon con su Guardia seguia de léjos el movimiento y daba por punto de direccion á la masa el campanario de Sussembrun; Adercklau debia quedar á la derecha sin ocuparse de tomarla, convencido de que por sí misma sería evacuada al rebasarla.

Puesta en movimiento esta columna, atrayendo así todo el

fuego del enemigo, rebasó á Breintenlee y Adercklau, que fueron, por lo tanto evacuados, y llegó arrollándolo todo hasta Sussembrun. Las divisiones de la primera línea estaban cansadas y habian sufrido ya mucho. Entónces el Archiduque avanza con todas sus reservas y cierra sus batallones, y Macdonald se ve rodeado y tiene que detener su impulso ofensivo. La caballería de las alas carga para sostener el movimiento, la segunda línea apoya á la primera, la infantería se releva quedando la jóven Guardia en segundo puesto, y Macdonald recobra su vigor con estos apoyos, y rechaza á los austriacos más allá de Gerarsdorf; la batalla, por consiguiente, estaba ganada en el centro y en la derecha.

Masséna, en la izquierda, habia conseguido, despues de su brillante marcha de flanco, tomar los reductos de Essling y poner en comunicacion á Boudet; al saber los progresos del centro, redobla su impulso, y persigue á Klenau hasta Leopoldau, donde los austriacos se detienen y hacen cara á la caballería de Lassalle, que se precipita sobre los cuadros; aunque por un momento se sostienen, muerto Lassalle, su caballería se irrita, los deshace con furor y el enemigo es perseguido hasta el Bisamberg.

En la derecha, Oudinot, despues de tomar á Baumersdorf, se dirige, reforzado por una mitad de la gente de Davoust, á Wagram y le toma, miéntras la otra mitad con su jefe se deja llevar de la retirada excéntrica de Rosemberg persiguiéndole por Bockfus.

Eran las doce de la mañana y los austriacos habian perdido todas sus posiciones despues de la toma de Wagram por Oudinot. Quebrantado el centro, las alas no pudieron oponer bastante resistencia, y el Archiduque, que se hallaba en el cuerpo de Bellegarde, comprendió que la batalla estaba perdida y que era peligroso sostenerse por más tiempo, y decidió su retirada, que verificó en el mayor órden, sin perder material ni prisioneros, por escalones en direccion excéntrica, sin que Napoleon supiese por dónde perseguir.

El archiduque, siguiendo dos caminos que se comunicaban,

pudo cubrir perfectamente el país, haciendo que Napoleon no sacára de su victoria los resultados que se prometía, porque hay jornadas, y ésta es una de ellas, en que el vencido arranca al vencedor la mitad del laurel. Aquí no hay errores ni por una ni por otra parte; el Archiduque atacó la izquierda porque éste era su objetivo estratégico. Napoleon el centro, porque no habia otro punto débil: al magnífico despliegue del Emperador opuso el austriaco su magnífico cambio de frente, y donde quiera que se atacase se hallaba igual resistencia; ninguno se descubria, no habia punto vulnerable; apénas Masséna debilita la izquierda, allá va toda la derecha austriaca; apénas se ve un momento abandonado Rosemberg, allá acude Oudinot con toda su gente, y ninguno de los dos ejércitos mueve una compañía sin que su enemigo comprenda la intencion de la maniobra. Es una gran batalla, acaso la más artística de todas, pero por eso mismo el juego, por muy poco no fué tablas; algo ménos de actividad en Masséna, y Napoleon sucumbe para siempre; algo más de resistencia al ataque de Macdonald y los dos ejércitos vivaquean aquella noche en el campo de batalla.

CAPÍTULO III.

VARIAS OPERACIONES

QUE EXIGEN REGLAS ESPECIALES ADEMAS DE LAS GENERALES DEL ARTE.

I.

Convoyes.

Hemos visto en las páginas anteriores que, en la guerra moderna, los ejércitos se reconcentran todo lo posible, sin fraccionarse sino en casos muy determinados y cuando se tiene gran superioridad sobre el enemigo. Á pesar de eso, es forzoso, para auxiliar la ejecucion del plan general de campaña, desprenderse muchas veces de fuerzas que parten á puntos más ó ménos distantes de la zona principal de operaciones para llevar á cabo una empresa que, aunque accidental y secundaria, coadyuva á la que se propone el grueso del ejército.

El número y composicion de estas fuerzas varía indeterminadamente, segun el caso; y el oficial que las manda ha de ser elegido á propósito para conseguir el fin táctico, político, estratégico, ofensivo ó defensivo, que se proponga, y ha de concedérsele gran latitud en sus facultades, como quiera que, hasta cierto punto, va á operar con independencia. Sin embargo de esta independencia, este jefe no debe jamas olvidar que es parte componente del ejército, que su base de operaciones es movible porque es ese mismo ejército, y que, por lo tanto, ha de subordinar sus movimientos á los de la masa principal segun los sucesos que

sobrevengan, procurando no verse nunca interceptado de ella. Respecto á lo demas, como jefe de un cuerpo aislado, y necesitando, para cumplir su mision, de los reconocimientos, marchas y combates, ha de tener presente las reglas del arte militar como si fuera un general en jefe.

Estas comisiones, á las que nosotros llamamos operaciones auxiliares ó secundarias, son tantas y tan distintas, que apénas podemos enumerarlas; unas veces tienen por objeto conducir víveres ó municiones al ejército, otras observar ó contener un cuerpo enemigo, destruir partidas, pacificar una ciudad sublevada, introducir socorros en una plaza, adelantarse á la ocupacion de un punto estratégico, escoltar á un depósito seguro los prisioneros, promover una insurreccion en una provincia de espíritu favorable á la causa, dar un golpe de mano sobre un fuerte, exigir contribuciones al país, y muchos otros que pueden presentarse, y de los que no nos ocupamos porque todos tienen analogía con los dos ó tres que vamos á detallar.

Convoyes. Los elementos necesarios para proseguir la guerra, como víveres, municiones, armas, trenes, caballos, etc., conducidos desde la base á los puntos del frente de operaciones donde se necesiten; ó al contrario, los elementos ya gastados, como heridos, prisioneros, material sobrante, etc., conducidos desde el ejército á la base, el trasporte de todo esto, la columna que forma y la escolta que lo ha de conducir y defender, todo en conjunto se llama *convoy;* y aunque muchos sólo quieren dar este nombre á la escolta, segun el uso comun, la palabra se aplica indistintamente al todo, á las fuerzas militares y á los objetos conducidos.

A primera vista se comprende que constituyen el convoy un numeroso material y una fuerza muy corta en relacion con la longitud de la columna, y que, por consiguiente, la marcha ha de ser lenta y el combate muy difícil y peligroso. Teniendo esto muy presente, el jefe del convoy ha de procurar por todos medios no hallarse con el enemigo; y si esto no fuere posible, debe combatir á la defensiva, cubriéndose con la misma impedimenta,

y no aspirando á vencer, sino sólo á seguir la marcha salvando la mayor parte del convoy.

Para conseguir esto se necesita guardar el mayor misterio en la operacion, ocultando el dia, la hora, las tropas, el objeto y el itinerario; sostener á todo trance y con rigor el órden y disciplina en los conductores y carreteros á fin de que sean exactos á las horas y listos á la carga y descarga, que marchen unidos y con la velocidad que se les exija, que aparquen segun se mande, que cuiden de abrevar su ganado cuando se les permita, y que se convenzan de que en tal situacion les es más cómodo obedecer á la autoridad militar, que hacerse morosos con ella y perder el tiempo en discusiones inútiles. Es preciso tambien, más que en cualquiera otra operacion de guerra, un conocimiento exacto y minucioso de las localidades y sus accidentes, del enemigo y sus fuerzas, y de las poblaciones y su espíritu.

Antes de emprender la marcha, el jefe tendrá una noticia detallada del número de trasportes, objetos que hay que conducir y distribucion de las cargas, y en vista de esto calculará el fondo que ha de llenar la columna, teniendo presente que cincuenta carruajes de dos parejas ocupan, poco más ó ménos, un kilómetro, y marchan en buen camino ménos de una legua por hora.

El convoy de acémilas es más ligero que el de carros y puede hacer jornadas de ocho leguas, pero hay en el más desórden por la tendencia que tiene el ganado á arremolinarse.

En cualquier caso, el convoy marchará con el mayor frente posible, llevando en el centro lo más interesante, como armas, víveres y municiones, y á vanguardia y retaguardia los carros de ménos interés.

Para conseguir el mayor órden posible, conviene dividir el convoy en secciones de varios carros, mandadas cada una de ellas por un oficial á propósito y escoltadas por un peloton de infantería, y hacer que un cabo, sargento ó soldado hábil cuide de cada carro, y que algunas parejas de caballería recorran sin cesar todo el fondo de la columna.

La escolta se dividirá en tres partes, vanguardia, centro y re-

taguardia; más ó ménos fuertes cada una, segun el lado por donde se tema el peligro.

La vanguardia, con la que marcharán algunos obreros, militares ó paisanos obligados para recomponer los caminos, adelantará las descubiertas lo más posible, y escalonará pequeñas partidas que sostengan constantemente la comunicacion con el cuerpo del convoy. El flanqueo se llevará bien á fondo y con cuidado, porque siendo muy lento y difícil el despliegue de un convoy, interesa mucho que haya tiempo para prepararse al combate, y que no queden ocultos, en algun accidente del terreno, enemigos en número suficiente, si no para tomar el convoy, al ménos para alarmarle y apoderarse de algunas cargas.

Todo paso peligroso debe ser ocupado anticipadamente, y no se adelantará una línea sin haber hecho los necesarios reconocimientos, y destacado guerrillas ó exploradores que adquieran noticias exactas acerca del enemigo.

El centro, en su mayor parte compuesto de infantería, irá al flanco de los carros si el camino lo permite, y si no á la cabeza y cola de la columna, dispuesto á defender el cuerpo del convoy, y sosteniendo por derecha ó izquierda un escrupuloso flanqueo.

La retaguardia, organizada poco más ó ménos como la vanguardia, mantendrá una comunicacion constante con el centro, el mismo flanqueo que las otras fuerzas y la misma vigilancia sobre el enemigo; y si temiera la presencia de éste por su lado, cortará los puentes y cerrará los desfiladeros.

Para los grandes descansos y para pernoctar, se escogerán aquellos puntos donde más cómodo y fácil pueda ser el aparcamiento en posicion reconcentrada, con las secciones y con los carros por su órden, y dejando las calles precisas para la circulacion.

Estas maniobras se hacen generalmente por retaguardia de la cabeza en batalla por carros, á derecha ó izquierda; y el desfile, por el carro de la derecha para marchar á la izquierda, ó al contrario, porque son las más ordenadas y rápidas y no dan pretex-

to para que se dejen esas largas distancias que los carreteros quieren llevar.

El campo y todas sus avenidas estarán militarmente ocupadas como si se temiera al enemigo, y el parque de carros en disposicion de ser defendido fácilmente, cubriendo á las tropas.

En estos casos hay que hacer comprender á los conductores que en el acto se les pasa por las armas si hacen algo que pueda producir confusion, como dar gritos de miedo, correr ó procurar los unos con perjuicio de los otros cubrir su ganado.

Análogas precauciones tienen que tomarse para la conduccion de un convoy por agua. Ambas orillas serán reconocidas minuciosamente; todas las barcas tendrán guarnicion, y algunas, sin cargamento, servirán para pasar de orilla á orilla las tropas que se necesiten para el flanqueo, pero unas y otras deben sujetar su velocidad al paso de la escolta que va por tierra. En cuanto á lo demas, en uno y en otro caso se deben tener presentes las reglas generales que hemos dado en el capítulo de marchas.

Ataque y defensa del convoy. Cuando ya se tiene noticia de que el enemigo se acerca, se acelera la marcha sin precipitarla, se aumenta lo posible el frente, se unen los carros, y sobre el punto amenazado se reune el mayor número de fuerzas, con órden de batirse sin detenerse, prefiriendo los movimientos ofensivos, pero sin lanzarse á fondo, y sólo procurando sostener y cubrir la marcha, por lo ménos, hasta llegar á una posicion favorable.

Al mismo tiempo se procura dar aviso á los puntos donde se halle el ejército, de que el convoy se ve atacado, porque con esto tal vez se consiga recobrarle aún despues de perdido.

Cuando ya no queda otro remedio, se hace alto y se forman los cuadros de carros con las zagas á la campaña y los tiros al interior. Esta maniobra puede hacerse, si se va en dos hileras, contramarchando cada una por un arco suficiente, formando en seguida en batalla hácia el interior por retaguardia de la cabeza; si en una sola, desde luégo pueden formar los carros de la primera mitad por retaguardia de la cabeza, y los de la segunda,

variando á derecha ó izquierda, hacen lo mismo cuando llegan á la altura del último de los ya formados; despues se cierran los dos extremos de la calle con otros carros, dejando en el centro los de más interes. Todas estas maniobras son tan expuestas, que es preciso encargar su ejecucion á oficiales inteligentes que no se cuiden de otra cosa en aquel momento.

Si no hubiera tiempo para tanto, puede tomarse el órden siguiente, aunque en él quedan mucho más claros que en el anterior: los carros de la derecha ó la cabeza forman por conversion de cada uno en batalla á la izquierda; los otros, á la derecha, ó bien, si no se quiere dejar claros, se desengancha sucesivamente el ganado y se unen lanzas con zagas, pero esto no debe hacerse sino en último extremo, á no ser que los tiros sean del ejército, y sea preciso salvarlos ya que el convoy se pierda.

Establecido así el parque, y reconcentradas las fuerzas de vanguardia y retaguardia, se entabla el combate desde fuera de los carrros, sin guarecerse en ellos sino cuando no queda otro recurso; los fuegos se cruzan sobre todo el frente, y se maniobra de modo que el enemigo no llegue al parque. Cuando ya es forzoso parapetarse en los carros, se sostiene allí la lucha hasta el último momento, y si ni abandonando carros al pillaje del enemigo, ni por otro medio se puede salvar el convoy, es preciso entónces incendiarle, y salvar por lo ménos la escolta, abriéndose paso espada en mano.

Si el terreno lo permite, puede dispersarse el convoy por secciones por distintos caminos, señalando ántes un punto de reunion; acaso de este modo se consiga no perderlo todo.

Si el centro es atacado de repente sin conocimiento de la vanguardia, apénas ésta y la retaguardia oyen el fuego, acuden sin esperar órden ninguna al combate, atacando vigorosamente los dos flancos del enemigo.

El ataque por retaguardia es casi siempre falso, porque el verdadero punto débil del convoy es el flanco de marcha, y por consiguiente, á este ataque sólo se contestará con las cargas defensivas de la reserva. El de vanguardia es el que ménos resultados

ofrece, porque un cambio de direccion ó una contramarcha lo evitan; y si esto no es posible, por lo ménos se puede tomar una posicion buena y formar los parques del modo conveniente miéntras que la vanguardia, que siempre va distante, sostiene el combate hasta que todo el convoy está dispuesto.

El que ataca debe ser dueño del momento y elegir la posicion que le convenga, porque esto no puede impedirlo el que conduce el convoy, á ménos que del ejército se haya desprendido otra columna, ademas de la escolta, con la comision de maniobrar sobre el enemigo, procurando flanquear y cubrir la marcha del convoy, que es lo que generalmente se hace.

Las fuerzas se dividen en tres partes, una para atacar directamente los carros; otra para combatir con la escolta, procurando cortarla del parque, y otra de reserva.

El ataque de más interes es el de los carros, porque una vez perdidos éstos, la escolta flaquea y no trata sino de salvarse. Para que este ataque no se malogre, debe elegirse el momento en que el convoy esté en marcha y el sitio en que la columna tenga más fondo; entónces se hace fuego al ganado para espantarle é impedir el cuadro de carros, desordenando la hilera, y si el ataque se frustrára, se fingirá una retirada para caer luégo con más brío y de repente sobre el convoy en el momento en que emprenda de nuevo la marcha.

Lo que no se puede apresar se debe incendiar, y si el corto número de las fuerzas no permite un ataque serio, al ménos siempre puede intentarse cortar algunos carros, ó introducir la alarma y el desórden en el enemigo, porque no hay tropa más débil ni comision más difícil que la de los convoyes, y una miserable partida la mologra.

El ataque á un convoy de acémilas es mucho más fácil, porque contribuyen al éxito el espanto del ganado y el miedo de los conductores, que no pueden cubrirse como en los carros; pero tambien la marcha es más ligera y las maniobras de la escolta aplicables á todos terrenos.

El convoy de pólvora exige precauciones especiales, tanto para

la marcha como para el combate; en la primera poco tenemos que decir; toda la vigilancia será poca para impedir una voladura, particularmente al pasar por las poblaciones; en el segundo, es inútil demostrar que los carrros han de colocarse fuera de tiro; es verdad que el enemigo procura por su parte no llevar el combate á ellos, sino á la escolta únicamente, pero siempre hay que temer que en último extremo intente volarlos.

Generalmente hay poco interes en el ataque de un convoy de enfermos y heridos, y ademas, la defensa es mucho más fácil, porque de algo sirven ellos en sus carros; pero no sucede lo mismo con el de prisioneros, que son dentro de las filas un elemento de perturbacion. Sin embargo, como el combate y la marcha se reduce á lo ordinario, porque aquí no hay carros ni entorpecimientos, y como se maniobra de modo que el enemigo se vea obligado á dañar á los suyos, debe esperarse mucho de la defensa, y más si se considera que el que ataca sólo puede hacer uso del arma blanca; pero cuando existen inteligencias entre los prisioneros y el enemigo, y coincide con el ataque una tentativa de evasion bien dirigida, es casi seguro el rescate.

En fin, todo lo perteneciente á convoyes es tan vário y complicado, que no podemos dar otras reglas que las ya prescritas, y eso sin recomendarlas como absolutas.

II.

Forrajes.

En la milicia se da por extension el nombre de *forraje* á la accion de forrajear, ó sea abastecerse á costa del país de los artículos necesarios para el sustento, no sólo de los animales, sino tambien de los hombres, y con la misma palabra se designa la masa de los artículos forrajeados. Cuando el forraje se verifica en los campos se llama *forraje en verde*, y cuando se hace en las po-

blaciones, exigiendo á los vecinos los artículos de su cosecha, *en seco*.

La organizacion administrativa de los ejércitos modernos ha quitado grande importancia á esta operacion, que era tan interesante en las guerras del siglo pasado, que á veces para sostenerla se ponia sobre las armas todo el ejército; pero hoy, por la facilidad en comunicaciones, por la abundancia de papel-moneda, por el mayor respeto á la propiedad particular, y por el espíritu civilizador de los ejércitos modernos, las provisiones se compran ó se hacen venir de los depósitos, y el forraje muy pocas veces existe. Á pesar de eso, es preciso estudiar esta operacion, porque hay casos en que es inevitable, y porque en último extremo la guerra debe alimentarse con la guerra, y si el merodeo ha de existir, ha de ser legalizado y organizado por el jefe, y no á discrecion del soldado, porque de este modo el país sufre más, la disciplina se pierde, y el ejército se hace odioso.

El forraje es una operacion táctico-administrativa, que mal conducida no compensa con su resultado el daño que hace al pueblo privándole de lo suyo, y al ejército desmoralizándole, y haciéndole adquirir hábitos de vandalismo; exige, por consiguiente, un órden rigoroso, equidad en el trabajo y reparto, y un conocimiento grande del país y sus productos.

Elegido el sitio, que debe ser lo más distante posible para así privar al enemigo de subsistencias y conservarlas siempre en las inmediaciones, se dirige á él la brigada ó division de forraje, dividida en dos secciones, una de forrajeadores y otra de escolta. La primera, provista de hoces, sacos, cuerdas, etc., y armada muy á la ligera, se subdivide en grupos, unos para la siega, otros para liar los haces ó llenar los sacos, y otros para la carga, mandados por oficiales de mucha energía y serenidad, que sepan conducir la operacion con órden, sin alarmas ni sobresaltos, ni cuidarse para nada del combate si le hubiera.

La escolta se organiza como para combatir, segun el terreno y las fuerzas; en la marcha explora y flanquea, como en una marcha de maniobra, y al regreso como si fuera escolta de un convoy.

Antes de principiar la operacion, se reconoce el campo, se ocupan todas las avenidas con fuertes puestos de una ó de dos armas, se destacan centinelas perdidas y grandes guardias, y se establece en una posicion central el grueso de la fuerza de reserva. En seguida se da principio al forraje, y si hubiera seguridad, pueden irse retirando sucesivamente las cargas al campamento; pero en caso de ser posible la presencia del enemigo, nadie se mueve hasta que el forraje esté terminado.

En caso de alarma, la línea de grandes guardias procura contener al enemigo un momento, y reconocerle bien para poder dar un aviso cierto de las fuerzas con que viene y en qué direccion, y despues de preparar el ataque, se replega á la de puestos para formalizar el combate.

Cuando ya esté bien segura la reserva de cuál es el ataque falso y el verdadero, avanza á sostener los puestos amenazados, y defiende el terreno todo lo posible para dar tiempo á que los forrajeadores acaben de cargar; si esto no puede ser, se incendia el forraje, á ménos que se deje como cebo para evitar una persecucion demasiado vigorosa, ó que haya el proyecto de volver á reconquistarle, cayendo de repente sobre el enemigo cuando más ufano se halle de su victoria.

En estos momentos los oficiales de los forrajeadores desplegarán toda su energía para que no se perturbe el órden en su gente por obstinarse en tomar parte en el combate; porque todo el empeño del que ataca es producir confusion entre los forrajeadores.

En el ataque juega la caballería el papel principal, procurando con sus audaces correrías llegar hasta el forraje y cortar de él á la escolta; pero las reservas no deben emplearse sino en el último momento, cuando ya comience el desórden en los forrajeadores y pierda la escolta la esperanza de salvarlos. Entónces se adelanta el número de hombres preciso para la carga del forraje conquistado, y cuando cada uno tiene su carga hecha, se retira en seguida á sitio seguro á retaguardia del ataque.

Para los forrajes en seco debe siempre convencerse al vecindario de que le tiene más cuenta presentar los artículos pedidos en

el sitio que se le señale fuera de la poblacion, que no ser molestado por la tropa en las casas; pero si se niega á ello, hay que ocupar militarmente la poblacion, prohibir el tránsito por las calles, tomar todas las medidas necesarias para llevar á cabo el forraje sin producir vejaciones y estando en disposicion de resistir el ataque del enemigo el tiempo suficiente para evacuar el pueblo, y retirarse con la gran reserva que debe haber quedado fuera.

En todas estas operaciones lo más interesante es que haya justicia con los pueblos, que no se les exija lo que no pueden dar, que no se recargue á unos en perjuicio de otros, que se sostenga la disciplina con rigor, que se organice un sistema económico de tributos, y que se proteja el país, por hostil que sea, para no luchar de frente con su espíritu.

III.

Sorpresas.

Como no es posible ocultar la marcha de un grande ejército, las sorpresas no son nunca una operacion de la gran guerra, á no ser que demos el nombre de sorpresa á esas operaciones prontas por las que se consigue desplegar en batalla ántes que el enemigo.

Pero la sorpresa, verdaderamente dicha, es aquella que verifica una corta fuerza cuando tiene un conocimiento profundo del país y de la situacion del enemigo, y puede llegar hasta él por caminos ocultos, y despertarle á balazos, ó ametrallarle de repente en su marcha. No hay ejército que resista á un ataque de esta naturaleza tan imprevisto y tan rudo, por mucha que sea su disciplina y su valor, y esto sólo puede evitarse exigiendo vigilancia en el servicio, y cumpliendo la vanguardia y las tropas de flanqueo con su obligacion.

La mejor hora para verificar una sorpresa es el amanecer, y el mejor modo, hacer primero una descarga general y en seguida, sin volver á cargar, arrojarse con ímpetu á la bayoneta.

La *emboscada* es la sorpresa que se hace á una tropa en marcha por otra detenida y oculta por los accidentes del terreno, que logrando pasar desapercibida á los exploradores del enemigo, aparece de repente sobre el flanco de marcha. Esto puede ser una operacion aislada, ó una maniobra episodio de una batalla general, de una persecucion, ó de una retirada; pero de cualquier modo, el combate toma el mismo carácter que el de la sorpresa: gran fuego, gran ruido y bruscos ataques.

La *celada* es tambien una emboscada á donde se lleva al enemigo atraido por retiradas falsas de una tropa que obra á la descubierta, en combinacion con la que está oculta.

El estudio de todas estas operaciones, más que en los libros de arte militar, debe hacerse en la historia de nuestras guerras. Hay en el carácter español una aptitud especial para la guerra de partidas, y no sólo porque nuestro país sea montañoso, que extensas llanuras hay tambien, y en ellas se han distinguido célebres partidarios de caballería, sino porque nuestro ingenio es fecundo en recursos, y nuestra altivez nos hace amar esa independencia y libertad de accion que disfruta el guerrillero y que no puede concederse al soldado. Pero téngase en cuenta que esos guerrilleros españoles, despues de hacer su aprendizaje, llegan á familiarizarse con las operaciones de la gran guerra, porque á la gran guerra pertenecen muchos de los hechos de esos célebres cabecillas, que luégo se convierten en generales. Mina sostuvo contra los franceses ciento cuarenta y tres batallas ó acciones, sin contar con los pequeños choques. En la de Rocafort, con 3.000 hombres derrotó 5.000, tomándoles todo su material y causándoles 2.000 bajas; en la de Salinas apresó un convoy y rescató 200 españoles, matando 2.000 hombres. En la de Mañeru destrozó completamente al general L'Abbe con 5.000 hombres, haciéndole entrar en Pamplona con sus restos, y bloqueada esta plaza por las guerrillas, se vió precisada á rendirse á las tropas españo-

las. Diez y ocho generales franceses ocupados en perseguir á este caudillo, jamás le pudieron batir ni sorprender. Trece plazas y fuertes, 14.000 prisioneros, un inmenso material, 40.000 bajas el enemigo por 5.000 suyas, y 4.000 españoles rescatados, todo lo consiguió sin otros recursos que su pericia, su valor, el buen espíritu del país y las condiciones del terreno. Nada recibió del Gobierno; sacaba sus fondos de los convoyes que tomaba al enemigo, de las multas que imponia á los afrancesados, de los donativos voluntarios del país, y de las aduanas que estableció en la frontera, llegando hasta imponer cien onzas mensuales á la francesa de Irun. Jamás exigió contribuciones á los pueblos, ni otra cosa que la racion.

Véase, pues, si hombre como éste, ó como Zumalacárregui, que levantó y organizó un valiente ejército de 30.000 hombres, sin más recursos que su génio, ó como otros muchos que podemos citar, militares, paisanos y eclesiásticos, no merecen el título de grandes generales.

IV.

Diversiones, destacamentos y desembarcos.

Hemos demostrado en estrategia y táctica lo conveniente de concentrar la fuerza propia, obligando al enemigo á dividir la suya; mas para conseguir este resultado, se necesita amenazar en distintos puntos á la vez, y esto exige tambien dividirse; por lo tanto, á lo único que se debe aspirar es á verificarlo de modo que sea más fácil para el ejército que para el enemigo la concentracion cuando convenga. Partiendo de este principio, fijarémos las reglas á que deben sujetarse las diversiones, las demostraciones y los destacamentos, teniendo presente: primero, que deben economizarse todo lo posible; segundo, que las fuerzas destacadas no se han de necesitar durante su ausencia, y tercero, que

han de poder incorporarse en cualquier momento en que se necesiten.

Diversion. Es la operacion por medio de la que, con una parte del ejército, se lleva la guerra á una comarca distante del teatro principal de operaciones, obligando al enemigo á fraccionarse por socorrer el punto amenazado, y suscitándole las dificultades políticas consiguientes á una doble campaña.

Fácilmente se comprende que siendo aquí el que hace la diversion el primero que divide sus fuerzas, si por este hecho se queda tan débil en el teatro principal que no puede contener al enemigo, éste, sin cuidarse por lo pronto de la diversion, abrumará á su contrario con la superioridad numérica, y despues de vencerle acudirá con toda su masa á la provincia invadida. Del mismo modo, si suponiendo las fuerzas equilibradas, la diversion por su naturaleza no exige que se la opongan, para poderla vencer, fuerzas muy superiores á las que ella cuente, tampoco se consigue el resultado, porque el equilibrio se sostiene tanto en la provincia invadida como en el teatro principal de las operaciones; luégo, para que tal empresa tenga buen éxito, es preciso que sea indispensable para el enemigo el acudir pronto á oponerse á la diversion, y que, por razones políticas ó militares, necesite para dominarla fuerzas muy numerosas, viéndose obligado por esto á quedar débil en el teatro principal de operaciones.

Si la causa que se defiende cuenta con simpatías en una provincia distante, que sólo necesita para sublevarse el auxilio de un cuerpo regular de tropas, si por cualquiera otra razon la presencia del enemigo en aquel punto pone en un grave conflicto el comercio, la riqueza nacional ó los elementos de vida del Estado, se debe á toda costa realizar la diversion; pero cuando nada de esto sucede, es una falta imperdonable aventurarse en una empresa difícil, y que tal vez exija poner el ejército á la defensiva hasta que se vea el resultado. De este vicio adolecieron las expediciones del ejército carlista durante la guerra civil; áun condu-cidas con tino, y algunas, como la de Zarátiegui, la más notable, bajo el punto de vista militar, fuesen guiadas con mucho talento,

todas tuvieron funesto resultado, unas para sí mismas, y otras para la causa que defendian. No vanas esperanzas, sino una profunda fe en la insurreccion de algunas provincias, hubiera sido la única razon que las podia justificar ante el arte, porque débiles en caballería y artillería, arriesgándose en las llanuras á más de cien leguas de su base, debilitando en su teatro natural al ejército, y barrenando así los más sencillos principios de la ciencia militar, era preciso para justificarlas el éxito político, la insurreccion de las Castillas.

De todo esto se deduce que la política es quien principalmente debe fijar si hay razon para una empresa de este género, como la habia, segun el baron de Jomini, para que los enemigos de la república verificáran un desembarco en la Vendée; al general sólo debe quedar el cuidado de conducirla segun las reglas militares.

Las *demostraciones* son, por decirlo así, un conato de diversion; porque en estrategia son los movimientos por medio de los que se amenaza un punto de frente de operaciones, para atraer allí las fuerzas del enemigo y luégo volverse de repente á descargar el golpe sobre el punto desguarnecido, y en táctica, las maniobras falsas que con el mismo objeto se hacen sobre un punto de la línea de batalla. En este caso, si se persiste en la demostracion, y las armas llegan á jugar, ya se puede decir que es un ataque falso; y si todavía se marcha más á fondo porque aparece el éxito fácil, entónces deja de ser demostracion y se convierte en ataque real.

El mérito en las demostraciones consiste: primero, en que se dirijan á puntos importantes que el enemigo esté obligado á socorrer, desamparando los otros; segundo, que puedan convertirse en ataques reales si llega el caso, y tercero, que las fuerzas comisionadas puedan, sin peligro, reunirse al grueso del ejército para dar el ataque real ántes que el enemigo se reconcentre. Para todo esto es preciso que las líneas de maniobra del enemigo sean arcos cuya cuerda esté en nuestro poder.

Las demostraciones se hacen, ya con la masa general del ejér-

cito , ya con una sola parte; si lo primero, deben ser conducidas de modo que al cubrir el enemigo los nuevos puntos y al amenazarlos nosotros, se aleje él tanto ó más de los que abandona como nosotros nos acercamos á los que vamos á forzar ; si lo segundo, es preciso que , sin rompimiento ó separacion de esa parte con el todo, pueda el ejército moverse en la direccion del ataque verdadero de modo que crea el enemigo que se va á sostener el falso.

Destacamentos. Un destacamento es todo cuerpo de tropas desprendido del grueso del ejército para permanecer por algun tiempo en un punto fijo con un objeto político ó militar, como, por ejemplo, la conservacion de un punto estratégico de la línea de operaciones ó de retirada, la observacion de un flanco de la zona de operaciones que pueda ser amenazado por un nuevo ejército enemigo, la formacion de una reserva estratégica para verificar un cambio de base, y mil otros que pudiéramos citar.

Los destacamentos deben evitarse todo lo posible, porque rompen la organizacion del ejército. Dominar todas las plazas, poseer todos los nudos de comunicaciones, guardar todos los pasos, hallarse en todas partes en virtud de destacamentos, es no tener ejército en ninguna, y ser débil en todos los puntos; pero incurrir en el extremo contrario es no tener base, ni líneas, ni libertad de accion , y exponer el éxito de una guerra á una batalla perdida. Por consiguiente, los destacamentos son indispensables, y la única regla que sobre ello se puede dar es la de que si dos con dos misiones distintas, pueden ser sustituidos por uno solo que ocupe una posicion central que le permita atender á los dos puntos, debe hacerse así.

Si los destacamentos pueden incorporarse en un dia de batalla, deben hacerlo, porque es indudable que el enemigo, hasta despues de resuelto el problema, nada intentará contra los puntos secundarios, y dando gran libertad de accion al general, nunca podrá éste disculpar su ausencia de la batalla, á donde ha debido acudir, diciendo que no tenía órdenes para ello, porque la importancia de un destacamento puede ser permanente ó eventual,

puede existir un dia y no existir el siguiente, y esto es lo que debe estudiar su comandante, que es, hasta cierto punto, jefe de un ejército que tiene por base á otro ejército.

Acantonamiento es el establecimiento del ejército ó de una de sus partes en un grupo de poblaciones ó campos atrincherados para permanecer allí algun tiempo.

Los acantonamientos se toman por todo el ejército cuando la campaña queda por algun tiempo suspendida por cansancio, por haber pactado una suspension, ó por cualquiera otro motivo militar ó político, que obligue al ejército á permanecer fijo en un punto.

Exista ó no suspension de armas, el militar nunca debe confiar en la buena fe del enemigo ; por consiguiente, en cualquier caso el acantonamiento ha de tomarse como para combatir.

Tres necesidades tiene que satisfacer para que sea bueno ; primera, que ocupe una posicion estratégica desde donde se puedan proseguir ventajosamente las operaciones cuando se abra la campaña; segunda, que cuente con defensas tácticas para resistir todo ataque repentino y dar tiempo á que se concentre todo el ejército, y tercera, que los cantones ofrezcan recursos para el sostenimiento, descanso y salud de las tropas.

Aunque todo esto reunan los acantonamientos, producen desde luégo dos males; hacer que la guerra languidezca y se eternice, y enervar con el descanso al ejército, y en el espíritu de nuestros tiempos estos dos males son de gravedad ; el primero, porque contraría la impaciencia de la opinion pública, y el segundo, porque nuestras costumbres muelles nos hacen muy penosa la campaña despues de haber probado los placeres de la guarnicion. Esto prescribe, como regla general, que se haga el menor uso posible de los acantonamientos, pero como á pesar de todo hay casos en que no se puede prescindir de ellos, vamos á dictar las reglas que deben seguirse para constituirlos de modo que cumplan con su mision.

En primer lugar, es preciso que el enemigo no pueda ofender nuestra línea principal de comunicaciones, sin verse ántes obli-

gado á forzar los cantones, esto es, la posicion estratégica. Además se necesita que el acantonamiento sea formado por un grupo compacto de poblaciones, muy unidas con buenos caminos y ferro-carriles, para que sea fácil al ejército reunirse en pocas horas; para que el enemigo no pueda penetrar en el centro, conviene que este grupo de poblaciones tenga la forma de un gran reducto, cuyos ángulos sean otros tantos puntos fuertes de interes que ofrezcan por sí solos resistencia suficiente para sostenerse el tiempo necesario para la concentracion del ejército.

De este modo, sosteniendo contínuos reconocimientos sobre todas las avenidas, y una incesante vigilancia por los cuerpos de caballería ligera, á cuanta extension se pueda, no dejando al soldado languidecer en el descanso y teniéndole siempre dispuesto á combatir, cuidando sin cesar de la organizacion, de la disciplina, de la salud, de la administracion del ejército, un acantonamiento puede servir de mucho entre campaña y campaña.

Desembarcos. Si los descubrimientos del siglo no han cambiado los principios fundamentales del arte militar, por lo ménos en el desarrollo de esos principios y en la aplicacion de las reglas han influido de un modo poderoso. Es verdad que los medios para conseguir el fin son los mismos para los dos partidos beligerantes, pero cuando los medios son más, segun las épocas, el talento hace combinaciones sábias con aquello mismo que sirve á las medianías para confundirlas y para entorpecerlas en la ejecucion. Por eso la guerra moderna está más sujeta al talento que la antigua, casi siempre hija del azar, y el telégrafo, el vapor y las armas rayadas, que son en manos del génio un precioso instrumento de victoria, son para el ignorante un obstáculo más que vencer.

Respecto al uso de los ferro-carriles, sólo deberémos fijar como regla absoluta que es preciso tener una seguridad íntima de que la operacion no ha de ser cortada por el enemigo, porque sería muy crítica la situacion de un cuerpo de tropas que hallase interceptada la vía, y se viese atacado ántes de bajar de los coches; para evitarlo, no bastará la confianza en el servicio de la empre-

sa, sino que será preciso destinar á las líneas telegráficas empleados de un cuerpo de telegrafistas que debe adherirse al ejército, como el creado en la guerra de Italia y del que ya nos hemos ocupado ántes, y hacer, ademas, que á la marcha de los trenes precedan locomotoras de exploracion en las que vayan oficiales de Estado Mayor, con objeto de dar aviso por medio de cohetes ó de otro modo semejante, de las novedades que observen en la vía y en los campos inmediatos.

Pero si realmente el vapor no hà producido en la guerra terrestre una revolucion radical, no se puede decir otro tanto de la marítima y de las operaciones de la de tierra relacionadas con ella. Observarémos, desde luégo, que el vapor, con una diferencia muy escasa de velocidad, navega con todos vientos y en todas direcciones, y esto ofrece dos resultados importantes; primero, un ejército moderno, que tiene por base de operaciones el mar, está mucho mejor basado que un ejército de los antiguos; por consiguiente, hoy se puede aventurar mejor que en otro tiempo una guerra de esta naturaleza; segundo, una escuadra de vapores puede citarse y reunirse en un mismo dia, y acaso en una misma hora, en un punto de alta mar, con la confianza de que pocos ó ninguno de los vapores faltarán á la cita, y una escuadra de vela no, porque corre el peligro de que los barcos no puedan llegar en el momento oportuno. Ademas, algunas veces se ve obligada á dispersarse contra su voluntad, porque sus marchas, movimientos y maniobras dependen del viento y del mar.

En consecuencia de esto, y con toda esa libertad de los vapores, puede hacerse brotar misteriosamente del fondo de los mares una escuadra que caiga de repente sobre el punto de la costa en que ménos se la espera, y con el privilegio de no combatir sino cuando quiere; porque una dispersion en mil direcciones para volver á reunirse en un punto, no puede jamás impedirla el enemigo. Si éste se divide, persiguiendo vapor á vapor, ademas de que esta caza es muy difícil, sólo se consigue con ella algun combate parcial, y sin un plan preconcebido, sin un punto de reunion es imposible continuar así mucho tiempo; por consiguiente, se ve

la escuadra perseguidora precisada á reunirse para acudir al punto que cree amenazado en la costa, miéntras la contrária, ya reunida, se lanza sobre otro punto de interes.

Esta ligera idea, aunque extraña á nuestro libro, nos da el convencimiento de que el vapor, sin que el vapor se oponga, puede llevar tropas de desembarco á una costa enemiga, acreditando así la palabra de Wellington en las Cámaras inglesas, de que Inglaterra ya no tenía fronteras.

En vista de esto, creemos que las expediciones por mar, y la guerra con el mar por base, son hoy mucho más fáciles que en otros tiempos; pero en cuanto al desembarco en sí mismo, si hay que llevarlo á cabo á viva fuerza, ofrece mayores dificultades que ántes. Una costa que cuente con buenas posiciones tácticas, unidas con hilos telegráficos y vías férreas, y que tenga pocos puntos de desembarco, y esos defendidos, no con tropas esparcidas por toda la línea, sino con tropas en posicion central y dispuestas á reunirse en el punto amenazado, ha de ser precisamente un grande obstáculo para el enemigo; porque estos ataques á viva fuerza tienen en contra suya, que los fuegos de las escuadras son más difíciles y ménos certeros que los de la costa; que hay que suspenderlos justamente en el momento decisivo; que las tropas en las chalanas y molestadas con el mareo, tienen poca aptitud para combatir, y que las primeras maniobras de tierra, la ocupacion de los primeros puntos y el establecimiento de la primera base de operaciones ha de ser, por todo esto, muy difícil.

En resúmen, la expedicion marítima es hoy más fácil; el hallar el punto de desembarco desguarnecido, tambien; el apoyarse en el mar para las operaciones de tierra, ménos expuesto; pero el desembarco bajo el fuego de cañon, tan peligroso ó más que ántes. Cuando se logren evitar estos peligros con algun nuevo descubrimiento, que, como el de navegacion submarina, venga á auxiliar la ofensiva contra costas, la guerra del porvenir presentará lo que todavía no se ha visto, grandes desembarcos; y la lucha entre los dos continentes, necesaria para cumplir los

destinos de las nacionalidades modernas, y para poner en armonía los intereses de los dos mundos, será entónces fácil y pronta; y esto tiene que suceder, porque es providencial, sin duda, el hecho de que la ofensiva crezca en la guerra naval hoy que decrece en la de tierra.

CAPITULO IV.

SERVICIO AVANZADO.—GUERRA DE MONTAÑA.

I.

Servicio avanzado.

Tal vez se note como falta en este libro, el deseo de sujetar el arte de la guerra á muy pocas y determinadas fórmulas, buscando analogías en todo, así en el conjunto como en los detalles y en estrategia como en táctica; pero nos ha parecido éste el medio más á propósito para fijar en la mente los principios, déjando toda la libertad posible en la aplicacion de ellos en los casos determinados. Siguiendo la misma marcha, nos abstendrémos de penetrar en ese inmenso laberinto de prescripciones sobre el servicio avanzado, y sólo indicarémos aquellas reglas fijas que son inmutables en todos los tiempos y en todos los ejércitos.

El alma de la guerra es el secreto en las operaciones. Saber siempre lo que piensa el enemigo y ocultarle el propio pensamiento, llevar á cabo las empresas en el instante más inesperado para él, y tener espacio y tiempo para oponerse á las suyas robándole su espacio y su tiempo, es en resúmen todo el arte militar.

Para conseguir esto es preciso que en todos los momentos de la vida de un ejército, en la marcha, en el campo, en el combate, ántes y despues de la batalla, en la persecucion y en la reti-

rada, se tenga una vigilancia incesante sobre el adversario y sobre todos los puntos por donde se pueda presentar, ya en numerosa ó corta fuerza, ya por buenos y francos caminos, ó por caminos extraños y por medios los más ingeniosos ó inverosímiles. Y esto es de tanto interes, que así al frente del enemigo como léjos, muy léjos, de su accion, y en la paz como en la guerra, es preciso encarnar en el ejército ese espíritu de vigilancia constante, creando el hábito de ella y suponiendo siempre que á un paso de la tropa se halla un adversario astuto, hábil y valiente.

El combate es accidental, no es de todos los dias ni de todos los cuerpos, pero los reconocimientos y la vigilancia son la accion continuada de los ejércitos; en todos los casos y por todas las clases militares, por el general y el soldado, por las armas y los cuerpos, en la marcha ó en el combate, sin cesar y de modos variados hasta lo infinito, se reconoce y se vigila, y estas dos acciones están tan íntimamente ligadas, que no parece sino que la vigilancia es un reconocimiento militar que nunca termina.

En cualquier caso que la consideremos debe satisfacer las dos condiciones siguientes : primera, descubrir todo movimiento del enemigo á una distancia que dé espacio necesario para el del ejército, y segunda, ocultar todo movimiento de éste con tal anticipacion que no quede tiempo para el del enemigo; de modo que podemos decir que la vigilancia es un círculo cuyo centro es el ejército, y cuyo radio ha de ser, por lo ménos, igual á una distancia que se tarde tanto tiempo en recorrer como el que necesitan las tropas para pasar del reposo absoluto á la máxima actividad. Siempre que el enemigo consiga salvar esa distancia en ménos tiempo, se hallará en batalla ántes que el ejército haya formado.

Subordinándose á este principio, hemos organizado y hecho funcionar á la vanguardia en los despliegues y en la persecucion, á los flanqueadores en la marcha, y á la retaguardia en las retiradas, y ahora vamos á hacer lo mismo con el servicio avanzado en los campos.

La mision de la vanguardia era garantizar el tiempo y el espacio suficiente para tomar el órden de batalla desde el de mar-

cha, y la del servicio avanzado garantizar el tiempo y el espacio suficiente para tomar las armas y presentarse en combate, hallándose las tropas durmiendo en su vivac.

Segun la naturaleza del terreno y el número de las fuerzas, podrá ser ese círculo mayor ó menor, conforme sean más ó ménos las dificultades que el enemigo tenga que vencer y el tiempo que necesiten las tropas para hallarse en el pleno uso de su fuerza militar; pero de todos modos ese círculo ha de ser cerrado, no ha de quedar ningun sector, por pequeño que sea, que no se halle vigilado, y desde la circunferencia al centro ha de existir una comunicacion jamás interrumpida ni por accidentes del terreno ni por otras causas.

Ese ha de ser, por lo ménos, el más corto radio de vigilancia; para ver hasta donde puede llegar el más largo, sólo tendrémos presente que, siendo aquélla cuanto más extensa ménos activa, no debe extenderse hasta el punto de verse cortada de puesto á puesto, sino al contrario, sostenida desde el centro, llevando su accion á toda la circunferencia, y uniendo con una cadena insoluble, unos con otros, todos los puntos vigilados, de modo que la novedad que en uno se observe, se comunique instantáneamente á los demas. En una palabra, es preciso que ni una sola persona, sea amigo ó enemigo, pueda sortear el paso y llegar hasta el ejército sin ser descubierto ántes por las tropas que vigilan.

Sabiendo ya la mision que debe cumplir el servicio avanzado, conociendo las propiedades de las armas é institutos y la influencia de los accidentes del terreno sobre el combate, sería prolijo detallar las reglas á que debe sujetarse ese servicio, las tropas que en él han de emplearse, y las localidades que se han de ocupar. Es indudable que necesitamos : primero, dividir el círculo natural del campo en varios sectores que cada uno sea vigilado por una fuerza que constituye, por decirlo así, la línea más interior de vigilancia, y que se halle en comunicacion directa y pronta con el grueso del ejército; segundo, destacar de esa fuerza otras á puntos fijos en comunicacion con ella, que forman

una segunda línea más extensa, y de cada una de éstas destacar otras, y así sucesivamente hasta la última; tercero, establecer á vanguardia centinelas que formen un cordon contínuo, de modo que cada uno vea á sus inmediatos por derecha é izquierda, y cuarto, avanzar todavía más con fuerzas volantes que patrullen, cruzándose en distintas direcciones y reconociendo todas las encrucijadas y caminos. Estas distintas líneas, que, todas concéntricas, forman el círculo de vigilancia, son por su órden desde la más interior, los retenes, las grandes guardias, las guardias, los puestos, las avanzadas, las centinelas, las centinelas perdidas y las patrullas.

Segun el terreno, las vías de comunicacion, hora del dia ó de la noche, y mil otras causas fáciles de conocer, se fija la fuerza de que ha de constar cada una de estas líneas, armas ó institutos que la han de componer, puntos en donde se ha de situar, distancia que ha de haber entre ellos, y método con que se ha de hacer el servicio.

Es inútil advertir, por ejemplo, que la caballería ligera se preferirá á la infantería para los puestos avanzados en los terrenos llanos; que todos aquellos puntos desde donde se pueda descubrir mucho sin ser visto, serán ocupados; que desde la centinela perdida hasta el reten, se pondrá toda clase de obstáculos para contener la marcha del enemigo y retardar el mayor tiempo posible el repliegue de cada línea á su inmediata; que donde haya un nudo de caminos ó sendas, debe establecerse un puesto que destaque por esas vías avanzadas y centinelas; que todo accidente que facilite ocultar los movimientos, como bosque, garganta, etc., debe ser salvado y quedar dentro del círculo de puestos; que entre éstos ha de haber más ó ménos distancia, segun las localidades, pero siempre de modo que puedan replegarse sin peligro de ser cortados; y por último, que de dia podrá ser mayor el radio de vigilancia que de noche, pero de noche ha de ser más activo el servicio.

Todas esas fuerzas ocuparán sus puestos del modo que más favorezca al juego táctico de las armas, y se ocultarán en los acci-

dentes del terreno; pero procurando siempre descubrir mucho campo. Sus relevos serán frecuentes y habrá señas convencionales para evitar los gritos de ¿quién vive? y todo lo que sea dar á conocer al enemigo lo que se hace; no se encenderán hogueras, se guardará profundo silencio, y las avanzadas variarán de sitio con frecuencia para que nunca sepa el enemigo cuáles son los puntos ocupados. Se impedirá la entrada en el campo á toda persona desconocida; á los trásfugas, á los parlamentarios y á los paisanos trajinantes se les conducirá con las debidas precauciones á los sitios determinados, evitando toda conversacion con ellos; y con las avanzadas enemigas nunca habrá reuniones amistosas bajo palabra.

De todo lo que se observe en el campo contrario se dará inmediato parte, evitando tanto el alarmar sin motivo como el no alarmar cuando lo haya, y en caso de ataque se usará con preferencia el arma blanca, y la de fuego sólo como aviso, sin que se abuse de ella para esos tiroteos inútiles, hijos del miedo de un centinela.

El servicio no se alterará cuando se proyecte algun movimiento del ejército, ya sea ofensivo ó defensivo, porque de este modo se sostiene el engaño hasta el último instante; por el contrario, si se tiene alguna noticia de que el enemigo proyecta algun ataque, se tomarán todas las precauciones necesarias sin que él comprenda que ha sido adivinado su pensamiento.

Sería prolijo y hasta aventurado seguir fijando más reglas para tanto detalle como se debe tener presente. En un terreno se extenderá el círculo de vigilancia á media legua y en otro sólo á veinte pasos; aquí las centinelas serán dobles y allí sencillas; en una parte volantes y en otras fijas; este reten se compondrá de las tres armas, y aquél de sólo una; un puesto avanzará centinelas escalonadas á mil pasos, y otro sólo tendrá el de las armas; unas veces podrá explorar mucho campo, y otras apénas será permitido asomar la cabeza por detras de un árbol.

Siempre estará en disposicion de recibir el ataque una gran parte del reten, teniendo la caballería las bridas puestas y la in-

fantería las armas en la mano, y nunca se considerará inhábil ó cobarde al enemigo, al contrario, se temerá todo de él y se estará siempre con ojo avizor, recordando que nosotros los españoles hemos sufrido algunos reveses por despreciar al enemigo y hacer el servicio con indolencia.

II.

Guerra de montaña.

La guerra de montaña es casi siempre la guerra del débil contra el fuerte. No es un resultado, es un medio; no es un problema que se resuelve, es un problema que se plantea; no es el drama completo de una guerra, es la introduccion ó un episodio de ella, porque ó bien se reduce la lucha á que un corto ejército cierre el paso de las montañas á un enemigo poderoso, ó bien es una naciente insurreccion que, para crecer y propagarse, necesita guarecerse en las escabrosidades de una sierra, hasta que pueda esgrimir sus armas en campo abierto. De un modo ó de otro, la guerra consiste en el empeño por parte de uno de los ejércitos en hacer bajar á la llanura á su enemigo, y por éste, en no bajar hasta que, por haber crecido su fuerza, ó por haber perdido la suya el contrario en combates parciales, sea superior á él en campo raso. No es, por consiguiente, una guerra de grandes batallas ni movimientos generales, porque ni el terreno lo permite ni uno de los dos adversarios lo consiente, sino que es una combinacion de pequeñas maniobras, ardides, sorpresas, rápidas marchas y choques aislados, todos independientes al parecer; pero todos subordinados á un plan general, porque si no la campaña sería interminable, y los hechos se compensarian unos con otros.

Uno de los dos adversarios es casi siempre superior en número y organizacion, al paso que el otro lo es en conocimiento del

terreno y en aptitud individual para esa clase de luchas; el primero es más ejército, en el segundo son los hombres más soldados; aquél ataca de frente, éste acecha el momento, aparece, se retira, se dispersa, se vuelve á reunir, no se sabe cómo, no se sabe cuándo, y á lo mejor, cuando creemos que le perseguimos, volvemos la cara y nos hallamos con que es él quien nos persigue y quien ha tomado nuestras comunicaciones, y quien bate y abruma á nuestros cuerpos, presentándose en todos puntos con más fuerza. Sólo así se explica que la rebelion de una aldea sea el principio de una guerra civil, y que 5 ó 6.000 hombres sostengan por espacio de años una lucha con 80 ó 100.000; así se comprenden las dificultades que opuso á la república francesa la Vendée, el vuelo que dió Zumalacárregui á la guerra civil, y el tiempo que el gobierno ha tardado en dispersar las partidas catalanas y cuantas insurrecciones cuenta la trabajada historia de nuestro país.

Á falta de medios políticos, el único medio militar que hay para sostener la lucha es conseguir que los soldados lleguen á ser tan guerrilleros como los insurrectos, y que el país sea tan conocido por el ejército que ataca como por el que se defiende: para ambas cosas se necesita tiempo, y nunca llegan á conseguirse en el grado que convienen; mas para aproximarse en lo posible á ese grado, es preciso dar á las tropas una organizacion ligera, abandonar todo lo que sea un entorpecimiento para la marcha, hacer un uso moderado de las armas auxiliares, crear con la misma poblacion de las montañas cuerpos ligeros, conferir mandos de importancia á los jefes que por su naturaleza sean más conocedores del país, y sobre todo, dar á los reconocimientos militares todavía más interes que en la gran guerra, porque en las montañas, una senda de perdices ó el cauce seco de un torrente influyen más en el éxito de las operaciones, que en las llanuras el caudaloso rio y la magnífica carretera.

La primera condicion que se necesita para la defensiva en un país de montaña, es la buena eleccion de puestos, porque no siendo posible el hacer grandes maniobras, y teniendo que su-

bordinar la campaña al resultado multiple de choques parciales, es preciso vencer en cada uno de ellos por la superioridad en fuerza y posicion. Para eso todos estos puntos estarán de tal modo defendidos por la naturaleza y por el arte, que con pocas tropas se pueda resistir mucho tiempo á muchas, asegurando las infinitas líneas que forman el cánevas estratégico de un país de montaña, dominando los pueblos, enfilando los valles, protegiendo los puentes, y siendo cada puesto la llave de las entradas y salidas del territorio, los nudos de la red, el recinto de esa inmensa plaza fuerte. El resto del ejército ocupará una posicion central; desde allí destacará fuerzas por las principales comunicaciones y reforzará los puntos amenazados, y combinando un juego de marchas, unas convergentes y otras divergentes, procurará rehuir con éstas los combates que sean dudosos, y caer por medio de aquéllas sobre las columnas aisladas del enemigo.

Así pasa un dia y otro, y el enemigo se impacienta y comete imprudencias, y vencido hoy en un cuerpo, mañana en otro, se debilita gradualmente y pierde su prestigio, porque el vulgo, que no ve otra cosa sino que la guerra es de pocos contra muchos, y los muchos nada consiguen, acaba por irritarse contra el ejército. Entónces las reputaciones se gastan, los generales se aturden por el clamoreo de la opinion; de todos los cafés brotan planes de guerra, y entre tanto el enemigo se levanta y crece, arriesga de cuando en cuando alguna salida ofensiva de su recinto, y por último, baja de una vez á la llanura. Una vez allí, ¿quién resiste á este ejercito montañés, nutrido con hombres, como todos los montañeses, sóbrios, sufridos, inteligentes y bravos, robustecido en una guerra donde se ha necesitado del valor colectivo tanto como del individual; de la pericia del jefe como de la del soldado; de la táctica como de la esgrima; de la batalla como del desafío? Hé aquí una de las causas de que las grandes conquistas, las irrupciones, la marcha de las nacionalidades esté trazada en la historia desde las cumbres al llano.

No por eso debe desanimarse el que tiene la ofensiva, porque la superioridad en medios materiales, si la lucha se prolonga por

mucho tiempo, hace que se triunfe sobre los medios morales del enemigo; por eso conviene desde el principio dar gran vigor en el ataque y ahogar la guerra en gérmen ántes que se desarrolle y el enemigo crezca y el propio ejército se canse.

Tanto se parece una campaña de la gran guerra á una batalla, como una de montaña á un sitio; porque el teatro de operaciones en ésta no es otra cosa que una inmensa plaza fuerte cuyos muros es preciso abatir y cuyas manzanas de casas hay que conquistar una por una.

El plan ofensivo no puede ser otro que el de constituir una línea de bloqueo, y un reducido pero fuerte frente de ataque sobre el lado más accesible á la invasion; porque, extenderse por toda la circunferencia ante un enemigo dueño del centro, sería exponerse á combatir por partes contra el todo del defensor, que es lo único que éste desea. Para evitarlo, el que ataca debe tener el grueso de su fuerza, todo su material y la mayor parte de su artillería y caballería en una posicion segura á la entrada de las principales comunicaciones, y otra parte formará columnas ligeras que penetren hasta donde puedan por esos caminos, que corran toda la línea de bloqueo, ya combinándose entre sí, ya con el grueso del ejército, para hacer falsas demostraciones sobre unos ó sobre otros puntos, miéntras que se da el ataque real sobre el más interesante. Así de posicion en posicion se corta el radio de bloqueo, se establecen segundas líneas de puestos, la gran reserva penetra más en las montañas combinando su accion con la de las columnas volantes, y las principales comunicaciones caen en poder del que tiene la ofensiva; una vez conseguido esto, el éxito está seguro, porque es dueño del país el que lo es de los valles y de los caminos que los bordan, y el enemigo se ve precisado entónces á guarecerse en las cumbres, desde donde muy pronto es desalojado, sin que le quede otro recurso que dispersarse por completo ó bajar á la llanura y aceptar una desigual batalla.

Vemos por consiguiente, que, tanto para el uno como para el otro, esta guerra se distingue de la de los llanos en que es

preciso dividir más la fuerza; pero eso que á primera vista parece un mal, no lo es si se verifica esta division con el apoyo de los puestos fuertes, porque en país de montaña, un pobre castillejo tiene la importancia de una plaza, como lo hemos visto por la resistencia que ofreció el pequeño castillo de Bard á todo el ejército de Napoleon en la campaña de Marengo.

En cuanto á las columnas activas, deben hallarse divididas tambien, pero con mucha prudencia y de modo que puedan reunirse en el momento y en el sitio que se quiera.

No pueden ni deben darse más reglas; la estructura de las montañas, la organizacion de ambos ejércitos, y la razon política de la causa hacen que en cada caso particular sea preciso dirigir de un modo distinto las operaciones; como prueba de lo difícil que esto es, dirijamos una rápida ojeada sobre nuestra lucha civil, y verémos la razon de que se eternicen tanto todas las guerras de esta naturaleza.

III.

Líneas del general Córdova.

Si el mando en jefe de un ejército es el cargo más difícil que un hombre público puede desempeñar, nunca lo es tanto como en una guerra civil. Los amigos falsos, el encono de los partidos, las imprudencias y excitaciones de la prensa, el deseo vehemente de terminar la lucha, y lo exhausto del país obligado á sostener dos ejércitos, cuya victoria, cualquiera que sea, es siempre la derrota del pueblo, son dificultades y escollos tanto más insuperables cuanto que la opinion pública, obstinada en precipitar el curso de las operaciones, los presenta siempre como fáciles. Ningun ejemplo puede darse más á propósito para convencernos de esto que el de esa guerra mortal que por espacio de siete años ha conmovido á nuestra patria, obligándola á sostener medio mi-

llon de hombres armados. Los que dicen que esa guerra nada ha podido enseñar, los que desprecian á esos héroes infortunados luchando contra el destino, y los que se burlan de ellos diciendo que todos se apellidaban invencibles, no han juzgado la cuestion á su verdadera altura. Por nuestra parte, siempre que nos vemos cara á cara con un veterano de esos tiempos, cualquiera que sea su partido, ya pertenezca al de los vencedores en Hernani ó al de los vencedores en Mendigorría, no podemos ménos de saludarle con profundo respeto; y cuanto más reflexionamos sobre esta guerra, más providencial nos parece su desenlace, y más dignos de lauro los hombres que, sin faltar al honor de su bandera, contribuyeron á la paz, por más que si hubo alguno que se movió para ello guiado por un interes personal y mezquino, sacrificando su honra, le despreciamos desde el fondo de nuestra alma.

De todos los generales eminentes que en ella han figurado, de todas las reputaciones devoradas por la audaz ignorancia de los unos, por el fanatismo é imprudencia de los otros; de todos los víctimas de los consejos áulicos de café, de los diplomáticos y guerreros de plaza pública, sólo tomarémos aquellos dos en cuya época de mando se elevó la guerra desde el ardid hasta la batalla, desde la partida hasta el ejército; estos son D. Luis Fernandez de Córdova y D. Tomas Zumalacárregui. Pero ántes de estudiar sus planes, debemos hacer una ligera descripccion del teatro de operaciones (1).

La grande elevacion sobre el nivel del mar de la mesa de Álava y del centro de Navarra, hace que degradándose de repente hasta la costa, sea Guipúzcoa y Vizcaya uno de los países más fragosos de Europa. Rápidas vertientes, valles hondos y estrechos, bosques espesísimos y numerosos hilos de agua, cubren y surcan estas provincias, y como si esto no fuera bastante apoyo para la defensa, una numerosa poblacion, esparcida en multitud

---

(1) Lám. 12. Están trazadas en ella los ferro-carriles y caminos modernos.

de viviendas, caseríos y lugarejos, se comunica por mil trochas, senderos y caminos que van costeando los rios en la profundidad de los valles; una propiedad muy repartida y una agricultura á propósito tiende por toda la superficie su red de zanjas y cercas; constantes lluvias y nieves engruesan arroyos, torrentes y rios, precisamente más caudalosos allí donde necesita sus líneas de defensa el ejército que ocupe estas montañas, esto es, al fin de las vertientes.

En 1836, el ejército carlista ocupaba un círculo cuya circunferencia estaba marcada por la fontera, la orilla derecha del Arga, Estella, Los Arcos, Villarreal, la Peña de Orduña y la costa, hasta Francia, quedando fuera de este círculo Bilbao y San Sebastian en poder de la Reina. El centro, que lo formaba el grupo más alto de montañas, hacía de todo el teatro de operaciones un inmenso campo atrincherado con la frontera de Francia por gola; de modo que habia noventa y tres leguas de línea enemiga, y el resto era la gran comunicacion por donde los carlistas recibian sus elementos de vida, y sostenian relaciones con sus amigos de Europa, y divulgaban quince dias ántes las noticias procedentes de su campo que las del campo de la Reina.

En este año la situacion moral y material respectivas de ambos ejércitos era la siguiente. Todavía la escision política no habia entrado entre los absolutistas, y tenian más unidad de pensamientos que sus adversarios, divididos en moderados y exaltados, y sus generales gozaban más libertad de mando que los de la Reina, cuyas operaciones recibian de Madrid impulso tardío, y eran objeto de inconvenientes debates en la prensa y en la tribuna.

Pobres ambos ejércitos, el liberal lo era mucho más aún por ser más numeroso, por tener mayores necesidades y porque la poblacion le era enemiga; á veces sin otro abrigo que una chaqueta hecha pedazos y un pantalon de lienzo en lo más crudo del invierno, ni otra racion que un poco de trigo machacado entre dos piedras, se obligaba al soldado á marchas penosas y á combates desiguales y mortíferos.

Las dificultades tácticas que habia que vencer eran mucho mayores para el ejército liberal que para su enemigo, porque la ofensiva en un país de montaña es más difícil que la defensiva, y porque este ejército tenía que combatir con una tropa de voluntarios valientes, entusiasmados, prácticos en el terreno, y conducidos por un jefe de la talla del general Zumalacárregui, viéndose precisado á cubrir 93 leguas de línea, á marchar con todos sus recursos, á no penetrar en el país sino en grandes masas y casi privándose de comunicaciones. Sus correos tardaban en llegar, si llegaban, desde Vitoria á Pamplona, tres dias; á Francia, cuatro; á San Sebastian, seis, y á Bilbao seis, al paso que Zumalacárregui recibia en una hora, por su posicion central, por su fácil espionaje, y por sus partidas exploradoras, todas las noticias que acerca del enemigo quisiera saber.

En favor del ejército liberal quedaba el número, la organizacion, las relaciones como ejército de un gobierno constituido, la superioridad en caballería y artillería, y todos los elementos de fuerza que da el tener la ofensiva; pero por razones políticas, estaba precisado á fraccionarse en multitud de guarniciones y columnas. De 130.000 hombres que tenía, apénas le quedaban 40.000 para las operaciones, al paso que los 30.000 carlistas estaban en mano de Zumalacárregui en el momento que conviniese, y cuando no convenia, se dispersaban sin peligro ninguno hombre á hombre y batallon á batallon.

Sentados estos preliminares, vamos á recorrer, con las memorias de Córdova á la vista, los distintos planes de operaciones que se intentaron entónces, planes que, malos ó buenos, tenian todos en contra suya la impaciencia de Madrid, donde se ganaban batallas, sin otra receta que la de quitar un general exaltado y poner otro moderado, ó fortificar la sierra de Andía, ó prender á toda costa al Pretendiente.

El general Córdova, despues de algunas reflexiones políticas á este tenor, entra en materia tratando de probar que era imposible hacer que los carlistas aceptasen otros combates que aquellos que les convinieran; y que áun suponiendo que á costa de

inmensos sacrificios el ejército liberal cruzase todo el país, expulsando de él al enemigo, nada conseguia con esto, porque dejaba abierta á Zumalacárregui la Castilla, y tendria que volver en socorro suyo á toda prisa, llegando precisamente despues que el enemigo se hubiera refugiado de nuevo en las montañas.

Despues de extenderse en estas consideraciones y discutir y desechar todos los planes que por entónces bullian en el ejército y en Madrid, expone uno bastante razonado, aunque no exento de crítica, y que fué seguido por él, á la verdad, no con éxito completo.

Consistia principalmente en impedir al enemigo la comunicacion con las llanuras, localizando la guerra, y bloqueando, por decirlo así, las montañas. Para ello se establecieron várias líneas de puestos, pero que por su extension eran tan débiles, que constantemente se veian amenazadas y áun rotas.

Formaba la primera el Arga, cuyos puentes se volaron, conservándose sólo algunos pasos fortificados, entre ellos, como más principal, el de Lárraga. Con esta línea, dice el general, que quedó segura la ribera, cesó la incomunicacion de Pamplona, plaza hasta entónces muy acosada, se privó á los carlistas de su racion de vino, artículo de mucho valor para los cuerpos navarros, y se pudo disminuir á un solo batallon los 14 que defendian las comunicaciones. Esta línea se reforzó con otra en el rio Aragon.

La segunda, que aseguró á Vitoria como base de operaciones, la constituia el Zadorra con los puntos de Armiñon, Nanclares y Ariñes, fortificados, protegiendo las comunicaciones con el Ebro hasta entónces muy molestadas.

El Ebro, con obras en Miranda, puente Larrá, Haro y Logroño y algunos puestos en observacion de los vados, fué la tercera línea.

La cuarta, la de la Rioja alavesa, con La Guardia y San Vicente fortificados, y ligada á la quinta la del condado de Treviño, con los puestos de Treviño y Peñacerrada, cerraban la Castilla y la parte más rica de Alava, y proporcionaban al ejército una

base envolvente para maniobrar sobre los valles del Sur de la sierra de Andía, foco de la guerra.

Por último, el alto Arga, uniéndose á la primera línea y prolongándose hasta la frontera en los Alduides, constituia la sexta, circunvalando completamente el teatro de operaciones.

Parte de este mismo plan era cerrar la frontera de Francia, por donde se nutria de vida el ejército carlista, bien consiguiendo por medios diplomáticos la traslimitacion de tropas francesas, bien cortando estas comunicaciones por medio de maniobras combinadas desde San Sebastian y Pamplona.

Ademas, tres cuerpos de 20.000 hombres, uno apoyado en Vitoria, otro en Pamplona y otro en San Sebastian, debian operar de la circunferencia al centro, por líneas convergentes, atrayendo los dos primeros al enemigo, miéntras el tercero maniobraba por retaguardia, ó bien distrayéndoles con el primero miéntras los otros dos cortaban la frontera.

Este plan, á pesar de sus defectos, es producto de un detenido estudio, y con algunas variantes fué en el fondo aceptado por los generales que sucedieron á Córdova en el ejército. Si bien no satisfacia cumplidamente á la ciencia esta extension de líneas, y este fraccionamiento excesivo de fuerzas, razones políticas lo exigian entónces por el espíritu de los pueblos y por la importancia local de algunas ciudades, como luégo exigieron del general Espartero la desesperada operacion sobre Bilbao, que por fortuna este ilustre caudillo pudo llevar á cabo á pesar de las mil dificultades y de las poderosas razones que habia en contra, y que todas ellas tenian que inclinarse ante las fundadas exigencias diplomáticas.

Por lo demás, y prescindiendo de toda consideracion política, al plan de Córdova se pueden oponer importantes objeciones militares.

La primera, es que en guerras como de la que se trata hay que sacrificar algo á las exigencias de la impaciencia pública, y la situacion inactiva del ejército en sus líneas, esperando que llegase para el carlista el dia en que se viera precisado á forzar-

las, chocaba de frente con ese espíritu público, perdiendo el ejército el prestigio de su partido y ganando al enemigo entre tanto fuerza moral.

La segunda, que la escasez en que se queria postrar al enemigo, habia de venir muy lentamente, miéntras que á los recursos del país se añadiese el contrabando por las líneas y por la frontera.

La tercera, que áun suponiendo todo eso, era inevitable la rotura del bloqueo, puesto que ocupando los carlistas una posicion central, podian desde ella lanzarse al punto más débil, ántes que se hubieran concentrado en él las tropas esparcidas por la circunferencia.

La cuarta, que esto podian hacerlo con tantas más esperanzas de éxito, cuanto que no molestados activamente, tenian tiempo para prepararse.

La quinta, que la division en tres cuerpos de ejército, obrando por líneas convergentes desde la circunferencia al centro, en un país de montaña y ocupado por el enemigo en posicion central, daba una accion truncada á las operaciones, porque sabido es lo difíciles que son las maniobras combinadas cuando las columnas que han de coincidir en un punto luchan para llegar á él con el enemigo y con la naturaleza.

Y la sexta, que el ejército carlista era más fuerte que cada uno de estos tres cuerpos, y estaba en condiciones de batirlos sucesivamente.

Precede, sin embargo, un pensamiento á este plan, que demuestra haberse comprendido el verdadero problema de esta campaña, que era cortar de Francia al ejército carlista; más para realizarle, nos parece inconveniente ese empeño en cerrar la línea de Castilla, bastante cerrada ya con el Ebro; y siendo esta parte del teatro de la guerra el campo de batalla natural del ejército liberal, más numeroso y más fuerte en caballería y artillería, las operaciones debian ser encaminadas á obligarle al enemigo á descender á estas llanuras y áun á facilitarle su descenso.

Para eso era preciso dividir las fuerzas activas en dos cuerpos hasta cierto punto independientes, uno basado en el Ebro, y otro, el más numeroso, en San Sebastian, para que, maniobrando éste por retaguardia del campo carlista, cortase las comunicaciones con Francia y estrechase al enemigo hácia la meseta de Alava, combinando entónces sus movimientos con el cuerpo del Ebro; y para asegurar el éxito, se necesitaba un destacamento á la defensiva en la Navarra, provincia cuyo espíritu estaba muy dividido y no era del todo hostil á la causa de la Reina.

Pero cualquiera que fuese el plan, se luchaba, para llevarle á cabo, con tantas dificultades políticas, que es preciso ser muy presuntuosos y ciegos para no dar otra razon de que la guerra se prolongase que la ineptitud de los generales. ¿Ineptos Espartero, Oráa, Escalera, Córdova, Zumalacárregui, Cabrera, Zarátiegui, Villareal y tantos otros de uno y de otro partido? No, la ineptitud estaba en los medios morales y políticos. ¿Acaso venció Napoleon á la Vendée como venció al Austria en Ulm, ó á la Rusia en Austerlitz? ¿Es lo mismo luchar provincia contra provincia, ejército contra ejército, que sostener la guerra en cada una y en todas las ciudades, y en cada una y en todas las familias? ¿Es lo mismo tener al enemigo enfrente, que tenerle sentado á la misma mesa y partiendo el mismo pan?

CONCLUSION.

La tarea que nos hemos impuesto, ha concluido. Cualquiera que sea el mérito de esta obra, tiene para nosotros un valor muy grande, porque nos recuerda estudios penosos y privaciones sin compensacion. En una época en que las cuestiones militares son las únicas que nada importan al público, y en un ejército, si se quiere, de grande amor á la práctica, pero de muy poco á la teoría, no hemos titubeado en dar á luz estas incorrectas páginas, áun previendo que el único éxito de ellas sería recibir un elogio de buena sociedad en un círculo de amigos ó una benévola frase de algun jefe del ejército.

Hemos luchado para escribir y publicar estos artículos con el sueño en las guardias, con el cansancio en las jornadas, con el fastidio en las navegaciones, y sobre todo, con la pobreza en medios materiales, y esto despierta en nosotros un sentimiento de noble altivez, que nos hace amar nuestro libro, por malo que sea, y que nos alienta á estudios más profundos. Dentro de las condiciones de nuestro destino no se puede llevar á cabo una empresa literaria sino luchando con obstáculos de esos que impacientan el ánimo más constante y conmueven la fe más arraigada, pero que una vez vencidos, dan la medida de la fuerza de voluntad del autor, inspirándole un legítimo orgullo, no por la obra en sí misma, sino por la lucha con esos obstáculos.

Más que el estudio concreto del arte militar, hemos querido

hacer el de sus relaciones con la política y las ciencias del siglo; estamos muy léjos de sospechar siquiera que nuestro deseo se ha realizado, pero abrigamos el convencimiento de que éste es el único medio de analizar la guerra, que no puede ser en historia un hecho fortuito, ni en filosofía un principio aislado, sino el término de la série lógica, natural y precisa que recorre toda idea social en su desarrollo complejo, desde que brota en la mente de un hombre hasta que se encarna en las leyes, en la educacion, en los cultos, en las ciencias, en todos los principios de la vida de un pueblo. Que las guerras no han concluido, ni llevan traza de concluir, es cuestion de vista; á cualquier punto del globo que volvamos la cabeza, allí verémos un problema que resolver, una civilizacion que crear ó que corregir y unos intereses que promover ó analizar, y nada de esto se hace sin sangre, porque no brota la mies hasta que la semilla se descompone y muere debajo de tierra.

Ni los pueblos tienen ya definitivamente trazadas sus fronteras, ni en su gobierno han llegado á la perfeccion política; si esto llegase á suceder, que no sucederá, la humanidad se cruzaria de brazos, porque habria terminado su obra; y como no tendria ya razon de existir, desapareceria. Esa es la ley inmutable á que obedece todo lo creado; lo que no crece, decrece; lo que en su esfera de vida no tiene mision que cumplir, muere, porque si no, sería un objeto inútil, aquí, donde el átomo, y el insecto, y la arista y todo lo más pequeño tiene su puesto fijo y una funcion relacionada y en armonía con el conjunto del universo.

Europa se halla en un período de penosa gestacion; hay poderosos intereses de pueblo á pueblo y dentro de cada uno, que no rompen la lucha porque se temen; pero ella por sí misma estallará más ó ménos pronto; una chispa fugaz promoverá el incendio, y el incendio arreciado por el huracan de las pasiones públicas y alimentado con cuanto á mano hallen los pueblos y los gobiernos, arrasará los campos, preparándolos para el nuevo cultivo. Hoy, al calor de la discusion en todos los tonos, fermentan cuestiones políticas, económicas y religiosas, y por todas partes,

en la calle, en el templo, en el mercado, en el parlamento, en la córte, en el foro y en las escuelas se ve una sociedad vieja que se rehace, una nueva que avanza, y una media que fluctúa al violento vaivén de las otras dos. Véase si esto no es un abundante semillero de guerras.

Por muy remoto que esté el dia del peligro, y cualquiera que entónces sea la suerte de nuestra patria, no podemos hoy adormecernos á la suave brisa de la paz que disfrutamos; que cada operario trabaje su parte de tarea con la vista fija en el porvenir y el oido alebrastado, porque la guerra vendrá, y entónces, ¡ay del pueblo que no esté apercibido!

Que se posean de esta idea nuestros oficiales; que despierten su espíritu militar adormecido por el espíritu mercantil del siglo, y que purifiquen su inteligencia estragada por frivolidades literarias. Si este libro, y otros muchos mejor escritos, no bastan para conseguir este resultado, todos reunidos, si no sirven para formar escuela, servirán al ménos para inspirar amor á esa ciencia en que descansa la salud de los pueblos.

FIN.

APÉNDICE

Á LAS

NOCIONES DEL ARTE MILITAR.

La *Comision* encargada de levantar un monumento sepulcral donde reposen de una manera definitiva las cenizas del insigne escritor D. Francisco Villamartin, se dignó, por acuerdo unánime, nombrar al último de sus vocales, al ménos competente, al que traza estas líneas, para la redaccion de un *Apéndice*, en el cual aparezcan condensados ciertos principios de guerra posteriores á la fecha en que el malogrado tratadista publicó su excelente obra profesional.

Si nunca segundas partes fueron buenas, segun afirmacion de un genio imperecedero, honra y prez de la milicia española, con más motivo puede aplicarse todo el sentido de la frase á las modestas lucubraciones del designado por aquel acuerdo unánime, pues ni su talla literaria se aproxima remotamente á la del autor de las *Nociones del arte militar*, ni la profundidad de su pensamiento ha de servir de digno remate al ramo de vistosas flores que confeccionó, sin esfuerzo alguno, la imaginacion privilegiada de Francisco Villamartin.

Tales declaraciones del pigmeo, refiriéndose al gigante, son, con seguridad, innecesarias para las doctas personas que componen la referida *Comision;* pero quizá guiadas las mismas personas de un purísimo sentimiento de cabal delicadeza, hayan conferido el honroso encargo al vulgar publicista recordando la amistad que le unió con el finado, las batallas que juntos libraron en pro de la regeneracion militar, y hasta las

amarguras de la vida periodística, de las cuales nos condoliamos mutuamente en cortas horas de anhelado descanso.

Respondiendo la merced á consideraciones de esa índole, nosotros, áun cuando no desprovistos de fundado temor, la aceptamos muy reconocidos y procurarémos suplir la carencia de dotes intelectuales con la buena voluntad que en nuestra ya larga carrera literaria nos ha servido siempre para obtener, si no el aplauso, opuesto, en verdad, á merecimientos propios, al ménos una benevolencia nunca bien agradecida.

Oficiales de más talento, con mayor suma de ilustracion, se encargarán en su dia de dar á las investigaciones críticas de la obra de Villamartin un alcance esencialmente profundo; nosotros tenemos que concretarnos por todos estilos á colocar al final del libro clásico cuatro conceptos vulgares, repitiendo la frase del célebre filósofo griego : « *Omnia mecum porto.* »

* * *

Imaginacion brillante, talento sintético, alma templada para abordar sin violencia los más árduos problemas profesionales, Francisco Villamartin comprendia perfectamente en los últimos meses de su vida que las *Nociones del arte militar* necesitaban una ampliacion y una reforma.

Con efecto, las campañas de 1864, 1866 y 1870 vinieron á modificar en grande escala los métodos de guerra; el perfeccionamiento contínuo de las armas de fuego habia trascendido de lógica manera á las maniobras del campo de batalla; un progreso de la industria y del comercio, las vías férreas, tienen, sin embargo, una aplicacion directa en todo plan estratégico y en múltiples disposiciones tácticas; ya no basta de ningun modo para alcanzar la victoria una ofensiva impetuosa ni una defensiva tenaz. Se necesita más, se requiere un estudio prévio de esos elementos bélicos, de esos novísimos medios de destruccion ajena ó conservacion propia que ántes aparecian en número reducido si se los compara con los existentes en la actualidad. Así apreciaba tambien el asunto el malogrado tratadista, y de ahí provenian sus fervientes deseos de rectificar algunas apreciaciones de su obra y de proseguir la parte histórica, presentando ejemplos tan útiles como instructivos.

¡Murió acariciando semejante esperanza! La Parca inflexible vino á cortar el hilo de sus dias cuando en el campo de la serena discusion iban á medir sus armas en esclarecimiento de los mejores métodos de guerra

Lewal, von Scherff, Rüstow, Pierron, Lecomte, Wechmar, Verdy du Vernois, Guichard, Hoffbauer, etc., oficiales pensadores, dignos émulos en el estudio razonado de cuestiones tan interesantes del que siendo modesto capitan del regimiento infantería de Toledo se colocó de una vez y para siempre entre los más ilustres publicistas de la época actual.

El plan de Villamartin era sencillo: cambiar varios conceptos, muy pocos, en la exposicion de doctrinas profesionales, proseguir la narracion crítica de las últimas campañas y hacer deducciones lógicas de estos sucesos militares, completando así su primitivo trabajo.

Respecto al primer extremo, nosotros, áun cuando conozcamos algunas de las ideas del hábil tratadista, no podemos ni debemos invadir un terreno ya sagrado; lo veda en absoluto la misma veneracion al génio reconocido del autor, si no bastase la dificultad, siempre grande, de interpretar á conciencia el pensamiento íntimo de quien ya gozaba justa fama de docto maestro en la exposicion de doctrinas profesionales. Gracias, pues, que nuestras débiles fuerzas alcancen á reseñar vulgarmente algunos acontecimientos bélicos de las luchas contemporáneas no comprendidas en el libro de Villamartin, reseña que resultará desde luégo pálida, defectuosa, sin atractivo, al compararla con los períodos brillantes, escritos con inimitable estilo por aquel infortunado amigo del alma.

Sin embargo, un deber de grata obediencia á los acuerdos indicados nos marca el camino de la pública exhibicion; aceptamos resueltamente ese deber, y nos encomendamos á la benevolencia de nuestros compañeros de armas, suplicándoles se sirvan aplicar al caso el final obligado de los antiguos sainetes.

* * *

Poco despues de publicar Villamartin sus *Nociones del arte militar* estallaba una guerra en el norte de Europa, guerra de importancia secundaria, si se la considera desde el punto de vista del efectivo de los ejércitos y de la duracion de las operaciones, pero lucha trascendental á juzgar por sus consecuencias en la suerte de la Alemania, y tambien por el precedente sentado entónces sobre el respeto que guardan las grandes potencias á los países de segundo órden: nos referimos á la campaña de Dinamarca en 1864.

Austria y Prusia no se querian; ambas aspiraban á ejercer soberana influencia en los destinos de la Confederacion germánica; pero esto no

fué óbice para que aparentemente estrechasen sus manos y uniesen sus fuerzas militares con objeto de arrebatar á Dinamarca los ducados de Holstein y Lauenburgo, pues siempre el egoismo suele engendrar refinada hipocresía y hacer que aparezcan como amigos encarnizados adversarios, cuando un fin de comun interes los mueve á la representacion de complicada comedia.

Desigualdad enorme existia entre los elementos bélicos del pequeño reino dinamarqués y las dos grandes potencias provocadoras; éstas formaron sobre la marcha un ejército de 70.000 hombres, al mando superior del feld-mariscal prusiano Wrangel, y se dispusieron á invadir el territorio enemigo. Los dinamarqueses, en número de 39.000 hombres y á las órdenes del general De Meza, se concentraron en actitud defensiva en el Schleswig.

Los austro-prusianos iniciaron su movimiento de avance el 28 de Enero de 1864; el 30 intimaron á los dinamarqueses la evacuacion del Schleswig, y obteniendo negativa respuesta, invadieron simultáneamente el mismo territorio por Rendsburgo y Eckernforde. El plan de los aliados consistia lisa y llanamente en atacar de frente con el cuerpo austriaco, miéntras el prusiano amenazaba siempre el flanco izquierdo de la línea dinamarquesa, procurando en último término cortar la retirada sobre Copenhague á las fuerzas nacionales.

Estas, que se habian concentrado en su segunda línea defensiva, sobre el Dannewirke, al saber que el príncipe Federico Cárlos, despues de dos tentativas tan sangrientas como inútiles para apoderarse de los reductos de Misunde, habia logrado flanquear la posicion y situarse en Arnis, comprendieron que iban á ser envueltas por un ejército tres veces superior en número, y efectuaron una notable retirada en direccion de Flensburgo, á fin de sostener en el Sundewitt y la isla de Alsen la integridad de la patria.

Oversée, Istedt, Bau, fueron teatro de brillantes acciones de guerra sostenidas por el ejército dinamarqués en retirada contra las huestes invasoras, hasta que al fin y al cabo logró el primero su objetivo táctico situándose en la fuerte posicion de Düppel, no sin que se desconociese todo el mérito de los movimientos efectuados por el general De Meza, y se entregase el mando superior al de la propia clase Gerlach.

Los aliados concentraron entónces sus esfuerzos, como era natural sobre Düppel y Fredericia, cabeza de puente natural del otro lado del pequeño Belt. La defensa de Düppel fué enérgica, tenaz, patriótica en

alto grado, y hasta cuando los prusianos consiguieron apoderarse de las principales obras, logró el adversario poner á salvo su artillería, sus víveres y municiones en la isla de Alsen.

Evacuada luégo la plaza de Fredericia, reducidas las fuerzas nacionales á 12.900 hombres bajo el mando del general Steinmann, defendieron bien y cumplidamente la referida isla de Alsen, hasta que el príncipe Federico Cárlos, sucesor del feld-mariscal Wrangel, se apoderó de ella durante la noche del 28 de Mayo de 1864, determinando este hecho de armas que algun tiempo despues cediese Dinamarca á los vencedores el Schleswig-Holstein.

Lucha desigual, segun indicamos en un principio, se observa, sin embargo, durante el curso de toda ella, un noble sentimiento de energía y bravura por parte del pueblo invadido; representa, á nuestro juicio, una tregua de intencionado estudio en la enemistad de Austria y Prusia, tregua muy bien utilizada por la segunda, la cual hizo ademas un ensayo de la organizacion militar á que dedicaba atenciones preferentes desde antigua fecha.

En combates parciales hubo, á no dudarlo, gloria para el vencedor; pero esta campaña en su conjunto produjo pocas simpatías á los aliados, pues siempre los impulsos del corazon generoso condenan que el débil ceda ante las bruscas imposiciones del fuerte y se resigne merced á la dura ley de la contraria superioridad numérica.

* * *

Como flor de un dia pudo considerarse la estrecha union del imperio austriaco y del reino prusiano; su enemistad tenía que aumentar, léjos de disminuir, con las cesiones de territorio hechas á consecuencia de los triunfos en Dinamarca; el feld-mariscal de Moltke lo ha dicho, y el feld-mariscal de Moltke es hombre que habla poco, pero bien : *No habia sitio para ambas potencias; era preciso que una dejase el paso franco á la otra.*

Y efectivamente, la guerra estalló al fin y al cabo en el mes de Junio de 1866, no sin que Prusia firmase ántes un tratado de alianza ofensiva y defensiva con Italia, cuyo país deseaba á todo trance realizar su unidad completa. Austria, pues, iba á luchar en las orillas del Elba y en el valle del Mincio; iba, á su vez, á sostener un choque duplicado y ya desigual en comarcas muy distantes entre sí. Hay casualidades que en muchas ocasiones revisten marcado carácter de providenciales venganzas.

Ni los estrechos límites á los cuales debe ceñirse este *Apéndice* nos permiten hacer una reseña detallada de las campañas contemporáneas, ni nuestro objeto primordial nos conduce á largas digresiones históricas y críticas acerca de la materia; en tal concepto, sólo apuntarémos algunas ideas respecto á los planes estratégicos de las potencias beligerantes, apreciando asimismo, con la posible brevedad, las operaciones esencialmente tácticas.

Prusia, segun indicamos en párrafos anteriores, habia cuidado mucho de su organizacion militar; se preparaba convenientemente en tiempo de paz para la guerra, y esa preparacion, llevada á cabo con gran constancia y rigoroso método determina á la corta ó á la larga el principal factor para el producto de la victoria; en armamento, en instruccion, en la manera de movilizar sus tropas, en el sistema seguido para la incorporacion de los hombres de la reserva, era superior la patria del insigne Federico II á su rival, y muy pronto se vió que la bravura incuestionable del soldado austriaco cedia siempre ante la iniciativa individual y *condiciones adquiridas* del soldado prusiano.

Benedeck, general en jefe de las huestes imperiales, tomó posiciones en un principio entre Theresienstadt, Praga, Josephstadt y Pardubitz, ó séase amenazando por Dresde un movimiento sobre Berlin; los prusianos esperaban el avance del enemigo, y situaron á su vez fuerzas respetables en la Silesia, Sajonia y las Marcas, pues el mencionado general en jefe reflejó todavía más su intencion llevando seis cuerpos de ejército á la Silesia austriaca y dejando solamente en Bohemia á Clam-Gallas con 60.000 hombres escasos.

Sin embargo, la invasion brusca, rápida, simultánea de las fuerzas reales, tanto en Sajonia como en el Hesse y el Hannover, trastornó por completo el plan estratégico de Benedeck, volviendo de nuevo á Bohemia para defender en primer término los desfiladeros del Riesen-Gebirge; esto es, pasando de la amenaza, de la indicada ofensiva, al sostenimiento del propio territorio, á la defensiva más ó ménos acentuada.

Severos tendriamos que ser con el caudillo austriaco si hubiésemos de extendernos en considerandos críticos acerca de las medidas que adoptó para contener el avance de los ejércitos enemigos, mandados por el Príncipe heredero de Prusia y su primo Federico Cárlos. La diseminacion de fuerzas á lo largo de la frontera, la mala colocacion de las reservas, el poco partido que se sacó de los accidentes del terreno; en una palabra, una série no pequeña de faltas militares, dieron orígen á que los diversos

cuerpos del ejército imperial fuesen batidos parcialmente en Podol, Gitschin, Nachod, Alt-Rognitz y Skalitz, alcanzando tan sólo un triunfo momentáneo é infructuoso en las inmediaciones de Trautenau.

Y no se crea por esto que los invasores dejaron tambien de cometer graves faltas; el príncipe Federico Cárlos, el mismo vencedor, ha confesado con noble franqueza que avanzó muy lentamente, comprometiendo quizá á los tres cuerpos de ejército mandados por el Príncipe heredero si Benedeck hubiese tenido más iniciativa, mejor conocimiento de las defensas naturales del país invadido; pero, como ha dicho sentenciosamente el feld-mariscal de Moltke, Benedeck no apreció bien las ventajas estratégicas de su posicion central, y por lo mismo, se convirtieron muy pronto esas ventajas estratégicas en inconvenientes tácticos.

Batidos en detall y con pasmosa rapidez los diversos cuerpos de ejército austriacos, su jefe superior ordenó la retirada general, señalando como punto de concentracion Sadowa, sobre el Bistritz, afluente del Elba, si bien en aquella comarca corre en direccion casi paralela al último rio citado. Como posicion defensiva no carece de condiciones dicha comarca; pero los flancos están débilmente apoyados, y á retaguardia el terreno en pendiente es verdadero obstáculo para una retirada; el choque, pues, sólo encerraria condiciones favorables al defensor si el ofensor no llevaba á cabo movimientos envolventes.

¿Sabian los invasores con certeza que se habia efectuado esa concentracion general? No; suponian que en Sadowa estaban dos ó tres cuerpos de ejército, pero no la totalidad de las fuerzas contrarias. Así lo indica claramente la órden firmada por Moltke disponiendo el avance del primer ejército, órden que comunicó á las once de la noche del 2 de Julio de 1866; así lo confiesa tambien el príncipe Federico Cárlos, añadiendo que al comprender tenía enfrente todo el ejército austriaco, no vaciló, sin embargo, en el ataque, cosa que quizá no hubiera hecho otro caudillo de mayor talento; esa confesion, por sí sola, vale tanto como las hábiles disposiciones del Príncipe, una vez situado en el campo de batalla.

Vial divide el gran choque bélico de Sadowa en cuatro períodos. Durante el primero, desde las ocho hasta las once de la mañana, los prusianos ocupan á Benateck y el bosque de Maslowed, llevando ya fuerzas respetables á la orilla izquierda del Bistritz; en el segundo, desde las once de la mañana hasta las tres de la tarde, los mismos prusianos efectúan un movimiento ofensivo al frente y dos ataques sobre los flancos de la posicion enemiga. Los austriacos se defienden bien; destruyen casi por

completo la division Fransecky, la cual se sacrifica por sostenerse en Benateck; pero ya el segundo ejército real, el del Príncipe heredero, aparece por las alturas de Horenowes, y rompe un vivísimo fuego de artillería sobre el adversario, desplegando al propio tiempo en órden de combate.

Nueva línea de batalla establecen los imperiales desde Chlum á Lochenitz; mas la guardia prusiana, con una audacia sin límites, se apodera del importantísimo punto primeramente citado, miéntras el sexto cuerpo hace lo propio en Nedelist, quedando así muy amenazadas ambas alas del ejército defensor.

En el tercer período, el ataque es general, simultáneo, enérgico, por parte de los invasores; en vano Benedeck intenta recobrar á Chlum; en vano la caballería y artillería austriacas hacen heroicos esfuerzos para contener el avance del ofensor; la victoria pertenece á los afortunados descendientes de Federico II, y el ejército austriaco se ve obligado á retirarse en direccion de Olmütz y Viena, seguido siempre por las huestes prusianas, hasta que el armisticio y el tratado de Praga pusieron término á la campaña.

Como la índole de este trabajo nos obliga á condensar muchísimo nuestras modestas observaciones, sólo dirémos que en la lucha empeñada hácia el valle del Mein, los prusianos tambien obtuvieron el triunfo, derrotando á los bávaros en la Franconia y al octavo cuerpo federal en Aschaffenburgo y penetrando acto seguido en Francfort.

La preponderancia completa, absoluta en Alemania, la adquiere Prusia con esa série de victorias rápidas y decisivas; cuidando mucho de sus instituciones militares, logra una grandeza nacional que hace enmudecer á los adversarios apasionados de las mismas instituciones.

Desde el punto de vista esencialmente profesional, observamos en la campaña de Bohemia una constante y atrevidísima ofensiva estratégica por parte del vencedor, así como el vencido suele tomar una ofensiva táctica en desacuerdo con las condiciones del armamento de la infantería prusiana; los ataques en masa de mucho frente y fondo, ataques bravamente dirigidos y efectuados, ataques aprendidos con tardanza en la guerra de Italia de 1859, se estrellarán, á pesar de todo, en el buen manejo y alcance del fusil Dreyse, lo cual indica que nunca debe descuidarse el estudio profundo de innovaciones, pequeñas en la apariencia, pero trascendentales en el fondo, pues imprimen á la táctica del campo de batalla muy distinto carácter. Iniciativa en el mando, rapidez en la ejecucion,

organismo militar más perfeccionado: hé ahí las causas, unidas á las que apuntamos anteriormente, del triunfo de los prusianos en 1866; las guerras no se ganan tan sólo con el valor individual y colectivo; se ganan haciendo alarde verdadero de prevision en tiempo tranquilo al parecer.

* * *

Segun indicamos anteriormente, Italia veia en la alianza con Prusia un medio hábil de realizar su unidad nacional, y por eso suscribió el tratado de alianza ofensiva y defensiva con dicha potencia en hora oportuna; rotas las hostilidades por la parte de Alemania, el rey Víctor Manuel se apresuró tambien á declarar la guerra al imperio austriaco, y el 20 de Junio de 1866 dió un manifiesto al pueblo explicando las causas de su determinacion.

Bajo las órdenes directas del Monarca, una parte del ejército italiano se concentró detras del Oglio, constituyendo tres cuerpos con fuerza total de 110.000 hombres; la otra parte, mandada por el general Cialdini, fué á situarse sobre el Pó inferior, siendo su efectivo de 80.000 soldados.

Con ménos fuerza el archiduque Alberto, pues sólo disponia de 85.000 hombres, pero con más conocimiento, á nuestro modo de ver, de la guerra en grande escala, dirigió al Emperador de Austria una carta notabilísima, en la cual, adivinando perfectamente el plan de campaña del adversario, manifestaba las ventajas de buscar una posicion central entre Montagnana y Lonigo, para atender de semejante modo á las peripecias de la lucha por ambos flancos y aprovecharse rápidamente de las faltas tácticas que cometiesen los italianos.

Éstos, acentuando ya su avance por el valle del Mincio, describen una inmensa curva desde los Alpes hasta el Adriático; los austriacos, al contrario, quedan concentrados en Verona, Lorigo y Montagnana, una comarca de seis á siete leguas de extension, á fin de esperar perfectamente prevenidos la ofensiva directa del enemigo.

El 23 de Junio el ejército real atravesó el Mincio, ocupando á Mozembano, Ferri y Goito y efectuando reconocimientos en direccion de Villafranca; aquel mismo dia, enterado el archiduque Alberto del movimiento del adversario, adelanta sus tropas hasta Chievo y alturas de Santa Lucía, preparándose para disputarle el paso, pero sin construir en parte alguna obras defensivas de campaña.

Apénas rayaba el siguiente dia cuando se encontraron las avanzadas de los dos ejércitos; por ambos lados comienza el despliegue de fuerzas: las líneas de batalla vienen á ser paralelas, y se extienden desde el Mincio hasta Villafranca por parte de los italianos, desde el mismo rio hasta Somma-Campagna por parte de los austriacos. Los accidentes del terreno se prestan muy bien al resguardo de las respectivas reservas, del propio modo que á las maniobras de combate. Sin embargo, los generales italianos, nos cumple consignarlo lealmente, cometieron faltas tácticas de inmediata consecuencia para el éxito de la jornada; en la izquierda equivoca el camino la vanguardia, dejando al descubierto la division Sirtori, y se dirige hácia Oliosi, donde traba por su propia cuenta lucha desigual con una brigada austriaca; el general Cerale obra tambien con arreglo á su sola inspiracion, se aleja de su vanguardia y desciende hasta Valeggio, para tomar el camino de Castelnuovo, ínterin la division Brignone marcha sobre Custozza, teniendo como objetivo Sona. Iguales ó peores descuidos se observan en el ala derecha; inactiva la caballería, miéntras la infantería del príncipe Humberto demostraba gran firmeza rechazando las brillantes cargas de los jinetes austriacos, mandados por los coroneles Pulz y Bujanovic; equivocado el general Della Roca, jefe superior del tercer cuerpo, que se mantuvo todo el dia en una defensiva inexplicable, cuando al frente sólo estaban 20 escuadrones imperiales, y él pudo intervenir, sin gran esfuerzo, en la lucha decisiva entablada á las inmediaciones de Custozza.

Esos descuidos ó falsas interpretaciones dieron como resultado que á la caida de la tarde tomasen los austriacos una decidida ofensiva en toda la línea de batalla, apoderándose de las alturas de Santa Lucía y Monte Mamaor, y cayendo luégo sobre Custozza, de cuyo punto fueron desalojadas las divisiones Govone y Cugia. La batalla estaba ganada por los imperiales, no sin experimentar sensibles pérdidas; pero de todos modos los vencidos repasaron el Mincio, y los vencedores vinieron á establecerse, áun cuando por pocas horas, allí donde el ejército italiano habia comenzado su movimiento ofensivo.

Los sucesos de Alemania, el resultado de la batalla de Sadowa en primer término, vino á poner fin á esta corta lucha; Italia, militarmente hablando, habia perdido la campaña, pero políticamente pudo recabar la cesion del Veneto.

Honda herida moral para el orgullo frances fué el rápido desenlace de la campaña de Bohemia; recuerdos del primer imperio, esperanzas de trazar nuevamente aquellas fronteras que desaparecieron con la rota de Waterlóo, y sobre todo, deseos manifiestos de no perder la preponderancia militár en Europa, incubaron, por decirlo así, la lucha gigantesca de 1870-71. El pretexto se encontró en la eleccion, nada más que iniciada, de un príncipe aleman para ocupar el trono español; el objeto verdadero era disputar á la Prusia contemporánea aquella supremacía militar.

Tanto se ha escrito acerca de ese choque bélico entre dos naciones siempre rivales; tan conocidos son ya los movimientos efectuados por los beligerantes, que nosotros nos concretarémos en este modestísimo y breve estudio á exponer algunas ideas críticas sobre los principales sucesos de la guerra franco-alemana; así salvará la rapidez en la narracion faltas inherentes á nuestra reconocida insuficiencia.

Si la Francia deseaba vehementemente la lucha, se equivocaba en cambio en la manera de prepararse para ella; no son los gritos de entusiasmo irreflexivo, ni los pregonados alardes de fortaleza nacional, ni las exageraciones relativas al valor temerario los factores esenciales, segun indicamos ántes, para obtener el triunfo en las guerras modernas; el principal secreto de la victoria se encuentra ahora en la buena preparacion de un ejército durante los períodos de paz, en la facilidad de efectuar su movilizacion, en la sólida instruccion de las clases que lo componen, y desde este punto de vista las tropas prusianas llevaban tambien marcada ventaja á las francesas.

Por un momento, al situarse seis cuerpos de ejército en la frontera alemana, miéntras el enemigo efectuaba metódica pero rápidamente su pase del pié de paz al de guerra, pudo suponerse que la Francia iba á tomar una enérgica ofensiva, iban á reproducirse aquellos audaces movimientos de las luchas de la Revolucion que tanto renombre dieron á insignes caudillos y á valerosos soldados; pero al ver que el tiempo pasaba sin ninguna operacion séria hácia el ducado de Baden ó el Palatinado, comenzó la desconfianza, brotó la duda acerca de la verdadera fortaleza militar del segundo imperio, y finalmente, se adquirió la seguridad, al ver tomar la ofensiva á las huestes contrarias, de que el génio de Napoleon I, Carnot, Kléber, Marceau, Massena, Moreau, Jourdan, Desaix y tantos otros guerreros ilustres de la magnífica epopeya de fines del pasado siglo y principios del presente, no inspiraba ya á sus sucesores en el desempeño de cargos elevadísimos.

Al desórden completo en la movilizacion del ejército frances, respondió Alemania con un órden perfecto en este sentido; á la precipitacion en situarse en la frontera enemiga, con la calma propia de quien confia en sus fuerzas; á la diseminacion de cuerpos de ejército en un territorio relativamente extenso, con la concentracion quizá algo exagerada de batallones, baterías y escuadrones: tres ejércitos avanzaron sobre el valle del Rhin, mandados por el rey de Prusia y dirigidos por el entónces general de Moltke, batiendo en detall, aisladamente, sin que se revelára la necesaria proteccion mutua, ora al general Douai en Wissemburgo, ora á Frossard en Spicheren, ora á Mac-Mahon en Woerth, determinando esta série de primitivas derrotas la concentracion, ya tardía, de una parte del ejército frances bajo los muros de Metz, miéntras que el ala derecha (ejército de Mac-Mahon) se retiraba, *sin tomar ningun género de precauciones*, á traves de los Vosgos, y luégo iba á servir de base al nuevo núcleo de fuerzas organizado á toda prisa en el campo de Châlons.

Nombrado general en jefe del ejército de Metz el mariscal Bazaine, cuando ya estaban batidas ambas alas de la extensa línea establecida en un principio por los franceses á lo largo de la frontera alemana, nosotros, desposeidos de pasion política, no inculpamos al caudillo ni por sus batallas perdidas, ni por la capitulacion de la citada plaza de Metz; ambas cosas eran consecuencia lógica y hasta precisa de la superioridad numérica y moral del afortunado adversario; pero creimos á raíz de aquellos sucesos bélicos, y seguimos creyendo ahora, que si el objetivo del mariscal el dia 16 de Agosto de 1870, jornada de Mars-la-Tour, era la retirada sobre Verdun, debió obrar en las primeras horas de la mañana con mayor energía, no dando lugar á que aumentase sobre el campo de batalla el poder del enemigo, é hiciera fracasar el plan estratégico mediante una tenacidad táctica de la cual bien pueden vanagloriarse los alemanes.

Un cambio de frente á retaguardia y sobre el ala izquierda, adosándose á los fuertes de Metz, colocó al ejército frances en el peor estado respecto á su libertad de accion; así lo comprendió el sagaz adversario, y escalonando sus fuerzas desde el bosque de Vaux hasta Roncourt, atacó todas las posiciones enemigas, con el fin de inutilizar al mismo ejército frances al amparo de esas murallas donde impremeditadamente vino á colocarse; la jornada de Gravelotte resolvió el problema tal cual anhelaban los invasores.

Respecto á la marcha efectuada por el nuevo ejército de Châlons hácia la frontera belga, sólo manifestarémos que de cualquier modo que

se mire acusa carencia de condiciones estratégicas y de precauciones tácticas, pues tropas que caminan impasibles, llenas de confianza, describiendo un arco de círculo cuya cuerda ya la ocupa el enemigo, tienen necesariamente que ser sorprendidas, batidas durante la marcha, y al fin y al cabo, anonadadas por las fuerzas superiores que las detengan en el extremo de la curva descrita: el desastre de Sedan respondió de un modo perfecto á la ausencia de todo método en la direccion y ejecucion de las opeciones de campaña.

Resulta, por lo tanto, que en este primer período de la guerra franco-alemana, falta organizacion sólida á las huestes imperiales; falta un plan de campaña realizado con rapidez y energía, falta, en fin, hasta un conocimiento profundo del teatro de las operaciones, circunstancia que determina no pequeños errores. El soldado, el oficial, el jefe se baten bravamente; pero estas condiciones de bravura vienen á estrellarse en la superioridad numérica y, digámoslo de una vez, en la superioridad intelectual de los alemanes, que llevan siempre cierta cosa apreciabilísima para los trances bélicos: la disciplina del campo de batalla.

Ademas, á ese soldado se le obliga á iniciar un género de combate en contraposicion con el carácter nacional; se le coloca siempre en una defensiva inspirada en ideas erróneas respecto á un fusil de nuevo modelo, al Chassepot. Cuando se comprendió el error, cuando se quiso establecer un principio táctico opuesto al utilizado en un principio, ya era tarde; la Francia estaba absolutamente vencida, y su ejército regular prisionero de guerra en las plazas alemanas.

En la segunda parte de la campaña, ó séase desde las capitulaciones de Sedan y Metz hasta la de París, y entrada en Suiza del ejército del Este, las circunstancias varian; hay generales de alguna iniciativa, animados de un espíritu militar muy digno de aprecio, pero entónces las tropas improvisadas, careciendo no pocas veces de los elementos necesarios, no pueden resistir, á pesar de sus buenos deseos, la competencia con las huestes invasoras, que á su natural solidez reunen esa superioridad moral, producto lógico de repetidas victorias.

Chanzy en el valle del Loire, Faidherbe en el norte de la Francia, el coronel Denfert defendiendo la plaza de Belfort, dieron pruebas inequívocas de sus cualidades tácticas y estratégicas, áun cuando el éxito no coronase sus nobles deseos; sin embargo, como somos desapasionados en nuestros juicios, damos á Dios lo que es de Dios y al César lo que al César corresponde, lamentando tan sólo que estas últimas manifesta-

ciones enérgicas del pueblo vencido, únicamente coadyuvasen á prolongar una lucha sangrienta.

El sitio de París, áun cuando no encierra grandes enseñanzas desde el punto de vista táctico, ni represente la suma máxima del heroismo en su desenlace, significa, sin embargo, una audacia verdadera por parte de los invasores al establecer el bloqueo, con fuerzas relativamente escasas, despues de la jornada de Sedan, así como acusa gran actividad en los defensores y loable deseo de convertir la gran ciudad en último é inexpugnable baluarte de la defensa nacional, desmintiendo de semejante modo apreciaciones exageradas de algunos militares sobre la poca importancia que hoy tienen las plazas de guerra.

De una manera harto elocuente, merced á una série interminable de duros desengaños, ha podido aprender la nacion vecina que las seguridades del triunfo están en la oportuna preparacion para la guerra, no en los fervientes deseos de realizarla, regateando al elemento armado cosas necesarias y muy superiores á ficticias ó negativas economías.

***

La eterna cuestion de Oriente, especie de nudo gordiano que hasta ahora no ha encontrado la espada de un nuevo Alejandro, determinó otra guerra entre Rusia y Turquía, á mediados del año 1877.

Como siempre viene sucediendo al dirimir sus contiendas sobre el campo de batalla el imperio moscovita y el musulman, dos extensos teatros de operaciones se ofrecieron desde luégo al oficial estudioso: el valle del Danubio y el Asia Menor. En el primero, las tropas rusas, despues de atravesar sin obstáculo alguno la Rumanía, vinieron á tomar posiciones desde Galatz hasta Turna Magurellí, miéntras los turcos parecian vigilar toda la línea enemiga sin moverse de la orilla opuesta del gran rio. En el segundo, las huestes del Czar invadieron desde luégo la Armenia, teniendo por objetivo táctico las plazas de Ardahan y Kars.

Casi encierra carácter inverosímil fueran sorprendidos é hicieran tan débil resistencia los hijos del Profeta en sus posiciones inmediatas á Sistowa, al atravesar el Danubio por Simnitza, durante la noche del 26 al 27 de Junio, la division Dragomiroff, abriendo paso al resto del ejército ruso que iba á invadir la Bulgaria. Aquí, como en la guerra de Bohemia, como en la franco-alemana, se observa que la diseminacion de fuerzas, sin marcar de antemano puntos de concentracion para resistir, si llega el

caso, la ofensiva del contrario, coloca la defensiva en pésimas condiciones, pues proporciona desde luégo ánimo y entusiasmo al que vence en un principio con pasmosa facilidad.

Dudas, vacilaciones, términos medios, vinieron tambien á revelar, una vez situados los rusos en Bulgaria, que el estado mayor moscovita no tenía tampoco un plan de invasion preconcebido, para ponerlo resueltamente en práctica.

Miéntras el Príncipe heredero marchaba á la cabeza de dos cuerpos de ejército sobre Nicópolis, otro, precedido de una fuerte vanguardia, mandada por el general Gurko, avanzaba hácia Tirnova, se apoderaba de este punto, atravesaba luégo los Balkanes por el desfiladero de Tvarditza, y al fin al cabo llegaba á Kesanlik y al desfiladero de Schipka; audaz movimiento, coronado por el éxito, pero de un carácter tan independiente, tan alejado de los preceptos normales, que no puede recomendarse como verdadero modelo para las luchas del porvenir.

Hemos indicado que la subdivision del ejército invasor al penetrar en Bulgaria no era acertada, y la mejor prueba del aserto la encontramos recordando lo ocurrido en Plewna, es decir, al flanco derecho de la línea de marcha de las tropas moscovitas. Allí vino á situarse con su cuerpo de ejército, procedente de Widin, Osman-Bajá; allí se estrellaron los esfuerzos del noveno cuerpo ruso, al querer dominar la improvisada posicion turca; allí sufrieron, pocos dias despues del primer descalabro, nuevo fracaso en su ofensiva otros tres cuerpos invasores; allí, en fin, hubo necesidad de concentrar la mayoría de los elementos con los cuales contaban las huestes moscovitas y sus aliadas las rumanas, dejando quizá sin la debida proteccion al Príncipe heredero, para conseguir el dominio de un punto que nadie se cuidaba de él en los albores de la campaña.

Triunfó, sí, la ofensiva moscovita, pero á costa de torrentes de sangre; los invasores llegaron, por último, á Filipópolis y Andrinópolis, amenazando la ciudad bizantina, mas no puede consignarse en buena ley que dada la fuerza natural del imperio ruso, la victoria respondiera pronto á los elementos existentes, ni mucho ménos á elevadas concepciones tácticas y estratégicas, á pesar de que el enemigo demostró en un principio su apatía, su falta de iniciativa, su carencia de condiciones maniobreras, dentro de una bravura sin límites, cuando llegaba el acto material del choque.

En el Ásia Menor vino á suceder algo parecido; facilidades al pronto

para las fuerzas invasoras, sorpresas por la parte de Bayazid que ya cambian la marcha feliz de las operaciones, movimientos ofensivos sobre el campo atrincherado de Zewin que sólo originan sensibles pérdidas; pero al fin y al cabo la enérgica iniciativa del general Loris Melikoff logra sobreponerse á contrariedades del momento, y las plazas de Ardahan, Bayazid y Kars se entregan sucesivamente al ejército moscovita, no sin una série de peripecias que acusan tambien la proverbial bravura del contrario.

* * *

Á traves de esta rápida excursion por el campo de las luchas contemporáneas, vemos siempre que la victoria corresponde, no al valor temerario, ni al ímpetu irreflexivo, sino al talento previsor y al método riguroso, en lo posible, para dirigir las operaciones de campaña; el armamento moderno determina desde luego esenciales cambios tácticos que imprimen marcado carácter á esas formas de combate, donde, si no faltan, porque no deben faltar nunca, las cualidades naturales del hombre de guerra, se subordinan, sin embargo, á principios muy distintos de los utilizados durante largos años.

La fuerza de impulsion de la masa profunda, parodia con armas de fuego del sistema adoptado por los antiguos cimbros, ha caducado en estos tiempos, como Mario hizo caducar la de sus enemigos en las orillas del Sesia; el combate, en virtud de las distancias que recorren los proyectiles, ha proporcionado á la iniciativa individual una amplitud necesaria, que anula por completo aquella táctica, abrumadora por su misma uniformidad, de Federico II. Esto no quiere decir que nos mostremos partidarios de un método absoluto en cuanto se refiere á las formaciones preliminares del campo de batalla y maniobras sobre el mismo terreno; ántes al contrario, anatematizamos los extremos acerca del particular, creemos sinceramente que el justo medio, sean cualesquiera los adelantos bélicos, producirá excelente resultado si se adoptan con oportunidad las precisas precauciones; mas del estudio del asunto surge, acto seguido, la consecuencia lógica de que la mayor libertad de accion de las diversas jerarquías militares exige tambien mayor instruccion, superior conocimiento de causa, aptitudes, en fin, que vengan á facilitar la gran responsabilidad del mando con los fabulosos efectivos de la época actual.

El servicio obligatorio, acabado emblema de la dignificacion de nues-

tras honrosas instituciones, convierte delicadamente el ejército en escuela de guerra de la nacion; pero esta misma circunstancia, unida al corto tiempo que el individuo permanece en las tropas activas, aconsejan el rápido fomento de dicha instruccion militar, si no se acepta, como no debe aceptarse, la cantidad sin la calidad, el número alejado del órden, la masa distante de la verdadera disciplina, en una palabra, las muchedumbres armadas para responder con crasa ignorancia á la confianza que en el ejército deposita la patria.

Vemos, pues, que, por múltiples conceptos, hasta por espíritu de propia conservacion, el aprendizaje profesional se impone de una manera imperiosa en nuestra época, corroborando así nobles ideas que germinaban en la mente del malogrado Villamartin cuando lanzó á los vientos de la publicidad su ya clásica obra; nosotros celebrariamos infinito que todos, absolutamente todos, se convencieran de tan gran verdad y con mancomunados esfuerzos colocasen la piedra angular donde ha de asentarse de un modo imperecedero el edificio de las instituciones armadas.

En estrategia, segun indica acertadamente el general Lewal, existe hoy cierta limitacion por consecuencia lógica de los progresos de la industria, del comercio, de los medios de comunicacion establecidos entre los países cultos; el génio militar tropieza ahora con la falta de los obstáculos naturales que en pasados tiempos significaban un elemento favorable para insignes capitanes. Con la táctica sucede lo contrario; progresa siempre, porque contínuos son los adelantos en materia de armas de fuego, en proporcionar mayor movilidad á las tropas, en hacer que estas últimas no carezcan de cuantos elementos puedan coadyuvar á la victoria; por consiguiente, el estudio de la táctica, sirviendo de ejemplo provechoso la meditacion razonada sobre recientes campañas, ha de ser el objetivo del oficial que trate de estar á la altura de su cometido.

La infantería, cuyo renacimiento coincidió con la aparicion de los ejércitos permanentes, subordina hoy su órden de combate á las exigencias propias del armamento moderno, es decir, se presenta sobre el campo de batalla con sus líneas de tiradores y sus columnas de poco frente y fondo; la caballería, sin perder, segun han supuesto algunos, su intervencion directa, oportuna, momentánea, en los lances bélicos, presta el importantísimo servicio de exploracion y seguridad de los ejércitos; la artillería, merced á su mayor movilidad, así como al alcance y precision de las piezas, entraña un carácter muy distinto al que tenía en épocas anteriores y desempeña un papel trascendental en la combinacion de las ar-

mas tácticas; pero semejantes progresos requieren, segun indicamos ántes, una iniciativa individual basada en el estudio, en la práctica de las aceptadas evoluciones de combate, y en el planteamiento contínuo de problemas referentes al mismo choque entre fuerzas contrarias.

Torrentes de luz podrán iluminar los futuros siglos; el espíritu civilizador quizá determine el período álgido de la perfectibilidad social; acaso desaparezcan al correr de los tiempos ciertas dudas de hoy, ciertos enigmas que absorben toda la atencion del hombre pensador; mas abrigamos la seguridad de que la guerra, ese *mal necesario*, como la definia Voltaire, permanecerá inalterable en su esencia, áun cuando varien las formas de practicarla, pues responde de una manera admirable al juego de las pasiones humanas, juego que no se evita con la filantropía de filósofos soñadores, ni mucho ménos con sus empíricos remedios. En este concepto, las obras encaminadas á poner magistralmente de relieve los principios profesionales, los libros que, segun sucede al de Villamartin, acusan un talento militar de primer órden, se buscarán siempre con ahinco, abriendo paso al autor para ocupar puesto merecido en el templo de la inmortalidad.

ARTURO COTARELO.

NAPOLEON III

Y

LA ACADEMIA DE CIENCIAS.

NAPOLEON III

Y

LA ACADEMIA DE CIENCIAS[1].

I.

Hace pocos dias que el telégrafo nos ha trasmitido la noticia de un extraño suceso, cuya verdadera causa no podemos conocer, pues la que por tal se da carece, á nuestro juicio, de fuerza y de razon, ó ha sido mal interpretada por las correspondencias de París.

La Academia de Francia, por una mayoría de treinta y cuatro votos contra catorce, se ha negado al establecimiento de una sala de ciencia militar, fundándose en que tal ciencia no existe; y se ha privado, por consiguiente, de contar entre sus miembros al Emperador, que, segun se dice, hubiera ingresado en esa sala.

Desconocemos la estructura que tiene la Academia, la organizacion que se ha dado, el órden que sigue en sus trabajos, los conocimientos á que se consagra, la filosofía que la domina, y los intereses y las preocupaciones que alberga en su seno; intereses y preocupaciones que, forzoso es decirlo, influyen en toda corporacion, por ilustre y por independiente que sea; porque el hombre imprime el sello de su pequeñez, de su miseria y de sus pasiones

(1) Este notable folleto lo escribió Villamartin en 1864.

en todas partes, en la cátedra como en la asamblea política, y en el templo como en la casa del César.

Áun prescindiendo de esto, puede ser que la Academia de Francia tenga poderosos motivos para no acceder á lo propuesto por Napoleon III: sin duda la ciencia militar no debe contarse en el grupo de conocimientos de ese instituto, ó tal vez no se considere la sabiduría del Emperador, y esto sería extraño, á la altura de un académico. No nos toca discurrir acerca de estos motivos, ni pretendemos ser medidores de talentos ajenos; pero si es cierto que el dictamen de los treinta y cuatro se funda en que no existe la ciencia militar, á riesgo de que se nos tache de pretenciosos y atrevidos, y se nos considere como rebeldes á la autoridad de que reviste sus juicios una asamblea de sabios, queremos decidir por nosotros mismos, con razon independiente, si hay en el saber humano algun órden de ideas, alguna série de principios fijos, que pueda y deba llamarse *ciencia militar*. Y al decidirnos en este litigio por Napoleon III, debemos consignar queno nos extravía ni el sentimiento de la admiracion, ni ningun otro afecto: el Emperador de los franceses no inspira para nosotros otra cosa que el respeto al soberano de un pueblo amigo, cuyos talentos y virtudes no se hallan fuera de discusion ni están exentos de crítica.

No faltará quien censure nuestra osada protesta contra ese *no há lugar* con que los representantes de la sabiduría han contestado á la ciencia de la guerra; pero no importa: aunque tuviéramos la certeza de salir vencidos en el debate, nos lanzariamos á él con gusto, porque este problema es de más importancia social que á primera vista parece, y en su resolucion se interesa mucho el progreso de los pueblos y la robustez de los Estados.

Los que hayan leido la incorrecta obra que con el título de *Nociones del Arte militar* hemos publicado, habrán visto en ella tratada esta cuestion hasta donde lo permite la índole del libro y nuestro escaso saber, señalando el límite que separa la *ciencia* del *arte*, segun la opinion de los más afamados autores militares. Mas hoy que la duda ha llegado á las Academias, nuestro amor

al estudio nos obliga á investigar de nuevo, ántes de tomar partido en el uno ó en el otro bando, cuál es la raíz filosófica de estos conocimientos ; y, si nos equivocamos , siempre nos queda el consuelo de habernos equivocado con los más eminentes filósofos y con los historiógrafos y políticos de más profunda vista.

Veamos, pues, del modo más claro posible lo que se entiende por *ciencia;* veamos si esta palabra corresponde en buena dialéctica á la investigacion de las leyes de ese fenómeno físico y social que se llama *guerra*, y decidamos, por último, si la série de principios de aquí desprendida constituye un cuerpo de conocimientos que debe tener contacto con los otros en una asamblea de sabios.

II.

La causa primera de todo lo que existe no se halla sometida á la inspeccion del hombre. La segunda causa, el alfa, el axioma de la razon ó el axioma del sentimiento, y permítase este consorcio de ideas, cada fenómeno fisico ó psicológico, cada rayo de luz que atraviesa el cáos del saber humano, eso es un *principio.*

¿Y qué es la ciencia?

Es el conocimiento de las cosas por principios, dicen unos ; el desarrollo de un principio, dicen otros ; la investigacion de las propiedades y funciones de todo lo que existe ; la fórmula de una ley de la Creacion ; una de las irradiaciones de la inteligencia infinita, decimos nosotros.

Allí donde aparece un hecho primitivo que no sea producto de las fuerzas del hombre ; allí donde se verifique un fenómeno natural ó moral en los cuerpos ó en las ideas, cuyo génesis no sea la inteligencia y la voluntad humana, allí está el *principio*, de allí parte una ciencia, faceta de ese inmenso brillante que se llama *Filosofía.*

Si se desciende algo más ; si se busca la aplicacion práctica de

esas verdades, en algun modo veladas al saber; si se quieren satisfacer las necesidades humanas valiéndose del conocimiento de un principio ó de la ley de un fenómeno natural, ése es el *arte:* porque el hombre, primero ve con asombro, luégo contempla con análisis, despues compone por la síntesis, y, por último, imita y utiliza en beneficio suyo las fuerzas de la Naturaleza.

Al levantarse ante la vista de los primeros hombres el prodigioso conjunto del Universo, debió producirse en ellos asombro y deslumbramiento al principio, luégo sensaciones desconocidas, y, por último, ideas en tropel y mal contorneadas. El efecto de las leyes de la materia; las fuerzas y los movimientos engendrados; la forma y la propiedad de cada objeto; la armonía de todos los principios; la luz, las tinieblas, el fuego, los sonidos, la vida orgánica; toda la Naturaleza, y todo lo que de Dios se vislumbra en ella, conmovió aquellas vírgenes inteligencias que se lanzaron con ansia á la fuente del saber. Auxiliadas ó no por la revelacion, que eso nada importa para lo que nos proponemos probar, dieron fundamento á la Filosofía, la ciencia de las ciencias, la única, la infinita, la absoluta, la que busca el conocimiento de la ley creadora fundamental; pero á los primeros pasos se convencieron de que la inteligencia finita no puede comprender el infinito; que el sér relativo jamas llegaria á la idea de lo absoluto; que el deslumbramiento habia de seguir si no se descendia al análisis; y la ciencia tuvo que dividirse en tres grandes grupos de conocimientos. El primero quiso investigar el arcano de las potencias creadoras, y se llamó *Teología, ó Filosofía* propiamente dicha, que nosotros no queremos decidir esta cuestion; el segundo, las leyes del mundo material, y se llamó *Cosmología;* y el tercero, que quiso conocer al hombre en las dos leyes á que obedece, se llamó *Antropología.* Esta division era confusa todavía: fué preciso subdividir más, y los objetos y los fenómenos fueron clasificados de varios modos, por sus manifestaciones, por su forma ó por su sér, y de aquí brotaron multitud de ciencias, unas que se fundian en otras, muchas que se dirigian por caminos divergentes.

Ante cada hecho simple y reconocido, principio fundamental

de otros, se detuvo la contemplacion del hombre; y para descubrir los efectos del fenómeno, comprender su ley y estudiar su armonía con otros fenómenos, creó una ciencia especial. Cuando el principio era constante, absoluto, único, sensible, axiomático; cuando era tan sencillo y perceptible que los sentidos del hombre no podian rebelarse contra él, allí estaba la cantidad, la extension, una de las propiedades de la materia, la ciencia exacta, las *Matemáticas*. Cuando el efecto de la ley, aunque material, se producia por esas fuerzas ignotas, por esos elementos inmateriales, cuya combinacion y enlace con los materiales no conocemos, por eso que se llama vitalismo por unos, espíritu por otros, organizacion por unos cuantos, allí estaban las ciencias de observacion, con sus errores y sus portentosos descubrimientos. En un fondo todavía más oscuro, donde la materia sólo era paciente; donde el principio de las fuerzas no estaba en la Naturaleza; donde los efectos, por corpóreos y tangibles que fuesen, procedian de causas desconocidas á los sentidos, allí estaban las ciencias morales; y en lo más oscuro de este fondo estaba el hombre en sus relaciones con el hombre, y allí las ciencias políticas y sociales: por eso son tan incompletas y confusas; por eso aparece en todas ellas algo de convencion humana; por eso producen tan extraños y sangrientos debates, y por eso se manifiestan á veces obedeciendo á principios antinómicos; pero si tan oscuras y difíciles son para la inteligencia del hombre, para la de Dios son ciencias exactas, y su ley es tan sencilla como la ley de la cantidad.

Así se han ido ramificando todas las ciencias, partiendo de un solo tronco, sin que se pueda saber cuál es éste; porque el bosque se ha hecho tan espeso ya, que cada una se cree el fundamento de las otras, con la misma razon que cada punto de una circunferencia puede creerse el principio de ella.

Al sentir las propiedades de la extension, creó el hombre las *Matemáticas;* al observar las propiedades de los cuerpos, creó la *Física;* quiso analizar más para comprender la esencia de esos mismos cuerpos, y todas las ciencias naturales fueron. Cuando

alguna de esas propiedades era tan superior á los sentidos, que parecia producto de alguna fuerza extraña á la misma Naturaleza, se apeló á la observacion, una y cien veces repetida; se compararon fenómenos con fenómenos; se dedujo algun principio más ó ménos claro, y de cada série de fenómenos se creó una ciencia que, aunque oscura en su fundamento y reñida en su estudio, no por eso dejaba de ser ciencia, puesto que partia de un fenómeno simple. Así, por ejemplo, al sentirse el hombre consciente, y al ver en sí algo superior á sus órganos, creó la *Psicología;* y, segun sus *facultades* y las manifestaciones de ese *yo* consciente, sentó la base de otras ciencias; pensaba, y la *Lógica* fué; amaba y aborrecia, y fueron las *ciencias morales*, y necesitó la relacion, y fueron las *ciencias sociales.* Y aquí nos debemos detener, porque en este grupo es donde se halla la *legislacion* y la *guerra*, y las mil ramas que de esta raíz brotan.

Toda ciencia obedece á un principio, que es el fenómeno simple puesto en observacion, y se propone un fin: investigar hasta donde pueda la verdad, y por medio de ella realizar el bien posible. Pues, del mismo modo, el principio determinante de la legislacion es la moral del individuo, es decir, el *yo* que ama ó aborrece; el desarrollo de este principio es el estudio de los efectos en la sociedad de esos amores y esos ódios en cuanto toman forma sensible á los otros individuos; y el fin que se propone es constituir el *derecho* por el hecho, y definir la *justicia relativa.*

Cuando el jurisperito se eleva al derecho constituyente, está en plena ciencia; si desciende al derecho constituido, á la aplicacion de la legalidad ya proclamada, pasa de la ciencia al arte. Cuando discute acerca de la pena de muerte, discute un principio científico; cuando, dado el *Código de Enjuiciamiento* y el *Penal*, quiere aplicarlo á un caso concreto, está en el arte.

Semejante es en su fundamento la *Política*, y muy enlazada con esta ciencia. Su principio determinante es la sociedad, como hecho preexistente y necesario; su desarrollo es el estudio de las relaciones sociales en su manifestacion pública, y su fin es investigar lo útil y lo justo en la armonía de esas relaciones y de

acuerdo con la legislacion. Despues de investigado, el llevarlo á la práctica pertenece al arte; pero hasta los últimos detalles del modo de aplicarlo alcanza la ciencia, porque siempre hay que examinar si se afectan ó no las doctrinas proclamadas acerca de los poderes públicos ó de cualquiera otro de los fundamentos sociales.

Pues bien; en este grupo nebuloso, en este oscuro fondo del saber humano, ahí donde se amasan las ciencias naturales con las morales y políticas, lo que más se destaca, aquello cuyo contorno aparente es más distinto, es la *ciencia militar*. Veamos si corresponde esta palabra á lo que por ciencia han entendido todos los filósofos; veamos si es el desarrollo de un principio, la fórmula de una ley natural, ó la investigacion de un fenómeno que no sea producto de la voluntad del hombre; veamos si se han formado sistemas, si se han hecho observaciones y producido adelantamientos que nos den el cuerpo de una ciencia en pleno desarrollo, y no el de una ciencia nada más que presentida, y decidamos, por último, si Julio César, Vegecio, el Emperador Leon, Maquiavelo, el Marqués de Santa Cruz, Luis Blan y otras mil inteligencias que se han dedicado al estudio del fenómeno *guerra* en su ley y en su historia, en sus causas y efectos, en su esencia y manifestaciones, no han llevado al saber humano una suma de conocimientos, una série de principios eslabonados á la que deban abrirse las puertas de una Academia.

Nada más que las doctorales preocupaciones, la intolerancia y el exclusivismo de escuela, y el orgullo que da el conocimiento de las leyes físicas, pueden negar un puesto á estas ciencias en la escala de la Filosofía; porque, más que por el cuerpo y la materia, el hombre se distingue de los otros seres por sus manifestaciones morales; y, cuanto más definidas sean éstas, más cerca estarémos de la raíz filosófica, más próximos á la ciencia única, á la síntesis divina.

III.

La guerra es un fenómeno natural á la vez que social; aparece con el hombre, germina en la familia, crece con la tribu, y llega á su apogeo en la nacion, continuando así la marcha misma de la sociedad sometida á la indeclinable ley del progreso. Está en la naturaleza, porque está en el modo de ser del hombre; y está en la sociedad, porque está en el modo de ser de los pueblos: es un hecho absoluto, el efecto de una causa superior al hombre; es la consecuencia de un principio del *Cosmos*. Por lo que afecta á la materia, es una ley de la Creacion, uno de los modos que tiene esa misma materia para cambiar de forma; suprimidla, y el equilibrio desaparece, porque habréis suprimido uno de los medios de eso que se llama *destruccion*, y todos están contados para compensarlos con las fuerzas creadoras. Por lo que afecta á la sociedad, es una ley moral; suprimidla, y el equilibrio en las fuerzas sociales desaparece, porque habréis suprimido el flujo y reflujo del océano político, la compensacion de principios opuestos, las transacciones entre los intereses humanos, y esto es lo que constituye la sociedad.

Si no existiera lucha entre los elementos de la Naturaleza, uno solo dominaria y absorberia en sí todas las moléculas del Universo; los otros quedarian anulados, y la Naturaleza dejaria de ser. Esto mismo sucede con las fuerzas sociales: buscan su equilibrio por sacudidas; porque, ¿dónde no las hay? ¿hay algo que se desarrolle y funcione si no es por medios violentos? ¿cuál es el progreso que no se verifica por transiciones bruscas? En la atmósfera la calma trae el huracan, y la tempestad es una ecuacion de equilibrio: cuando quiere humedecerse la tierra, se inunda; y cuando debe secarse, la queman los rayos del sol. En la vida orgánica se nace y se muere de repente, de un modo violento; al nacer sufre la madre, y al respirar por primera vez se conmueve y se lastima

todo el sér. Nada, absolutamente nada, es gradual y suave; todo desciende ó sube á saltos; todo vive por la accion y la reaccion repetida.

Los que creen en la paz perpétua no han querido contemplar la armonía que existe entre todos los principios constitutivos del Universo por la compensacion y la lucha de ellos. La paz perpétua sería un viceversa absurdo, una antinomia viva en la ley creadora; sería el sol fijo eternamente en el cenit, el mismo grado de calor y de luz, ni la más diáfana nube, ni la brisa más suave; la paz perpétua seria Octavio eterno, la sociedad en el estado de fósil.

La guerra es ruda, es violenta, es superior al hombre; ¿y qué no lo es? Suprimid las tormentas, las enfermedades, las epidemias, el calor del estío, los hielos de Diciembre; suprimid la muerte misma, porque todo esto es superior al hombre, y entónces habréis levantado otro mundo con otra síntesis.

Pues bien: el conocimiento de la ley á que obedece ese fenómeno material y social, si no es ciencia, ¿qué es? Y, por otra parte, el estudio del agente visible de esa fuerza, que es la agrupacion de hombres armados; el ejército, considerado en sí mismo como hecho coexistente con la guerra; la ley de su composicion moral y política, y el análisis de su poder, ¿no es tambien una parte de esa ciencia? ¿no es el desarrollo de un principio, la observacion de un fenómeno, una eslabonada série de verdades filosóficas?

Por eso no hay profundo pensador que de guerra haya escrito, que no use las palabras de *filosofía de la guerra*, *metafísica de la guerra*, *principios de la guerra*, *ciencia militar*, y otras, que alejan de sí la idea de *arte*.

Cuando se hace funcionar al ejército segun su organizacion accidental; cuando se da la batalla, se verifica la conquista ó se lleva á cabo la expedicion, esto podrá ser arte, un arte sublime que vive de todos los conocimientos humanos, pero al fin arte; mas cuando se legisla para el ejército ó para la guerra; cuando se aprecia filosóficamente este fenómeno y se le sigue paso á paso

con la historia por guía, y se estudia la relacion entre los efectos y las causas, esto es ciencia, porque es una série de principios fijos, unos observados, otros presentidos por la razon humana.

Hemos visto realizarse el progreso con las guerras y por ellas; hemos visto satisfacerse por este medio todas las aspiraciones humanas, recibir sancion de sangre todas las ideas, y amoldarse la guerra, sin que el hombre lo supiera, á lo que de ella exigia esa ley del progreso. Y ¿hemos de desdeñar el conocimiento de esos cambios, el estudio de esas influencias, la investigacion da la causa de esas mutaciones y sacudidas? El Asia lleva con la guerra de invasion la idea madre á las colonias griegas; Grecia recoge la semilla sagrada y la escuda con la guerra defensiva; y, cuando llega la hora de la siembra, aparece Roma con su guerra de conquista y esparce la semilla por toda la haz de las naciones. El Cristianismo tambien necesita una espada, y se apodera de la de los bárbaros; y para que su doctrina dé cumplido fruto, el pueblo más monoteista de la tierra, los árabes, se pone en contacto con los hijos de los bárbaros en Palestina y en Toledo. La sociedad en tanto cambia su modo de ser segun lo exige el desarrollo de la fórmula del progreso y la fusion de las razas: cuando deben triturarse los viejos Estados, viene el feudalismo; cuando deben formarse los nuevos, aparece la monarquía pura, y con ella brota un nuevo mundo; y hoy, para fundirlos en uno, se preparan los continentes, primero por la guerra de grandes coaliciones, y despues estrechando las orillas del Atlántico con el vapor y el cable submarino, y batiendo á cañonazos la muralla de la China.

Todas estas jornadas ha seguido la guerra, y en todas ellas ha tomado la forma á propósito sin que el hombre lo supiese. Allí ha sido individual, luégo de bandos, y más tarde por coaliciones; primero de razas, luégo de pueblos, hoy de continentes; unas veces de invasion, y otras de equilibrio, fronteriza, conservadora; ayer, para crearse las aristocracias, la hicieron los jinetes; y hoy, para que las democracias vivan, la hacen los peones.

¡Y qué! El señalamiento de la ley de esta série; la compara-

cion de esos términos esponenciales del gran polinomio del progreso, la anatomía de ese gigante que se llama *ejército*, ¿no es una ciencia?

IV.

Descendamos todavía más: neguemos el nombre de ciencia á esos conocimientos, y áun así nos será fácil probar que ese estudio, llámese como se quiera, debe estar en contacto íntimo con todos los otros; porque, si se le aisla, han de venir grandes males sobre los pueblos, y peligrosa lentitud en la marcha del mundo.

Podrá decirse: ¿cómo quereis colocar estudios tan abstractos en la categoría de las ciencias exactas y naturales? Aquí no hay sistema fijo; hay mucho de convencion humana; hay errores; hay tantos desarrollos de la misma idea, que las escuelas se chocan y se revuelven en una lucha sin fin.

Es cierto. La ciencia, que para Dios es una, se manifiesta para el hombre en modos infinitos, porque infinitos son los fenómenos observables. Tal como el hombre la puede comprender tiene mucho de falso, de incompleto y torpe, como lo es la inteligencia humana: por eso en las ciencias exactas se discute el método, y en las de observacion el principio, y las escuelas y los sistemas luchan en todas ellas con el mismo calor. Mas porque no se sepa de un modo cierto si la Tierra es de creacion ígnea ó neptuniana, ¿dejará de existir la *Cosmogonía* y la *Cosmología?* Porque se ignore si el agente de vida es un espíritu ó un flúido, ¿dejará de existir la *Fisiología?* Pues del mismo modo hay *Legislacion* aunque se dude si la moral es absoluta ó relativa, y hay *Política* aunque no esté averiguado si existe contrato social.

La ciencia se remonta á las causas hasta deslumbrarse, y desciende á los efectos hasta confundirse; pero por ambos caminos parte de un hecho simple, conocido y necesario, y la guerra lo es.

Es un fenómeno social, como la electricidad lo es natural; y de todo fenómeno brota una corriente de filosofía. Si no hay método claro ni está bien determinada la série de manifestaciones del fenómeno, no por eso deja de existir la ciencia; la duda y la comparacion la desarrollará.

Alguno ha dicho: «Pues bien: si es ciencia y ha de conquistar sitio en una Academia, veamos qué cuerpo de doctrina tiene creado, qué cuestiones ha resuelto, qué debates han de tener efecto allí, y á qué personas se ha de conceder el título de académicos. ¿Van á tomar asiento en esa sala los generales victoriosos, nada más que por el hecho de serlo? ¿Vamos á nombrar académicos á Juana de Arco, al pastor Viriato ó á los escritores que han debatido sobre el número de filas, ó el número de compañías ó el color del uniforme?»

Para contestar á esto sería preciso un curso completo de ciencia y bibliografía militar; y ni ésta es la ocasion oportuna, ni tenemos nosotros la voz autorizada del maestro. Parécenos, sin embargo, que los *Comentarios* de César, las *Reflexiones militares* del Marqués de Santa Cruz, y los *Discursos* de Luis Blan, pueden abrir, cada obra en su tiempo, las puertas de una Academia, y, con respecto al estudio en sí, darémos una idea, no exclusiva, sino como muestra de los métodos que pueden seguirse en el exámen del fenómeno *guerra*.

Toda ciencia empieza por la observacion del hecho fundamental, por el reconocimiento del principio; pues bien, la militar empieza por el reconocimiento del hecho absoluto *guerra;* por definirle, por conocerle, por investigar su causa.

Toda ciencia se desarrolla por el estudio de las manifestaciones y los efectos del hecho fundamental; por la comparacion de unos efectos con otros, y por el juicio subsecuente á esta comparacion; pues bien, la militar, del mismo modo, se desarrolla por el estudio de las manifestaciones históricas de la guerra. La electricidad es una; pero el rayo, la centella y el telégrafo no son la misma cosa; y el estudio de todo esto se llama *Electrología*. Del mismo modo, la guerra es una; pero la conquista, la propaganda y la

insurreccion, no; y el conocimiento de todo esto es la *ciencia militar*. Los efectos del rayo no son lo mismo sobre la seda que sobre el hierro; comparémoslos, y se descubrirá alguna verdad: los efectos de la guerra no son lo mismo sobre el pueblo salvaje que sobre el civilizado; comparémoslos, y descubrirémos nuevas declinaciones de la ley del fenómeno.

Y todavía más: todo hecho, todo fenómeno natural exige para ser observado el estudio de los elementos que le componen, la relacion entre ellos y las fuerzas y los agentes que producen esa relacion. Al observar que los metales se dilatan por el calórico, tenemos necesidad de conocer la esencia y las propiedades de los metales ante la esencia y las propiedades del calórico, ponerlas en contacto y apreciar su efecto. Del mismo modo procede la ciencia militar. Observa el hecho *guerra*, analiza sus elementos, y ve que son el hombre psicológico y fisiológico por un lado; por otro la sociedad en absoluto, con sus leyes eternas, y el pueblo en relativo, con sus leyes accidentales; ademas, la multitud armada, sometida á los principios constitutivos de la masa de hombres, producto de otra masa, que es el pueblo; y, por último, los medios con que funciona esa fuerza. De modo que la ciencia militar estudia al hombre como ser físico, apto para la guerra; al hombre como ser moral, por la parte que su alma toma en la lucha; al pueblo, como orígen del ejército; y al ejército, en su forma social y en su organismo de lucha; y, como resultado de todo esto, á la guerra en sus modos de ser con relacion á los modos de ser del pueblo, del ejército y del individuo.

Necesitais conocer, definir, analizar qué es el valor, qué es el entusiasmo, qué manifestaciones toman en la lucha estos afectos, y esto es la psicología aplicada á la guerra. Necesitais apreciar tambien esto mismo en relacion con la fatiga, el frio y el hambre, y esto es la fisiología de la guerra. Es preciso analizar y definir esas dos fuerzas de todo ejército, la ofensiva y la defensiva, la facultad de conservarse ó la de destruir, y para eso necesitais hacer la anatomía de ese coloso. Debeis apreciar, segun el momento de la civilizacion y las aspiraciones de los pue-

blos, la influencia en la victoria de la causa por que se pelea, y eso no es otra cosa que la moral de la guerra. Hay que sostener en todos instantes los principios de actividad del ejército y el equilibrio de sus funciones, y eso es la política de la guerra. Y, despues de todo esto, podrá conocerse la influencia de cada guerra en el progreso humano, y esto será la filosofía de la historia militar.

De manera que esta ciencia es la que trata de la guerra en su causa y en sus manifestaciones sociales, y del ejército en la constitucion política de sus elementos y en su aptitud como agente de victoria; y su fin práctico, puesto que toda ciencia lo tiene, es fijar los principios á que debe someterse esa constitucion, y conducir tanto como se pueda la série de esas manifestaciones, de modo que en cada caso particular, teniendo como datos el pueblo, el estado de la civilizacion y la idea que se quiere que triunfe, se consiga la mayor suma de bien social con los menores esfuerzos posibles, y economizando sangre, trabajos y sufrimientos al individuo.

Si hemos puesto aquí la palabra *ejército* es porque, siendo la guerra un fenómeno natural, el ejército, en su idea abstracta, lo es tambien. El hombre, el Gobierno, la entidad Estado, la voluntad humana, podrá afectar á la forma del ejército en sus leyes, en sus armas y en sus modos de combatir; pero la esencia, esto es, la asociacion de hombres para la lucha, jamas podrá destruirse en tanto que Dios no suprima el artículo *guerra* de la ley de la Creacion.

V.

En vista de esto, una sala de esta clase en una Academia general de Ciencias podria establecer y fijar la armonía y el enlace de todas ellas con la militar, y esto sería un inmenso progreso

en el saber humano. Si el mecánico no estudiase más que los cuerpos en reposo, y el médico los cuerpos en el estado de salud perfecta, y el político la sociedad en calma, ninguno hubiera conocido los principios vitales y orgánicos del mundo, del hombre y de la sociedad: para conocer el equilibrio de ellos ha sido preciso estudiar su desequilibrio; para saber la potencia de las fuerzas hemos necesitado ver el choque de los cuerpos; para averiguar la funcion del estómago ha sido preciso examinar los efectos de sus dolencias; para distinguir los principios que constituyen la atmósfera hemos estudiado las tempestades; y del mismo modo, si queremos comprender las fuerzas sociales, es necesario sorprender á la sociedad en su calentura, en la guerra.

Una sala de ciencia militar metodizaria en série todos los principios esparcidos aquí y allí en los autores militares y en los filósofos que de guerra han hablado, desde Hobbes hasta Saint-Pierre, desde Vegecio hasta Luis Blan, desde el Marqués de Santa Cruz hasta la flamante escuela alemana. Guiada por estos principios podria descender á cuestiones concretas, no en los casos prácticos, porque cuando se llega á la aplicacion, cuando el arte funciona, la ciencia ha salido de las Academias y está ya en el Gobierno;—pero podria discutir qué guerras convienen á ese pueblo, segun su mision histórica y su forma social; cuáles deben evitarse, y por qué medios; cómo se ha de conseguir por la paz lo que por la guerra se desea; qué fuerzas militares debe tener cada Estado, segun su forma política, sus hábitos y costumbres; cómo se han de constituir esas fuerzas en vista de sus propiedades, de las armas que las ciencias hayan dado, y de las ideas que dominen en la sociedad, y qué relaciones han de tener entre sí en armonía con la clase de lucha que se va á emprender y con la causa que se defiende, y segun las condiciones del pueblo y del ejército enemigo.

En una palabra, á tal sala corresponderian todas las cuestiones relativas á la guerra como hecho absoluto, universal y constante, y á la guerra en sus manifestaciones, en sus accidentes, en sus causas y en sus efectos; y ademas todas las relativas al

ejército como entidad de vida propia, en sus caractéres permanentes, y en el mecanismo de sus fuerzas morales.

De aquí brota el arte: éste nos dirá si hemos de combatir en dos ó tres columnas, en dos ó tres filas, con la artillería á la derecha ó á la izquierda; pero lo que son las fuerzas morales, que entran por mucho en la lucha; el apreciar qué soldado es el mejor, si el voluntario ó el forzoso, el pobre ó el rico; el distinguir dónde hay más fuerza ofensiva, si en la disciplina ó en el entusiasmo; el conocer quién tiene más poder militar, si la federacion ó la unidad; el decidir qué guerra debe hacerse sin cuartel, y cuál no; qué razas son las más á propósito para el combate á pié, y cuáles para el de á caballo, y por qué; el señalar por las costumbres y la historia á qué hombres aterra el arma blanca, y á cuáles el arma de fuego, y qué manifestaciones tiene el valor segun los hábitos y la naturaleza de las razas; el establecer como resultado de razones tan complejas, y no limitándose sólo á preguntárselo al ingeniero, qué defensas permanentes ha de tener cada país; qué plazas fuertes deben elevarse hoy que se derriban todas; qué vías férreas pueden abrirse sin peligro ó con ventaja; en una palabra, el resolver cualquiera cuestion de guerra, no desde un punto de vista concreto al ingeniero ó al estadista, sino generalizando, abarcando la cuestion á toda su altura y en todas sus deducciones político-sociales y militares, esto es ciencia, y nada más que ciencia. Todas estas investigacianes nos darian el equilibrio, hoy perdido, entre la ofensiva, cada dia más debil, y la defensiva, que crece por momentos en política y en guerra: equilibrio que hará dueño del mundo al hombre que le halle.

Véase, pues, el íntimo enlace de esta ciencia con todas las otras, y se decidirá que no puede estar léjos de ellas en las academias. La filosofía de la historia es la filosofía de la guerra; porque la historia es la guerra; el adelantamiento en las ciencias naturales es el de las armas; el de las ciencias morales nos da el conocimiento del hombre de guerra, y el progreso en las ciencias político-sociales es el progreso en los órdenes, en los sistemas de

combate, en la constitucion de las masas armadas; es, en una palabra, el señalamiento de la armonía de los poderes públicos con las fuerzas militares.

Así creemos que lo habrá comprendido Napoleon III, y por eso ha pedido esa sala á la Academia; porque esa ciencia es una de las sociales, la de más importancia, la que estudia á la sociedad en el desequilibrio de sus elementos; y porque, ademas, entre las ciencias naturales ocupa el puesto de una ley de la Creacion; es una de las fuerzas destructoras que está contada por Dios para compensar las creadoras; es á la vez epidemia y tempestad; es un fenómeno simple, como lo es el cólera, y ni uno ni otro podemos suprimir, y para cada uno de ellos hay una ciencia.

Si es cierto que la Academia no lo ha creido así, si es cierto que se ha negado á la creacion de esa sala porque niega la ciencia militar, entónces debe explicarnos en cuál de las suyas estudia el fenómeno *guerra;* y si no lo cree fenómeno, si lo cree un accidente, una manifestacion de otro principio, de otro fenómeno más fundamental, debe decirnos cuál es éste, y á qué cuerpo de ciencias pertenece.

Pero no; es que el hombre se esfuerza siempre en referir las ideas universales y generales á las suyas particulares: si se ha preguntado á un matemático, habrá dicho: «Yo no veo sino extension; no hay otra ciencia que la que estudia las propiedades de la extension; yo os explicaré la trayectoría del proyectil, y teneis bastante.» Si se ha preguntado á un teólogo, habrá contestado: «No hay más que Dios; él es la sabiduría: yo os diré el fin para que el hombre fué creado, y no pregunteis más.» De este modo las ciencias se rechazan entre sí, y, creyéndose cada una el tronco del saber, dice á las otras: «No sois más que ramas mias, conocimientos derivados.»

Sólo así nos explicamos, si es que otra razon especial no hay, y ésta no ha sido tal como las correspondencias y el telégrafo la han trasmitido, que hombres tan eminentes hayan negado la ciencia militar.

No abandonamos la pluma; desde otro punto de vista más concreto volverémos á tratar esta tésis, y tal vez consigamos probar que la geografía y la navegacion no pueden desarrollarse sin el contacto íntimo con la ciencia militar, segun lo ha comprendido el Emperador de los franceses.

ÍNDICE GENERAL.

Páginas.

BIOGRAFÍA DE VILLAMARTIN, por D. Luis Vidart..... v

Preliminar..... Id.

I Tendencia filosófica del pensamiento del comandante Villamartin..... VIII

II Fragmentos del juicio apologético de D. Antonio Vallecillo acerca de las *Nociones del Arte Militar*, de Villamartin... X

III Indicacion de los dos procedimientos que existen para avalorar el mérito de las obras científicas..... XIII

IV El comandante Villamartin considerado como historiador de la milicia española..... XV

V Exposicion de las principales ideas contenidas en el folleto de D. Francisco Villamartin, titulado *Napoleon III y la Academia de Ciencias*..... XX

VI Razonamientos en demostracion de la existencia de la ciencia de la guerra, é intuicion filosófica que caracteriza el talento de Villamartin..... XXIV

VII Algunas consideraciones sobre la introduccion del *Compendio del Arte de la Guerra*, de Jomini, referentes al asunto de que se trata en estos apuntes crítico-bibliográficos..... XXVII

VIII Noticias biográficas del comandante Villamartin, segun aparecen consignadas en su hoja de servicios..... XXX

IX Algunos datos para que se pueda formar concepto del carácter individual de D. Francisco Villamartin..... XXXIV

X Orígen y desenvolvimiento de la idea de costear por medio de una suscricion pública un sepulcro monumental que guarde los restos del insigne escritor D. Francisco Villamartin. XXXVIII

XI Nombramiento de la Comision encargada de llevar á cabo el pensamiento de erigir un mausoleo que guarde los restos mortales de Villamartin, y estado en que se halla este proyecto..... XLVI

Conclusion..... LI

Páginas.

NOCIONES DEL ARTE MILITAR..... LVII
Dedicatoria..... Id.
Prólogo..... 1
Definiciones..... 11

ESTUDIO PRIMERO.—POLÍTICA MILITAR.

CAPÍTULO I.—DE LA GUERRA EN GENERAL.

I Razon de ser de la guerra..... 17
II La guerra impulsa el progreso..... 19
III La inteligencia se hace dueña por último de la fuerza..... 20
IV La guerra en sí misma es civilizadora..... 21

CAPÍTULO II.—CLASIFICACION DE LAS GUERRAS.

I De conquista..... 24
II De propaganda..... 26
III Intervenciones..... 28
IV Por intereses comerciales..... 29
V Dinásticas..... 30
VI Por cuestion de honra..... 31
VII Civiles..... 32
VIII Neutralidad, auxilios, alianzas..... 36
IX Opinion pública. Guerras nacionales..... 39
X Exterior é interior..... 43
XI Ofensiva y defensiva..... 46

CAPÍTULO III.—MORAL MILITAR.

I Derecho de gentes..... 48
II Subordinacion. Obediencia..... 53
III Carácter de mando. Disciplina..... 55
IV Valor..... 56
V Espíritu de cuerpo..... 60

CAPÍTULO IV.—CONSIDERACIONES SOBRE EL MANDO.

I Conducta con las tropas..... 62
II Con los pueblos..... 62
III Con el enemigo..... 64
IV Elocuencia militar..... 65
V Consejos de guerra..... 70

CAPÍTULO V.—BASES DE LA ORGANÍZACION.

I Definiciones..... 73
II Necesidad de los ejércitos permanentes..... 74
III Tropas nacionales y mercenarias..... 81
IV Reemplazos..... 82

Páginas.

V Tiempo de servicio..... 90
VI Garantías para el soldado..... 92
VII Cuadros..... 96
VIII Justicia militar..... 99

CAPÍTULO VI. — DEL SOLDADO ESPAÑOL..... 105

ESTUDIO SEGUNDO.—HISTORIA DEL ARTE MILITAR.

CAPÍTULO I. — EL PROGRESO DEL ARTE MILITAR EN SUS ANALOGÍAS CON EL PROGRESO DE LA SOCIEDAD..... 125

CAPÍTULO II. — PUEBLOS ANTIGUOS.

I Griegos..... 149
II Epaminóndas..... 155
III Filopemen..... 157
IV Romanos..... 160
V Anníbal..... 168
VI Españoles..... 183
VII La guerra de los antiguos comparada con la nuestra..... 188

CAPÍTULO III. — EDAD MEDIA.

I Preparacion del feudalismo..... 198
II Feudalismo..... 207

CAPÍTULO IV. — EDAD MODERNA. MONARQUÍA.

I Gonzalo de Córdova..... 217
II Siglos XVII y XVIII..... 238

CAPÍTULO V. — REVOLUCION.

I Revolucion en el arte..... 247
II El Noventa y tres..... 256
III Bonaparte..... 265

CAPÍTULO VI. — IMPERIO DE NAPOLEON.

I Apogeo de los métodos ensayados en el período anterior..... 291
II Aparecen nuevas necesidades para la ofensiva..... 301

CAPÍTULO VII. — DE LA GUERRA EN NUESTROS DIAS.

I Crece la fuerza defensiva..... 324
II 1859. —Campaña de Italia..... 331

ESTUDIO TERCERO.—ELEMENTOS DE ESTRATEGIA Y TÁCTICA.

CAPÍTULO I. — ESTRATEGIA.

I Plan general de operaciones..... 359

Páginas.

II Puntos estratégicos..... 365
III Bases de operaciones..... 368
IV Líneas de operaciones..... 371
V Comunicaciones..... 375
VI Ataque y defensa estratégica..... 378

CAPÍTULO II.—TÁCTICA.

I Espíritu de la táctica..... 384
II Línea de batalla..... 386
III Plan de ataque..... 389
IV Órden de batalla..... 391
V La línea y el órden con relacion al plan de ataque..... 394
VI La marcha y el despliegue con relacion al órden..... 397

ESTUDIO CUARTO.—TEORÍA DE LAS FUERZAS.

CAPÍTULO I.—ARTILLERÍA. ARMAS.

I Pólvoras..... 403
II Armas portátiles de fuego..... 406
III Armas blancas..... 411
IV Armas defensivas..... 414
V Piezas de artillería..... 416

CAPÍTULO II.—INFANTERÍA.

I Su importancia..... 424
II Organizacion..... 426
III Maniobras..... 431

CAPÍTULO III.—ARMAS AUXILIARES.

I Caballería..... 442
II Carga y órdenes..... 447
III Artillería..... 454

CAPÍTULO IV.—CUERPOS COMPLEMENTARIOS.

I Ingenieros. Obras. Polémica..... 461
II Estado Mayor. Reconocimientos..... 470

CAPÍTULO V.—EJÉRCITO.

I Combinacion de las tres armas..... 483
II Organizacion de campaña..... 497

ESTUDIO QUINTO.—OPERACIONES.

CAPÍTULO I.—MARCHAS Y PASO DE OBSTÁCULOS.

I Reglas generales..... 509

Páginas.

II Desiertos, cordilleras, rios..... 518
III Persecuciones y retiradas..... 533

CAPÍTULO II.—POSICIONES Y COMBATES.

I Accidentes de las posiciones, ataque y defensa de cada uno.... 540
II Posiciones. Ojeada militar. Orden de batalla segun el terreno. Atrincheramiento..... 549
III Teoría del combate..... 556
IV Batalla de Wagram..... 564

CAPÍTULO III.—VÁRIAS OPERACIONES QUE EXIGEN REGLAS ESPECIALES ADEMAS DE LAS GENERALES DEL ARTE.

I Convoyes..... 572
II Forrajes..... 579
III Sorpresas..... 582
IV Diversiones, destacamentos, desembarcos..... 584

CAPÍTULO IV.—SERVICIO AVANZADO. GUERRA DE MONTAÑA.

I Servicio avanzado..... 593
II Guerra de montaña..... 598
III Líneas del general Córdova..... 602

CONCLUSION..... 610

APÉNDICE Á LAS NOCIONES DEL ARTE MILITAR, por D. Arturo Cotarelo..... 613

NAPOLEON III Y LA ACADEMIA DE CIENCIAS..... 633

FIN DEL ÍNDICE.

MAPA DE LA ITALIA DEL NORTE.

NANCI
Phazlbourò
Haguenau
Karlsde
STUTTGARD
Ratisbonne
Sn Dizier
Luneville
STRASBOURG
Kehl
Ingolstadt
Straubinò
Donauwert
R.
Passau
Schelestat
Ulm
DANUBIO
Lintz
Lanòres
Colmar
Freibourò
Brisgau
Augsbourò
Ens
S. Pollen
VIENA
Landsberò
MUNICH
Memmingen
Mulhausen
Rosenheym
DIJON
Belfort
Bâle
Besancon
EL RHIN
Constance
Lindau
Rheineck
Reiti
Zurick
AUSTRIA
Soleure
Zug
Neufchatel
Lucerna
INSPRUCK
Morat
BERNA
Pontarlier
SUIZA
Thoun
Laussanna
Villeneuve
Lago Leman
GINEBRA
Sion
Bolzen
Brixen
Merun
R. Drave
Villach
Tarvis
Udina
Laybach
Trento
Roveredo
Campoformio
Conegliano
Pordenone
Gorice
Gradisca
Monfalcone
Bassano
Treviso
TRIESTE
Vicenza
VERONA
Castelfranco
Mestre
VENECIA
Legnago
MANTUA
Ferrara
MODENA
BOLONIA
Faenza
Rimini
Pesaro
Pistoya
FLORENCIA
LUCA
Pisa
Leghorn
Golfo de Genova
Culoz
CHAMBERY
GRENOBLE
Aosta
Ivrea
Novara
Como
Bergamo
Brescia
Cassano
Lago de Como
Lago de Garda
MILAN
Crema
Pavia
Lodi
Cremona
PARMA
PLASENCIA
ALEXANDRIA
Novi
Verrua
TURIN
Casal
Vaienza
Fenestrelles
Briançon
Pignerol
Gap
Mondovi
Coni
L'Argentiere
Savona
Genova
Nizza
Vintimilla
Dione
Barcelonette
MAR ADRIATICO

MAPA DE LA ITALIA DEL SUR.

MAR ADRIÁTICO
DALMACIA
MAR TIRRENO
MAR MEDITERRÁNEO
GOLFO DE SICILIA
GOLFO DE TARENTO
Isla de Córcega (Francesa.)
Isla de Cerdeña (Piamontesa.)
ISLAS LIPARI
ISLA DE SICILIA
TOSCANA
ABRUZO ULTERIOR 1º
ABRUZO ULTERIOR 2º
ABRUZO CITERIOR
CAPITANATA
TIERRA DE BARI
TIERRA DE OTRANTO
BASILICATA
PRINCIPADO CITERIOR
CALABRIA CITERIOR
CALABRIA ULTERIOR
VALLE DE MONA
VALLE NAZARA
VALLE DE NOTO
Roma
Civita Vecchia
Orvieto
Viterbo
Rieti
Aquila
Teramo
Chieti
Pescara
Ascoli
Fermo
Loreto
Ancona
Pesaro
Urbino
Perusa
Siena
Florencia
Pisa
Luca
Liorna
Gaeta
Sessa
Capua
Caserta
Benevento
Campobasso
Foggia
Nápoles
Salerno
Avellino
Potenza
Matera
Lecce
Otranto
Bari
Barletta
Trani
Manfredonia
Cosenza
Catanzaro
Reggio
Mesina
Palermo
Trapani
Marsala
Girgenti
Catania
Siracusa
Lipari
Ajaccio
Bonifacio
Cabo Corso
Cabo Carbonara
Golfo de Salerno
Golfo de Squillace
Golfo de Palermo
Golfo de Catania
Golfo de Manfredonia
Golfo de Otranto
Isla de Ponza
Isla de Ischia
Isla de Procida
Isla de Capri
Isla de Lipari
Isla de Stromboli
Isla de Vulcano
Isla de Alicudi
Isla de Filicudi
Isla de Salina
Isla de Panarea
Isla de Lampedusa
Isla de Pantalaria
Isla de Maretimo
Isla de Favignana
Isla de Levanzo
Isla de Marittimo
Isla de Ustica
Isla de Ventotene
Isla de Zante
Isla de Cefalonia
Isla de Corfu
Isla de Cerigo
Isla de Santa Maura
Isla de Ithaca
Isla de Paxo
Isla de Antipaxo
Isla de Corcira
Isla de Fano
Isla de Sasseno
Isla de Saseno
Isla de Pelagosa
Isla de Lesina
Isla de Curzola
Isla de Meleda
Isla de Lissa
Isla de Brazza
Isla de Pago
Isla de Arbe
Isla de Veglia
Isla de Cherso
Isla de Lussin
Isla de Ossero
Isla de Premuda
Isla de Selve
Isla de Ulbo
Isla de Melada
Isla de Zirona
Isla de Grossa
Isla de Pasman
Isla de Dugi
Isla de Incoronata
Isla de Rivanj
Isla de Sestrugni
Isla de Calamotta
Isla de Lagosta
Isla de Cazza
Isla de Lesina
Isla de Torcola
Isla de Curzola
Isla de Meleda
Isla de Lissa
Isla de Brazza
Isla de Pago
Isla de Arbe
Isla de Veglia
Isla de Cherso
Isla de Lussin
Isla de Ossero
Isla de Premuda
Isla de Selve
Isla de Ulbo
Isla de Melada
Isla de Zirona
Isla de Grossa
Isla de Pasman
Isla de Dugi
Isla de Incoronata
Isla de Rivanj
Isla de Sestrugni
Isla de Calamotta
Isla de Lagosta
Isla de Cazza
Isla de Lesina
Isla de Torcola
R. Arno
R. Tiber
R. Volturno
R. Garellano
R. Sangro
R. Trigno
R. Biferno
R. Fortore
R. Ofanto
R. Crati
R. Neto
R. Tronto
R. Pescara
R. Sinni
R. Agri
R. Basiento
R. Bradano
R. Lao
R. Savuto
R. Mesima
R. Alcantara
R. Simeto
R. Salso
R. Platani
R. Belice
R. Mazzara
R. Arbia
R. Ombrone
R. Cecina
R. Magra
R. Serchio
R. Ticino
R. Adige
R. Brenta
R. Piave
R. Tagliamento
R. Isonzo
R. Reno
R. Panaro
R. Secchia
R. Taro
R. Trebbia
R. Po
Lago Trasimeno
Lago Bolsena
Lago Vico
Lago Bracciano
Lago Fucino
Lago Salpi
Lago Lesina
Lago Varano
Lago Comacchio
Lago Garda
Lago Maggiore
Lago Como
Lago Iseo
Lago Idro
Lago Lugano
Lago Orta
Lago Varese
Lago Monate
Lago Pusiano
Lago Alserio
Lago Segrino
Lago Annone
Lago Sartirana

BÉLGICA

FRONTERAS FRANCESA Y ALEMANA

Lám.ª 3.ª

Centro artistico litográfico.

Hortaleza, 84-pral.

BATALLA DE JEMMAPES.

Lámª 1.

MONS

Arrabal de Berthaumont

Camino de Maubeuge

Siply

Cuesmes

Frameries

Bauveries.

JEMMAPES

Paturage

Quarcionon

Arroyo de Riduevoux

Vasme

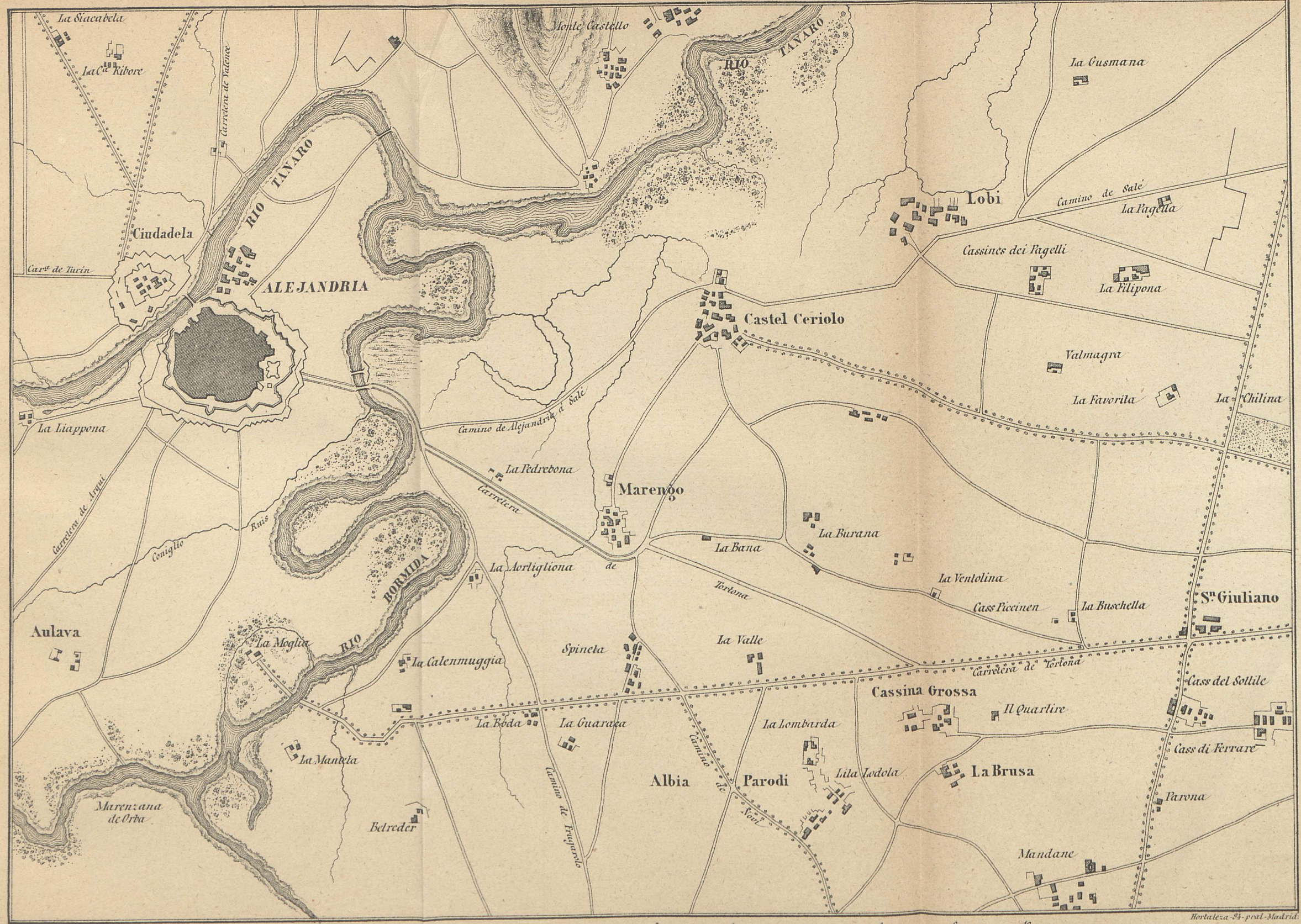
Arroyo de Vasme

0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 kilometros

Infanteria francesa. Infanteria enemiga. Caballeria francesa. Caballeria enemiga. Baterias

BATALLA DE MARENGO.

Lám. 5.



Centro artístico litog.ª

Hortaleza-24-pral-Madrid.

BATALLA DE BAILEN.

Lam. 6.

Signos convencionales.

- CIUDAD.
- Villa.
- Aldea.
- Tropas españolas.
- Tropas francesas.

Sierra Morena.

BAILEN

Casa de Postas donde se celebraron las capitulaciones.

Vta Quemada

Madrid

Real de

Camino

Rio Jandula

Rio Rumblar

Quinteria

ANDUJAR

Espeluy

RIO GUADALQUIVIR

Rio Guadalen

Camino Real

Eslibel

Menoibar

Tienda del General Castaños

Magaz

Rio Salado de Arjona

Arjonilla

Ardon

Arjona

Camino de Mengibar

Rio Guadalbullon

Leguas 0 1 2 3 de 20.000 pies.

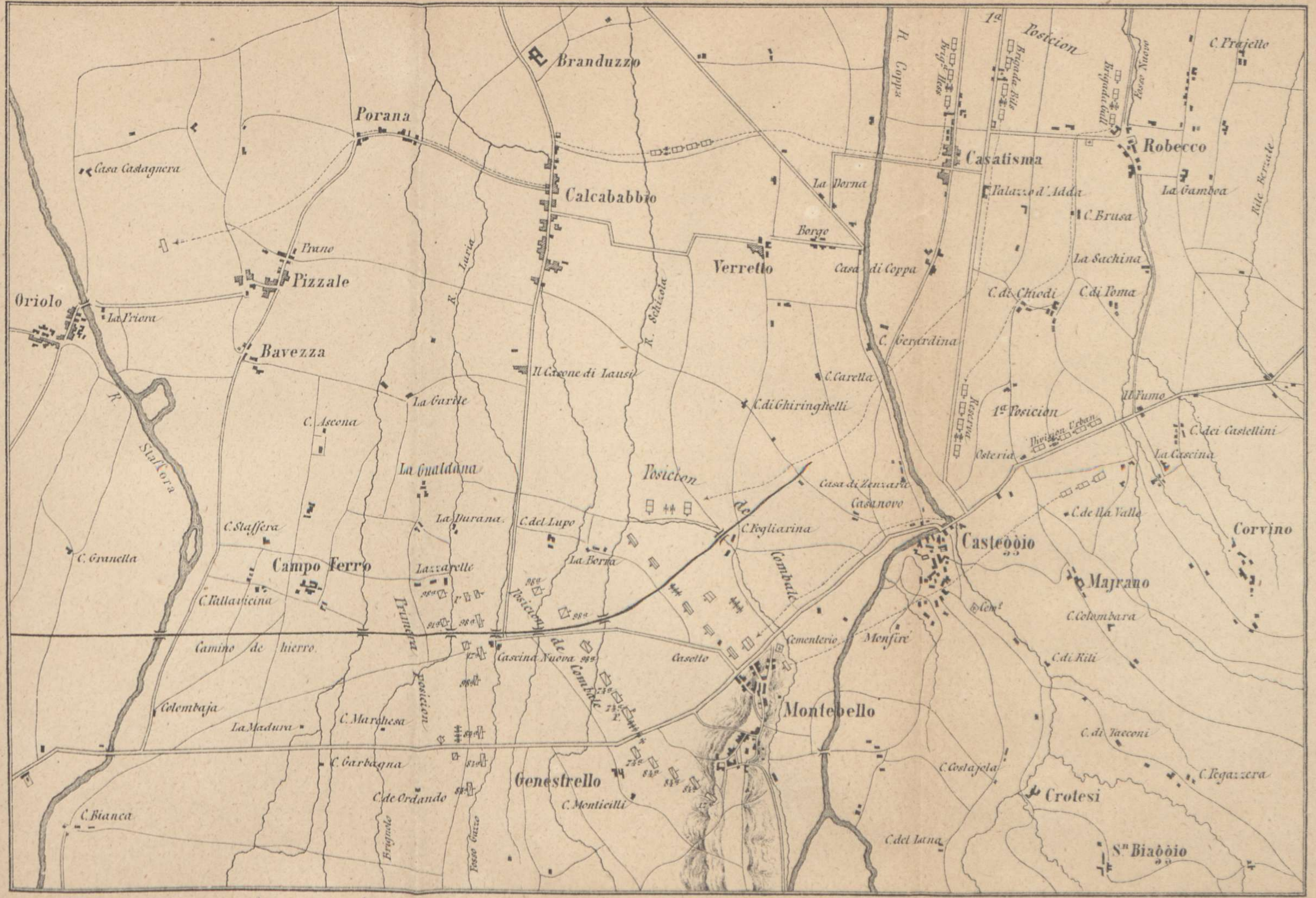
0 5 10 20 kilometros.

BATALLA DE LA ALBUERA

Lam.ª 7.

BATALLA DE MONTEBELLO.

Lam. 8.



0 1000 2000 3000 4000 5000 metros

Escala $\frac{1}{40.000}$

0 ½ 1

Una legua de 2.500 pies.

BATALLA DE MAGENTA.

Lam.a 9.

Nosate
Castano
Buscate
Busto Garolfo
Arconate
Villa Stanza
Poòliano
Vanzaòo
Manteòazza
Preònana
Arluno
Robecchetto
Turbiòo
Malvaòlio
Inveruno
Ossona
Mesero
CUGGIONO
Casone
Barco
Casale
Menedraòo
S.Stefano
de
Villuone
Sedriano
S.Pietro l'Olmo
Milan
Rubone
C. Valisio
Marcallo
Barera
C.Medici
Bernate
Montevolondo
Buffalora
Camino
Carretera
de
Milan
S. Ambrogio
Bareòòio
Corbetta
Maòenta
Pte di Magenta
Pte di Maòenta
Prelorè
Cisliano
Castellazzo de Bari
Robbecco
Riazzolo
Caravaglia
Casterno
Luòuònano
Bestazzo
Roxio
S.Vito
Cassinazza
Albajrate
Faònano
Ravello
Ca nuova
Camino de Milan
ABBIATEGRASSO
Castelletto Mendosio
Cerano
Sozzaòo
Olenòo
Castellazzo
La Bicocca
La Citadella
TRECATE
Camino de Hierro
Camino de Novara
Pernate
Le Bettole
NOVARA
Romentino
Cabeza del Pte de S.n Martino
Pte nuevo de Buffalora
S. Damiano
Peralza
Carpenzago
Cascina Malpaga
Vicola
Cavaglia
Cameri
Viveri
GALLIATE
Torrente Terdoppio
Camino de Oleggio
La Galdina
La Recheta
Pte de Turbigo
Indune
Tedregnano
RIO TESSINO
Canal Mercora
Cava Langosco
Castellazzo
Hierro
Milan
Francesses
Austriacos
0 1 2 3 4 5 10 15 20 kilómetros
Escala de 1/100,000

BATALLA DE SOLFERINO
24 de Junio de 1859.

Lam. 1o

LAGO DE GARDA
Desenzano
Rivoltella
Peschiera
Castelnovo
Sona
Bussolengo
VERONA
ADIGE
Calcinato
LONATO
MONTECHIARO
CASTIGLIONE
Pozzolengo
Ponti
Solferino
Cavriana
Monzambano
Carpenedolo
Medole
Guidizzolo
VOLTA
Pozzolo
Goito
ROVERBELLA
Marmirolo
Sommacampagna
VILLAFRANCA
Valeggio
Mozzecane
Visano
Acqua Fredda
CASTIGLIONE
Casalpoglio
Casalmoro
Casaloldo
Ceresara
Pinbega
ASOLA
Gazzoldo
Mariana
Rodigo
Redondesco
Acquanegra
Castellucchio
Curtatone
MANTUA
CIUDADELA
LAGO SUPERIOR
Cast. Belforte
Castellaro
Isola della Scala
Nogara
Villanova
Mozzecane
Nagarole
Salette
Casalveggo
Valeggio
Quaderni
Ferroni
Fenile
Castellaro
Olfino
Campagnole
Graziali
Cerlungo
Cerlungo
Cerlungo

BATALLA DE WAGRAM.

Korn Neuburg
Engundorf
Kloster
Strebersdorf
Camino de Brunn
Jedlersdorf
Rannhof
Seuringen
Wieden
Camino de Silesia
Gerasdof
Deutsch-Wagram
Baumersdorf
Aderklau
Markgruf-Neusiedl
Susenbruch
Leopoldau
Ereitontée
Siefring
Murdenf
Floridsdorf
Kagran
Kasdorf
Hirschstetten
Glinzendorf
Währing
Herna
Gross-Aspern
Essling
Gross-Enzersdorf
RIO DANUBIO
VIENA
Viener Arm
Katrendorf
Napoleon
Loban
Willan
Gaudendorf
Unter
Simmering
Sechsengang
Muhllente
Kaiser-Eberdof
Albern
Canal
Mag de Leudn

Centro artistico lit.ª

0 1000 2000 3000 4000 5000 metros

Escala de $\frac{1}{50,000}$

Herbaleza-Ye prof. Madrid.

PROVINCIAS VASCONGADAS